

Prismas

Revista de historia intelectual

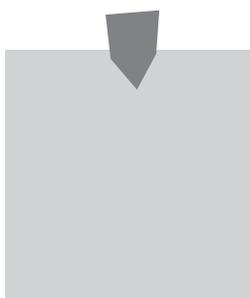
22



2018



Anuario del grupo Prisms
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 22 / 2018

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Alejandro Villar

Vicerrector: Alfredo Alfonso

Departamento de Ciencias Sociales

Directora: Nancy Calvo

Vicedirector: Néstor Daniel González

Centro de Historia Intelectual

Director: Elías Palti

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 22, número 22, 2018

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, UNQ / CONICET

Anahi Ballent, UNQ / CONICET

Alejandro Blanco, UNQ / CONICET

Adrián Gorelik, UNQ / CONICET

Jorge Myers, UNQ / CONICET

Elías Palti, UNQ / UBA / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editora: Anahi Ballent

Secretaría de redacción: Flavia Fiorucci y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Martín Bergel, Gabriel Entin y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, University of Cambridge

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional
de San Martín

Lila Caimari, Conicet / Universidad de San Andrés

Roger Chartier, École de Hautes Études
en Sciences Sociales

Stefan Collini, University of Cambridge

Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Iván Jaksic, Stanford University

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Claudio Lomnitz, University of Columbia

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal
do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto (1928-2016)

Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontificia
Universidade Católica de Río de Janeiro

Pierre Rosanvallon, École des Hautes Études
en Sciences Sociales

José Sazbón (1937-2008)

Lilia Schwarcz, Universidade de São Paulo /
Princeton University

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde agosto 2010, fecha desde la cual es publicada en versión electrónica en el portal Scielo: www.scielo.org. Además, está indexada en Latíndex, en Redalyc, en el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y en el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). En 2004 Prismas obtuvo una Mención en el Concurso "Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales", Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

La revista *Prismas* recibe la correspondencia, las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:
Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: revistaprimas@gmail.com / página web: www.historiaintelectual.com.ar

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las "Instrucciones a los autores" en la página editorial de Prismas en el portal Scielo.

Índice

Artículos

- 11 *Perfilando una alternativa. Desde los sistemas complejos a la aporía de la teoría de los tiempos históricos de Reinhart Koselleck*, José Javier Blanco Rivero
- 31 *La democracia como lenguaje político de la transición. Avances en la construcción de una perspectiva de análisis*, Ariana Reano y Martina Garategaray
- 51 *Transmisiones y adaptaciones del federalismo. El tratamiento del régimen de los Territorios Nacionales en la enseñanza del derecho constitucional en la universidad argentina*, Lisandro Gallucci
- 73 *José Imbelloni y la formación de un lectorado americanista*, Alejandra Mailhe
- 95 *¿Una arquitectura imposible? Arquitectura y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975*, Juan Sebastian Malecki

Argumentos

- 119 *Latinoamérica. El encanto y el poder de una idea*, Mauricio Tenorio-Trillo

Dossier

- Libros, editoriales y ciencias sociales*
- 153 *Presentación*, Lidiane Soares Rodrigues y José de Souza Muniz Jr.
- 157 *Entrevista a Sergio Miceli*, por Lidiane Soares Rodrigues y José de Souza Muniz Jr.
- 167 *Entre la academia y el mercado editorial: la edición universitaria de libros de sociología en la Argentina tras el retorno a la democracia (1983-1995)*, Juan Martín Bonacci
- 173 *El Fondo de Cultura Económica y la búsqueda de un keynesianismo en América Latina, 1936-1947*, Jimena Caravaca y Ximena Espeche
- 179 *“Efectos de lectura”. Problemas y propuestas para el estudio de las relaciones entre campo editorial y campo académico en las Ciencias Sociales y Humanas*, Alejandro Dujovne
- 185 *El “editor-intelectual” en los 60/70. Reflexiones en torno al caso Aricó*, Diego García
- 191 *Sociología científica y Guerra Fría cultural. Los proyectos editoriales del ILARI en la Argentina y el Uruguay*, Karina Jannello
- 199 *Jorge Zahar y la edición de ciencias sociales en el Brasil (1957-1984)*, Leonardo Nóbrega da Silva
- 205 *Las colecciones y los científicos sociales en el Brasil*, Miguel S. Palmeira

- 211 *En los márgenes de Orfila. José Sazbón y el estructuralismo en Nueva Visión*, Gustavo Sorá y Andrea Novello
- 221 *La edición como sismógrafo. Los Cuadernos del Instituto de Sociología y la circulación de los referentes teóricos de la sociología argentina (1940-1965)*, Alexandra Dias Ferraz Tedesco
- 227 *Comunicación y cultura en el Centro Editor de América Latina: entre la renovación epistémica y la intervención intelectual*, Mariano Zarowsky

Reseñas

- 235 Ernst Müller y Falko Schmieider, *Begriffsgeschichte und historische Semantik - Ein kritisches Kompendium*, por Lucila Svampa y Mariela Vargas
- 238 Guillermo Zermeño Padilla, *Historias Conceptuales*, por Octavio Spíndola Zago
- 242 Olivier Christin, *Vox Populi. Una historia del voto antes del sufragio universal*, por Darío Roldán
- 245 Richard Hibbitt (ed.), *Other capitals of the Nineteenth Century. An alternative mapping of Literary and Cultural Space*, por Ezequiel Grisendi
- 248 Claudio Ingerflom, *El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo*, por Agustín Cosovschi
- 251 Christian Ingrao, *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, por Sofía Mercader
- 254 Shlomo Sand, *¿El fin del intelectual francés? De Zola a Houellebecq*, por Andrés Freijomil
- 257 Juan Pablo Scarfi, *The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks*, por Edward Blumenthal
- 260 Hilda Sabato, *Republics of the New World: The Revolutionary Political Experiment in Nineteenth-Century Latin America*, por Alfredo Ávila
- 263 Ori Preuss, *Transnational South America: Experiences, Ideas, and Identities, 1860s-1900s*, por Pablo Ortemberg
- 267 Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, por Ximena Espeche
- 270 Christopher Domínguez Michael, *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*, por Mariana Rosetti
- 274 Heloisa Pontes, *Intérpretes de la metrópoli. Historia social y relaciones de género en el teatro y en el campo intelectual en San Pablo, 1940-1968*, por Anahi Ballent
- 278 Alejandro Eujanian, *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*, por Camila Tagle
- 283 Graciela Batticuore, *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*, por José Luis de Diego
- 287 Javier Planas, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, por Flavia Fiorucci
- 290 Verónica Tell, *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, por Inés Yujnovsky
- 293 Guillermo Korn, *Hijos del Pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha*, por Omar Acha
- 297 Hugo Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, por Mariano Zarowsky

- 300 Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, por Mercedes Saborido
- 303 Martín Ribadero, *Tiempo de profetas: ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, por José Zanca
- 306 Ezequiel Adamovsky y Esteban Buch, *La marchita, el escudo y el bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner*, por Laura Ehrlich

Fichas

- 313 Libros fichados: Ángela Lorena Fuster y Matías Sirczuk (eds.), *Hannah Arendt* / Dhan Zunino Singh, Guillermo Giucci y Paola Jirón (eds.), *Términos clave para los estudios de movilidad en América Latina* / Daniel Bellingradt, Paul Nelles y Jeroen Salman (eds.), *Books in motion in early modern Europe. Beyond production, circulation and consumption* / James R. Akerman (ed.), *Decolonizing the map. Cartography from colony to nation* / Nicolas Terrien, "Des patriotes sans patrie". *Histoire des corsaires insurgés de l'Amérique espagnole (1810-1825)* / Richard J. Evans, *La lucha por el poder. Europa, 1815-1914* / Oscar Terán, *Discutir Mariátegui* / Alvaro Campuzano, *La modernidad imaginada. Arte y literatura en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1911-1930)* / Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI* / Gabriela Rodríguez Rial (ed.), *República y republicanismos. Conceptos, tradiciones y prácticas en pugna* / Carlos Illades, *El marxismo en México: una historia intelectual* / Susan R. Hallstead y Regina A. Root (comps.), *Pasado de moda. Expresiones culturales y consumo en la Argentina* / Ana Clarisa Agüero, *Local/Nacional. Una historia cultural de Córdoba en el contacto con Buenos Aires (1880-1918)* / Horacio López, *Las editoriales rojas. De La Internacional a Cartago* / Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad de Perón a Videla* / Laura Graciela Rodríguez, *Universidad, Peronismo y Dictadura 1973-1983* / Juan Pedro Blois, *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política (1957-2007)* / Omar Acha, *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*

Obituarios

- 327 *Jorge Dotti (1947-2018)*, José Fernández Vega
- 331 *Georg G. Iggers (1926-2017)*, Andrés G. Freijomil
- 337 *Hayden White (1928-2018)*, Verónica Tozzi

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 22 / 2018

Perfilando una alternativa

*Desde los sistemas complejos a la aporía de la teoría
de los tiempos históricos de Reinhart Koselleck*

José Javier Blanco Rivero

Universidad Simón Bolívar/Centro de Historia Intelectual-UNQ

1. La aporía de la *Begriffsgeschichte*

La teoría de la historia de Reinhart Koselleck está conformada por un trípode entre historia conceptual, una teoría de los tiempos históricos y la Histórica.¹ Como pivote entre estos tres elementos se ubica la categoría clave de *concepto*. El concepto se distingue de la palabra por su polisemia, y se convierte en fundamental cuando logra conectar, como en una red, el conjunto de un nexo de sentido vivencial, cargado de densos contenidos de experiencia. La historia conceptual se encuentra en estrecha relación con la historia social, pues los desplazamientos semánticos de los conceptos pueden leerse simultánea o alternativamente como factores e índices de cambio social.² Una innovación conceptual puede vehiculizar cambios políticos y sociales, al tiempo que es testigo de un estado de cosas. Como consecuencia, la historia conceptual se mueve entre una dimensión lingüística y otra extra-lingüística. Koselleck le otorga una primacía ontológica a la historia conceptual sobre la historia social, puesto que al fin y al cabo el material principal del historiador, así como las decisiones teóricas relativas a las categorías de análisis, son cuestiones conceptuales.³

Paralelamente, el concepto exhibe una estructura temporal interna –y de aquí Koselleck desarrolla su teoría de los tiempos históricos–. En este sentido, los usos lingüísticos pueden contemplarse desde dos dimensiones: una pragmática (los usos simples, singulares, innovado-

¹ Sobre la coherencia del trípode mencionado véase José Javier Blanco, “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e Histórica”, *Politeia*, vol. 35, N° 49, 2012, pp. 1-33. Por otro lado, algunos cuestionan la compatibilidad entre la historia conceptual y la teoría de los tiempos históricos e incluso llegan a plantearse si la historia conceptual podría prescindir sin ningún perjuicio de una teoría de los tiempos históricos. Para una exploración de ambos planteamientos véase Helge Jordheim, “Does Conceptual History Really Need a Theory of Historical Times?”, *Contributions to the History of Concepts*, vol. 6, issue 2, invierno de 2011, pp. 21-41 (agradecemos a uno de los árbitros por llamar nuestra atención sobre este texto). Al final concordamos con el autor sobre la valía de una teoría de los tiempos históricos para la historia conceptual y otras formas de investigación histórica.

² Luis Fernández Torres, “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck: Introducción al ‘Diccionario’ histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos*, N° 223, 2009, pp. 92-105.

³ Reinhart Koselleck, “Historia social e historia de los conceptos”, en R. Koselleck, *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta, 2013, pp. 9-26.

res) y otra semántica (los patrones o estructuras de repetición).⁴ Esta dimensión semántica puede acumular estructuras de repetición a modo de estratos, y es así que Koselleck llega a hablar de estratos temporales, que clasifica en singularidad, cambio y duración (resultado al cual llegó después de re-introducir la distinción entre pasado, presente y futuro, dentro del pasado, el presente y el futuro respectivamente –una deuda intelectual que le reconoce a N. Luhmann).⁵ Resulta interesante destacar que las estructuras de repetición se descubren tanto en el lenguaje como en la historia social y efectual,⁶ por ende, la identificación de estratos temporales no solo atañe a lo semántico exclusivamente, por lo que la categoría de estrato temporal es perfilada por el historiador alemán como una alternativa al problema historiográfico de las periodizaciones.⁷

Koselleck –en una línea kantiana– pensaba que conocer las condiciones de posibilidad de toda historia equivalía a desentrañar o conocer cualquier experiencia histórica concreta.⁸ Por ende, desarrolló una ciencia sobre las condiciones de posibilidad de toda historia a la que llamó, siguiendo a G. Droysen, *Histórica*. La histórica koselleckiana está compuesta por un conjunto de categorías metahistóricas y prelingüísticas, muchas de las cuales están cargadas de fuertes connotaciones antropológicas con herencia heideggeriana, por ejemplo, precursar la muerte/poder matar, amigo/enemigo, interior/exterior, antes/después, estar arrojado/precursar la muerte, amo/esclavo y generatividad.⁹

La relación que Koselleck establece entre Histórica e historia conceptual consiste en que la primera delinea las condiciones de posibilidad de toda historia a nivel prelingüístico y extralingüístico. Por ende, el cambio conceptual no se explicaría solamente en sus propios términos, sino que respondería paralelamente a un juego de oposiciones existenciales. De esta manera, la Histórica le brindaría un soporte teórico y filosófico al dualismo planteado desde la historia conceptual en torno a la relación entre lo lingüístico y lo extralingüístico, entre las dimensiones indicativas (como evidencia de cambios sociales) y factoriales (como vector de cambios sociales) de los conceptos.

Sin embargo, este arreglo no es del todo armonioso pues conduce a una aporía dentro de la teoría de la historia del académico de Bielefeld, a saber, que los conceptos serían simultáneamente la condición de posibilidad de la experiencia histórica, así como la forma de esa misma experiencia histórica, tendrían a la vez una constitución lingüística, pre- y extralingüística y poseerían al mismo tiempo una dimensión apriorística y atemporal, así como empírica e histórica. ¿Cómo se explicaría tal paradoja?

⁴ Reinhart Koselleck, “Hinweise auf die temporalen Strukturen begriffsgeschichtlichen Wandels”, en R. Koselleck, *Begriffsgeschichten*, Frankfurt, Suhrkamp, 2006, pp. 86-98 (uno de los artículos que no fue incluido en la traducción española de Trotta, 2013).

⁵ Reinhart Koselleck, “Stetigkeit und Wandel aller Zeitgeschichten”, en R. Koselleck, *Zeitschichten*, Frankfurt, Suhrkamp, 2003, pp. 246-264 [trad. esp.: Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001].

⁶ Reinhart Koselleck, “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, *Revista de Estudios Políticos*, N° 134, diciembre de 2006, pp. 17-34 (agradezco a uno de los árbitros por indicarme la traducción española de este texto).

⁷ Véase Helge Jordheim, “Against Periodization: Koselleck’s Theory of Multiple Temporalities”, *History and Theory* 51, mayo de 2012, pp. 151-171.

⁸ Reinhart Koselleck, “‘Espacio de Experiencia’ y ‘Horizonte de Expectativas’. Dos categorías históricas”, en R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-358.

⁹ Reinhart Koselleck, “Histórica y hermenéutica”, en R. Koselleck y H. G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 65-94.

Si contemplamos este planteamiento desde el punto de vista de una lógica autorreferencial, la mera existencia de una paradoja no sería un problema en sí, pues toda operación al ser interrogada por la unidad de la diferencia que emplea para producir información, revela una paradoja.¹⁰ La cuestión sería, ¿cómo ocultar esa paradoja de modo que no paralice la observación, o bien, cómo trivializarla de modo que el conjunto de distinciones que integran el planteamiento teórico sean coherentes y consistentes consigo mismas –es decir, que se ubiquen al nivel de una autorreferencialidad reflexiva–?¹¹

La clave de la contradicción se halla en la relación entre lo empírico y lo trascendental, cuya unidad en sí misma se representa trascendentalmente: una historia (la Histórica) que es la historia de todas las historias, lo que equivale a decir una historia que no es historia –una historia en potencia si se quiere–. De manera más concreta, la unidad entre lo trascendental y lo empírico en Koselleck se logra en el concepto, el cual –como hemos dicho– se convierte simultáneamente en forma y contenido de la experiencia. Pero también en la experiencia se copia la distinción empírico/trascendental, desplazando el problema al nivel de la mente humana. De este modo tenemos experiencias concretas que son aprehendidas y posibilitadas por las categorías del pensamiento, así como experiencias que a través del lenguaje trascienden los límites de la mente y se convierten en conceptos políticos y sociales. Por tanto, habría experiencias empíricas –lo que es una tautología– y experiencias trascendentales –lo que en principio es una contradicción, que, sin embargo, produce el efecto de desplazar la carga de la argumentación hacia la explicación de cómo justamente esto puede suceder. Como consecuencia, el tema de la experiencia (histórica) resulta crucial para desplegar la paradoja.

El concepto de experiencia ha sido y aún es fundamental para la ciencia moderna. Desde la ilustración la experiencia estuvo ligada semánticamente al concepto de experimento, y esta idea a la posibilidad de corroboración intersubjetiva, de replicabilidad y reversibilidad temporal, y resulta de esta manera un criterio estable de verdad. Esta epistemología que impulsó el desarrollo de las ciencias naturales fue tomada como modelo por las ciencias humanas a fines del siglo XIX y principios del XX, las que buscaban calzar en los criterios de científicidad aceptados. Gadamer le atribuye a Dilthey haber tomado el concepto de *Erlebnis* y haberlo transformado en el fundamento de las ciencias del espíritu. De remisiones a la inmediatez, a la contemporaneidad de un suceso que se vive directamente, pasando por su vinculación con la totalidad y la infinitud, Dilthey hizo de la vivencia la unidad de sentido última –enfrentada a la *Erfahrung* empírica y experimental de las ciencias naturales–. La vida como lo que está dado

¹⁰ El desarrollo de una lógica autorreferencial o polivalente tiene sus inicios en la crítica de Kurt Gödel a los *Principia Mathematica*, de Russell y Whitehead. A partir de aquí se desarrolla una corriente intelectual que abarca la inteligencia artificial, la teoría psicológica de la comunicación, la cibernética, la lógica y la teoría de sistemas. Ha sido Niklas Luhmann quien, apoyándose en *Las Leyes de la Forma*, de George Spencer Brown, ha volcado esta lógica sobre las ciencias sociales. Como referencia general pueden consultarse los siguientes textos: Douglas Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach. An Eternal Golden Braid*, Nueva York, Basic Books, 1999; Heinz von Foerster, “Epistemologie der Kommunikation”, en H. von Foerster, *Wissen und Gewissen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1993, pp. 269-281; Lars Löfgren, “Autology for second order cybernetics”, en *Fundamentals of Cybernetics. Proceedings of the Tenth International Congress of Cybernetics*, Namur, Association Internationale de Cybernetique, 1983, pp. 77-83; Niklas Luhmann, “Tautology and Paradox in the Self-descriptions of Modern Society”, *Sociological Theory*, vol. 6, primavera de 1988, pp. 21-37; y más recientemente Mikhail Prokopenko *et al.*, “Self-referential basis for undecidable dynamics: from the Liar Paradox and The Halting Problem to the Edge of Chaos”, arXiv:1711.02456v1, 7 de noviembre de 2017, disponible en <<https://arxiv.org/abs/1711.02456>>, consultado el 24/12/2017.

¹¹ Luhmann, “Tautology”, pp. 21-37.

como unidad viene así a convertirse en criterio de verdad para las ciencias del espíritu. Husserl también partió del concepto de vivencia en su estudio de la conciencia, remitiéndose a la imposibilidad de aprehenderlo conceptualmente en su totalidad. Pero según Gadamer, ni Dilthey ni Husserl logran su objetivo, pues seguían el modelo de las ciencias naturales: un esquema de pensamiento ahistórico. Gadamer, en cambio, cree que la experiencia es histórica, irreversible, imposible de objetivar; interpreta la experiencia como la apertura a tener más experiencias, dado el sentido negativo de toda experiencia que, cuando tiene lugar, desplaza un saber e instituye uno nuevo. De este modo, pretende dejar atrás las concepciones teleológicas de la experiencia que tenían como objeto la verdad y que no podían asir la historicidad de la experiencia. De aquí llega a una tradición que solo puede mediarse lingüísticamente y que nos confronta con una experiencia del tú, la que a su vez es un fenómeno moral.¹² Esta tesis de la historicidad de la experiencia solo alcanzable o mediable lingüísticamente es una de las herencias que recoge Koselleck en su teoría de la historia, pero que evidencia una unión infeliz con el trascendentalismo kantiano que también defiende el historiador alemán.

Actualmente, muchos historiadores, siguiendo la teoría de los tiempos históricos de Koselleck, emplean más o menos conscientemente las categorías de “experiencia histórica” o “experiencia del tiempo”, ya sea como objetos de estudio o como categorías de análisis.¹³ Sin embargo, pocos se han cuestionado si esta tradición sobre la que se apoyan sigue siendo satisfactoria en la actualidad. En la tradición fenomenológica husserliana encontramos, más que una negación a la categoría de experiencia en general, un rechazo al uso de la categoría de la “experiencia del tiempo”. Sin embargo, el problema es que Husserl asume que desentrañando la conciencia inmanente del tiempo obtendría la clave del conocimiento del tiempo,¹⁴ con lo cual arribamos a una nueva versión de la paradoja de la filosofía trascendental. Por otra parte, H. U. Gumbrecht, en su propia lectura de Husserl, sostiene que únicamente nos está dado percibir el mundo según las distintas formas en que se articulen la retención y la protención; en todo caso, la única “experiencia del tiempo” que tendríamos sería aquella de la temporalidad de nuestra propia conciencia.¹⁵ Pero desplazar la temporalidad al ámbito de la conciencia equivale a declarar la imposibilidad de una teoría de los tiempos históricos, a no ser como un artificio de nuestras conciencias.

El quid del asunto sería el siguiente: ¿es posible fundar una teoría de los tiempos históricos sobre la categoría de experiencia?

¹² Hans Georg Gadamer, *Verdad y método 1*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006, pp. 96-103 y 421-439.

¹³ Véanse, entre otros, François Hartog, *Regimes of Historicity. Presentism and Experiences of Time*, Nueva York, Columbia University Press, 2015, p. 16; Fabio Wasserman y João Paulo Pimenta, “Presentación del Dossier Experiencias de tiempo en los siglos XVIII y XIX iberoamericanos. Un abordaje desde la historia conceptual”, *Revista Almanack*, N° 10, 2015; Aleida Assmann, “Transformations of the Modern Time Regime”, en C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time. Renegotiating the borders between present, past and future*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013, p. 55; Peter Osborne, “Global Modernity and the Contemporary: Two Categories of the Philosophy of Historical Time”, en C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time*, p. 69; Peter Osborne, “Expecting the Unexpected: Beyond the ‘Horizon of Expectation’”, en M. Hlavajova et al. (eds.), *On Horizons. A Critical Reader in Contemporary Art*, Utrecht, Post Editions, 2011, pp. 112-128; Peter Fritzsche, “The Ruins of Modernity”, en C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time*, pp. 67-68.

¹⁴ Raúl Sassi, “Husserl y la experiencia del tiempo”, *Tarea*, N° 3, 1976. Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1143/pr.1143.pdf>.

¹⁵ Hans Ulrich Gumbrecht, “O tempo como forma da experiência: Valdeci Lopes de Araujo e o futuro de uma tradição alemã de pensar a história”, en V. Lopes de Araujo (ed.), *A experiência do tempo: Conceitos e narrativas na formação nacional brasileira (1813-1845)*, San Pablo, Hucitec, 2008, p. 12.

Hemos identificado cuatro dimensiones interrelacionadas en las que el historiador de Bielefeld se halla en aprietos si acepta la dualidad empírico-trascendental de los conceptos:

a) Las experiencias a las que puede acceder el historiador son las colectivas, a saber, aquellas que –como lo admite Koselleck en repetidas ocasiones–¹⁶ están articuladas lingüísticamente (se trata, por tanto, de conceptos). Por ende, si no es a través del lenguaje (es decir, a través de experiencias ya socializadas), ¿cómo es posible conocer las condiciones de posibilidad de las experiencias?, ¿cómo se pueden desentrañar las categorías de la mente? Nos encontramos entonces con que el historiador solo puede encontrar en la mente humana o en lo trascendental (sea lo que esto sea) lo que de hecho ya está disponible en el lenguaje o que se puede descubrir inquiriendo sobre las relaciones entre los conceptos. Es decir, la distinción empírico/trascendental es una operación (histórica y contingente) que se aplica a los propios conceptos con los que se trabaja y de ninguna manera puede sostener una fundamentación última del conocimiento. Incluso, yendo más allá – y expandiendo la tesis de T. Taylor–¹⁷ podríamos argumentar que los usos lingüísticos de la expresión “tengo una/la experiencia de” constituyen un metadiscurso cuya función consistiría en proteger a un enunciado frente a la negación. Es así que cuando Koselleck afirma que toda historia está hecha de experiencias, propias o ajenas,¹⁸ en realidad estaríamos hablando de que el material de toda historia pasa por un metadiscurso que hace equivalente el valor de verdad de un enunciado a la credibilidad de quien lo emite –siempre dependiendo de quién y bajo qué condiciones y criterios se juzgue–. Lo que nos llevaría a concluir que el material con el que trabaja el historiador es, casi con exclusividad, el lenguaje¹⁹ –discursos sobre el lenguaje y metadiscursos sobre el lenguaje (lo que equivaldría a un meta-meta-discurso)–.

b) Ahora bien, ¿cuán cierto puede ser aquello de que los conceptos contienen experiencias? Indudablemente, el sistema nervioso del ser humano produce experiencias de distinto tipo, desde las más básicas experiencias sensoriales, pasando por los vínculos emotivos que nos ligan con otros hombres, hasta llegar incluso –como lo afirman algunos neurólogos– a las experiencias paranormales. No obstante, una cosa es lo que se experimenta y otra muy distinta –suponiendo que se desee comunicar lo vivido– cómo se relata esta experiencia, lo cual a su vez es diferente de cómo dentro del grupo social se elabora ese relato –si se lo niega e ignora, si se lo comenta, se lo comparte y amplifica, si se generaliza o se reduce a una particularidad, etc.–. En estos dos últimos niveles la experiencia como tal no existe, solo existe comunicación “sobre” experiencias. Incluso cuando un conjunto de individuos perciben el mismo fenómeno, lo que tenemos es una elaboración comunicativa de esa “vivencia” mediada por los matices

¹⁶ Véanse, entre otros, Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos e historia social”, pp. 9-26 y Reinhart Koselleck, “Sprachwandel und Ereignisgeschichte”, en R. Koselleck, *Begriffsgeschichten*, pp. 32-55 –trabajo que tampoco se encuentra en la traducción española de Trotta–.

¹⁷ Desde la lingüística integracionista se sostiene que las teorías del lenguaje tienden a defender y atacar, sin ser conscientes de ello, metadiscursos normativos presentes en el lenguaje cotidiano a través de los cuales una cultura desarrolla sus prácticas comunicativas y las regula lingüísticamente, por lo que re-pensar las teorías del lenguaje debería partir de tener en cuenta la fijación ideológica que estos metadiscursos nos imponen a la hora de concebir el lenguaje y su relación con la sociedad. Véase Talbot Taylor, “Enculturating language”, en T. Taylor, *Theorizing Language. Analysis, Normativity, Rhetoric, History*, Amsterdam, Pergamon, 1997, pp. 1-28.

¹⁸ Reinhart Koselleck, “Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico”, en R. Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 50.

¹⁹ Si el lenguaje no une experiencias propiamente dichas, entonces habría que reformular la relación entre lenguaje e historia. Cf. Koselleck, “Sprachwandel und Ereignisgeschichte”, pp. 32-55.

particulares de los que en ella participaron activa o pasivamente. Por ende, decir que los conceptos contienen experiencias es echar mano de un tropo metonímico que poco contribuye a aclarar lo que realmente está en juego. En fin, no existe algo así como una experiencia social o trascendental, a no ser como una elaboración conceptual del historiador.

c) Por otro lado, en su *Histórica* y la filosofía trascendental, Koselleck asume el supuesto universalista de la mismidad (y atemporalidad) de la naturaleza humana. Sin embargo, los antropólogos han demostrado con cuantiosa evidencia que no existe algo así como una estructura mental humana universal; sobre todo las críticas al estructuralismo de Lévi-Strauss han puesto sobre el tapete la contingencia y el carácter etnocéntrico de las categorías binarias con las que el antropólogo estructuralista intentaba dar sentido a las culturas estudiadas. Entonces, ¿sobre qué bases podría sentarse un estudio de las condiciones de posibilidad de toda historia? ¿Cómo podría regular una teoría así dispuesta la producción de conocimiento histórico verdadero, o, si se quiere, falseable? Esto nos conduce a cuestionar la necesidad de una fundamentación antropológica, basada en categorías como “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” como condición de la posibilidad de una teoría de los tiempos históricos –es decir, la insistencia koselleckiana en que las condiciones de posibilidad de la experiencia histórica (o de la historia real) sean las mismas que las de su conocimiento, o que “Los modos de la experiencia humana preceden formalmente a todas las adquisiciones concretas de experiencia”,²⁰ lo que haría articularse “antropológicamente” la historia de los métodos con la historia de la experiencia. De igual modo, como han subrayado algunos críticos,²¹ la asimetría entre experiencia y expectativa no es un dato a priori que constituya una condición humana universal,²² sino un desarrollo histórico que demanda una explicación satisfactoria, a menos que se quiera aceptar que solo existen tiempos históricos desde el *Sattelzeit*...

d) Si se admite hipotéticamente el carácter trascendental de los conceptos, no existiría diferencia alguna entre la historia conceptual y la tradicional historia de las ideas,²³ es decir, se arruinaría la pretensión innovadora de la historia conceptual. El concepto sería equivalente a las *unit-ideas* de Lovejoy, un ente inmutable que se manifiesta bajo distintas formas a lo largo de la historia.

Estas aporías sobre el tiempo y la temporalidad que hemos hallado en la filosofía y teoría de la historia podrían encontrar una solución dentro del paradigma de los sistemas complejos con la condición de que se abandone el planteamiento del problema de la experiencia y el tiempo como una cuestión cognitiva, y por tanto sujeta a las prestaciones de la conciencia humana, y en cambio se los conciba como una solución al problema de la complejidad (el imperativo de selección ante la abundancia de opciones) y de la paradoja inherente a todo sistema capaz de auto-observarse, sea consciente, comunicativo (es decir, social), físico o biológico.

En este orden de ideas, a la aporía que enfrenta Koselleck entre experiencias que son a la vez lingüísticas y extralingüísticas, que son históricas y a la vez están fuera de la historia, se le respondería con la *teoría de los sistemas autorreferenciales*. Mientras que el problema implícito al hablar de experimentar el tiempo, a saber, que una cosa sería el tiempo como tal y otra su

²⁰ Koselleck, “Cambio de experiencia y cambio de método”, p. 81.

²¹ Véanse, entre otros, Osborne, “Expecting the Unexpected”, pp. 112-128.

²² Koselleck, “‘Espacio de Experiencia’ y ‘Horizonte de Expectativas’”, p. 336.

²³ Elías Palti, “Reinhart Koselleck. His Concept of the Concept and Neo-Kantianism”, *Contributions to the History of Concepts*, vol. 6, issue 2, 2011, pp. 1-20.

percepción, se respondería gracias a la *teoría de complejidad* –lo que nos conduce a re-plantear el problema dejando de lado lo ontológico (¿qué es el tiempo?) y fijándonos en las propiedades emergentes de los sistemas complejos (¿cómo emerge el tiempo?, ¿qué funciones cumple?, ¿qué problemas resuelve?)–. Y, finalmente, se reformulará la relación planteada por la fenomenología entre tiempo de la conciencia y la conciencia del tiempo a través del concepto de *observación de segundo orden*, en particular mediante la distinción entre operación y observación.

2. ¿Cómo emergen la temporalidad y el tiempo? Un vistazo desde el paradigma de la complejidad

Dentro de lo que llamamos “paradigma de la complejidad” se albergan desarrollos inter- y transdisciplinarios²⁴ que se han ido acumulando y madurando principalmente después de la Segunda Guerra Mundial, hasta constituir hoy en día el núcleo de las principales teorías en disciplinas clásicas como la física, la química y la biología, al tiempo que han dado auge a nuevas disciplinas como la ciencia cognitiva, la inteligencia artificial, entre otras. Tales desarrollos teóricos han sido la cibernética, la computación, la teoría de los sistemas, la teoría matemática de la información, la teoría del caos, la termodinámica no lineal y de no equilibrio, entre otros.

Aunque el objeto de estos avances teóricos no haya sido en todo caso el problema del tiempo y la temporalidad, la aceptación de sus premisas tiene consecuencias para nuestras concepciones del tiempo. Algunas de ellas han sido subrayadas por sus autores, pero las implicaciones de estas concepciones más allá del mundo natural han sido por lo general poco tratadas. De esta manera, ha tendido a prevalecer una división, a veces implícita y otras explícitamente, entre el tiempo “natural” y el tiempo “social”, cuando en realidad lo que puede decirse de la temporalidad aplica por igual a cualquier tipo de sistema complejo.

El desarrollo de estas ideas se encuentra ligado a la tradición filosófica de una forma dialógica, pues la filosofía siempre ha fungido como un repositorio de ideas que se rechazan y se confirman, de intuiciones que se desarrollan, de problemas “perennes” que asaltan de cuando en cuando la mente inquisidora y curiosa –aunque la nueva historia intelectual tenga serios reproches contra esta forma de pensar en la historicidad de las “ideas”–. Decimos esto pues no deseamos que se interprete que el recurso a un paradigma de las ciencias naturales sea tomado como la aceptación implícita de que solo en este campo yace la verdad científica. Por el contrario, se trata de seguir el mismo movimiento que ha caracterizado a la historia de las ciencias, donde los aportes de unas disciplinas se convierten en soluciones y nuevos planteamientos de problemas para otras.

En este espíritu, nos proponemos extraer algunos argumentos de la historia del paradigma de los sistemas complejos, que servirán para explicar cómo emerge el tiempo como problema y solución dentro de la formación de sistemas naturales y sociales. Sostendremos que en sistemas

²⁴ Esta distinción es introducida por Niklas Luhmann, *Die Wissenschaft der Gesellschaft*, Frankfurt, Suhrkamp, 1992 [trad. esp.: *La ciencia de la sociedad*, Barcelona, Anthropos, 1996]. Para Luhmann existen dos clases de interdisciplinariedad, una *ocasional*, cuando las disciplinas aprenden de otras, por ejemplo a través de préstamos terminológicos; y otra *temporal*, cuando distintas disciplinas cooperan en la realización de un proyecto determinado. La transdisciplinariedad, en cambio –traduzco–, “se trata primeramente de un paradigma distintivo (retroalimentación, sistemas termodinámicos abiertos, información como selección), que es relevante para más de una disciplina” (pp. 457-459).

abiertos o máquinas triviales no existe tiempo ni temporalidad; el tiempo, en todo caso, es solo una variable que introduce un observador para mensurar una dimensión de la conducta del sistema. Desde este punto de vista el tiempo sería reversible, pues no existe diferencia entre pasado y futuro. La temporalidad es una propiedad de los sistemas complejos usada para reducir su propia complejidad o lidiar con su indeterminación autogenerada. El tiempo aparece en instancias superiores de reflexividad como un esquema de observación de la temporalidad –propia o de otros sistemas en su entorno– dentro de la temporalidad operativa del sistema en cuestión.

2.1. Máquinas de Turing, inteligencia artificial y máquinas triviales

Una máquina de Turing o un algoritmo consiste sencillamente en un procedimiento o un conjunto finito de pasos o instrucciones que se aplican mecánicamente para resolver un problema. En un experimento mental el matemático inglés Alan Turing, ideando una respuesta para el *Entscheidungsproblem* (problema de la decisión) de Hilbert, imaginó una máquina alimentada por una cinta, la cual recibía de un lado un input (potencialmente infinito) y del otro arrojaba su output (también infinito). La máquina estaba definida por un conjunto finito de estados, esto es, el procedimiento a seguir para procesar el input y arrojar el output. La máquina era capaz de hacer regresar la cinta y hacer marcas sobre ella con el objeto de volver sobre sus resultados siempre que el procedimiento así lo exigiese.²⁵

Esta idea es fundamental pues es la base de la programación moderna –no en balde se considera a Turing el padre de la computación–. Como es bien sabido, nuestras aplicaciones, software y buscadores en la web emplean sofisticados algoritmos para llevar a cabo sus tareas. Y todo ello ha llevado al auge de la inteligencia artificial. Ahora bien, estos desarrollos han arrojado un conjunto de interrogantes técnicos y filosóficos sobre la conducta de estos sistemas. ¿Son en verdad inteligentes? Si lo son, ¿en qué sentido se parecen a la inteligencia humana? ¿Pueden llegar a imitarla? ¿Tienen conciencia o podrían llegar a tenerla?²⁶ En realidad, aunque no lo parezca a primera vista, la respuesta a todos estos interrogantes está relacionada con la temporalidad.

Una máquina de Turing es un sistema en tanto que al operar ejecuta una diferenciación entre sus estados internos (finitos) y la infinitud de estados y relaciones de su entorno. Pero, ¿qué clase de sistema es una máquina universal de Turing?

En primer lugar, el sistema está determinado por sus estados internos; no puede hacer una cosa diferente de las que se lo ha programado para hacer. En segundo lugar, la operación de estos algoritmos supone algún tipo de memoria, pues el sistema necesita “recordar” el resultado de sus operaciones. Este es un punto delicado, porque la memoria implica alguna forma de relación con el tiempo.²⁷ El asunto reside en que la máquina de Turing no “recuerda” por sus propios medios, sino que realiza marcas en la cinta de papel y es capaz de volver sobre estas marcas cada vez que el procedimiento lo exija. Las calculadoras, las computadoras personales o nuestros modernos celulares inteligentes disponen de una memoria física que se divide en

²⁵ Para una explicación detallada y digerible para el público general, véase Roger Penrose, *La mente nueva del emperador*, México, FCE, 1996, pp. 34 y ss.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Este argumento es sostenido por Niklas Luhmann, “Zeit und Gedächtnis”, en *Soziale Systeme*, N° 2, 1996. Sobre él volveremos más adelante.

RAM y ROM, una para almacenar los datos y otra operativa que les permite retener los datos necesarios para realizar las operaciones que realiza en el momento. En ambos casos la función de memoria depende de elementos físicos externos que le sirven de soporte a la operación del sistema. Por tanto, sería problemático decir que el sistema “recuerda”, pues en realidad lo que hace es recuperar información que de hecho se encuentra alojada en alguna parte. Por otro lado, también sería complicado asumir que este tipo de memoria supone algún tipo de temporalidad; y es que no existe ninguna asimetría entre pasado y futuro (por ende, no existen pasado y futuro como tales), dado que siempre se puede hacer que el sistema vuelva sobre sus pasos y arroje siempre el mismo resultado. Análogamente, dentro del marco de la física clásica newtoniana el tiempo es reversible, pues una vez que se conocen los datos con suficiente exactitud es posible saber en qué estado se ubicará el sistema en el instante siguiente y qué estados atravesó para llegar a su estado actual.²⁸

El concepto de “máquina trivial” desarrollado por el cibernético austríaco Heinz von Foerster da cuenta de este tipo de comportamientos.²⁹ Von Foerster define una máquina trivial como un sistema caracterizado por una relación uno-a-uno entre input y output; es determinista, ya que sus relaciones están pre-fijadas de una vez por todas; y es predecible, debido a que el mismo input tendrá como resultado el mismo output. Las máquinas triviales se encuentran en marcado contraste frente a las máquinas no triviales, en las que el output previo determina la relación input-output, es decir, el sistema se retroalimenta; y esto tiene una consecuencia importante, pues el sistema “tiene historia” dado que su estado presente está determinado por sus estados previos; aunque son sistemas deterministas su conducta es impredecible, ya que un mismo input no arroja como resultado un mismo output. Como subraya Von Foerster, una cuestión importante a tener en cuenta a la hora de hablar de máquinas triviales y no triviales es la tendencia cultural de Occidente a trivializar las máquinas –sistemas biológicos incluidos, como en el caso de la educación–, pues una máquina que exhiba una conducta propia (*Eigenbehavior*) no sería confiable para ejecutar tareas de las que se dependa.³⁰

Por tanto, son las máquinas no triviales las que temporalizan su operación, las que desarrollan una memoria muy parecida a la humana en sus funciones, las que eventualmente pueden alcanzar una conducta inteligente que podríamos denominar en algún punto “consciente”. ¿Cómo *emergen* entonces esta clase de sistemas?

2.2. Cibernética de segundo orden o máquinas no triviales, estructuras disipativas y sistemas complejos

La palabra clave para comprender cómo surgen los sistemas complejos a partir de sistemas más simples es precisamente “emergencia”.³¹ La idea principal tras el concepto de emergencia es muy

²⁸ Sobre los problemas de la reversibilidad y la irreversibilidad del tiempo dentro de la física véase Ilya Prigogine, *The End of Certainty*, Nueva York, The Free Press, 1997.

²⁹ Véase Heinz von Foerster, “Molecular Ethology. An Immodest Proposal for Semantic Clarification”, en H. von Foerster, *Understanding Understanding. Essays on Cybernetics and Cognition*, Nueva York, Springer, 2003. En la misma obra véanse del autor “Perception of the Future and the Future of Perception”, y “For Niklas Luhmann: How recursive is communication?”.

³⁰ Von Foerster, “Perception of the Future”, p. 208.

³¹ Véase Mark Bedau y Paul Humphreys (eds.), *Emergence. Contemporary Readings in Philosophy and Science*, Cambridge, The MIT Press, 2008.

cara al paradigma de la complejidad, a saber: *que las propiedades o conductas de un sistema no dependen de la naturaleza de sus elementos, sino de las relaciones que se entablan entre ellos, de los patrones en función de los cuales tales elementos se auto-organizan*. Existen múltiples teorías que explican esta propiedad emergente, que hace de un sistema un “sistema complejo”.

En la termodinámica se ha descubierto que los sistemas lejanos al equilibrio exhiben las estructuras más complejas de la naturaleza, lo que ocurre porque la conducta errática del sistema (estados trasegantes) produce bifurcaciones que rompen la simetría del tiempo, es decir, dado que el sistema es capaz de escoger entre varios estados posibles se torna imposible predecir el estado futuro del sistema en función de sus estados pasados. De allí el sistema se auto-organiza formando “estructuras disipativas” y haciendo emerger orden del desorden.³² Desde la teoría de la información se explica que algunos sistemas logran resistirse a la entropía gracias a la capacidad de la materia de procesar información. Precisamente, su capacidad de generar outputs condicionados a los inputs recibidos implica que el sistema tiene capacidad de computar y procesar información.³³

La teoría de las redes explica las propiedades emergentes de un sistema a través del concepto de “doble salto”, a saber, una explosión de conectividad entre sus nodos.³⁴ Por otra parte, algunas investigaciones sugieren que las redes temporales, a diferencia de las redes estáticas, son más flexibles y alcanzan un grado de controlabilidad con mayor rapidez³⁵ –lo que puede interpretarse como una prestación del tiempo en la reducción de complejidad del sistema–.

En la teoría de los sistemas dinámicos se demuestra que las funciones iteradas y las ecuaciones logísticas tienen propiedades “caóticas” bajo ciertas condiciones, por lo que condiciones iniciales de partida disímiles por un grado ínfimo exhiben grandes diferencias en sus trayectorias tras cierto número de iteraciones –de donde se deduce la imposibilidad de predecir el comportamiento de un sistema caótico a partir de sus estados pasados–.³⁶

En la teoría de los sistemas autorreferenciales y clausurados operativamente se parte del supuesto de que cuando un sistema posee un abanico de alternativas para elegir en la próxima operación a ejecutar, se ve obligado a proceder selectivamente.³⁷ Tales selecciones hacen las veces de estructura pues el sistema opera recursivamente (esto es, partiendo del resultado de sus operaciones previas), de forma tal que las selecciones pasadas hechas por el sistema condicionan el horizonte de posibilidades sobre las que podrá decidir en el futuro.³⁸ La selectividad o estructuración del sistema genera redundancia, lo que mejora el desempeño del sistema para procesar información. De tal manera, al enfrentarse a problemas similares no tendrá que inventar de nuevo la solución y, por ende, el sistema es capaz de aprender.

³² Prigogine, *The End*.

³³ César Hidalgo, *Why Information Grows. The Evolution of Order, from Atoms to Economies*, Nueva York, Basic Books, 2015, pp. 30-35.

³⁴ David. A. Seeley, “Network evolution and the emergence of structure”, en T. Bossomaier y D. Green (eds.), *Complex Systems*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

³⁵ Aming Li *et al.*, “The fundamental advantages of temporal networks”, arXiv:1607.06168, 21 de julio de 2016, disponible en <<https://arxiv.org/abs/1607.06168v1>>, consultado el 10/10/2016.

³⁶ Véase, entre otros, David P. Feldman, *Chaos and Fractals. An Elementary Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

³⁷ Esta idea ha sido enfatizada por varios sistémicos al examinar la obra de Ross Ashby. Véanse Paul Watzlawick *et al.*, *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona, Herder, 1985, pp. 34-35; y Niklas Luhmann, *Sistemas sociales*, Barcelona, Anthropos, 1998.

³⁸ Luhmann, *Sistemas Sociales*, pp. 255-323; Armin Nassehi, *Die Zeit der Gesellschaft*, Wiesbaden, VS Verlag, 2004.

Para un sistema social o biológico la cognición es posible porque: el sistema está clausurado operativamente frente a su entorno, es decir, está determinado por sus propias estructuras a través de las cuales procesa información y codifica las irritaciones del entorno³⁹ en un “lenguaje propio” que le permite seleccionar sus propios estados; y está constituido autorreferencialmente, esto es, es capaz de distinguirse a sí mismo frente a su entorno, frente a otros sistemas y distinguir las distinciones que aplica sobre sí de las que aplica sobre el entorno u otros sistemas en el entorno (autorreferencia/ heterorreferencia).⁴⁰ La autorreferencia representa una propiedad fundamental de los sistemas, pues de ello depende que tengan una identidad o algo parecido a un “yo” o una “conciencia”.⁴¹

En este orden de ideas, el concepto de autorreferencia nos resulta de interés en tanto sugiere que:

- la complejidad de un sistema se incrementa en la medida en que alberga un mayor número de bucles interconectados –Hofstadter incluso sugiere que en determinado momento emergen “jerarquías entrelazadas” (*tangled hierarchies*), “bucles extraños” (*strange loops*) o *level-crossing feedback loops*, que explican conductas emergentes como la conciencia;⁴²
- estos bucles tienen un impacto significativo en la forma en que los sistemas procesan la información –lo que equivale a decir que el sistema aumenta sus capacidades cognitivas (tesis respaldada por la tesis de la “sociedad de la mente” de M. Minsky⁴³ y por la teoría de la diferenciación social dentro de la sociología);
- la temporalidad puede ser una solución para desplegar las paradojas (o, dicho técnicamente, evitar cortocircuitos) en las que se ve envuelto el sistema debido a su clausura operativa –Spencer Brown sugiere que cuando se reintroduce la forma dentro de la forma (es decir, una distinción que se distingue a sí misma) el sistema se enfrenta a una paradoja que resuelve desplegando un espacio imaginario en el cual, dicho de cierta manera, el sistema inventa el tiempo lo que le permite ejecutar principalmente dos funciones, una de oscilación y otra de memoria; la primera pendula entre el espacio marcado (donde se ubica la seña que traza la distinción) y el espacio desmarcado y la

³⁹ Esta tesis ha sido desarrollada a partir del concepto de autopoiesis de los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela, *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, Buenos Aires, Editorial Universitaria Lumen, 2004; y Humberto Maturana y Francisco Varela, *El árbol del conocimiento*, Buenos Aires, Editorial Universitaria Lumen, 2003.

⁴⁰ Dentro de la llamada cibernética de segundo orden el concepto de autorreferencia y sus implicaciones ha sido debatido por autores como Louis H. Kauffman, “Self-reference and recursive forms”, *Journal of Social and Biological Structures*, N° 10, 1987; Lars Löfgren, “Autology for second order cybernetics”, y Heinz von Foerster, “Epistemologie der Kommunikation”.

⁴¹ Esta es la tesis principal de Douglas Hofstadter, *Gödel*, pp. 2 y ss. La autorreferencia o los “bucles de retroalimentación” (*feedback loops*), como es mucho más corriente, juega un rol primordial en nuestro mundo moderno. Sus usos aplican en casi todas las ramas de la ingeniería, la matemática, la geometría, la robótica, la electrónica, entre otros. Sin embargo, dada la variedad de aplicaciones y de desarrollos teóricos, no todos los problemas de tal clase son comparables en algún sentido significativo con los problemas que encontramos al estudiar los sistemas sociales. Excepción hecha de las ocasiones en que se ha abordado el problema desde el punto de vista de los sistemas matemáticos formales y la lógica formal, que son los casos que nos interesan.

⁴² *Ibid.*

⁴³ Marvin Minsky, *The Society of Mind*, Nueva York, Simon & Schuster, 1988, sostiene que la mente opera activando y coordinando agentes que se especializan en la ejecución de tareas/resolución de problemas específicos. La coordinación y la actuación “social” de estos agentes hace de la mente humana lo que es.

segunda delata cuál de los lados de la distinción fue el último en visitar el espacio marcado. De esta manera el sistema duplica sus estados posibles volviéndose él mismo indeterminable.⁴⁴ Así, el sistema supera la paradoja pero al costo de hacerse inconmensurable (o inobservable) para sí mismo.

Dentro de la teoría de los sistemas sociales ha sido Niklas Luhmann quien, con el objeto de elaborar una teoría de la sociedad moderna, ha logrado una síntesis de los postulados que hemos discutido, subrayando simultáneamente las consecuencias que tiene para nuestras concepciones del tiempo asumir los postulados de la complejidad, la autorreferencia y la cognición. Por lo que la discusión subsiguiente se basará en la exposición de sus premisas, para finalmente ponerla en relación con la problemática arriba planteada, a saber, hallar el punto de partida adecuado para una teoría de los tiempos históricos.

2.3. *Temporalidad, tiempo y observación de segundo orden*

Luhmann ha abordado el problema de la temporalidad desde cuatro perspectivas interrelacionadas: a) el tiempo como dimensión de sentido; b) la temporalidad como forma de reducción de la complejidad; c) la temporalidad como resultado de las funciones de memoria y oscilación; y d) la relación entre las semánticas del tiempo, las transformaciones de las estructuras temporales y las formas de diferenciación social.

Los sistemas sociales se caracterizan por reproducir un tipo particular de operación, la comunicación, y por desplegar sus potencialidades dentro de un tipo particular de medio, el “sentido”. Sobre todo en las traducciones inglesas de la obra de Luhmann se hace equivaler el sentido con el significado, por lo que los sistemas sociales serían, en cierto modo, sistemas semióticos. Aunque para obtener mayor ventaja del planteamiento teórico preferimos distinguir entre ambos conceptos; y es que el sentido, definido por Luhmann como la diferencia entre la actualidad/potencialidad de acciones y vivencias, abarca por igual lo lingüístico y lo extralingüístico, lo aprehendido lingüísticamente y los “excedentes de sentido” (Ricoeur) o lo “inconceptual” (Blumenberg). El sentido es autorreferencial, pues incluso el sinsentido tiene sentido; esta autorreferencialidad se destautologiza y se hace informativa al diferenciar y poner en relación tres dimensiones, una social (alter/ego), una objetiva (esto/aquello) y una temporal (antes/después).⁴⁵

Nótese que el concepto de sentido se construye sobre el problema cibernético del excedente de posibles estados del sistema que podría alcanzar un sistema complejo. Las consecuencias sociológicas derivadas de esta idea son:

- que al establecer una relación entre lo actual (el estado presente del sistema) y lo potencial (las alternativas que a continuación dispone el sistema) se asume que el sistema procesa información de ese modo y que ello tiene implicaciones temporales palmarias;
- que se involucran tanto la perspectiva de la acción (que atañe al propio sistema) como de la vivencia (en la cual es afectado por otros sistemas en su entorno);

⁴⁴ Es insuficiente el espacio para repasar y explicar en detalle los argumentos del autor. En todo caso de acá en adelante nos haremos eco de la interpretación que de él hizo Niklas Luhmann y será la que en definitiva tendrá peso para nuestra argumentación. Véase George Spencer Brown, *The Laws of Form*, Nueva York, Julian Press, 1972, pp. 58-68.

⁴⁵ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales*, pp. 77-112; Luhmann, *Die Gesellschaft der Gesellschaft*, Frankfurt, Suhrkamp, 1997, vol. 1, pp. 44-60 [trad. esp.: *La sociedad de la sociedad*, México, Herder, 2008].

- y que esas perspectivas se pueden hacer significativas desde diferentes dimensiones (social, objetiva y temporal). Esto implica que, si bien las tres dimensiones siempre están involucradas, el sistema puede decidir si tratar un problema desde un punto de vista predominantemente social, temporal u objetivo y es capaz de desplazar problemas desde unas dimensiones hacia otras. Por ejemplo, puede temporalizar problemas sociales (por caso, haciendo socialmente aceptable la demora de la gratificación, bajo la expectativa de que se satisfará en el futuro con mejores réditos).

Esto nos lleva a la siguiente tesis de Luhmann: los sistemas sociales no pueden eludir el temporalizar su propia complejidad. Es decir, para el sistema no todo es posible al mismo tiempo y al actualizar alguna posibilidad otras quedan excluidas. Por tanto, sistemas sociales hiper-complejos, como la sociedad moderna, desarrollan semánticas y estructuras temporales que les permiten hacer proyecciones tanto hacia el pasado (cuando son capaces de actualizar estructuras que anteriormente fueron exitosas) como hacia el futuro (mediante estrategias que les permiten allanar la incertidumbre del futuro: utopías, prognosis guiadas estadísticamente, planificación y avances tecnológicos). Podríamos decir que la diferenciación de horizontes temporales que tal proceder acarrea haría que el tiempo mismo –¡no sus conceptualizaciones!– evolucionase.⁴⁶

Otro punto de vista atañe a la operación del sistema. A diferencia de otro tipo de sistemas, como los biológicos, la reproducción de los sistemas sociales carece de un soporte físico (aunque no por entero, pues pueden recurrir tanto al cuerpo humano como a artefactos de la cultura material, mas lo decisivo es que estos elementos no forman parte de su operación). Los sistemas sociales se constituyen a partir de la reproducción autopoiética de la comunicación (es decir, que la comunicación engendra comunicación); esta tiene una constitución temporal muy característica, a saber, que como acontecimiento es efímera. Dado que los sistemas deben entonces enlazar continuamente elementos poco durables, tienen una temporalidad que les es intrínseca (podríamos decir, un “tiempo operativo”). De aquí se deriva un problema fundamental: el sistema debe ser capaz de tener inmediatamente a la mano nuevas opciones (lo cual se facilita teniendo acceso a selecciones previas), pero al mismo tiempo es incapaz de retener lo ya ocurrido. ¿Cómo se soluciona este problema?

La respuesta de Luhmann es: a través de funciones de memoria y oscilación (Spencer Brown). Veamos. Los acontecimientos que se producen en el sistema no son agregables ni manipulables en ningún sentido, obviamente tampoco se pueden retener; lo que el sistema puede hacer es observarlos distinguiendo entre antes y después, pero tal distinción solo puede realizarla marcando esos acontecimientos de alguna forma. Para realizar tales marcas puede utilizar símbolos y otorgar nombres, pero fundamentalmente desarrolla esquematismos, enmarcamientos (Goffman) o guiones (*scripts*). La memoria se trata entonces de un rendimiento que le permite al sistema discriminar entre olvido y recuerdo, echando mano de esquemas de atribución a través de los cuales trata similarmente casos iguales o enfrenta situaciones desde determinado punto de vista. De manera análoga a lo discutido sobre la máquina de Turing, no

⁴⁶ Niklas Luhmann, “Temporalisierung von Komplexität. Zur Semantik neuzeitlicher Zeitbegriffe”, en N. Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik* 1, Frankfurt, Suhrkamp, 1980, pp. 235-300; Luhmann, “The Future Cannot Begin”, *Social Research* 43: 1, 1976, pp. 130-152.

se necesita (y en este caso sería imposible) volver sobre los pasos ya realizados, sino que se echa mano directamente del resultado de esas operaciones para los cálculos subsiguientes. A diferencia de la máquina de Turing, la memoria en este sentido no se trata de recuperar información almacenada en algún lugar. Lo interesante es que al acumular marcas y esquematismos, el sistema no solo es capaz de referirse a sucesos anteriores y posteriores, sino que consecuentemente también es capaz de distinguir entre pasado y futuro, es decir, el propio sistema puede observar la asimetría entre las posibilidades realizadas y realizables que él mismo despliega al operar –valga decir, se auto-observa echando mano de esquemas de observación temporales–. Este nivel de autorreferencia permite la emergencia de una identidad dentro del sistema, es decir, surge un “sí mismo” que el sistema emplea para orientarse, e incluso para oscilar.

Precisamente ahora hablaremos de la función de oscilación, que representa la presencia del futuro en la actualidad de la operación del sistema. Luhmann concibe la oscilación como la relación que existe entre ambos lados de la diferencia que emplea algún sistema al observar, a saber, que uno de los lados sea empleado como punto de partida de las operaciones, de modo que el sistema pueda cruzar esa frontera interna e ir de un lado al otro. La diferencia en sí permanece invisible; solo quedaría en evidencia el lado marcado de la distinción. Por ejemplo, conceptos como progreso, libertad, desarrollo son pensados como unidad, pero implican una superación de un estado actual hacia uno deseado –un cruce de la distinción–. La orientación a metas es también una forma de construir el futuro.⁴⁷

Finalmente, Luhmann sostiene que la temporalización del sistema tiene consecuencias de gran calado para su auto-organización. Un sistema temporalizado es uno densamente diferenciado. Pero acá se desarrolla una relación de retroalimentación positiva, pues una mayor diferenciación social exige correspondientemente mayor diferenciación de los horizontes/estructuras temporales y viceversa. Estructuras temporales más complejas, a su vez, ejercen una presión sobre las semánticas del tiempo, pues cada vez se torna menos plausible ordenar secuencialmente la propia complejidad. Esto trae como consecuencia que el presente se convierte en el punto desde el que se distingue entre pasado y futuro, por lo que cada presente puede tener pasados y futuros distintos.⁴⁸ Dicho de otra manera, el tiempo se pluraliza (en lo que coincide con Koselleck) dentro del sistema social poniendo sobre el tapete el problema de la sincronización. El tema de la sincronización tiene varios niveles: existe una sincronización social que puede lograrse gracias a la invención de técnicas de medición del tiempo (calendarios, relojes, etc.); pero la diferenciación social exige nuevos tipos de sincronización entre las prestaciones de sistemas funcionalmente diferenciados, depositando ese peso en el futuro.⁴⁹ De manera que el futuro adquiere la forma del riesgo y de las consecuencias imprevistas⁵⁰ (por ejemplo, la política, con sus programas condicionados por los cronogramas electorales y correspondientes cambios de gobierno, involucra riesgos para la inversión económica).

⁴⁷ Niklas Luhmann, “The Control of Intransparency”, *Systems Research Behavioral Science*, vol. 14, 1997, pp. 359-371; Luhmann, “Zeit und Gedächtnis”, pp. 307-330; Luhmann, “Weltzeit und Systemgeschichte”, en Luhmann, *Soziologische Aufklärung 2*, Wiesbaden, Springer, 1991, pp. 103-133.

⁴⁸ Luhmann, “Die Temporalisierung”, p. 256.

⁴⁹ Niklas Luhmann, “Gleichzeitigkeit und Synchronisation”, en Luhmann, *Soziologische Aufklärung 5*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1990, pp. 95-130.

⁵⁰ Niklas Luhmann, *Soziologie des Risikos*, Berlín, Walter de Gruyter, 1991 [trad. esp.: *Sociología del riesgo*, México, Universidad Iberoamericana, 2006].

Si sintetizamos las complejas reflexiones de Luhmann, podemos alcanzar la conclusión de que el tiempo es un esquema para la observación de las temporalidades y que los sistemas sociales engendran varias temporalidades interconectadas y autorreferenciales que se pueden observar (esto es, distinguir) unas de otras. Distinguiendo entre *operación* y *observación* podemos discriminar, en un nivel básico, una *temporalidad operativa* que se refiere al enlace consecutivo de selecciones que lleva a cabo el sistema para poder reproducirse. En un segundo nivel tenemos la observación que realiza el sistema de su operar. En primer lugar, se emplean esquemas de observación temporales simples, como *antes* y *después*. En segundo lugar, se desarrollan esquemas de observación temporal que distinguen horizontes temporales (*pasado/presente/futuro*). En un tercer nivel el sistema puede utilizar tal esquema (a partir de una *re-introducción*, es decir, distinguiendo por ejemplo el pasado dentro del pasado –digamos, pasado-pasado, pasado-presente, futuro-pasado y así) para distinguirse de nuevo a sí mismo dentro de sí mismo (por tanto, observando sus propios subsistemas) y/o para observar otros sistemas en su entorno. Esto quiere decir: el sistema observa sus propias observaciones y observa que observa (*observación de segundo orden*). En este punto la indeterminación autogenerada por el sistema se hace palmaria, por lo que torna imprescindible el aferrarse a algún punto fijo. Es aquí donde las semánticas o conceptualizaciones del tiempo, que por lo general tienden a dar por sentado un “fluir”, un discurrir o un “estar en el tiempo”, cumplen su función de brindar un asidero invariable (en el caso del concepto de eternidad) o al menos uniforme (en el caso del tiempo natural), que sirva de baremo para comparar temporalidades distintas y lograr de este modo establecer una diferencia que marque una diferencia para el sistema, es decir, que sea informativa.

2.4. La observación del tiempo histórico

La sofisticación y las sutilezas que envuelven al tiempo y la temporalidad no pueden ser explicadas adecuadamente argumentando a favor de las “experiencias del tiempo” como fuente epistemológica apriorística de una teoría de la historia. No queremos negar que el hombre, en su constitución biológica, tenga experiencias “temporales” y/o del tiempo social y pueda comunicar sobre ellas. Lo que está en discusión es si tal asunción constituye un punto de partida adecuado para una teoría de los tiempos históricos, si puede desenrollar el nudo gordiano que se esconde tras los conceptos temporales y los que tematizan el tiempo.

Una forma de mediación sería asumir que, de cierta manera, la descripción “experiencia del tiempo” sería equivalente a la de “observación del tiempo”,⁵¹ aunque sin los supuestos gnoseológicos y antropológicos que la primera arrastra consigo. Sin embargo, lo decisivo no es un mero cambio de expresiones.

Hemos sostenido que el paradigma de los sistemas complejos, particularmente en su elaboración luhmanniana, puede ofrecer planteamientos alternativos que ayuden a desplegar la paradoja en la que se encuentra la teoría de los tiempos históricos de Koselleck. Y esto se haría, como lo hemos intentado demostrar, replanteando esos problemas a partir de nuevos conceptos que nos

⁵¹ Naturalmente, bajo la condición de que se entienda “observación” en su conceptualización sistémica y no se la equipare con un sentido humano. Resulta palmario que nuestro lenguaje está demasiado antropomorfizado como para permitirnos ciertas abstracciones.

permitan concebir el tiempo y la temporalidad alejados de la filosofía del conocimiento y de sus presupuestos –como el de diferenciar el tiempo natural del tiempo social o del histórico–.

El problema que nos quedaría por resolver es: ¿qué distinción puede ocupar el lugar de la “experiencia del tiempo” en la teoría de los tiempos históricos? Esta no tiene que ser una respuesta original. Después de todo el sistema social moderno tiene una larga historia de observaciones del tiempo. La condición que debe cumplir es que debe poder sintetizar observaciones de observaciones... con un sentido más o menos explícitamente temporal. Es decir, ligadas lo menos posible (o con el potencial de serlo) a metáforas del movimiento –aunque, como ha indicado Koselleck, no es posible pensar en el tiempo sin recurrir absolutamente a ninguna metáfora–.

Aunque esto se podría dejar abierto al debate, nos parece, sin embargo, que la distinción *varianza/invarianza* tiene el potencial para ocupar el mencionado lugar. Al re-introducir la distinción dentro de sí, siempre se podrá encontrar un lado de la distinción que aunque antes haya sido marcado como variable, permanezca como invariable –es posible que explícitamente en la observación o como su punto ciego–. Este esquema copia la generalidad de los esquemas de observación del tiempo en los que siempre queda, marcada o disimuladamente, un tiempo invariante, lineal o constante que sirve de contexto o envuelve la distinción temporal con la que de momento opera el observador.

Restaría verter los elementos de esta propuesta en un esquema más simplificado y en un programa de investigación histórica que demuestre su validez. Pero tales objetivos sobrepasan el propósito de este ensayo. □

Bibliografía

Assmann, Aleida, “Transformations of the Modern Time Regime”, en C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time. Renegotiating the borders between present, past and future*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.

Bedau, Mark y Humphreys, Paul (eds.), *Emergence. Contemporary Readings in Philosophy and Science*, Cambridge, The MIT Press, 2008.

Blanco, José Javier, “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e Histórica”, revista *Politeia*, vol. 35, Nº 49, 2012.

Feldman, David P., *Chaos and Fractals. An Elementary Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

Fernández Torres, Luis, “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck: introducción al ‘Diccionario’ histórico y conceptos político-sociales básicos en la lengua alemana”, revista *Anthropos*, Nº 223, 2009.

Fritzsche, Peter, “The Ruins of Modernity”, en C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time. Renegotiating the borders between present, past and future*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.

Gadamer, Hans Georg, *Verdad y Método I*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006.

Gumbrecht, Hans Ulrich, “O tempo como forma da experiência: Valdeci Lopes de Araujo e o futuro de uma tradição alemã de pensar a história”, en V. Lopes de Araujo (ed.), *A experiência do tempo: Conceitos e narrativas na formação nacional brasileira (1813–1845)*, San Pablo, Hucitec, 2008.

Hartog, François, *Regimes of Historicity. Presentism and Experiences of Time*, Nueva York, Columbia University Press, 2015.

Hidalgo, César, *Why Information Grows. The Evolution of Order; from Atoms to Economies*, Nueva York, Basic Books, 2015.

Hofstadter, Douglas, *Gödel, Escher, Bach. An Eternal Golden Braid*, Nueva York, Basic Books, 1999.

- Jordheim, Helge, "Against Periodization: Koselleck's Theory of Multiple Temporalities", *History and Theory* 51, mayo de 2012.
- , "Does Conceptual History Really Need a Theory of Historical Times?", *Contributions to the History of Concepts*, vol. 6, issue 2, invierno de 2011.
- Kauffman, Louis H., "Self-reference and recursive forms", *Journal of Social and Biological Structures*, 10, 1987.
- Koselleck, Reinhart, "'Espacio de Experiencia' y 'Horizonte de Expectativas'. Dos categorías históricas", en Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- , "Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico", en Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.
- , "Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia", *Revista de Estudios Políticos*, N° 134, diciembre de 2006.
- , "Historia de los conceptos e historia social", en R. Koselleck, *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta, 2013.
- , "Histórica y hermenéutica", en R. Koselleck y H. G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997.
- , "Sprachwandel und Ereignisgeschichte", en Koselleck, *Begriffsgeschichten*, Frankfurt, Suhrkamp, 2006.
- , "Hinweise auf die temporalen Strukturen begriffsgeschichtlichen Wandels", en Koselleck, *Begriffsgeschichten*, Frankfurt, Suhrkamp, 2006.
- , "Stetigkeit und Wandel aller Zeitgeschichten", en Koselleck, *Zeitschichten*, Frankfurt, Suhrkamp, 2003.
- Li, Aming *et al.*, "The fundamental advantages of temporal networks", arXiv:1607.06168, 21 de julio de 2016.
- Löfgren, Lars, "Autology for second order cybernetics", en *Fundamentals of Cybernetics. Proceedings of the Tenth International Congress of Cybernetics*, Namur, Association Internationale de Cybernetique, 1983.
- Luhmann, Niklas, "Gleichzeitigkeit und Synchronisation", en N. Luhmann, *Soziologische Aufklärung* 5, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1990.
- , "Tautology and Paradox in the Self-descriptions of Modern Society", *Sociological Theory*, vol. 6, primavera de 1988.
- , "Temporalisierung von Komplexität. Zur Semantik neuzeitlicher Zeitbegriffe", en Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik* 1, Frankfurt, Suhrkamp, 1980.
- , "The Control of Intransparency", *Systems Research Behavioral Science*, vol. 14, 1997.
- , "The Future Cannot Begin", *Social Research*, 43: 1, 1976.
- , "Weltzeit und Systemgeschichte", en Luhmann, *Soziologische Aufklärung* 2, Wiesbaden, Springer, 1991.
- , "Zeit und Gedächtnis", *Soziale Systeme* 2, 1996.
- , *Die Gesellschaft der Gesellschaft* (vol. 1), Frankfurt, Suhrkamp, 1997.
- , *Die Wissenschaft der Gesellschaft*, Frankfurt, Suhrkamp, 1992.
- , *Sistemas sociales*, Barcelona, Anthropos, 1998.
- , *Soziologie des Risikos*, Berlín, Walter de Gruyter, 1991.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco, *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, Buenos Aires, Editorial Universitaria Lumen, 2004.
- , *El árbol del conocimiento*, Buenos Aires, Editorial Universitaria Lumen, 2003.
- Minsky, Marvin, *The Society of Mind*, Nueva York, Simon & Schuster, 1988.
- Nassehi, Armin, *Die Zeit der Gesellschaft*, Wiesbaden, VS Verlag, 2004.
- Osborne, Peter, "Expecting the Unexpected: Beyond the 'Horizon of Expectation'", en M. Hlavajova *et al.* (eds.), *On Horizons. A Critical Reader in Contemporary Art*, Utrecht, Post Editions, 2011.

- , “Global Modernity and the Contemporary: Two Categories of the Philosophy of Historical Time”, en C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time. Renegotiating the borders between present, past and future*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.
- Palti, Elías, “Koselleck y la idea de Sattelzeit. Un debate sobre la modernidad y temporalidad”, *Revista Ayer. Historia de los conceptos*, vol. 1, N° 53, 2004.
- , “Reinhart Koselleck. His Concept of the Concept and Neo-Kantianism”, *Contributions to the History of Concepts*, vol. 6, issue 2, 2011.
- Penrose, Roger, *La mente nueva del emperador*, México, FCE, 1996.
- Prigogine, Ilya, *The End of Certainty*, Nueva York, The Free Press, 1997.
- Prokopenko, Mikhail *et al.*, “Self-referential basis for undecidable dynamics: from the Liar Paradox and The Halting Problem to the Edge of Chaos”, arXiv:1711.02456v1, 7 de noviembre de 2017.
- Sassi, Raúl, “Husserl y la experiencia del tiempo”, *Tarea*, 3, 1976. En Memoria Académica, disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1143/pr.1143.pdf>.
- Seeley, David. A., “Network evolution and the emergence of structure”, en T. Bossomaier y D. Green (eds.), *Complex Systems*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- Spencer Brown, George, *The Laws of Form*, Nueva York, Julian Press, 1972.
- Taylor, Talbot, “Enculturating language”, en Taylor, *Theorizing Language. Analysis, Normativity, Rhetoric, History*, Amsterdam, Pergamon, 1997.
- Villacañás, José Luis y Oncina, Faustino, “Introducción”, en R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Von Foerster, Heinz, “Epistemologie der Kommunikation”, en Von Foerster, *Wissen und Gewissen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1993.
- , “For Niklas Luhmann: “How recursive is communication?””, en Von Foerster, *Understanding Understanding. Essays on Cybernetics and Cognition*, Nueva York, Springer, 2003.
- , “Molecular Ethology. An Immodest Proposal for Semantic Clarification”, en Von Foerster, *Understanding Understanding. Essays on Cybernetics and Cognition*, Nueva York, Springer, 2003.
- , “Perception of the Future and the Future of Perception”, en Von Foerster, *Understanding Understanding. Essays on Cybernetics and Cognition*, Nueva York, Springer, 2003.
- Wasserman, Fabio y Pimenta, João Paulo, “Presentación del Dossier Experiencias de tiempo en los siglos XVIII y XIX iberoamericanos. Un abordaje desde la historia conceptual”, *Revista Almanack* 10, 2015.
- Watzlawick, Paul *et al.*, *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona, Editorial Herder, 1985.

Resumen / Abstract

Perfilando una alternativa. Desde los sistemas complejos a la aporía de la teoría de los tiempos históricos de Reinhart Koselleck

La teoría de los tiempos históricos de Reinhart Koselleck se enfrenta a una aporía fundamental: la paradoja de que los conceptos sean a la vez condición de posibilidad de la experiencia histórica y la forma de esa experiencia. Estos supuestos trascendentales kantianos se han colado en la historiografía contemporánea a través de la categoría de “experiencias del tiempo”. El paradigma de los sistemas complejos, en la síntesis lograda por Niklas Luhmann, podría ofrecer herramientas para replantear la teoría de los tiempos históricos partiendo de conceptos como “autorreferencia”, “complejidad” y “observación de segundo orden”. Sugerimos que la distinción varianza/invarianza podría sustituir a la antropocéntrica categoría de “experiencias del tiempo” en una reformulación de la teoría de la historia de Koselleck.

Palabras clave: Experiencia del tiempo - Temporalidad - Observación de segundo orden - Sistemas complejos - Historiografía

Fecha de recepción del original: 24/8/2017

Fecha de aceptación del original: 22/12/2017

Profiling an alternative. From complex systems to the aporia of the theory of historical times of Reinhart Koselleck

The theory of historical times of Reinhart Koselleck faces a fundamental aporia: the paradox that concepts are the condition of the possibility of historical experience and at the same time the form of that experience. These Kantian transcendental foundations have percolated contemporary historiography through the category of “experience of time”. Complex systems paradigm, in the synthesis achieved by Niklas Luhmann, might offer some tools to recast the theory of historical times departing from concepts such as “self-reference”, “complexity” and “second-order-observation”. It will be suggested that the distinction variance/invariance might replace the anthropocentric category of “experience of time” in recasting Koselleck’s theory of history.

Keywords: Experience of Time - Temporality - Second Order Observation - Complex Systems - Historiography

La democracia como lenguaje político de la transición

Avances en la construcción de una perspectiva de análisis

Ariana Reano y Martina Garategaray

UNGS-CONICET / CHI-UBA-CONICET

Introducción

Desde hace varios años abordar el pensamiento o las ideas de una época supone explorar los modos a través de los cuales los hombres han dotado de sentido al mundo que los rodea, y en esa tarea el lenguaje ha ocupado un lugar central. En estas páginas nos interesa reconstruir la categoría de *lenguajes políticos* para reflexionar sobre las transiciones a la democracia en América Latina.

Las principales preguntas que guiarán nuestra indagación son: ¿es posible hablar de un lenguaje político de la transición democrática en el mismo sentido en que la nueva historia intelectual piensa la categoría? ¿Cuál/es sería/n sus características, especificidades y/o matices? ¿Con qué otras corrientes o perspectivas podríamos poner a dialogar esta categoría para complejizar nuestro análisis en torno a las transiciones? ¿Cuáles son los aportes de las mismas? Creemos que un buen punto de partida para intentar responder a estos interrogantes es poner a dialogar los aportes de dos campos disciplinares, constituidos en sí mismos de un modo interdisciplinario: nos referimos a la historia intelectual o nueva historia de las ideas y a la teoría política contemporánea (en su vertiente posfundacional).

La hipótesis de la que parte nuestro trabajo indica que, más que determinar la existencia de un lenguaje específico de la transición, sería más apropiado pensar las transiciones democráticas desde la perspectiva de los lenguajes políticos. Esto supone al menos dos cuestiones que iremos desarrollando a lo largo de los tres apartados que siguen: pensar la transición como contexto de debate de ideas y la democracia como lenguaje y como significante político. Para ello, en primer lugar, explicaremos qué entendemos por lenguajes políticos y cuáles son los aportes del campo de la nueva historia de las ideas en la construcción de esta categoría. En segundo término, esclareceremos qué concepción de lo político y de la democracia se relaciona con esta perspectiva de los lenguajes políticos, para finalmente proponer, a partir de lo anterior, comprender las transiciones como contexto de debate de ideas. La apuesta es mostrar que esta perspectiva es al mismo tiempo tributaria de ciertas concepciones antiesencialistas de la política sintetizadas en lo que aquí denominamos pensamiento posfundacional, como también de una mirada contingente del lenguaje. En definitiva, aspiramos a construir el arsenal teórico-conceptual que nos permita pensar de un modo singular y diferencial de los análisis politológicos las transiciones democráticas en América Latina.

El lenguaje político y la historia de las ideas

En esta primera parte nos centraremos en el modo en el que ciertos trabajos sobre los discursos, los textos, las ideas y los conceptos han avanzado en la construcción de un campo que, de modo general, se ha denominado nueva historia de las ideas o historia intelectual y que se ha erigido en respuesta a las limitaciones de la tradicional historia de las ideas. Es así que buscamos recuperar los debates recientes en el campo de la nueva historia intelectual, enfocados especialmente en la noción de *lenguajes políticos*. Resumir el debate en el interior del propio campo de la historia intelectual tiene como objetivo plantear sus potencialidades para pensar los procesos de la transición a la democracia.¹ Porque si bien la mayoría de los trabajos en este campo se centran fundamentalmente en el siglo XIX y reconocen las grandes rupturas de fines del siglo anterior, consideramos que es posible tomar varios de sus procedimientos y cuestionamientos para abordar procesos y acontecimientos del siglo XX.

Uno de los grandes referentes de lo que se conoce como “contextualismo pragmático” es Quentin Skinner. El reconocido historiador británico ha centrado su trabajo sobre el discurso político afirmando que para comprender un texto no solo es necesario conocer el significado de las palabras, sino el sentido: qué estaban haciendo al decir lo que decían. Centrados en la teoría de los actos de habla, los miembros de la Escuela de Cambridge han hecho hincapié en los usos específicos de las palabras para captar las “transformaciones en las aplicaciones de los términos por medio de los cuales nuestros conceptos se expresan”.² Podemos decir que en esta búsqueda hay un primer desplazamiento de los significados de las palabras a los sentidos; lo que Skinner llama las condiciones de enunciación, que le permiten articular los textos con los contextos afirmando que la constitución de las prácticas y las representaciones que tenemos de ellas son procesos indisociables. En otras palabras, la escuela skinneriana busca afirmar que el lenguaje no es el resultado de una articulación de significados o de palabras sino el producto de la interacción de los textos y sus contextos. Siguiendo las reflexiones filosóficas de Wittgenstein, Skinner sostiene que no pueden tomarse los significados de las palabras de manera aislada sino atendiendo a sus usos en juegos de lenguaje específicos y dentro de formas de vida particulares.

El lenguaje es también un recurso y podemos usarlo para darle forma a nuestro mundo. El punto está en reconocer que “la pluma es una espada poderosa”. Por supuesto estamos comprometidos en prácticas, constreñidos por ellas. Pero esas prácticas deben su dominio, en parte, al poder de nuestro lenguaje normativo para sostenerlas en su lugar; y siempre tenemos la oportunidad de emplear los recursos de nuestro lenguaje para socavar o apuntalar las prácticas.³

¹ En un trabajo anterior hemos afirmado que tres escuelas han hecho sus contribuciones a la renovación de la historia de las ideas: la Escuela de Cambridge (también denominada Escuela anglosajona y cuyas principales contribuciones provienen de los trabajos de Quentin Skinner y John Pocock), la Escuela alemana de historia de los conceptos (a partir de los aportes de Reinhart Koselleck) y la Escuela francesa (con los desarrollos de Pierre Rosanvallon). En dicho trabajo recuperábamos sus aportes pero también señalábamos sus puntos ciegos para nuestra investigación particular sobre la transición democrática. En este artículo nos proponemos centrarnos en algunos autores, que pueden identificarse o no con estas escuelas, y que han presentado propuestas metodológicas más específicas para explorar el lenguaje de una época.

² Quentin Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, p. 301.

³ *Ibid.*, p. 32.

Para tratar de explicar los cambios en el lenguaje o el surgimiento de nuevos sentidos, Skinner introduce el concepto de “innovadores de ideología” refiriéndose a aquellos individuos que generan esas transformaciones y que legitiman “alguna forma de comportamiento social que en general es cuestionada”.⁴ Si bien esta forma de explicar los cambios ha sido muy criticada, lo que más nos interesa es resaltar que esta centralidad en el autor termina obturando cualquier análisis que busque centrarse en la contingencia del propio lenguaje y en la acción de resignificación y resemantización en la que intervienen múltiples actores y que expresa el clima de ideas de un contexto determinado. Es por ello que creemos que, si bien la noción del agente transformador está igualmente presente en John Pocock –otro de los miembros fundadores de la academia anglosajona de análisis del discurso político–, su perspectiva, al centrarse en el lenguaje (y no tanto en la agencia), puede resultar más productiva para nuestro trabajo.

Pocock sostiene que “todo lo que se diga, escriba o imprima ha de hacerse en un lenguaje; es el lenguaje el que determina lo que se puede decir, si bien es transformado a su vez por lo que se dice desde él”.⁵ En este sentido, el lenguaje funciona en su perspectiva como el marco que genera las condiciones de lo que puede decirse, pero a su vez puede ser modificado por lo dicho en él. El lenguaje no es una estructura cerrada ni monolítica sino que en su interior conviven una multiplicidad de sublenguajes “que pueden contar cada uno con un vocabulario, unas reglas, unas condiciones previas, unas implicaciones, un tono y un estilo propio”,⁶ y por ello se encuentra abierto a las múltiples interacciones. De este modo, Pocock va un poco más allá que Skinner al sostener que le interesa estudiar “el lenguaje *en tanto que* contexto”;⁷ si el contexto no puede ser comprendido de forma unívoca ni como algo transparente para los actores, Pocock habilita una idea de lenguaje que incorpora la contingencia en su seno. En este camino, estudiar la creación y la difusión de un lenguaje permite elaborar un mapa del campo discursivo que dé cuenta de la acción y del cambio. Si bien esto lo lleva a ceñirse a los textos de los que uno dispone, esos textos serán abordados como eventos y como marco en el que otros sucesos tienen lugar.

La historia del pensamiento político se convierte, sobre todo, aunque no exclusivamente, en la historia de los juegos de lenguaje y sus efectos. La reconstrucción del contexto que lleva a cabo un historiador para lograr que el texto sea inteligible como acción y como suceso, se convierte en una reconstrucción de los lenguajes en los que se expresan ciertas ilocuciones (las pensadas con propósitos políticos), que nos permita discernir lo que hicieron el texto, el autor o su actuación con las oportunidades existentes y las constricciones que les impusieron los lenguajes a su disposición.⁸

Mientras que Skinner y Pocock presentan una metodología que recupera el contexto, Reinhart Koselleck, a partir de los aportes de la Historia Conceptual, se centra en los conceptos históricos fundamentales como “expresiones cuya importancia y cuyo uso permiten comprender estructu-

⁴ *Ibid.*, p. 254.

⁵ John G. A. Pocock, “Los textos como acontecimientos: reflexiones en torno a la historia del pensamiento político”, en *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2011, p. 102.

⁶ *Ibid.*, p. 103.

⁷ *Ibid* (cursivas nuestras).

⁸ *Ibid.*, p. 123.

ras y el contexto de grandes acontecimientos”.⁹ Es así que los conceptos parecen la entrada más apropiada por su carácter condensador de la experiencia y también porque son más permeables a los “desafíos que provienen del exterior”¹⁰ para explorar una época determinada y su léxico.

Si bien reconocemos que el estudio centrado en los conceptos significa un importante aporte del autor alemán a la nueva historia de las ideas, surgen de su planteo una serie de cuestiones que se tornan un tanto problemáticas y que nos interesa destacar. Por un lado, si para Koselleck “una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra”,¹¹ consideramos que esta definición esconde una pretensión de cierre y totalización que no da cuenta del carácter contingente de los propios conceptos ni de las estructuras en que los mismos se forman, que es lo que para nuestro estudio nos interesa resaltar.

Por otro lado, con respecto a los cambios, al afirmar que las transformaciones son producto de los desafíos del exterior, Koselleck se remite a una instancia que está por fuera de los conceptos y que en algún punto vulneraría su propia empresa de comprensión histórica a través de estos conceptos al negar que esos desafíos externos pueden ser también construcciones discursivas. Ello lo lleva a sostener una distinción, que el propio autor creía superada, entre hechos y palabras, entre textos y contextos. En otras palabras, la pretensión de Koselleck de explorar los cambios históricos a partir de los conceptos no termina de dar cuenta de esos cambios y es la historia “a secas” o la historia social la que viene a proveer la explicación de los mismos, desde fuera. Ahora bien, en la explicación de este cambio se despliega otra cuestión igualmente problemática y que tiene que ver con los modos en los que es percibido ese cambio. El autor reconoce que “ninguna innovación, ya sea del lenguaje o de las cosas, puede ser tan revolucionaria como para no seguir sujeta a unas estructuras de repetición previamente dadas”.¹² Entonces, ya no se trataría de explicar el cambio histórico a través de la repetición constante ni por medio de la innovación permanente, sino de “analizar y exponer por estratos las proporciones mezcladas de una y otra”.¹³ En otras palabras, propone algún tipo de cuantificación del modo en el que se combinan “lo nuevo” y “lo viejo” en cada concepto, pero no termina de iluminar las múltiples “movidas” o juegos de lenguaje –para utilizar la expresión de Wittgenstein– presentes en la perspectiva de los lenguajes políticos que aquí queremos rescatar.

Si bien coincidimos en que en toda construcción discursiva conviven “lo viejo” y “lo nuevo”, no nos interesa evaluar en qué proporciones lo hacen, si es que esto fuese posible de determinar, sino cómo juega en el discurso público esa celebración de la tradición o el desembarco de la novedad en la disputa política, de qué modo los actores buscan, a través del lenguaje, apropiarse de ciertas interpretaciones del pasado y del futuro, y cómo repercute esto en la arena discursiva. En otras palabras, cómo esas cuotas de innovación y repetición, que creemos poco probable cuantificar, conviven en los discursos de una época determinada.

⁹ Reinhart Koselleck, “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck: introducción al ‘Diccionario’ histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos*, N° 223, 2009, p. 93.

¹⁰ Reinhart Koselleck, “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), N° 134, Madrid, diciembre de 2006, p. 32.

¹¹ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los estudios históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 116.

¹² Koselleck, “Estructuras”, p. 34.

¹³ *Ibid.*, p. 20.

Es así que nuestro trabajo no pretende construir una historia de los conceptos al modo koselleckiano, ni una historia de los conceptos que apunte a la recomposición o reconstrucción de un mapa de los conceptos fundamentales de una época. Más bien nos interesa construir una instancia de crítica y desconstrucción que haga posible reabrir la discusión en torno al intrínseco carácter contingente y en disputa del lenguaje.

Ciertas consideraciones realizadas por el grupo de investigación de la Universidad de Padua se orientan en esta dirección y nos interesa recuperarlas.¹⁴ En su trabajo sobre la historia de los conceptos y los problemas para establecer un léxico político moderno, uno de sus integrantes, Sandro Chignola, afirma que la historia de los conceptos no puede ser adoptada como una metodología sin más, sino que debe ser el resultado de una conexión, por un lado, entre un trabajo genealógico que reconstruya los aparatos y los órdenes lógicos fundamentales de las categorías políticas modernas y, por otro lado, el descubrimiento de la imposibilidad de traducir estas últimas a esquemas universales. Se trata de un trabajo que debe renunciar a “extraer constantes o ecuaciones regulares de la modalidad y de los conceptos de la experiencia política occidental”.¹⁵ Esta afirmación pone en entredicho la noción de totalización propia de la matriz koselleckiana, y abre la puerta para pensar en una clave más cercana a la “escuela francesa”,¹⁶ a la significación como un proceso mucho más complejo que el de la mera acumulación de significados en un concepto a lo largo del tiempo.

Si se asume que la política moderna no coincide con una sustancia permanente, y que consiste más bien en un sistema de conceptos organizado lógicamente para llenar un vacío, esto es, para llenar la ausencia de valores fundacionales y de fundamentos, o para llenar esa nada que pone en relación singularidades iguales y recíprocamente indiferentes, entonces resulta posible (y necesario) interrogarse también sobre los límites, sobre la influencia del vector espacio-temporal y sobre la contingencia histórica de los conceptos políticos modernos. La política no puede ser vista como un orden continuo desde el punto de vista histórico y temporal, ni puede ser pensada dentro del marco de la historia sin tener en cuenta las categorías que se encargan de producirla.¹⁷

Junto con este énfasis en el carácter contingente de los conceptos se produce también un desplazamiento a las estructuras que subyacen a los mismos, lo que nos permite conectar la perspectiva conceptual con el pensamiento de Michel Foucault y de Pierre Rosanvallon como portavoces de una nueva mirada sobre las ideas y los conceptos. Veamos en qué sentido.

En 1969 Foucault escribe la *Arqueología del saber* y hace explícitas las apuestas metodológicas que venían guiando su investigación. En esta obra afirma que el trabajo del historiador se ha visto modificado y que la descripción de los acontecimientos del discurso plantea la

¹⁴ Se trata del “Grupo de investigación de los conceptos políticos modernos” que desde fines de los años setenta dirige Giuseppe Duso en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Padua.

¹⁵ Sandro Chignola, “Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política. Sobre el problema del léxico político moderno”, *Res publica*, N° 11-12, 2003, p. 53.

¹⁶ Se suele identificar con la misma homogeneidad con la que se refiere a las escuelas anglosajona y alemana a la escuela francesa, pero vale la pena matizar esta afirmación pues no existe tal escuela (al menos no como grupo de investigación consolidado y organizado a partir de un vínculo institucional, como en el caso de los italianos) sino que más bien se trata del aporte de ciertos pensadores franceses, como Michel Foucault o Pierre Rosanvallon, que de algún modo han presentado una perspectiva de análisis que viene a discutir y problematizar la historia de las ideas.

¹⁷ Chignola, “Historia de los conceptos”, p. 53.

cuestión, sugerente para nuestro trabajo, de “¿cómo es que ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar?”.¹⁸ Esto lleva a Foucault a hacer énfasis, sin desconocer las multiplicidades y las discontinuidades, en su concepto de formación discursiva como herramienta para encontrar ciertas regularidades en la dispersión de los enunciados. La misma le permite establecer cuál era ese suelo de posibilidades lingüísticas que hizo posible que emergiera tal discurso y no otro, y esto constituye el eje de su empresa “arqueológica”.

Ahora bien, ¿en qué consiste la misma? Foucault afirma que la arqueología se diferencia de la historia de las ideas en cuatro cuestiones capitales: a propósito de la asignación de novedad, a propósito del análisis de las contradicciones, a propósito de las descripciones comparativas y, por último, a propósito de la localización de las transformaciones. La arqueología no busca establecer, ni puede hacerlo, una diferencia entre lo que es nuevo y lo que no lo es, sino más bien construir el árbol de derivaciones de un discurso; no busca superar o descifrar contradicciones sino explicarlas; no compara para reducir la diversidad sino para multiplicarla y trata de darle estatuto analizable a la transformación (Foucault, 2002). Podemos decir que bajo las premisas de una arqueología, Foucault desarrolla un modo de abordar los acontecimientos discursivos en su especificidad que nos parece central:

[...] lo importante es que la historia no considere un acontecimiento sin definir la serie de la que forma parte, sin especificar la forma de análisis de la que depende, sin intentar conocer la regularidad de los fenómenos y los límites de probabilidad de su emergencia, sin interrogarse sobre las variaciones, las inflexiones y el ritmo de la curva, sin querer determinar las condiciones de las que dependen.¹⁹

En este movimiento entre las estructuras y las discontinuidades la propuesta de Foucault dialoga bien con la categoría de lenguajes políticos que queremos recuperar en estas páginas en la medida en que, al poner en el centro la idea de los discursos como “sistematicidades discontinuas”, rompe con los dualismos ruptura-continuidad, viejo-nuevo, y se acerca a pensar los trastrocamientos, el azar y las discontinuidades junto a la especificidad y la exterioridad de todo discurso entendido como práctica. Si en este cruce es posible captar los desplazamientos, la condensación y la fijación de un sentido dentro de un sistema de dispersión, también nos permite identificar los lenguajes en los que ciertos conceptos se despliegan y situarlos en un mapa discursivo. Un mapa discursivo cuya unidad no proviene de las relaciones de sus elementos constitutivos sino de sus exteriores, de los otros que intervienen de un modo directo o indirecto en la constitución de esa trama significativa.²⁰

En este énfasis por asumir lo disperso, lo múltiple e incompleto podemos ubicar a Pierre Rosanvallon, quien desarrolla una perspectiva de análisis en el cruce de la teoría política y la historia que él mismo denomina una historia conceptual de lo político. Esta perspectiva recupera las producciones de sus maestros François Furet y Claude Lefort para pensar las transformaciones en la historia y lo político como una topología de lo social.

¹⁸ Michel Foucault, *La Arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 44.

¹⁹ Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets, 1992, p. 46.

²⁰ Sobre el cruce entre Koselleck y Foucault véase Vicente Oieni, “Notas para una historia conceptual de los discursos políticos. Los aportes de la historia conceptual, la genealogía de Foucault y el análisis crítico del discurso a una nueva historia política”, en *Anales*, N° 7-8, 2004-2005, pp. 27-62.

Lo político, tal como lo entiendo, corresponde a la vez a un campo y a un trabajo. Como campo designa un lugar donde se entrelazan los múltiples hilos de la vida de los hombres y las mujeres, aquello que brinda un marco tanto a sus discursos como a sus acciones. Remite al hecho de la existencia de una “sociedad” que aparece ante los ojos de sus miembros formando una totalidad provista de sentido. En tanto que trabajo, lo político califica el proceso por el cual un agrupamiento humano, que no es en sí mismo más que una simple “población”, toma progresivamente los rasgos de una verdadera comunidad. Una comunidad de una especie constituida por el proceso siempre conflictivo de elaboración de las reglas explícitas o implícitas de lo participable y lo compartible y que dan forma a la vida de la *polis*.²¹

Nos interesa su aproximación a lo político en la medida en que creemos que sus argumentos pueden ser pensados también para caracterizar el lenguaje y de algún modo nos resulta útil para adelantar un núcleo central de nuestro argumento teórico, que es el de plantear la articulación entre nueva historia intelectual y teoría política posfundacional –cuestión que desarrollaremos en el próximo apartado–.

El meollo del argumento rosanvalloniano es afirmar que la reflexión sobre lo político es conceptual en la medida en que las situaciones sociales y políticas se hacen inteligibles a través de ciertos conceptos (como libertad, igualdad, democracia, soberanía) y que esta se torna una cuestión problemática porque los conceptos sobre los que la sociedad se estructura son aporéticos. Introduce la noción de *aporía* para explicar cómo ciertas tensiones que están alojadas en los conceptos y sirven para mostrar el fondo contingente de lo político son irresolubles.

Es siempre en las condiciones de su puesta a prueba que puede descifrarse lo político. Su historia es por esto, en principio atención al trabajo de sus antinomias, análisis de sus límites y sus puntos de equilibrio, examen de las decepciones y los desarraigos que suscita. Por esta razón mi trabajo toma como objetos privilegiados lo inacabado, las fracturas, las tensiones, los límites y las negaciones que dibujan la imagen en hueco grabado de la democracia. En efecto, el fondo de lo político no se deja realmente aprehender más que en esos momentos y situaciones que subrayan que la vida en democracia no es una vida de confrontación con un modelo ideal sino la investigación de un problema a resolver.²²

Ahora bien, ¿es posible caracterizar el lenguaje de un modo similar al que Rosanvallon piensa lo político? Si un seguimiento de determinados conceptos le permiten distinguir aquello que dentro del pensamiento está en conflicto consigo mismo y cómo se hacen manifiestas esas fisuras que le son inherentes y que hacen posible el cambio en el discurso, creemos que lo que propone el autor francés no es solo un camino para aprehender lo político sino el lenguaje político mismo.

La perspectiva de Elías Palti, que articula los aportes de las escuelas anglosajona, alemana y francesa nos resulta central para pensar la categoría y la especificidad de los lenguajes políticos. Definiendo el lenguaje político como un modo característico de producir las ideas y

²¹ Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 15-16.

²² *Ibid.*, p. 49.

los conceptos, Palti afirma que “para reconstruir el lenguaje político de un período no basta, pues, con analizar los cambios de sentido que sufren las distintas categorías, sino que es necesario penetrar la lógica de las articulaciones, cómo se recompone el sistema de relaciones recíprocas”.²³ A partir de su crítica a Koselleck, busca ir más allá de los conceptos para adentrarse en los terrenos en los que los mismos se constituyen y “*descubrir allí sus puntos ciegos inherentes*”.²⁴ En una clara recuperación de la aporía rosanvalloniana para explicar no solo cómo cambian los conceptos sino por qué lo hacen, Palti busca desplazarse a las estructuras argumentales en las que los conceptos se forman. Es así que a diferencia de la explicación koselleckiana sobre la imposibilidad de definir los conceptos porque ellos cambian a través del tiempo, para Palti el cambio se explica por la inherente imposibilidad de los conceptos de poder fijar sus sentidos.

Su propuesta busca enfatizar que para hacer historia de los lenguajes políticos “es necesario –y este es el punto crucial– comprender cómo es que la temporalidad irrumpe eventualmente en el pensamiento político, cómo, llegado el caso, circunstancias históricas precisas hacen manifiestas aquellas aporías inherentes a una forma de discursividad dada, dislocándola”.²⁵ Si Koselleck había explicado el cambio “a partir de los desafíos que vienen del exterior”, la historia para Palti no es la causa de los cambios sino la que evidencia las dislocaciones que son inherentes a toda formación discursiva. Es así que avanzar en una historia de los lenguajes políticos supone no solo dar cuenta de las transformaciones conceptuales sino construir una perspectiva capaz de explicar *qué* impedía que los significados de ciertos conceptos se estabilizaran y alcanzaran su plenitud semántica.²⁶ En síntesis, para hacer una historia de los lenguajes políticos no basta, como dijimos, trascender la superficie textual de los discursos y acceder al aparato argumentativo que subyace a cada forma de discursividad política; para hacerlo debemos reconstruir *contextos de debate*.

El lenguaje político y la teoría política contemporánea

Anteriormente nos preguntábamos si es posible caracterizar el lenguaje del mismo modo en que es posible pensar lo político y dimos algunos indicios de por qué la noción de lenguajes políticos es compatible con el modo en que Rosanvallon piensa lo político desde su dimensión aporética. En este apartado nos proponemos insistir sobre esa idea y ampliar dicha justificación sugiriendo que adoptar una perspectiva de los lenguajes políticos supone suscribir una perspectiva de *lo político* entendida desde las premisas del posfundacionalismo. Es por ello que nos interesa precisar qué aporta la teoría política posfundacional para pensar los lenguajes políticos y para ello nos centraremos, asumiendo la distinción entre lo político y la política, en lo político como una lógica contingente y carente de fundamento último.

²³ Elías Palti, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 17.

²⁴ *Ibid.*, p. 54 (cursivas en el original).

²⁵ Elías Palti, “Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos”, *Prismas*, N° 9, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, p. 34.

²⁶ Además de los trabajos ya citados, estas ideas están desarrolladas también en Elías Palti, “La revolución teórica de Skinner, y sus límites”, en Quentin Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007. Y en Elías José Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’ –las escuelas recientes de análisis conceptual: el panorama latinoamericano–”, en *Anales*, N° 7-8, 2004-2005.

¿A qué nos referimos con posfundacionalismo? Oliver Marchart utiliza el término posfundacional para dar cuenta de un pensamiento político que comienza a producirse en Europa entre fines de los años setenta y principios de los ochenta.²⁷ Es una perspectiva de reflexión que se extiende hasta el presente y que también fue calificada como posmarxista, posmoderna e inclusive antiesencialista, y que recoge varias de las premisas del posestructuralismo y la deconstrucción.²⁸ Lo que une a estas corrientes es el hecho de afirmar que no existe un principio de autotransparencia como resultado del cual el conjunto de lo social –los antagonismos sociales incluidos– se tornaría inteligible. Es un pensamiento que no se construye sobre la necesidad de buscar una categoría universal –lugar que habrían ocupado la Historia, el Sujeto o la Sociedad– desde el cual explicar lo social, pero tampoco de negar su existencia, sino de mostrar *la contingencia radical de toda universalidad*. Ello implica sostener que los fundamentos son ontológicamente necesarios y que, por lo tanto, no hay sociedad posible sin ellos, pero que es imposible sostener la existencia de *un* fundamento último –lo cual habilita la pluralidad de los fundamentos posibles al tiempo que coloca en un primer plano el carácter *contingente* de cualquiera de ellos–. En definitiva, la apuesta de esta perspectiva es concebir *lo universal como categoría inherentemente impura cuyo estatuto analítico y relevancia política no pueden ser precisados fuera de una polémica*.

Esta perspectiva nos propone entender lo político desde su dimensión ontológica, es decir, como el “momento de un fundar parcial” y, por tanto, siempre fallido. Lo político no se reduce entonces a la institución de una forma de gobierno o a un contenido ideológico particular sino que, en sintonía con el planteo lefortiano recuperado por Rosanvallon, es una lógica que trata de dar cuenta de las condiciones de surgimiento, existencia, reproducción y finitud de lo social.²⁹ Para ello se establece una distinción entre “la política” y “lo político”, donde *lo político* señala el momento “ontológico” de institución de la sociedad, esto es, el momento del fundar, de establecer un orden (siempre parcial) de lo social, y *la política* designa las prácticas “ónticas” (las elecciones, los partidos políticos, las formas de gobierno, las políticas públicas gubernamentales, los sujetos) ejercidas en coyunturas empírico históricas particulares.³⁰ Son planos que permanecen entrelazados en la medida en que la política es el momento de actuali-

²⁷ Oliver Marchart, *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Lefort, Nancy, Laclau y Badiou*, Buenos Aires, FCE, 2009.

²⁸ Las referencias más importantes de estas tradiciones de la filosofía y la teoría política contemporáneas las encontramos en los trabajos de Derrida, Rancière, Nancy, Badiou y Laclau. A pesar de las especificidades de cada uno de los planteos, y de las diferencias que comportan entre sí, todos construyen sus teorías en torno a las figuras de la contingencia o la infundabilidad, pero también en el empleo de la diferencia y del antagonismo como constitutivos de la política. En dichas teorías hay una serie de usos de la noción de lo político –sea como racionalidad lógica o específica, como esfera pública o como acontecimiento que escapa por completo a la significación–, que supone un “fundamento ausente” (*ibid.*, pp. 17-18).

²⁹ Marchart advierte que *lo político* surgió como término novedoso cuando la teoría política y social convencional se encontró sin posibilidades de explicar los acontecimientos de una sociedad que experimentaba un cambio de época. La crisis del paradigma fundacionalista –representado por el determinismo económico, el positivismo, el conductismo, etc.– hizo necesario encontrar un concepto a partir del cual se pudiera dar cuenta del momento ontológico de institución de la sociedad. Para ello había que encontrar una especificidad de lo político, de sus criterios y racionalidades particulares. También había que dar cuenta de su autonomía respecto de otras esferas sociales y, finalmente, había que argumentar sobre la primacía de lo político (Marchart, *El pensamiento*, pp. 73-74). Esta primacía es la que nos coloca en el terreno de la ontología, aunque se trata de una ontología distinta puesto que su fundamento se define contingentemente.

³⁰ *Ibid.*

zación del fundamento ontológico. Pero la política es posible porque el lugar del fundamento aparece siempre como indeterminado y su contenido solo puede ser fijado parcialmente.

Lo político como ontología posfundacional es, en este sentido, una ontología acosada por el espectro de su propio fundamento ausente (Derrida, 1995). Esta indicación resulta de especial interés para pensar las transiciones desde una mirada que, primero, no asuma la democracia como algo dado sino que entienda que su sentido y contenido está en permanente disputa³¹ y, segundo, que esta concepción de la democracia como significante polémico implica desterrar el presupuesto de que la política es “un” lugar –una esfera o un sector que forma parte de la sociedad–³² para asumir una concepción de lo político como una lógica que define su sentido parcial y contingentemente. Es decir que piense lo político como un proceso de oscilación y dislocación que torna imposible cualquier fundamento esencialista. Este es el motivo por el cual Lefort y Rosanvallon entienden que la democracia es el régimen que está más dispuesto a aceptar la ausencia de su fundamento último porque en las sociedades democráticas las condiciones de la vida en común no están garantizadas de antemano. Abordar la democracia desde una perspectiva posfundacional de lo político implica entonces aceptar la contingencia como constitutiva y la inexistencia de un fundamento único como su condición necesaria. Pero significa entender también que la democracia está constituida por una tensión entre el momento de la ruptura y el de una refundación parcial. Esta indica el *momento de la rearticulación de un sentido específico* que, sin embargo, nunca termina de estabilizarse porque, como nos recuerda Marchart, lo que está en juego en el posfundacionalismo es la ausencia de un fundamento único que es lo que hace posible los siempre graduales, múltiples y relativamente autónomos actos de fundar.³³

Una de las apuestas que desde la teoría política contemporánea ha trabajado con bastante énfasis la relación entre lenguaje y política ha sido la teoría de la hegemonía desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe;³⁴ una teoría que se sostiene sobre una concepción discursiva de lo social. Consideramos que algunos de sus aportes pueden ayudarnos a superar cierta limitación que presenta la nueva historia intelectual –sobre todo la vertiente koselleckiana– en lo que respecta a cómo pensar el proceso de fijación de sentido de un concepto. En el apartado anterior mencionamos algunas críticas a la perspectiva de Koselleck, que apuntaban sobre todo al tema de la temporalidad y el cambio, y quisiéramos insistir ahora en otro punto problemático de su propuesta. Se trata de la incompatibilidad que se plantea entre los dos requisitos indispen-

³¹ Esta ha sido la principal hipótesis del trabajo de la tesis doctoral de Ariana Reano, “Los lenguajes políticos de la democracia. El legado de los años ochenta: Alfonsín, *Controversia, La Ciudad Futura y Unidos*”. Tesis para obtener el título de doctora en Ciencias Sociales. Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Estudios Económicos y Sociales, Buenos Aires, 2011. Esta idea puede ser leída también con referencia a la democracia como “significante polémico” en Ariana Reano y Julia Smola, *Palabras políticas. Debates sobre la democracia en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires, UNDAV Ediciones/Ediciones UNGS, 2014.

³² Cabe destacar que este es el sentido en que Lefort presenta la diferencia entre una *ciencia de la política* que se ocupa de indagar las actividades dentro de los sistemas sociales y de describir la supuesta objetividad de esos sistemas, y un *pensamiento sobre lo político* que se ocupa de indagar cómo opera el principio de diferenciación entre esas esferas. Interpretar lo político significa preguntarse cuál es la naturaleza de la diferencia entre las formas de sociedad, y no dar por sentada la diferencia para intentar reunirla en una totalidad que la contenga. Cf. Claude Lefort, *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 38-39.

³³ Marchart, *El pensamiento político*, p. 204.

³⁴ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* [1985], Buenos Aires, FCE, 2004.

sables en torno a los conceptos: la totalidad de la significación y la polisemia de los sentidos. Pues ¿en qué medida un concepto que es esencialmente polisémico puede totalizar un campo de significación tal como lo plantea Koselleck? Creemos que el modo en que una perspectiva posfundacional aborda la relación entre lo universal y lo particular en la construcción de la significación –entendida como proceso político– puede ser un aporte interesante para pensar la totalización pero como una *estabilización precaria de sentido que resulta de la existencia de un principio de articulación contingente*. Esto es lo que desde la teoría de la hegemonía ha sido entendido como articulación hegemónica en torno a un significante vacío. Por ello consideramos que al incorporar los aportes del posfundacionalismo una perspectiva de los lenguajes políticos nos permite poner el acento en el carácter polémico de los conceptos, en la ambigüedad constitutiva de sus sentidos y en la contingencia del proceso de significación que se revela en la relación de indeterminación radical entre significante y significado. La construcción de sentido de un significante es siempre un acto arbitrario, en el que los usos ocupan un rol fundamental en la lucha por la fijación de sentido. Así, la dimensión polémica –política– se define siempre en la posibilidad de establecer límites a la significación, a la vez que se vuelve una propiedad inherente de todo concepto en la medida en que este puede querer decir muchas cosas distintas al mismo tiempo. De ahí la importancia de la pragmática, es decir, de poder indagar cómo se usa un término y para decir/hacer qué cosas, tal como señalábamos con Skinner.

Para resumir entonces, creemos que el posfundacionalismo nos aporta las herramientas teóricas para reconocer *la contingencia como inherente al proceso de significación* –y no a causa de desafíos que provienen del exterior, como lo entiende Koselleck– y, por tanto, como constitutiva de los procesos y prácticas socio-políticas, y por eso dialoga con la perspectiva de los lenguajes políticos que apuntamos anteriormente. Este reconocimiento, además, nos evita trazar la diferencia entre lenguaje y contexto como situaciones separadas y articuladas, y nos habilita a entenderlas como mutuamente implicadas en la medida en que, como sostienen Laclau y Mouffe, “toda configuración social *es ya una configuración significativa*”.³⁵ Esta es la misma línea en la que Pocock nos propone trabajar el lenguaje “en tanto que” contexto y consideramos que es allí donde radica el potencial político, ya no de la relación, sino de la constitución misma del sentido a través del lenguaje. Y donde lo político, como decíamos, supone una lógica siempre inestable entre lo universal y lo particular, es decir, entre el significante y el significado. Así, desde una teoría de la significación, el momento de la fijación parcial del sentido de un significante es el momento de lo político en la medida en que, al mismo tiempo que lo fija genera una disrupción e instaura una polémica respecto de otro/s sentido/s posible/s. Creemos entonces que los significantes funcionan como aquellos fundamentos precarios que se erigen sobre un suelo contingente e indeterminado que es el lenguaje político.

Por lo dicho hasta aquí, quisiéramos afirmar que, más que hacer una historia que analice el proceso por el cual una palabra se transforma en un concepto fundamental –como bien podría ser el caso de la democracia en la transición–, nos resulta más productivo proponer una perspectiva que enfatice la complejidad de la construcción de los lenguajes políticos y dé cuenta de las tensiones que los habitan. Sobre la base de esto último, quisiéramos sugerir también que la noción de significante se complementa mejor con la de lenguajes políticos en la medida en que, al sos-

³⁵ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, “Posmarxismo sin pedido de disculpas”, en Ernesto Laclau, *La política y los límites de la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p.114 (cursivas nuestras).

layar la idea de totalidad, da cuenta del carácter contingente del proceso de construcción de sentido. Esto es lo que hace posible que un mismo significante –pongamos por caso: democracia, justicia, igualdad, Estado, república– pueda ser disputado en el contexto de un mismo lenguaje político. Asimismo, una perspectiva de los lenguajes políticos que incorpore el carácter indeterminado de la relación entre significante y significado, y que vea ahí toda su potencialidad política, dialoga perfectamente con la sugerencia de Palti de buscar las razones que le impiden a un concepto alcanzar la plenitud semántica. En definitiva, una concepción de los lenguajes políticos que se reapropie de una visión posfundacional nos permite mostrar el carácter conflictivo de todo proceso de significación, donde los efectos de dislocación y de rearticulación de sentido no sean vistos como una falla del sistema sino como su dimensión inherentemente aporética.

Llegados a este punto, vale la pena enfatizar algunas cuestiones. La perspectiva posfundacional que desarrollamos en este apartado contribuye a delinear una categoría de los lenguajes políticos en la medida en que no solo afirma el carácter contingente, aporético e infundamentado de lo político, sino que permite pensar cómo conviven en ese trasfondo indeterminado, en esa estructura dispersa o contexto abierto, ciertos puntos de fijación de los sentidos que hemos denominado, de la mano de Laclau y Mouffe, significantes y que nos permiten comprender las tensiones y las polémicas que están en la base de todo lenguaje. Dicho de otro modo, esta perspectiva posfundacional nos permite afirmar que el lenguaje es polémico y que puede ser aprehendido por medio de las polémicas en torno a ciertos significantes que lo articulan. En este sentido, afirmar la existencia de un *lenguaje político de la democracia* y plantear la *democracia como significante polémico* no son propuestas que se excluyen, sino que se complementan y resultan productivas para comprender momentos de profundas polémicas en torno a los sentidos de las palabras, de la política y del lenguaje como han sido las transiciones a la democracia en Latinoamérica.

Lenguaje político y transición a la democracia

En este último apartado haremos hincapié en cómo pensar la transición democrática en el cruce interdisciplinario entre la nueva historia intelectual y la teoría política posfundacional. Esto supone delimitar nuestra perspectiva, especificando qué concepción de la transición y de la democracia subyace a la lectura que queremos proponer.

Es preciso comenzar por señalar que los trabajos sobre la transición democrática han sido monopolizados desde sus orígenes por la ciencia política. Inspirados en la obra seminal *Transiciones desde un gobierno autoritario*,³⁶ la mayoría de los estudios transitológicos entendieron la transición como el período que tiene lugar entre un régimen político y otro. La definición estaba atravesada por una fuerte dimensión temporal y cronológica que situaba a los procesos políticos e ideológicos en una línea de tiempo en la que se establecían secuencias y grados de transición. Es así que se estipulaban las distintas etapas del proceso, se las caracterizaba, se explicaban sus posibilidades de consolidación y sus limitaciones, se establecían modelos a

³⁶ Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, 1988. Utilizamos la siguiente edición: Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

seguir, patrones de democratización y finalmente se diseñaba una tipología de las transiciones.³⁷ Una perspectiva que poco se ajustaba a las particularidades de los “casos” que tomaba, trazando prescripciones, y que poco explicaba esos procesos singulares en su afán por establecer patrones comunes y generalizaciones abstractas. Si bien algunos trabajos avanzaron en criticar algunas aristas de esta visión, terminaron por trazar nuevas tipologías argumentando que se ajustaban mejor a los contextos particulares.³⁸

Resulta interesante destacar también que la mayoría de los trabajos adoptaban una concepción normativa de la democracia que sería caracterizada como mínima, institucionalista y/o procedimental,³⁹ y que la despojaba de su carácter conflictivo, contingente y aporético en pos de garantizar la gobernabilidad democrática entendida como régimen político.

Aquí nos interesa proponer una lectura alternativa de las transiciones que se sustenta en una concepción diferente de la democracia. Recuperando lo que afirmábamos sobre lo político, nos referiremos al pensamiento de Chantal Mouffe, de Claude Lefort y de Jacques Rancière, quienes pueden ser englobados dentro de lo que Marchart denominó el pensamiento político posfundacional y que, al posicionarse en las antípodas de una perspectiva politológica, reflexionan sobre la democracia en una clave que nos interesa rescatar.

Una primera cuestión que surge al respecto es que, aun con sus matices y diferencias, estos autores conciben la democracia como una *lógica política* (en el sentido de *lo político* que presentábamos en el apartado anterior) y no como un régimen de gobierno, tal como lo haría una ciencia política preocupada por estudiar los sistemas, las reglas y normas, las instituciones y a los actores políticos.⁴⁰ Entender la democracia como una lógica supone asumir su carácter inherentemente contingente y aceptar que ella no representa un orden pleno de lo establecido o un estadio en el cual la convivencia humana puede desarrollarse sin contradicciones.

³⁷ Entre los trabajos que han avanzado en interpretaciones de este tipo pueden mencionarse: Marcelo Cavarozzi, “Más allá de las transiciones democráticas en América Latina”, *Revista de Estudios Políticos*, Nueva Etapa, N° 74, 1991; Manuel Antonio Garretón, *Hacia una nueva era política: estudio sobre las democratizaciones*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1995; Samuel Huntington, *La tercera ola*, Buenos Aires, Paidós, 1994; Leonardo Morlino, *Cómo cambian los regímenes políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985; Juan Linz, “Transiciones a la democracia”, *Reis*, N° 51, julio-septiembre de 1990, pp. 7-33. Algunas críticas a los mismos pueden leerse en Scott Mainwaring, “Transition to democracy and democratic consolidation: theoretical and comparative issues”, working paper N° 130, Kellogg Institute, noviembre de 1989, y en el trabajo de Gabriel Vitullo, “Transitología, consolidología e democracia na América Latina: uma revisão crítica”, *Revista de Sociologia e Política*, N° 17, noviembre de 2001, pp. 53-60.

³⁸ Nos referimos a los trabajos de Karl, quien afirmaba, tanto frente a la visión estructuralista como a aquella que enfatiza el rol de las élites, que era necesario tomar en cuenta los contextos entendidos como las características de cada transición particular. Es así que elabora una tipología de los modos de transición: por reforma, por revolución, por imposición y por pacto, de los que se desprenden los distintos tipos de democracia y sus posibilidades de consolidación. Véase Terry Lynn Karl, “Dilemas de la democratización en América Latina”, en Carlos Barba Solano, José Luis Barros Horcasitas y Javier Hurtado (comps.), *Transiciones a la democracia en Europa y América Latina*, México, Editorial Porrúa, 1991.

³⁹ Sobre el “modelo interpretativo” que se adoptó para pensar el tránsito hacia una democracia política durante las transiciones sugerimos consultar Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la década del '80*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, cap. 3.

⁴⁰ De hecho a esto se dedicó el grupo de investigación nucleado en torno al proyecto “Los períodos de transición posteriores a los gobiernos autoritarios. Perspectivas para la democracia en América Latina y Europa Meridional”, patrocinado por el *Woodrow Wilson International Center for Scholars*. El proyecto se inicia en 1977, la primera publicación en inglés es de 1986 en cuatro volúmenes sobre distintos casos/modelos de transición y fue compilada por Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whithead. Su traducción al español se publicó en 1988 bajo el título *Transiciones desde un gobierno autoritario*.

En la propuesta de Lefort, por ejemplo, si la democracia implica cuestionamiento y posibilidad de dislocación es porque en ella el poder toma la forma de un “lugar vacío”.⁴¹ La vacuidad del lugar del poder, por la que ningún individuo o grupo pueden serle consustanciales, muestra que un poder solo se vuelve visible mediante los “mecanismos de su ejercicio” o a través de “los hombres que poseen una autoridad política”⁴² –siempre limitada y disputable–. Es esta infiguración del poder lo que hace posible para el autor hablar de la *incertidumbre* como característica esencial de la democracia. Cabe aclarar aquí que los estudios politológicos sobre las transiciones no solo no desconocen sino que enfatizan la dimensión de la “incertidumbre democrática”, pero lo hacen desde una concepción diferente que no la entiende como constitutiva sino más bien como un elemento “externo” del sistema político. Lo incierto para estos estudios es no saber cuánto llevará el proceso de transición (cuándo inicia y cuándo termina), ni qué actores lo liderarán, ni qué mecanismos lo viabilizarán (pactos, elecciones, quiebres, revoluciones), ni cómo se darán las distintas etapas (transición, liberalización, democratización, socialización).⁴³

El carácter intrínsecamente incierto de la democracia es recuperado por algunos pensadores de la vertiente posfundacional recurriendo a la metáfora de la *paradoja democrática* que les permite mostrar el carácter inherentemente contingente y conflictivo de su dinámica. Para Mouffe la paradoja de la democracia moderna radica en que la misma se configura en una relación de tensión irresoluble entre valores liberales (libertad individual) y valores democráticos (igualdad y soberanía popular).⁴⁴ Si bien la autora no desconoce que ha sido la tradición liberal la que ha ejercido su capacidad estratégica para nominar a la democracia moderna llegando a convertirla en un sinónimo de democracia liberal, su apuesta es develar que, en términos teóricos, liberalismo y democracia son tradiciones diferentes cuya relación ha sido y es paradójica. Una forma en la que la paradoja se evidencia es en la reivindicación del pluralismo, la diversidad y el disenso como elementos fundamentales de la vida democrática, pero al mismo tiempo en una imposibilidad de tolerar este disenso a la hora de estipular la “necesidad” de ciertas reglas de la democracia que son las que actúan como los límites de la acción política. Según la autora, el pensamiento democrático liberal⁴⁵ se sostiene sobre la imposibilidad de

⁴¹ Lefort da cuenta de que la emergencia de la democracia moderna es posible gracias a la constitución del poder como un lugar que no tiene un dueño natural. El vacío del poder, esto es, la disociación del poder político de la figura del soberano y, por tanto, del derecho y de la ley, somete a la política a una indeterminación radical. Esto es lo que da el marco para que la democracia moderna pueda ser pensada ya no como un mero régimen político, sino como una forma de la sociedad cuyo fundamento es su propia contingencia. Ello es así porque esa forma de sociedad que se inaugura a comienzos del siglo XIX y en cuyo seno alcanzará pleno auge el poder del Estado, en la que van a desarrollarse múltiples burocracias basadas en una supuesta racionalidad científica, tiene como virtud, paradójicamente, “colocar a los hombres y sus instituciones ante la prueba de una indeterminación radical” (Claude Lefort, *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990, pp. 187-188).

⁴² Lefort, *La incertidumbre*, pp. 46-47.

⁴³ Más allá de las diferencias que O’Donnell y Schmitter señalan con respecto a la concepción de la incertidumbre de Przeworski, que la consideran la característica central de la democracia y no solo del período de transición, todos plantean la incertidumbre como una característica del juego democrático entre los actores que participan de él y no como algo constitutivo de ella. Sobre esta concepción de la incertidumbre sugerimos consultar O’Donnell y Schmitter, *Transiciones*, cap. 1.

⁴⁴ Chantal Mouffe, *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa, 2003.

⁴⁵ En el libro *La paradoja democrática* al que aquí estamos haciendo referencia, Mouffe dedica un capítulo a discutir con aquellas perspectivas liberales de la democracia que ante la imposibilidad de pensar el conflicto y la contingencia como constitutivos, concentran todo su esfuerzo en postular los mecanismos racionales y universales para la contención de los mismos. Su discusión está especialmente centrada en la teoría de la justicia de John Rawls y en la concepción de democracia deliberativa de Jürgen Habermas.

concebir –ni práctica, ni formalmente– la arbitrariedad del gobierno y la imprevisibilidad radical de las prácticas políticas que la propia vida democrática supone.

Este sentido de la paradoja democrática es trabajado también por Rancière, quien sostiene que lo que provoca la crisis del gobierno democrático no es otra cosa que la intensidad de la vida democrática, esto es, la irrupción en la escena política de lo que denominará “la parte de los que no tienen parte”: el *demos*. Desde su perspectiva, como forma de vida política y social, la democracia es el reinado del “caos” y del “exceso”; un exceso que significa también la ruina del gobierno democrático y, por tanto, es lo que debe ser controlado por la propia democracia.⁴⁶ En su perspectiva, la paradoja consiste en que la democracia, entendida desde la lógica de la acción, implica la puesta en duda de la validez de las normas, que, a su vez, son necesarias para que la acción pueda desplegarse. El carácter político del ejercicio democrático radica en *disputar*, a partir de la acción, los sentidos instituidos sobre los que pretende fundamentarse toda autoridad política y mostrar que ningún fundamento es necesario, sino más bien precario. La democracia remite así a una cierta “vivencia”, a una forma de la experiencia sensible que, paradójicamente, se experimenta cuando ella está ausente. Es así que la democracia “acontece” cuando se pone en cuestión el orden establecido –el orden policial, dirá Rancière–, cuando se desafían las reglas, pero no por un mero capricho anarquista, sino porque la democracia hace posible que “aquellos que no son tenidos en cuenta”⁴⁷ –o, para utilizar una frase que quizá nos resulte un poco más familiar, aquellos que no se sienten representados– reclaman serlo. Esto es lo que permite poner a prueba, mediante la acción, los sentidos de la representación, de la igualdad, de la libertad o de la justicia. Reivindicar el carácter paradójico de la democracia no implica pues hacer esfuerzos para reconciliar las contradicciones que el ejercicio de la propia vida democrática genera, sino comprender que es el resultado de la articulación de lógicas que, en última instancia, resultan incompatibles, y que no hay formas de reconciliarlas sin imperfección.

Las concepciones presentadas brevemente aquí nos proporcionan algunos elementos a partir de los cuales, desde un pensamiento posfundacional, poder entender la democracia como un incesante y complejo acontecer de prácticas que irrumpen en la escena de lo social generando una dislocación que siempre requiere ser reencauzada en nuevo orden de sentido –que puede tener, o no, su correlato institucional– que se sabe precario. Y esto porque la democracia no puede carecer de estabilizaciones temporarias de poder o de efectos de sentido. En esta apuesta, la reivindicación del carácter precario de la democracia no se hace a expensas de una eliminación radical de la dimensión universalista de la política sino a partir del reconocimiento de su carácter esencialmente contingente y aporético.

Creemos que esta mirada sobre la democracia es fundamental para pensar la transición como ese momento incierto e indeterminado en el que afloran distintos problemas ligados a la representación y a la participación, a la libertad y a la igualdad, al conflicto y al consenso –solo por citar algunos temas– que puede ser captado a partir de sus debates. Es por ello que para abordar la transición no nos interesan los puntos de partida “fechables” del proceso sino la emergencia, permanencia y desaparición de ciertos debates en torno a determinados temas y problemas. Si bien la mayoría de los trabajos tienden a enfatizar la transición como un período

⁴⁶ Jacques Rancière, *El odio a la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 18-19.

⁴⁷ Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

corto de la historia política reciente, que va desde la apertura democrática por parte de los regímenes militares y dictatoriales al llamado a elecciones libres, en nuestro trabajo nos interesa entenderla como *un contexto de ideas y de debates*. De ahí que, desde nuestra perspectiva, la dimensión de lo político en la transición democrática puede ser mejor captada si nos dedicamos a estudiar la “batalla de ideas”, a través de las controversias y los debates político-intelectuales desplegados en distintas empresas editoriales como diarios y revistas, foros, mesas redondas, congresos, seminarios, clubes políticos, etcétera.⁴⁸

De lo dicho anteriormente se infiere que nos interesa pensar la transición democrática como un *amplio proceso de discusión de ideas, como un proceso político e intelectual de debates y lecturas, y de debates con esas lecturas donde surgen y se revisan ideas tanto para (re) pensar el pasado como el presente y el futuro político*. Esta definición de la transición democrática no solo comparte con la categoría de lenguajes políticos el ser un contexto abierto y cambiante, habitado por una pluralidad de voces que disputan sus sentidos y sus usos, sino que también nos acerca a la perspectiva sobre la política posfundacional en la medida en que constituye una apuesta por pensar la democracia ya no en términos de orden institucional sino reivindicando su carácter inherentemente contingente y conflictivo en tanto lógica de lo político.

A modo de cierre

El ejercicio que desarrollamos en este trabajo –delinear una perspectiva de análisis teórica inspirada en los aportes (y también en los límites) de la nueva historia de las ideas en el cruce interdisciplinar con la teoría política posfundacional– fue pensado para abordar las transiciones democráticas en América Latina. Así, en el primer apartado resumimos los principales aportes de la nueva historia intelectual, particularmente en lo que respecta a la noción de lenguaje político, al mismo tiempo que señalamos algunas de las limitaciones que, a nuestro criterio, podría presentar este complejo campo disciplinar para pensar las transiciones democráticas. En el segundo apartado argumentamos en qué medida la noción de lenguaje político puede articularse con alguno de los presupuestos fundamentales de la teoría política contemporánea, en su vertiente posfundacional. Y en la tercera y última parte volvemos a rescatar la noción de lenguaje político pero esta vez para argumentar por qué la consideramos una noción innovadora para trabajar sobre las transiciones democráticas en una clave analítica diferente a la de los clásicos estudios de la ciencia política. Así, intentamos articular una concepción posfundacional de lo político, del lenguaje y de la democracia que nos permita avanzar en la construcción de una perspectiva analítica propia sobre las transiciones entendidas como contexto de debates de ideas.

El que hemos delineado aquí pretende ser un primer paso en un camino que, al mismo tiempo que se propone una lectura alternativa de las transiciones a la realizada por los clásicos estudios transitológicos de la ciencia política, requerirá ser contrastado con los casos particulares. Es decir, el desafío que se nos presenta a futuro es el de verificar el alcance general de

⁴⁸ Explorar estos espacios de polémicas es el trabajo de más largo aliento que nos proponemos continuar. En este artículo solo nos aventuramos a elaborar una fundamentación teórica de nuestra perspectiva analítica para pensar las transiciones democráticas.

nuestra perspectiva para comprobar si es útil de igual modo para leer, por ejemplo, las transiciones chilena, uruguaya, brasileña, argentina, etc. Para ello deberemos reconstruir si existieron patrones comunes a estas transiciones, es decir, deberemos ver si podemos detectar ciertas polémicas, debates y significantes comunes que hayan configurado algo que, de modo preliminar, podríamos denominar “el debate político intelectual de las transiciones democráticas en América Latina”.

El modo en que nos proponemos hacer esto a futuro es trabajar con polémicas intelectuales, con sus contenidos y sus derivas.⁴⁹ Creemos que, entendidas como prácticas políticas, las polémicas pueden ser una puerta de entrada interesante para mostrar el modo en que se fue construyendo, conflictivamente, el sentido político (ontológico) de la democracia en las transiciones. Pensar estas últimas como clima de ideas, debates y polémicas nos permite atisbar ese fondo problemático y paradójico de la democracia al que hacíamos alusión con Rosanvallon, Lefort, Mouffe y Rancière, y hacerlo desde las polémicas entendidas como prácticas discursivas nos resulta una apuesta pertinente para un trabajo preocupado por reivindicar el carácter profundamente político/polémico de las transiciones. Si, tal como entiende Ruth Amossy,⁵⁰ las polémicas han sido un punto oscuro de la teoría de la argumentación y en buena medida han sido vistas en el campo de los estudios sobre la retórica como afrontas a la deliberación y al acuerdo, creemos que es precisamente por esta razón que son una entrada útil y novedosa para comprender la dinámica de las democracias contemporáneas. Y también porque si lo polémico designa, a nivel ontológico, el fenómeno general del conflicto en el lenguaje, la polémica sería, en un nivel óntico, una de sus manifestaciones discursivas en el plano de las prácticas y los intercambios discursivos.⁵¹ En definitiva, creemos que las polémicas político-intelectuales son un registro discursivo privilegiado para mostrar el fondo polémico de la democracia de la transición porque es el que mejor nos permite evidenciar su carácter inherentemente aporético.

Además, la entrada por los debates intelectuales puede resultar una vía novedosa para abordar la transición democrática en la medida en que da cuenta de las disputas por los significantes, pero también permite cuestionar el propio lenguaje en el que los actores discuten. En otras palabras, se trata de insertarnos en el plano argumental, en esa matriz en la que se constituyen los sentidos y que hemos llamado lenguaje político, pero precisando en ese suelo discursivo los significantes que, como el de democracia, formaron parte de la batalla de ideas. Y

⁴⁹ En una primera etapa de trabajo nuestro objetivo es trabajar con las polémicas intelectuales publicadas en distintas revistas político-culturales del campo de la izquierda intelectual. Algunos de nuestros avances en esa clave pueden leerse en Martina Garategaray, “La unidad del exilio: Las revistas *Cuadernos de Marcha* y *Controversia* en México”, dossier “Exilio y Mercado Editorial en América Latina”, *Revista Eletrônica da Anphlac*, N° 19, julio/diciembre de 2015, pp. 186-207. Martina Garategaray, “Democracia, intelectuales y política. ‘Punto de Vista, Unidos y La Ciudad Futura’ en la transición política e ideológica de la década del ‘80’”, *Revista Estudios*, N° 29, enero-junio de 2013, CEA-UNC pp. 53-72. Ariana Reano, “*Controversia* y *La Ciudad Futura*: democracia y socialismo en debate”, *Revista Mexicana de Sociología*, Año 74, N° 3, julio-septiembre de 2012, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, pp. 487-511. Ariana Reano, “Cultura política y democracia: el debate intelectual en la revista *Controversia para el análisis de la realidad argentina*”, en *Dimensões*, Revista de História da Universidade Federal do Espírito Santo (UFES), vol. 29, abril de 2012, Brasil, pp. 70-99. Martina Garategaray y Ariana Reano, “*La Ciudad Futura* y *Unidos* en la democracia de los años ochenta”, en *Los trabajos y los días*, Revista de la cátedra de Historia Socioeconómica de América Latina y Argentina, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, 2018. En prensa.

⁵⁰ Ruth Amossy, “Por una retórica del disensus: las funciones de la polémica”, en A. S. Montero (comp.), *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

⁵¹ Ana Soledad Montero, “La polémica y lo polémico. Palabras preliminares”, en *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

esto porque, como afirma el teórico del discurso social Marc Angenot, “las ideas, los discursos en sí mismos, no tienen ‘peso’ histórico; solo los discursos socialmente investidos de adhesión, de convicción y de incitación a actuar lo tienen”. Por ello son relevantes “*las ideas que han sido creídas*, que han servido para legitimar las instituciones y acciones colectivas, para procurar proyectos e incitar a la acción en un determinado momento”.⁵² Pensamos que a través de la reconstrucción de las polémicas podemos captar tanto las ideas que vehiculizaron los sentidos y las acciones más significativas de esos años transicionales y contribuir así a una lectura de nuestro pasado reciente en una clave poco explorada hasta el momento. □

Bibliografía

Amossy, Ruth, “Por una retórica del disensus: las funciones de la polémica”, en A. S. Montero (comp.), *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

Angenot, Marc, “La Retórica como ciencia histórica y social”, conferencia de apertura, Mendoza, 2013, disponible en <<http://marcangenot.com/wp-content/uploads/2013/10/CONFERENCIA-DE-APERTURA-DE-MARC-ANGENOT.-MEN-DOZA-2013.pdf>>.

Cavarozzi, Marcelo, “Más allá de las transiciones democráticas en América Latina”, *Revista de Estudios Políticos*, Nueva Etapa, N° 74, 1991.

Chignola, Sandro, “Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política. Sobre el problema del léxico político moderno”, *Res publica*, 11-12, 2003.

Foucault, Michel, *La Arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

—, *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets, 1992.

Garategaray, Martina, “La unidad del exilio: Las revistas *Cuadernos de Marcha* y *Controversia* en México”, dossier “Exilio y Mercado Editorial en América Latina”, *Revista Eletrônica da Anphlac*, N° 19, julio-diciembre de 2015.

—, “Democracia, intelectuales y política. *Punto de Vista*, *Unidos* y *La Ciudad Futura* en la transición política e ideológica de la década del ’80”, *Revista Estudios*, N° 29, enero-junio de 2013, CEA-UNC.

Garretón, Manuel Antonio, *Hacia una nueva era política: estudio sobre las democratizaciones*, Santiago de Chile, 1995.

Huntington, Samuel, *La tercera ola*, Buenos Aires, Paidós, 1994.

Karl, Terry Lynn, “Dilemas de la democratización en América Latina”, en Carlos Barba Solano, José Luis Barros Horcasitas y Javier Hurtado (comps.), *Transiciones a la democracia en Europa y América Latina*, México, Editorial Porrúa, 1991.

Koselleck, Reinhart, “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck: introducción al ‘Diccionario’ histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Revista Anthropos*, N° 223, 2009.

—, “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), N° 134, Madrid, diciembre de 2006.

—, *Futuro pasado. Para una semántica de los estudios históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* [1985], Buenos Aires, FCE, 2004.

—, “Posmarxismo sin pedido de disculpas”, en E. Laclau, *La política y los límites de la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

⁵² Marc Angenot, “La Retórica como ciencia histórica y social”, conferencia de apertura, Mendoza, 2013, disponible en <<http://marcangenot.com/wp-content/uploads/2013/10/CONFERENCIA-DE-APERTURA-DE-MARC-ANGENOT.-MEN-DOZA-2013.pdf>>.

- Lefort, Claude, *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
- , *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos, 2004.
- Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la década del '80*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.
- Linz, Juan, “Transiciones a la democracia”, *Reis*, N° 51, julio-septiembre de 1990.
- Mainwaring, Scott, “Transition to democracy and democratic consolidation: theoretical and comparative issues”, working paper N° 130, Kellogg Institute, noviembre de 1989.
- Marchart, Oliver, *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Lefort, Nancy, Laclau y Badiou*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Montero, Ana Soledad, “La polémica y lo polémico. Palabras preliminares”, en *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.
- Morlino, Leonardo, *Cómo cambian los regímenes políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985.
- Mouffe, Chantal, *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario* [1988], Buenos Aires, Prometeo, 2010.
- Oieni, Vicente, “Notas para una historia conceptual de los discursos políticos. Los aportes de la historia conceptual, la genealogía de Foucault y el análisis crítico del discurso a una nueva historia política”, *Anales*, N° 7-8, 2004-2005.
- Palti, Elías, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- , “Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos”, *Prismas*, N° 9, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- , “La revolución teórica de Skinner, y sus límites”, en Q. Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- , “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’ –las escuelas recientes de análisis conceptual: el panorama latinoamericano”, *Anales*, N° 7-8, 2004-2005.
- Pocock, John G. A., “Los textos como acontecimientos: reflexiones en torno a la historia del pensamiento político”, en *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2011.
- Rancière, Jacques, *El odio a la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- , *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.
- Reano, Ariana, “Los lenguajes políticos de la democracia. El legado de los años ochenta: Alfonsín, *Controversia, La Ciudad Futura y Unidos*”, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Estudios Económicos y Sociales, Buenos Aires, 2011.
- , “*Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate*”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 74, N° 3, julio-septiembre de 2012, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 487-511.
- , “Cultura política y democracia: el debate intelectual en la revista *Controversia para el análisis de la realidad argentina*”, *Dimensões*, Revista de História da Universidade Federal do Espírito Santo (Ufes), vol. 29, abril de 2012, Brasil, pp. 70-99.
- Reano, Ariana y Julia Smola, *Palabras políticas. Debates sobre la democracia en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires, UNDAV Ediciones/Ediciones UNGS, 2014.
- Rosanvallon, Pierre, *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- Vitullo, Gabriel, “Transitología, consolidología e democracia na América Latina: uma revisão crítica”, *Revista de Sociologia e Política*, N° 17, noviembre de 2001.

Resumen / Abstract

La democracia como lenguaje político de la transición. Avances en la construcción de una perspectiva de análisis

En este artículo buscamos delinear una perspectiva de análisis teórica inspirada en la nueva historia de las ideas en el cruce interdisciplinar con la teoría política posfundacional para pensar las *transiciones democráticas* en América Latina. Para ello, en el primer apartado resumimos los aportes de la historia intelectual en lo que respecta a la noción de *lenguaje político* y señalamos algunas limitaciones que podría presentar este campo disciplinar para pensar las transiciones. En el segundo apartado argumentamos en qué medida la idea de lenguaje político puede articularse con alguno de los presupuestos de la teoría política contemporánea posfundacional para reflexionar sobre la democracia y lo político. Y en la última parte volvemos a rescatar al lenguaje político para argumentar por qué la consideramos una noción innovadora para trabajar sobre las transiciones democráticas en una clave analítica diferente a la de los clásicos estudios de la ciencia política, de los cuales tomamos distancia a fin de pensar la transición como contexto de debate político-intelectual.

Palabras clave: Transición Democrática - Historia Intelectual - Teoría Política Posfundacional - Lenguajes Políticos

Fecha de recepción del original: 10/10/2017

Fecha de aceptación del original: 16/2/2018

Democracy as a political language of transition. Advances in the construction of an analysis perspective

In this article we aim to delineate a theoretical analysis perspective to think the democratic transitions in Latin America, inspired in the interdisciplinary intersection of the new history of ideas with the pos-foundational political theory. In this sense, in the first part we summarize the principal contributions of intellectual history, especially in relation to the notion of political language, at the same time that we indicate some limitations of this interdisciplinary field to think transitions. In the second section we argue to what extent the notion of political language can be articulated with some of the fundamental presuppositions of post-foundational contemporary political theory, to reflect on democracy and the political. In the final part we reconsider why political language is an original notion to explore democratic transitions, defined as a context of political and intellectual debate, and in relation to the classic political science transition studies.

Key words: Democratic Transition - Intellectual History - Posfoundational Political Theory - Political Languages

Transmisiones y adaptaciones del federalismo

El tratamiento del régimen de los Territorios Nacionales en la enseñanza del derecho constitucional en la universidad argentina

Lisandro Gallucci*

CONICET/UNSAM

Durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, el federalismo fue uno de los principales objetos de debate entre las élites políticas e intelectuales de la República Argentina. Esto condujo al desarrollo de una abundante y rica literatura acerca del federalismo argentino, en la que las indagaciones acerca de sus orígenes históricos estaban estrechamente ligadas a controversias en torno a la distribución del poder entre la nación y las provincias. En el curso de esos años, que fueron también los de la definitiva afirmación de la supremacía de la nación sobre las provincias,¹ tuvo lugar la institucionalización académica del derecho constitucional, reflejada por ejemplo en la organización de cátedras específicas sobre la materia en los programas de enseñanza universitaria.² Esos textos y lecciones abordaban una amplia variedad de cuestiones relativas al federalismo argentino, entre las cuales aquí interesa detenerse en una en particular, la representada por los Territorios Nacionales, espacios que en conjunto conformaban casi la mitad de la extensión territorial del país y que, a diferencia de las provincias, estaban sujetos al control directo del gobierno nacional. Aun cuando podía tratarse de una cuestión secundaria dentro de debates más amplios en torno al federalismo argentino, más bien centrados en las competencias entre la nación y las provincias, los Territorios fueron objeto de la reflexión de destacadas figuras del derecho constitucional, no solo por la elevada proporción de la superficie nacional que ellos representaban, sino además porque la normativa mediante la cual fueron creados determinaba que, sin autonomía en lo inmediato, debían dar lugar a nuevas provincias que serían incorporadas al régimen federal con los mismos derechos que las surgidas en la pri-

* Agradezco a los evaluadores anónimos por sus sugerencias y observaciones, de las que he tratado servirme para mejorar este artículo. Por supuesto, las objeciones que pudieran hacerse contra el mismo son de mi exclusiva responsabilidad.

¹ Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez, “De la periferia al centro: la formación de un sistema político nacional, 1852-1880”, en B. Bragoni y E. Míguez (eds.), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 9-28; Hilda Sabato y Marcela Ternavasio, “De las Repúblicas rioplatenses a la República Argentina. Debates y dilemas sobre la cuestión republicana en el siglo XIX”, en Pilar González Bernaldo de Quirós (ed.), *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones*, Buenos Aires, FCE, 2015, pp. 237-272.

² Héctor José Tanzi, “La enseñanza del Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires”, *Academia. Revista sobre enseñanza del Derecho*, año 9, N° 17, 2011, pp. 85-112; Pablo Buchbinder, “Formación de sectores dirigentes y controversias políticas en el ámbito universitario: el caso de las facultades de derecho, 1890-1912”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 37, 2012, pp. 115-142.

mera mitad del siglo XIX. En otros términos, la creación de los Territorios introdujo un elemento novedoso en el federalismo argentino, que obligó a sus estudiosos a reflexionar en torno a la naturaleza de la calidad provincial, la posibilidad de que dichos espacios pudieran obtenerla y los mecanismos jurídicos a través de los cuales esa transformación pudiera hacerse efectiva. Las respuestas que se dieron a tales cuestiones fueron menos coincidentes de lo que se ha supuesto, lo que invita a una reconstrucción más detallada de sus cambios a lo largo del tiempo.³

Al mismo tiempo, este estudio apunta a emplear la problemática de los Territorios como un punto de observación específico que puede echar luz sobre algunos de los cambios producidos en el ámbito del derecho constitucional entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, con especial atención al modo en que esas transformaciones se vieron reflejadas en la enseñanza universitaria de la materia durante esos años. Uno de los modos posibles de hacerlo consiste en evaluar de qué maneras los principios formulados en las obras de los principales referentes del derecho constitucional argentino fueron adoptados por los estudiantes universitarios de la época, para poder así observar en qué medida esos aprendizajes involucraron deslizamientos o torsiones de sentido respecto de aquellos principios impartidos en manuales y lecciones. Con ese propósito se indaga en las tesis que elaboraron para obtener el grado de doctor en Jurisprudencia, ya que las mismas permiten explorar los usos que sus autores hicieron de los libros que leyeron y de los cursos por los que transitaron. Claro que no se pretende analizar la totalidad de tales tesis, pues conforman un universo ciertamente extenso y además de gran heterogeneidad temática,⁴ todo lo cual excede las específicas miras de este estudio. En consecuencia, el abordaje ensayado en estas páginas se concentra en una serie de tesis en derecho que tocaban problemáticas relativas al federalismo argentino pero que, más precisamente, lo hacían a partir de cuestiones directamente ligadas a los Territorios, tales como su condición institucional y su lugar dentro de la organización político-territorial del país.⁵

Una estrategia semejante requiere, sin embargo, de un repaso sobre el desarrollo del derecho constitucional argentino que permita identificar los principales debates sostenidos en ese ámbito, como también los cambios operados en la enseñanza universitaria de dicha materia. Mientras que la primera sección de este estudio está dedicada a ofrecer un panorama sintético de tales aspectos, la siguiente se concentra en las nociones que autorizadas figuras en materia constitucional ofrecieron acerca de los Territorios y su modo de inserción en el régimen federal. Es importante subrayar que no se pretende ofrecer una revisión exhaustiva de todos aquellos que llegaron a ocuparse, con mayor o menor detalle, de asuntos relativos al derecho constitucional, sino de advertir algunos de los principales núcleos problemáticos a partir de las

³ Algunos trabajos han abordado las miradas que desde el ámbito del derecho se elaboraron en torno a los Territorios. Se trata, sin embargo, de producciones que habilitan un enfoque alternativo sobre la cuestión, en tanto ofrecen una imagen demasiado homogénea de las posiciones adoptadas por los juristas ante la presunta restricción de derechos padecida por los ciudadanos de los Territorios. Cf. Martha Ruffini, "Federalismo y ciudadanía política en la mirada de los juristas argentinos sobre los territorios nacionales", *Revista Nordeste*, segunda época, N° 26, 2007, pp. 3-22.

⁴ Como se comprueba en Marcial R. Candiotti, *Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires y catálogo cronológico de las tesis en su primer centenario: 1821-1920*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1920.

⁵ Varias de las tesis aquí analizadas han sido exploradas en otros estudios (Ruffini, "Federalismo"). Es necesario advertir, acerca de estos últimos, que uno de sus principales problemas reside en que colocan en un mismo nivel de análisis a figuras del derecho constitucional argentino que ejercieron una duradera influencia en la materia, y a aquellos otros que, si bien se convirtieron en profesionales de la ley, nunca alcanzaron una posición destacada en dicho terreno, ya sea porque sus carreras judiciales o políticas los llevaron por otros caminos, o bien porque obtenerla jamás formó parte de sus intereses.

reflexiones de una serie de figuras destacadas de la etapa formativa del derecho constitucional argentino. En un tercer apartado, la atención está puesta en las tesis aludidas, con el propósito de observar en qué medida las miradas que sus autores tenían acerca de los Territorios reproducían las que encontraban en manuales y lecciones, o bien mostraban ciertas distancias con respecto a aquellas posiciones. Por último, se busca reflexionar sobre la incidencia que la formación impartida en los claustros universitarios pudo tener en la trayectoria institucional de los Territorios, que como es conocido no fueron convertidos en nuevas provincias sino hasta mediados del siglo xx. Es importante señalar que el análisis aquí desarrollado se concentra en la Universidad de Buenos Aires, porque aun cuando no era la única que ofrecía la carrera de derecho, fue solo en ella –al menos hasta donde se pudo constatar– donde se elaboraron tesis relativas a la condición institucional de los Territorios.

A través de este recorrido, se busca también advertir la necesidad de extender los horizontes de la historia intelectual más allá de sus habituales terrenos, para indagar en la historia del derecho con el propósito de revelar los procesos de construcción de los lenguajes jurídicos que, con frecuencia obliterados por la dogmática legal, permitirían avanzar hacia una mejor comprensión de las dinámicas que dieron formas específicas a ciertas instituciones políticas. Desde esta perspectiva, la historia de las instituciones federales asoma como una trayectoria en la que los modos de conceptualizar sus formas y sus alcances definieron un cierto federalismo en el cual, contra lo asumido por alguna historiografía política, los Territorios Nacionales tenían un lugar.

La formación de un derecho constitucional argentino

Sin olvidar las controversias que alrededor del federalismo tuvieron lugar en las Provincias Unidas del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo xix, fue recién hacia mediados de este último siglo que los debates en torno a dicho régimen adquirieron un carácter más informado y sistemático.⁶ En una coyuntura marcada por el desafío de constituir una república que pudiera unir a todas las provincias y colocarlas bajo la soberanía de un mismo Estado, el federalismo fue visto como una fórmula capaz de satisfacer aquellos propósitos y se convirtió en objeto de gran atención para diversos actores políticos e intelectuales de la época, aun cuando sus miradas acerca de dicho régimen podían ser discordantes. Uno de los rasgos más notorios de los tratamientos sin duda polémicos que desde entonces se hicieron del federalismo radicó en una importante ampliación del corpus bibliográfico del que se nutrieron las reflexiones locales acerca de ese régimen.

En particular, a partir de 1860, al calor de los debates que suscitó la reforma constitucional efectuada ese año, comenzó a hacerse más intensa la influencia de la literatura constitucionalista proveniente de los Estados Unidos, en la que las cuestiones relativas al federalismo ocupaban un lugar muy destacado.⁷ La presunción de que las reflexiones en torno a aquel fe-

⁶ José Carlos Chiaramonte y Pablo Buchbinder, “Provincias, Caudillos, Nación y la historiografía constitucionalista argentina (1853-1930)”, *Anuario IEHS*, N° 7, 1992, pp. 93-120.

⁷ Eduardo Zimmermann, “Translations of the ‘American Model’ in Nineteenth Century Argentina: Constitutional Culture as a Global Legal Entanglement”, en T. Duve (ed.), *Entanglements in Legal History: Conceptual Approaches*, vol. I, Frankfurt, Max Planck Institute for European Legal History, 2014, pp. 385-425.

deralismo eran directamente extensibles al argentino llevó a las autoridades intelectuales y políticas argentinas a promover de manera activa la traducción y circulación de las obras de reconocidos juristas de aquel país, tales como Story, Kent, Grimke y Curtis. Esa forma de ver el asunto encerraba el supuesto de que el federalismo constituía una forma de organización del poder que contaba con ciertos atributos propios, independientes de las características particulares de la comunidad política sobre la que funcionaba. Para quienes sostenían este punto de vista, el federalismo constituía una fórmula institucional por sí misma capaz de producir determinados efectos políticos. En la mirada de Sarmiento, que ofrecía una de las expresiones más claras de esa concepción –también abonada por Mitre–,⁸ la adopción de un régimen federal de molde americano permitiría no solo conformar una unidad política y satisfacer el principio republicano de la división del poder, sino sobre todo servir a la construcción de una sociedad democrática, al propiciar el involucramiento de los ciudadanos en la vida política.⁹ Sobre la huella del clásico análisis de Tocqueville sobre la democracia americana, que identificaba en el federalismo uno de sus elementos centrales, Sarmiento entendía que el desenvolvimiento de las instituciones federales podría ayudar a conducir a la sociedad argentina hacia una evolución social y política similar a la del país del norte. La circunstancia de compartir con los Estados Unidos las mismas instituciones federales permitiría además servirse de la experiencia acumulada en la doctrina constitucional de esa nación, y emplearla como instrumento para resolver los desafíos del federalismo argentino. Como ha señalado Zimmermann, las presidencias de Mitre y de Sarmiento fueron entusiastas promotoras de la traducción y circulación de las obras de juristas norteamericanos como los ya mencionados.¹⁰

No fue ese el único modo de concebir el federalismo y de pensar su lugar en la nación argentina. Ya desde la década de 1850, Alberdi sostendría que, más allá de la condición federal compartida por ambos países, sus respectivas experiencias históricas diferían en forma sustancial. Según el jurista tucumano, mientras que los Estados Unidos habían surgido como producto de la unión de una serie de estados independientes, la nación argentina había constituido una unidad desde su mismo nacimiento. Desde este enfoque, los federalismos norteamericano y argentino no representaban experiencias comparables, ya que mientras en aquel caso había servido para conformar una unidad política a partir de un conjunto de entidades independientes, en este otro no había sido más que una solución de compromiso para poner fin a la fragmentación desatada a partir de 1820, con la caída del último gobierno central. De esta manera, la literatura sobre federalismo proveniente de los Estados Unidos no parecía tener más que una limitada relevancia en la Argentina, donde las provincias habían surgido como desmembramientos de la nación, vueltos a unir por la Constitución de 1853.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la tesis de la preexistencia de la nación, que tuvo en Alberdi a uno de sus más claros exponentes, ejerció una poderosa influencia en el pensamiento de diversos políticos y juristas. Sobre todo para quienes abogaban por el fortalecimiento del Estado federal como garantía de orden político, aquel argumento servía a la afirmación de la preeminencia de la nación sobre las provincias, al concebirla como la depositaria

⁸ Eduardo Zimmermann, “Centralización, justicia federal y construcción del Estado en la organización nacional”, *Revista de instituciones, ideas y mercados*, N° 46, 2007, pp. 265-292.

⁹ Natalio Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 343.

¹⁰ Zimmermann, “Translations”, p. 401.

original de la soberanía.¹¹ De todas formas, las obras de derecho constitucional provenientes de los Estados Unidos retuvieron un lugar central como referencias de autoridad acerca del federalismo. Durante la década de 1860, en la que se logró formar un Congreso con la representación de todas las provincias, a partir de la reincorporación de Buenos Aires, los debates parlamentarios acerca de cuestiones ligadas al régimen federal se caracterizaron por contener frecuentes alusiones a figuras destacadas del derecho constitucional norteamericano.¹² La utilización de ese recurso da cuenta de las reglas informales que regían los modos de intervención en los debates parlamentarios, pero en lo que aquí interesa específicamente, permite advertir que los legisladores todavía entendían la doctrina constitucional norteamericana como una herramienta pertinente para abordar los problemas del federalismo argentino.

Hacia el final de la década de 1860, esta situación comenzó a modificarse. Aun cuando las referencias a la literatura constitucional procedente de los Estados Unidos no desaparecieron por completo, su frecuencia tendió a disminuir con la emergencia de miradas que reclamaban un distanciamiento respecto de aquellas fuentes como requisito para una mejor comprensión del federalismo argentino. Estos cambios estuvieron estrechamente ligados a las transformaciones en la enseñanza del derecho en las universidades argentinas. En la segunda mitad del siglo XIX, la de Buenos Aires y la de Córdoba fueron las únicas universidades nacionales existentes en el país.¹³ Ambas tuvieron un lugar destacado en la formación de numerosas figuras de la política argentina, que en una considerable proporción eran graduados en derecho. Pero aun cuando convertirse en un profesional de las leyes constituía un paso frecuente en el *cursus honorum* de la vida política, el derecho constitucional y federal tenía un lugar secundario en la formación impartida por las universidades. Fue recién en 1868 que, por iniciativa del rector de la Universidad de Buenos Aires, Juan María Gutiérrez, se creó la primera cátedra de Derecho Constitucional, a cargo del jurista colombiano Florentino González, quien permaneció al frente de la misma hasta su muerte en 1874.¹⁴ La mirada de González sobre el federalismo mantenía la consideración hacia los Estados Unidos como modelo de referencia para los federalismos sudamericanos, incluido el argentino.¹⁵ Como sea, la enseñanza universitaria del derecho tenía una orientación profesionalista que hacía de los ámbitos civil, comercial y penal objetos de un interés mucho mayor que el suscitado por temáticas constitucionales y federales.¹⁶ No faltaron voces en reclamo de reformas curriculares que permitieran orientar esa enseñanza en una dirección más acorde con las exigencias de la ciencia jurídica, lo que entre

¹¹ Al respecto, son sugerentes las reflexiones de Alejandro Agüero en “Autonomía por soberanía provincial. Historia de un desplazamiento conceptual en el federalismo argentino (1860-1930)”, *Quaderni Fiorentini*, N° 43, 2014, pp. 341-392. En una línea similar, Eduardo Zimmermann, “Soberanía nacional-soberanías provinciales ante la Corte Suprema de Justicia. Argentina, siglo XIX”, *Estudios Sociales*, xxv, N° 48, 2015, pp. 11-37.

¹² Laura Cucchi y Ana Leonor Romero, “El ‘modelo’ norteamericano en la reglamentación de las intervenciones federales en la Argentina decimonónica. Debates en el Congreso Nacional (1869 y 1894)”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 74, N° 2, 2017, pp. 615-642.

¹³ El número de universidades nacionales se vería ampliado recién a partir de 1905, con la creación de la Universidad Nacional de La Plata, a partir de la nacionalización de la Universidad de La Plata que el gobierno de la provincia de Buenos Aires había establecido en 1897. En 1919, en el clima intelectual y académico abierto por el movimiento de Reforma universitaria iniciado en Córdoba el año anterior, se creó la Universidad Nacional del Litoral, a partir de instituciones educativas locales como es el caso de la Universidad de Santa Fe, fundada en 1889. Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

¹⁴ Tanzi, “La enseñanza”.

¹⁵ Zimmermann, “Translations”, p. 397.

¹⁶ Buchbinder, “Formación”.

otras cosas suponía dar mayor relevancia a las problemáticas de derecho constitucional. Pero aun iniciado ya el siglo xx, según Buchbinder, “las reformas no consiguieron modificar sustancialmente el peso de la enseñanza centrada en el derecho civil y comercial”.¹⁷

No obstante ese panorama, desde la década de 1870 tuvo lugar una serie de cambios que condujeron al desarrollo de lo que podría reconocerse como un derecho constitucional argentino. Por una parte, la cátedra de Derecho Constitucional de la Universidad de Buenos Aires quedó desde 1874 a cargo de José Manuel Estrada, quien pese a no haberse graduado en derecho, fue una de las principales figuras del derecho constitucional argentino. A diferencia de su predecesor en la cátedra, Florentino González, en cuyas lecciones el federalismo aparecía como un tema marginal y además abordado en el molde de la experiencia de los Estados Unidos, Estrada imprimió un duradero cambio de orientación en los cursos de derecho constitucional, al hacer de la propia Constitución argentina y de la historia nacional los elementos centrales de su reflexión. Puede decirse que a partir de Estrada las perspectivas institucionalistas acerca del federalismo, según las cuales el caso norteamericano tenía directa utilidad para el argentino, resultaron desplazadas por otras que privilegiaban la indagación en la historia de la nación argentina. Esta nueva mirada se mostraba menos como producto de un descubrimiento que como una restitución del problema a sus términos originales, mirada para la que ofrecían respaldo antecedentes como las ideas de Alberdi acerca de la preexistencia de la nación y del carácter artificial que el régimen federal tenía para esta última. Según Estrada, “la unidad nacional argentina no emana solamente de la Constitución escrita, sino que emana de la Constitución no escrita, de la complexión orgánica del pueblo de la República Argentina”.¹⁸ Si esa nación, una y unida desde su mismo origen, había terminado por darse un régimen federal de gobierno, solo había sido a causa de una obligada transacción con las consecuencias indeseadas de la revolución de Independencia, entre las cuales el surgimiento de los caudillismos locales era apuntado como una de las más perniciosas para la unidad nacional.¹⁹

Estrada permaneció al frente de la cátedra de Derecho Constitucional hasta 1884, cuando resultó desplazado de ella en el marco del conflicto entre el gobierno nacional y los sectores católicos a los que pertenecía. Fue sucedido por Lucio V. López, quien estuvo al frente de dicha cátedra hasta su muerte en un duelo en 1894, pocos meses después del fallecimiento del propio Estrada. Como este, López sostenía que la experiencia argentina difería de la norteamericana, ya que en esta última la unidad era fruto de un acuerdo entre estados independientes, mientras que en la primera el punto de partida estaba dado por la originaria unidad de la nación. De esto se desprendía que el derecho constitucional elaborado en los Estados Unidos representaba un cuerpo bibliográfico de limitado provecho en la Argentina. Para López, que también seguía a Estrada en este punto, la clave radicaba en el estudio doctrinario de la propia Constitución y en la indagación en torno a las razones históricas que explicaban la adopción de un régimen federal por parte de una nación inicialmente unida. Aun si López sostenía, por un lado, que había sido “calcada nuestra Constitución en el modelo de la de los Estados

¹⁷ Buchbinder, “Formación”, p. 126.

¹⁸ José Manuel Estrada, *Curso de Derecho Constitucional. Conferencias del señor D. José Manuel Estrada en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1877, p. 305.

¹⁹ Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Unidos”,²⁰ por otro insistía en que, a diferencia de la Argentina, la existencia de los estados “precedía en aquel país a la constitución de la nación”.²¹

Pero si la nación argentina preexistía a las provincias, de ello no se desprendía, en la mirada de López, que el federalismo constituyera un régimen ajeno a la constitución orgánica del país. A diferencia de Estrada, quien había insistido en el carácter artificial que el federalismo tenía para la nación argentina, López entendía que esa forma de organización tenía en realidad sólidos fundamentos que se remontaban inclusive al pasado colonial. Así, López se distanciaba del criterio suscripto por otros estudiosos del derecho constitucional –como el mismo Estrada–, para afirmar que “no sería rigurosamente exacto asegurar que el país argentino antes de su emancipación careciera de base que fundase el sistema federativo”.²² Es posible entender que el interés de López por demostrar los lazos orgánicos que el federalismo tenía con la nación argentina respondía al clima político de las últimas dos décadas del siglo XIX, marcadas por una dinámica de centralización del poder que podía así ser acusada de contraria a la constitución histórica del país.²³

La versión más contundente de esa perspectiva aparecería en 1887, cuando Francisco Ramos Mejía publicó *El federalismo argentino*, obra que a través de una indagación histórica más ambiciosa que las practicadas hasta entonces por los estudiosos del tema buscaba contrariar los postulados de autores como Estrada y demostrar que el federalismo estaba en realidad inscripto en el carácter mismo de la nación argentina. Para Ramos Mejía, esta última era el producto de la unión de esas entidades preexistentes que eran las provincias, experiencia entonces asimilable a la de los Estados Unidos, aunque esto no ponía en duda el hecho fundamental de que el federalismo argentino era “una mera evolución de nuestro propio organismo político y no el resultado de una servil imitación”.²⁴ Las raíces de esa evolución debían según Ramos Mejía buscarse en la historia de España, pero no solo en la época de su dominio colonial de América ni en la de la formación de la monarquía española, sino en los mucho más remotos tiempos de las tribus celtíberas, desde donde creía posible trazar la génesis de un “espíritu particularista” que, heredado de la “raza española” y robustecido por el secular aislamiento de las poblaciones rioplatenses, constituía la verdadera fuente del federalismo argentino.²⁵ De todo ello, Ramos Mejía concluía que la nación argentina era un producto de la natural disposición federalista de los pueblos que, tras devenir provincias y luego de rechazar todo intento unitario, dieron al país su forma política.

Quien sucedió a López al frente de la cátedra de Derecho Constitucional de la Universidad de Buenos Aires fue Aristóbulo del Valle, aunque solo por un año, a causa de su muerte en 1896. En *Nociones de derecho constitucional* (1895), obra que reunía las lecciones que dictó en aquella cátedra, Del Valle retomaba con toda convicción la tesis de la preexistencia de la nación

²⁰ Lucio V. López, *Curso de Derecho Constitucional. Extracto de las conferencias dadas en la Universidad de Buenos Aires por el Doctor Lucio V. López*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1891, p. 68.

²¹ *Ibid.*, p. 96.

²² *Ibid.*, p. 75.

²³ Una de las expresiones más claras de denuncia contra esas tendencias centralizadoras era la ofrecida por Leandro N. Alem, destacada figura política proveniente del autonomismo porteño y más tarde uno de los protagonistas de la revolución de 1890. Al respecto, véase Ezequiel Gallo, *Alem. Federalismo y radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

²⁴ Francisco Ramos Mejía, *El federalismo argentino. Fragmentos de la historia de la evolución argentina*, Buenos Aires, Lajouane, 1889, p. 5.

²⁵ *Ibid.*, p. 225.

argentina. Sobre las huellas de Estrada y de López, Del Valle negaba de manera explícita que la Constitución argentina fuera resultado de un pacto entre entidades preexistentes, lo que suponía que era la nación la que había adoptado una forma federal de gobierno y no, a la inversa, que hubiera sido esta la que le dio nacimiento. Su indagación histórica lo llevaba a concluir que resultaba evidente que la nación argentina existía “desde la primera hora de la revolución”, y que no se podía de ningún modo dudar de “su existencia como una sola Nación frente a todas las naciones de la tierra, durante la anarquía, la guerra civil y la dictadura”.²⁶ Su sucesor en la cátedra de Derecho Constitucional fue Manuel Montes de Oca, quien permaneció en la misma hasta 1912, aunque con varias intermitencias debido a su designación en diferentes cargos públicos. Como Del Valle, Montes de Oca acompañaba la tesis de la unidad originaria de la nación argentina, rechazando por consiguiente la concepción de la Constitución como expresión de un pacto entre las provincias. Sin embargo, de todo esto no deducía que el régimen federal representara una forma jurídica exótica a la nación argentina: si la Constitución establecía una forma de gobierno que combinaba los elementos representativo, republicano y federal, “era porque ellos estaban impuestos por las tradiciones y por los antecedentes de la República”.²⁷

Sobre la base de este apretado repaso parece fundado sugerir que a partir de mediados de la década de 1870 tuvo lugar la paulatina formación de un derecho constitucional argentino. No solo en el sentido denotado por la producción de una bibliografía local sobre la temática, sino en cuanto al desarrollo de un enfoque que privilegiaba el abordaje histórico de las formas jurídicas y políticas de la República Argentina, al mismo tiempo que tomaba una distancia cada vez mayor respecto de los Estados Unidos como un modelo de referencia válido para el análisis de las instituciones nacionales. De esta manera, ya en las primeras décadas del siglo xx, como han señalado Chiaramonte y Buchbinder, las obras de mayor influencia en el derecho constitucional presentaban como principal rasgo común “el tratamiento histórico del tema, si bien no en forma coincidente, sí de manera preferencial”.²⁸

La novedad de los Territorios Nacionales

Esa fuerte inclinación por la indagación histórica no impidió a los estudiosos del derecho constitucional argentino prestar atención a temas de mayor inmediatez, como el aumento de las atribuciones del Estado nacional por sobre las de las provincias, o las consecuencias que los desiguales progresos de estas últimas tenían en el equilibrio general del régimen federal. Una de las novedades con las que se enfrentó ese derecho constitucional argentino en formación fue la representada por la creación de los Territorios Nacionales. Estos espacios surgieron como consecuencia de la expansión territorial que el país experimentó entre las décadas de 1870 y 1880, y que llevó a la duplicación de su territorio. Hasta entonces, las tierras que se extendían más allá de las catorce provincias surgidas en la primera mitad del siglo xix habían permanecido bajo el dominio exclusivo de diferentes grupos indígenas. Aun cuando algunas de las

²⁶ Aristóbulo del Valle, *Nociones de Derecho Constitucional. Notas tomadas de las conferencias del Dr. A. del Valle*, Buenos Aires, s/d, 1895, vol. II, p. 21.

²⁷ Manuel Augusto Montes de Oca, *Lecciones de Derecho Constitucional. Notas tomadas de las conferencias del doctor M. A. Montes de Oca*, Buenos Aires, s/d, 1910, vol. I, p. 75.

²⁸ Chiaramonte y Buchbinder, “Provincias”, p. 106.

provincias pretendían reivindicar como propias distintas porciones de aquellas tierras, lo cierto es que carecían de cualquier control efectivo sobre las mismas.

Lo mismo ocurría con los intentos de la nación argentina de asumir la soberanía de esas regiones. La Constitución de 1853 hablaba de “territorios nacionales” para referirse a los que quedarán más allá de los límites de las provincias, los cuales permanecieron varias décadas sin estar definidos en su totalidad, lo que no solo expresaba las dificultades que dichas entidades tuvieron para asegurar un límite con las zonas bajo control indígena, sino también la debilidad de una instancia federal capaz de dirimir sus diferendos territoriales. En 1862, una ley del Congreso estableció que las tierras ubicadas fuera de los límites provinciales, que habían sido enajenadas por algunas provincias aun sin tenerlas bajo su dominio, eran de exclusiva propiedad de la nación. Pero nada de eso tuvo efectos prácticos inmediatos en su capacidad para ejercer sobre esas tierras la soberanía que declaraba. No fue sino luego de las campañas militares desplegadas sobre los espacios patagónico primero y chaqueño después que el Estado argentino logró por primera vez establecer su dominio sobre aquellas regiones. En 1884, con la sanción de la ley 1.532, las gobernaciones hasta entonces existentes fueron divididas en nuevos Territorios, a los que también se dio definitiva organización institucional.²⁹

Dicha normativa no solo buscó crear unidades de menor extensión para facilitar la administración de aquellos vastos espacios, sino que además estableció un único régimen de gobierno para el conjunto de los Territorios. Dado que estos constituían invenciones del Estado nacional sobre enormes espacios percibidos como vacíos de población, el régimen que se les otorgó difería del vigente en las provincias. Así, debido a su condición de meras unidades administrativas dependientes del Estado nacional, los Territorios no contaban con autonomía política, ni con representación en el Congreso o en el Colegio Electoral. El gobernador, la máxima autoridad ejecutiva de cada Territorio, era designado por el gobierno nacional, sin ningún mecanismo formal de consulta a la población local, que para 1884 era todavía imaginada como una que debía arribar. Asimismo, la designación del personal que integraba las distintas reparticiones de la gobernación era competencia del gobierno nacional, con frecuencia a propuesta del gobernador de cada Territorio, aunque en ocasiones por iniciativa propia.

Asimismo, el régimen adoptado para el gobierno de los Territorios preveía su conversión en nuevas provincias, para lo cual se fijó un único requisito: la cantidad de población. De acuerdo a la normativa, cuando un Territorio alcanzara la cifra de sesenta mil habitantes, comprobados mediante censos oficiales, podía ser reconocido como provincia. Se contemplaba también una instancia de autonomía limitada, en la forma de una legislatura electiva, que podía formarse una vez que la población fuera mayor a treinta mil individuos. El mismo criterio cuantitativo servía de base a la constitución de municipios: cuando una localidad contara con más de mil vecinos radicados dentro de su ejido, podía solicitar la conformación de un concejo municipal electivo. De esta manera, sin importar la muy dispar extensión geográfica de los Territorios –Santa Cruz era ocho veces más extensa que Misiones y once veces más que Tierra del Fuego (sin considerar las tierras en litigio)–, la ley sujetó su admisión como nuevas provincias a un criterio demográfico que se mantuvo inalterado durante setenta años.

²⁹ Dicha ley dividió la gobernación del Chaco en dos nuevos Territorios (Chaco y Formosa) y la de la Patagonia en cinco unidades (Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego). Misiones permaneció con los mismos límites que tenía desde su creación en 1881. En 1900 se creó el Territorio de Los Andes, disuelto en 1943 en favor de Catamarca, Salta y Jujuy.

Pero, ¿qué lugar en sus reflexiones dieron los estudiosos del derecho constitucional a esos espacios cuya reciente invención conducía a verlos como carentes de historia propia y por lo tanto a resultar menos asequibles al abordaje de tipo histórico practicado por la mayor parte de ellos? ¿Cómo pensaron el régimen de los Territorios y, sobre todo, qué posiciones adoptaron frente a la futura transformación de estos en nuevas provincias?

En primer lugar es necesario señalar que los Territorios ocuparon un lugar marginal en las consideraciones de los estudiosos del derecho constitucional y federal del último cuarto del siglo XIX. Ello se debió, muy probablemente, a que en contraste con las provincias, los Territorios aparecían como artificios que, por su propia condición, estaban desprovistos de historia. Puesta como estaba la atención de aquellos especialistas en los debates relativos a la preexistencia de la nación o de las provincias, como también en torno al carácter orgánico o postizo del régimen federal respecto de la nación argentina, espacios como los Territorios, de reciente invención por parte de las autoridades y prácticamente carentes de población, no podían sino representar un objeto de escasa relevancia para el tratamiento de aquellas cuestiones. No obstante esa pobreza de la materia frente al instrumental hermenéutico, la expansión territorial que se produjo en ese período obligó a esos estudiosos a dedicar algunas observaciones a esas unidades inéditas en la historia institucional argentina que eran los Territorios.

Entre las primeras de esas miradas se ubica la de Estrada. Hacia fines de la década de 1870, cuando las únicas gobernaciones existentes eran todavía la de Chaco y la de la Patagonia, sostenía que la diferencia crucial entre un Territorio y una provincia radicaba en el hecho de que “aquel no goza de capacidad política, ni puede darse una constitución local”.³⁰ La observación de Estrada buscaba subrayar el hecho de que esos espacios carecían de los más mínimos núcleos de vida social que permitieran el desarrollo de un organismo político capaz de asumir el gobierno propio. Ambas gobernaciones no eran contempladas por Estrada más que como espacios ocupados por indígenas, lo que volvía absurdo imaginar siquiera la posibilidad de un gobierno autónomo como los de las provincias. Aun cuando luego de las campañas de conquista lanzadas por el Estado nacional aquellos espacios comenzaron a experimentar la formación de poblaciones, Estrada no consideraba ese todavía incipiente progreso como signo de capacidad para el gobierno autónomo. Entonces, ¿cuál era, en su mirada, el criterio decisivo sobre la base del cual podía determinarse la existencia de esa capacidad? Para Estrada, quien consideraba que las provincias no habían surgido más que como desprendimientos de la nación que la habían hundido en la anarquía, lo que daba a una provincia su condición era sencillamente su economía: “si una provincia necesita subsidios, no tiene capacidad financiera; y en el terreno de la doctrina, es indudable que una agrupación tal de personas, no se puede llamar provincia”.³¹ Esto tenía un corolario muy sencillo en lo que respecta a los Territorios. Puesto que “la capacidad financiera es la condición esencial para ser provincia”, sostenía Estrada, “el día que los territorios la obtienen, pueden presentarse ante el Congreso pidiendo se declare su soberanía”.³²

Algunos años después de sancionada la ley 1.532, López realizó algunas observaciones sobre los Territorios. Sobre la base de lo estipulado en dicha normativa, López comentaba que

³⁰ José Manuel Estrada, *Curso de derecho constitucional, federal y administrativo. Conferencias dadas en la Universidad de Buenos Aires en los años 1877, 1878 y 1880*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1895, p. 470.

³¹ *Ibid.*, p. 469.

³² *Ibid.*, p. 470.

“los gobiernos de los territorios nacionales son gobiernos de excepción y temporarios en nuestro orden federativo”.³³ En su mirada, el porvenir de los Territorios era evidente: “por el desarrollo de su población y de su riqueza están destinados a ser provincias argentinas”.³⁴ Sin embargo, hasta que ambos factores llegaran a desarrollar un organismo social dotado de la capacidad política de asumir el gobierno propio, era también claro que debían mantenerse bajo la férula del Estado nacional. Esto llevaba a López a señalar que mientras aquello no ocurriera, los Territorios continuaban siendo “dependencias de la Nación, [que] no son entidades independientes; carecen de constitución propia y por consiguiente de poderes políticos como los Estados”.³⁵ No obstante el carácter administrativo de los Territorios, López entendía que debían contar con representación parlamentaria, porque ello favorecería su adelanto material y social. La representación que López imaginaba era en la forma de un delegado que tendría voz pero no voto, figura cuya utilidad consideraba demostrada en los Estados Unidos, pero que ya había sido descartada durante el debate parlamentario que dio lugar a la sanción de la ley 1.532.³⁶

Como se puede ver, si bien López tomaba en consideración la riqueza económica, no la consideraba el único factor para determinar el reconocimiento de un Territorio como una nueva provincia. Distinto era, sin embargo, el enfoque que Montes de Oca tenía sobre la cuestión. Por una parte, admitía que, según las estipulaciones de la ley, toda vez que un Territorio alcanzara la cantidad de población prevista en la misma, el Congreso podía ordenar la formación de una nueva provincia.³⁷ A su entender, para llevar adelante tal transformación bastaba con una ley del Congreso, dado que al tratarse de simples dependencias del gobierno nacional, no sería necesario “impetrar el consentimiento de la legislatura que pueda existir, ni del pueblo del territorio”.³⁸ Pero por otro lado, adoptando una mirada muy próxima a la de Estrada, con quien coincidía en que la adopción de un sistema federal en la Argentina había sido una mera imposición de las circunstancias, Montes de Oca postulaba que la calidad de provincia dependía en forma estricta de la capacidad económica: “si un Estado carece de capacidad financiera para gobernarse a sí mismo, no puede ni debe, en términos generales, formar parte como entidad autónoma de un país federativo; debe ser equiparado a los territorios nacionales, y caer bajo jurisdicción directa del gobierno central”.³⁹ De esta manera, la transformación de un Territorio en provincia no debía según Montes de Oca depender de la cantidad de población, sino ante todo de la existencia de la capacidad económica necesaria para sostener su autonomía.

Aun si no ocuparon la cátedra de derecho constitucional en la Universidad de Buenos Aires, los escritos de Rodolfo Rivarola y de José Nicolás Matienzo, dos figuras de considerable influencia en el mundo académico, motivaron resonantes debates sobre el federalismo.⁴⁰ Nin-

³³ Lucio V. López, *Derecho administrativo argentino. Lecciones dadas en la Facultad de Derecho por el profesor de la materia Dr. Lucio V. López*, Buenos Aires, Imprenta de La Nación, 1902, p. 179.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Sobre los motivos de este rechazo, véase Lisandro Gallucci, “La extensión del federalismo sobre el desierto argentino. Los debates parlamentarios en la sanción de la ley de Territorios Nacionales (1884)”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 72, N° 2, 2015, pp. 693-722.

³⁷ Montes de Oca, *Lecciones*, vol. I, p. 283.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 236.

⁴⁰ Darío Roldán, “El debate sobre el federalismo y las opacidades de la política argentina en el Centenario”, en P. Alonso y B. Bragoni (eds.), *El sistema federal argentino. Debates y coyunturas*, Buenos Aires, Edhasa, 2015, pp. 223-249.

gundo dedicó especial atención a los Territorios, pero de sus juicios acerca del estado del régimen federal se desprendían perspectivas disímiles para dichos espacios. En el caso del primero, que proponía la sustitución de dicho régimen por uno de carácter unitario, las gobernaciones no debían bajo ningún aspecto ser convertidas en nuevas provincias. Para el segundo, en cambio, quien reclamaba una recomposición del federalismo que devolviera al gobierno nacional competencias que la reforma de 1860 había cedido a las provincias, los Territorios debían dar lugar a nuevos miembros de dicho régimen, al que no dejaba de concebir como el mejor medio para distribuir las funciones de gobierno de modo tal de satisfacer los intereses locales.

Este apretado repaso por las miradas que diversas figuras del derecho constitucional tenían acerca de los Territorios permite advertir que la mayoría no imaginaba para estos otro destino que el de dar lugar a nuevas provincias. Pero que no dudaran acerca de ese porvenir no implicaba que no lo hicieran en cuanto a la forma de llevar adelante tal cambio de estatus. De esa manera, en lugar de limitarse a señalar lo estipulado en la ley de Territorios, fueron mucho más allá en su interpretación y llegaron a incluir requisitos que no estaban contemplados en la normativa. Aquel que subrayaron con especial énfasis fue el de la capacidad económica, que consideraban imprescindible para asegurar que los Territorios dieran lugar a provincias capaces de mantener su autonomía frente al ascendente poderío de la nación. En esto no solo cabe ver una actitud previsoras en torno al futuro de los Territorios, sino también un diagnóstico bastante sombrío del estado del federalismo argentino, al que consideraban profundamente desvirtuado. Esas críticas, que por cierto se nutrían de una escena política mucho más amplia que la del ámbito universitario, no solo apuntaban contra la creciente concentración de atribuciones en la nación en desmedro de las provincias. También lo hacían contra aquello que veían como uno de los principales factores de descomposición del sistema federal: la escasez de recursos económicos de muchas provincias del interior argentino, que las llevaba a someterse al dictado de los gobiernos nacionales a cambio de los recursos financieros necesarios para sostener su administración o desarrollar obras públicas.

Aun cuando los diagnósticos de Estrada, López o Montes de Oca acerca del estado general del régimen federal no llegaban al punto de recomendar su definitivo abandono, introducían la discusión acerca de la capacidad económica de las provincias como un elemento clave para comprender la desnaturalización de dicho sistema. De allí que insistieran tanto en la cuestión de la capacidad económica de los Territorios, al punto de dejar por completo de lado el requisito de la cantidad de población fijado en la propia ley. Los Territorios podían así ser imaginados como escenarios que podrían servir a una revitalización del federalismo siempre que dieran lugar a provincias cuya prosperidad económica les evitara resignar su autonomía para obtener auxilio en los recursos de la nación. Frente a tal imperativo, la mera cantidad de población aparecía como un criterio equivocado.

Otras miradas sobre los Territorios

¿Hasta qué punto las perspectivas que esos autorizados especialistas ofrecían sobre los Territorios y el federalismo argentino en general resultaron adoptadas por quienes tomaron sus cursos de derecho constitucional? Se trata de una pregunta a la que es muy difícil responder con exactitud, ya que en las décadas aquí comprendidas fueron muy numerosos los estudiantes que pasaron por esas cátedras. Aun con ciertas limitaciones, parece posible brindar una respuesta tenta-

tiva al interrogante a partir del examen de las tesis dedicadas a los Territorios.⁴¹ Cabe destacar que se trata en su totalidad de tesis elaboradas en la Universidad de Buenos Aires –como ya se dijo, la única en la que se elaboraron tesis sobre los Territorios– y con anterioridad a 1915, fecha a partir de la cual la Facultad de Derecho eliminó la obligatoriedad de la tesis para quienes solo buscaban convertirse en abogados sin alcanzar un título doctoral. Aun cuando se trata de un número reducido de tesis, ellas ofrecen un indicio apropiado para evaluar la circulación de nociones acerca de los Territorios entre los profesores y los estudiantes de derecho de aquellas décadas.

La primera de esas tesis fue presentada en 1873 por Francisco Ferreira y Zapata, bajo el patrocinio académico de Onésimo Leguizamón, y llevó el título de “Territorios nacionales”. Como resulta evidente, fue elaborada pocos años antes de la expansión territorial que el país conocería a fines de la misma década, y por supuesto mucho antes de la organización institucional de los Territorios. En su texto, el autor exponía una mirada crítica hacia el desarrollo de las relaciones entre la nación y las provincias, proceso en el que advertía una dinámica de creciente centralización que desvirtuaba el presunto verdadero sentido del federalismo. La premisa de Ferreira y Zapata era que la nación no había de ningún modo preexistido a las provincias, sino que estas habían asumido inicialmente la soberanía, delegando con posterioridad ciertos poderes en un “gobierno general”.⁴² En términos de jurisdicciones territoriales, esto significaba que “todo el territorio del antiguo Virreynato fue desde aquella misma época, propiedad exclusiva de las Provincias”, y que por lo tanto la nación “no ha tenido nunca ni puede tener territorios propios, si no es por cesión voluntaria de las provincias”.⁴³ Desde su mirada, la ley de 1862 que establecía la propiedad nacional de las tierras situadas más allá de los límites de las provincias no expresaba sino el triunfo de “las ideas subversivas del centralismo”,⁴⁴ para peor justificado por figuras de la talla de Dalmacio Vélez Sarsfield y Rufino de Elizalde, quienes respaldaron la aprobación de la normativa. Solo en las últimas páginas de su tesis se ocupaba Ferreira y Zapata de realizar algunas observaciones con respecto al futuro de los Territorios. Aunque para entonces solo existía la gobernación del Chaco, el autor entendía que lo necesario era “preparar esos territorios para que más tarde asuman la personería política que les corresponde”, añadiendo que la nación “no puede negarse a reconocerle su autonomía bajo ningún pretexto, siempre que el pueblo de esos territorios se halle en condiciones de asumir su soberanía”.⁴⁵

Bien distinto era el enfoque que Manuel Ávila Méndez ofreció en su tesis de 1894, a la que tituló “Organización y gobierno de los territorios nacionales”, y en la que fue apadrinado

⁴¹ Aquí se consideran exclusivamente aquellas tesis en Jurisprudencia cuyos títulos hacían explícita referencia a los Territorios, las cuales conforman un conjunto de apenas cinco trabajos entre 1873, cuando se registra la primera, y 1908, a partir del momento en que los tesisistas debieron decidir entre una serie acotada de temas definidos por la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Sin duda, se trata de una proporción minúscula de las alrededor de 110 tesis dedicadas a temas relativos al derecho federal presentadas entre 1873 y 1908, que a su vez representaban una parte muy modesta del total de las más de 2.100 defendidas durante el mismo período. Cf. Candiotti, *Bibliografía*, pp. 783-877. Este dato cuantitativo no debe ser considerado como medida exacta de la relevancia que los Territorios o el propio derecho federal tenían en el ámbito académico. Como se verá más adelante, la propia Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires parece haber intentado promover el interés de los estudiantes por la cuestión de los Territorios, aunque sin demasiado éxito.

⁴² Francisco Ferreira y Zapata, “Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1873, p. 30.

⁴³ *Ibid.*, pp. 35-36.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 58.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 70-71.

por Miguel M. Nougues, quien una década atrás había intervenido como senador en los debates parlamentarios previos a la sanción de la ley 1.532. Las diferencias no solo surgían del hecho de que Ávila Méndez preparó su tesis cuando los Territorios llevaban ya algunos años de vida institucional. Más relevante resulta notar que para los últimos años del siglo XIX ya eran reconocibles los signos de un paulatino distanciamiento respecto de los Estados Unidos como una referencia válida para el federalismo argentino. Con todo, la de Ávila Méndez era una mirada ambivalente en este punto. Por una parte, consideraba necesario otorgar a los Territorios representación en la Cámara de Diputados mediante delegados con voz pero sin voto —medida que el propio Nougues había defendido, sin éxito, en 1884—, afirmando que “así seguiremos a los Estados Unidos en su legislación y en su progreso, [y] convertiremos nuestros desiertos en pueblos ricos y florecientes, educados por la práctica de la libertad en la ley y por el trabajo que fecunda y civiliza, en nuevas Provincias”.⁴⁶ Pero, por otro lado, los Estados Unidos eran presentados como un modelo del cual era necesario tomar distancia. Si bien Ávila Méndez encontraba que la ley 1.532 tenía una de sus fuentes de inspiración en la *Northwest Ordinance* de 1787, enseguida celebraba la decisión de los legisladores de 1884 de apartarse de esta última normativa y de sujetar el reconocimiento de nuevas provincias al estricto cumplimiento de una regla fija. Según Ávila Méndez, “había conveniencia y previsión en establecer una regla fija, obligatoria [...] a fin de que no sucediera entre nosotros lo que en Estados Unidos, que la falta de principios al respecto en sus primeras leyes, diera lugar a que interponiéndose las pasiones políticas en las deliberaciones parlamentarias, hiciera que el partido dominante en las Cámaras elevara a Estados los Territorios que podían servir a sus intereses”.⁴⁷ En este sentido, la guerra civil desatada en los Estados Unidos en la década de 1860 proporcionaba un modelo negativo, del que la Argentina debía apartarse para mantener la unidad y el orden políticos tan trabajosamente conseguidos. Pero no obstante la utilidad que encontraba en esa regla fija, Ávila Méndez juzgaba desacertada la escogida en 1884. De forma coincidente con las críticas de Estrada y de López hacia el criterio demográfico adoptado en la ley 1.532, entendía que “la población por sí sola no basta o prueba la capacidad de un Territorio para ser Provincia autónoma [porque] un Territorio elevado a Provincia con una población inactiva, ociosa y sin los recursos suficientes para costear los gastos que demande su administración, no puede, con ventaja, constituir un mecanismo propio para el ejercicio regular de las funciones federales”.⁴⁸

En 1895, Carlos Galigniana Segura presentó su tesis “Territorios Nacionales”, con José V. Zapata como padrino académico. La conveniencia de un distanciamiento respecto de la doctrina federal norteamericana era allí planteada de manera todavía más explícita. Para Galigniana Segura, no había duda de que “debemos derivar de nuestras propias necesidades y circunstancias la que convenga a los territorios nacionales nuestros, estudiando con detención todos sus detalles y particularidades, que son bien distintas de las que caracterizan a los territorios norteamericanos”.⁴⁹ En lugar de imitar, el legislador debía adaptar las instituciones al medio. Para Galigniana Segura resultaba claro que ese imperativo no se había satisfecho en lo

⁴⁶ Manuel Ávila Méndez, “Organización y gobierno de los territorios nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1894, pp. 54-55.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 33.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 33-34.

⁴⁹ Carlos Galigniana Segura, “Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1895, p. 24.

relativo a los Territorios, espacios que en lo fundamental seguía viendo como desiertos por lo reducido de sus poblaciones y lo magro de sus producciones. En este sentido, su crítica más importante apuntaba contra el criterio demográfico establecido en la ley 1.532 y, en coincidencia con los juicios de Estrada, ponía énfasis en la cuestión de la capacidad económica como respaldo de la autonomía política. Para Galigniana Segura, una aplicación estricta de la ley 1.532, que no prestara atención al grado de cohesión social de la población ni a la capacidad económica del Territorio, comportaba el riesgo de “crear una entidad federal ostensiblemente autónoma, pero sometida y doblegada en realidad a la buena voluntad de aquel que hubiera de suministrarle los recursos indispensables a su existencia”.⁵⁰ El ejemplo más palpable de esa situación lo hallaba en la realidad de varias provincias, “que han venido de largo tiempo figurando en los presupuestos de la Nación como cualquier oficina pública, sostenidas por el gobierno, y aún así mismo incapaces de sostener el régimen federal en que se habían constituido bajo el fastuoso título de Estado federal”.⁵¹ El tema de la pobreza material de algunas provincias, como se vio ya planteado por distintos profesores de la cátedra de Derecho Constitucional, aparecía aun con más vehemencia en la mirada de Galigniana Segura, aunque tampoco lo llevaba a postular la necesidad de reemplazar el federalismo por un régimen de distinto tenor.

Pero donde la tesis de Galigniana Segura se apartaba de las reflexiones de aquellas autorizadas figuras era en lo relativo a la representación parlamentaria de los Territorios. Entre aquellas, solo López sostuvo la conveniencia de establecerla porque veía en ella un instrumento favorable al progreso de dichas gobernaciones. Galigniana Segura coincidía en tal apreciación, entendiendo que esa representación brindaría a los legisladores un mejor conocimiento de las necesidades de aquellas poblaciones. Pero a diferencia de quienes proponían instituir esa representación mediante delegados con voz pero sin voto, postulaba la necesidad de establecerla mediante diputados de plenas facultades. “Formando la población de los territorios nacionales parte del pueblo de la Nación”, sostenía, debía tener los mismos derechos políticos que la del resto del país.⁵² En favor de su argumento, Galigniana Segura señalaba el caso de la Capital Federal, que pese a estar sujeta al gobierno nacional contaba con la representación que se les negaba a los Territorios. Esto lo llevaba a calificar de injusta “esta diferencia entre ciudadanos del mismo país, regidos por las mismas leyes, y para quienes nuestra carta fundamental consagra la más perfecta igualdad”.⁵³ En este sentido, la unidad del pueblo de la nación aparecía como una figura que permitía ir más allá de las prescripciones constitucionales, que reservaban la representación en el Congreso a la capital y a las provincias, y que ninguna de las figuras académicas aquí analizadas ponía en cuestión.

Razonamientos similares al de Galigniana Segura aparecieron en una nueva tesis, titulada “Territorios Nacionales” y escrita en 1900 por Torcuato Villanueva bajo el padrinazgo de Jaime Llavallo. En el texto se dedicaban varias páginas a contrastar los procesos de expansión territorial norteamericano y argentino, para subrayar todo lo que los separaba. Más allá de las divergencias que observaba entre ambos procesos –en el primero simultáneo con el poblamiento, en el otro una avanzada militar que no hizo desaparecer el vacío de población–, identificaba la diferencia primordial en la prelación de la nación argentina respecto de las provincias. Según Villa-

⁵⁰ *Ibid.*, p. 36.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*, p. 54.

⁵³ *Ibid.*, p. 56.

nueva, “entre nosotros no se formó una unión nacional; se constituyó una unión que ya existía, pues la Nación Argentina es una e indivisible desde sus primeras manifestaciones como entidad independiente del Rey de España”.⁵⁴ De esto desprendía que la representación de los Territorios en el Congreso no podía efectuarse en la misma forma que en los Estados Unidos, esto es, mediante un delegado con voz pero sin voto. Mientras que en ese país los estados habían sido las unidades que se confederaron en una nación, lo que había hecho posible que tuvieran una representación imperfecta como la materializada en la figura del delegado, nada de ello resultaba posible en el caso argentino, donde al constituir la nación la unidad originaria, la representación debía consagrar la unidad del pueblo argentino. Esto llevaba a Villanueva a concluir que “en nuestra Constitución no debió haberse limitado la representación en el Congreso al pueblo de la Nación que sea habitante de las provincias y de la Capital, excluyendo al de los territorios nacionales, porque la representación por medio de delegados con derecho de discutir, pero no de votar, no remedia la desigualdad existente”.⁵⁵ Consideraba entonces justo otorgar a los Territorios sus propios diputados, dotados de las mismas atribuciones que las de los elegidos por las provincias. Sin embargo, al reconocer que ese ideal era impedido por las propias disposiciones constitucionales que limitaban esa representación a la Capital Federal y a las provincias, concluía admitiendo que, aunque se trataba de una modalidad insuficiente, la que se podía dar a los Territorios a través de delegados “es de toda necesidad mientras no se reforme la Constitución”.⁵⁶

Otro de los puntos relevantes en la tesis de Villanueva era el relacionado con la transformación de los Territorios en futuras provincias, cambio que no dudaba debía producirse en algún momento. La pregunta era formulada en forma muy directa: “¿conviene establecer una regla general para todos los territorios ó debe dejarse la solución para cada caso particular como se ha hecho en los Estados Unidos?”.⁵⁷ Desde una posición similar a la de Ávila Méndez, Villanueva entendía que una regla fija era útil para evitar que el reconocimiento de los Territorios como nuevas provincias quedara sujeto a las disputas partidarias y/o regionales, como consideraba había sucedido trágicamente en los Estados Unidos. El problema residía, en realidad, en definir qué criterios debían servir de base a dicha regla. En tácito diálogo con las ideas expresadas por Estrada, López y Montes de Oca, Villanueva juzgaba necesario tener en cuenta la capacidad económica de las gobernaciones, ya que “la incapacidad de cubrir el propio presupuesto, colocaría á las nuevas provincias bajo el tutelaje de la Nación”.⁵⁸ Sin embargo, en lugar de descartar como inválido el criterio demográfico de la ley 1.532, Villanueva lo defendía con el argumento de que la capacidad económica podía ser inferida a partir de la cantidad de población. Todavía más, en la presunción de que el régimen federal solo podía beneficiarse con la conversión de los Territorios en nuevas provincias, entendía necesario apresurar dicho proceso reduciendo a cincuenta mil la cantidad de habitantes requerida a tal efecto.⁵⁹

A partir de 1907, la cuestión de los Territorios adquirió un nuevo tenor, ya que ese año un comité formado por vecinos de La Pampa elevó al gobierno nacional la primera de varias peti-

⁵⁴ Torcuato Villanueva, “Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1900, p. 18.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*, p. 21.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 25.

ciones en reclamo del estatus de provincia. Desde entonces, las discusiones en torno a la provincialización de los Territorios perdieron el tono especulativo que las había caracterizado, y pasaron a estar cada vez más influidas por debates políticos más inmediatos acerca de qué se debía hacer con dichos espacios. En 1908 dos diputados nacionales presentaron el primer proyecto de provincialización de una gobernación, la de La Pampa. Este nuevo clima incidió en las miradas que en la propia Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires se tenían sobre los Territorios. Según comentaba Valerio Bonastre al explicar las razones que lo habían llevado a escribir su tesis, titulada “Organización política de los territorios” y defendida en 1908 bajo el padrinazgo de Gustavo Zalduendo, su interés había respondido a la iniciativa de la Facultad de incentivar el estudio de los Territorios, para lo cual sus autoridades habían establecido un premio a la mejor tesis sobre la temática.⁶⁰

La tesis de Bonastre se diferenciaba de las anteriores en que dedicaba mucha menos atención a las discusiones doctrinarias –como las relativas a los orígenes del federalismo argentino–, centrándose en cambio en los efectos que la legislación había tenido sobre los progresos sociales y económicos de los Territorios. Su exposición ofrecía una reseña histórica de aquellas regiones, mediante la que buscaba demostrar cómo, luego de haber estado dominadas por los indígenas durante siglos, habían sido finalmente incorporadas a la civilización por el Estado argentino. No obstante el tono celebratorio con el que se refería a la Conquista del Desierto, encontraba que la condición social y material de los Territorios los mostraba lejos de haber alcanzado los progresos esperados. Según un tópico en boga a comienzos del siglo xx, Bonastre entendía que tras su organización en 1884, los Territorios habían permanecido en un estado de abandono que había obstruido el crecimiento de sus poblaciones y de sus economías. Frente a este escenario, el camino de los Territorios hacia su transformación en nuevas provincias no parecía poder abrirse mediante una ley que “no consulta ninguna aspiración legítima de adelanto ni favorece tendencia alguna de gradual emancipación autonómica”.⁶¹ Así, en lugar de apoyarse en abstractos criterios como el de la mera cantidad de población, el reconocimiento de los Territorios como nuevas provincias debía descansar en una evolución social que no era reductible a una cifra demográfica. Un signo de ese proceso le parecía la existencia, en ciertos Territorios, de “hombres de positivo valor, espíritus reposados, muchos de ellos precursores de los progresos sorprendentes realizados”, que en el caso de ser designados gobernadores podrían lograr aquello para lo que la ley se había mostrado inútil: “acometer la vasta obra de la preparación paulatina de los territorios nacionales a la categoría de provincias, pudiendo además por las especiales condiciones que proporciona la vecindad de largos años, conocer más que nadie sus necesidades más apremiantes, sus anhelos, sus aspiraciones”.⁶²

Más allá de los cambios particulares que Bonastre sugería para el gobierno de los Territorios, sus argumentos mostraban un escaso interés por discusiones de tipo doctrinario acerca del federalismo, y se orientaban en cambio en una dirección de pretensión sociológica que

⁶⁰ Pese a lo mencionado por Bonastre, no ha sido posible identificar otras tesis dedicadas a los Territorios, ni tampoco saber si el premio resultó otorgado o siquiera efectivamente instituido. Cf. Viviana Kluger, “Diez sobresaliente, publicación y premio: las tesis premiadas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (1892-2007)”, *Revista de Historia del Derecho*, N° 42, 2011, pp. 55-87.

⁶¹ Valerio Bonastre, “Organización política de los Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1908, p. 9.

⁶² *Ibid.*, p. 12.

suponía más incisiva para dar cuenta del estado social de aquellos espacios. Con toda la precaución del caso, quizá sería posible reconocer, en la distancia que separa la tesis de Bonastre de las demás aquí analizadas, un signo del creciente interés que entre los estudiantes de derecho despertaban enfoques que apuntaban a la constitución de una ciencia de lo social capaz de ir más allá del marco de las leyes.⁶³

Reflexiones finales

Al observar a quienes se graduaron en derecho en las universidades nacionales entre las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX se advierte que si el interés por temas relativos al derecho constitucional fue minoritario, más reducido aun fue el número de quienes tomaron cuestiones relativas a los Territorios como objeto de sus tesis. Pese a su modesta magnitud, las tesis dedicadas a estos espacios ofrecen algunos indicios valiosos para reflexionar en torno a los modos en que eran concebidos en el ámbito del derecho y para considerar, a partir de ello, dos aspectos en estrecha relación. Por un lado, la medida en que las nuevas generaciones de graduados en derecho reproducían las miradas que sobre los Territorios en particular y el federalismo en general les fueron brindadas durante su educación universitaria. Por otro lado, la posible incidencia de esa formación profesional en la trayectoria institucional de los Territorios, que pese a lo previsto en la normativa no fueron convertidos en nuevas provincias sino a mediados del siglo XX.

En cuanto a lo primero, se pudo observar que el tratamiento que en dichas tesis se hizo del federalismo da cuenta del creciente distanciamiento respecto de la experiencia estadounidense como modelo de referencia válido para la Argentina, lo cual comprueba el predominio que desde las décadas de fines del siglo XIX alcanzaron los enfoques locales y de cuño histórico suscritos por muchas de las más destacadas figuras en materia de derecho constitucional. No obstante, también se pudo advertir que las consideraciones que los autores de las tesis aquí analizadas realizaron acerca de los Territorios no siempre se limitaron a reproducir los juicios expuestos por sus profesores o por los autores de las obras de referencia en materia constitucional y federal. Así ocurrió por ejemplo con el problema de la definición de las condiciones determinantes de la calidad provincial, ya que si la fórmula demográfica presente en la normativa se convirtió en objeto de un generalizado descrédito, hubo opiniones muy diversas en cuanto a los criterios propuestos para regular aquella transformación. Algo similar ocurrió con la formulación de diseños institucionales que permitieran subsanar lo que distintos observadores señalaban como un déficit de representación de los Territorios, en torno a lo cual tampoco hubo posturas coincidentes, dado que si algunos apostaban por la representación parlamentaria, otros la desestimaban como contraria a los preceptos constitucionales.

En lo que respecta al segundo aspecto, es necesario advertir, siguiendo lo postulado por Buchbinder,⁶⁴ la importancia que los estudios universitarios adquirieron en la formación de las élites políticas argentinas desde las décadas finales del siglo XIX, no solo como ámbito de socialización de quienes se incorporaban así a las mismas, sino además como expresión de las trans-

⁶³ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE, 2008.

⁶⁴ Buchbinder, "Formación".

formaciones que por entonces atravesaban las prácticas organizadoras de la vida política y las representaciones sociales acerca de ella. En la Argentina, como en otros regímenes representativos de la misma época, la profesionalización de la actividad política constituyó una de las novedades más claramente percibidas por los contemporáneos, y la posesión de títulos profesionales cobró el valor de una credencial de capacidad para asumir la función representativa. Según mostró Cantón en su estudio sobre el Congreso argentino, en 1889 el 50% de los diputados y el 69% de los senadores contaba con educación universitaria completa, mientras que para 1916 esos porcentajes eran del 72% y del 80% respectivamente. Si se añaden los casos de quienes para 1916 tenían estudios universitarios incompletos —el 7% de los diputados y el 12% de los senadores—, es posible comprobar la importancia que la educación universitaria había adquirido entre los legisladores argentinos. En particular, la carrera de derecho tenía un peso abrumador. Quienes habían estudiado leyes representaban en 1889 el 84% de los diputados y el 85% de los senadores, mientras que en 1916 constituían el 74% y el 86% respectivamente.⁶⁵

Entre los autores de las tesis aquí analizadas, sólo Galigniana Segura llegó a ocupar bancas en el Congreso.⁶⁶ Pero aun si no todos tuvieron actuación parlamentaria, sus consideraciones acerca de los Territorios son indicativas de las miradas que al menos parte de los nuevos profesionales de la ley tenían acerca de dichos espacios y, por las razones antes señaladas, pueden ser también contempladas como ilustrativas de los juicios que sobre dichos espacios podían tener muchos de los legisladores del Congreso, cuyas posiciones sobre la cuestión resultan muy difíciles de determinar, ya sea porque nunca formularon proyectos de ley relativos a la misma, o bien porque no intervinieron en los debates que sobre el tema se desarrollaron en la institución. Dar minuciosa cuenta de las posturas que ante la cuestión de los Territorios asumieron los legisladores exigiría contemplar sus pertenencias partidarias, como también los alineamientos que adoptaron en la interacción entre gobiernos nacionales y provinciales, todo lo cual es materia de futuros estudios. De cualquier manera, es necesario subrayar que no es posible dar ningún paso en la reconstrucción de esos posicionamientos sin antes comprender adecuadamente cuáles eran las representaciones que esos legisladores tenían acerca de los Territorios y desde qué perspectivas académicas elaboraron sus opiniones sobre la condición institucional de dichos espacios. Los indicios que surgen de este estudio invitan a problematizar la cuestión de los Territorios, para superar aquellos enfoques que se limitan a señalar una vaga voluntad excluyente que sería a su vez un perfecto reflejo de una etapa supuestamente restrictiva de la vida política argentina. Si las miradas de quienes transitaron la carrera de derecho echan alguna luz sobre las que se tenían en niveles menos visibles de los planteles políticos, parece posible entender que si los Territorios no fueron convertidos en provincias apenas superaron la cantidad de población prevista en la normativa, fue precisamente porque la seriedad con la que contemplaban esa transformación los llevaba a suscribir el rechazo hacia aquella fórmula demográfica que, como se pudo comprobar, estaba ampliamente generalizado en el

⁶⁵ Darío Cantón, *El parlamento argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Cantón, 1966, pp. 38-40. La disminución del porcentaje en el caso de los diputados refleja la diversificación de la oferta académica que tuvo lugar en los primeros años del siglo xx, gracias a la creación de nuevas universidades y a la apertura de nuevas carreras.

⁶⁶ Además de haber sido diputado nacional por Mendoza en dos oportunidades (1907-1910 y 1910-1914), fue gobernador de la misma provincia entre 1904 y 1907, con una breve interrupción provocada por la revolución radical de 1905.

ámbito académico del derecho constitucional. En resumen, esta indagación sobre las ideas que en torno al federalismo y a la propia condición provincial circulaban en la enseñanza universitaria del derecho entre fines del siglo XIX y comienzos del XX no solo invita a explorar los cambios experimentados por tales ideas en tales recintos durante las décadas posteriores y los modos en que todo ello incidió en la historia política de los Territorios, sino que también sugiere la posibilidad de abrir a un abordaje intelectual al mundo de aquellos actores que, desde ámbitos acaso menos visibles a las miradas públicas, contribuyeron a dar a las instituciones jurídicas y políticas formas y usos inclusive discrepantes con aquellas legalmente prescritas. □

Bibliografía

- Agüero, Alejandro, “Autonomía por soberanía provincial. Historia de un desplazamiento conceptual en el federalismo argentino (1860-1930)”, *Quaderni Fiorentini*, N° 43, 2014, pp. 341-392.
- Ávila Méndez, Manuel, “Organización y gobierno de los territorios nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1894.
- Bonastre, Valerio, “Organización política de los Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1908.
- Botana, Natalio, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- Bragoni, Beatriz y Eduardo Míguez, “De la periferia al centro: la formación de un sistema político nacional, 1852-1880”, en B. Bragoni y E. Míguez (eds.), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 9-28.
- Buchbinder, Pablo, “Formación de sectores dirigentes y controversias políticas en el ámbito universitario: el caso de las facultades de Derecho, 1890-1912”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 37, 2012, pp. 115-142.
- , *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Candioti, Marcial R., *Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires y catálogo cronológico de las tesis en su primer centenario: 1821-1920*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1920.
- Cantón, Darío, *El parlamento argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Cantón, 1966.
- Chiaromonte, José Carlos y Pablo Buchbinder, “Provincias, caudillos, Nación y la historiografía constitucionalista argentina (1853-1930)”, *Anuario IEHS*, N° 7, 1992, pp. 93-120.
- Cucchi, Laura y Ana Leonor Romero, “El ‘modelo’ norteamericano en la reglamentación de las intervenciones federales en la Argentina decimonónica. Debates en el Congreso Nacional (1869 y 1894)”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 74, N° 2, 2017, pp. 615-642.
- Del Valle, Aristóbulo, *Nociones de Derecho Constitucional. Notas tomadas de las conferencias del Dr. A. del Valle*, vol. II, Buenos Aires, s/d, 1895.
- Estrada, José Manuel, *Curso de derecho constitucional, federal y administrativo. Conferencias dadas en la Universidad de Buenos Aires en los años 1877, 1878 y 1880*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1895.
- , *Curso de Derecho Constitucional. Conferencias del señor D. José Manuel Estrada en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1877.
- Ferreira y Zapata, Francisco, “Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1873.
- Galigniana Segura, Carlos, “Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1895.

Gallo, Ezequiel, *Alem. Federalismo y radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Gallucci, Lisandro, “La extensión del federalismo sobre el desierto argentino. Los debates parlamentarios en la sanción de la ley de Territorios Nacionales (1884)”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 72, N° 2, 2015, pp. 693-722.

Goldman, Noemí y Ricardo Salvatore (comps), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Kluger, Viviana, “Diez sobresaliente, publicación y premio: las tesis premiadas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (1892-2007)”, *Revista de Historia del Derecho*, N° 42, 2011, pp. 55-87.

López, Lucio V., *Curso de Derecho Constitucional. Extracto de las conferencias dadas en la Universidad de Buenos Aires por el Doctor Lucio V. López*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1891.

———, *Derecho administrativo argentino. Lecciones dadas en la Facultad de Derecho por el profesor de la materia Dr. Lucio V. López*, Buenos Aires, Imprenta de La Nación, 1902.

Montes de Oca, Manuel Augusto, *Lecciones de Derecho Constitucional. Notas tomadas de las conferencias del doctor M.A. Montes de Oca*, vol. I, Buenos Aires, s/d, 1910.

Ramos Mejía, Francisco, *El federalismo argentino. Fragmentos de la historia de la evolución argentina*, Buenos Aires, Lajouane, 1889.

Roldán, Darío, “El debate sobre el federalismo y las opacidades de la política argentina en el Centenario”, en P. Alonso y B. Bragoni (eds), *El sistema federal argentino. Debates y coyunturas*, Buenos Aires, Edhasa, 2015, pp. 223-249.

Ruffini, Martha, “Federalismo y ciudadanía política en la mirada de los juristas argentinos sobre los territorios nacionales”, *Revista Nordeste*, 2ª época, N° 26, 2007, pp. 3-22.

Sabato, Hilda y Marcela Ternavasio, “De las Repúblicas rioplatenses a la República Argentina. Debates y dilemas sobre la cuestión republicana en el siglo XIX”, en P. González Bernaldo de Quirós (ed.), *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones*, Buenos Aires, FCE, 2015, pp. 237-272.

Tanzi, Héctor José, “La enseñanza del Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires”, *Academia. Revista sobre enseñanza del Derecho*, año 9, N° 17, 2011, pp. 85-112.

Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE, 2008.

Villanueva, Torcuato, “Territorios Nacionales”, tesis doctoral en Jurisprudencia, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1900.

Zimmermann, Eduardo, “Centralización, justicia federal y construcción del Estado en la organización nacional”, *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, N° 46, 2007, pp. 265-292.

———, “Soberanía nacional-soberanías provinciales ante la Corte Suprema de Justicia. Argentina, siglo XIX”, *Estudios Sociales*, año XXV, N° 48, 2015, pp. 11-37.

———, “Translations of the ‘American Model’ in Nineteenth Century Argentina: Constitutional Culture as a Global Legal Entanglement”, en T. Duve (ed.), *Entanglements in Legal History: Conceptual Approaches*, vol. I, Frankfurt, Max Planck Institute for European Legal History, 2014, pp. 385-425.

Resumen / Abstract

Transmisiones y adaptaciones del federalismo. El tratamiento del régimen de los Territorios Nacionales en la enseñanza del derecho constitucional en la universidad argentina

Este artículo estudia las concepciones de federalismo presentes en la enseñanza universitaria del derecho constitucional en la Argentina durante la época de su institucionalización académica, a partir del tratamiento que desde dicho campo se dio a un objeto de aparición contemporánea: los Territorios Nacionales. Sujetos al control directo del Estado federal, esos espacios debían según la normativa dar lugar a nuevas provincias. Esto significó un desafío inédito para el joven Estado argentino, que concitó la atención de diversas autoridades del derecho constitucional, tanto en sus publicaciones como en la cátedra universitaria. Sin embargo, no se trata solo de dar cuenta de esas posiciones académicas sino también de las adaptaciones que de ellas hicieron figuras menos destacadas del campo del derecho. Con especial atención a una serie de tesis en derecho que tuvieron por tema los Territorios, y a partir de la relación de ellas con los cursos de derecho constitucional impartidos en las universidades, este estudio propone considerar la posibilidad de que la formación en derecho recibida por la gran mayoría de los políticos del período moldeara sus miradas sobre los Territorios, lo que contribuye a entender por qué fueron convertidos en provincias recién a mediados del siglo xx.

Palabras clave: Argentina - Federalismo - Derecho Constitucional - Territorios Nacionales - Universidad

Fecha de recepción del original: 21/12/2017

Fecha de aceptación del original: 4/4/2018

Transmissions and Adaptations of Federalism. The Treatment of the Regime of the National Territories in the University Teaching of Constitutional Law in the Argentine University

This paper studies the conceptions of federalism present in the university teaching of Constitutional Law in Argentina during the time of its academic institutionalization. The analysis is based on the treatment that, in that field, was given to an object of contemporary appearance: the National Territories. According to the norm, these spaces, initially under the direct control of the Federal State, should give place to new provinces. Subjected to direct control of the Federal State those spaces were supposed to give place to new provinces, according to the norm. This meant an unprecedented challenge for the young Argentine State, calling the attention of different authoritative figures in constitutional law in both their publications and university classes. However, this paper not only aims to give an account of those academic statements but also of their adaptations by less known figures of the field of law. With special regard to a series of doctoral dissertations in Law which had Territories as their subject and setting them in rapport with Constitutional Law university courses, this study proposes to consider the possibility that the education in Law a large majority of politicians had may have influenced their views about Territories, all of which contributes to understanding why these were converted into provinces at mid-xxth Century.

Key Words: Argentina - Federalism - Constitutional Law - National Territories - University

José Imbelloni y la formación de un lectorado americanista

Alejandra Mailhe

CONICET/UNLP

Este artículo se centra en la “Biblioteca Humanior del americanista moderno”, el proyecto editorial dirigido por José Imbelloni, e inaugurado en 1936 con la publicación de *Építome de culturología*. Teniendo en cuenta puntos de contacto y tensiones con otros discursos sociales contemporáneos, y centrándose especialmente en el *Libro de las Atlántidas* (editado por Imbelloni y Armando Vivante en 1939), este trabajo se pregunta a quiénes interpela Imbelloni como posibles lectores, qué concepto de americanismo forja, y cómo define la antropología como disciplina, y a las alteridades sociales como objeto de estudio.

Imbelloni se empeña en la tarea de profesionalizar la disciplina antropológica en el país en un período en que crece la especialización, como superación progresiva del viejo autodidactismo, en parte gracias a la llegada de investigadores extranjeros.¹ Esta voluntad de profesionalización se despliega sobre el marco de un amplio proceso de democratización cultural, perceptible tanto en la exitosa alfabetización masiva llevada a cabo en entresiglos, como en las demandas de inclusión cultural implícitas en la Reforma Universitaria de 1918. La biblioteca

¹ Nacido en Italia en 1885, Imbelloni estudia Medicina en la Facultad de Perugia. En su juventud, permanece en la Argentina algunos años, como corresponsal de un diario italiano. En esta etapa produce algunos trabajos de corte netamente positivista y a favor de la guerra, inspirados en el neodarwinismo social, en los cuales la guerra se justifica como parte de la lucha por la vida. Imbelloni regresa a Italia para alistarse como voluntario en la Primera Guerra Mundial, y en pleno auge de las doctrinas racialistas (y en los albores del ascenso del fascismo) emprende estudios en Ciencias Naturales y en Antropología en la Universidad de Padua, doctorándose en 1920 con la tesis “Introduzioni a nuovi studi di cranitrigonometria”. En 1921 retorna a la Argentina, donde gana por concurso el puesto de profesor suplente de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), además de vincularse al Museo Etnográfico desde 1922 como encargado de investigaciones antropológicas. Entre 1921 y 1930 se desempeña como profesor de Historia Antigua en la Universidad de Paraná. Desde 1939 es profesor titular en la cátedra de Antropología, en la UBA. En 1946, con el advenimiento del peronismo, ocupa el puesto de director del Museo Etnográfico, cuando Francisco de Aparicio es exonerado de ese cargo. Además, en 1947 el Gobierno Nacional lo nombra director del recientemente creado Instituto de Antropología, también dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras. Los documentos de Imbelloni conservados en el Museo Etnográfico dejan entrever la sólida red de vínculos institucionales que confirman la centralidad nacional del director de la biblioteca Humanior. Con el golpe de 1955 y la consecuente intervención de las universidades, Imbelloni es apartado de sus cargos, como parte del proceso de desperonización, y cumple sus últimos años de docencia en la Universidad del Salvador. Sobre la profesionalización de la antropología en la Argentina, véase Leonardo Fígali, “Origen y desarrollo de la antropología en la Argentina”, en *Anuario de estudios de antropología social*, Buenos Aires, IDES, 2004. Sobre el itinerario y la obra de Imbelloni en particular, véase Sergio Carrizo [2000], “José Imbelloni, entre la antropología y la historia”, tesina de grado, Facultad de Filosofía y Letras, UNT (mimeo).

Humanior, fundada por Imbelloni en 1936 y basada en el método histórico-cultural germánico,² responde a estas nuevas condiciones, en la medida en que busca difundir la antropología profesional pero interpelando a un público culto, universitario, recientemente consolidado sobre la base de este proceso profundo de ampliación del lectorado (en coincidencia con la ampliación paralela del electorado). Desde allí, promete situar la antropología en una posición de privilegio, incluso como discurso rector para definir la identidad nacional y continental, afirmandose en un americanismo científico que le disputa legitimidad a otros discursos sociales.³

El americanismo científico como proyecto editorial

Imbelloni concibe la biblioteca Humanior con un carácter orgánico, como formadora global del “americanista moderno”, probablemente para mitigar la ausencia de carreras de antropología, generando condiciones para la creación de las mismas al fomentar una suerte de profesionalización informal de los *amateurs*.⁴ Ese esfuerzo de profesionalización es paralelo al proceso desplegado por entonces por la historiografía argentina, a través de la “Nueva escuela histórica” de Emilio Ravignani, Rómulo Carbia, Ricardo Levene y Diego Molinari, entre otras figuras.

En este contexto, Humanior se disputa el público con varias colecciones nacionales e internacionales, forjadas desde otras disciplinas. De hecho, en la introducción general a la biblioteca, Imbelloni advierte que su preparación “fue decidida en 1931 y su primer tomo publicado en 1936” para competir “con por lo menos cuatro iniciativas distintas de publicar colecciones de obras destinadas a América”.⁵ Aunque no especifica a qué proyectos se refiere (y, de este modo, parece cuidarse de no difundirlos), confía en que se trata de empresas culturales con materia y

² El método histórico-cultural de Robert Fritz Graebner, Leo Frobenius y Wilhelm Schmidt (entre otros autores) explica los cambios culturales como resultado de experiencias de contactos y de difusión. Para ello, se centra en demostrar la existencia de ciclos culturales que evidencian esos contactos como trasplantes, motivo por el cual el enfoque es fuertemente comparatista, además de crítico del evolucionismo.

³ En el trabajo apelamos a la noción de “discurso social” en Marc Angenot, *El discurso social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010. Desde esta perspectiva teórica, los discursos sociales, en la sincronía, se revelan como atravesados por profundas disputas en las que se busca imponer significados “legítimos”, en el marco de lo que Angenot define como “lucha por la hegemonía discursiva”.

⁴ Para una breve historia de las instituciones vinculadas a la antropología, y una periodización del proceso de consolidación de esta disciplina en la Argentina, véase –entre otros autores– Leonardo Fígoli, “Origen”. Este autor destaca la consolidación de esa disciplina, a inicios del siglo XX, a partir de la creación de una cultura científica en torno al Museo Etnográfico, el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires y el Museo de La Plata (los cuales, articulados con las universidades, crean una mirada antropológica especializada, en respuesta crítica al viejo didactismo). Poco después, la llegada de investigadores extranjeros como el propio Imbelloni (además de Oswald Menghin, Alfred Métraux, Branimiro Males o Marcelo Bórmida, entre otros) profundiza esa profesionalización incipiente. Cabe destacar que, tal como recuerda Axel Lázari (“Antropología en el Estado: el Instituto Étnico Nacional”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004), en la Argentina de los años treinta y cuarenta los antropólogos no son más de 30 personas, dada la inexistencia de carreras de Antropología (por ejemplo, en la UNLP esta carrera se funda recién en 1957, y en la UBA en 1958). Según Irina Podgorny (“Antigüedades incontroladas”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales*, esta fragilidad de la antropología en el medio universitario convive con el apoyo dado por el Estado a través de subsidios. Podgorny insiste además en presentar este espacio disciplinar, aun en las primeras décadas del siglo XX, como un campo constantemente intervenido por intelectuales de otras áreas y con una formación académica desigual.

⁵ José Imbelloni, *Epítome de culturología* [1936], Buenos Aires, Nova, 1953, p. 7. Esta introducción general es editada primero como folleto: “Humanior. Biblioteca del Americanista moderno. Introducción general” (folleto), Buenos Aires, José Anesi, 1936.

finalidad divergentes respecto de la suya. De cualquier modo, su afirmación pone en evidencia la conciencia del director sobre la competencia en el mercado, entre propuestas americanistas de diversa índole. Además, “la colección Humanior no quiere ser una biblioteca de síntesis histórica”; es probable que esa observación tenga en la mira, entre otras fuentes, la *Historia de la nación argentina*, editada por Levene desde 1936 (el mismo año en que se inicia Humanior),⁶ y en cuyo primer volumen (“Tiempos prehistóricos y protohistóricos”) colabora el propio Imbelloni, con un capítulo sobre lenguas americanas y otro sobre culturas aborígenes de la Patagonia.

El plan general de la biblioteca (que es ambiciosa y detalladamente planeado *ab origine*, desde la edición del primer volumen, sobre la base de treinta títulos) aspira a ofrecer una formación antropológica no solo a los intelectuales en proceso de profesionalización como antropólogos, sino también a un público culto y/o universitario más amplio, para sensibilizarlo respecto del legado arqueológico americano, respecto del legado racial indígena del país y del continente, y respecto del folclore vivo, entre otros temas.⁷

Aunando el conocimiento del pasado y el de la modernidad, para forjar un “nuevo Humanismo” (en el que resuenan elementos spenglerianos y vitalistas, en auge en la década del treinta), la colección despliega diversas estrategias para la interpelación de un doble lectorado (del estudioso y del público más amplio) que se solapa con el que ha recepcionado textos de Ricardo Rojas como *Eurindia* (1922) o el *Silabario de la decoración americana* (1930), ensayos que buscan modelar el criterio estético de las capas medias argentinas, apuntando a su apertura hacia el mestizaje y el indigenismo. Aunque aspira a una legitimación científica (enfrentada por ende al impresionismo hermenéutico y esotérico de Rojas), Imbelloni interpela a ese mismo lectorado culto que, bajo la coyuntura de la Reforma Universitaria, manifiesta en la Argentina cierta inclinación por los temas del americanismo, aunque aquí la vertiente vinculada al indigenismo sea más marginal que en otros contextos latinoamericanos, dado el predominio de un punto de vista eurocéntrico en la definición de la identidad nacional. Por ello, la colección Humanior puede entenderse como expansión de la americanística en el mercado masivo, y a la vez como disputa agresiva de los sentidos epistemológicos, disciplinares y políticos contenidos en el amplio marco de los americanismos.

Ya en la introducción general a la colección, que se edita en 1936 como folleto, Imbelloni presenta el proyecto general de toda la biblioteca, dividida en cinco secciones (Propedéutica, Razas y migraciones, Patrimonio cultural indiano, Protohistoria y descubrimiento, y Culturas de la Argentina), con los títulos de todos los volúmenes prefigurados, y creando un sistema de clasificación de letras y números para reforzar así el efecto de sistematicidad científica. Ese cuadro clasificatorio se repite en la contratapa de casi todos los tomos editados.⁸

La primera sección (Propedéutica) constaría de seis títulos dedicados a crear las bases teóricas de futuras investigaciones, centradas en nuevos objetos; sin embargo, de esta sección

⁶ Véase Ricardo Levene, *Historia de la nación argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1936-1950.

⁷ La consideración del contenido y de algunos dispositivos formales de la edición de la Biblioteca Humanior se inspira en trabajos recientes sobre la historia del libro y la edición, como el volumen de Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, aunque la meta de nuestro trabajo es más modesta y no se centra exclusivamente en esta perspectiva teórico-metodológica.

⁸ Véase José Imbelloni, “Humanior. Biblioteca del Americanista moderno. Introducción general” (folleto), Buenos Aires, José Anesi, 1936.

finalmente solo se editan dos títulos: *Epítome* (de Imbelloni, en 1936) y *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico* (de Imbelloni y Alfredo Dembo, en 1938).⁹ La segunda sección (Razas y migraciones) estaría formada por cinco títulos, de los cuales solo se edita el *Libro de las Atlántidas* (de Imbelloni y Armando Vivante, en 1939). La tercera sección (Patrimonio cultural indiano) incluiría siete libros, de los que solo se publica *Medicina aborigen americana* (de Ramón Pardal, en 1937).¹⁰ La cuarta sección (Protohistoria y descubrimiento) contendría seis títulos, de los cuales solo se edita *Pachacuti IX: el incario crítico* (de Imbelloni, en 1946).¹¹ La última sección (Culturas de la Argentina) contendría otros seis títulos, de los que finalmente solo sale a la luz el último, titulado *Folklore argentino*, dividido en dos partes: *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, de Imbelloni, en 1943, y *Folklore argentino*, en 1959, incluyendo la reedición de *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, además de la colaboración de varios autores en otras secciones del volumen.¹²

Diversos factores parecen haber incidido en la imposibilidad de completar la colección. Desde el punto de vista económico, a diferencia de los proyectos editoriales que Imbelloni coordina como director del Museo Etnográfico, financiados por la UBA, Humanior parece depender exclusivamente de su venta en librerías, lo que la convierte en una empresa cultural demasiado osada, sobre todo teniendo en cuenta el círculo aún reducido de los universitarios humanistas a los que busca interpelar, y la relativa marginalidad de la antropología entre los discursos identitarios forjados en la Argentina.¹³ También puede haber jugado un papel importante la falta de autores disponibles para consagrarse a la escritura de libros tan voluminosos y tan ajustados a un tema y un marco teórico específicos. En este sentido, es posible pensar en una suerte de círculo vicioso, ya que la colección busca combatir la falta de investigaciones locales (que se adecuen a la Escuela histórico-cultural), pero parece tropezar con dificultades para reclutar a pares como colaboradores, dadas las tomas de posición teórica, política y disciplinar tan particulares de parte de su director. Así, su centralidad creciente, como figura hegemónica en el campo antropológico, termina siendo reforzada por su omnipresencia como autor de casi toda la colección que dirige,¹⁴ poniendo en evidencia el carácter excesivo de una em-

⁹ José Imbelloni y Alfredo Dembo, *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*, Buenos Aires, José Anesi, Biblioteca Humanior, 1938.

¹⁰ Ramón Pardal, *Medicina aborigen americana*, Buenos Aires, José Anesi, Biblioteca Humanior, 1937.

¹¹ José Imbelloni, *Pachacuti IX. El incario crítico*, Buenos Aires, Humanior/Nova, Biblioteca Humanior, 1946.

¹² Véanse José Imbelloni, *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, Buenos Aires, Humanior, Biblioteca Humanior, 1943, y José Imbelloni, Bruno Jacovella, Susana Chertudi *et al.*, *Folklore argentino*, Buenos Aires, Nova, Biblioteca Humanior, 1959 (los autores convocados para este volumen participan del Instituto Nacional de la Tradición, dirigido por Juan A. Carrizo entre 1943 y 1955, y luego forman parte del Instituto Nacional de Filología y Folklore, entre 1955 y 1959).

¹³ Cabe aclarar además que en la edición de la colección Humanior ocurren varios cambios editoriales, que dan cuenta de la inestabilidad relativa del proyecto. Si los primeros volúmenes se editan por José Anesi, un sello editorial orientado sobre todo al público escolar, impulsado por José Anesi (miembro de la Sociedad Argentina de Antropología, y editor de la *Revista Geográfica Americana*), a partir de *Concepto y praxis...* aparece por primera vez la rúbrica de "Editorial Humanior", con la distribución de Joaquín Torres. Esa rúbrica se mantiene en *Pachacuti IX*, aunque ahora se detalla que la editorial es Nova. El último volumen, *Folklore argentino*, es publicado por Nova y ya sin el sello de la "Editorial Humanior".

¹⁴ Resulta difícil iluminar los criterios a partir de los cuales Imbelloni convoca a otros colaboradores, tanto para el plan pergeñado a priori como para la ejecución final del mismo. En principio, parece haber invitado a figuras prestigiosas del americanismo europeo (por ejemplo, en el *Libro de las Atlántidas* advierte que el profesor Konrad Th. Preuss, director del Museo Etnográfico de Berlín, se había comprometido a escribir el volumen dedicado a religiones

presa prácticamente centrada en un solo nombre.¹⁵ En definitiva, de los treinta libros planeados, Imbelloni solo edita siete, de los cuales seis lo tienen como autor o coautor. Esa centralidad del director es subrayada por la relación de maestro/discípulo que mantiene con sus colaboradores Dembo, Vivante y Pardal.

Además, a medida que se editan los tomos, Imbelloni agrega algunos dispositivos (como la cita y la recomendación de lectura de los textos que ya han salido, o de los que planea editar), reforzando el sentido didáctico y el criterio de unidad orgánica de la biblioteca, para convertirla en un verdadero plan de estudios, probablemente buscando subsanar la ausencia de cursos universitarios.¹⁶

A la vez, las portadas de los volúmenes mantienen cierta unidad, con un diseño sobrio que evidencia la modernidad y el carácter científico de la colección: cada tapa es encabezada por la frase “HUMANIOR. Biblioteca del americanista moderno. Dirigida por el Dr. Imbelloni”, y contiene el diseño de un objeto antropológico diferente en cada caso, siempre sustraído de su contexto de uso, para convertirse en símbolo del libro, lo que da identidad gráfica a la biblioteca.

Siete libros en busca de un lector

Ahora bien, creo que vale la pena recorrer brevemente el derrotero de este proyecto editorial, muy poco considerado por la crítica previa, bajo la guía de algunas preguntas inspiradas en tópicos clave de la actual historia del libro y la edición. En este sentido, quisiera preguntarme a quiénes está destinada esta colección de eruditos y gruesos volúmenes, ilustrados con diseños y fotografías e insertos en un plan tan abarcador y sistemático; quiénes son los “americanistas modernos” a los que se dirige, y si preexisten a la biblioteca o deben ser creados por esta. Tal como se advierte en la introducción general, Humanior busca interpelar a un público culto universitario, y especialmente formado en Humanidades, más sensible a reconocer la importancia cultural del americanismo, aunque no restringido al círculo acotado de los “especialistas”. En este sentido, es probable que se asiente implícitamente en el terreno preparado por algunos ensayos previos que, incluso fuera del campo antropológico en formación, valoran el folclore y el legado arqueológico indígena, dirigiéndose a un público masivo. Tal es el caso, por ejemplo, de los textos de Ricardo Rojas, de Ernesto Quesada (circunstancialmente indigenista durante su recepción de la obra de Oswald Spengler),¹⁷ o luego de Bernardo Canal

de América, aunque Preuss muere en 1938, antes de concretar ese proyecto; José Imbelloni, *Libro de las Atlántidas*, Buenos Aires, José Anesi, Biblioteca Humanior, 1939, pp. 25-26).

¹⁵ A la vez, si se observan las fechas de los volúmenes de Humanior, es claro que la biblioteca merma justamente cuando Imbelloni asume la dirección del Instituto de Antropología e inicia la edición de la revista especializada *Runa*. En este sentido, es posible pensar que la conquista –acaso imposible– que se propone Humanior, sobre el lectorado ampliado, es sustituida por el objetivo más mesurado de consolidar el círculo de los especialistas.

¹⁶ Además de reforzar la unidad didáctica de la colección, varias de estas referencias cruzadas subrayan el papel fundacional de *Építome* con respecto a la introducción de la escuela histórico-cultural en la Argentina y en América Latina. Así, por ejemplo, el epílogo del *Libro de las Atlántidas* incita al lector a volver sobre el primer volumen de la colección, para dimensionar la renovación teórica que propone ese libro pues, gracias a él, “los lectores de Humanior ya conocen en sus rasgos esenciales el patrimonio de este ciclo [protohistórico]” (Imbelloni, *Libro de las Atlántidas*, p. 382).

¹⁷ Al respecto véase Ernesto Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo” (folleto), *Humanidades*, La Plata, UNLP, 1926.

Feijóo (quien apela tempranamente al psicoanálisis para analizar las significaciones inconscientes contenidas en el folclore).¹⁸ Aunque desplieguen itinerarios intelectuales diversos, en conjunto estos autores valoran el folclore y el legado arqueológico indígena, y se dirigen a un público masivo, tendiendo a cultivar en él esa sensibilidad americanista (disonante respecto de los discursos –hasta entonces hegemónicos– centrados en la modernización eurocéntrica del país como modelo identitario).

Al mismo tiempo, es necesario considerar el papel relevante que juega la antropología en las publicaciones periódicas, al menos desde los años veinte, al crear condiciones favorables para un pacto de lectura como el que pretende instaurar Humanior con respecto al lectorado ampliado. En efecto, desde estos años la antropología en general, y la arqueología en particular, gravitan en varios periódicos y revistas culturales del país. Así, por ejemplo, mientras Rojas edita *Eurindia* en *La Nación* a lo largo de 1922, *La Prensa* ayuda a crear una sensibilidad indigenista y arqueológica en ese nuevo público culto de las capas medias, pues en su suplemento dominical suelen colaborar figuras nacionales (tales como Robert Lehmann-Nitsche o Carlos Vega), con breves notas de difusión sobre temáticas de interés arqueológico, etnológico y folclorista, al tiempo que autores extranjeros, sobre todo vinculados al indigenismo peruano (como Luis Valcárcel, José Sabogal y José Uriel García), o representantes de la antropología europea radicados en la Argentina (como Alfred Métraux) difunden hallazgos arqueológicos o analizan el legado cultural amerindio en el presente.

Imbelloni tiene una presencia constante en la sección “Colaboraciones” que integra el suplemento dominical de *La Prensa*, entre 1922 y 1926:¹⁹ en este período, tras su reciente retorno a la Argentina, y acompañando sus primeros pasos en el mundo académico local, publica notas sobre arqueología etrusca y egipcia, sobre pintura rupestre en Córdoba, sobre el pueblo semita y el contenido etnográfico de la Biblia, sobre Tiahuanaco, e incluso sobre temas afines a *La esfinge indiana*, un año antes de la edición de este libro. A menudo aborda un mismo problema en una secuencia de varios artículos, captando así de forma sostenida la atención de ese lectorado masivo; explica didácticamente técnicas complejas de la investigación arqueológica (por ejemplo, para la reproducción de pinturas rupestres que no pueden ser fotografiadas);²⁰ incorpora algunas primicias científicas aún no difundidas en los medios académicos,²¹ o arremete contra descubrimientos arqueológicos falsos que, a su criterio, deben ser rápidamente descartados.²² En este sentido, sus notas en *La Prensa* subrayan la “cru-

¹⁸ Al respecto véase especialmente Bernardo Canal Feijóo, *Mitos perdidos*, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1938. Sobre este tema cf. Alejandra Mailhe, “Inconsciente y folclore en el ensayismo de Bernardo Canal Feijóo”, *Latinoamérica*, N° 51, México, UNAM.

¹⁹ Si bien sus intervenciones llegan hasta 1935, se concentran muy especialmente en esta etapa juvenil, entre 1922 y 1926. Todas las notas editadas por Imbelloni en *La Prensa*, entre 1922 y 1926, aparecen reseñadas en Benigno Martínez Soler, “Bibliografía de José Imbelloni”, *Boletín bibliográfico de antropología americana (1937-1948)*, vol. 8, N° 1/3, enero/diciembre de 1945.

²⁰ Véanse por ejemplo referencias a la técnica empleada por el investigador escocés G. A. Gardner en Córdoba, en José Imbelloni, “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba”, *La Prensa*, Buenos Aires, 17/12/1922.

²¹ Por ejemplo, revela los diseños recién descubiertos y registrados por Gardner en Córdoba, algunos de los cuales son reproducidos por Imbelloni en “Pinturas rupestres...”, antes de que se den a conocer en otros medios. Imbelloni advierte que cuando se publique el estudio de Gardner, “los estudiosos tendrán en su poder, sin someterse a las fatigas de largos viajes a lomo de mula [...], una documentación de primer orden” (Imbelloni, “Pinturas rupestres...”, p. 7).

²² Es el caso por ejemplo de “La ciudad misteriosa del lago Ströbel” (*La Prensa*, Buenos Aires, 29/04/1923), nota en la que, acompañando la opinión de Salvador Debenedetti, descarta con virulencia la veracidad del descubrimiento

zada” en la que se embarca para “interesar al público en una investigación científica” en lugar de “excitar con artificioso sensacionalismo las curiosidades malsanas del medio popular”.²³ Para ello, combate fantasiosas correspondencias entre culturas antiguas del Viejo y del Nuevo Mundo, o advierte acerca de hipótesis absurdas con respecto a la antigüedad de la cultura de Tiahuanaco, a su producción económica y a los motivos de su disolución, confrontando con los discursos científicos perimidos y con las reelaboraciones reduccionistas de los mismos, destinadas a las masas.²⁴

Además, en estas notas de *La Prensa*, las ilustraciones (dibujos y fotografías) suelen adquirir centralidad en un doble sentido (por la cantidad de espacio que ocupan, y por su ubicación, generalmente en el centro de la página), insistiendo en captar la atención del público masivo. Las imágenes, en general dispuestas por el periódico en una composición *Art Déco* que las integra (incluyendo guardas indígenas o cerámicas para anudar visualmente los fragmentos entre sí), crean conjuntos arqueológicos que mezclan elementos culturales diversos. Mediante este tipo de recursos, las colaboraciones de Imbelloni en la prensa periódica fijan didácticamente la atención del lectorado masivo sobre los puntos de contacto que intenta consolidar el difusionismo, pero también (como lo hará poco después *La esfinge india*) ponen límites a la proliferación fantástica de correlaciones imposibles, dominantes en las publicaciones de difusión generalmente destinadas a las masas.

Imbelloni elogia algunas prácticas antropológicas destinadas al público masivo (aunque, como vimos, también combate los errores de la arqueología *amateur*, encarnada por ejemplo en *La civilización chaco-santiagoense*, la obra monumental que editan los hermanos Duncan y Emile Wagner, en 1934).²⁵ En 1952, impulsando la difusión de temas indígenas en el mercado masivo, y ya plenamente consagrado como funcionario al servicio del Estado, el director de Humanior prologa la tercera edición de la *Toponimia patagónica de etimología araucana*, de Juan Domingo Perón. Allí, reforzando la importancia dada a la antropología, por parte de su propio líder político, advierte que

[...] la presente publicación, *por su índole y finalidad, y por el mismo tono de su presentación tipográfica* [...], no se dirige a los especialistas que dedican sus afanes cotidianos a desentrañar la construcción interior de las lenguas y su complicada historia espacial, sino –más en gene-

“sensacional” de Wolff, apenas dos meses antes, de una supuesta ciudad arqueológica, próxima al lago patagónico de Ströbel.

²³ José Imbelloni, “Un hallazgo curioso en las tierras magalhánicas”, *La Prensa*, Buenos Aires, 20/01/1924.

²⁴ En varios artículos, para descartar teorías previas, una vez que expone las explicaciones científicas (geológicas, climáticas, históricas, lingüísticas, etc.), remata el texto apelando al sentido común del público, del que espera recibir el favor de la razón. Así, por ejemplo, cierra el artículo “Tiahuanaco” confiando en obtener por fin la legitimación del lectorado en esa compulsa: “El lector puede juzgar ahora si, por lo que respecta a la cronología, la ‘literatura tiahuanaca’ tiene algún valor para sentar las bases de juicios o indagaciones realizadas con seriedad, o si, en cambio, necesita hacer *tabula rasa*, y abrir una época nueva de observación y de recolección de datos” (José Imbelloni, “Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica”, *La Prensa*, Buenos Aires, 07/03/1926, p. 10).

²⁵ Los Wagner creen haber descubierto una antigua civilización pre-incásica, sin contacto posible con los conquistadores, extendida incluso a un área mayor del territorio argentino, con un sentido estético y místico elevado y con una alfarería marcada por el alto simbolismo. Sobre la descalificación de las hipótesis de los Wagner, que practican una arqueología *amateur*, véase José Imbelloni, “Un viejo error de arqueología clásica fundamenta el libro de los señores E. y D. Wagner” (folleto), Buenos Aires, Museo Argentino de Ciencias Naturales, 1940. Sobre la obra de los Wagner véase Ana Teresa Martínez *et al.*, *Los hermanos Wagner: Arqueología, campo arqueológico y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940*, Bernal, UNQ, 2011.

ral— a todos los hombres cultos que hayan alimentado la innata curiosidad por conocer a los pueblos que habitaron un día las distintas regiones del país.²⁶

Así, explicita el papel de los dispositivos formales en la selección del lectorado, y encuentra en esta reedición una oportunidad para confirmar el interés masivo por la antropología para afianzar su propia autoridad científica, e incluso para reforzar la importancia dada a la antropología por su líder político.²⁷

Volviendo a Humanior, algunas cartas de lectores de esta colección, dirigidas a Imbelloni y conservadas en el archivo del Museo Etnográfico, permiten entrever el perfil de ese lectorado ampliado. Allí, profesores que se dedican a la docencia media, al estudio *amateur* de la antropología o a la creación literaria, le transmiten al “Maestro” su admiración; le piden ejemplares de Humanior que no pueden conseguir, o le ruegan asesoramiento sobre el problema indígena en la Argentina.²⁸

Como veremos, esa preocupación de Imbelloni por formar un lectorado culto implica cooptar el interés general por el americanismo, para pasarlo por el tamiz del cientificismo, desarticulando así indirectamente los componentes ideológicos más progresistas contenidos en otras discursividades contemporáneas. A la vez, Imbelloni busca legitimar la disciplina propia, ubicándola por encima del resto de las Humanidades.

Además, el director de Humanior confía en que ese público puede volverse —a mediano plazo— un eslabón clave en la recolección de información antropológica. De hecho, en *Concepto y praxis...* propone un esquema jerárquico de colaboraciones, entre los *amateurs* del interior y los expertos de la élite profesional (la única autorizada para clasificar e interpretar los elementos recogidos por los primeros eslabones de esa cadena).²⁹ Humanior busca así

²⁶ José Imbelloni, “El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Juan Perón”, en Juan D. Perón, *Toponimia patagónica de etimología araucana* [1949], Buenos Aires, Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, 1952, p. VIII (cursiva nuestra).

²⁷ A las intervenciones “oficialistas” de Imbelloni (por ejemplo, los capítulos que escribe para *Argentina en marcha*, para el volumen del *Primer ciclo anual de conferencias*, o como prólogo a *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Perón), se suman otras manifestaciones explícitas del lazo positivo entre antropología y justicialismo. Precisamente con este título, “Antropología y Justicialismo”, Branimiro Males (antropólogo croata radicado en la Argentina, y simpatizante del nazismo) defiende la importancia prioritaria de la antropología, especialmente para la Argentina y en el marco del ideario peronista: “la Antropología debe tener un lugar de preferencia entre las otras ciencias” porque “es la ciencia base para la solución de los problemas de nuestra vida diaria [...]; hablar de Antropología en relación a los conceptos sociales del Justicialismo [...] es lógico e indispensable” (Branimiro Males, “Antropología y Justicialismo”, *Humanitas*, N° 1, Tucumán, 1953, p. 245). Males defiende especialmente el papel de la antropología física, clave para que el Estado vele por el desarrollo saludable de su población.

²⁸ Así, por ejemplo, en carta del 23/04/1954, la docente Angélica Llanos de Godoy, del Profesorado de Danzas Folclóricas de la Universidad Nacional del Litoral, le pide el envío del volumen dedicado especialmente a la investigación folclórica, en estos términos: “Escribirle a Ud. es una emoción muy intensa; conozco y he aprendido en sus obras. ¿Cómo no pedirle al Maestro me brinde su trabajo *Concepto y praxis...*? [...]. Recibir su trabajo será para mí una eterna deuda. Dios lo bendiga”. En otra carta (s/f), una escritora inglesa instalada en Lima le ruega material sobre el problema indígena en la Argentina, que necesita consultar por su trabajo literario, aunque no se refiere específicamente a títulos de Humanior. Cabe destacar que, si bien en el archivo del Museo Etnográfico se conservan las respuestas de Imbelloni a gran parte de la correspondencia oficial recibida, no constan respuestas a este tipo de cartas más personales. Véase José Imbelloni, material inédito en Museo Etnográfico, cajas sin nomenclatura.

²⁹ Desde su perspectiva, la centralidad de los folcloristas profesionales coincide además con la centralidad del eje que encarnan Buenos Aires y La Plata, como espacios privilegiados en la profesionalización de la antropología. De hecho, en textos posteriores como la conferencia “Antropología. Investigadores e investigaciones”, confiesa sus dudas respecto de las posibilidades de descentralizar esta actividad: “Es plausible que las ciudades del interior quieran tener su propio centro de recolección y búsqueda, pero de ningún modo es útil que estas iniciativas se pongan en manos

superar el impresionismo anticientífico de experiencias pasadas, modelando a sus lectores cultos para auxiliar correctamente a los expertos, a fin de corregir errores como los cometidos al realizar la Encuesta Nacional de Folklore, probablemente sesgada por la adulteración de varios registros.³⁰ En contraste con esas experiencias *amateurs*, para Imbelloni historiadores, filósofos, literatos, docentes de la enseñanza media y folcloristas improvisados deben ser re-educados en este americanismo científico que, entre otras cosas, prescribe formas correctas de registro folclorista, destierra viejas hipótesis sobre el origen del hombre en América (clausurando definitivamente legados como el de Florentino Ameghino), descarta falsas correlaciones históricas para explicar los contactos reales, y sitúa “en su justo lugar” a las alteidades sociales.

Probablemente hubiera sido más difícil, en el contexto nacional, forjar esa red –clave para la profesionalización disciplinar– sin la difusión previa del folclorismo y del indigenismo americanistas por parte de figuras como Rojas, aunque, como veremos, la intervención de Imbelloni clausura cualquier forma neo-romántica de idealización del mundo indígena e indohispánico, en una operación ideológicamente “correctiva”, amparado en la científicidad.

La desmitificación del discurso científico

De toda la colección, el tema de mayor impacto para el lectorado masivo se encuentra en el *Libro de las Atlántidas*, ya que por entonces el objeto imaginario de ese texto continúa siendo lo que Marc Angenot define como un “ideologema”: un punto nodal en el que convergen diversos discursos sociales contemporáneos, estableciendo una lucha por la imposición de un sentido hegemónico.³¹ Desde la introducción general a la biblioteca, es posible percibir en qué medida Imbelloni es consciente del rédito de este tema para acercar a los lectores al resto de la colección: allí el director advierte que “uno de los tomos [...] destinado a interesar más prontamente al público [...] trata de la Atlántida, viejo tema pero siempre cautivante, entre los de la mitología americanista”.³² Así, desde el comienzo del proyecto editorial, sabe que la fascinación por este espacio imaginario garantiza el anhelado acercamiento del lectorado más amplio a la biblioteca en su conjunto.

de personas que carecen de experiencia y versación, como sucede por lo común” (José Imbelloni, “Antropología. Investigadores e investigaciones”, en *Primer ciclo anual de conferencias*, Buenos Aires, Subsecretaría de Cultura, 1949a, p. 213).

³⁰ Martha Blache en “Folklore y nacionalismo en Argentina” (en Sergio Visakovsky y Rosana Guber (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2002) señala que la encuesta folclórica, organizada en 1921 por el Consejo Nacional de Educación, apela a la colaboración de maestros de todo el país, para el registro de testimonios del folclore tradicional (de espaldas a los elementos considerados como exóticos, provenientes de la inmigración). Si bien el Consejo elabora un folleto con instrucciones precisas para el registro de los datos, varios testimonios son adulterados, a tal punto que Juan A. Carrizo, en su *Historia del folklore argentino* (1953), considera que la muestra es espuria. La encuesta es donada al Instituto de Literatura Argentina de la UBA, a pedido de Ricardo Rojas, durante su decanato. El Instituto publica un catálogo y una clasificación por provincias. Desde 1951, el material queda en manos del Instituto Nacional de la Tradición, que publica una selección de testimonios.

³¹ Véase Marc Angenot, *El discurso*. Una de las principales ventajas del abordaje sincrónico de Angenot es evitar los reduccionismos simplificadores, al recrear el juego complejo de las posiciones discursivas en lucha, analizando la convergencia de enunciaciones agonales, en pugna por la definición legítima de un mismo ideologema. Como ejemplo de análisis, véase Marc Angenot, “El fin de un sexo”, en *Interdiscursividades*, Córdoba, UNC, 2010.

³² Imbelloni, *Epítome*, p. 9.

En efecto, el mito de la Atlántida gravita en los años veinte en la literatura de masas, en las doctrinas esotéricas, e incluso en el campo antropológico, donde difusionistas como Leo Frobenius (a quien se afilia Imbelloni) entreven los contactos culturales que consideran “efectivos” en la historia, latentes bajo las deformaciones del mito, e incluso ven la posibilidad de conducir hacia la disciplina científica la pasión sugestiva que despierta ese mito en el lectorado masivo.³³ De hecho, Imbelloni subraya que la Atlántida está viva especialmente “en lo más recóndito de la mente de los Americanos,³⁴ por “la fuerza sugestiva que dimana del sinnúmero de símbolos, correlaciones, asociaciones, intuiciones y otros procesos subjetivos [...] suscitados por los escritores que explotan la afectividad y la sensibilidad de las grandes masas populares”.³⁵ No casualmente, cuando Imbelloni publicita su biblioteca en el volumen siguiente (en un apéndice agregado al final de *Concepto y praxis...*), introduce un pequeño mapa de Atlantis como nuevo emblema de todo el proyecto editorial. Se trata de un diseño del escritor griego Kampanakis a fines del siglo XIX, ya publicado previamente por Imbelloni en el *Libro de las Atlántidas*, junto a otras cartografías imaginarias. La elección de esa imagen, como emblema de la biblioteca, refuerza la convergencia entre la historia de la Atlántida y el americanismo moderno que busca fundar el proyecto editorial.³⁶

Resulta interesante señalar la centralidad que le dan al mito de la Atlántida tanto el mexicano José Vasconcelos como Rojas, pocos años antes y desde posiciones ideológicamente enfrentadas al científicismo de Imbelloni. Luego de su viaje oficial a la Argentina en 1922, Vasconcelos edita *La raza cósmica*. Allí, además de establecer varios puntos de convergencia conceptual con respecto a la tesis euríndica de Rojas (a quien cita explícitamente, para dar cuenta de una Argentina mestiza, más latinoamericana que europea), afirma el mito de la Atlántida, insistiendo en mantener vivo ese elemento residual, heredado del americanismo del siglo XIX. En su ensayo, el mexicano defiende el origen prestigioso de las culturas prehispánicas y la universalidad del Espíritu (como base del mestizaje racial/cultural), sugiriendo un origen común de la humanidad en las tierras míticas de la Atlántida: “a medida que las investigaciones progresan, se afirma la hipótesis de la Atlántida, como cuna de una civilización que hace millares de años floreció en el continente desaparecido y en parte de lo que hoy es América”.³⁷ Es evidente que Vasconcelos apela a un punto de vista esotérico afín al de Rojas para reactualizar el mito de la Atlántida como idea-fuerza (en un sentido próximo al que forja Georges Sorel para definir el papel del mito como motor de la acción colectiva), a fin de consolidar la unión hispanoamericana, enfatizando los vasos comunicantes que religan a América con el resto del mundo en términos raciales, culturales y espirituales.

Poco después, en el cierre del *Silabario...*, Rojas acumula pruebas acerca de las correspondencias culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo, afirmando esa hipótesis del continente desaparecido como cuna de una antiquísima cultura madre, común a América y a Europa. En

³³ Entre 1921 y 1928, Leo Frobenius publica los doce volúmenes de *Atlantis* (Jena, Diederichs, 1921-1928). Enfatizando esa proximidad teórica con Frobenius, todo el cierre del *Libro de las Atlántidas* se centra en la arqueología de este autor, compartiendo su hipótesis de una elevada civilización en África, resultado de la difusión “de la joven cultura helénica” en fusión con una cultura más antigua, proveniente del Asia menor, en un ciclo que Frobenius define como cultura “malayo-negroide”.

³⁴ Imbelloni y Vivante, *Libro de las Atlántidas*, p. 8.

³⁵ *Ibid.*, p. 388.

³⁶ Sin embargo, en ningún libro posterior reaparece el emblema de la Atlántida como identificación de la colección.

³⁷ José Vasconcelos, *La raza cósmica* [1925], México, Espasa-Calpe, 1966, p. 13.

esta dirección, advierte que solo Platón en el *Timeo* y algunos ocultistas modernos como Scott Elliot en *Historia de los Atlantes*, o Mme. de Blavatsky en *La doctrina secreta*, pueden explicar las numerosas correspondencias culturales entre preaztecas y preincas, y entre estos y “Etruria, Micenas, Egipto, Asiria, Iberia e Irlanda”, lo que implica “un nuevo descubrimiento de América.³⁸ Aunque “entre los americanistas de nuestros días, algunos rechazan la hipótesis de la Atlántida”,³⁹ Rojas se anima a adherir abiertamente a esta interpretación porque, según él, coincide “con la de la ciencia”, ya que Florentino Ameghino, en su *Antigüedad del hombre en el Plata*, afirma “la existencia prediluviana de continentes sumergidos en el Atlántico”, la remota antigüedad del hombre en América y el contacto entre continentes por la vía de la Atlántida.⁴⁰ Así, aun cuando la tesis de Ameghino ya ha sido científicamente refutada, Rojas insiste en apelar a la fuerza sugestiva de ese mito para legitimar ideológicamente el prestigio simbólico de las culturas indígenas en particular, y del continente en general. Estos retornos a la Atlántida dejan entrever una confrontación conjunta con respecto al americanismo científicista de figuras como Imbelloni. Por ello, al menos en el contexto latinoamericano, es posible pensar en la gravitación de una sensibilidad común, con un régimen discursivo específico, que articula indigenismo, mestizaje indo-hispánico y esoterismo, en el marco de un espiritualismo ideologizante, neo-romántico y progresivamente residual, en disputa con respecto a concepciones antagónicas de la americanística que, como en el caso de Imbelloni, se fundan en un científicismo agresivo, y en claro ascenso hacia una posición hegemónica.

El científicismo de Imbelloni arremete contra este tipo de perspectivas espiritualistas “residuales”, presentando la Atlántida como *el* mito que condensa el americanismo anticientífico que debe ser combatido. Así por ejemplo, en “Dos americanismos” (editado, como *Eurindia*, en 1922), Imbelloni se queja de que “el público, en general, no está dispuesto a seguir un crecimiento tan lento [como el del americanismo científicista]”,⁴¹ y frente al americanismo “heroico” hacia el que se inclinan las masas (que fomenta insólitas correlaciones entre culturas), sentencia que “todo pueblo, como todo hombre, cultiva y honra el americanismo que se merece”. Convencer a ese público masivo sobre la verdad del método histórico-cultural será, desde entonces, una meta clave de Imbelloni. Poco después, *La esfinge indiana* insiste en interpelar a un público amplio, para convencerlo acerca de la verdad científica de los contactos culturales efectivos, contra la proliferación de hipótesis inverosímiles que circulan en tratados científicos, artículos periodísticos y literatura de masas en general.⁴² Precisamente esa operación continúa siendo el eje del *Libro de las Atlántidas*, a fines de los años treinta. Allí advierte que “la indagación del lugar originario de esta *Weltanschauung* no [...] es tema que se preste a ser abordado por hombres de cultura meramente filosófica y filológica”.⁴³ Ese juicio se enmarca en el seno de una descalificación explícita de José Ortega y Gasset (quien en 1924 publica *Las Atlántidas*, inspirado en la obra *Atlantis* de Frobenius),⁴⁴ pero ese gesto también apunta a una deslegitimación más amplia de las recreaciones humanísticas del mito en su

³⁸ Ricardo Rojas, *Silabario de la decoración americana*, Buenos Aires, La Facultad, 1930, p. 245.

³⁹ *Ibid.*, p. 249.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 246.

⁴¹ José Imbelloni, “Dos americanismos” (folleto), *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, Peuser, 1920, p. 23.

⁴² José Imbelloni, *La esfinge indiana*, Buenos Aires, El Ateneo, 1926.

⁴³ Imbelloni y Vivante, *Libro de las Atlántidas*, p. 362.

⁴⁴ En 1924, además, Frobenius visita Madrid, difundiendo sus tesis en ese campo intelectual.

conjunto, y a una desarticulación de los efectos ideológicos de tales recreaciones, a nivel nacional y continental, pues si bien en principio esa confrontación es epistemológica, no deja de implicar una oposición ideológica a las autoafirmaciones identitarias y a los indigenismos articulados por ese tipo de discursos antagonistas. Así, Imbelloni responde a la incursión filosófica en la antropología con una incursión antropológica en la filosofía, erigiendo su arqueología científica contra la sugestión de los Atlantólogos que, desde la arqueología pre-científica, las doctrinas esotéricas o la literatura de masas, han construido un edificio absurdo de especulaciones atractivas (sin embargo, al reconstruir tan minuciosamente los argumentos de esas arqueologías fantásticas también corre el riesgo de estimular el apasionamiento por el mismo objeto que pretende destruir).

Entonces, si Imbelloni apela al valor imaginario de la Atlántida para el público masivo, es para erradicar ese valor imaginario, sustituyéndolo por la verdad científica. En esta operación queda cifrada su propuesta de refundar la americanística, capitalizando para la antropología moderna el viejo interés masivo por el mito. Y en este sentido, queda preso en una contradicción típica del elitismo modernista, porque desea interpelar a las masas, pero para difundir precisamente el rechazo de la cultura de masas.

Por todo ello, el tema de la Atlántida deviene una suerte de “Aleph” borgeano en el que, si convergen *todos* los públicos, es posible intervenir a la vez en *todos* los debates, exhumando una verdad científica latente en el fondo de los mitos, defendiendo la eficacia del método histórico-cultural (incluida la hipótesis específica de Imbelloni sobre el contacto entre la Polinesia y América del Sur),⁴⁵ comprobando la centralidad de la antropología en el seno de las humanidades, y disputándole el público masivo a otros discursos sociales que rivalizan en su definición del americanismo.

A pesar de este combate agresivo por parte de Imbelloni, la tensión entre alta cultura y cultura de masas no se cierra, produciendo una interpelación ambigua –e incluso estrábica– de ambos públicos. Así, por ejemplo, el prólogo al *Libro de las Atlántidas* justifica la cita de fuentes griegas y latinas, en la lengua original y sin traducción, porque “Humanior está consagrada a una juventud más exigente”.⁴⁶ Sin embargo, consciente de que esa erudición pone en peligro la anhelada expansión del lectorado, también estimula al no-iniciado a sortear esas dificultades, prometiéndole que descubrirá, “sin violencia mental alguna”,⁴⁷ “todo un mundo de experiencias y leyes cuya complejidad insospechada lo llenará de asombro”.⁴⁸ Al final de la lectura –confía Imbelloni–, “ninguno de nuestros lectores tendrá dificultad en reconocer los reflejos del período poseidónico”.⁴⁹ Así, Humanior da cuenta de la confianza moderna en el poder del libro para transformar a los lectores medios en seguidores apasionados de la arqueología científica.

Por eso vale la pena preguntarnos cuál es el alcance temático de la colección; qué relación establece entre las diversas subdisciplinas que componen el campo antropológico, y en qué medida la legitimación de la antropología implica una deslegitimación de otros saberes humanísticos.

⁴⁵ Pues la hipótesis de fondo del libro apunta a probar contactos culturales precolombinos entre África, Europa, Asia, Oceanía y América, por la vía del Pacífico.

⁴⁶ Imbelloni y Vivante, *Libro de las Atlántidas*, p. 19.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 22.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 20.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 383.

La antropología, discurso rector

En principio, según la introducción general de la colección Humanior, esta se destaca, frente a otros proyectos editoriales con los que compite, por ser la única que promueve un americanismo arqueológico, centrado exclusivamente en la prehistoria: “la colección [...] detendrá su marcha al llegar al territorio de la historia propiamente dicha, porque ese umbral representa el *terminus ad quem* de su recorrido. A la inversa, el *terminus ad quo* es el más remoto posible”.⁵⁰ Sin embargo, las secciones planeadas junto con la introducción general desmienten esa propuesta “arqueológica” porque, reproduciendo una contradicción intrínseca a la definición de la antropología en esta etapa, proyectan abordar también el folclore e incluso el mundo colonial americano. Si bien esa amplitud temática es típica de la disciplina en este período, también se fija explícitamente el objetivo ambicioso (y a priori, contrario a la especialización profesional) de “relatar al lector la suma de los conocimientos adquiridos sobre las cuestiones americanas por todas las ciencias llamadas ‘del Hombre’”.⁵¹

La inclusión de un abanico de objetos tan amplio no solo evidencia el modo en que la biblioteca cumple las veces de un programa de formación integral, sino que además legitima el papel de la antropología ante la consolidación de las otras humanidades. También da cuenta de la diversidad de intereses del propio Imbelloni, quien en su producción abarca todos estos campos, espejando la voluntad de apertura de la disciplina tanto al culturalismo como a las bases biológicas de la antropología física, relevante desde su formación juvenil.

A la vez, la biblioteca le dedica toda una sección a la Argentina, dándole al país una inscripción especial en el seno de ese americanismo, también como respuesta a las inquietudes nacionalistas del propio Imbelloni quien, a diferencia de otros antropólogos extranjeros en la Argentina (como el austríaco Oswald Menghin), se esfuerza por adecuar el método histórico-cultural al contexto nacional y americano.⁵² Es probable que esta preocupación nacionalista (ya visible en el plan de Humanior de 1936) colabore en la consagración de Imbelloni como uno de los antropólogos más próximos al gobierno durante el primer peronismo. De allí que la biblioteca pueda ser pensada como una legitimación de la antropología (convertida en una instancia clave para dar cuenta de la identidad nacional, por encima de otras disciplinas como la filosofía, la literatura y la historia), y también como una legitimación del propio Imbelloni que, como funcionario del Estado, deviene la voz más autorizada en ese campo.⁵³ En este sentido, su consolidación profesional coincide con –y probablemente se ve potenciada por– el despliegue del proyecto Humanior.

⁵⁰ Imbelloni, *Epítome*, p. 7.

⁵¹ *Ibid.*, p. 8.

⁵² A diferencia de Menghin (que en la Argentina permanece fiel a sus estudios centrados en la prehistoria, desde una perspectiva universalista), Imbelloni se muestra más sensible a las preocupaciones identitarias del nacionalismo, planteándose el desafío de adecuar ese modelo teórico central para pensar objetos de investigación argentinos y americanos.

⁵³ Con el advenimiento del peronismo, además de ocupar el puesto de director del Museo Etnográfico desde 1947, el gobierno nacional lo nombra director del recientemente creado Instituto de Antropología, dependiente de la UBA. Y cuando en 1949 se crea el régimen de dedicación exclusiva, Imbelloni recibe uno de los dos únicos cargos de que dispone la Facultad de Filosofía y Letras (el otro cargo le es otorgado a Carlos Astrada). Estos hitos en su itinerario confirman su proximidad con respecto al gobierno, y resignifican su producción antropológica (incluido el proyecto editorial de Humanior) como parte de la legitimación de la antropología como una instancia privilegiada para forjar la identidad nacional.

Precedida por algunas publicaciones difusionistas previas del propio Imbelloni, la colección también colabora en el disciplinamiento de la antropología, porque busca instaurar el método histórico-cultural, para fijar el marco teórico de una ciencia que, hasta entonces, presenta teorías y objetos muy dispersos e incluso científicamente “inaceptables”. En este sentido, proyecto editorial y modelo teórico quedan anudados, consolidando el papel hegemónico del director de la colección como director de toda la disciplina de esta etapa, contra otros modelos considerados como ya perimidos, contra otras tesis difusionistas –que son descalificadas–, contra la autoridad de otras disciplinas, contra otros discursos sociales (como los vulgarizadores que simplifican la información científica), e incluso contra otras ideologías. Todas estas posiciones agónicas quedan devaluadas como incapaces de dar cuenta de la “verdad” científica.⁵⁴

A la vez, Imbelloni diversifica sus intervenciones intelectuales, preservando para Humanior la ilusión de su autonomía respecto de la política. Como de la última sección de la biblioteca (centrada en la Argentina) solo se edita el volumen sobre folclore, el despliegue de sus intervenciones nacionalistas más explícitas se produce por fuera de Humanior, en publicaciones financiadas por el gobierno, en las que Imbelloni se muestra más claramente como un experto al servicio del Estado. Así por ejemplo en “La formación racial argentina”, editado en el volumen oficial *Argentina en marcha*, de 1947, responde a una consulta explícita, de parte del gobierno, sobre la delicada cuestión del poblamiento del país.⁵⁵ Allí defiende el proyecto inmigratorio en curso (y aconseja en especial la inmigración latina, más acorde al carácter nacional), pero también contribuye con una especie de traducción científica, en clave racialista, del ideal de “comunidad organizada”, al subrayar cómo la propia existencia del peronismo prueba la tendencia de las masas nacionales a homogeneizarse,⁵⁶ al tiempo que naturaliza el liderazgo de Perón, en el marco de una teleología biológica que reformula el revisionismo histórico en clave racialista. Ese gesto puede pensarse, además, en sintonía con otros que dejan entrever cierta rivalidad en sordina, en el interior de la intelectualidad peronista, entre disciplinas tales como la antropología y la filosofía, que disputan su preeminencia para definir la identidad nacional.⁵⁷

⁵⁴ En efecto, *Epítome...* busca abrir un proceso de adecuación del método histórico-cultural, puesto a disposición de los estudios americanistas, definiendo así la agenda que la disciplina antropológica debe abarcar a nivel continental. Por otro lado, la centralidad de Imbelloni es también el resultado de las autofiguras que diseña en sus textos. Por ejemplo en la conferencia “Antropología. Investigadores e investigaciones”, impone su propia genealogía de la antropología local, destacando solo a las figuras a las que se afilia, para situarse a sí mismo como punto de llegada de esa teleología profesionalizante, que va de los *pionners* a los “sistemáticos”, y de estos a los “iniciados”, para llegar finalmente a su propio “grupo de selectos discípulos” (Imbelloni, “Antropología”, p. 214).

⁵⁵ La respuesta de Imbelloni se encuentra en sintonía con los planteos del Instituto Étnico Nacional, que funciona en la Argentina entre 1946 y 1955. Buscando intervenir en el mejoramiento físico y moral de la población, promueve una inmigración selectiva para no poner en riesgo la identidad étnica nacional. En esta dirección, Santiago Peralta, a cargo de este Instituto, apoya la inmigración europea de latinos católicos, y el confinamiento tutelado de los indígenas como fuerza productiva (véase Axel Lázzari, “Antropología”). Imbelloni converge en términos generales con el enfoque de Peralta, aunque –según advierte Lázzari– también cuestiona el perfil poco académico de este último.

⁵⁶ José Imbelloni, “La formación racial argentina”, en AA.VV., *Argentina en marcha*, Buenos Aires, Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, 1947, pp. 306-307.

⁵⁷ Si bien esta línea de análisis excede los objetivos de este trabajo, para explorar las tensiones entre antropología y filosofía, entre los intelectuales próximos al gobierno en esta etapa, pueden considerarse comparativamente las intervenciones de Imbelloni y de Carlos Astrada en volúmenes oficiales tales como el de *Argentina en marcha* de 1947, o el *Primer ciclo anual de conferencias* de 1949. En ambos libros, Astrada colabora con trabajos que dialogan con las tesis de *El mito gaucho*, como resultado de su reelaboración del existencialismo heideggeriano para pensar el problema de la identidad nacional. En este sentido, los ataques de Imbelloni a las definiciones metafísicas de la

En este contexto, resulta especialmente importante leer Humanior a contrapelo, iluminando las posiciones ideológicas que anidan bajo la objetividad científica, preguntándonos por ejemplo en qué consiste el humanismo de Humanior. En principio, su propuesta puede interpretarse como una resistencia más o menos explícita al humanismo filosófico y antipositivista, heredado de la Reforma Universitaria (visible, por ejemplo, en los textos que produce el reformista Ernesto Quesada al forjar una legitimación indigenista del continente, en base a una lectura crítica de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler).⁵⁸ Como señala Garbulski, Imbelloni devalúa el humanismo en términos nietzscheanos y neo-darwinistas, desde los trabajos juveniles producidos en la Argentina, en el contexto de la Primera Guerra Mundial.⁵⁹ A pesar de la distancia temporal que separa esos discursos de principios de siglo respecto de Humanior, es posible entrever allí la continuidad de un mismo esfuerzo por refundar el humanismo desde una perspectiva belicista,⁶⁰ reforzando así la convergencia –predominante en la época, aunque no excluyente– entre posiciones de derecha y método histórico-cultural.⁶¹

Además, la modernidad de ese “humanismo moderno” consiste más bien en un cientificismo que, a pesar de las críticas al evolucionismo, vuelve a apelar a los principios evolucionistas, e incluso a la antropología física, para confirmar las jerarquías raciales y las concepciones de “lucha por la vida”, en pleno contexto del nazismo. Esa posición neo-humanista, que se presenta bajo la aspiración a reintegrar lo biológico y lo cultural, se combina con una fuerte descalificación cientificista de los idealismos, entre los que incluye el pensamiento utópico europeo, la idealización barroca de la naturaleza y el hombre americanos, la visión romántica de la alteridad, e incluso –indirectamente– las reivindicaciones indigenistas de carácter emancipatorio en el presente.⁶² Así, Humanior combate lo que Julio Ortega define como “discursos de la abundancia”. Desde el punto de vista de Imbelloni, esas “mitificaciones” (que son la base del americanismo, entendido como auto-afirmación identitaria) tergiversan la realidad, comportándose como ideologías en sentido negativo.⁶³ Así, el director de Humanior apela al cien-

identidad pueden leerse como parte de esta disputa, al igual que la voluntad arriba señalada de traducir en clave antropológica la noción de “comunidad organizada”, central en el ideario de Perón.

⁵⁸ Véase por ejemplo Ernesto Quesada, *La sociología relativista spengleriana*, Buenos Aires, Coni, 1921, tanto sus clases sobre Spengler como el discurso pronunciado frente a la comunidad académica al retirarse de la Universidad.

⁵⁹ Véase Edgardo Garbulski, “José Imbelloni: positivismo, organicismo y racismo” (folleto), Rosario, UNR, 1987.

⁶⁰ Desde sus trabajos tempranos en la década de 1910, hasta sus intervenciones en Humanior, Imbelloni piensa la dinámica cultural como conflicto, desde un belicismo imperialista opuesto a las lecturas en clave materialista.

⁶¹ Este predominio no implica sin embargo una asociación directa entre método histórico-cultural y posiciones de derecha, dado que, como advierte Rolando Silla, a la misma escuela pertenecen figuras vinculadas al fascismo como Imbelloni y Marcelo Bórmida, y liberales como Fernando Márquez Miranda. Lo mismo sucede con la adhesión al peronismo por parte de los seguidores del mismo método histórico-cultural. Véase Rolando Silla, “Sobre un ‘cambio conservador’ en la obra de Bórmida”, en Rosana Guber (comp.), *Antropologías argentinas*, La Plata, Al Margen, 2014, y “Pureza de origen: la expedición argentina a Rapa Nui”, en *Estudios de antropología social*, N° 2, Buenos Aires, IDES, 2010.

⁶² Con respecto al escenario americano, señala que “si una literatura en parte romántica y en parte periodística lo ha sostenido en las esferas subalternas de la publicidad, hoy día, *después de varias décadas de educación antropológica intensiva*, todos ven que no es ya tolerable la idea de la existencia de islas encantadas y regiones misteriosas [...]. La literatura americanista [...], que tenía ya en 1607 la exuberancia de una selva tropical, se formó cuando solo la Guinea africana y pocas otras costas fuera de Europa eran familiares al blanco y jamás, ni en nuestros días, ha logrado desprenderse de la ingenua maravilla con que el siglo xv acogió la primera masa humana. Junto con tal maravilla iban unidos *gran número de mitos cosmográficos, raciales y etimológicos que todavía no están del todo desarraigados...*” (Imbelloni, *Epítome*, p. 9; cursiva nuestra).

⁶³ Véase Julio Ortega, “El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia”, *Revista chilena de literatura*, N° 32, Santiago de Chile, Universidad de Chile, noviembre de 1988. Con un sentido claramente negativo, para Imbelloni las mitificaciones forman parte de un apasionamiento “religioso” que entorpece la objetividad científica.

tificismo, pero desde una perspectiva conservadora –o francamente reaccionaria– que apunta a descalificar las posiciones ideológicas agónicas, como los indigenismos que anticipan un nuevo ciclo cultural indígena para superar “la decadencia de Occidente”. El arco ideológico con el que confronta Imbelloni es muy amplio, e incluye desde la reivindicación moderada (y meramente espiritual) del legado indígena por parte de Ricardo Rojas, hasta el “peligroso” elogio del comunismo incaico por parte de Mariátegui, como base de una posible transformación revolucionaria. Por eso no es casual que, por ejemplo en *Epítome...*, al analizar la ausencia de propiedad privada y la condición igualitaria entre los miembros de una tribu, Imbelloni aclare, tranquilizadoramente, que “conviene decir que no se trata de un ideal comunista, sino de indiferenciación inicial de la sociedad”.⁶⁴ En este sentido, su discurso científico conjura de manera constante –aunque velada– ese fantasma político que recorre el continente, poniendo en evidencia, en última instancia, en qué medida el americanismo constituye un espacio particularmente sensible de disputa.

Así, Imbelloni perfila una suerte de “americanismo anti-americanista” que apunta a “situar la humanidad americana” (y sobre todo, al Indio, objetivado con mayúsculas, como una categoría transhistórica) “en el justo lugar que le corresponde”.⁶⁵ La construcción de ese “justo lugar” incluye además la confirmación de las jerarquías dominantes para las culturas indígenas, elevando el “complejo cultural México-andino” a la altura de las grandes civilizaciones proto-históricas del Viejo Mundo, muy por encima de las de otros grupos “inferiores”.

La crítica científicista que le formula Imbelloni a los indigenismos está presente incluso en textos previos a *Humanior*. Por ejemplo, en “Dos americanismos” cuestiona el americanismo “heroico” de figuras como Vicente Fidel López que, en *Les races aryennes du Peru*, se empeña en defender las correspondencias entre el quechua y el griego, solo para legitimar a los antepasados indígenas, “arianizándolos”. Y agrega que la misma “forunculosis ariocéntrica” tiene el brasileño Couto de Magalhães para el caso de los indios tupi. Con ese mismo argumento descalifica a otros autores que han planteado la afinidad entre el quechua y otras lenguas prestigiosas (como el hebreo, el sánscrito, el sumero/asirio, etc.). Imbelloni ubica a diversos autores, desde la Conquista hasta hoy, en el mismo marco de un americanismo estéril, que acumula pruebas insustanciales y carece de concordancia en sus conclusiones.⁶⁶

Este combate contra las idealizaciones indigenistas se despliega tanto en *Humanior* como en sus publicaciones en la prensa periódica. Así, por ejemplo, en “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba” descalifica las elucubraciones indigenistas de la literatura de masas, diferenciando dos corrientes opuestas “entre los que hablan de los indios”: “la primera, de exclusiva admiración hacia esas culturas desaparecidas [...], prevaleció por un largo período del siglo pasado, y no ha desaparecido por completo, especialmente en los escritos destinados al gran público; sus reconstrucciones reposan sobre la base de ampliaciones e imaginaciones, de series dinásticas como las de Caldea y Egipto”,⁶⁷ y por contraste, destaca el valor objetivo de su

⁶⁴ Imbelloni, *Epítome*, p. 141.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶⁶ Si bien Imbelloni cuestiona el romanticismo en sentido amplio, también ataca especialmente los inicios del movimiento romántico *stricto sensu*, responsabilizando a Volney (entre otros autores) por la idealización de los pasados remotos. Véase José Imbelloni, “Cinco misterios convencionales de Tiahuanaco”, *La Prensa*, Buenos Aires, 11/02/1926.

⁶⁷ Imbelloni, “Pinturas rupestres”, p. 28 (cursiva nuestra).

propia arqueología científica. Así, su cientificismo forma parte de un proceso esperable de consolidación disciplinar, pero también, al mismo tiempo, provoca una serie de efectos ideológicos velados, solo visibles en el contexto enunciativo de la época.

En otros casos, combina esa desmitificación con la descalificación de los indígenas como fuerza de trabajo en el presente, reduciéndolos a un elemento meramente residual. Así, por ejemplo, en “La formación racial argentina” sentencia que “lo más pintoresco de esta prédica [indigenista] es que por ‘indios’ entiende a los araucanos de la llanura, fragmentos dispersos y profundamente degenerados por amixia de un viejo núcleo central, de los que ya no es posible esperar nada, y los coyas del Noroeste, algo menos ralos pero igualmente envejecidos como raza y cultura”.⁶⁸ Ese diagnóstico negativo sobre los indígenas como fuerza de trabajo puede completarse con la visión implícita en otras fuentes suyas de esta etapa, y se aproxima además –aunque sin converger plenamente– con las visiones de lo indígena presentes en otros discursos oficiales contemporáneos.⁶⁹ Por ejemplo, en “Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza” (*Runa*, Buenos Aires, Instituto de Antropología, vol. II, 1949), Imbelloni comenta parte de los resultados de sus estudios somatológicos y lingüísticos sobre los indios tehuelches, realizados ese año sobre la base de una campaña antropológico/militar en Santa Cruz y Chubut. Allí confirma la condena a la extinción de este grupo, aunque también destaca su superioridad física, e intenta preservar su capital genético, confiando a los sobrevivientes en una reserva.⁷⁰ Y en el ya mencionado prólogo a *Toponimia patagónica...*, insiste en reevaluar jerárquicamente los tipos indígenas argentinos, sobre la base de niveles desiguales de deterioro, declarando en definitiva la condena a la extinción de esas razas y de sus prácticas culturales, a corto o a mediano plazo.

En última instancia, esta posición teórica (que desarticula falsas arqueologías pre-científicas, atentando contra la idealización romántica del continente y de las culturas indígenas en el pasado y en el presente) resulta en parte compatible con la inclusión de los obreros que realiza el primer peronismo, invisibilizando a los indígenas nacionales, e incluso implementando políticas de represión material de estos sujetos, tal como puede verse en la desarticulación del “Malón de la Paz” en 1946, o en la masacre de familias pilagá en 1947, llevada a cabo con consentimiento de las autoridades provinciales y nacionales, precisamente el mismo año en que “La formación racial argentina” evalúa la insignificancia de los indígenas como fuerza productiva, aconsejando al Estado promover la inmigración latina.⁷¹ De todos modos, tal como advierten Vezub y De Oto, la etnología de Imbelloni está contenida en el peronismo pero no

⁶⁸ Imbelloni, “La formación racial”, p. 288.

⁶⁹ Si bien el tema excede los objetivos de este artículo, cabe destacar que, por ejemplo, el Instituto Nacional de la Tradición define lo indígena como un elemento menor, asimilado (aunque no sin conflictos) a lo criollo, en oposición simbólica a la inmigración y al liberalismo. Esta perspectiva presenta entonces una parcial disidencia con respecto al enfoque inmigracionista de Imbelloni. Véase Axel Lázari, “Indio argentino”.

⁷⁰ Julio Vezub y Alejandro de Oto, en “Patagonia, archivo etnológico y nación en el primer peronismo”, en *Otros logos*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 2011, analizan la relación entre método etnográfico y programa político peronista, a partir de esta expedición entre los “Patagones”, en 1949. Con objetivos afines al Instituto Etnológico Nacional, Imbelloni advierte el riesgo de extinción de los tehuelches; exaltando sus virtudes físicas por encima de otros indígenas, propone la creación de una reserva eugenésica, como reservorio genético de esa población originaria. Así, mientras la eugenesia de Imbelloni apuesta por la reserva, la del gobierno busca la integración de los indígenas como proletariado, sin diferenciación identitaria.

⁷¹ Sobre la invisibilización de la condición indígena durante el primer peronismo, véase Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos*, Buenos Aires, Edhasa, 2016, pp. 78-82.

coincide con su convocatoria inclusiva del pueblo, aunque esta sea homogeneizante y, por ende, propicie un borramiento de las diferencias culturales.⁷²

Breves consideraciones finales

Como vimos, Humanior aspira a ofrecer una formación antropológica no solo a los intelectuales en proceso de profesionalización como antropólogos, sino también a un público culto y/o universitario más amplio, para sensibilizarlo respecto del legado arqueológico americano, respecto del legado racial indígena del país y del continente y respecto del folclore vivo, entre otros temas.

Abonando la hipótesis de una interpelación ampliada, que busca la legitimidad del público medio para una disciplina y una corriente teórica en proceso de consolidación científica a nivel local, también las colaboraciones de Imbelloni en la prensa periódica fijan didácticamente la atención del lectorado masivo sobre los puntos de contacto que intenta consolidar el difusionismo, y, al igual que sus ensayos más extensos, ponen límites a la proliferación fantástica de correlaciones imposibles, dominantes en las publicaciones de difusión generalmente destinadas a las masas.

Tanto en la colección editorial como en sus intervenciones en la prensa periódica, el director de Humanior ataca las idealizaciones románticas del mundo indígena, y la perduración de mitos sobre el pasado geológico y arqueológico del continente. Si bien esta objetividad científica forma parte del proceso de profesionalización disciplinar, también provoca un efecto lateral en sordina, al generar una profunda descalificación de discursos vinculados al progresismo reformista, y en general centrados en una afirmación indigenista de la identidad continental.

Esa descalificación se articula con una fuerte desvalorización de los indígenas como fuerza productiva, aunque también se manifieste en favor de preservar las diferencias étnicas, en contraste con las políticas de inclusión compulsoria y homogeneizante de los indígenas, hegemónicas durante el primer peronismo.

En este proceso de legitimación de la antropología y del método histórico-cultural, Humanior descansa en las condiciones creadas por otros textos, dentro y fuera del campo antropológico en formación. En este sentido, esta biblioteca sería impensable sin precedentes tales como los ensayos de Rojas. En conjunto, tanto el autor de *Eurindia* como el director de Humanior se inspiran en la confianza moderna en el libro como difusor de saberes y de ideologías, para moldear al nuevo lectorado en favor de una cierta americanización del país. Pero el anclaje de Rojas en el ensayo de interpretación, su valoración de la hermenéutica como vía superior de conocimiento del mundo, su denuncia de la explotación de los indígenas, y/o la voluntad de reactivar el sustrato cultural indígena reprimido en el inconsciente colectivo, entre otros elementos, establecen un contrapunto flagrante con el científicismo desmitificador de Imbelloni. Así, la misma demanda por crear una sensibilidad americanista en el lectorado argentino

⁷² Julio Vezub y Alejandro de Oto, en "Patagonia", prueban esta divergencia de manera sutil, analizando la fotografía etnológica producida por Imbelloni en esta expedición. El control autoritario ejercido por las figuras de poder, perceptible en estas imágenes, contrasta con iconografías como las del 17 de octubre, cuyas fotografías registran (y refuerzan) el empoderamiento popular.

se formula desde matrices discursivas, ideologías y paradigmas epistemológicos antagónicos, disputando la conquista de esas nuevas capas medias, cultas y “en disponibilidad”. En definitiva, humanismo, americanismo y modernidad (los términos convocados en el título de Humanior) se insertan en un verdadero campo de batalla. □

Bibliografía citada

Fuentes primarias

- Canal Feijóo, Bernardo, *Mitos perdidos*, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1938.
- Imbelloni, José, “Dos americanismos” (folleto), *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, Peuser, 1920.
- , “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba”, *La Prensa*, Buenos Aires, 17/12/1922.
- , “La ciudad misteriosa del lago Ströbel”, *La Prensa*, Buenos Aires, 29/04/1923.
- , “Un hallazgo curioso en las tierras magalhánicas”, *La Prensa*, Buenos Aires, 20/01/1924.
- , “Cinco misterios convencionales de Tiahuanaco”, *La Prensa*, Buenos Aires, 11/02/1926.
- , “Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica”, *La Prensa*, Buenos Aires, 07/03/1926.
- , *La esfinge indiana*, Buenos Aires, El Ateneo, 1926.
- , *Epítome de culturología* [1936], Buenos Aires, Nova, 1953.
- , “Humanior. Biblioteca del Americanista moderno. Introducción general” (folleto), Buenos Aires, José Anesi, 1936.
- , *Libro de las Atlántidas*, Buenos Aires, José Anesi, Biblioteca Humanior, 1939.
- , “Un viejo error de arqueología clásica fundamenta el libro de los señores E. y D. Wagner” (folleto), Buenos Aires, Museo Argentino de Ciencias Naturales, 1940.
- , *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, Buenos Aires, Humanior, Biblioteca Humanior, 1943.
- , *Pachacuti IX. El incario crítico*, Buenos Aires, Humanior/Nova, Biblioteca Humanior, 1946.
- , “La formación racial argentina”, en AA.VV., *Argentina en marcha*, Buenos Aires, Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, 1947.
- , “El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Juan Perón”, en Juan D. Perón, *Toponimia patagónica de etimología araucana* [1949], Buenos Aires, Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, 1952.
- , “Antropología. Investigadores e investigaciones”, en *Primer ciclo anual de conferencias*, Buenos Aires, Subsecretaría de Cultura, 1949.
- , “Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza”, en *Runa*, Buenos Aires, Instituto de Antropología, vol. II, 1949.
- , material inédito en Museo Etnográfico, cajas sin nomenclatura.
- Imbelloni, José y Alfredo Dembo, *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*, Buenos Aires, José Anesi, Biblioteca Humanior, 1938.
- Imbelloni, José, Bruno Jacovella, Susana Chertudi *et al.*, *Folklore argentino*, Buenos Aires, Nova, Biblioteca Humanior, 1959.
- Levene, Ricardo, *Historia de la nación argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1936-1950.
- Males, Branimiro, “Antropología y Justicialismo”, *Humanitas*, N° 1, Tucumán, 1953.
- Pardal, Ramón, *Medicina aborígen americana*, Buenos Aires, José Anesi, Biblioteca Humanior, 1937.

- Quesada, Ernesto, *La sociología relativista spengleriana*, Buenos Aires, Coni, 1921.
- , “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo” (folleto), *Humanidades*, La Plata, UNLP, 1926.
- Rojas, Ricardo, *Silabario de la decoración americana*, Buenos Aires, La Facultad, 1930.
- Vasconcelos, José, *La raza cósmica* [1925], México, Espasa-Calpe, 1966.

Fuentes secundarias

- Angenot, Marc, *El discurso social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- , “El fin de un sexo”, en *Interdiscursividades*, Córdoba, UNC, 2010.
- Blache, Martha, “Folklore y nacionalismo en Argentina”, en Sergio Visakovsky y Rosana Guber (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2002.
- Carrizo, Sergio, “José Imbelloni, entre la antropología y la historia”, tesina de grado, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 2000 (mimeo).
- Fígali, Leonardo, “Origen y desarrollo de la antropología en la Argentina”, en *Anuario de estudios de antropología social*, Buenos Aires, IDES, 2004.
- Garbulski, Edgardo, “José Imbelloni: positivismo, organicismo y racismo” (folleto), Rosario, UNR, 1987.
- Lázzari, Axel, “Antropología en el Estado: el Instituto Étnico Nacional”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- , “Indio argentino, cultura nacional”, en *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2002.
- Mailhe, Alejandra, “Inconsciente y folclore en el ensayismo de Bernardo Canal Feijóo”, *Latinoamérica*, México, UNAM, N° 51.
- Martínez, Ana Teresa et al., *Los hermanos Wagner: Arqueología, campo arqueológico y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940*, Bernal, UNQ, 2011.
- Martínez Soler, Benigno, “Bibliografía de José Imbelloni”, *Boletín bibliográfico de antropología americana (1937-1948)*, vol. 8, N° 1/3, enero-diciembre de 1945.
- Ortega, Julio, “El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia”, *Revista chilena de literatura*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, N° 32, noviembre de 1988.
- Podgorny, Irina, “Antigüedades incontroladas”, en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Silla, Rolando, “Sobre un ‘cambio conservador’ en la obra de Bórmida”, en Rosana Guber (comp.), *Antropologías argentinas*, La Plata, Al Margen, 2014.
- , “Pureza de origen: la expedición argentina a Rapa Nui”, en *Estudios de antropología social*, Buenos Aires, IDES, N° 2, 2010.
- Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.
- Svampa, Maristella, *Debates latinoamericanos*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- Vezeb, Julio y Alejandro de Oto, “Patagonia, archivo etnológico y nación en el primer peronismo”, en *Otros logos*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 2011.

Resumen / Abstract

José Imbelloni y la formación de un lectorado americanista

Este artículo se centra en la “Biblioteca Humanior del americanista moderno”, el proyecto editorial que dirige José Imbelloni entre 1936 y 1959. El trabajo se pregunta a quiénes interpela Imbelloni como posibles lectores, qué concepto de americanismo forja y cómo define la antropología como disciplina (y a las alteridades sociales como objeto de estudio). Esta colección busca formar no solo a los futuros antropólogos, sino también a un público culto y/o universitario más amplio, para sensibilizarlo respecto del legado arqueológico americano, respecto del legado racial indígena del país y del continente y respecto del folclore vivo, entre otros temas. Interpelando a ese doble público lector, Humanior expande la americanística en el mercado masivo de esta etapa. Para ello, descansa en las condiciones creadas por otros textos dentro y fuera del campo antropológico argentino, como los escritos de Ricardo Rojas entre los años veinte y treinta. Pero, a la vez, Imbelloni reacciona, desde una posición científicista, contra toda idealización de la naturaleza y el hombre americanos, incluyendo la visión romántica de la alteridad y las reivindicaciones indigenistas de carácter emancipatorio en el presente.

Palabras clave: José Imbelloni - Indigenismo - Historia del Libro - Argentina.

Fecha de recepción del original: 26/6/2017

Fecha de aceptación del original: 14/2/2018

José Imbelloni and the Building of a Reader Americanist Public

This paper focuses on the “Biblioteca Humanior del americanista moderno,” the editorial project directed by José Imbelloni between 1936 and 1959, primarily by asking whom Imbelloni interpellates as possible readers, which concept of Americanism takes shape, and why he defines anthropology as a discipline, with all of the social alterities that represent his object of study. Imbelloni’s collection aims to cultivate not only future anthropologists, but also a wider educated public sensitive to the American archeological legacy, to the aboriginal racial legacy of Argentina and the continent, and to living folklore, among other subjects. By interpellating that double reader, “Humanior” expands what is American in the massive market of the period by resting on conditions created by other texts inside and outside Argentine anthropology, including the writings of Ricardo Rojas in the 1920s and 1930s. At the same time, Imbelloni reacts, from a scientific position, against any idealization of American nature and human beings, including the romantic vision of alterity and aboriginal vindications that have an emancipatory character in the present.

Keywords: José Imbelloni - Indigenism - History of the Book - Argentina.

¿Una arquitectura imposible?

Arquitectura y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975

Juan Sebastián Malecki

Universidad Nacional de Córdoba/CONICET

I. Presentación

En septiembre de 1970 se puso en funcionamiento en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Nacional de Córdoba la experiencia político pedagógica conocida como Taller Total (TT), una de las experiencias más ricas y complejas en la historia de las universidades nacionales de la Argentina, en donde se superpusieron radicalización política, discusiones disciplinares y debates pedagógicos. Producto de una serie de crisis –universitaria, institucional, social, disciplinar– que se venían gestando desde tiempo atrás, el TT se presenta como un excelente caso para indagar en las relaciones que se dieron entre arquitectura y política en un momento muy particular de la cultura arquitectónica argentina e internacional.

Si bien la crisis institucional que vivió la FAU en 1970 –y que desembocó en el TT– debe ser enmarcada en la situación que se vivía en las universidades, también debemos reconocer en ella una historia institucional previa y un cuadro disciplinar más amplio. Dicho de manera sintética, con la intervención a la Universidad en 1966 se expulsó a un grupo de docentes por oponerse a las políticas de la Revolución Argentina, la mayoría de ellos titulares y adjuntos de composición arquitectónica. Este grupo había quedado identificado con la renovación de la Facultad en los tempranos sesenta, en la que se había instalado una agenda “progresista” con los temas de enseñanza de la arquitectura y de su función social. En contraposición, el grupo que quedó a cargo de la Facultad luego de 1966 estaba compuesto por sus sectores más “conservadores” y “liberales”, entre cuyos principales referentes se encontraban Marina Waisman y Enrico Tedeschi.¹ De tal forma, el TT se propuso como una reacción en contra de esos sectores –Waisman fue elegida vicedecana en abril de 1970 mientras que Tedeschi fue designado

¹ Enrico Tedeschi cobró notoriedad con la publicación de *Una introducción a la historia de la arquitectura*, de 1951, y *Teoría de la arquitectura*, en 1962, y a los seminarios internacionales que organizó desde el Instituto Interuniversitario de Historia de la Arquitectura (ИДЕХА) –del que fue su primer presidente–, y en el que llevó a cabo una renovación en los campos de la teoría y de la historia de la arquitectura en la que, en una genealogía que conectaba los planteos historicistas de Benedetto Croce, la perspectiva en la historia del arte de Lionello Venturi y el espacialismo de Bruno Zevi, proponía una identificación de la arquitectura con el arte. Asimismo, fue docente en Tucumán, Mendoza y Córdoba. Waisman, por su parte, además de ser docente de Historia de la arquitectura y secretaria y luego presidenta de aquel Instituto, se convirtió en una figura relevante a nivel nacional con la publicación de *Estructura histórica del entorno*, en 1972, en que tomaba posición respecto de la crisis que ella entendía atravesaba la arquitec-

director de los “Talleres verticales”, que no llegaron a implementarse— y en contra de la idea de arquitectura que ellos representaban, particularmente las sostenidas por Tedeschi, que encontraban en aquel grupo de docentes expulsados a sus principales referentes.

Esta situación nos permite complejizar la mirada sobre los procesos de radicalización que se dieron en la Argentina entre los años sesenta y setenta. Si bien no podremos desarrollar la idea en toda su extensión, quisiéramos por lo menos dejarla planteada. Uno de los principales argumentos es que en el paso de una década a la otra el proceso de radicalización llevó a una creciente centralidad de la política, lo que supuso una paulatina pérdida de la autonomía del campo intelectual.² En la línea abierta por algunas investigaciones recientes, como la de Diego García o la de Fernanda Beigel, es posible sugerir que las experiencias de radicalización política no siempre implicaron un desdibujamiento de las especificidades disciplinares y que, en ciertos casos, permitieron la consolidación de redes y afinidades dentro del mismo campo.³ Por otro lado, si en otros ámbitos disciplinares el contexto de radicalización política contribuyó a que nuevas generaciones desplazaran a los grupos que en los sesenta habían llevado adelante el proceso de renovación universitaria, como en el caso del Departamento de Sociología de la UBA,⁴ en nuestro caso, por el contrario, el panorama es mucho más complejo de lo que podría considerarse una disputa entre generaciones o entre perspectivas teóricas—como las que oponían a marxistas y funcionalistas—. En buena medida, porque la experiencia de radicalización vivida en el TT no propuso deshacerse de la herencia disciplinar previa, sino llevar hasta su máxima implicación las problemáticas relaciones entre arquitectura y política que habían sido planteadas durante el surgimiento de la “arquitectura moderna” en su período vanguardista de los años veinte.

Precisamente, esta cuestión nos lleva a considerar un cuadro disciplinar más amplio que no solo remitía a la situación profesional del país sino a una serie de crisis que se estaban produciendo a nivel internacional. Como señala Graciela Silvestri, durante los sesenta la figura del arquitecto, junto a la del psicoanalista y a la del sociólogo, quedó fuertemente asociada a los procesos de modernización social y cultural del país. Pero a diferencia de aquellos, el arquitecto mantuvo fuertes compromisos con el Estado. Esta situación lo predisponía a disociar compromiso político de encargo profesional, en tanto el Estado se presentaba como el comitente privilegiado que podía llevar a cabo los proyectos de modernización que el arquitecto pregonaba. Por tales motivos, “quienes vayan a buscar experimentaciones radicales, las [encontrarán] en el breve período que va entre 1972 y 1974 en el área de la enseñanza de la arquitectura, y no en las prácticas profesionales, inevitablemente atravesadas por los compromisos con el Capital o con el Estado”.⁵ Al mismo tiempo, desde la Segunda Guerra Mundial se fueron abriendo diferentes líneas de trabajo como respuesta a la crisis que se había abierto en la cul-

tura, aunque también puede leerse como un quiebre respecto a los planteos de Tedeschi—al pasar el campo de referencias desde la estética a las ciencias sociales—, así como una respuesta a algunos debates que se daban en el TT.

² Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

³ Diego García, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la memoria*, N° 1, 10/11/12, Buenos Aires, cedinci, 2011/2012; Fernanda Beigel (ed.), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*, Buenos Aires, Biblos, 2010.

⁴ Lucas Rubinich, “La modernización cultural y la irrupción de la sociología”, en Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo*, vol. IX de *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

⁵ Graciela Silvestri, “Alma de arquitecto. Conformación histórica del ‘habitus’ de los proyectistas del hábitat”, en *Registros*, año 10, N° 11, 2014, p. 82.

tura arquitectónica moderna desde los años treinta. Así, la temática del hábitat, la arquitectura de sistemas, las pedagogías radicales o las relaciones con las ciencias sociales –por nombrar las más pertinentes a nuestro tema–, componían parte del paisaje de revisiones, replanteos y experimentaciones que encontraban en esa crisis un origen común. Pero el TT remitía también a una serie de cuestiones desarrolladas por las vanguardias arquitectónicas, principalmente la que apuntaba a la función social de la arquitectura, bajo el presupuesto de que esta podía intervenir positivamente en los procesos de transformación social. En tal sentido, ¿se podría conceptualizar al TT como una experiencia vanguardista? Más aun ¿podríamos hablar de una radicalización disciplinar? Ella misma, ¿era externa a la cultura arquitectónica moderna o, por el contrario, respondía a algunos de sus principios?

La hipótesis que quisiéramos desarrollar es que el TT se produjo como consecuencia de una serie de crisis y replanteos que remitían al desarrollo de la cultura arquitectónica, en que la “crisis” abierta con la emergencia de la arquitectura moderna estaba encontrando las fronteras de su resolución bajo la apertura de un nuevo horizonte, en que sus postulados parecían agotarse, pero muy particularmente remitían a los debates en torno a la enseñanza de la arquitectura que se abrieron con la crisis de la tradición *Beaux Arts* y los postulados que había desplegado la arquitectura moderna en su experiencia más importante y significativa, la Bauhaus. Además, se conecta también con los cuestionamientos más generales que se hicieron, durante los sesenta, a la pedagogía en su conjunto. El contexto específico en el que se produjeron estos desplazamientos fue el de una crisis social y política que produjo una intensa radicalización política y disciplinar, llevando a un replanteo del rol social de la arquitectura y del arquitecto. Esto supuso, por parte del TT, un doble *destiempo* respecto a un *retorno* a las vanguardias arquitectónicas cuanto a los desarrollos disciplinares del momento, signados a nivel internacional por el giro “posmoderno”. Enfocándonos solamente en algunos de los aspectos del TT, podemos sostener que la reconsideración del compromiso social de la arquitectura se dio por medio de la discusión en torno a la problemática del “hábitat”, lo que suponía, en primera instancia, una redefinición de los límites disciplinares, en segundo lugar una “disolución” –y no una especialización– de las concepciones teóricas e historiográficas de la arquitectura en la “historia crítica del hábitat” y, en tercer lugar, la incorporación de las ciencias sociales a los debates disciplinares. Por otro lado, entender el hábitat como respuesta al contexto de fuerte politización permite indicar que en el TT se dio un proceso de radicalización disciplinar en el que el rol del arquitecto se pensó como un aporte específico a los procesos de transformación social.

Teniendo en cuenta lo complejo de la experiencia del TT, se impone en el presente artículo un recorte sustancial. En tal sentido, nos interesa, ante todo, indagar en los *contornos intelectuales* del TT, prestando particular atención a sus debates arquitectónicos y a sus referencias internacionales. Tendremos que dejar de lado el proceso institucional que llevó al TT, así como su dinámica de funcionamiento y los grupos políticos que allí actuaron. De tal manera, en una primera instancia buscaremos dar cuenta del panorama de “crisis” e inestabilidad que presentaba la arquitectura en los sesenta y setenta para luego avanzar respecto a una serie de debates que se dieron en el TT –el papel ideológico de la arquitectura, la temática del hábitat y las relaciones con las ciencias sociales– que permiten apreciar hasta qué punto la pregunta por el compromiso social de la arquitectura llevaba a una redefinición de la disciplina. En un tercer momento, la “arquitectura de sistemas” y la figura de Mario Corea nos permitirán indagar sobre la “radicalización disciplinar”, entendiendo que una de aquellas redefiniciones implicaba,

en su formulación más extrema, una posible disolución disciplinar o una prescindencia del arquitecto como dador de forma. Por último, nos interesa preguntarnos en qué términos el TT puede ser pensado como una experiencia vanguardista.

II. Replanteos, experimentación y radicalización en la cultura arquitectónica

Plantear el problema por el carácter vanguardista del TT –cuestión sobre la que volveremos al final del artículo– nos lleva a reconsiderar dicha experiencia en un marco temporal más amplio que incluya el derrotero de la cultura arquitectónica moderna. En tal sentido, en el *Libro Mostaza* –publicación que sintetizaba la experiencia acumulada hasta ese entonces y que definía el marco institucional y organizativo en el que se estaba desarrollando el TT – se sostenía que

es necesario replantear críticamente el rol del arquitecto, la concepción de la arquitectura que lo determina y su enseñanza aquí y ahora, ha impulsado a docentes y alumnos de la Facultad [...], a asumirse como actores de un proceso que lleve a comprender la Arquitectura como práctica social, generada en la sociedad, interpretada interdisciplinariamente, asumida y resuelta por el arquitecto, y donde el USUARIO es su destinatario, continuador y hacedor en comunidad del producto: el hábitat humano,

para luego agregar que “lo que se propone en última instancia [el TT], es el reemplazo de una práctica y enseñanza fundadas en un eje técnico-estético por una estructura orientada por el eje científico-social”.⁶ De la cita, quisiéramos destacar la crítica a la formación del arquitecto asentada sobre una mirada esteticista o tecnocrática y su reemplazo por una concepción de la arquitectura como práctica social que requería del auxilio de las ciencias sociales. Puesto en una perspectiva de largo aliento, en la que se muestren las aporías a las que se enfrentó la arquitectura moderna en su intento de transformar las formas de enseñanza de la arquitectura, el TT se asentó sobre un prolongado debate en el que la opción entre “arte” y “técnica” no llegó a encontrar una resolución definitiva.

Esa tensión entre arte y técnica remitía a las discusiones que se dieron en los intentos de reformulación de la enseñanza de la arquitectura en clave moderna. Dicho sintéticamente, con el surgimiento de las vanguardias arquitectónicas a principios del siglo XX entró en crisis el sistema compositivo conocido como *Beaux Arts*. La Bauhaus, uno de los principales intentos de reemplazar dicho sistema, prontamente se convirtió en un ejemplo paradigmático. Pero, como señala Francesco Dal Co, la intención de establecer una escuela sobre la base de la “nueva arquitectura” prontamente encontró ciertas aporías y tensiones que no pudo salvar, en que la crítica al carácter artístico de la arquitectura no resolvió la tensión entre el componente creativo y el productivo.⁷ Esto puede verse en la amarga disputa en torno a las orientaciones divergentes que Walter Gropius y Hannes Meyer dieron a la Bauhaus, las que podrían resumirse entre un momento “expresionista” y otro “objetivista”. Mientras que en el primer momento convergieron la necesidad de crear una escuela sobre la base de un “programa” que posibilitara restituir la unidad entre arte y *design* –que la tradición decimonónica había querido mantener separados– y el mantenimiento

⁶ *Libro Mostaza*, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Córdoba, UNC, 1971, pp. 7-8.

⁷ Francesco Dal Co, “Introducción”, en Hannes Meyer, *El arquitecto en la lucha de clases*, Barcelona, Gustavo Gili, 1972.

del costado artístico-intuitivo del proceso creativo –de inclinación irracionalista y estetizante bajo la influencia de Johannes Itten–, y en el curso introductorio de la Bauhaus fue reintroducida la “ideología artesana decimonónica” de creación de objetos “singulares”, en el segundo momento hubo una posición ambivalente entre compromiso político y compromiso con el capital –la gran industria–, en el que la crítica de Meyer a la arquitectura como “torre de marfil” se contraponía al “compromiso social” de la arquitectura, pero en cuya necesidad de hacer y construir se veía condicionada por una serie de fuerzas –la del capital, la de la metrópolis– que superaban su posibilidad de controlarlas. En estas contradicciones se cifra, también, el “devenir técnico de la arquitectura”, es decir, la transformación de la arquitectura en mera técnica, que dejaba de lado la discusión de los fines que perseguía para volverse meramente instrumental.

Con la migración de los principales referentes de la arquitectura moderna desde Alemania hacia los Estados Unidos a mediados de los treinta, la Bauhaus se convirtió en un modelo para la renovación de las facultades de Arquitectura. Pero a diferencia de otras experiencias,⁸ que encontraban en la escuela alemana un modelo de organización curricular, lo que emergía en Córdoba con más fuerza en el contexto de radicalización política era un intento de recuperación –aunque fuera inconsciente o involuntario– del principio vanguardista de reconciliación entre arte y vida por medio del compromiso social de la arquitectura. Pero esto reenviaba a la pregunta por el tipo de *compromiso* que la propia arquitectura imaginaba con las fuerzas sociales en su lucha contra las fuerzas del capital, en el mismo momento en que Manfredo Tafuri denunciaba el papel del *desing* en la reconfiguración del sistema capitalista.⁹

Ahora bien, si en términos de pedagogía arquitectónica la experiencia del TT se inscribió en las derivas de la Bauhaus, también debe reponerse un marco más general de la disciplina en el que se pueden identificar diferentes crisis que remitían a una serie de replanteos que pusieron en entredicho los límites de la disciplina. Si bien este no es el lugar para reconstruir ese proceso, nos interesa señalar algunas cuestiones que permitan apreciar el panorama en que se encontraba la arquitectura. Desde la segunda posguerra, la cultura arquitectónica moderna comenzó un proceso de revisión de sus postulados que dio lugar a diversas “ansiedades” respecto de las respuestas que debía ofrecer la arquitectura.¹⁰ Según Felicity Scott, esos desarrollos estuvieron ligados –sobre la base de la teoría de sistemas, la cibernética, las ciencias de la conducta o las ciencias sociales– a experimentaciones disciplinares que delinearon diferentes “tecno-utopías”, que no solo implicaron una apuesta por cambios estructurales de la sociedad sino que, también, muchas veces desafiaron los límites convencionales de la disciplina. Así, “las prácticas experimentales y radicales fueron puestas en una narrativa que indicaba una disciplina fuera de control, produciendo estrategias demasiado extraviadas de las demarcaciones tradicionales de la arquitectura”.¹¹

En tal sentido, durante los sesenta las “megaestructuras” tuvieron un fuerte impacto en el pensamiento arquitectónico, donde la proporción y las operaciones demandadas desafiaban las

⁸ De manera explícita en la experiencia de la Escuela de Arquitectura de Tucumán a fines de los cuarenta.

⁹ Manfredo Tafuri, *Architecture and Utopia. Design and Capitalism Development*, Cambridge, The MIT Press, 1976.

¹⁰ Sarah Williams Goldhagen y Rejean Legault (eds.), *Anxious modernism. Experimentation in postwar architectural culture*, Cambridge, The MIT Press, 2000.

¹¹ Felicity Scott, *Architecture or Techno-utopia. Politics after Modernism*, Cambridge, MIT Press, 2010, p. 3 [hay traducción en castellano: *Arquitectura o tecnoutopía. Política después del modernismo*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2017].

escalas en que se había pensado la arquitectura, desestabilizando los límites de la disciplina.¹² Por ejemplo, junto al avance de la “cultura del ocio”, Cedric Price ideó la propuesta del *Fun Palace* (1962). En ella se pensó en una “arquitectura indeterminada” que pudiera responder a las actividades y demandas de un uso siempre cambiante, en una suerte de interacción y compromiso entre el usuario y la arquitectura.¹³ Si cambio y flexibilidad estaban a la orden del día, uno de los grupos que llevó adelante una de las propuestas más radicales fue la revista *Archigram* (1961-1974). En sus diversas propuestas –como *Plug-in-City* o *Instant City*–, la distinción entre ciudad y arquitectura se difuminaba para adquirir una nueva dimensión de estructuras móviles que servían para producir futuras configuraciones sociales. Aunque el mayor impacto de la revista residió en presentar una nueva imagen de la arquitectura –o a la arquitectura como imagen– que abrevaba en el desarrollo de la contra cultura pop londinense, como indica Hyde, “al proponer nuevas formas radicales de imaginar y reconocer la presencia de la arquitectura dentro de emprendimientos aparentemente no-arquitectónicos, Archigram contribuía a acelerar un forzamiento de las constricciones convencionales integradas a la disciplina”.¹⁴ En Italia, por el contrario, en el contexto de una prolongada crisis profesional que se extendía al sistema universitario, Tafuri señalaba que la respuesta de los grupos de arquitectos más jóvenes –como *Archizoom*, *Superestudio*, *Gruppo 1963*, *9999*– fue la de “pensar un arte que funcionaría como una terapia psicofísica liberadora carente de códigos, y llamaba a su audiencia a participar en una destructiva y caótica orgía”.¹⁵ Si estos grupos estaban proponiendo nuevos imaginarios en los que el futuro, la tecnología y la arquitectura parecían coincidir, en un sentido opuesto la exposición “Arquitectura sin arquitectos” de Bernard Rudofsky discutía con la ortodoxia de la arquitectura moderna al mostrar la “prescindencia” disciplinar en las conformaciones de formas urbanas tradicionales, principalmente en las culturas no occidentales.¹⁶

Más allá de estos impulsos, en los convulsionados años sesenta la arquitectura también jugó un importante papel en el desarrollo de una contracultura contestataria, sobre todo en los Estados Unidos. Entre los varios ejemplos que se pueden citar, tal vez los más importantes sean *Drop City* y *Ant Farm*. La primera, fundada en Colorado en 1965 y prontamente convertida en emblema de la contracultura hippie del país en tanto “significaban una alternativa a las estructuras sociales existentes”, se construyó usando los domos geodésicos que había desarrollado Richard Buckminster Fuller para el Departamento de Estado. Como señala Scott, “adoptados como respetuosos del medioambiente, adecuados para ‘perderse’, como tecnología de hazlótú-mismo, los domos fueron por un corto período la opción arquitectónica de la contracultura”.¹⁷ Mientras que *Ant Farm*, fundada en San Francisco en 1969 por Chip Lord y Doug Michels, al tiempo que desarrollaba una “arquitectura subterránea” –de allí su referencia a las hormigas– alertaba sobre los problemas del medio ambiente, la polución y la guerra nuclear. Así, no solo recurría a una arquitectura experimental para sustentar sus intervenciones –como en *Air Emer-*

¹² Reyner Banham, *Megaestructuras. Futuro urbano del pasado reciente*, Barcelona, Gustavo Gili, 1991.

¹³ Mary Louise Lobsinger, “Cibernetical Theory and the Architecture of Performance: Cedric Price’s Fun Palace”, en Goldhagen y Legault (eds.), *Anxious modernism*.

¹⁴ Timothy Hyde, “Architecture in the Sixties and the Sixties in Architecture”, en *The Sixties: A Journal of History, Politics and Culture*, vol. 2, Nº 1, junio de 2009, p. 100.

¹⁵ Manfredo Tafuri, *History of Italian Architecture, 1944-1985*, Cambridge, MIT Press, 1989, p. 99.

¹⁶ Felicity Scott, “Bernard Rudofsky: Allegories of Nomadism and Dwelling”, en Goldhagen y Legault (eds.), *Anxious Modernism*.

¹⁷ Scott, *Architecture or Techno-utopia*, p. 155.

gency–, sino que también la situaba en el cruce y la disputa entre desarrollos tecnológicos, militares y medio ambientales.¹⁸

Pero así como algunas propuestas arquitectónicas servían para desarrollar una crítica a la sociedad de consumo norteamericana –e incluso proponer estilos de vida alternativos–, el urbanismo y la ciudad tuvieron un papel destacado en las protestas que se dieron en torno al mayo francés de 1968. Es bien conocido el impacto que tuvo el movimiento “situacionista” y su “deriva urbana” en las formas de repensar la ciudad, como parte de un clima intelectual más amplio que incluía la sociología urbana y de la vida cotidiana de Henry Lefebvre y las revistas *Utopie*, *sociologie de l’Urbain* y *Melpomène/Melp!*, entre otras.¹⁹ Justamente a través de esas revistas se puso en crisis la idea del “arquitecto artista”, sostenida por el sistema *Beaux Arts* todavía operante en Francia, y se buscó su reemplazo por la noción del “arquitecto-intelectual”. Más aun, en ese contexto de radicalización los estudiantes llevaron adelante una serie de protestas que terminaron con la disolución de la *École des Beaux Arts* y su reemplazo por las *Unités Pédagogiques*.²⁰ Hay que recordar que, en esos años, el campo de la pedagogía de la arquitectura fue uno de los más convulsionados, y encontró muy diversas y extendidas experiencias que pusieron en crisis tanto la currícula como las formas de enseñanza.²¹ Entre muchos ejemplos, podemos señalar el realizado en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de México entre 1972 y 1976, en el que el nuevo plan de estudio –llamado “autogobierno” – apuntaba a una agregación total del conocimiento, un compromiso social de la arquitectura, una autogestión y una teoría práctica. En Chile, en el contexto de creciente politización que se dio hacia los años setenta, la Facultad de Arquitectura y Bellas Artes de la Universidad Católica de Chile emprendió un cambio radical de su currícula que consistió en dividir la Escuela de Arquitectura en tres departamentos: el de Arquitectura de Obras, el de Arquitectura y el de Vivienda y Urbanismo.

Ocio, megaestructuras, domos geodésicos, auto-construcción, contracultura hippie, ambientalismo, derivas urbanas, vida cotidiana, arquitectura sin arquitectos, pedagogías radicales fueron algunos de los temas que, entre los sesenta y setenta, volvieron ampliamente porosa a una cultura arquitectónica que se veía tensionada desde múltiples lados. Ya sea porque se cuestionaban sus fronteras disciplinares, porque su propio objeto y práctica profesional aparecían más confusos que nunca, porque debía competir con nuevos saberes que la interrogaban en su constitución, la arquitectura se volvió un campo de experimentación que, en un contexto de marcada politización y radicalización, la llevaron al límite de sus posibilidades. Ahora bien, si muchos de los episodios hasta aquí señalados no tuvieron gran circulación en la Argentina –e incluso algunos ni siquiera fueron conocidos–, las dos temáticas que mayor impacto tuvieron en Córdoba fueron la del “hábitat” y la que en la Argentina dio en llamarse “arquitectura de sistemas”. Ambas cuestiones desafiaban el corazón de la disciplina: si el “hábitat” interrogaba la extensión de la arquitectura, la arquitectura de sistemas cuestionaba el centro mismo de la disciplina.

¹⁸ *Ibid.*, p. 215.

¹⁹ Jean Louis Violeau, “The Bitter Victory of the Situationist International”, en Goldhagen y Legault (eds.), *Anxious modernism*.

²⁰ Véronique Patteeuw, “Architecture, Writing and Criticism in the 1960s and 1970s”, en *Architectural Theory Review*, vol. 3, N° 15, 2010, p. 287.

²¹ Véase el extenso listado de casos recopilados por el proyecto *Radical Pedagogies*, en <<http://radical-pedagogies.com>> (27/5/15).

III. Ideología, hábitat y ciencias sociales en el TT

Aunque el TT se presupone como uno de los espacios de mayor radicalización política en la Universidad Nacional de Córdoba,²² los aspectos más interesantes y singulares de esta experiencia deben buscarse en la reformulación de las formas de enseñanza, en las transformaciones de la vida institucional y en los debates que se dieron sobre la arquitectura. Si bien por cuestiones de espacio no podremos detenernos en su funcionamiento y dinámica,²³ conviene precisar algunas cuestiones generales. Con el inicio del TT, el conjunto de la FAU entró en una actividad frenética de reuniones, asambleas, discusiones, escritos, publicaciones, traducciones, propuestas. Esta nueva situación afectó a todos los órdenes de funcionamiento de la Facultad, desde la división por materias, que pasó a comprender áreas de conocimiento, a la carrera docente, que fue reformulada íntegramente, eliminando las jerarquías docentes. En oposición a la idea de “taller vertical” –modelo adoptado en las facultades de Rosario y Buenos Aires luego de 1955–, el TT pretendía una integración *total* de la arquitectura por medio de una estructura que articulara en sentido horizontal y vertical las diferentes áreas de conocimiento en que se había dividido la estructura curricular, eliminando el anterior sistema de cátedras. Esto implicaba un trabajo conjunto de todos los niveles –vertical–, junto a una integración –horizontal– en el área de “síntesis”. Pero mientras en sentido horizontal el TT se organizaba por áreas, en sentido vertical estaba compuesto por doce Talleres, o Equipos de Trabajo (ET), cada uno de los cuales tenía una coordinadora docente-estudiantil, integrada por nivel e internivel, que, a su vez, debía confluir en una Coordinadora General que, en los hechos, era el máximo órgano de gobierno de la Facultad. Ahora bien, las realidades y las dinámicas divergían notablemente de un taller a otro: algunos de ellos funcionaron con bastante éxito, llevando adelante diversas propuestas urbano-arquitectónicas, mientras que en otros, el clima de conflicto o de radicalización política hizo prácticamente imposible las tareas académicas.²⁴ Aun así, la presencia de militantes de las diferentes agrupaciones estudiantiles –PCR, PRT, montoneros, peronismo de base, entre otras– fue transversal a todos los talleres, aunque cada uno tenía ciertas figuras centrales (profesores) que eran las que solían dar la “orientación” política del taller.

Puestos a redefinir las formas de enseñanza de una arquitectura que atendiera las problemáticas sociales a las que los futuros arquitectos debían dar respuestas, pareció necesario generar espacios en los que los docentes pudieran incorporar de manera sistemática esas preocupaciones. En lo que sigue, nos detendremos en los debates que se dieron sobre las relaciones entre arquitectura e ideología, la problemática del “hábitat” y sus relaciones con las ciencias sociales.

²² Hasta el momento no contamos con trabajos que den cuenta de las agrupaciones políticas que actuaron en el marco de la Facultad, ni mucho menos de las tensiones y los problemas que se puedan haber planteado entre aquellas y la experiencia del TT. Por ejemplo, hasta donde hemos podido indagar, de los principales referentes del TT solo Osvaldo Bidinost y Carlos Gómez tenían una militancia en organizaciones radicalizadas como PRT o PCR (respectivamente). Por contraste, Juan Carlos Fontán, decano interventor que puso en funcionamiento al TT en 1970, no tenía militancia política más allá de una identificación con el peronismo.

²³ Análisis en detalle los procesos que llevaron a la puesta en marcha del TT, así como su dinámica de funcionamiento, en Juan Sebastián Malecki, “Crisis, radicalización y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975”, en *Prohistoria*, N° 25, 2016.

²⁴ Como en el “Taller once” de Bidinost. Esto no impidió que realizaran algunos trabajos urbano-arquitectónicos, como los llevados a cabo en “Colonia Lola”.

Con la formación de los ET entre septiembre y octubre de 1970 comenzaron a definirse algunos de los temas que luego fueron ampliamente debatidos en diversos “seminarios de instrumentación docente”. Ya en esas primeras asambleas aparecen con mucha fuerza los temas que atravesaron al TT: “el rol del arquitecto en la sociedad”, el “rol del estudiante”, las “formas de ver la arquitectura”, el problema del “hábitat”. En igual sentido, la primera lista de bibliografía sugerida por los diferentes ET es indicativa del acercamiento al discurso de las ciencias sociales, sobre todo las de corte marxista. Así, por ejemplo, se proponía discutir los trabajos de Francisco Delich, Iván Baigorria, Eliseo Verón, Marta Harnecker, Marcos Winograd, Roberto Segre, Lucien Goldman.²⁵ Superada esa primera etapa, y a medida que la FAU se iba organizando, se llevaron a cabo diversos seminarios docentes que buscaban actualizar los debates disciplinares. Según la información recabada, hubo dos en 1972 y otros dos en 1975. Estos permiten tener un panorama más o menos completo de las lecturas, los autores y las problemáticas que circularon en el TT. En los dos primeros, se puede observar el giro de los arquitectos hacia unas ciencias sociales que estaban en un intenso diálogo con una historiografía que, para la misma época, también recurría a la antropología y a la sociología para renovar sus indagaciones, como la ensayada por la Escuela de los Annales –particularmente por Braudel– y la de corte marxista. Por otro lado, fueron los científicos sociales que ingresaron en 1973 quienes llevaron adelante los seminarios de 1975, en los que las discusiones se centraron, mayoritariamente, en los procesos de urbanización e industrialización.

En octubre de 1972 –la fecha es tentativa ya que no conocemos el momento de su realización– se llevó a cabo el seminario sobre “ideología y arquitectura” con la participación de Oscar Moraña, Lázaro Devoto y María Angélica Gorgas. En su presentación, Moraña sostenía que la temática “arquitectura e ideología” planteaba una “problemática transparente” en tanto implicaba una relación entre dos términos sobre los que cabrían las preguntas: “¿De qué manera la arquitectura expresa una determinada ideología? ¿De qué manera la arquitectura puede ayudar a conservar o a desarrollar determinadas ideologías?”. Sin embargo, según Moraña, estas preguntas suponían un consenso sobre los conceptos que distaba de ser generalizado. Aunque dejaba en suspenso toda definición de la arquitectura, el resto de su intervención consistía en un recorrido por las distintas definiciones de ideología, particularmente las de corte marxista. Pero más allá de los autores que nombra, nos interesa destacar la inclusión de los “aportes de la lingüística y la semántica”. No porque realice un desarrollo extenso del tema –menciona al pasar a Eliseo Verón, Umberto Eco y Noam Chomsky– sino porque da cuenta del papel central que tuvo la semiología en los debates arquitectónicos del momento.²⁶

Verón era uno de los principales impulsores de los estudios semiológicos en la Argentina, mientras que Eco había sido invitado por Waisman a realizar el último seminario del IDEHA en 1971 en La Plata. Eco ya había intentado un cruce entre semiótica y arquitectura –principalmente en la *Estructura ausente*, de 1968–, publicado parcialmente en los *Cuadernos Summa-Nueva Visión*. Eco significaba una puerta de entrada a los vínculos entre semiología y diseño que se estaban produciendo en Italia y que, en el marco del surgimiento de las neovanguardias, había despertado el interés internacional. Así se explica que en el número que

²⁵ *Boletín informativo del Taller Total*, año 1, N° 3, 21/10/70, pp. 2-5.

²⁶ Oscar Moraña, “Arquitectura e ideología”, en *Seminario de instrumentación docente 1972. Ideología y arquitectura*, Córdoba, FAU, 1972. Agradezco a Víctor Soria el haberme facilitado mucho del material acá señalado.

Summa le dedica a la exposición *Italy: The New Domestic Landscape* –organizada por Emilio Ambasz en el MoMa en 1972– se incluyera una serie de textos de Eco –que no eran parte de la muestra– y se omitieran los textos mucho más críticos de Manfredo Tafuri que sí estaban incluidos en el catálogo. Si el primero señalaba *alegremente* las contradicciones a las que se enfrentaban los diseñadores *radicales* –*Archizoom, Superstudio, Gruppo 9999*– al decir que “proyectan y diseñan su protesta contra el universo del diseño industrial adaptado a las exigencias de la sociedad de consumo”,²⁷ el segundo mostraba que la “revuelta de los objetos” de los diseñadores italianos, bajo el piso común del estructuralismo y las teorías semiológicas de la comunicación, ejemplificaba la *ratio* por la cual la utopía tecnológica del diseño ocultaba su propia contribución a la reconfiguración del capitalismo.²⁸ Si Tafuri representaba la posición más crítica y políticamente comprometida, la de Eco resultaba más ambigua y preocupada respecto de sus implicaciones y, por tanto, más fácil de asimilar por lectores interesados en el hecho del diseño en sí. Además del prestigio de Eco, posiblemente haya sido su posición moderada lo que le interesaba a Waisman para invitarlo a dictar el seminario del IIDEHA, ya que le permitía un juego controlado respecto a los saberes que estaban cuestionando los límites de la arquitectura. Así parecía sugerirlo cuando justificaba la invitación de Eco al seminario: “por esa necesidad urgente que tiene hoy todo arquitecto que se respete, de tratar de salirse del campo de la arquitectura para reconsiderar su propia acción desde nuevos puntos de vista”.²⁹

Pero volvamos una vez más a Moraña. Al final de su texto, proponía tres “hipótesis” de acuerdo a las definiciones de ideología que había desarrollado. Si la primera apuntaba a las relaciones entre arquitectura y cultura, como crítica a las maneras “formalistas” de entender la historia de la arquitectura, en la tercera se preguntaba sobre “qué tipos de mensaje emite la arquitectura”, en un intento, bastante vago, de acercarse a una semiología de la arquitectura. Pero nos interesa destacar la segunda hipótesis, que se refería a la ideología como falsa conciencia, para remarcar que, desde un punto de vista marxista, “se tenderá a hablar de hábitat más que de arquitectura, por cuanto el hábitat se presenta inmediatamente como organización del espacio social global, mientras que el término de ‘arquitectura’ tiende a connotar fenómenos de ‘artisticidad’ que indudablemente empañan la claridad del análisis”.³⁰

Justamente la problemática del “hábitat” fue una de las discusiones más importantes en el TT. La misma no solo remitía a una larga serie de debates y propuestas dentro de la cultura arquitectónica internacional, sino que, en el contexto del TT, supuso una reformulación del papel de la “historia” –y, por consiguiente, de cómo la disciplina se veía a sí misma–, al tiempo que se pensaba como un aporte específico a los procesos de transformación social. En tal sentido, con el nuevo Plan de Estudio las materias de Historia de la Arquitectura desaparecía para ser subsumida dentro del subcampo de “Histórica Crítica del Hábitat”. La nueva denominación implicaba no solo un cambio de nombre, sino, y más importante aun, un desplazamiento y una

²⁷ Umberto Eco, “El antidiseño”, en *Summa*, N° 54, octubre de 1972, p. 58.

²⁸ Manfredo Tafuri, “Design and Technological Utopia”, citado en Scott, *Technoutopias*, p. 136.

²⁹ Marina Waisman, “Umberto Eco en IIDEHA”, en *Summa*, N° 29, 1970, p. 77.

³⁰ Oscar Moraña, “Arquitectura e ideología”, pp. 14-15.

suerte de “disolución” del objeto de la historia de la arquitectura –sobre todo en relación a cómo la había planteado Tedeschi–.³¹

El concepto de “hábitat” había sido introducido primero en los debates arquitectónicos a principios de los años cincuenta por Michel Ecochard y los grupos del CIAM con base en el norte de África. Ecochard estuvo a cargo del *Service de l'Urbanism* del Protectorado Francés de Marruecos entre 1946 y 1952. Ante la creciente migración rural, el *Service* llevó adelante una intensa política de urbanización. Para ello, colaboró estrechamente con geógrafos, antropólogos y sociólogos franceses que trabajaban en Marruecos, de los cuales tomó prestada la noción de “hábitat”, lo que le permitió realizar diversos estudios sobre las formas tradicionales de vida de los grupos migrantes que fueron implementados en las propuestas urbano-arquitectónicas de vivienda colectiva. Allí se destacaba la reproducción de la grilla tradicional del *Casbah* marroquí, así como la recreación de los espacios interiores y exteriores típicos de los modos de vida musulmana. Los resultados fueron presentados bajo el título *Housing for the Greatest Number* en el CIAM realizado en Aix-en-Provence, donde causó una gran impresión en los grupos más jóvenes de arquitectos, como Aldo Van Eyck y los Smithson.³²

En segundo lugar, el concepto de “hábitat” fue introducido por el propio Le Corbusier cuando intentó sustituir la “Carta de Atenas” por la “Carta del hábitat” en el VII Congreso de Bérgamo, en 1949, aunque no fue oficialmente tratado hasta el IX Congreso en Aix-en-Provence, en 1953.³³ La noción de hábitat pretendía un abordaje holístico de las condiciones humanas del vivir, entre ellas la del medio construido. De esta manera, la especificidad de la arquitectura era diluida en una serie de problemáticas que requerían de la asistencia de otras ciencias especializadas, poniendo en discusión la autonomía de la forma arquitectónica. Así, “de golpe, el objeto de la arquitectura, el urbanismo y la planificación no fue más la ‘ciudad’, sino el medio ambiente. Indicativo, además, de un desplazamiento de la preocupación de la arquitectura (moderna) por la vivienda hacia una obsesión con el ‘hábitat’”.³⁴ Pero a medida que la temática del desarrollo del “tercer mundo” fue ganando espacio en las agendas internacionales durante los años sesenta, la temática del “hábitat” se instaló con fuerza en un conjunto importante de agencias internacionales, como en la conferencia internacional sobre Hábitat en 1976 de las Naciones Unidas y en la creación del Centro para los Asentamientos Humanos. De tal forma, si bien la noción de hábitat incluía toda la extensión del antiguo objeto de la historia de la arquitectura, disolvía la especificidad arquitectónica dentro del problema general de los “asentamientos humanos”.

Si la problemática del hábitat venía precedida por estos debates, nos interesa ahora indagar sobre las lecturas específicas que circularon en el TT. En agosto de 1970, el “Grupo del hábitat” –agrupamiento local que replicaba el “frente de arquitectos” formado a nivel nacional en torno a las figuras de Marcos Winograd, Paco García Vázquez y Víctor Pelli– había realizado una mesa redonda sobre “hábitat y política”, con gran presencia de estudiantes y docentes. En octubre de ese año, Iván Baigorria –miembro de aquel grupo– dictó una confe-

³¹ Sobre Tedeschi, véase Juan Sebastián Malecki, “Historia y crítica. Enrico Tedeschi en el proceso de renovación de la cultura arquitectónica argentina, 1950-1970”, en *Eadem Utraque Europa*, N° 14, 2013.

³² Jean-Louis Cohen, “The Moroccan Group and the Theme of Habitat”, en *Rassegna*, N° 52, 1992.

³³ Eric Mumford, *The CIAM Discourse on Urbanism, 1928-1960*, Cambridge, The MIT Press, 2000, pp. 192 y 225.

³⁴ Viviana D’Auria, Bertrand de Meulder y Kenny Shannon, “The Nebulous Notion of Human Settlements”, en D’Auria, et al., *Human Settlements. Formulations and (re)Calibrations*, Amsterdam, Sun Academia, 2010, p. 10.

rencia en la FAU que fue ampliamente citada en trabajos posteriores del TT.³⁵ Allí sostenía que lo que caracterizaba al hombre era el “transformar lo que la naturaleza nos brinda en un sistema organizado de objetos e ideas”. Partiendo del “materialismo dialéctico”, Baigorria sostenía que la “realidad al hombre se le presenta como una totalidad”. Pero si el hombre transforma a la naturaleza en cultura, la parte de la “naturaleza que el hombre transforma interesa a los arquitectos o a los urbanistas en un segmento que es el denominado el HÁBITAT”. Para aclarar que “en la actualidad se ha comprendido que el hábitat no es solamente el espacio físico en que vive el hombre, [...] se ha comprendido que el hábitat, siendo cultura, es un producto social y que por tanto la cultura y el hábitat dentro de ella, son un producto específico del hombre viviendo en sociedad”. Pero además, especificaba que la noción de hábitat era un “conjunto problemático [...] que se puede ubicar en un espacio ‘imaginario’ que se da en la confluencia de la esfera de lo natural, lo social y lo cultural”. Por ello mismo, sostenía que “no se puede encarar al hábitat como un simple problema de adaptación al medio físico”, ni como un problema constructivo o de diseño arquitectónico.³⁶

Buena parte de estas cuestiones fueron retomadas en 1972. En el texto “El tema del hábitat” –que figura sin autor– se repiten varias cuestiones apuntadas por Baigorria. A una primera explicitación de que la noción de “hábitat” proviene de la biología y que se emparenta con la de “ecología”, le seguían una serie de consideraciones que ponían en crisis ciertas nociones centrales del modernismo más ortodoxo –como la de función y la de ciudad–. Así, por ejemplo, se sostenía que “la ciudad no es una simple matriz funcional sino el resultado de un juego social y cultural sumamente complejo como la sociedad que la forma, y al hablar de los niveles intraurbanos del hábitat se piensa precisamente en la dinámica de este juego que empeña motivaciones afectivas que trascienden las funciones institucionalizadas”. Aunque sin renunciar del todo a la idea de “función”, advertían sobre el nuevo marco que se buscaba: “la idea de funcionalismo encuadra los hechos en relación a su cumplimiento, los considera acontecimientos finitos y transitorios [...]. La idea de hábitat es radicalmente distinta, se basa en el concepto de permanencia”. Según el texto, con ello se pretendía dejar de “considerar como unidad de proyecto al edificio, para tomar como unitario un conjunto arquitectónico y sus relaciones con el entorno”. Por tanto, la noción de hábitat “incide profundamente en la acentuación del destino social de la arquitectura”.³⁷

En septiembre de 1972 se realizó el seminario sobre el “Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat”, en el que participaron Edith Peralta, Liliana Rainis, Rodolfo Gallardo, Adrian Trecco, Berta De la Rúa y Carlos A. Gómez. La primera parte fue desarrollada por Peralta, otra de las integrantes del “grupo del hábitat”. Allí explicitaba que “entendemos por hábitat no solamente el espacio físico en que vive el hombre, o sea la parte del espacio geográfico natural al que ha transformado en vivienda y los problemas constructivos y funcionales que de ella se derivan, sino además, se ha comprendido que, siendo el hábitat cultura, es un producto social”. A continuación Peralta desarrollaba un recorrido sobre las formas de ocupación del suelo en América Latina desde la colonia hasta la actualidad,

³⁵ Egresado de la Escuela de Historia en 1968, hacia principio de los setenta se desempeñaba como docente de Antropología Cultural en la Facultad de Filosofía.

³⁶ Iván Baigorria, *Cultura y hábitat*, Córdoba, FAU, octubre de 1970.

³⁷ “El tema del hábitat” (sin autor), Córdoba, FAU, octubre de 1972.

para concluir –siguiendo un artículo de Segre– con la situación de la Cuba socialista, que había permitido superar la dicotomía entre desarrollo urbano y desarrollo rural.³⁸

Rainis –que se había formado con Waisman y Tedeschi– comenzaba su exposición con un diagnóstico sombrío respecto del momento actual de la arquitectura, que se presentaba como un “fermento de violentas involuciones” que coexistían “al lado de un conjunto de nuevos requerimientos y propuestas” que daban un panorama general de “una verdadera crisis institucional de la arquitectura”. Refiriéndose al artículo de Walter Gropius “Alcance de la arquitectura integral”, de 1956, en el que señalaba que el arquitecto debe ser un “coordinador”, Rainis sostenía –citando a Lefebvre– que la interpretación y la traducción de las necesidades humanas a fórmulas funcionales fue uno de los más graves errores del movimiento moderno, ya que “reduce caricaturalmente la vida”. La consecuencia, para ella, era que “se volvía de este modo a legalizar el rol del arquitecto-demiurgo, al servicio de las clases dominantes, que la época del Renacimiento había iniciado, personalizado en el arquitecto-artista”. En contra de esa tendencia, Rainis indicaba que si los estudios sobre “métodos y procesos de sistematización del diseño” se mostraban todavía insuficientes, era porque se debía “ampliar y profundizar el campo de análisis de la realidad”. Con ello se refería a que “la arquitectura contiene modos de vida”. A continuación, buscaba desarrollar un recorrido sobre “lo que la arquitectura ha significado como anticipación ideológica primeramente y luego como proceso inmerso en el otro más amplio de la producción y desarrollo del universo capitalista”. Más allá del recorrido que traza, nos interesa destacar el gesto que buscaba “desmitificar la arquitectura”, su definición de que “la arquitectura es una organización de espacios que contienen y condicionan modos de vida humanos, estableciendo por lo tanto condiciones de habitabilidad determinadas y que expresan las relaciones sociales de producción”, que debería dar lugar a una “historia de los procesos de producción de la arquitectura”, así como las referencias a Eco, a Françoise Choay (“Semiología y urbanismo”) y a la *Antropología estructural* de Claude Lévi-Strauss.³⁹ Esta última supuso un tenue intento de acercarse a lo que más recientemente se ha llamado “antropología arquitectónica” pero que reconoce en el artículo de Pierre Bourdieu “La maison Kabyle ou le monde renversé”, de 1964, uno de sus textos fundantes, traducido para el TT por Facundo Ortega y Amalia Mauro.

Como indicamos más arriba, los seminarios de 1975 –realizados cuando la experiencia del TT estaba llegando a su fin– fueron llevados adelante por los docentes que integraban el llamado “grupo de las AES” –Antropología, Economía, Sociología– de la Subárea de Ciencias Sociales. Hay que remarcar que este grupo provenía de las ciencias sociales y su incorporación como docentes en la FAU fue un gesto significativo de cuán programática era la intención de acercar la arquitectura a esos debates.⁴⁰ Efectivamente, en los concursos realizados a fines de 1972 ingresaron Waldo Ansaldi, Enrique Federico Cárpena (sociología); Facundo Ortega, Bea-

³⁸ Edith Peralta, “Uso del suelo”, en *Seminario de instrumentación docente: Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat*, Córdoba, FAU, 1972, pp. 67 y 73.

³⁹ Lilliana Rainis, “Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat”, en *Seminario de instrumentación docente: Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat*, Córdoba, FAU, septiembre de 1972.

⁴⁰ La interacción del grupo de la AES fue con los docentes por medio de los seminarios de actualización y no con los estudiantes en el taller, lo cual también marcaba un límite a esa integración.

triz Alacia de Heredia, Baigorria (antropología); José González (economía).⁴¹ Alacia, Baigorria, Ortega y Ansaldi eran egresados de la carrera de Historia de la UNC. La primera, recibida en 1964, fue docente de Antropología en la Facultad de Filosofía hasta que fue expulsada por la dictadura de Onganía. Luego de realizar estudios de posgrado en el Instituto Di Tella y en Río de Janeiro, volvió al país para integrarse al TT. Ansaldi egresó a fines de 1972, aunque para ese entonces ya había realizado diversos trabajos con Francisco Delich. Ansaldi había participado del grupo estudiantil cercano a *Pasado y Presente*, siendo presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía en 1966.

El primer seminario, sobre “Espacio y sociedad”, fue organizado por Ansaldi, Ortega, Mauro y Elsa Chanaguir, con textos de Lucien Febvre, Fernand Dumont, Maurice Godelier y Eric Hobsbawm, entre otros. Se proponía como objetivo una “crítica al determinismo geográfico” sobre la base de un paralelismo entre la “interpretación del espacio y la interpretación del tiempo” que se oponía a las consideraciones estéticas sobre el espacio que había desarrollado Zevi y difundido Tedeschi. En el intercambio de perspectivas, saltaba a la vista que los arquitectos mantenían una noción de espacio ligado a lo geográfico y lo físico, mientras que los sociólogos y los historiadores buscaban complejizarla a través de una “dialéctica del espacio y una dialéctica de la duración”. En esa línea, Foglia reconocía –refiriéndose al Suquia– que “lo que se considera un límite natural, muchas veces no lo es. No porque no exista el río sino porque ese río es un límite social [...]. El río puede separar para que de un lado estén ciertos barrios con determinada extracción social”. En las conclusiones, se sostenía que “la relación sociedad-espacio debe ser encarada desde una perspectiva histórica”, en tanto “el espacio urbano mediatiza las relaciones del hombre con la naturaleza”.⁴²

El segundo seminario, organizado por Ansaldi, Chanaguir, González y Mauro como continuación y profundización del primero, se refería a los “procesos de industrialización y urbanización”, temática que había sido desarrollada por la incipiente sociología cordobesa, principalmente con los trabajos de Juan Carlos Agulla y los de Delich. Allí se realizó un repaso sobre los principales conceptos involucrados, en el que se señaló que urbanización e industrialización no son siempre procesos coetáneos, aunque en muchos casos se los ha confundido con el desarrollo económico. Si bien se llega a señalar la situación particular que presenta el contexto latinoamericano, que era motivo de debate en una extensa bibliografía de la época bajo la figura de la “ciudad latinoamericana”, no se lo desarrolla. La bibliografía utilizada incluía, entre otros, textos de Maurice Dobb, Charles Bettelheim y Hobsbawm.⁴³

Estos seminarios ofrecen un panorama bastante completo de las principales discusiones que se dieron en el TT, así como de muchos de los autores que por allí circularon. En líneas generales, se puede sostener que el TT buscó ponerse al día con las temáticas que estaban teniendo una amplia circulación y recepción en la Argentina del momento, desde la antropología estructuralista de Lévi-Strauss a la sociología urbana y de la vida cotidiana de Lefebvre, pasando por la Escuela de los Annales.

⁴¹ RD 3/73 y 4/73. No hemos podido encontrar las resoluciones en las que se incorporaban Elsa Chanaguir y Amalia Mauro.

⁴² “Seminario docente N 1: Espacio y sociedad”, FAU, 1975, mimeografiado. Agradezco a Elsa Chanaguir el haberme facilitado el material dactilografiado de los dos seminarios organizados por el área de ciencias sociales.

⁴³ “Segundo seminario: Los procesos de industrialización y urbanización”, FAU, 1975.

IV. Radicalización disciplinar: arquitectura de sistemas

Si la problemática del hábitat suponía un desdibujamiento de las fronteras disciplinares, en el marco del TT podemos identificar aun otra cuestión que afectaba, esta vez, al centro mismo de la arquitectura. Nos referimos a ciertos planteos realizados dentro de la “arquitectura de sistemas” y a una de sus figuras más importantes, Mario Corea. La arquitectura de sistemas tuvo una amplia y extendida difusión en los setenta –impulsada incluso desde dependencias estatales, como la Secretaría de Estado de Salud Pública–, aunque sus fuentes remiten a otra de las respuestas elaboradas por la cultura arquitectónica internacional luego de la Segunda Guerra Mundial. Según Alan Colquhoun, dos cuestiones habrían convergido para producir un cambio en el diseño: la psicología de la percepción y la idea de “comunidad”, que colocaba al usuario en el centro de la escena, y la teoría de los sistemas, que partía de extrapolar el principio de la autorregulación de las máquinas a todo conjunto organizado.⁴⁴ Sobre esta base, Fernando Aliata señala que “la irrupción del industrial *design* bélico plantea cambios en las estrategias organizativas del proyecto de arquitectura que cuestionan severamente el tipo de certeza hasta allí desarrollado y que constituían la enciclopedia mental de los arquitectos. Y no solo de aquellos formados en la tradición *Beaux Arts* sino de aquellos integrados a la práctica moderna que continuaban pensando en la necesidad de control disciplinar sobre los objetos arquitectónicos organizados como productos acabados y únicos”.⁴⁵ De tal forma, al pasar del ámbito bélico al de la arquitectura, las ideas de indeterminación, repetición, regularidad y ausencia de centro –característico de la arquitectura de sistemas– tendieron a generar una nueva manera de encarar el proyecto arquitectónico. Así, en consonancia con la difusión de la problemática sobre el hábitat que, en conjunto con la Teoría General de Sistema, tendía a valorizar la riqueza de los sistemas urbanos autoconstruidos –como en el caso de la *Casbah* norafricana– y de la emergencia de la temática de la autoconstrucción, la arquitectura de sistemas, en sus versiones más extremas, llevaba a plantear la posibilidad de prescindir del arquitecto como dador de forma. Estas cuestiones posibilitaron que, en el contexto del TT, la arquitectura de sistemas sirviera como un discurso de radicalización disciplinar.

Mario Corea egresó en 1962 de la Facultad de Arquitectura de Rosario. Ese mismo año se ausentó para hacer un master de *Urban Design* en la *Graduate School of Design* de Harvard. Allí entró en contacto con Josep Lluís Sert, con el que trabajó durante un tiempo. Como ha señalado Graciela Silvestri, Corea llegó a Harvard en el preciso momento en que el “diseño urbano” se estaba consolidando como un área particular de la disciplina, bajo el presupuesto de articular el trabajo del arquitecto, el del planificador y el del paisajista.⁴⁶ Durante su estadía en Cambridge, trabajó en el equipo de Fumihiko Maki –representante del “metabolismo” japonés y de varios proyectos megaestructurales–, en cuyo marco participó en la redacción del artículo “Sistemas de movimiento en la ciudad” –una referencia central para entender la arquitectura de sistemas, según Silvestri–, reproducido en 1972 por el TT. En 1970 se desplazó a Londres donde obtuvo otro diploma en *Urban Design* de la *Architectural Association*. Al año siguiente fue becado por la asociación dependiente del Ministerio de Relaciones Públicas y Cooperación Técnica de Fran-

⁴⁴ Alan Colquhoun, *La arquitectura moderna. Una historia desapasionada*, Barcelona, Gustavo Gili, 2005, p. 220.

⁴⁵ Fernando Aliata, “Arqueología de la arquitectura de sistemas”, en *Registros*, año 10, N° 11, 2014, p. 8. Sobre la arquitectura de sistemas sigo el planteo de Aliata.

⁴⁶ Sobre Corea sigo lo planteado por Graciela Silvestri, “Alma de arquitecto”.

cia para realizar un seminario sobre proyectos urbanos y regionales. Allí entró en contacto con la extensa investigación sobre temas urbanos que se estaba teniendo lugar en Francia con Manuel Castells, Alain Touraine y Lefebvre. Pero fue en Londres donde Corea se aproximó a la política, según recuerda: “me hice de izquierda en Londres, en el AA: no por mis profesores, sino por mis compañeros, en especial por los italianos”.⁴⁷ A su regreso a la Argentina, Corea ingresó al Partido Comunista Revolucionario, creado en 1968. Para ese momento, el PCR, de tendencia maoísta, tenía una importante gravitación en los sectores más radicalizados de la izquierda intelectual de corte marxista, incluyendo a varios personajes ligados a *Pasado y Presente*.

El primer contacto de Corea con el TT se produjo en diciembre de 1970, cuando fue invitado –a través de su amigo Víctor Soria, decano de la FAU entre 1972 y 1973– a participar del ciclo de conferencias “Arquitectura y urbanismo. Su contexto global, aspectos metodológicos del Diseño”. Luego siguió su designación como parte del jurado en los concursos que se realizaron en 1971. En 1972 fue contratado por un mes para dictar un curso sobre “metodología del diseño hospitalario”, ingresando como docente de la FAU en los concursos sustanciados a fines de ese año.⁴⁸ Como muestra de la repercusión que tuvo la actuación de Corea en el TT (o al menos para una parte de este), la FAU publicó *Hacia una dimensión socio-política de la arquitectura y el urbanismo* y *El diseño transfuncional. La estructura posibilitante*, que era su presentación al concurso de 1972.

En *Hacia una dimensión socio-política*, Corea explicitaba su posicionamiento político-arquitectónico, del cual habría que destacar dos cuestiones: la del urbanismo como praxis social y la del arquitecto como intelectual. Respecto de la primera, Corea sostenía que “si el urbanismo tiene que ver con el orden sin imposición, dando a la gente el derecho de participar en la formación de su propio medio ambiente, deberá ante todo, comprender la sociedad en la cual está trabajando”; así, “el Urbanismo debe introducir la dimensión socio-política en el marco teórico de la disciplina”.⁴⁹ Pero para Corea, el fenómeno urbano de crecimiento continuo que “debería” ser el lugar para la “realización social” se había convertido en el “centro de la dominación material”.⁵⁰ Siguiendo la lectura del *Hombre unidimensional* de Herbert Marcuse, señalaba que “los productos mismos tienen la capacidad de adoctrinamiento” en tanto generan formas de vida en la que se reproduce los modos de explotación imperialista, donde el desarrollo tecnológico es transferido ya obsoleto del centro a la periferia. Para revertir la situación, sostenía que “a menos que el control totalitario de la sociedad industrial sobre los países subdesarrollados sea eliminado no podemos romper el subdesarrollo”.⁵¹

En sintonía con las discusiones sobre el hábitat en el TT a las que nos hemos referido –que tenían un origen común en los planteos de Lefebvre–, Corea indicaba que “la falla de los arquitectos y planificadores en comprender este carácter dialéctico de la ciudad, está expresado en el hecho de que ellos miraron la ciudad como un objeto, como una máquina que trabaja”.⁵² Pero si la ciudad estaba en crisis, había algunas señales alentadoras –como las rebeliones de

⁴⁷ Citado en Silvestri, “Alma de arquitecto”, p. 78.

⁴⁸ RD 4/73. Pese a haber sido una de las figuras de mayor prestigio que participaron en el TT, habría que relativizar su impacto en el mismo ya que, aun cuando ganó el concurso docente, no llegó a dar clases.

⁴⁹ Mario Corea, *Hacia una dimensión socio-política de la arquitectura y el urbanismo*, Córdoba, FAU, 1972, p. 5.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 19.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 20-21.

⁵² *Ibid.*, p. 27.

París, Córdoba, Rosario, Washington— de que “la ciudad está recuperando parte de su valor-uso”.⁵³ Ante esta situación, Corea se preguntaba: “¿Puede la ciudad sobrevivir a esta crisis? No. Pero al mismo tiempo la ciudad no puede desaparecer. Ello significaría la dominación final de la sociedad por las fuerzas totalitarias. La ciudad tiene que sobrevivir y por su supervivencia, la ciudad tiene que ser redefinida”.⁵⁴ En tal sentido, rescataba la experiencia llevada adelante por John Turner en Perú en el marco del Plan PREVI: “Es paradójico que si nosotros buscamos un ejemplo de lo más cercano a un urbanismo tal como una praxis social, lo encontremos en la comunidad más pobre de un país subdesarrollado de Latinoamérica”.⁵⁵ Más aun, su insistencia en redefinir el urbanismo como una praxis social dejaba abierta la puerta para que la figura del arquitecto fuera superada por la sociedad. En tal sentido, Corea sostenía que los enfoques tradicionales “parten de la creencia de que el especialista, el arquitecto o el planificador” tienen el derecho a la síntesis entre forma práctica y su concreción material. En contrapartida, decía, “deberíamos afirmar como un concepto básico para el nuevo enfoque, que en términos del medio ambiente urbano, de la ciudad, nadie excepto la sociedad misma es capaz y tiene el derecho de hacer esa síntesis”. Más aun, “es la transformación del urbanismo en una práctica social a nivel global. Este urbanismo rebasa las técnicas parciales, los conceptos especialistas y se transforma él mismo en una praxis social, en el interés de la sociedad ejerciendo su derecho a la autodefinición”.⁵⁶

Si Silvestri acierta al señalar que Corea rechazaba las posiciones de autoconstrucción del hábitat,⁵⁷ ese rechazo en pos de un rol específico para el especialista se da a nivel proyectual —por ejemplo, en su propuesta para el concurso de remodelación del centro de Santiago de Chile de 1972— pero entraba en conflicto con el nivel discursivo. Y como la propia Silvestri señala, la práctica discursiva era central tanto para Corea cuanto para el TT. Así, en el contexto de su enunciación, la definición del urbanismo proponía abría un marco de indecibilidad —en el paso del discurso a la forma— que, en parte, intentaba ser subsanado incluyendo una consideración del arquitecto en cuanto intelectual. Al respecto, decía que “este urbanismo mirará a la ciudad y a la urbanidad no como un producto directo del arquitecto o equipo de especialistas (equipo de planificación) sino como el producto de un proceso dialéctico entre la sociedad, la realidad material y el arquitecto. No solamente como un proceso intelectual, sino también y más importante, como un proceso de práctica social y práctica política”.⁵⁸ Ahora bien, la cuestión del arquitecto *qua* intelectual debe inscribirse en una perspectiva más amplia, en la que un grupo de marxistas heterodoxos, que se encontraban en la estela de la experiencia de *Pasado y Presente* —en donde podemos situar a *Los Libros*, del que participó Corea en el número 36—, siguiendo las ideas de Antonio Gramsci pensaron la cultura como el espacio específico de intervención política de los intelectuales.

La referencia a la noción gramsciana de “intelectual orgánico” es explícita en *El diseño transfuncional*⁵⁹ para dar cuenta de la nueva figura del arquitecto-intelectual que proponía.

⁵³ *Ibid.*, pp. 29 y 31.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 34.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 37.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 58.

⁵⁷ Silvestri, “Alma de arquitecto”, p. 86.

⁵⁸ Mario Corea, *Hacia una dimensión*, p. 60.

⁵⁹ Mario Corea, *El diseño transfuncional. La estructura posibilitante (notas para la discusión)*, Córdoba, FAU, 1973, p. 22.

Esta se insertaba en una relectura del modernismo arquitectónico que buscaba superar, en sentido dialéctico, las limitaciones a las que este había llegado. Así, sostenía que la noción de “transfuncionalidad” estaba dirigida a la “superación del pensamiento analítico y a la incorporación del pensamiento dialéctico, concebido dentro del proceso histórico y ubicando a la práctica social como su protagonista más definitorio”. Esto implicaba “superar la idea de objeto producido para su uso posterior y proponer la idea de proceso de producción de hábitat por la práctica social en el tiempo Histórico”.⁶⁰ En esa misma línea, argumentaba que, si a nivel teórico se buscaba romper las relaciones entre función-forma, el nuevo concepto de diseño pretendía “romper la concepción del arquitecto de síntesis, la concepción del arquitecto que tomando la programación que le viene determinada, fundamentalmente por las clases dominantes se convierte en el ejecutor de esa programación”. Por el contrario, concebía “al arquitecto como agente posibilante (técnico + político) entre la práctica social previa y la política de masas, que son quienes determinan sus necesidades, al servicio de su clase y la práctica social posterior a la concreción material [...]. El arquitecto, en ese contexto actúa como posibilante y no como determinante o como intérprete de las necesidades”.⁶¹ De tal forma, los planteos de Corea parecían sostener una de las versiones más radicalizadas de la arquitectura de sistemas, en la que la propia figura y función del arquitecto eran puestas en tensión al punto de posibilitar su disolución como creador de forma.

V. El problema de la vanguardia

A modo de cierre, quisiéramos retomar la pregunta por el carácter vanguardista del TT. La misma no tiene una respuesta evidente, en tanto depende de cómo conceptualicemos a las vanguardias artísticas, a lo que deberíamos sumar las especificidades sobre la condición “artística” de la arquitectura. La propuesta de Peter Bürger fue la que estableció el marco conceptual a partir del cual se han leído las *rupturas* vanguardistas de principios del siglo XX.⁶² Dicho de manera esquemática, la teoría de Bürger se apoya sobre tres cuestiones: la crítica de las vanguardias estaban dirigidas al “arte como institución” en un intento de reconciliar arte y vida por medio de la sustitución de la idea de “obra orgánica” por la de “obra inorgánica”.

Para la misma época, Tafuri procedía a una lectura de las vanguardias arquitectónicas que ponía el acento en su deriva posterior en el marco de la reconfiguración del sistema capitalista. Si para Bürger destrucción y reconciliación definían a las vanguardias, Tafuri señalaba que las vanguardias arquitectónicas implicaban un presupuesto “constructivo”, en el que la arquitectura estaba llamada a contribuir a la construcción de un “mundo nuevo”. Por tanto, en su necesaria relación con la ciudad, con el Estado y con las fuerzas productivas, las vanguardias arquitectónicas se enfrentaron más clara y directamente con la serie de dilemas y contradicciones que anidaban en las experiencias vanguardistas. Incluso el derrotero de la “arquitectura moderna” muestra con mayor crudeza el papel jugado en el proceso de reorganización del sistema de producción capitalista, en el que se pasó del “momento heroico” de las vanguardias archi-

⁶⁰ Corea, *El diseño transfuncional*, p. 16.

⁶¹ *Ibid.*, p. 19.

⁶² Peter Bürger, *Teoría de la vanguardia*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010.

tectónicas a la formulación del plan, del momento experimental de los primeros CIAMS a su institucionalización como expertos mundiales en la segunda posguerra. Más aun, en el contexto norteamericano de los setenta, las diferentes reformulaciones y experimentaciones llevaron a una nueva propuesta “vanguardista” que, bajo el rótulo difuso de “posmodernismo”, supuso el abandono de los principios de la arquitectura moderna.⁶³

El tema excede en extensión y complejidad lo que aquí hemos reseñado, pero es útil para subrayar el doble *destiempo* –noción que tomamos de Hall Foster–⁶⁴ en que se produjo la experiencia del TT. Destiempo respecto tanto a esas nuevas propuestas vanguardista cuanto a su *retorno* a un tipo de principio vanguardista de reconciliación entre arte y vida pero que, consciente de las limitaciones que imponía una “sociedad capitalista dependiente”, no albergaba esperanzas en la creación de una nueva *forma arquitectónica* –el propio Corea lo señalaba citando a Lefebvre–,⁶⁵ sino postulando una nueva “mentalidad” del futuro profesional en su aproximación a las necesidades sociales que debían constituirse en centrales para su desarrollo profesional. Así, no se trataba de crear una nueva “arquitectura” sino de dar sentido a un nuevo “arquitecto”. De tal forma, el “compromiso” no podía ser con una forma arquitectónica o política determinada, sino con una pedagogía específica. De ahí la imposibilidad de *su* arquitectura. Si esto era una paradoja que no tenía salida, no podremos saberlo por lo abrupto de su interrupción en pleno proceso de desarrollo. □

Bibliografía

- Aliata, Fernando, “Arqueología de la arquitectura de sistemas”, en *Registros*, año 10, N° 11, 2014.
- Banham, Reyner, *Megaestructuras. Futuro urbano del pasado reciente*, Barcelona, Gustavo Gili, 1991.
- Baigorria, Iván, *Cultura y hábitat*, Córdoba, FAU, octubre de 1970.
- Beigel, Fernanda (ed.), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*, Buenos Aires, Biblos, 2010.
- Bürger, Peter, *Teoría de la vanguardia*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010.
- Cohen, Jean.-Louis, “The Moroccan Group and the Theme of Habitat”, en *Rassegna*, N° 52, 1992.
- Colquhoun, Alan, *La arquitectura moderna. Una historia desapasionada*, Barcelona, Gustavo Gili, 2005.
- Corea, Mario, *Hacia una dimensión socio-política de la arquitectura y el urbanismo*, Córdoba, FAU, 1972
- , *El diseño transfuncional. La estructura posibilitante (notas para la discusión)*, Córdoba, FAU, 1973.
- Dal Co, Francesco, “Introducción”, en Hannes Meyer, *El arquitecto en la lucha de clases*, Barcelona, Gustavo Gili, 1972.
- D’Auria, Viviana, Bertrand de Meulder y Kelly Shannon, “The Nebulous Notion of Human Settlements”, en Viviana D’Auria et al., *Human Settlements. Formulations and (re)Calibrations*, Amsterdam, Sun Academia, 2010.

⁶³ Véase Reinhold Martin, *Utopia Ghost: Architecture and Posmodernism, Again*, Minnesota, University of Minnesota Press, 2010.

⁶⁴ Hal Foster, *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*, Madrid, Akal, 2001.

⁶⁵ Corea terminó su presentación al concurso docente con esta cita de Lefebvre: “no es función del arquitecto definir una nueva concepción de la vida, sino una nueva concepción de la vida la que debe permitir al arquitecto realizar su labor”. En una línea similar se expresaba Tafuri a principios de 1970, cuando señalaba, parafraseando a Marx, que no puede haber una arquitectura revolucionaria, sino una crítica revolucionaria de la arquitectura, en Tafuri, *Architecture and Utopia*.

- Eco, Umberto, “El antidiseño”, en *Summa*, N° 54, octubre de 1972.
- Foster, Hal, *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*, Madrid, Akal, 2001.
- García, Diego, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la memoria*, N° 10/11/12, Buenos Aires, cedinci, 2011/2012.
- Goldhagen, Sarah W. y Rejean Legault (eds.), *Anxious modernism. Experimentation in postwar architectural culture*, Cambridge, The MIT Press, 2000.
- Hyde, Timothy, “Architecture in the Sixties and the Sixties in Architecture”, en *The Sixties: A Journal of History, Politics and Culture*, vol. 2, N° 1, junio de 2009.
- Libro Mostaza*, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Córdoba, UNC, 1971.
- Lobsinger, Mary Louise, “Cibernetical Theory and the Architecture of Performance: Cedric Price’s Fun Palace”, en Sarah W. Goldhagen y Rejean Legault (eds.), *Anxious modernism*.
- Malecki, Juan Sebastián, “Historia y crítica. Enrico Tedeschi en el proceso de renovación de la cultura arquitectónica argentina, 1950-1970”, en *Eadem Utraque Europa*, N° 14, 2013.
- , “Crisis, radicalización y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975”, en *Prohistoria*, N° 25, 2016.
- Martin, Reynold, *Utopia Ghost: Architecture and Postmodernism, Again*, Minnesota, University of Minnesota Press, 2010.
- Moraña, Oscar, “Arquitectura e ideología”, en *Seminario de instrumentación docente 1972. Ideología y arquitectura*, Córdoba, FAU, 1972.
- Mumford, Eric, *The CIAM Discourse on Urbanism, 1928-1960*, Cambridge, The MIT Press, 2000.
- Patteuw, Véronique, “Architecture, Writing and Criticism in the 1960s and 1970s”, en *Architectural Theory Review*, vol. 3, N° 15, 2010.
- Peralta, Edith, “Uso del suelo”, en *Seminario de instrumentación docente: Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat*, Córdoba, FAU, 1972.
- Rainis, Liliana, “Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat”, en *Seminario de instrumentación docente: Papel ideológico de la arquitectura en la estructura espacio temporal del hábitat*, Córdoba, FAU, septiembre de 1972.
- Rubinich, Lucas, “La modernización cultural y la irrupción de la sociología”, en Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo*, vol. IX de *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- Scott, Felicity, “Bernard Rudofsky: Allegories of Nomadism and Dwelling”, en Sarah W. Goldhagen y Rejean Legault (eds.), *Anxious Modernism*.
- , *Architecture or Techno-utopia. Politics After Modernism*, Cambridge, MIT Press, 2010 [hay traducción en castellano: *Arquitectura o tecnoutopía. Política después del modernismo*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2017].
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Silvestri, Graciela, “Alma de arquitecto. Conformación histórica del ‘habitus’ de los proyectistas del hábitat”, en *Registros*, año 10, N° 11, 2014.
- Tafari, Manfredo, *Architecture and Utopia. Design and Capitalism Development*, Cambridge, The MIT Press, 1976.
- , *History of Italian Architecture, 1944-1985*, Cambridge, MIT Press, 1989.
- Violeau, Jean Louis, “The Bitter Victory of the Situationist International”, en Sarah W. Goldhagen y Rejean Legault (eds.), *Anxious modernism. Experimentation in postwar architectural culture*.
- Waisman, W., “Umberto Eco e ИДЕЯ”, en *Summa*, N° 29, 1970.

Resumen / Abstract

¿Una arquitectura imposible? Arquitectura y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975

El Taller Total –nombre con el que se conoció la experiencia política pedagógica que se dio en la Facultad de Arquitectura de Córdoba entre 1970 y 1975– fue, probablemente, una de los episodios más ricos y complejos en la historia de las universidades nacionales de la Argentina, donde se superpusieron radicalización política, discusiones disciplinares y debates pedagógicos. Producto de una serie de crisis –universitaria, institucional, social, disciplinar– que se venían gestando desde tiempo atrás, el Taller Total de Córdoba (TT) se presenta como un excelente caso para indagar en las relaciones que se dieron entre arquitectura y política en un momento muy particular de la cultura arquitectónica argentina e internacional. En el presente trabajo, nos proponemos indagar en los contornos intelectuales del Taller Total, prestando particular atención a sus debates arquitectónicos y a sus referencias internacionales. En estos, la problemática del “hábitat” implicó no solo una redefinición de los límites disciplinares sino que también se pensó como el aporte específico de la arquitectura a los procesos de transformación social, cuestión que nos lleva a considerar esta experiencia desde la problemática del “destiempo” de las neovanguardias.

Palabras Clave: Radicalización - Arquitectura - Habitat - Vanguardias

Fecha de recepción del original: 6/2/2015

Fecha de aceptación del original: 16/2/2016

An Impossible Architecture? Politics and Architecture in Cordoba's *Taller Total*, 1970-1975

The *Taller Total* –the given name to the political and pedagogical experience held at Cordoba's Faculty of Architecture between 1970 and 1975– was, perhaps, one of the most riches and complexes episodes in the history of Argentinean universities, where it can be found an overlapping of political radicalization, architectural discussions and pedagogical debates. As a product of a series of long brewing crises involving institutions, politics, society, the university, and the discipline of Architecture itself, the *Taller Total* is a good case study to enquire the relationships between architecture and politics in a particular moment of the Argentinean and international architectural culture. The aim of the present paper is to query the intellectual outlines of the *Taller Total*, focusing on its architectural debates and their international references. In those debates, the problematic of “habitat” was thought not only as a redefinition of the disciplinary boundaries but also as a consideration of Architecture's specific contribution to social transformation processes. This brings the necessity to reconsider this experience under the problematic posed by the “untimeliness” of the neo-avant-gards

Keywords: Radicalization - Architecture - Habitat - Avant-gardes

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 22 / 2018

*Latinoamérica. El encanto y el poder de una idea**

Mauricio Tenorio-Trillo

University of Chicago

Introducción. En la cual el autor introduce brevemente el tema y los debates actuales, o la explicación de una muerte anunciada que nunca llegó, así como de los objetivos del autor al retornar al tema una vez más.

Somos víctimas de una verdadera e insensata obsesión y así de tan manoseada identidad se nos dice, ¡imagínese el disparate!, que es urgente defenderla, que se nos la quiere hurtar, pero sobre todo se nos dice, como si se tratara de un tesoro escondido, “que la gran tarea de politólogos, historiadores e intelectuales latinoamericanos de todos los plumajes consiste en entregarnos a la búsqueda de nuestra identidad”. Y así se da el caso de que hasta el secretario de un municipio, encaramado en una sierra anda al hallazgo de la identidad de “nuestra” América, porque, eso sí, nunca falta el bendito pronombre posesivo que inviste a quien lo usa de un inequívoco tinte de acendrado patriotismo latinoamericanista. Pero lo grave en esa grito y algaraza es que no sólo hay broma: hay el gato encerrado de un muy serio problema que, perentorio, reclama ahora nuestra atención.

Edmundo O’Gorman, “Latinoamérica; Así no”, *Nexos*, N° 123, México, marzo de 1988, p. 13.

La idea de “Latinoamérica” debería haberse desvanecido con la obsolescencia de la teoría racial. O por lo menos así pensaba yo hace algunos años.¹ Pero no es fácil declarar que algo ha muerto cuando difícilmente pueda decirse que haya existido. Claro, ni Dios ni la *égalité* realmente existieron alguna vez. Con seguridad, “Latinoamérica” nunca ha designado una realidad geográfica o históricamente tangible –por lo menos no con algún mínimo rigor empírico y conceptual–. Por desgracia, la expresión ha funcionado como el título, el nombre genérico de una trama que es al mismo tiempo la autobiografía del término (“Latinoamérica”) y la historia

* El texto es traducción de la introducción del libro de Mauricio Tenorio, *Latin America. The Allure and Power of an Idea*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2017. Se reproduce con autorización del autor y de la editorial. La traducción ha sido realizada por Eugenia Gay y revisada por el autor.

¹ Mauricio Tenorio-Trillo, *Argucias de la historia: Siglo XIX, cultura y “América Latina”*, Ciudad de México, Paidós, 1999. Lo que sigue evita la autorreferencia, permítaseme solo esta.

de una convicción que ha escapado a su extinción desde sus orígenes como idea y como proyecto en la década de 1850. No obstante, por resistente que haya sido el término, raramente ha sido un asunto de *vulgari eloquentia*. Ciertamente ha atravesado una metempsicosis intelectual apenas soportable; el adjetivo *latino* en “Latinoamérica” ha acumulado un conjunto básico de convicciones raciales, históricas y culturales que han funcionado como la sintaxis elemental con la cual se han fraseado los perdurables, aunque embrollados, síes y noes –progreso y tradición; la máquina y la *milpa*; el imperio y/o la nación; *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*; raza y cultura, alienación y autenticidad; libertad moderna a través –o a pesar– de la historia; identidad como logro personal, como éxtasis, o como una reticente inevitabilidad–.

Así, la idea de “Latinoamérica” ha sido utilizada durante casi dos siglos para ensayar estos síes y noes básicos en una variedad de maneras: latino, en su sentido de imperialismo francés *vis-à-vis* expansionismo americano; latino, en su sentido español, como una ontología alternativa –ni Europa ni los Estados Unidos –; latino, en su sentido de obstáculos específicos para la industrialización o para la democracia; latino, en su significado en castellano o en inglés, como revolución modernizadora marxista o como revolución antimodernizadora indígena posmarxista. Aún se perciben en el término las sobras de varios festines explicativos. Pero así como cuando cedemos imprudentemente a la tentación de debatir la existencia de Dios, intentar probar o refutar la existencia de “Latinoamérica” sería ya tomar partido en la trama encarnada en el término. Sin embargo, nunca ha sido un lugar real, una civilización evidente, o una cultura o grupo de culturas único y bien demarcado. Además, creo que con frecuencia el término ha oscurecido más de lo que ha revelado. A lo largo de este libro, por lo tanto, el término “Latinoamérica” debería ser tomado con cautela –siempre enmarcado en las denominadas “comillas irónicas”–.

Así como el común apellido español “Matamoros”, que tan claramente habla de tragedia pero que pasa desapercibido en el lenguaje corriente castellano, Latinoamérica se da por sentada, se asume como una forma del sentido común a pesar de su inexistencia y sus desagradables connotaciones históricas. Por consiguiente, el concepto merece respeto. Ha sido capaz de encarnarse como una presuposición geográfica y cultural de las teorías de la modernización de la segunda posguerra que asumieron la existencia de una parte latina de las Américas –tradicional, católica, patrimonialista, atrasada, desordenada, violenta– donde podía aplicarse una nueva ingeniería social. El poder del término descansa precisamente en que puede darse por hecho –más que suponer un lugar, una cultura y un pueblo, representa la necesidad de la otra América, la “Anglo”, de tener un espejo para hacer las de “espejito espejito, ¿quién es la más bella de todas?”

El concepto también encantó a las utopías revolucionarias marxistas hasta el punto en que, para la década de 1970, *Revolución* y *Latinoamérica* eran sinónimos absolutos.² Entonces, tal vez por primera vez, el término pasó a ser ampliamente utilizado, no solo por intelectuales y estudiantes universitarios. Más aun, la reciente aproximación poscolonial o de la “colonialidad”, los recientes tratamientos de la modernidad trans-, post-, de liberación o alternativa, del término “Latinoamérica” han sido, por así decir, un “*más me quere [sic], más me pega*”

² Nota del ed.: se ha decidido dejar en bastardilla, en todo el texto, las palabras que el autor ha usado en castellano en el original, del mismo modo que van en bastardillas las palabras en otros idiomas diferentes del inglés original y el castellano.

para la idea misma de Latinoamérica. El potencial del concepto para designar una civilización única y homogénea en su universal promiscuidad, y ontológicamente diferente del supuesto paraíso no latino de materialismo y poder, solo se ha vuelto más cautivador con las críticas neo-*indigenista*, poscolonial y de epístemas alternativas a la idea de Latinoamérica.

Dada su perdurabilidad, sería absurdo descartar la influencia del término Latinoamérica como, dicho en términos nietzscheanos, “segunda naturaleza”.³ No. El término está aquí para quedarse y es importante. ¿Qué hacemos con él?

* * *

Lo primero que hay que hacer es exponer, disfrutar y detenerse en la ironía de la historia de la idea de Latinoamérica. Roma fue tanto el *imperium populi Romani* –la adopción de las leyes y las instituciones romanas– como el Imperio romano propiamente dicho, formado mediante la conquista, muchas veces violenta, de vastos territorios, cuyos habitantes a veces resistían y a veces demandaban la *urbanitas* latina y todo lo que la cultura romana traía con ella.

En el comienzo de su fortuna –escribió Leopold von Ranke en 1820– [...] Ataüf, Rey de los visigodos, concibió la idea de goticizar el mundo romano, y tornarse su César; mantendría las leyes romanas [...] Luego perdió la esperanza de ser capaz de realizarlo [...] Eventualmente el púrpura de un Cesar ingresó a las casas germanas en la persona de Carlomagno. En el largo plazo estas también adoptaron la ley romana. En esta combinación, se formaron seis grandes naciones –tres en las cuales predominaba el elemento latino, a saber, la francesa, la española y la italiana, y tres en las cuales el elemento teutónico era evidente, a saber, la alemana, la inglesa y la escandinava.

De modo que aquí lo tenemos, Roma y la latinidad dividiendo al mundo; esta es una vieja historia, que era –de alguna manera aún es– lo que Ranke creía: la división de “nuestras naciones en campos hostiles sobre los cuales se basa toda la historia moderna”. El espíritu de las Cruzadas “dio luz a la colonización”. El odio entre las razas “teutónica” y “latina” incluía, según Ranke, el miedo de absorber características judías y moriscas. Esta es la antigua trama maestra.⁴

La idea de una parte latina de América fue de algún modo una vuelta de tuerca moderna sobre una vieja idea imperial –una vuelta de tuerca que resultó de la lucha de las naciones y los imperios modernos–. La carga de la naturaleza imperial y racial del término ha persistido, se extiende más allá del mero pecadillo de sus usos durante el intento del Segundo Imperio francés de detener a las “razas anglosajonas” en México. De hecho, es casi imposible no expresar connotaciones imperiales y raciales cuando articulamos el concepto de Latinoamérica. Ciertamente, *l’Amerique latine* falló en el México de Napoleón III, pero no así aquella otra *latinité*: la unificación del pueblo latino *par excellence* (Italia). La alianza militar entre todas las “na-

³ Véase Friedrich Nietzsche, “On the uses and disadvantages of History in Life”, en *Untimely Meditations*, trad. de R. J. Hollingdale, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 57-124 [trad. esp.: “Sobre el uso y abuso de la historia para la vida”, en *Segunda Consideración Intempestiva*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006].

⁴ Leopold von Ranke, *History of the Latin and Teutonic Nations (1491 to 1514)*, trad. de Philip A. Ashworth, Londres, George Bell and Sons, 1887, pp. 1-2, 56-58.

ciones latinas” de Europa falló, pero no así las presuposiciones raciales, culturales y políticas que se encarnaban en el término “latino”. Historiográfica y filológicamente, no solo Latinoamérica connota aún un obvio y durable anti-anglosajonismo imperial, sino que también recoge los ecos de muchos otros proyectos culturales, raciales y políticos imperiales.⁵ Nunca ha habido un significado de Latinoamérica que no involucre a Europa y las Américas. De hecho, la oposición de “anglo” vs. “latino” en las Américas fue una peculiar reestructuración de perdurables dicotomías europeas.

Claramente, “Latinoamérica” ha significado muchas cosas a lo largo de sus casi dos siglos de existencia. Ha sido usada y abusada cultural o racialmente por jacobinos liberales y católicos reaccionarios; por monarquistas y por republicanos; por regímenes populistas e ideólogos marxistas; por laboratorios estadounidenses de ideas conservadoras y por antropólogos estadounidenses hípsters. Extraer de la inherente naturaleza antiestadounidense del concepto una esencia verdaderamente liberal, incluso liberadora, sería igual que considerar, digamos, al paneslavismo como una lucha realmente democrática solo porque se definía contra Inglaterra y Francia. Por supuesto, en ocasiones Latinoamérica fue utilizada, al igual que muchas otras ideas racioculturales del siglo XIX, como llamado a la inclusión social. Y sin embargo, fue así utilizada no como argumento antirracista sino como argumento racial, reivindicando la superioridad sobre otras “razas”, excluyendo ciertos grupos, manteniendo frecuentemente una vigorosa fe en la oligarquía ilustrada o en formas inviables de gobierno popular directo sin necesidad de los desagradables juegos de las democracias electorales. “Latino” ha sido cargado de tal modo de contenidos utópicos (una unión continental, una superioridad espiritual) que los intelectuales y los políticos que lo utilizaron raramente sintieron la necesidad de ser un poco más específicos (¿cómo podemos alcanzar o mejorar la democracia latinoamericana?; ¿cómo podemos alcanzar la igualdad latinoamericana?). Además, “Latino” siempre significó no bárbaro, y por eso muchas veces no negro y no oriental.

Lo que el concepto significó inicialmente, por ejemplo, entre los intelectuales chilenos o colombianos de la década de 1850, variaba dependiendo de si estaban en París –como era frecuentemente el caso–, en Santiago o en Bogotá.⁶ En la década de 1850 el significado estaba marcado, en América, por la guerra mexicano-americana, y en 1856, por la intervención estadounidense en Nicaragua; en Europa, por el crecimiento del paneslavismo, el *iberismo*, y el latinismo resultantes de la reconstrucción de los imperios post-1848. De modo que “Latinoamérica” comenzó entonces a ser utilizado como forma de antibarbarismo (siendo lo bárbaro el individualismo y el materialismo estadounidenses, o los enclaves europeos judíos y atrasados, o el paneslavismo patrocinado por Rusia). El término también comenzó a implicar la unidad de un espíritu natural (el latino), esa entelequia a veces articulada con elocuencia romántica y a veces considerada un hecho (científico) simplemente racial. Por lo tanto, la idea de Latinoamérica se tornó una síntesis de lenguajes perdurables: el viejo lenguaje de civilización (Roma) vs. el resto; el de la España católica vs. sus innumerables enemigos; el que se utilizaba en Francia para oponerse al imperialismo ruso definiendo a los europeos del Este como bárbaros

⁵ Véase Andrew Lintott, “What was de ‘Imperium Romanum’?”, en *Greece & Rome*, 28, N°1, 1981, pp. 53-67.

⁶ Para tener algún sentido de los números, profesiones y nacionalidades de los latinoamericanos en París comenzando en 1870, véase Jens Streckert, *Die Hauptstadt Lateinamerikas: Eine Geschichte der Lateinamerikaner im Paris der Dritten Republik (1870-1940)*, Colonia, Böhlau Verlag, 2013.

carentes de civilización; y el del *iberismo*, entendido como unidad en la diversidad de pueblos que pertenecen a un Dios y a un espíritu común –eso sí, con diversas soberanías–.

En la París de la década de 1850, el chileno Francisco Bilbao (1823-1865), uno de los primeros impulsores del término Latinoamérica, propuso el concepto (referido principalmente a Sudamérica) como un eco directo del paneslavismo francés. Latinoamérica, como idea, nació simultáneamente como una gran perspectiva encantadora pero también como una realidad terrenal desafiante cuya especificidad ha sido difícil demarcar. Para Bilbao –un masón, exponente radical de la agenda social católica (amigo, seguidor y traductor del controvertido pensador católico francés y amigo de Augusto Comte, H. F. R. de Lamennais)–, la guerra mexicano-americana y la intervención estadounidense en Nicaragua hicieron indispensable cuestionar el individualismo *yankee* –que, pensaba él, se había expandido de la misma manera en que la “servidumbre paneslavista” había conquistado Europa oriental–. Desde una gran perspectiva inequívoca, Rusia aparecía para Bilbao como “la barbarie absolutista”, mientras que los Estados Unidos eran la “barbarie demagógica”. En términos de especificidad, sin embargo, la imagen se hace borrosa. Lamennais (1783-1854), guía de Bilbao, había desarrollado un ecumenismo democrático que consideraba todas las religiones iguales, pero que también consideraba al cristianismo como la tradición universal y como la voz de las masas. El ecumenismo de Bilbao era igualmente utópico pero no tan igualitario. Era categórico en la no consideración de Paraguay y Brasil de su noción de Latinoamérica. “No incluimos a Paraguay y a Brasil”, argumentó al sostener la unidad de Sudamérica (*La América en peligro*, 1862), “porque no los creemos dignos de entrar en la línea de batalla”. Después de todo, Brasil era entonces una sociedad esclavista y una monarquía imperial: “presenciamos en América levantarse y enriquecerse un imperio sobre lágrimas”, dijo de Brasil.⁷

Por lo tanto, los primeros impulsores del término Latinoamérica, como Bilbao, no tenían una geografía clara para Latinoamérica; significaba de hecho Sudamérica, pero sin Brasil y Paraguay. Ni siquiera México estaba realmente incluido en el uso temprano de Bilbao del término Latinoamérica. Para él, México carecía de una conciencia realmente republicana, precisamente debido a su complicada relación con los Estados Unidos. En México, observaba, “la oposición con los Estados Unidos envuelve en su odio el espíritu republicano de sus vecinos y que no puede comprender pues parte de principios y antecedentes tan opuestos. En la confusión que resulta, vemos la duda por falta de creencias, los caudillos por falta de principios y el egoísmo como consecuencia. ¿Dónde está la unidad de la nacionalidad Mejicana?”.⁸

Como perspectiva maestra, la idea original de Latinoamérica podría respirar libremente el oxígeno de muchos grandes debates americanos y europeos. En términos específicos, sin embargo, siempre fue un enigma irresuelto. Por lo tanto, hablando en términos generales, Latinoamérica se tornó, para Bilbao y para otros primeros defensores del término, la encarnación del tradicionalismo romántico decimonónico que aún hoy resuena: la ley de Bilbao, por así decirlo –nosotros, los “latinos”, dijo Bilbao sumariamente en la década de 1850, aunque podríamos estar hablando de Latinoamérica hoy, “no hemos perdido la tradición de la espiritualidad del destino del hombre. Creemos y amamos todo lo que une; preferimos lo social a lo

⁷ Francisco Bilbao, *La América en peligro*, Buenos Aires, Impr. de Bernheim y Boneo, 1862, pp. 14, 23.

⁸ Francisco Bilbao, “Prefacio a los evangelios (inédito): El libro en América”, en *Obras completas de Francisco Bilbao*, Buenos Aires, Impr. de Buenos Aires, 1865-1866, 1:72.

individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria, la filosofía a los textos, el espíritu puro al cálculo, el deber al interés...”. Si el nombre Latinoamérica ha tenido algún sentido duradero, es este: la ley de Bilbao.⁹

De hecho, Bilbao, el temprano promotor de “Latinoamérica”, sintetizaba los clichés y las verdades que aún resuenan en el término. Pero también, como pocos lo hicieron –tal vez el cubano José Martí (1853-1895) a fines del siglo XIX–, se distanció de lo que el término connotaría predominantemente en el largo plazo. Porque Bilbao defendía, basado en su versión radical del catolicismo social, una especie de inclusión social que el término “Latinoamérica” solo recuperaría, por lo menos idealmente, en la segunda mitad del siglo XX: “y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que le debe al título y a la dignidad del ser humano”.¹⁰

Este significado fue redefinido por la intervención francesa de México en la década de 1860. Hubo entonces dos Latinoaméricas: una patrocinada por los viejos campeones republicanos de la unión latina anti-Estadounidense (que significaba principalmente la América del sur, excluyendo a Brasil), y la nueva Latinoamérica apoyada por el antianglosajonismo monárquico méxicocéntrico, promovido por Francia. Los enemigos de la última no eran solo los republicanos liberales, como Benito Juárez, sino también la administración Lincoln. De modo que la Latinoamérica de las viejas repúblicas sudamericanas se tornó, aunque temporariamente, favorable a los Estados Unidos. En el Congreso de la Sociedad de la Unión Americana de 1862 en Santiago, Chile, los impulsores de Latinoamérica de la década de 1850 rechazaron la Latinoamérica propuesta por Francia, acercando su idea de Latinoamérica a una especie de panamericanismo. Incluso reevaluaron la doctrina Monroe como una política defensiva americana (panamericana) contra los poderes europeos –como hicieron muchos intelectuales contemporáneos, como J. M. Torres Caicedo y Justo Arosemena, y figuras más tardías, como los brasileños Manuel de Oliveira Lima y J. M. Machado de Assis, aunque rechazaran cualquier sentido de unidad con la América española–. Por lo tanto, en la década de 1860, los Estados Unidos de Lincoln eran considerados radicalmente diferentes de los Estados Unidos pre-Guerra Civil. El enviado estadounidense al Congreso de Santiago de 1862, el Sr. Mackie, fue cordialmente recibido, y sus palabras apelaron directamente al latinoamericanismo de la década de 1850 cuando se refirieron a la intervención estadounidense de 1856 en Nicaragua como una acción de los Estados Unidos “equivocados”. Los filibusteros de Walker, agregó el Sr. Mackie, eran los mismos que hoy se rebelan [los confederados].¹¹ Por su parte, en las luchas semánticas de la década de 1860 por la expresión Latinoamérica, Brasil se excluyó a sí mismo, apoyando la Latinoamérica maximiliana pero rechazando la francesa, y sobre todo temiendo las

⁹ Bilbao, “Prefacio a los evangelios”, 1:72.

¹⁰ *Ibid.*, 75. Sobre México, Brasil y el paneslavismo, véase “Prefacio a los evangelios”; sobre Latinoamérica como monopolio de la espiritualidad, véase “Iniciativa de la América: Idea de un Congreso Federal de las repúblicas. Postdictum”, ambos en Bilbao, *Obras completas*, vol. 1. Para el paralelo con el este europeo, véase Larry Wolff, *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1994. Véase también Mark J. van Aken, *Pan-Hispanism: Its Origin and Development to 1866*, Berkeley, University of California Press, 1959. Sobre Lamennais, véase Carolina Armenteros, *The French Idea of History: Joseph de Maistre and His Heirs, 1794-1854*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2011, pp. 307-311.

¹¹ Colección de Ensayos i documentos relativos a la unión i confederación de los pueblos hispano-americanos. *Publicada a expensas de la “Sociedad de la unión americana de Santiago de Chile”, por una comisión nombrada por la misma i compuesta de los señores don José Victorino Lastarria, don Álvaro Covarrubias, don Domingo Santa María y don Benjamín Vicuña Mackenna*, Santiago, Imprenta Chilena, 1862, p. 69.

radicales medidas tomadas por el gobierno Lincoln en el curso de la guerra con respecto a la esclavitud y la ciudadanía para los esclavos liberados. Y el término continuó cambiando.

Inmediatamente después de la derrota del imperio de Maximiliano en México, un grupo de intelectuales estadounidenses y latinoamericanos lanzó una publicación, por así decir, anti-Latinoamericana desde Nueva York: *Revista de educación, bibliografía y agricultura* (1867-1868). La publicación fue lanzada por Domingo Faustino Sarmiento, entonces uno de los escritores en castellano más prominentes de América. Sus viajes en los Estados Unidos, el contexto educacional y la transformación agrícola durante la Reconstrucción lo habían convencido de una ruta menos latina y más *Ambas Américas* para el continente. Era un periódico pensado como fórum, donde los intelectuales estadounidenses e hispanoamericanos pudieran interactuar, especialmente en términos de educación práctica e ideas agrícolas. El esfuerzo duró dos años, traduciendo y criticando políticas educativas de todo el continente. No era una propuesta *iberista* ni *pro-latinité*, sino que se anclaba en un liberalismo sudamericano bien establecido, y recibía apoyo de educadores e hispanistas estadounidenses. Sarmiento contaba con la colaboración de Mary Mann (Mary Tayler Peabody), la viuda del prominente político y educador de Massachusetts Horace Mann, y traductora al inglés del *Facundo* de Sarmiento. También tenía el apoyo de la élite hispanista de Boston (George Ticknor, especialmente).

La revista no nombraba a Latinoamérica ni ninguna noción de unión continental o de espíritu común –tampoco de panamericanismo–. Era simplemente el reconocimiento de que los Estados Unidos eran el modelo educacional, industrial y agrícola a seguir, que debía difundirse al resto del continente. Y también era una llamada a la *intelligentsia* estadounidense para que reconociera la inteligencia de la otra América. No duró, pero fue uno de los muchos proyectos propuestos por intelectuales hispanoamericanos en París y en Sudamérica. En 1872, Ramón Páez –hijo del héroe de independencia venezolano y caudillo de larga data, José Antonio Páez– continuó esta tendencia con *Ambas Américas: contrastes* (1872). Escritor y pintor, Páez había sido en parte educado en Inglaterra, y vivía entonces en Nueva York. Era un partidario convencido de la revolución educativa estadounidense, que era el camino a seguir por la América *morohispánica* (no latina), incluyendo cosas tan poco latinas como la educación de las mujeres. Todos estos esfuerzos ciertamente sonaban, tanto entonces como ahora, poco latinoamericanos.¹²

Pero a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, otros periódicos, franceses y españoles, apoyaron alguno de los dos latinoamericanismos, a través del hispanismo literario o a través de algún sentido de *iberismo*. Por ejemplo, estaban las prominentes revistas filológicas, como la *Revue Hispanique* (1894-1933) y la *Revue des Langues Romanes* (comenzada en 1879), dedicadas a todos los lenguajes ibéricos, que incluían mucho del mundo americano. También estaba la *Revue de l'Amérique latine* (1922-1932), financiada por el prominente hispanista francés Ernest Martinenche; el *Bulletin de l'Amérique latine* (1911-1921), publicado por la

¹² *Ambas Américas: Revista de educación, bibliografía i agricultura, bajo los auspicios de D. F. Sarmiento*, Nueva York, Imprenta de Hallet y Breen, 1867-1868); Ramón Páez, *Ambas Américas: Contrastes*, Ciudad de México, N. Chávez, 1873; originalmente publicado en Nueva York (en español) en 1872. Agradezco a Arturo Taracena, a través de los años, su inmensa sabiduría que me ha guiado a esta y a muchas otras fuentes. Véanse también Álvaro Fernández Bravo, “La idea americana de Sarmiento”, en Adriana Amante (ed.), vol. 4 de Noé Jitrik (ed.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2012, pp. 395-420; y Streckert, *Die Hauptstadt Lateinamerikas: Eine Geschichte der Lateinamerikaner in Paris der Dritten Republik (1870-1940)*, Colonia, Böhlau Verlag, 2013.

Sorbona; y *L’Amerique latine* (1923-1940), una fusión de varios periódicos dedicados a América y Brasil. También estaban las publicaciones argentinas *Nuestra América* (1918-1926), editado por E. Stefanini, y la *Unión Ibero-Americana* (1885-1926), sucesora de la *Revista de las Españas*, publicada en Madrid. En Brasil, la *Revista Americana* (1909-1919), un esfuerzo diplomático lanzado por el Barón de Rio Branco, buscaba una cierta reaproximación cultural con los Estados Unidos y con Latinoamérica. De esta forma, para mediados del siglo xx, la idea de Latinoamérica había ganado alguna institucionalización intelectual.¹³

En conjunto, para la década de 1890 Latinoamérica había perdido sus fuertes connotaciones francesas y había ganado fuertes sentidos de superioridad espiritual a través de la *hispanidad* o el *iberismo*. Hacia el temprano siglo xx, la teoría racial era más importante para el concepto que cualquier otra forma de republicanismo o cualquier visión filológica o cultural como las que sostenía, por ejemplo, el *iberismo*. La violencia consustancial al concepto –como encuentro de civilización vs. *barbarie*, espíritu vs. materia, o como disputa de culturas, religiones e imperios antagonicos– también continuó cambiando. Como para Ranke, para Bilbao los americanos anglosajones y los latinos estaban en un estado de perpetua violencia uno contra otro, sosteniendo un orden cósmico que solo podía existir preservando el equilibrio:

La América bajo su doble aspecto de sajona y latina presencia la lucha, no de contradicciones en las ideas como la Europa, sino de exclusivismo en las ideas. La América ha mutilado la armonía. La armonía es individualismo y sociabilidad. El norte se personifica en individualismo, el Sur en la sociabilidad. El yankee-sajón es protestante y federal; el Americano-español es católico y centralizador... el yankee es la fuerza centrífuga, el americano del sur es la fuerza centrípeta. Ambas son necesarias para el orden.

Para la década de 1970, la idea de Latinoamérica, aún cargada de sus connotaciones “espirituales” y raciales, había hecho de su equilibrio violento al estilo de Bilbao un llamado moral y político a la Revolución. Latinoamérica era entonces, en palabras de Eduardo Galeano, “la región de las venas abiertas”, que había sido la eterna víctima de Europa y de los Estados Unidos –los “*proxenetas de la desdicha*”–.¹⁴

El concepto de Latinoamérica, sin embargo, ha estado muy enraizado en formas de conocimiento profundamente europeas y americanas. En consecuencia, una vez que fue articulado, continuó reforzando resistentes explicaciones sociales e intelectuales, mientras eliminaba gradualmente viejas connotaciones o sumaba nuevos significados. Estos significados agregados duraban o no, dependiendo tanto de circunstancias específicas como de su armonía

¹³ Para la historia del estudio de la lengua romance y sus publicaciones, véase Alberto Várvaro, *Storia, problema e metodi della linguística romanza*, Nápoles, Liguori, 1968; Boyd G. Carter, *Las revistas literarias de Hispanoamérica; breve historia y contenido*, México, Ediciones de Andrea, 1959; Héctor René Lafleur, *Las revistas literarias argentinas, 1893-1960*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, Dirección General de Cultura, 1962; Jorge Schwartz y Roxana Patiño, *Revistas literarias/culturales latinoamericanas del siglo xx*, Pittsburgh (PA), Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2004; Álvaro Fernández Bravo, “Utopías americanistas: La posición de la *Revista Americana* en Brasil (1909-1919)”, en *Construcciones impresas: panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 331-338, y Streckert, *Die Hauptstadt Lateinamerikas*, pp. 261-298.

¹⁴ Francisco Bilbao, “El evangelio Americano”, en *Obras completas*, 2:449; Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, La Habana, Casa de las Américas, 1971, p. 1.

o desarmonía con los perdurables lugares comunes que tan elocuentemente evocaba, por así decir, la ley de Bilbao.

* * *

Dentro de sus raíces europeas, la idea de Latinoamérica pertenecía a una de las muchas reformulaciones culturales y políticas entrecruzadas, que desde fines del siglo XIX buscaron redefinir los contornos imperiales. La simultaneidad en la articulación y las acciones de estas varias reformulaciones hizo de cada una lo que fue o es –hubo proyectos a gran escala (como el paneslavismo, el pangermanismo o el iberismo), otros más pequeños, como las muchas formas de “nacionalismos imperiales” (provenzal, catalán, portugués, hispánico, mexicano, brasileño, francés o italiano) –. En el sentido francés de la década de 1860, *l'Amérique latine* significaba antianglosajonismo –y aún significa eso– de un modo racial. Pero también significaba antimodernismo católico, antisemitismo y antiprotestantismo –todo lo cual también estaba presente de alguna manera en, digamos, los nacionalismos mexicano, catalán, francés y español de comienzos del siglo XX–.

Como sostenía el conde de Gobineau, los Estados Unidos estaban “infectados por todas las frutas corrosivas de la modernidad”. Y todos los tipos de latinos se hacían eco de esta noción, con o sin referencia a los Estados Unidos (o a Inglaterra), ya fuera con orgullo propio de las auténticas instituciones y el “espíritu” latino, o con la revulsión autocrítica del fardo histórico de la latinidad. Alfonso de Maia –la encarnación de los valores ibéricos, un personaje en la obra maestra portuguesa del siglo XIX *Os Maias* (J. M. Eça de Queirós)– expresaba su simultáneo desagrado por el individualismo de los Estados Unidos y por los intentos modernizadores del Imperio Portugués: “a os políticos– ‘menos liberalismo e mais carácter’; a os homens de letras– ‘menos eloquência e mais ideia’; a os cidadãos em geral– ‘menos progresso e mais moral’”. En la década de 1930 en la Argentina, el influyente ideólogo español de la *hispanidad*, Ramiro de Maeztu, defendía no las ideas de *liberté, égalité et fraternité*, sino las de “servicio, jerarquía y hermandad”. En la misma década, un “latino oriental”, como se llamaba a sí mismo en ese entonces, Mircea Eliade, veía el régimen de Salazar en Portugal como el resultado natural del agotamiento del “*demoliberalismo*” decimonónico no latino. Para Eliade, António de Oliveira Salazar era la verdadera renovación espiritual de la “*latinidad*”. Y en la década de 1990, en inglés, el distinguido académico Ilan Stavans reveló, como por primera vez, la condición quijotesca de los latinos en los Estados Unidos: su inhabilidad para distinguir entre la realidad y los sueños.¹⁵ De hecho, el adjetivo “latino” ha implicado antimodernismo, lo cual por su parte implicaba una autoridad fuerte, desconfianza en la libertad completa, espíritu sobre materia, subjetividad sobre objetividad y desconfianza en el individualismo (objetivos corporativos y espirituales sobre pasiones e intereses individuales) –vamos, la ley Bilbao–.

¹⁵ Arthur, comte de Gobineau, *Oeuvres*, París, Gallimard, 1983, 1:1201; José María Eça de Queirós, *Os Maias: Episódios da vida romântica*, Porto, Portugal, Livraria Internacional de Ernesto Chardron, Casa Editora Luga e Gene-lioux, 1888, 2:366; Ramiro de Maeztu, citado en Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu: Biografía de un nacionalista español*, Madrid Marcial Pons, 2003, p. 314; Mircea Eliade, *Salazar e a Revolução em Portugal*, trad. de Anca Milu-Vaideseagan, Lisboa, Esfera do Caos Editores, 2011, originalmente publicado en rumano en 1942; Ilan Stavans, *The Hispanic Condition: The Power of a People*, Nueva York, Rayo, 2001, p. 109.

A lo largo del siglo XIX, los significados de “Latinoamérica” fueron parte de los debates sobre *iberismo* y *latinité* y, como ingrediente en estos debates, Latinoamérica era una idea conservadora nata, un sueño no solo de la unidad de una supuesta raza, sino también de la unidad de todos los enemigos del individualismo, la democracia y la modernización. En la Francia del Segundo Imperio, los defensores de un imperio latino jugaron con la idea de apoyar a los estados Confederados en la Guerra Civil estadounidense —enfaticando en la *latinité* su amor por el orden, la autonomía local y la tradición (como en las defensas de la *latinité* en el sur de Francia en la década de 1850)—. Si, como sostenía John Phelan en los años sesenta, el ministro sansimoniano de Napoleón III, Michel Chevalier, fue el autor intelectual de la idea de *l’Amérique latine* durante la intervención francesa en México en la década de 1860, es porque su viaje en la década de 1830 a los Estados Unidos había estimulado en él respeto y temor por ese país a través de nociones reaccionarias de *latinité*. En el informe sobre su viaje de 1839 a los Estados Unidos, Chevalier confirmaba que Francia estaba en mejores condiciones que Austria, Prusia, Inglaterra o los Estados Unidos para restablecer el orden en la América española. Francia “tiene una fisiología más fuertemente marcada, una misión más claramente definida y, sobre todo, tiene más espíritu social. Está a la cabeza del grupo latino; es su protectora”. Así, “en los eventos que parecen cernirse sobre nosotros, Francia podría, entonces, asumir un papel importantísimo [...] Solo ella puede salvar a toda la familia [latina] de ser engullida por una doble marejada de eslavos y germanos”. Y sin embargo, para la década de 1860 Chevalier pensaba que la *latinité* era compatible con el reconocimiento, por parte de Francia, de los estados Confederados. “El reconocimiento de los estados sureños será la consecuencia de nuestra intervención [en México]”, escribió Chevalier en 1861. El norte planeaba, sostenía, hacer “del negro el alimento de la pólvora”, pero la noción francesa “de la filantropía, así como nuestro sentido moral, se rebelan frente a estas feroces exageraciones del amor por la libertad”. La esclavitud no era un problema para el reconocimiento del Sur: “Francia utilizará su influencia para asegurar la gradual emancipación de los esclavos sin hacer de la esclavitud la base para negar el reconocimiento”.¹⁶

Por su parte, los liberales mexicanos eran aliados del “presidente negro”, Abraham Lincoln, contra el imperio latino. Y es comprensible. Para los antimodernistas, la aventura mexicano-francesa era una reedición de la guerra de Crimea: el papel de ruso correspondía a los Estados Unidos, y el de Turquía pasaba a México, que debía ser defendido de sí mismo por un poder europeo latino, estableciendo así el reino latino. Y sin embargo, antes, a comienzos de la década de 1850, la idea de Latinoamérica como sueño de unidad en Sudamérica —en pensadores como el colombiano (panameño) Justo Arosemena o Bilbao—, era una reacción liberal a las políticas estadounidenses en Centroamérica. Pero entonces era también una declaración de principios contra el individualismo, el protestantismo, la mecanización y el materialismo. Más aun, este uso temprano del término también involucraba una suerte de exorcismo: Latinoamérica significaba la deslatinización liberal de la iliberal América española, el fin de décadas de desenfadadas pasiones reaccionarias y de caudillismo. En la Lima de 1864, en otro congreso que llamaba a la unidad de la América española, Arosemena lo decía claramente: “Si hay fraternidad y simpatía entre los pueblos americanos, el Congreso es apenas necesario; si no las hay, el Con-

¹⁶ Michel Chevalier, *France, Mexico and the Confederate States*, trad. de Wm. Henry Hurlbut, Nueva York, C. B. Richardson, 1863, p. 12; y *Society, Manners, and Politics in the United States*, Boston, Weeks, Jordan, 1839, p. 16. Véase también Stève Sainlaude, *Le gouvernement impérial et la guerre de Sécession (1861-1965): L’action diplomatique*, París, L’Harmattan, 2011.

greso es apenas posible”. Y entonces apuntaba a la necesidad de exorcizar la idea de Latinoamérica antes de que la verdadera Latinoamérica pudiera existir: “La raza española de América tiene la envidia del Conquistador, la desconfianza del indígena y el orgullo del castellano viejo. De aquí sus vicios y algunas de sus virtudes”.¹⁷ Para mediados del siglo xx, nadie que utilizara el término “Latinoamérica” soñaba con un reino latino antieslavo o con exorcizar los vicios de la raza americana española de Latinoamérica. Pero el término sí significaba la defensa de la tradición y alguna forma de superioridad espiritual sobre el materialista mundo protestante.

La historia de las connotaciones antidemocráticas y antiliberales del término es enrevesada. Seguramente, el término siempre ha incluido un llamado populista al pueblo auténtico a unirse, resistir o emerger –sea la raza latina, o los pueblos luso e hispanohablantes; o la orgullosamente híbrida, mitológica, raza católica de América; o al proletariado antiimperialista de los trópicos–. Más aun, Bilbao de alguna manera podría ser considerado el promotor temprano de la idea de Latinoamérica como una entidad política democrática e inclusiva, y José Martí como el ejemplo de lo mismo a fines del siglo xix. El problema es que la idea de Latinoamérica de Bilbao no incluía lo que hoy es considerado como Latinoamérica –ni Brasil, ni Paraguay ni México realmente– y no aceptaba ningún sentido práctico en la representación democrática. Rechazaba cualquier forma de parlamentarismo y representación delegada, y por lo tanto abogaba por una suerte de autorrepresentación directa y constante en una comunidad católica (*El evangelio americano*, 1864).¹⁸

Otro defensor liberal de la unión latinoamericana, Justo Arosemena, apoyaba la ciudadanía completa para todos, sin importar la raza, en una hipotética unión latinoamericana, pero tenía claro que esto era difícilmente alcanzable a través de medios democráticos:

Una gran nacionalidad compuesta de elementos dispersos, por homogéneos que sean, requiere una poderosísima dominación, una imperatividad irresistible, que si no tuvieron Bolívar ni San Martín, ni Iturbide, no alcanzamos a ver dónde pudiera hallarse. Los que sueñan con esta construcción gigantesca piensan en convenios o pactos de los pueblos, y se olvidan de que tales transacciones son desconocidas en la historia, porque pugnan con la naturaleza de las cosas.

Para él, el contrato social de Rousseau había “*desbordado la democracia*” y Hobbes había “*engreído el despotismo*”; los anglosajones eran mejores que los latinos, pues en ellos el “*principio de razas*” (es decir la superioridad racial) tenía “*cumplida aplicación*”, sin la costumbre de la sublevación: “no predomina en la anglo-sajona como en la hispana la pasión sobre el razonamiento”. La América anglosajona tenía el clima y la predisposición para atraer la inmigración europea, “cuya mezcla mejora la población originaria para los efectos políticos, morales e industriales”.¹⁹ Por lo tanto, Latinoamérica, para estos primeros autores del término, estaba lejos de ser una idea completamente democrática y antirracista. Porque era una idea de su tiempo, ni más ni menos.

¹⁷ Justo Arosemena, citado en Octavio Méndez Pereira, “Justo Arosemena y el americanismo”, *Revista Lotería*, julio-agosto de 1987, p. 60.

¹⁸ Bilbao, “El evangelio Americano”, en *Obras completas*, 2: 211-444.

¹⁹ Justo Arosemena, *Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América latina*, París, A Roger y F. Chernoviz, 1888, 2:505; véase también Justo Arosemena, *Constituciones políticas de la América meridional*, El Havre, Imprenta A, Lemaneiné, 1870, 1:v-xxxii; y *Estudios sobre la idea de una liga americana*, Lima, Imprenta de Huerta, 1864.

Por su parte, el credo democrático de José Martí derivaba de su propia experiencia en los Estados Unidos –la Guerra Civil, la gran lucha afroamericana y la asimilación de inmigrantes, incluyendo chinos–.²⁰ Pero Martí no vivió lo suficiente para entrever lo que hubiera implicado su democracia para Cuba. Sin embargo, su apoyo en 1877-1878 al dictador guatemalteco Justo Rufino Barrios no puede leerse como una doctrina del desarrollo democrático para “*Nuestra América*”. Martí vivió en Guatemala durante aquellos años –los años de su amor por María, “*La niña de Guatemala*” de su poema– y se tornó cercano a Barrios y a sus aliados intelectuales, que apoyaban una modernización liberal autoritaria para Guatemala. El mismo Barrios apoyaba la independencia cubana. Pero las perspectivas de Martí sobre la modernización de Barrios y de la vasta población india de Guatemala no son demasiado diferentes de las expresadas por los “malos” liberales como Justo Sierra o el mismo Barrios: los indios superarían su atavismo, pereza y atraso a través de la educación, transformándose en ciudadanos liberales.²¹ La verdad es que la “Latinoamérica” de Martí era de hecho algo distinto: “*Nuestra América*” que significaba una utopía modernizadora liberal y moderna, si no completamente democrática, sí inspirada en la experiencia estadounidense, que era la de Martí.

Creo que en muy pocos momentos históricos, y muy recientemente, el término Latinoamérica ha designado una batalla por la democracia liberal –quizás solo en el trasfondo “latino” de las transiciones a la democracia de Portugal y España (y luego Brasil, Argentina, Chile, Uruguay e incluso México), que comenzó en 1974 con la revolución portuguesa de los Claveles–. Para principios del siglo XXI, sin embargo, Latinoamérica, hablada en inglés, ha retornado a las ideas populistas del poder indígena y la superioridad espiritual y moral *vis-à-vis* un Occidente imaginario. En castellano, el término ha recobrado sus connotaciones populistas y anti-liberales, por ejemplo, en la “revolución bolivariana” y sus admiradores estadounidenses.

Más ironía: las perspectivas de Washington Irving sobre España, junto con el *iberismo* y la *latinité* europeos, resonaron en el hispanismo estadounidense del siglo XIX, solo para transformarse más tarde en patrimonio precisamente de aquello que el Hispanismo estadounidense no se suponía que fuese desde el mismo comienzo: “estudios latinos”. Esto es, *l’Amerique latine* se tornó el equivalente imperial y perdurable *Latin America* (en inglés), ahora basado en los Estados Unidos, queriendo decir lo no-estadounidense o los Estados Unidos que de alguna manera no eran, ni son, exactamente los Estados Unidos –latino, latina: el conjunto raciocultural de cosas que se asumían como el auténtico dominio de una gran parte de la población de los Estados Unidos–. Ahora, en el siglo XXI, a ambos lados de la frontera estadounidense, todos son latinos, como hubiera querido Napoleón III –millones de ellos ciudadanos estadounidenses pero de alguna manera exotizados como diferentes, como pertenecientes a otra ontología

²⁰ Arcadio Díaz Quiñonez, “José Martí (1853-1895): La Guerra desde las nubes”, en *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006, pp. 255-288; Ariela Schnirmajer, “Minorías sociales y heterogeneidad: José Martí y la inmigración europea”, *Anclajes* 15, N° 1, 2011, pp. 49-59.

²¹ José Martí, *Guatemala*, Ciudad de Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1998; Arturo Taracena Arriola, *Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena*, Antigua, Guatemala, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 1999; Juan Blanco, “Modernidad y metamodernidad en el discurso de José Martí sobre el indígena”, *A parte Rei*, N° 60, noviembre de 2008, pp. 1-33, disponible online en <<http://erbal.pntic.mec.es/AParte-Rei>>. Agradezco a Arturo Taracena y a J. Ramón González Ponciano por estas referencias. Para una visión, no mía, del latinoamericanismo de Martí véase Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*, Ciudad de México, FCE, 1989.

cultural, míticamente ligados a una Atlantis inexistente: *Latin America*-. La política de la identidad que ha creado a los latinos en los Estados Unidos, electoral y comercialmente, no trajo la obsolescencia del término Latinoamérica; más bien, ha proporcionado un mercado político y comercial muy material para el etéreo concepto.

* * *

En términos de infraestructura legal, la expresión Latinoamérica ha significado muy poco, a pesar de los varios intentos decimonónicos de unificación legal, o de la presencia académica y diplomática del término en inglés o en francés. Las escasas instancias en las que la región conocida como Latinoamérica en su conjunto adquirió alguna infraestructura legal fueron cuando fue incluida en la Oficina Internacional de Repúblicas Americanas, más tarde en la Unión Panamericana y luego en la Organización de los Estados Americanos. Estas organizaciones, sin embargo, estaban destinadas precisamente a disolver la unidad “latina” dentro de una unidad del hemisferio occidental comandada por los Estados Unidos. Incorporaban los Estados Unidos, el Caribe anglo y francoparlante y Canadá. La expresión duradera de este panamericanismo fue su edificio (1911), diseñado por Albert Kelsey y el arquitecto francés Paul P. Cret, y erigido en Washington DC, colindante con el Washington Mall. El edificio encarnaba los rasgos comerciales y culturales de décadas de tentativas de unificación hemisférica estadounidense: desde visiones como las de Washington Irving sobre España, hasta los intereses estadounidenses en los recursos naturales del continente; desde la fascinación con la arqueología maya y azteca, hasta el estereotipo de un patio inspirado en la arquitectura catalana y mexicana. Dos grupos escultóricos que representan las Américas del Sur y del Norte, cada uno compuesto de una figura maternal y un niño, aún custodian la entrada del edificio. El director de la Unión Panamericana explicaba su significado en 1911: “En el grupo norteamericano el niño, notablemente alerta en apariencia y acción, expresa el espíritu más energético del norte completamente despierto. La figura de ‘Sudamérica’, si bien joven y fuerte, tiene una cualidad más suave y más sensual, expresiva de la ligereza y la exuberancia tropical. [El niño] transmite un sentido de grandes posibilidades futuras, de las cuales aún no es consciente”. Buena o mala, esta es la historia de las regiones latinas actuando institucionalmente en conjunto en asuntos internacionales, y la visión panamericana de la “exuberancia” del sur no resulta muy diferente del latinoamericanismo del siglo xx.²²

A diferencia de la institución “Europa” en las últimas cinco décadas, la institución “Latinoamérica” ha significado muy poco en comparación con documentos tan poderosos como los pasaportes mexicano, brasileño o peruano. Ciertamente, el “patriotismo criollo” de fines del siglo XIX y los “americanismos” de comienzos del siglo XX fueron herramientas políticas importantes para imaginar tanto un nuevo mundo compuesto de estados-nación modernos, como un grupo continental de recién llegados. Las nociones de Latinoamérica de la década de 1850 incluían estas connotaciones. Además, el término Latinoamérica ha adquirido connotaciones

²² John Barret, *The Pan-American Union: Peace, Friendship, Commerce*, Washington DC, Pan-American Union, 1911, p. 110; para un análisis del edificio, véase Robert Alexander González, *Designing Pan-America: US Architectural Visions for the Western Hemisphere*, Austin, University of Texas Press, 2011, cap. 2; para una historia de los muchos intentos de uniones regionales o subregionales, véase Salvador Rivera, *Latin American Unification: A History of Political and Economic Integration Efforts*, Londres, Mc Farland, 2014.

simbólicas importantes durante el siglo xx, más allá de las visiones de los intelectuales. Pero su importancia política y económica palidece no solo frente a una ciudadanía nacional sino también frente a una multiciudadanía “natural”: mexicana y estadounidense para México; italiana, española e israelita para la Argentina y el Uruguay; negra, portuguesa, italiana y española para el Brasil; negra, francesa, española e inglesa para muchas partes del Caribe.

De modo que Latinoamérica connota un sentimiento que es difícil mensurar y difícil interpretar. En las escasas encuestas recientes que preguntan sobre formas de autoidentificación en diferentes países hispanoparlantes (con opciones tales como latinoamericano, caribeño, norteamericano, sudamericano, centroamericano, ciudadano del mundo...) los resultados no muestran ningún patrón latinoamericano. México, por ejemplo, el único país para el cual los datos diferencian entre la población en general y los líderes, resulta tener más ciudadanos ordinarios que líderes que se identifican a sí mismos como latinoamericanos. Así y todo, el sentimiento latinoamericano “popular” parece estar en descenso en México: en 2006, 62% se identificó como latinoamericano, mientras que en 2012 lo hizo un 50% y en 2014, un 43.5%. Los líderes de México, por su parte, se sentían menos latinoamericanos, pero sus sentimientos muestran crecimiento: en 2006, 49% de los líderes encuestados se identificaba a sí mismos como latinoamericanos; en 2012, lo hacía el 51%. En Colombia, el 43% se identificaba como latinoamericano en 2008; el 51% en 2012, y el 59% en 2014. En Ecuador, el 41% lo hacía en 2010; el 50% en 2012 y el 53.4% en 2014; en el Perú, 25% en 2008; 34% en 2010 y 38% en 2014; y en Chile, en 2008 solo el 31% se identificaba como latinoamericano (casi equivalente al 27% de mexicanos que en 2012 se identificaba como “ciudadano del mundo”). México ha estado en el centro de la forma en que el significado de Latinoamérica se proyecta hacia el mundo, principalmente debido a su larga coexistencia con los Estados Unidos. Por lo tanto, la identificación latinoamericana parece importante en México, como si, al estar tan cerca y tan entremezclado con los Estados Unidos, identificarse como latinoamericano ayudara a mantener la propia mexicanidad. La del Brasil, por otro lado, es una historia muy diferente: en 2014, 3.7% de los brasileños entrevistados se identificaba como latinoamericano, 13.5% como ciudadano del mundo y 79.4 como brasileño. De cualquier forma, el término claramente tiene algún poder simbólico en la región, pero difícilmente puede decirse que denote una institución real o una identidad simbólica homogénea de los pueblos al sur de Nogales, Sonora.²³

* * *

A lo largo de las últimas décadas, especialmente en castellano y portugués, ha habido varias críticas a la utilidad del término Latinoamérica.²⁴ Escritores importantes de mi generación, como

²³ Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Ciudad de México, “México, las Américas y el Mundo”; disponible online en la página de la División de Estudios Internacionales, en <www.lasamericasyelmundo.cide.edu>. Agradezco a Gerardo Maldonado y a Luis Antonio Hernández por el acceso a su encuesta.

²⁴ En otro lugar he tratado la enorme literatura sobre la idea de Latinoamérica comenzada por Arturo Ardao y continuada por J. L. Phelan en la década de 1960. Aquí repito solo lo básico: véase la larga trayectoria del pensamiento de Ardao desde un ensayo en *Semanario Marcha* (25 de noviembre de 1962) a su *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980; y, finalmente, *Romania y América Latina*, Montevideo, Biblioteca Marcha, Universidad de la República Oriental del Uruguay, 1991; véase también J. L. Phelan, “Pan-Latinism, French Intervention in Mexico (1861-1867) and the Genesis of the Idea of Latin America”, en José Ortega y Medina (ed.), *Conciencia y autenticidad histórica*, Ciudad de México, Universidad Autó-

Jorge Volpi, se han designado a sí mismos como escritores post-latinoamericanos que no se ocupan de paisajes latinoamericanos: los primeros verdaderos cosmopolitas en nuestros pobres valles de Comalas (Juan Rulfo), Pasagardas tropicales (Manuel Bandeira) y Macondos (Gabriel García Márquez). Volpi anunciaba así el fin de Latinoamérica, o por lo menos del escritor latinoamericano, y develaba una vez más la dolorosa verdad: Latinoamérica no existe. ¡Mira qué novedad! ¿Qué intelectual, escribiendo en castellano o en portugués o en Náhuatl en el siglo XIX o en el XX no es cosmopolita, no es mucho más y mucho menos que latinoamericano? Otro escritor mexicano, Juan Villoro, como joven estudiante de la *Deutsche Schule* de la Ciudad de México en los años sesenta, descubrió las ventajas de satisfacer los deseos exotistas de sus maestros asumiendo su no occidentalidad, su latinoamericanidad. Pero como escritor exitoso del siglo XX lo vio claramente: “La única patria verdadera se asume sin posar para la mirada ajena”. Y aun así, el actual éxito de escritores como Volpi en el monopolístico mercado literario hispanoparlante no es más que la comercialización de una vieja noción, de una posición muy

noma de México, 1968, pp. 123-177. Gracias al increíble trabajo de Mari Carmen Ramírez, los estudiosos tienen ahora acceso digital a muchos de los documentos fundantes para el estudio de la idea de Latinoamérica, véase International Center for the Arts of the Americas en el Museo de Bellas Artes, Houston, Documentos del arte latino y latinoamericano del siglo XX, un Archivo Digital, online en <<http://icaadocs.mfah.org/icaadocs/en-us/about/theproject-whatistheicaadocumentsproject.aspx>>. Véanse también Pedro L. San Miguel, “*Muchos Méxicos*”. *Imaginario histórico sobre México en Estados Unidos*, México, Instituto Mora, 2016; Fernando Mires, *El discurso de la miseria, o la crisis de la sociología en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993; Guy Martinière, “Michel Chevalier et la latinité de l’Amérique”, *Revista NEIBA, Cadernos Argentina-Brasil* 3, Nº 1, 2014, pp. 1-10; Michel Gobat, “The invention of Latin America: A transnational History of Anti-Imperialism, Democracy and Race”, *American Historical Review* 118, Nº 5, 2013, pp. 1345-1375; Sergio Guerra Vilaboy, *Tres estudios de historiografía latinoamericana*, Morelia, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo 2002; Enrique Ayala Mora, “El origen del nombre América Latina y la tradición católica del siglo XIX”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* 40, Nº 1, 2013, pp. 213-241; João Feres, *A história do conceito de “Latin America” nos Estados Unidos*, Bauru, Brasil, EDUSC, 2005; Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2007; Santiago Castro-Gómez, *Crítica de la razón latinoamericana*, Barcelona, Puvil Libros, 1996; Mabel Moraña, Enrique Dussel y Carlos A. Jáuregui (eds.), *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate*, Durham (NC), Duke University Press, 2008; Jussi Pakkasvirta, *Nationalism and Continualism in Latin American History*, Institute of Development Studies, University of Helsinki, Working Papers (14/96), online en <http://Helsinki.fi/aluejakulttuurintutkimus/tutkimus/xaman/articulos/9701/9701_jup.html>; Jorge E. Gracia y Elizabeth Millan-Zaibert (eds.), *Latin American philosophy: Contemporary Perspectives*, Nueva York, State University of New York Press, 2005; Guillermo Hurtado, *México sin sentido*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México/Siglo XXI, 2011; José Moya, “Introduction: Latin America – The limitations and meaning of a Historical Category”, en José Moya (ed.), *The Oxford Handbook of Latin American History*, Nueva York, Oxford University Press, 2010, pp. 1-24; el difícil Román de la Campa, *Latin Americanism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999 y John Beverley, *Latinamericanism after 9/11*, Durham (NC), Duke University Press, 2011. Véase también Miguel Ángel Barrios, *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2007; Fernand Braudel, “Y a-t-il une Amérique latine?”, *Annales ESC* 3, 1948, pp. 467-471; Juan Carlos Torchia Estrada, “‘América Latina’: Origen de un nombre y una idea”, *Inter-American Review of Bibliography* 32, Nº 1, 1982, pp. 47-53; Mónica Quijada, “Latinos y anglosajones: el 98 en el fin de siglo sudamericano”, *Hispania* 57, Nº 196, 1997, pp. 589-609, y “Sobre el origen y difusión del nombre ‘América Latina’: O una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad”, *Revista de Indias* 58, Nº 214, 1998, pp. 595-616; Miguel Rojas Mix, *Los cien nombres de América, eso que descubrió Colón*, Barcelona, Lumen, 1991; Aims McGuinness, “Searching for ‘Latin America’: Race and Sovereignty in the Americas in the 1850s”, en Nancy P. Appelbaum, Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chape Hill, University of North Carolina Press, 2003, pp. 87-107; Paul Estrade, “Del invento de ‘América Latina’ en París por latinoamericanos (1856-1889)”, en Jacques Maurice y Marie-Claire Zimmermann (eds.), *París y el mundo ibérico e iberoamericano: Actas del XXVIII Congreso de la Sociedad de Hispanistas franceses, 21, 22 y 23 de marzo de 1997*, París, Université de Paris X, Nanterre, 1998, pp. 179-188; Streckert, *Die Hauptstadt Lateinamerikas: Eine Geschichte der Lateinamerikaner im Paris der Dritten Republik (1870-1940)*, Colonia, Böhlau Verlag, 2013; Rivera, *Latin American Unification: A History of Political and Economic Integration Efforts*, Londres, Mc Farland, 2014.

sabida, la del escritor latinoamericano –una posición que los escritores jóvenes asumen lucrativamente, aunque no les agrade, si pretenden obtener fama en Barcelona o en Nueva York–.²⁵

Más aun, en 2014 incluso el tardío Eduardo Galeano –el autor del viejo manifiesto latinoamericanista (aún un *best seller* en su traducción al inglés), *Las venas abiertas de América latina*, de 1971– cambió de parecer. Las “venas abiertas”, dijo, no eran una metáfora, eran suicidio: “no sería capaz de leer este libro de nuevo –dijo en una feria del libro brasileña–, caería inconsciente. Para mí, esta prosa de la izquierda tradicional es extremadamente plomiza y mi físico no podría soportarlo”. Pero por supuesto, su editor americano (en el *Monthly Review Press*) no estuvo de acuerdo. “¡Por favor! El libro es una entidad independiente del escritor y de cualquier cosa que podamos pensar ahora”, sostuvo el editor del *best seller* de Galeano en inglés –a pesar de que un crítico brasileño consideró que Galeano “debería sentirse culpable por el daño que ha causado”–.²⁶

El éxito reciente de las novelas de Roberto Bolaño en inglés parece haber redefinido la comprensión de la literatura latinoamericana en los Estados Unidos, más allá del boom del así llamado realismo mágico de las décadas de 1960 y 1970. Bolaño poseyó de hecho un carácter único y complicado, difícil de describir como encarnación de Latinoamérica. Sin embargo, la textura de los juegos de lenguaje que despliegan lo absurdo e irónico de una identidad latinoamericana en *Los detectives salvajes* (1998) es difícil de traducir al inglés. ¿A quién le importa este absurdo y esta ironía en inglés? En cambio, Bolaño ha sido moldeado en inglés como nueva figura de Latinoamérica; el mundo de sus trabajos, como ha sostenido Sarah Pollack, ha sido adaptado para “reformula[r], esta vez en términos visceralmente realistas pero igualmente exóticos, como un espacio que resguarda el idealismo adolescente de los años setenta, madurado con aventureros cheguevarescos, sexis y salvajes, de rebeliones artísticas y existenciales sin compromiso, un argumento del cual desde entonces se han hecho eco Horacio Castellanos Moya y Jorge Volpi, entre otros”.²⁷ La pregunta es, ¿qué hay de nuevo en esto? En los Estados Unidos, el éxito en inglés de un escritor que escribe en castellano aún requiere que sea formado por los significados duraderos de Latinoamérica.

También se ha vuelto un cliché de ciertos intelectuales conservadores de lengua castellana –desde la crítica liberal de la idea de Latinoamérica por Carlos Rangel en 1976 hasta las de Álvaro Vargas Llosa– burlarse de la condición latinoamericana, un blanco bastante fácil. Pero la política de algunas de esas críticas es tan radicalmente conservadora que han alcanzado relativamente poca resonancia en círculos académicos o intelectuales más amplios, sea en castellano o en inglés. Además, su propio antilatinismo les juega en contra: algunos de ellos son los intelectuales latinos estrella de la cultura dominante de Miami o Nueva York.²⁸

Más significativo es el reciente antilatinoamericanismo brasileño, que busca exponer el sinsentido del término Latinoamérica, como en *Guía políticamente incorrecto da América La-*

²⁵ Jorge Volpi, *El insomnio de Bolívar*, Barcelona, Random House Mondadori, 2009; Juan Villoro, “Iguanas y dinosaurios: América Latina como utopía del atraso”, en *Efectos personales*, Ciudad de México, Era, 2000, p. 93.

²⁶ Larry Rohter, “Author Changes His Mind on '70s Manifesto”, *New York Times*, 23 de mayo de 2014, online en <<http://www.nytimes.com/2014/05/24/books/eduardo-galeano-disavows-his-book-the-open-veins.html>>.

²⁷ Sarah Pollack, “The Tradditore in the Borth: The Politics of Mexican Narrative in Translation in the U.S.”, trabajo no publicado. Agradezco a Sarah Pollack por compartir su trabajo.

²⁸ Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1976; Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner, y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996.

тина (2011), de Leandro Narloch y Duda Teixeira. Ciertamente, esta es una vieja cruzada, en la cual Brasil se distingue del resto del continente –una tarea hábilmente realizada en la década de 1920 por Joaquim Nabuco, y por Eduardo Prado en la década de 1880–. Por supuesto, ha habido también un elocuente, aunque pequeño, prolatoamericano brasileño, más una forma de autocrítica que de amor por Latinoamérica, mejor expresada en la autocrítica de Sérgio Buarque de Holanda a la colonización portuguesa en el Brasil, frente a la colonización española de México y Perú; o en el irónico “Rondó dos cavalinhos” (década de 1920) de Manuel Bandeira: “Os cavalinhos correndo, / e nós, cavalões, comendo [...] / Alfonso Reyes partindo, / E tanta gente ficando [...]”.²⁹ Esta es, entonces, una vieja historia. Pero Leandro Narloch y Duda Teixeira utilizan el humor para burlarse de lo que ven como intrínseco a la idea de Latinoamérica: constantes lamentaciones, la transformación de todas las expresiones locales en una forma de resistencia cultural, el amor por la violencia. Lo hacen refiriéndose a íconos latinoamericanos como el Che Guevara, Simón Bolívar, Francisco Villa o Salvador Allende: “Quanto mais bobagens eles falarem e quanto mais sabotarem seu próprio país, mais estátuas equestres e estampas em camisetas serão feitas em sua homenagem”.³⁰ Pero, de hecho, la creciente relevancia global del Brasil está apuntando a la obsolescencia del término “Latinoamérica” mucho más efectivamente que cualquier libro o crítica..., por lo menos para el Brasil. El ex presidente Luiz Inácio Lula da Silva hizo en algunas oportunidades un uso geoestratégico de Latinoamérica –mostrando solidaridad con la Bolivia de Evo Morales o la Venezuela de Hugo Chávez–. Pero esta fue solo una, y no la más importante, de las geoestrategias utilizadas por Lula; pequeña frente a su carta del BRIC (Brasil, Rusia, India, China) o su jugada luso-afro-americana.³¹

El mejor análisis en castellano –y de hecho en cualquier idioma– de los orígenes y desafíos del término Latinoamérica es el de Miguel Rojas Mix (1991).³² Esta fue de hecho una anatomía completa del término, una crítica seria de sus connotaciones raciales e imperiales. El relato de Rojas Mix incluyó una robusta lectura de los defensores chilenos, colombianos y venezolanos de una unión de repúblicas (siempre excluyendo al Brasil) en la década de 1850, primero contra los Estados Unidos, y luego contra la misma Europa. Rojas Mix, además, cubrió de erudición y parsimonia, como pocos lo habían hecho, los contundentes desafíos presentados a la idea de Latinoamérica por el *indianismo* y el afroamericanismo. Mostró que el primero, en su versión radical post-1970 (Fausto Reinaga, Guillermo Bonfil Batalla), llevado a su límite, obliteraría la idea de una América latina o de cualquier otro tipo que no fuera preamericana –una región devuelta a los pueblos indígenas que hubiera permanecido, podría asumirse, inmune a cualquier cambio, eternamente igual–.

Por otro lado, para Rojas Mix, el afroamericanismo era la confirmación del consenso antinegro tan de la mayoría de los defensores europeos y americanos de la idea de Latinoamérica –con pocas excepciones–. Como mostró Rojas Mix, desde Torres Caicedo hasta el católico José Vasconcelos o el radical José Carlos Mariátegui, “latino” no significaba negro. En el so-

²⁹ Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil* [1936], Río de Janeiro, José Olympio, 1976. Véase también la comparación de Silviano Santiago, *As raízes e o labirinto da América Latina*, Río de Janeiro, Rocco, 2006.

³⁰ Leandro Narloch y Duda Teixeira, *Guia politicamente incorreto da América Latina*, San Pablo, Leya, 2011, p. 12.

³¹ Véase el interesante caso de Francisco Olympio – un mulato brasileño que se convirtió en traficante de esclavos en la década de 1850 y luego en dueño de plantación en Togo, controlando las rutas comerciales y enfrentando los intentos imperiales alemanes– descritos en Aliciones M. Amos, “Afro-Brazilians in Togo: The case of the Olympio Family, 1882-1945”, *Cahiers d'Etudes Africaines*, N° 162, 2001, pp. 293-314.

³² Rojas Mix, *Los cien nombres de América*.

cialismo inca de Mariátegui en los años veinte, los negros aún eran percibidos principalmente como una fuente de “sensualidad, superstición y primitivismo” –un “obstáculo hecho de barbarie”, señaló Rojas Mix–. De la misma manera, el gran poeta peruano César Vallejo, viviendo en París en los años veinte, se preguntaba y afirmaba muy simultáneamente: “Europa puede ignorar a los africanos, y los australianos, pero ¿y nosotros [los latinoamericanos]?”³³ Sin embargo, Rojas Mix sostuvo que el afroamericanismo era una tendencia literaria importante que comenzó a radicalizarse en la década de 1970 a través de la influencia de los escritos de Franz Fanon (y, podríamos agregar, de la lucha afroamericana por los derechos civiles y de la descolonización de África). El relato de Rojas Mix fue concebido en el contexto de los agrios debates sobre el quinto centenario de Europa en América (1992). En ese momento, la literatura sobre la “Afrolatinoamérica” aún no había alcanzado el estado productivo de las últimas dos décadas. Pero “Afrolatinoamérica” es una idea que, como tendencia académica y como movimiento social, también está desintegrando el concepto de Latinoamérica, sea en nombre de una experiencia afroamericana amplia (que incluye sobre todo a los Estados Unidos y a África) o en nombre de importantes agendas nacionales: los derechos y las luchas afrocolombianas o afrobrasileñas. La idea de Latinoamérica es un complemento bastante extraño para estas luchas.

De todos modos, Rojas Mix también realizó una fuerte defensa de lo que entendía como las connotaciones “socialistas y libertarias” de los trabajos de algunos de los tempranos impulsores de la idea de Latinoamérica –especialmente Bilbao (años 1850) y Martí (años 1890)–. En sus palabras, un poco bombásticas, “Bilbao no sólo antecede a otros pensadores en la utilización de la expresión ‘América Latina’, también es precursor de la significación que este concepto va a adquirir más tarde en el lenguaje de las izquierdas latinoamericanas. En él, el concepto se acuña en el marco de un pensamiento anticolonialista, antimperialista y de un proyecto de sociedad socialista”. Por lo tanto, no es de sorprender que hacia el final Rojas Mix llamara a salvar la idea de Latinoamérica. Tal unión era para él, en 1991, no una utopía sino una urgencia. Pero era una urgencia basada no en la arqueología de versiones utópicas del término, sino en una identidad aún no realizada, inspirada en el futuro. “Latinoamérica”, sostenía, no podía ser una opción hispánica, afro, india o “usaica”, sería un “nosotros” aún en construcción que, sin embargo –¡Oh, magia de Latinoamérica!–, ya incluía el nosotros: “No es a pica y azafa que vamos a encontrarla. Es un problema de creación... Es la realización del proyecto lo que irá seleccionando su pasado. La identidad latinoamericana será lo que hagamos de ella por eso sus raíces están en el futuro”.³⁴ Yo mismo comparto y aplaudo la conclusión –la identidad es un constante hacer, que encuentra sus raíces en el futuro. Sin embargo, no veo por qué debe ser realizada a partir de un *dictum* tan cargado como “Latinoamérica” –.

* * *

En castellano y en portugués, los historiadores y los críticos del arte se han regodeado en la “neurosis identitaria” (Gerardo Mosquera) que lleva en sí el concepto del “arte latinoamericano”.³⁵ En las décadas de 1940 y 1950, lo que era conocido como el renacimiento artístico mexicano

³³ César Vallejo, *Crónicas desde Europa*, ed. de Jorge Puccinelli, Buenos Aires, Losada, 2015, p. 41.

³⁴ Rojas Mix, *Los cien nombres*, p. 132.

³⁵ Gerardo Mosquera, “Good-bye identidad, welcome diferencia. Del arte latinoamericano al arte desde América Latina: Tránsitos globales”, 2000, disponible online en: <www.fba.unlp.edu.ar/visuales4/Mosquera.doc>.

fue canonizado por coleccionistas y críticos internacionales como la quintaesencia del arte latinoamericano –a través de varias exhibiciones importantes de arte mexicano en los Estados Unidos y Europa y, no menos, a través de varias comisiones estadounidenses otorgadas a la sagrada trinidad de pintores mexicanos (Rivera, Orozco y Siqueiros)–. El cliente siempre tiene razón, y por lo tanto los regímenes posrevolucionarios mexicanos se volvieron generosos patrones de este arte, el cual fue comercializado como el retorno final a un México auténtico, popular y étnicamente orgulloso. Por lo tanto, a pesar del *boom* artístico en Buenos Aires o en San Pablo (que comenzó en los años veinte), el arte latinoamericano en el mundo pasó a ser visto principalmente a través de ojos mexicanocéntricos. El decisivo modernismo de San Pablo y el vanguardismo de Buenos Aires en los años veinte no buscaban un arte nacionalista o étnico como el de Rivera. Por supuesto, el arte revolucionario mexicano era de alguna manera parte de la experiencia paulista o porteña, como lo eran las muchas vanguardias que alimentaron tanto el renacimiento artístico mexicano como el modernismo de San Pablo. San Pablo y Buenos Aires, sin embargo, no tuvieron el atractivo de una revolución en una era revolucionaria; además, no contaron con una conexión duradera con los mercados culturales y los deseos estadounidenses que proyectaron el arte revolucionario mexicano hacia el mundo. El acento del modernismo brasileño estaba en la vanguardia radical. Rivera buscaba el radicalismo político domando sus propios veinte años de vanguardia artística parisina. México era más sexi para el gusto artístico internacional de los años treinta, parecía más exótico y étnicamente puro frente a los experimentos vanguardistas menos exóticos, aunque igualmente radicales, de San Pablo o Buenos Aires. Como lo dijera el intelectual peruano de los años veinte, Antenor Orrego, comentando la posibilidad de un arte americano verdaderamente nuevo, “México representa la incompreensión de Europa frente a América, es decir, frente a lo estrictamente americano. Argentina representa la comprensión de América frente a Europa, es decir, a lo excelsamente europeo”.³⁶ En consecuencia, si el arte debía “desencantarse” de su hechizo europeo, México era la pócima que debía beber.

A partir de la década de 1970, la mera posibilidad de un arte latinoamericano fue profundamente cuestionada. Los artistas argentinos, mexicanos o brasileños post-1945 muchas veces vetaron agresivamente la idea de un arte latinoamericano. En uno de los varios simposios sobre el asunto que tuvieron lugar entre los años sesenta y noventa, el pintor argentino Ernesto Deira sostuvo, “Latinoamérica no existe como tal [...] Si Latinoamérica no existe como concepto, ¿cómo se podría pedir algo que fuera característico de su arte?” Pero los críticos estadounidenses y europeos defendieron la existencia de un arte latinoamericano –frecuentemente con mirada mexicanocéntrica–. Y lo hicieron a menudo sobre la base de una comunidad en la resistencia y la opresión, basada en el sufrimiento de las dos conquistas (Shifra M. Goldman) –la conquista española y la estadounidense–, o en la creencia en un colectivo sublime y un espiritualismo antiindividualista. Todos estos argumentos, seguramente, eran meros ecos de la idea

³⁶ Véase Antenor Orrego, “¿Cuál es la cultura que creará América? III: Mexicanización y argentinización”, *Amauta*, 1928, pp. 8-9; disponible online en el sitio web del International Center for the Arts of the Americas (ICAA), <<http://icaadocs.mfah.org/icaadocs/en-us/about/theproject/whatistheicaadocumentsproject.aspx>>. Véase también *Third text*, número especial, primavera de 1989; Luis R. Cancel (ed.), *The Latin American Spirit: Art and Artists in the United States 1920-1970*, Nueva York, Bronx Museum of the Arts, Harry N. Abrams, 1988; Gabriela A. Piñero, “Políticas de representación/políticas de inclusión: La actualización del debate de lo latinoamericano en el arte durante la primera etapa de la globalización (1980-1990)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 36, N° 104, 2014, pp. 157-186.

de Latinoamérica. “La preocupación por los valores humanos constituye tal vez la fuerza más cohesiva a lo largo de Latinoamérica”, escribía la historiadora estadounidense más importante del arte de Latinoamérica, Jacqueline Barnitz, en la década de 1960; “por ello existe una suerte de consistencia ideológica mucho más amplia que entre los artistas norteamericanos, que aún intentan reconciliar la poca individualidad restante con los abrumadores rayos de la rueda industrial”. Es decir, se trataba de la misma Latinoamérica de siempre.³⁷

Los debates sobre las posibilidades de un arte latinoamericano en los años sesenta y setenta desplegaron un dilema común en las artes y en la literatura. Por un lado, estaba la aspiración claramente des-latinoamericanizante de artistas en Ciudad de México, San Pablo, y Buenos Aires, o de artistas argentinos, mexicanos y brasileños viviendo en París, Nueva York, Barcelona o Madrid (desde José Luis Cuevas hasta los concretistas brasileños). Por otro lado, estaba el tenaz vallado de cualquier expresión artística o literaria de personas “latinas” dentro de los confines de los significados de Latinoamérica por parte de coleccionistas, críticos de arte y académicos en Nueva York, París o Chicago. El crítico de arte mexicano Jorge Alberto Manrique capturó lúcidamente este dilema en los años setenta. Tanto la tentación de Europa, sostuvo, como la de *no* Europa (el lugar definido como ontológicamente diferente de y alternativo a aquello que se entiende como europeo) eran americanos (de toda América). Para él, ambos constituyen de hecho lo que significa ser americano. De alguna manera, sin los constantes conflictos y las luchas caóticas causadas por ambas tentaciones, no habría posibilidad ni de arte en general ni de un arte latinoamericano. Cuando, como en el caso del arte posrevolucionario de México, una de las tentaciones parece absolutamente victoriosa, la creación artística se estanca, y el arte se vuelve una jaula ideológica y estilística: “[...] mientras más lograron los movimientos de los años veinte, en tanto que movimientos, no en referencia a la obra personal de los artistas, más hipotecaban a distancia su futuro”.³⁸

Para Manrique, los artistas post-1945 en las Américas claramente optaron por “*sentirse universales*”. Pero en los años setenta se preguntaba si era ese el final: “¿estamos sólo en un momento más del movimiento pendular, que nos lleva alternativamente a cerrarnos y abrirnos?” La duda estaba allí (¿retornaría Latinoamérica a alguna forma de nativismo identitario?); y al mismo tiempo, no estaba (utilizaba el “nosotros” para referirse a Latinoamérica). Pues como el mismo Manrique sostenía, era imposible conceptualizar el arte latinoamericano fuera de los confines del concepto de Latinoamérica y todo lo que implicaba –conquista ibérica, mestizaje, “dependencia, explotación, neocolonialismo, economía ficticia...”. Y aun así, cada parte de Latinoamérica era diferente: “El deseo de ser unos, siendo en realidad diferentes, es una invención iniciada por Bolívar, Fray Servando Teresa de Mier, Talamantes o Miranda, o tantos otros. Es tal vez una ficción: lo era entonces y quizás –de alguna manera– lo es ahora”. Sin embargo, se trata de “una ficción creada y sostenida tanto, que ha llegado a tener una forma

³⁷ Ernesto Deira, citado en Mari Carmen Ramírez, Tomas Ybarra Frausto, y Hector Olea, *Resisting Categories: Latin American art/ or Latino?*, vol. 1, New Haven (CT), Yale University Press, 2012, p. 664; Shifra M. Goldman, “El espíritu Latinoamericano: La perspectiva desde los Estados Unidos”, *Arte en Colombia: Internacional*, N° 41, septiembre de 1989, pp. 48-55; Jacqueline Barnitz, “The Question of Latin American Art: Does it Exist?”, *Arts Magazine* 47, N° 3, 1966-1967, pp. 53-55; online en el sitio de la ICAA, <<http://icaadocs.mfah.org/icaadocs/en-us/about/the-project/whatistheicaadocumentsproject.aspx>>.

³⁸ Jorge A. Manrique, “Invención del Arte Latinoamericano”, Primer Encuentro Iberoamericano de Críticos del Arte y Artistas Plásticos, Caracas, 18-27 de junio de 1978), n.p., online en el sitio del ICAA <<http://icaadocs.mfah.org/icaadocs/en-us/about/the-project/whatistheicaadocumentsproject.aspx>>.

de realidad. Hemos inventado el concepto de Latinoamérica y hemos conseguido, de algún modo curioso, que la realidad se parezca al concepto con que la expresamos”. Y él creía que esto había sucedido porque, en algún sentido, la categoría de Latinoamérica era vista como pasaporte de ciudadanía en el arte mundial.³⁹

Por lo tanto, si hubiese y si hay un arte latinoamericano, eso significaría que el mundo habría reconocido un “*arte propio*” y aun así “*universal*”. Manrique pensaba que el artista latinoamericano nunca tendría la misma tranquilidad de conciencia que el francés para crear, y que siempre debería luchar con su autodefinición dentro de los parámetros de lo que significaba Latinoamérica. Esto era lo que constituía la posibilidad de un arte latinoamericano. Y sin embargo, irónicamente, alcanzar una verdadera ciudadanía en el mundo del arte significaría “para mí que desaparecería el concepto de América Latina, de arte latinoamericano, para ser substituido por otra cosa”. Por consiguiente, encontramos en Manrique un lúcido análisis de cómo la categoría de Latinoamérica podría alcanzar una expresión artística oportuna e importante, solo para desaparecer un momento después, como la planta del maguey, que florece justo antes de morir.⁴⁰

En las artes, en literatura (por ejemplo en *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, de 1950), incluso en las formas del *indigenismo* filosófico y sociológico de la década de 1950 (por ejemplo, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950, de Luis Villoro), el enigma se sostiene: la esperanza de que siendo muy-muy local (nativo), el arte finalmente alcanzaría la universalidad. Pero entonces el problema pasa a ser no el de una identidad mexicana o latinoamericana, ni siquiera el de ser universal, sino el de ser aceptado en cuanto tal, como universal.

Incluso en la crítica del arte más contemporánea, el término “Latinoamérica” ha mostrado grandes habilidades de supervivencia. En un reciente y lúcido ensayo Aby- Warburgiano, *Atlas portátil de América Latina* (2012), Graciela Speranza destruye y reconstruye la latinoamericanidad del arte en un solo párrafo, como si no debiera morir la esperanza misma (de la novedad, de ser una alternativa) implícita en el término Latinoamérica. En un solo párrafo, Speranza da primero por sentado el mapa de Latinoamérica e incluso revela su falsedad, solo para rescatar la esperanza en nombre de las implicaciones duraderas del término Latinoamericana: por favor inclúyanos a nosotros, latinoamericanos, como suyos:

Yo misma, que creo que los artistas y escritores de América Latina no tienen que mostrar pasaportes ni agitar banderas, que el arte tiene que hablar a su manera sin ninguna señal de origen que lo antecede... que he llegado a preguntarme si existe el arte latinoamericano y si existe América Latina, me sorprende considerando la idea de que quizás tengamos que desnaturalizar las categorías remanidas (sic) e reinventarlas con otras estrategias y otros dispositivos críticos, hasta que en el mapa global que se descompone y recompone en el siglo XXI, el arte de América Latina sea parte del mundo visible, ya no para cubrir la cuota condescendiente ni como fetiche último de los Otros, sino como arte que reconfigura... el mundo que lleva a cuevas y que amplía, sin perder su singularidad, el horizonte de lo diverso.⁴¹

³⁹ *Ibid.*, n. p.

⁴⁰ Jorge A. Manrique, “¿Identidad o modernidad?”, en Damián Bayón (ed.), *América Latina en sus artes*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1974, pp. 19-33, e “Invención del Arte Latinoamericano”.

⁴¹ Graciela Speranza, *Atlas portátil de América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2012, p. 13.

En suma, en los debates artísticos, Latinoamérica parece ser un enigma que por momentos disuelve el término y por momentos lo recompone. Evoco el viejo *Agudeza y arte del ingenio* (1648) de Baltasar Gracián: “poco es ya discurrir lo posible, sino se trasciende a lo imposible” (sic).

* * *

En inglés, sin embargo, la idea de Latinoamérica no ha sido puesta en duda muy seriamente, más allá de la historización misma de las nuevas y viejas connotaciones imperiales del término, y de las historias de los orígenes del campo de los estudios latinoamericanos en los Estados Unidos en la Guerra Fría. Comenzando en los años setenta, surgió una crítica empíricamente sólida y políticamente necesaria de las connotaciones de Guerra Fría presentes en el campo de los estudios latinoamericanos. Esto constituyó un terreno intelectual y político importante, sobre el cual basar un latinoamericanismo estadounidense no imperial, más consciente socialmente, e incluso políticamente constestatorio. Rápidamente emergieron otras críticas sobre la falta de rigor y la politización del campo de los estudios latinoamericanos. Además, hacia el final de la Guerra Fría, el distinguido latinoamericanista estadounidense Peter Smith se preguntaba si las circunstancias mundiales de la década de 1990 “presentaban una ocasión para reevaluar la totalidad del concepto de ‘Latinoamérica’ y su significado práctico”. Por lo tanto, afirmaba que “tal vez era un constructo obsoleto, una reliquia romántica de un pasado idealista”. Pero entonces este experto en las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica salvó al término de la extinción con más de lo mismo: “Irónicamente, estas dudas estaban expandiéndose justo al mismo tiempo en que la coordinación política y diplomática podría proporcionar a los líderes de Latinoamérica un arma potente y práctica para confrontar y remoldear las perspectivas globales para el siglo que viene”. Tengo mis dudas sobre si la forma de enfrentar la violencia masiva del siglo XXI, la total integración mexicana y centroamericana (humana y económica) con los Estados Unidos, las nuevas relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, el terrorismo y la desigualdad, es con más latinoamericanismo. Pero el hecho es que ninguna de estas críticas se ha dirigido realmente a la idea de Latinoamérica y sus insinuaciones culturales, raciales y lingüísticas profundamente arraigadas.⁴²

⁴² Peter Smith, *Talons of the Eagle*, 3ª ed., Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 351. Para una perspectiva cultural de los orígenes de un *Weltanschauung* latinoamericano, véase Richard M. Morse, *New World Surroundings: Culture and Ideology in the Americas*, Baltimore (MD), John Hopkins University Press, 1989. Para una perspectiva desde la ciencia política, véase John D. Martz, “Political Science and Latin American Studies: A discipline in search of a Region”, *Latin American Research* 6, N° 1, 1971, pp. 73-99, y “Political Science and Latin American Studies: Patterns and Asymmetries of Research and Publications”, *Latin American Research Review* 15, N° 1, 1990, pp. 67-86. Sobre la política del campo, y el campo en la política, véase Irving Louis Horowitz (ed.), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and practical Politics*, Cambridge (MA), MIT Press, 1967; Robert Packenham, *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1973. Véase también el estudio “posestructuralista” de la hegemonía estadounidense en el campo de los estudios latinoamericanos en Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas*, Bloomington, Indiana University Press, 1995; y las dos historias generales de las visiones estadounidenses sobre Latinoamérica: James William Park, *Latin American Underdevelopment: A History of Perspectives in the United States, 1870-1965*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1995; y Frederik B. Pike, *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*, Austin, University of Texas Press, 1992. Para una aproximación especializada, foucaultiana, del desarrollo del rol de Latinoamérica, véase Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third*

En la década de 1990, como resultado de los escenarios post-Guerra Fría, la fe religiosa en la globalización y la hiperespecialización en varias ciencias sociales (especialmente la economía, la ciencia política y la antropología), comenzaron a ser considerados *passé* en los Estados Unidos los “Area Studies”, incluido el campo de estudios latinoamericanos. Y la cosa viró en post-esto y post-lo-otro, el mundo global y desencantado significaba un gran desafío para la clase de latinoamericanismo estadounidense que había florecido en las décadas de 1970 y 1980. A pesar de lo cual, la idea misma de Latinoamérica nunca fue realmente desafiada. Para 2011, tres ex presidentes de la norteamericana Latin American Studies Association (LASA), Sonia Álvarez, Arturo Arias y Charles R. Hale, articularon lo que fue avanzado como forma alternativa de latinoamericanismo para el siglo XXI, para un mundo que había perdido toda su inocencia, especialmente su ingenuidad epistemológica. Proponían una revisualización y un descentramiento del campo de los estudios latinoamericanos: “sostenemos que los LAS [Latin American Studies] se han beneficiado enormemente de un compromiso más profundo con la teoría feminista, la teoría crítica de la raza y la etnicidad, varias corrientes de trabajo intelectual inter- y post-disciplinarias, asociadas con los estudios culturales y con un escrutinio epistemológico general, comenzando con la idea misma de ‘Latinoamérica’”.⁴³

Así que los autores llamaban a una inclusión en LASA de latinoamericanos, de personas oprimidas dentro de Latinoamérica, de la producción académica de los latinoamericanos, y de la filosofía, la epistemología y la estética latinoamericanas. Así, siguiendo a Walter Mignolo, sostenían que Latinoamérica “ya no es una entidad geográfica a ser estudiada”, sino que ahora era “una reorientación del conocimiento, una epistemología que observa problemas globales desde una perspectiva latinoamericana”. En otras palabras, Latinoamérica no existe más, y sin embargo hay una “perspectiva latinoamericana”. De esta manera, los autores daban por criticada y redefinida la idea de Latinoamérica; la idea, sin embargo, había sobrevivido a todo, como el gato que siempre cae parado no importa de qué tan alto caiga. De hecho, esta sería crítica no mencionaba ninguna duda sobre la propia noción de Latinoamérica. Un lector marciano comprendería que había habido muchos debates políticos, conceptuales y morales con respecto a Latinoamérica, pero no entendería exactamente qué significaba la categoría “Latinoamérica” o para qué era necesaria.⁴⁴

De modo que la ventaja de revisualizar el latinoamericanismo era simplemente más Latinoamérica, asumida como un automatismo incuestionado en inglés. Revisualizar Latinoamérica significaría, afirmaban claramente los autores, no cuestionar lo que Latinoamérica significa, sino incluir más voces en los mismos significados. Huelga decir que esta no fue una hazaña menor en inglés, pero no arrojó dudas serias sobre la categoría de Latinoamérica.

Una crítica significativa y relativamente reciente de la idea de Latinoamérica en inglés fue *The idea of Latin America* (2005), de Walter Mignolo: “Una excavación”, sostiene, “de los

World, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1995; y la visión más ecléctica y orientada a la generación de políticas de Gilbert Rist, *Le développement: Histoire d'une croyance occidentale*, París, Presses de Sciences Po, 1996, y Javier Elgueta, *Las teorías de desarrollo social en América Latina: Una reconstrucción racional*, Ciudad de México, El colegio de México, 1989. Para una visión ofuscada del envenenamiento de la academia estadounidense por parte de Latinoamérica con el tema de la dependencia, véase Robert Packenham, *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1992.

⁴³ Sonia Álvarez, Arturo Arias y Charles R. Hale, “Re-Visioning Latin American Studies”, *Cultural Anthropology*, 26, N° 2, 2011, p. 226.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 232-233.

cimientos imperiales/coloniales de la ‘idea’ de Latinoamérica que nos ayudará a desenmarañar la geopolítica del conocimiento desde la perspectiva de la colonialidad, la contraparte nunca contada y nunca reconocida de la modernidad”.⁴⁵ De hecho, esta fue una crítica devastadora del innegable ADN imperial del término, realizada en nombre de una nueva perspectiva, la de la “colonialidad” que, explica Mignolo, “emerge de la condición de la ‘herida colonial’, el sentimiento de inferioridad impuesto sobre los seres humanos que no encajan en las narrativas del modelo euroamericano predeterminado”. Por importante que pudiera ser esta crítica, creo, no era una duda sino una fuerte reafirmación de partes esenciales de lo que Latinoamérica ha significado por mucho tiempo: una ontología real, racio-cultural, diferente y alternativa (aunque ahora basada no en una mezcla racial sino cultural, no sobre las versiones francesa o española de la latinidad, sino en la pureza de su componente intrínsecamente indígena). Igual que la vieja filosofía de lo latinoamericano (à la Leopoldo Zea), el trabajo de Mignolo mantiene la connotación de Latinoamérica como lugar cultural que naturalmente pide utopías; un constante pelar capas de inautenticidad para llegar al verdadero corazón de la alcachofa: un alma nativa sin especificar, formada ora con referencia a los pueblos de habla náhuatl o quechua, en el México o el Perú del siglo XVI o XVII, ora a los llamados latinos en los Estados Unidos. Así, como sostiene Mignolo, se puede afirmar que “40 millones de latinos/as en los Estados Unidos ya se han dado a sí mismos una sacudida y comenzado a barrer las memorias imperiales de sus/nuestros cuerpos”. Don Santiago Ramón y Cajal –el sabio neurocientífico español (“latino”, supongo) de comienzos del siglo XX– no solo se habría maravillado ante la mera posibilidad de cuarenta millones de personas con las mismas memorias imperiales; también se hubiera preguntado qué otras memorias alternativas y reales podría haber habido en esas neuronas latinas. En definitiva, creo que la crítica de Mignolo no fue un cuestionamiento de “Latinoamérica”, sino una reafirmación de la misma Latinoamérica de siempre: radicalizó, *comme il faut* en inglés y a través de una supuesta alteridad total las poderosas y perdurables implicaciones utópicas etnoculturales del término Latinoamérica.⁴⁶

La colonialidad de Mignolo participaba del “nuevo” latinoamericanismo que comenzó a emerger en los departamentos de literatura de las universidades estadounidenses en la década de 1990. Esta tendencia fue propuesta, por así decir, como una vieja consigna: “no hay ya una realidad ni una epistemología en la cual basarse, y sin embargo, Latinoamérica –el concepto–, te amamos”. Era un desencantamiento post-post-modernista que una vez más probó que la verdad del poeta no posee tiempo verbal: “La decadencia añade verdad pero no halaga”.⁴⁷ A lo largo de las décadas de 1960 y 1970, para muchos estudiantes y académicos progresistas estadounidenses, Latinoamérica representaba las luchas marxistas o maoístas de Cuba, Nicaragua, Perú o la Argentina, o la vital solidaridad estadounidense con personas reprimidas por dictaduras asesinas. Durante las décadas de 1980 y 1990, sin embargo, demasiadas cosas le sucedieron a la idea de Latinoamérica –muchas en el campo de las teorías y las preocupaciones académicas, y demasiadas en el mundo–. Surgieron por doquier democracias desagradables –no hay de otra clase–; las revoluciones en Cuba y Nicaragua perdieron su atracción cándida y utópica; el marxismo y el “materialismo científico” se volvieron *passé* en los foros académicos llenos de

⁴⁵ Walter Mignolo, *The Idea of Latin America*, Malden (MA), Blackwell, 2005, p. x.

⁴⁶ Véase la crítica de Elías José Palti a las interpretaciones esencialistas de Latinoamérica en E. J. Palti (ed.), *Mito y Realidad de la cultura política latinoamericana*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 12.

⁴⁷ Vicente Aleixandre, “Rostro final”, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1977, 2:37.

revoluciones “epistemológicas” cotidianas; y luego, 1989, todo cambió. Así se explica la revuelta de la epistemología –“la investigación de lo que distingue la creencia justificada de la opinión”–,⁴⁸ que desafiaba la convicción política y científica de la “Latinoamérica” de las revoluciones, la teoría de la dependencia, y las teleologías políticas fijas. Los departamentos de literatura estadounidenses comenzaron a proponer un latinoamericanismo con combinaciones diferentes y polémicas, como una categoría autoasumidamente contestataria –en términos teóricos y de práctica política– en la cual ninguna presuposición científica o cultural quedaba sin ser desafiada, excepto, claro, la idea misma de Latinoamérica.

Así, académicos del campo literario como Alberto Moreiras, Román de la Campa, Jon Beasley-Murray y John Beverley se han embarcado en una suerte de soliloquio disciplinar sobre los significados de esta opción radical. Más allá de los matices teóricos y las afirmaciones grandilocuentes –difíciles de seguir para ajenos al soliloquio, como yo–, es complicado señalar un cuestionamiento simple del uso del término Latinoamérica. De hecho, reempaquetan las viejas connotaciones del término con muchas nuevas opciones para la izquierda académica centrada en los Estados Unidos, que propone servir a un mundo post-1960, post-1970 y post-11 de septiembre. Moreiras, por ejemplo, cuestiona –o eso creo– todas las presuposiciones epistemológicas que habían justificado la filología romántica o la crítica literaria, o la misma historia, pero tiene pocas dudas sobre el rol “civilizacional” que la propia idea de Latinoamérica aún debe jugar en un supuesto “umbral histórico” nunca visto: “el cruce civilizacional latinoamericano y su posición intermedia o vestibular [*sic*] en relación al macroproceso asociado con la globalización, dotan a la Latinoamérica de hoy de un rol crucial en la encrucijada de la historia”.⁴⁹ Pero, me pregunto, si estuviéramos en medio de un supuesto *big bang* de un nuevo universo, ¿tendría algún sentido lógico o práctico preguntarse sobre la importancia de la mítica Atlántida en la tierra?

John Beverley, por su parte, como “*gringo bueno*” (su frase), aunque no defiende la lucha violenta como estrategia a seguir en la Latinoamérica actual, expresa nostalgia por la vieja violencia revolucionaria –así, desdeña a intelectuales como Beatriz Sarlo, que se han dedicado a una seria autocrítica de la opción de la violencia–. “Parte de la originalidad y la promesa de la lucha armada en Latinoamérica era encarnada en la superestructura cultural”, sostiene. Por tanto, sugiere, Gabriel García Márquez o Julio Cortázar salieron de las “funciones de vanguardia del foco guerrillero”. La violencia redentora, que es lo que Latinoamérica significa, explica la creatividad. Como Joseph Roth o Stefan Zweig, se podría tener nostalgia del Imperio austrohúngaro, pero ni ellos en la década de 1930 ni nadie hoy habla de reencarnar al imperio austrohúngaro como civilización. Y yo no sé realmente si el Che Guevara, como sostiene Beverley, debería ser considerado como la causa de la literatura latinoamericana de los años setenta; la condición humana, sin embargo, es tal que de hecho gran violencia ha producido indispensables logros artísticos que son muy valiosos –al contrario de la idea de Latinoamérica– para nuestra especie como recordatorios de la maldad, no como nostalgia de la violencia o de la creatividad.⁵⁰

La revuelta de los epistemólogos es sensible a la crítica que la acusa de abuso de jerga académica y especialmente de ser una moda Estados-Unidos-céntrica que en última instancia

⁴⁸ *Oxford English Dictionary*, 3ª ed., S.v. “epistemology”.

⁴⁹ Moreiras, citado en Beverley, *Latinoamericanism after 9/11*, p. 53.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 61, 105.

podría ser percibida como una nueva epistemología imperialista. Así, Beverley califica a los argentinos o a los mexicanos que critican la revuelta estadounidense de la epistemología como “neoarielistas” –criollos o mestizos anticuados que no comprenden ni la autenticidad de Latinoamérica ni el valor de las teorías académicas Estados-Unidos-céntricas–. De modo que los intelectuales mexicanos o brasileños que promueven una filología anticuada o participan de los confines de sus respectivos lenguajes –que escriben, digamos, sobre el problema de la noción misma de Latinoamérica y encuentran herramientas más en Jorge Cuesta o en Carlos Vaz Ferreira que en el último *reader* de estudios culturales (en inglés)–, todos serían, para Beverley, “neoarielistas” que no han superado “una genealogía colonial”. No representan ni a su pueblo ni ninguna lucha social, sino “la ansiedad de los intelectuales de trasfondo burgués o clase media [esto es, todos los intelectuales], por lo general étnicamente europeos o mestizos [esto es, todos, en los confines latinos de América], amenazados con ser expulsados del escenario de la historia, por un lado, por el neoliberalismo y la globalización [¿cuál de ellos? ¿La cristiandad, los lenguajes castellano y portugués? ¿Los tiempos modernos? ¿El cosmopolitismo inherente a cualquier producción cultural? ¿O internet?] y, por otro lado, por un sujeto proletario/popular heterogéneo y multiforme en cuyo nombre han pretendido hablar [¿quién pretende hablar por quién?]”.⁵¹

En suma, la revuelta de los epistemólogos, aunque difícil de acompañar, es clara en su voluntad democratizadora –aunque se expresa en un lenguaje y un escenario bastante elitista–, en sus opciones políticas anticapitalistas, aunque poco claras, y en su dependencia de la idea de Latinoamérica. Beverley es categórico sobre su objetivo: “la afirmación de la particularidad de Latinoamérica como ‘civilización’ frente a la dominación norteamericana y europea, sin caer en las fórmulas gastadas del nacionalismo criollo-mestizo”. Por mi parte, considero la revuelta de los epistemólogos menos una prueba de la importancia de Latinoamérica como civilización y más una razón, si no la más importante, para abandonar la idea misma de Latinoamérica. ¿Qué aspecto tendría una revuelta epistemológica en los departamentos de literatura de los Estados Unidos sin el recurso a Latinoamérica?⁵²

* * *

Por su parte, el historiador Michel Gobat propuso, en inglés, un nuevo y más matizado examen de los orígenes del término Latinoamérica. A diferencia de Mignolo y de los epistemólogos, el relato que Gobat realiza de la idea de Latinoamérica incluye íntegramente la vasta literatura sobre el tema en idiomas diferentes del inglés. Más que enfatizar la contribución del imperio francés al término, Gobat acertadamente resalta el impacto de las protestas regionales de 1856 contra el régimen filibustero de William Walker establecido en Nicaragua. De hecho, el de Gobat es el primer relato completo del caso nicaragüense y sus múltiples ecos entre los inte-

⁵¹ Moreiras, citado en Beverley, *Latinoamericanism after 9/11*, p. 20.

⁵² *Ibid.*, p. 23; Jon Beasley-Murray, *Poshegemony: Political Theory and Latin America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2010; Alberto Moreiras, *The Exhaustion of Difference: The politics of Latin American Cultural Studies*, Durham (NC), Duke University Press, 2010, e “Irrupción y conservación en las Guerras Culturales”, *Revista de Crítica Cultural*, N° 17, 1998, pp. 67-71; Jon Beasley-Murray (ed.), “The New Latin Americanism: Cultural Studies Beyond Borders”, número especial, *Journal of Latin American Studies* 11, N° 3, 2002; Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, Ciudad de México, Porrúa, 1998; Román de la Campa, *Latin Americanism*; John Beverley, José Oviedo, y Michael Aronna (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham (NC), Duke University Press, 1995.

lectuales hispanoamericanos. Antes de la invasión de México comandada por Francia, la aventura Walker en Nicaragua era *el* hecho que impactaba en muchas repúblicas del continente; era un gran estímulo para la “unidad” entre las repúblicas recién creadas contra las políticas imperiales y filibusteras de los Estados Unidos. Pero la de Walker no fue la única aventura filibustera lanzada desde territorio estadounidense luego de la guerra mexicanoamericana. Hubo muchas, iniciadas no solo por ciudadanos estadounidenses sino, por ejemplo, por el cubano Narciso López, quien intentó invadir Cuba. El propio Walker había intentado, anteriormente, tomar Baja California y Sonora. Lo que es común a todas estas aventuras filibusteras es el apoyo, no de la totalidad de los Estados Unidos, pero sí de los gobiernos sureños de los Estados Unidos, generalmente en oposición al gobierno federal (en 1848, López ofreció la dirección de su aventura cubana al senador Jefferson Davis y a Robert E. Lee, quien la rechazó). Las aventuras nicaragüenses de Walker hablan más sobre las contradicciones internas de los Estados Unidos que sobre el todopoderoso imperialismo estadounidense; más sobre los orígenes de la Guerra Civil estadounidense que sobre el imperio estadounidense post-1898. Walker terminó sus días ejecutado por un escuadrón de fusilamiento hondureño en 1860, sin ningún apoyo de parte del gobierno federal estadounidense y abandonado por sus hombres, quienes habían sido armados por los estados sureños. Pero Gobat deriva de la reacción a la aventura nicaragüense de Walker una arqueología de la esperanza en el término Latinoamérica como idea democrática, antiimperialista y antirracista.⁵³

Para Gobat, los primeros impulsores del término Latinoamérica fueron liberales, demócratas y antirracistas que lucharon contra las políticas imperiales racistas de los Estados Unidos. Así, más allá de las ostensibles connotaciones raciales, antidemocráticas y elitistas del término, que el autor reconoce, Gobat encuentra en el término un gen recesivo de esperanza moral. Gobat es claro, o más claro, que sus personajes históricos de 1850: “los intelectuales, políticos y diplomáticos de la América española, vieron cada vez más sus relaciones con los Estados Unidos en términos de guerra racial”. Pues “las cuestiones estratégicas por sí solas no fue lo que empujó a las élites hispanoamericanas a identificar sus sociedades con la raza latina. También adoptaron el concepto para contrarrestar las visiones racistas sobre las que se sostenía el expansionismo estadounidense”. Pues el racismo, al parecer, era algo ajeno a Latinoamérica y tuvo que ser importado: “El influjo de los viajeros estadounidenses durante la Fiebre del Oro de California trajo el racismo estadounidense al hemisferio sur en formas dramáticas”. Así, siguiendo a Miguel Rojas Mix, pero forzando el argumento en línea con la actual teoría racial de la academia estadounidense, Gobat resalta los interesantes argumentos democráticos de intelectuales y estadistas como Bilbao o Arosemena, haciéndolos soldados de un ejército antirracista de popularizadores no estatales de la idea de Latinoamérica –aunque todos ellos eran estadistas *tout court*, y aunque el término nunca fue realmente popular en el siglo XIX–. Esta es la conclusión latinoamericanista de Gobat:

Una manera de descolonizar Latinoamérica podría ser, de hecho, borrar el término del mapa global. Pero también es verdad que un *ethos* antiimperial y democrático apuntaló esta entidad geopolítica desde el principio. Que este espíritu aún está vivo es evidente no solo en el apasionado

⁵³ Gobat, “Invention of Latin America”; véase también James McPherson, *Battle Cry of Freedom: The Civil War Era*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, pp. 104-116.

latinoamericanismo de líderes de la izquierda como el recientemente fallecido venezolano Hugo Chávez, sino también en los esfuerzos de algunos activistas latino/as que rehacen la cartografía de las fronteras entre Estados Unidos y México –y tal vez los Estados Unidos enteros– como Latinoamérica [...] Dado el vasto movimiento de Latinos/as y latinoamericanos/as entre Norte y Sudamérica, tal vez no sea absurdo imaginar, como sugiere la imagen creada por Pedro Lasch, que algún día todo el hemisferio occidental podría ser reimaginado como Latina/o América.⁵⁴

Para cada santo su *veladora*, y para cada latinoamericanista su esperanza; pero, como no veo ni siento la esperanza, los aspectos democráticos redentores, sea en el latinoamericanismo al estilo de Hugo Chávez, en la genética de la latinidad, o en la *Begriffsgeschichte* del término Latinoamérica, no puedo decir cuán hermoso o interesante será cuando todo el continente se vuelva latino/a. Lo que puedo decir es que entre los primeros articuladores de la idea de Latinoamérica, hubo de hecho algunos personajes perspicaces que propusieron ideas de igualdad y justicia, a veces más allá de las fuertes líneas raciales decimonónicas –como cuando Bilbao se opuso a la guerra de Chile contra los indios araucanos en nombre de “la buena noticia de la fraternidad apoyada en el respeto de la autonomía de las razas”–.⁵⁵ Pero eso no hace de Latinoamérica –que es, después de todo, un término racial– un manantial de profundo antirracismo en el lenguaje de la política identitaria estadounidense del siglo XXI.

De hecho, las redes republicanas o liberales de intelectuales hispanoamericanos tuvieron una gran importancia simbólica, pues estos personajes estaban en el centro del pensamiento y del gobierno de sus respectivas naciones. Todos escribían poemas, historia, ensayos, planes políticos, tratados tecnocráticos o libros de viaje al mismo tiempo que eran senadores o incluso presidentes de sus respectivos países. Pero eso no los transforma en mesías populares ni en republicanos antirracistas, como Gobat y, más recientemente, James E. Sanders, han sostenido. “Son los latinoamericanos –escribe Sanders comentando sobre los liberales colombianos y mexicanos de mediados del siglo XIX– quienes desafiaron la importancia y el significado de la raza, postulando el universalismo como una poderosa fuerza opositora.”⁵⁶ Así, Bilbao y Giuseppe Garibaldi en el Uruguay se vuelven, para Sanders, “contra-*mentalité*” (frente a Europa y a los Estados Unidos), a pesar del hecho de que ellos y muchos otros eran a veces más liberales que demócratas, o al contrario; a veces admiradores y *connoisseurs* de los Estados Unidos y a veces críticos; frecuentemente masones y católicos, siempre hispano y francoparlantes, siempre parte integral de las discusiones francesas, españolas, estadounidenses e inglesas sobre el constitucionalismo, el liberalismo, el republicanismo, la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Con seguridad, en la década de 1880 Martí fue lo que podemos llamar un republicano radical; pero lo era porque era católico, admirador de Thoreau, obsesionado con la guerra y la violencia y seguidor de Henry George (socialista pero racista) –“aquel mismo amor del Nazareno puesto en la lengua práctica de nuestros días”, dijo Martí del *Progress and Poverty* de George (1877)–.⁵⁷

⁵⁴ Gobat, “Invention of Latin America”, pp. 1353-1354, 1375.

⁵⁵ Bilbao, *Obras completas*, 2:408.

⁵⁶ James E. Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*, Durham (NC), Duke University Press, 2014, p. 8.

⁵⁷ José Martí, *Los Estados Unidos*, Madrid, Sociedad Española de Librerías, 1915, p. 156; para Martí y la guerra, la Guerra Civil estadounidense, y Emerson, véase Díaz Quiñonez, “José Martí (1853-1895)”.

Política e intelectualmente, Bilbao, Arosemena y Martí merecen la admiración demostrada por Gobat –o Rojas Mix o Sanders–. Pero, por un lado, si bien un partidario de la teoría atómica del siglo XXI seguro podría encontrar sorprendentes y reveladoras las ideas de Lucrecio sobre las partículas, sería insensato que lo llamara Einstein. Por otro lado, lo mejor que podemos decir sobre ellos no es que eran contra-*mentalités* sublimes, los verdaderos y únicos anti-racistas. No. El mejor homenaje para estos y otros pensadores hispanoamericanos, ayer u hoy, es desexotizarlos, considerarlos tan hábiles e inhábiles como Tocqueville, igualmente buenos e igualmente malos.

Que Latinoamérica hubiera sido originalmente un concepto antiimperialista es verdad, en la medida en que era antiestadounidense. Pero Latinoamérica era y es un concepto imperial. Y sin embargo, sería tan equivocado decir que el uso del término Latinoamérica en Bilbao o entre los intelectuales mulatos cubanos de finales del siglo XIX en los Estados Unidos era un marcador racial en todo el sentido de la palabra –en el sentido del significado actual de “latino” en los Estados Unidos–, como decir que era definitivamente antirracista. De hecho, las articulaciones de Latinoamérica en la década de 1850 eran parte de la secularización y de la traducción moderna de los sentidos iluministas y católicos de hermandad. Por supuesto, antes de que el prefijo “latino” siquiera existiese, “hermandad universal” era parte de la teología política moderna y del patriotismo criollo de fines del siglo XVIII. El americanismo de las guerras de independencia frecuentemente utilizaba “fraternidad”, a pesar de que el término estaba entonces más cerca de sus viejas raíces católicas que del sentido revolucionario francés. Además, las primeras versiones del concepto de Latinoamérica –articuladas sea por Bilbao o por M. Chevalier– cargaron al término con un fuerte sentido de fraternidad, derivado de las muchas tendencias que alimentaban el concepto. Las viejas nociones católicas ibéricas de “*fraternidades*”, junto con las nociones revolucionarias francesas de *fraternité*, así como la *fraternité* masónica (muchos de los primeros impulsores hispanoparlantes de Latinoamérica fueron masones), el Sansimonianismo, el mutualismo decimonónico: todos cargaron el término con un sentido de fraternidad.

Este sentido no estaba desprovisto de contradicciones, especialmente en vista del fuerte “universalismo” –fuera del control latino– implicado en las nociones decimonónicas de *fraternité*. Por lo tanto, a veces la *fraternidad* implícita en el significado de Latinoamérica era un sentido de fraternidad racial, y a veces un sentido católico más allá de la raza y la latinidad, como cuando Bilbao afirmaba “*Amar á tu prójimo*”:

La fraternidad es tanto un principio como un sentimiento. Es un gran refugio de las penas de la vida y contra la espantosa indiferencia. Cómo se podría no amar al propio vecino, al propio hermano, a aquel que reconoce en sí mismo la omnipotencia de la libertad. Mi vecino es otro yo, es el depositario de mi misma espiritualidad, por lo tanto el abrazo, el amor dentro de la comunidad y la identidad de esta gran esencia es necesaria. He aquí el fundamento inexpugnable de la democracia.⁵⁸

Fraternidad fue la palabra clave del pensamiento conservador español del siglo XIX. En la década de 1820, el influyente pensador católico y sacerdote Francisco Alvarado preguntó a los

⁵⁸ Bilbao, *Obras completas*, 1:39.

liberales españoles, “Charlatanes sin substancia, ¿de dónde han sacado si no del Evangelio esas palabras, Igualdad, Libertad y Fraternidad [...] cuyo significado ni siquiera comprenden?” El pensador conservador más influyente del siglo XIX en el mundo hispanoparlante, Juan Donoso Cortés, también sostenía que la igualdad, la libertad y la fraternidad venían no de la revolución francesa sino del Calvario, y las ideas republicanas solo las habían transformado en blasfemias: “*la república de las tres mentiras*”. Bilbao apelaba a un sentido menos reaccionario, pero no menos católico, de la fraternidad, el de Lamennais, cuyo “*règne de la fraternité*” incluía políticas liberales modernas y reformas económicas con el objetivo de permitir el acceso de las personas a la propiedad, al crédito y a la educación.⁵⁹ Esto era de hecho revolucionario en los términos de la teoría racial decimonónica, pero no en los del siglo XXI.

Durante el siglo XIX, la idea de fraternidad, como la de Latinoamérica, fue racializada, por ejemplo, en las sociedades mutualistas de los Estados Unidos. Y sin embargo, en la idea de Latinoamérica permanece de hecho un sentido de fraternidad *quasi* católica, que ha recibido buenos y malos usos a través del tiempo. Gobat identifica esta fraternidad y la ve como completamente antirracista. Desearía que lo hubiera sido. Si de hecho, como sostiene Gobat, los primeros impulsores de la idea de Latinoamérica concebían su antagonismo con los Estados Unidos como una guerra racial, la idea de Latinoamérica era simplemente su arma racista entre el arsenal racista entonces disponible. El concepto ha implicado formas peculiares de racismo, que de hecho pueden no ser necesariamente identificadas con las de los Estados Unidos. Por mucho que quisiera compartir el optimismo filológico y político de Gobat sobre la trayectoria del concepto, no encuentro ningún argumento empírico ni filosófico en la historia y en el funcionamiento del término que me permita ser demasiado optimista. Y lo que es más significativo en el reciente relato de Gobat es de hecho el poder duradero del término Latinoamérica: aún remueve las cautivantes ideas de liberación y esperanza. ¿Por qué la necesidad de encontrar en un término tan sospechosamente racial y mal ponderado una lección tan interesante para el presente? ¿Por qué no simplemente encontrarla en la redistribución, la igualdad o la libertad de circulación del continente? Sobre Latinoamérica, parece, podemos decir lo que Bernard Williams dijo de la religión: “será difícil abandonarla incluso si es una ilusión”.⁶⁰

* * *

¿Qué hay en un nombre que lo hace tan elocuente y perdurable? Primero, afirmaré algunas connotaciones muy básicas del término con el objetivo de decir algo más sobre las raíces del concepto en el *iberismo* y la *latinité*, que explican muchas de sus duraderas connotaciones.

⁵⁹ Donoso y Alvarado, citados por Pedro Rújula, en “Fraternité, catholique et fraternité révolutionnaire en Espagne, fin du XVIIIe-1848”, en Gilles Bertrand, Catherine Brice y Gilles Montègre (eds.), *Fraternité, pour une histoire du concept*, Grenoble, Les Cahiers du CRHIPA, 2012, pp. 112, 131. Francesco Viganò, *La fraternité humaine*, trad. de J. Favre, París, Librairie Guillaumin, 1880. Su tratado moral es una reacción a los horrores de la guerra franco-prusiana de 1871; por lo tanto va más allá de la *latinité*. Véase también Mukul Asthana, “Fraternity: A political Ideal”, *Indian Journal of Political Science* 53, N° 1, 1992, pp. 118-124; Fernando Escalante Gonzalbo, *In the Eyes of God: A Study on the Culture of Suffering*, trad. de Jessica C. Locke, Austin, University of Texas Press, 2006; véase la larga e iluminadora entrada “Brüdelichkeit”, de Wolfgang Schieder, en Reinhart Koselleck (ed.), *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 1, Stuttgart, E. Klett, 1972; sobre Lamennais y la fraternidad, véase Marcel David, *Le printemps de la fraternité: Genèse et vicissitudes 1830-1851*, París, Aubier, 1992, pp. 129-133.

⁶⁰ Bernard Williams, *Essays and Reviews*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2014, p. xv.

Una nota sobre el Brasil y el latinoamericanismo pasado y presente, así como una breve reseña del impacto del término “*latinos*” en los Estados Unidos respecto del actual significado de Latinoamérica será indispensable. Luego tomaré un breve desvío con el objetivo de poner a prueba la actual presencia de Latinoamérica y sus connotaciones en el lenguaje popular. Seguramente, este es un campo difícil de explorar, por lo tanto construiré, a través de la memoria, mi memoria, y a través de la música popular, una ventana a través de la cual examinar la difusión popular de la idea de “Latinoamérica”.

Haré todo esto con el objetivo de presentar un comentario sobre la forma más importante del siglo xx en la cual el término ha sobrevivido –a saber, la existencia *de manual*, Estados-Unidos-céntrica, de Latinoamérica–. Este es mi propio intento clandestino, como historiador, de autoterapia. Pero déjenme ser claro de una vez: existen estudios suficientes y extraordinarios en inglés sobre México, Brasil o Colombia. Pero Latinoamérica es una cuestión enteramente diferente, y el problema es que estos excelentes estudios muchas veces sienten la necesidad de formatear sus resultados de una manera latinoamericana. Como ha afirmado el historiador José Moya, “una interpretación enfocada de estudios dispersos podría demostrar que, en lo que respecta a las categorías amplias, esta tiene más significancia histórica y significado cultural que otras etiquetas continentales como Europa, Asia, y África”. Efectivamente, pues Latinoamérica era una idea racial (como África) y ha atravesado un ascenso moral (al contrario de África), igual que aquella idea originalmente imperialista y racista “Mitteleuropa” (Friedrich Neumann), que luego de 1914, a través de la nostalgia, adquirió el significado de un tiempo mítico de coexistencia de naciones y razas, de tolerancia y de fructífera promiscuidad cultural. Y sin embargo, mientras que la “Mitteleuropa” pos-1919 implicaba la vieja “*saggezza asburgica*” (sabiduría Habsburgo), como lo ha expresado Claudio Magris –el arte de “posponer el fin, de retrasar el crepúsculo”, encontrando un “acuerdo irónico y doloroso”–, la expresión “Latinoamérica” en los siglos xx y xxi ha implicado una salida étnica supuestamente venturosa de la historia occidental a través del consumo nada irónico de un cliché occidental.⁶¹

Como historiador, al mostrar las limitaciones del latinoamericanismo estadounidense solo resalto el resistente poder del término Latinoamérica. “Los estudios de área pueden rápidamente volverse parroquialismo”, nos ha enseñado Sanjay Subrahmanyam en sus comentarios sobre la categoría de Asia meridional. Continúa diciendo que

es como si estas convencionales unidades de análisis geográfico, definidas fortuitamente como dadas para los intelectualmente perezosos, y el resultado de procesos complejos (incluso turbios) de discusiones académicas y no académicas, de alguna manera se volvieran reales y avasalladoras. Habiendo ayudado a crear estos Frankenstein, estamos obligados a alabarlos por su belleza, más que reconocer a regañadientes su limitada utilidad funcional.⁶²

En efecto, concluyo por lo tanto con una aceptación mundana, de historiador, circunscripta y simple, del concepto. Pues el término es un navío maleable listo para ser llenado con historias interesantes, importantes y más-que-nacionales, y no solo latinoamericanas. Mientras escribía

⁶¹ Véase Moya, “Introduction: Latin America”, p. 4; Arduino Agnelli, *La genesi dell’idea di Mitteleuropa*, Milán, Dott. A. Giuffrè Editore, 1971; Claudio Magris, *Itaca e Oltre*, Milán, Garzanti, 1982, p. 42.

⁶² Sanjay Subrahmanyam, “Connected Histories: notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia”, *Modern Asian Studies* 31, N° 3, 1997, p. 742.

esto yo era, después de todo, el director del Center for Latin American Studies de la Universidad de Chicago. Por lo tanto, acepto prudentemente el término, como el Padre Guillermo Schulenburg, ex abad de la Basílica de nuestra señora de Guadalupe, que ni creía en Juan Diego ni en la divina pintura de la imagen, pero que sin embargo no tuvo ninguna duda sobre la relevancia de *mi santísima Virgen de Guadalupe*. □

Dossier

Libros, editoriales y ciencias sociales



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 22 / 2018

El dossier “Libros, editoriales y ciencias sociales” ha sido organizado y compilado por Lidiane Soares Rodrigues y José de Souza Muniz Jr. especialmente para este número de *Prismas*.

Presentación

Lidiane Soares Rodrigues y José de Souza Muniz Jr.

UFSCar/CAPES-UECE, Brasil

Contextos en diálogo

Este dossier reúne reflexiones acerca de la influencia de las prácticas editoriales en la historia de las ciencias sociales, en particular, y de las humanidades, de modo general. Incluye enfoques que ayudan a comprender el papel de las editoriales en la difusión del pensamiento social y la intervención de los científicos sociales como editores, o sea, como mediadores o catalizadores de la producción de conocimiento sobre la sociedad. Plantea por lo tanto interrogantes acerca de las relaciones entre las ciencias sociales, las políticas editoriales y la intervención de los intelectuales (en la condición de *publicados* y, sobre todo, de *publicadores*) en el debate *público*. El interés colectivo en ese conjunto de relaciones, bajo el prisma específico de una sociología histórica de la vida intelectual, merece algunos comentarios preliminares.

En primer lugar, hay que destacar que los estudios sobre prácticas editoriales nunca llegaron a constituir un campo académico o subacadémico plenamente establecido. No obstante, es cierto que, desde la publicación de las primeras grandes “historias nacionales” del libro llevadas a cabo en la década de 1980, los investigadores dedicados al tema vienen encontrando oportunidades cada vez más provechosas de intercambio intelectual. En Amé-

rica Latina, el Brasil y la Argentina son dos de los países donde tales estudios se han desarrollado de modo más sólido en las últimas décadas, y la existencia de este dossier es, en gran parte, testimonio de ese desarrollo.

Es cierto que en el Brasil el proceso de consolidación e institucionalización de estos estudios fue mucho más temprano y relativamente más denso que en la Argentina. En parte gracias a la creación de las primeras carreras de Edición en las facultades de Comunicación a comienzos de la década de 1970, nuestro país ya contaba en el inicio de los años 1990 con colecciones de “libros sobre libros” (algunas de las cuales perduran hasta hoy) y con un grupo de trabajo que comenzó a reunirse anualmente en los congresos nacionales de la Sociedad Brasileña de Estudios Interdisciplinarios de la Comunicación (INTERCOM). Vale la pena recordar, como contrapunto, que la carrera de Edición de la Universidad de Buenos Aires surge a comienzos de la década de 1990 y que aún es la única oferta en ese campo (en el Brasil, ese tipo de carrera se diversifica y se expande por el territorio), y las colecciones dedicadas al tema aparecieron más de una década después. Ahora bien, a partir de entonces no solo estos estudios han cobrado un particular impulso en la Argentina, sino que también la riqueza de las perspectivas analíticas que allí se han desarrollado

–sobre todo como fruto del trabajo de historiadores y científicos sociales– encontró eco del otro lado de la frontera.

En ese sentido, hay que señalar que dichos contactos le deben mucho al trabajo de diplomacia intelectual llevado a cabo por Gustavo Sorá, que también participa de este dossier: además de ser uno de los responsables del desarrollo notable de esos estudios en la Argentina en los últimos años, el investigador dio una vuelta de tuerca en los estudios sobre la edición en el Brasil a partir de su paradigmática investigación sobre la editorial José Olympio. En años más recientes, investigadores brasileños han hecho el recorrido inverso y se han interesado por el mundo editorial argentino, lo que es un resultado no solo de la fascinación que la Argentina letrada y lectora ejerce desde hace muchas décadas sobre los intelectuales brasileños, sino también de los intercambios académicos, que han crecido cada vez más en un período en que, al amparo del Mercosur, los dos países comenzaron a entablar una cantidad inédita de intercambios comerciales, educacionales y simbólicos.

Uno de esos intercambios, que resultó particularmente provechoso, fue el proyecto de historia social de los intelectuales latinoamericanos desarrollado en conjunto por un grupo de investigadores de la Universidad de San Pablo, coordinado por Sergio Miceli, y el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. Los diversos encuentros, trabajos conjuntos e investigaciones comparadas que se realizaron en el marco de dicho proyecto dieron aliento a otra serie de relaciones académicas, de las cuales, al fin y al cabo, este dossier también es resultado. Nos parece oportuno y significativo que sea publicado en *Prismas*, ya que, en gran medida, él da cuenta tanto de la valoración de esos intercambios como de su deseo de darles continuidad.

En la Argentina, una de las instancias que han contribuido al desarrollo de los estudios

sobre prácticas editoriales ha sido el Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, que tuvo su primer encuentro en 2012 en la ciudad de La Plata y cuya tercera versión tiene lugar en 2018, en Buenos Aires. En gran medida, este dossier fue motivado por la productividad de las perspectivas analíticas que pudimos registrar en la segunda edición de ese evento, que se llevó a cabo en 2016 en la ciudad de Córdoba. Allí entramos en contacto con el trabajo de un conjunto heterogéneo de investigadores interesados en la relación entre prácticas editoriales y prácticas intelectuales en el ámbito de las ciencias humanas y sociales. Más allá de la diversidad de disciplinas y perspectivas metodológicas, hay entre los investigadores aquí reunidos algunas claves de interpretación que permiten ubicarlos en un fondo común de referencias analíticas.

Perspectivas cruzadas

Hay por lo menos dos maneras de tratar las prácticas editoriales. Por un lado, esta actividad puede ser entendida como efecto del amor a los libros, de la apuesta en la difusión de las ideas, como algo que resulta atractivo para aquellos con vocación para las ofrendas nobles y desinteresadas. Por otro lado, se puede comprender la misma actividad como parte constitutiva de la colaboración y competencia de los agentes en una lucha constante de vida o muerte simbólicas en el interior de los respectivos campos especializados con los que se vinculan los segmentos editoriales –la literatura, las artes plásticas, el teatro y, por qué no, las ciencias sociales–. En ese sentido específico, los catálogos, las colecciones y las series pueden ser vistos como partidos intelectuales, modos de organización y ordenamiento de los discursos, y principios específicos –entre muchos otros– de jerarquización de autores, obras, disciplinas, países e idiomas de las ciencias humanas.

Dentro de la segunda perspectiva, los autores que participan en este dossier han optado por diferentes encuadres. Alexandra Tedesco y Diego García, por ejemplo, se concentraron en las tomas de posición epistemológicas y políticas de figuras clave de la sociología y el marxismo argentinos: Gino Germani y José Aricó. En ambos casos, el análisis circunstanciado de las estrategias editoriales de esos protagonistas sugiere nuevas hipótesis sobre el papel destacado que ellos tuvieron y las polémicas que suscitaron dentro de sus respectivos espacios de competencia intelectual.

Juan Bonacci y Alejandro Dujovne, por su parte, se ocuparon de las tensiones entre principios económicos y científicos en la definición del conjunto de lecturas puesto a disposición en mercados que son, a un mismo tiempo, materiales y simbólicos. En la misma línea, pero operando con otras escalas de análisis, se ubican los trabajos de Mariano Zarowski y Leonardo Nóbrega: al analizar emprendimientos editoriales paradigmáticos de la segunda mitad del siglo xx, los autores ponen en evidencia las tensiones que el desarrollo de un campo de producción académica –la Comunicación en la Argentina, en el primer caso, la Sociología en el Brasil, en el segundo– genera cuando estos emprendimientos que le dan lugar y voz se dirigen a públicos más amplios.

Los trabajos de Gustavo Sorá y Andrea Novello y de Miguel Palmeira apuntaron, en especial, a la posición periférica ocupada por el Brasil y la Argentina en la producción teórica en ciencias sociales y exploraron dimensiones nacionales de la apropiación y circulación de autores “clásicos”. También en el ámbito de la problemática de la circulación internacional, se encuentra un abordaje simultáneamente histórico y sociológico en los artículos de Karina Janello –que se ocupa del contexto de la Guerra Fría y sus efectos sobre las opciones y los principios de lectura– y de Jimena Caravaca y Ximena Espeche, que ponen de relieve el rol central que tuvo la inmigración española

en México en cuanto a la divulgación de las ideas económicas en América Latina.

La diversidad de los objetos analizados en los trabajos aquí reunidos está hilvanada por una perspectiva desencantada de las prácticas simbólicas. En ese sentido, los autores se inspiran, cada uno a su manera y de modo creativo y no dogmático, en la obra de Pierre Bourdieu. En una primera vertiente, se trata de pensar las lógicas del campo editorial en conexión con las lógicas del campo académico, del que las editoriales y los editores de ciencias humanas toman los insumos discursivos de su actividad y los móviles de sus disputas específicas. En una segunda vertiente, el interés se focaliza en un desarrollo más reciente de las proposiciones bourdieusianas: el análisis de las asimetrías entre los espacios nacionales en la circulación internacional de los bienes simbólicos. En todos los casos, lo que se pone en evidencia es la distribución desigual de los recursos entre regiones diferentes del espacio editorial en una relación de homología con las jerarquizaciones y clasificaciones propias del espacio intelectual.

Además de los artículos, este dossier trae una entrevista inédita al sociólogo brasileño Sergio Miceli. Nuestro propósito consistió en sumar a las investigaciones presentadas las confesiones de un agente que encarna ambiciones, contradicciones y dificultades inherentes a la articulación temática que compone este dossier. El lugar central que su figura ha asumido en el espacio de las ciencias sociales brasileñas se relaciona no solo con su práctica sociológica, sino también con su trabajo como editor y como introductor de la obra de Pierre Bourdieu en el Brasil. En ninguna de sus muchas entrevistas ya publicadas Miceli se había interesado de manera tan directa por su trabajo con las editoriales. Los lectores se sorprenderán al advertir en qué medida ese tipo de trabajo puntúa su trayectoria prácticamente desde el comienzo de su incursión en la sociología hasta el momento actual. A la luz de los

análisis presentados, la entrevista adquiere una luminosa inteligibilidad y estimula a llevar a cabo un examen minucioso de las trayectorias de este y de otros científicos sociales que se han dedicado al oficio de publicar, entre los que el mismo Bourdieu tal vez sea uno de los más significativos.

Por último, esperamos que este dossier contribuya a consolidar los diálogos entre investigadores brasileños y argentinos dedicados a la vida intelectual y al trabajo editorial, diálogos que el propio Miceli ayudó a fortalecer y para los que *Prismas* ha ofrecido un espacio privilegiado. □

Entrevista a Sergio Miceli

Lidiane Soares Rodrigues y José de Souza Muniz Jr.

UFScar/CAPES-UECE, Brasil

Esta entrevista fue realizada en la residencia de Sergio Miceli, en San Pablo, en la tarde del 12 de mayo de 2017, por José de Souza Muniz Jr. y Lidiane Soares Rodrigues. En entrevistas anteriores, Miceli ha sido interrogado lateralmente acerca de sus actividades en el mundo editorial. Tales actividades forman, precisamente, el núcleo de esta entrevista, enfocada en el trabajo que realizó en editoriales universitarias y de libros comerciales.

Los principales momentos de su actuación editorial son su participación en *Perspectiva*, una de las más importantes editoriales brasileñas de humanidades en los años 1960 y 1970; la creación de la Editora Sumaré, en 1990; su gestión como presidente de la Editora da Universidade de São Paulo (EDUSP), del 1994 al 1999; y, más recientemente, la dirección de la colección “História Social da Arte”, en Companhia das Letras. Subrayamos, asimismo, su rol en la publicación de las obras de Pierre Bourdieu en el Brasil.

Excepto como información complementaria, hemos suprimido los comentarios que Miceli hizo acerca de sus actividades como autor, traductor, editor de periódicos (del *Journal de Resenhas* y de la revista *Tempo Social*, ambas en la USP), y su trabajo junto a editoriales que no han impactado en las lecturas de los científicos sociales brasileños (por ejemplo, como consultor-jefe de la colección de

fascículos *Nosso Século*, publicado por Abril Cultural en el inicio de los años 1980).

Las notas, redactadas por los entrevistadores, aclaran algunos puntos de la entrevista. Los libros mencionados por Miceli están listados al final, con mención de la edición en español cuando existe.

Se sabe que su acercamiento al mundo editorial se dio a fines de los años 1960, junto a Jacó Guinsburg, de la editorial *Perspectiva*. ¿Es así?

Yo estaba casado con Sonia Novinsky, hija de Anita Novinsky, historiadora que pertenecía al círculo de Jacó Guinsburg, Anatol Rosenfeld, Boris Schnaiderman, entre otros. Era un grupo eminentemente literario –así lo recuerdo–, pero tenían apertura e interés por las ciencias sociales, y por eso empezaron a atraer a personas más jóvenes hacia la editorial. Sin embargo, la verdad sociológica tiene que prevalecer: casado con la hija de Anita, yo tenía acceso directo a Jacó. Él publicó *A noite da madrinha* y, si es verdad que el libro tiene sus méritos, quizás ellos no bastaban para merecer tal inversión.

La sugerencia que hice a *Perspectiva* y que tuvo palpables consecuencias de largo plazo para las ciencias sociales en el país fue la antología de Pierre Bourdieu, *A economia das trocas simbólicas*. Ellos la apoyaron sin pestañear.

Cuando les presenté el proyecto, todavía no tenía el asentimiento de Bourdieu. Cambiamos cartas durante unos meses, recibí textos que no conocía y, finalmente, armamos el índice. La elección me tocó a mí solamente en partes, sobre la base de lo que conocía, y él agregó cosas de peso. Hubo, de hecho, una negociación. Por ejemplo, el texto sobre Panofsky [“Estrutura, habitus e prática”], que él recién había concluido, terminó por ser incluido. El libro se convirtió en uno de los cimientos de la editorial, tuvo decenas de reimpressiones, hasta hoy circula con mucha repercusión. Invertí un montón de energía en aquel volumen y la mejor prueba de dicho empeño es la introducción.

Una vez, años después, Bourdieu se burló de mí cuando traduje *A economia das trocas lingüísticas* como editor de la EDUSP. Terminé por redactar una introducción muy acotada, por circunstancias del momento. Cuando recibió el libro en París, me escribió haciendo bromas, como si dijese, “Comparada con la introducción anterior, la ley del mínimo esfuerzo ha prevalecido”, ese era el sentido de su correo.¹

Otro autor importante que propuse a Perspectiva fue Marcel Mauss. No había nada en portugués. Sugerí una antología, pronto publicada en la colección “Estudos”. También opinaba acerca de títulos que Jacó me pedía que leyera; y defendí obras de autores brasileños, por ejemplo, el libro de Eunice Durham, *A caminho da cidade*. Él iba aceptando mis sugerencias, y yo he colaborado tanto en la colección “Debates” como en “Estudos”, que tuvieron gran impacto en la época. El éxito de Bourdieu debe haber contribuido a la invitación que me han hecho para integrar el consejo editorial. Fue una experiencia instigadora participar de reuniones con intelectuales veteranos y experimentados, un aprendizaje va-

lioso. Conocí de cerca a figuras sobresalientes: Boris, un humanista notable, Anatol, cuya sagacidad y sabiduría alargaban las elecciones de Jacó, más centrado en el teatro y en los temas judíos, dominio en el cual divulgó a autores magistrales, como Gershom Scholem.

¿Cómo se alejó Ud. de Perspectiva?

En 1974 fui a Francia para hacer mi doctorado. Este momento coincidió con la génesis de la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, periódico que tenía el timbre del Centro de Sociología Europea, dirigido por Bourdieu. Él estimulaba la participación de sus asistentes y doctorandos, y podíamos opinar sobre la maquetación, el logotipo, el índice, etc. Cuando volví definitivamente de Francia, en 1979, ya me había separado de Sonia. Aunque mi primer acceso a la editorial había sido impulsado por mi matrimonio, no me alejé de Perspectiva por el divorcio, sino por las dificultades de trabajo con Jacó Guinsburg. Sin embargo, la editorial siguió presente en mi vida, de otro modo, porque cuando asumí la presidencia de la EDUSP ya conocía a Plínio Martins Filho, que era el responsable de la producción editorial y se había iniciado en el oficio en Perspectiva.²

Antes de ir a la EDUSP Ud. creó la editorial Sumaré, ¿verdad?

Cuando armé Sumaré, dentro del IDESP,³ estábamos involucrados en una investigación sobre inmigración, tema de la pequeña colección de ensayos que hicimos con textos de

¹ La introducción de Miceli a *Economia das trocas simbólicas*, intitulada “A força do sentido”, tiene 55 páginas, mientras que su introducción a *Economia das trocas lingüísticas*, “A sociologia faz sentido”, tiene 8 páginas.

² Plínio Martins Filho ha trabajado en Perspectiva entre los años 1971 y 1989, cuando ingresó a la EDUSP, primero como director editorial y luego como director presidente (en sustitución de Miceli), donde permaneció hasta el año 2016.

³ Instituto de investigación privado y sin fines de lucro, fundado en 1981 por un conjunto de científicos sociales, dedicado sobre a todo a temas de políticas públicas y desarrollo económico. Miceli fue el director presidente del IDESP entre los años 1988 y 1995. La editorial Sumaré se creó dentro del IDESP en 1990.

Boris Fausto, Roberto Grün, Oswaldo Truzzi, etc. Editamos también el libro de Amelia Simpson sobre Xuxa, uno de los que más vendieron; y la bibliografía de los brasilianistas, organizada por Fernanda Peixoto y Heloisa Pontes. Publicábamos trabajos derivados de las investigaciones en curso en el IDESP, como los estudios en ciencia política. Sin embargo, la gran experiencia que tuve en el IDESP fue la *História das Ciências Sociais*. E incluso el ensayo *A desilusão americana* es un subproducto de este proyecto. Cuando el IDESP cerró, donamos la casa donde funcionaba a otra entidad cultural, pero el acervo de la editorial, todos los títulos, se los donamos a la ANPOCS.⁴

¿Consideraron la posibilidad de publicar todo eso en otra editorial?

¿Qué editorial comercial habría hecho, en aquel entonces, una historia de las ciencias sociales? Hoy por hoy, tal vez algún editor podría interesarse, porque los dos volúmenes de la obra tuvieron una recepción crítica impresionante. Se trata de una referencia insoslayable. En cierto momento, la dirección de la ANPOCS quiso relanzar la obra, también en versión digital. Finalmente, me encargaron la serie *O que ler na ciência social brasileira*, que incluso estamos actualizando; el primer volumen fue publicado en julio de 2017⁵ y el segundo estará listo para la próxima reunión anual de la asociación, en octubre de 2018.

¿Cómo llegó Ud. A ser presidente de la EDUSP?

Participé de un debate sobre industria cultural, mes y medio antes de las elecciones para

rector, y Flávio Fava de Moraes, que las ganó, estaba presente también como expositor, si no me equivoco. No nos conocíamos. Él vino a hablar conmigo, me felicitó por mi exposición y me preguntó si yo ya era titular.⁶ Sí, había concursado en 1992. Luego de su nombramiento como rector, recibí una llamada del jefe de su gabinete para que fuera a hablar con él. Fava fue directo al grano: me invitó a asumir la presidencia de la editorial. Al comienzo me puse receloso, porque no lo conocía, no sabía cómo funcionaba la EDUSP y además había una mística en torno a João Alexandre Barbosa, profesor de Letras que encabezaba la editorial desde hacía años. Acepté la propuesta bajo la condición de que pudiera elegir a los miembros del consejo editorial; Fava lo consintió enseguida. Mi entrada causó una suerte de malestar, porque a João Alexandre no se le había avisado: hecho consumado, lo echaron sin más, tal como lo harían conmigo en la gestión Marcovitch.

¿Y entonces Ud. trató de armar un nuevo consejo?

Tal cual. Invité a Davi Arrigucci Jr., de Letras. Eso apaciguó una zona de conflicto potencial, porque jamás pondrían su legitimidad en cuestión. No éramos tan amigos, pero nos llevábamos bien. Recién se había jubilado, dudó mucho, pero terminó aceptando. Después de cinco años de trabajo, nos hicimos carne y uña. De hecho, esa actividad cambió mi vida. También necesitaba a alguien del área de ciencias exactas y propuse al hermano⁷ de Kiko (Francisco Aranha), un gran amigo, hematólogo de Campinas. Mantuve a Oswaldo Forat-

⁴ Asociación Nacional de Posgrado y de Investigación en Ciencias Sociales, entidad creada en 1977 que reúne los centros brasileños de posgrado e investigación en sociología, antropología, ciencia política y relaciones internacionales.

⁵ Miceli se refiere al volumen *Sociologia brasileira hoje* (cf. obras mencionadas en la entrevista).

⁶ La posición de profesor titular es la más alta en la jerarquía docente en la Universidad de San Pablo y es un requisito para asumir funciones en la alta burocracia universitaria.

⁷ Miceli se refiere a José Augusto Penteado Aranha, profesor del Departamento de Ingeniería Mecánica de la Escuela Politécnica de la USP.

tini, docente experimentado y muy apacible. Y finalmente, un profesor de la Escuela de Comunicación y Artes (ECA),⁸ sugerido por Fava.

En cuanto al equipo editorial, Plínio Martins Filho, a quien yo conocía de la época de Perspectiva, hacía los libros con esmero, tenía un patrón de gusto conforme al mío, pero la editorial necesitaba gente y organización. Tendría que armar un equipo, lo que requería recursos. Fava no regateó: “Haga lo que sea necesario”, fue la respuesta. Invité a Rodrigo Lacerda y a Heitor Ferraz, jóvenes talentosos, como asistentes; Ana Novais, hija de Fernando Novais, vino a trabajar con Plínio, quería aprender el oficio y se hizo una experta; Maria Beatriz (Mana), cuyo doctorado yo dirigía en aquella época, vino para el área de publicidad.

Y para los libros, ¿cuál era su proyecto?

Quería invertir en humanidades y en artes. De literatura, lo que Davi sugiriese yo lo aceptaría. Creé la colección “Clásicos” y publicamos libros increíbles: el análisis de Edmund Leach sobre la Alta Birmania, con un prólogo magnífico de Lygia Sigaud; *Sublime Poussin*, de Louis Marin, de quien había sido discípulo en París y formó parte de mi jurado de tesis doctoral; obras de Edgar Wind, Meyer Shapiro, Charles Tilly, Raymond Firth, Ernest Robert Curtius, Maravall sobre el barroco español; el libro fascinante sobre la *intelligentsia* alemana, de Fritz K. Ringer, que yo había conocido en vivo en un seminario en París; *Os fundamentos racionais e sociológicos da música*, de Max Weber, traducido por Leopoldo Waizbort; la traducción de tres volúmenes de la *Estética* de Hegel (la gente de Filosofía tardó un montón para traducirlo). En historia del arte, editamos el estudio de Svetlana Alpers sobre la pintura holandesa, el ensayo

Sombras e luzes, de Michael Baxandall, y el magistral *Mecenas e pintores*, de Francis Haskell. Algunos de estos títulos jamás habrían sido publicados por una editorial comercial en aquel momento. Vale mencionar, asimismo, las colecciones “Artistas Brasileiros” y “Artistas da USP”, que eran muy onerosas: volúmenes de tapa dura, con cuadernos de imágenes en blanco y negro o en color, y una concepción gráfica osada. Las tapas de Moema Cavalcanti, por ejemplo, tenían un bisel hecho en una máquina especial. También propuse una colección de historia de América Latina, en la que se editó el libro de Lorenzo Meyer sobre la Revolución Mexicana; él había sido mi contemporáneo cuando enseñé en Chicago. Néstor García Canclini y Beatriz Sarlo fueron autores latinoamericanos que también publiqué en la EDUSP.

Hicimos decenas de libros y tesis de colegas, de la USP y de afuera. Fue importante el concurso para obras didácticas de profesores de la universidad, lo que ha motivado una efectiva movilización docente. Dicha iniciativa alentó a muchas áreas, sobre todo las de historia, letras y ciencias exactas. Todo eso fue posible porque el rector lo apoyó. En cinco años se pueden hacer muchas cosas, aun más con subvención a fondo perdido. La EDUSP tiene un presupuesto que no cubre, ni en cantidad ni en velocidad, los adelantos de capital necesarios para hacer contratos de traducción. Cuando se contrata un libro en el exterior, hay que hacer el pago en efectivo y sin mucha demora. Sin embargo, no he tenido en la EDUSP dificultades para cubrir esos gastos.

Hoy, casualmente, en el funeral [del profesor Antonio Candido], estaba Carlos Alberto Barbosa Dantas, que era el pro rector de grado en la época, y recordamos juntos este período de la editorial. La EDUSP está ligada a la rectoría o, mejor dicho, depende de ella, y en materia financiera todo pasa por el rector, aunque no en lo que atañe a la política editorial. Fava nunca me pidió que publicara un

⁸ Se trata del profesor Tupã Gomes Correa, que actualmente se llama Víctor Aquino Gomes Correa.

título, lo que da la medida de su estatura política e institucional. Asimismo, nunca me negó recursos. A Hélio Nogueira da Cruz, que era el superintendente financiero, se le ponían los pelos de punta; decía que era un capricho, quería más control. Era una situación bastante excepcional. Cuando terminó la gestión de Fava, y Jacques Marcovitch fue elegido rector, puse la presidencia de la editorial a disposición, porque ya estaba allí hacía algunos años y entendí la dificultad de preservar condiciones de trabajo tan favorables. Aunque el nuevo rector hubiera insistido por mantenerme en la presidencia, precisamente por el éxito de la editorial, me di cuenta de que de ahí en adelante el proyecto editorial sería impracticable. ¡Él quería que la editorial fuera rentable! Intenté argumentar que ninguna editorial universitaria importante es rentable ni produce ganancias, todas tienen subsidio, incluso Oxford, Cambridge o Princeton, porque realizan muchos proyectos sin recaudo comercial. Nos enfadamos y yo salí de la EDUSP, es decir, me echaron. Basta con mirar la editorial hoy y deplorar el retroceso, la casi total ausencia de impacto en la vida cultural del país. Si el rector no apoya a la editorial en términos financieros, ella se anquilosa y se debilita.

Aún en la época de la EDUSP, *A economia das trocas lingüísticas* salió en la colección “Clásicos”. ¿La decisión de cambiar el título original la tomó Ud.?

Sí. A Bourdieu le causaba gracia esta historia. Yo le dije que “*Ce que parler veut dire*” [*Qué significa hablar*] quedaría raro en portugués, no sería inteligible, no vendería. Yo quería darle al libro un título que facilitara su recepción en el Brasil. El título de la recopilación publicada en Perspectiva era *A economia das trocas simbólicas*; entonces, en este libro preferí adoptar el subtítulo como título y viceversa: *A economia das trocas lingüísticas: o que falar quer dizer*. A él le gustó. Por fin, no

quiero dejar de mencionar otro volumen que hice con Bourdieu en la EDUSP: una selección de textos extraídos de la revista *Liber*, y para cuyo índice Pascale Casanova nos dio excelentes sugerencias.

Su experiencia editorial más reciente es en *Companhia das Letras*, ¿verdad?

Sí, la colección que coordiné junto a Lilia Schwarcz en la “Companhia” es estupenda. Son libros caros y que no venden mucho. Es el *gratin* de la historia del arte contemporáneo. La colección fue concebida como una bibliografía básica en historia social del arte, y en este sentido prestó un servicio valioso. Basta con mencionar los autores publicados: T. J. Clark, Nicolau Pevsner, Michael Baxandall, Fernand Braudel, Enrico Castelnuovo, Svetlana Alpers, Erwin Panofsky, Aby Warburg y Pierre Bourdieu, cuyo *Manet* será lanzado muy pronto.

Lilia apoyó la mayoría de las propuestas que hice y no vetó casi nada. Se convenció de publicar a Clark cuando nos fue a visitar en Stanford. En aquel entonces Clark era profesor en Berkeley, y un conocido mío, profesor de literatura en Stanford y casado con una brasileña, era su amigo. Al inicio, Clark quería negociar otro libro suyo, más reciente y un poco hermético. No iba a funcionar. Para lanzar la colección con repercusión tenía que ser *A pintura da vida moderna*. También propuse Nikolau Pevsner, a lo que Lilia asintió enseguida; Leopoldo Waizbort propuso a Aby Warburg, mientras que el libro de Haskell sobre los coleccionistas fue rechazado. Ella tiene experiencia en la edición y siempre se pregunta a quién puede interesar un título. Por otro lado, en otra ocasión me opuse a publicar a Mario Praz, el coleccionista que ha inspirado el personaje de Burt Lancaster en la película *Violencia y pasión*, de Visconti. Praz es un ensayista, un diletante refinado, que a mi juicio no se encuadraba en el horizonte doctrinario de la colección. Exceso de celo, al

final, porque el libro tenía méritos. Companhia das Letras ha cambiado de perfil y no sé bien qué piensan ellos ahora de esta iniciativa, porque no corresponde al recaudo comercial esperado. Mi próximo libro, por ejemplo, saldrá por la editorial Todavía, a comienzos del 2018.⁹

“Companhia” aceptó hacer casi todas las obras de Bourdieu que propuse: *As regras da arte*, *Sobre o Estado*, *Esboço de autoanálise*, y ahora *Sobre Manet*.¹⁰ Sin embargo, hay que considerar que Bourdieu siempre estuvo en la cresta de la ola. *As regras da arte* ya tuvo cinco ediciones y el *Esboço* se ha agotado. Creo que tiene mucho más que ver con el éxito de Bourdieu que con mi mediación.

Y hay algo para decir sobre los procesos de negociación de derechos de estos libros. Mientras crecía el éxito internacional de Bourdieu, el precio que las editoriales francesas empezaron a cobrar como adelanto alcanzó valores absurdos. Escribí a Jérôme Bourdieu (economista, uno de los tres hijos de Bourdieu) y le expliqué que en el Brasil un adelanto de 15 mil dólares era impensable. Tales costes podían funcionar en Inglaterra o en los Estados Unidos, aquí no. En el caso del *Esboço*, garanticé que la edición saldría muy bien cuidada, y que yo personalmente cuidaría de todo –traducción, prólogo, notas, cronología, cuaderno de fotos...–. Y de hecho es una edición hermosa, sin equivalentes; ninguna edición –ni la alemana, ni la francesa– se compara con la brasileña. El mismo Jérôme, según me han dicho, quedó sorprendido. Y fue de esta manera, negociando el precio del adelanto, que también hicimos posible la publicación de *Sobre o Estado* y de la obra sobre Manet.

⁹ El libro mencionado, *Sonhos da periferia*, fue efectivamente lanzado en el comienzo del 2018.

¹⁰ Este título todavía no había sido publicado hasta el cierre de esta edición de *Prismas*.

En suma, Ud. contribuyó a que se publicara Bourdieu en Perspectiva, en EDUSP y en Companhia das Letras...

Tal cual. Nuestra sintonía era permanente, por correo y en persona cuando yo iba a París. Él me escribía acerca de los títulos de su autoría que eran negociados en el Brasil. Tal vez ustedes conozcan un opúsculo que Andrea Loyola organizó, con entrevistas a Bourdieu, a Moacir Palmeira y a mí. Sería una suerte de guía complementaria al documental que hizo con Bourdieu –muy sugerente incluso–. La producción del documental coincidió con un seminario en París del cual participé. Durante nuestro encuentro, en esta ocasión, él arriesgó poner reparos: “Tu colega está haciendo un documental demasiado largo, tú podrías ayudarla a hacer unos cortes”. Era así. He echado un vistazo a todos los ensayos de Bourdieu editados por Zahar; me pedía que relejera y corrigiera la traducción, incluso el texto *Sobre a televisão*.

Meditações pascalianas fue un lío. La editorial Bertrand Brasil compró el libro y Bourdieu me consultó. La editorial me propuso hacer la traducción, trabajo para el cual pedí el valor usual de mercado. Les pareció muy caro y entonces encargaron la tarea a otro traductor, y al final yo haría una relectura. Los dos capítulos que me enviaron eran un desastre. Cuando se enteró, Bourdieu condicionó la publicación del libro a la aceptación de que lo tradujera yo, por el precio ya solicitado. De otro modo, se rompería el contrato. Quedó arreglado, finalmente, que yo haría la traducción por el valor exigido. Eso me dio un trabajo espantoso, pero creo que salí bien de este encargo. La traducción de *Esboço de autoanálise* fue una tarea placentera, por la fluidez de la escritura; *Meditações pascalianas*, en cambio, requería un tratamiento distinto, por las frases y los párrafos inmensos, que no suenan bien en portugués; ni hablar de la dificultad de buscar correspondencias para los términos filosóficos y teóricos.

¿Ud. tenía autonomía para plantear intervenciones en el texto?

Por supuesto, desde el inicio. Muy pronto me di cuenta de que la traducción literal no resolvía el problema. En los años 1970 y 1980, Bourdieu se valía de un exceso de intercalaciones, como aludiendo a los materiales empíricos capaces de probar sus aseveraciones generalizadoras. A veces era necesario tomar aliento para leer la frase. En el *Esboço* es distinto, las frases son más cortas y la licencia que tomé, digamos, fue traducir para la jerga brasileña cosas que él resolvió recurriendo al lenguaje popular francés. Cuando la editora chequeó la traducción, me preguntó si era tan fuerte en el original.

Una última pregunta: ¿Ud. reconoce, en su trayectoria, una editorial o una colección que tuvo importancia en su formación como sociólogo?

Cuando era joven, tenía la idea de que el éxito en la ciencia social en el Brasil era publicar en la colección “Corpo e Alma do Brasil”, de la Difusão Europeia do Livro (DIFEL). Y lo he logrado.¹¹ Para nosotros, que cursábamos el posgrado en los años 1960, aquellos eran los autores de referencia. Tengo todos los libros de la serie. En este sentido, la colección tuvo un impacto en mi formación y en mi imaginario, porque era la tradición sociológica y humanística de la USP, con figuras reputadas como Fernando Henrique Cardoso, Octavio Ianni, Emília Viotti da Costa, Leôncio Martins Rodrigues, Juarez Rubens Brandão Lopes, entre otros. □

¹¹ Miceli se refiere a la colección “Corpo e Alma do Brasil”, publicada inicialmente por la editorial DIFEL y posteriormente por Bertrand Brasil. Sus libros *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)* [1979], *Estado e cultura no Brasil* [1984] y *A elite eclesiástica brasileira* [1988] fueron publicados allí.

Obras mencionadas en la entrevista

Alpers, Svetlana, *A arte de descrever: a arte holandesa no século*, San Pablo, EDUSP, 1999 [trad. esp.: *El arte de describir: el arte holandés en el siglo xvii*, Madrid, Hermann Blume, 1987].

—, *O projeto de Rembrandt: o ateliê e o mercado*, San Pablo, Companhia das Letras, 2010, Coleção História Social da Arte [trad. esp.: *El taller de Rembrandt: La libertad, la pintura y el dinero*, Madrid, Mondadori, 1992].

Baxandall, Michael, *Sombras e luzes*, San Pablo, EDUSP, 1997, Coleção Texto e Arte, N° 15 [trad. esp.: *Las sombras y el siglo de las luces*, Madrid, Antonio Machado, 1997].

—, *Padrões de intenção: a explicação histórica dos quadros*, San Pablo, Companhia das Letras, 2006, Coleção História Social da Arte [trad. esp.: *Modelos de intención: sobre la explicación histórica de los cuadros*, Madrid, Hermann Blume, 1989].

Bourdieu, Pierre, *A economia das trocas simbólicas*, San Pablo, Perspectiva, 1974, Coleção Estudos, N° 20.

—, *A economia das trocas linguísticas: o que falar quer dizer*, San Pablo, EDUSP, 1996 [trad. esp.: *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 1985].

—, *As regras da arte: gênese e estrutura do campo literário*, San Pablo, Companhia das Letras, 1996 [trad. esp.: *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.]

— (ed.), *Liber 1*, San Pablo, EDUSP, 1997.

—, *Sobre a televisão*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1997 [trad. esp.: *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 2005].

—, *Meditações pascalianas*, Río de Janeiro, Bertrand Brasil, 2001 [trad. esp.: *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999].

—, *Esboço de autoanálise*, San Pablo, Companhia das Letras, 2005 [trad. esp.: *Autoanálisis de un sociólogo*, Barcelona, Anagrama, 2006].

—, *Sobre o Estado: cursos no Collège de France (1989-92)*, San Pablo, Companhia das Letras, 2015 [trad. esp.: *Sobre el Estado: cursos en el Collège de France (1989-1992)*, Barcelona, Anagrama, 2014].

Braudel, Fernand, *O modelo italiano*, San Pablo, Companhia das Letras, 2007, Coleção História Social da Arte.

Canclini, Néstor García, *Culturas híbridas: estratégias para entrar e sair da modernidade*, San Pablo, EDUSP, 1997, Coleção Ensaio latino-americanos, N° 1 [trad. esp.: *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990].

- Cardoso, Fernando Henrique, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional: o negro na sociedade escravocrata do Rio Grande do Sul*, San Pablo, DIFEL, 1962, Coleção Corpo e Alma do Brasil, vol. 8.
- Clark, T. J., *A pintura da vida moderna: Paris na arte de Manet e de seus seguidores*, San Pablo, Companhia das Letras, 2004, Coleção História Social da Arte.
- Costa, Emília Viotti da, *Da senzala à colônia*, San Pablo, DIFEL, 1966, Coleção Corpo e Alma do Brasil, vol. 19.
- Curtius, Ernest Robert, *Literatura europeia e Idade Média latina*, San Pablo, Hucitec/EDUSP, 1996, Coleção Clássicos, N° 2. [trad. esp.: *Literatura europea y Edad Media Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955].
- Durham, Eunice Ribeiro, *A caminho da cidade: a vida rural e a migração para São Paulo*, San Pablo, Perspectiva, 1973, Coleção Debates, N° 77.
- Fausto, Boris, *Historiografia da imigração para São Paulo*, San Pablo, Sumaré, 1991, Serie Imigração, vol. 1.
- Firth, Raymond, *Nós, os Tikopias: um estudo sociológico do parentesco na Polinésia primitiva*, San Pablo, EDUSP, 1998, Coleção Clássicos, N° 11.
- Grun, Roberto, *Negócios & famílias: armênios em São Paulo*, San Pablo, Sumaré, 1992, Serie Imigração, vol. 3.
- Haskell, Francis, *Mecenas e pintores: arte e sociedade na Itália barroca*, San Pablo, EDUSP, 1997 [trad. esp.: *Patronos y pintores: arte y sociedad en la Italia barroca*, Madrid, Cátedra, 1984].
- Hegel, George W. F., *Cursos de estética*, San Pablo, EDUSP, 2000, 4 vols., Coleção Clássicos [trad. esp.: *Lecções sobre la estética*, Madrid, Akal, 2007].
- Ianni, Octavio, *As metamorfoses do escravo: apogeu e crise da escravatura no Brasil meridional*, San Pablo, DIFEL, 1962, Coleção Corpo e Alma do Brasil, vol. 7 [trad. esp.: *Eslavitud y capitalismo*, México, Siglo XXI, 1976].
- Leach, Edmund R., *Sistemas políticos da Alta Birmânia: um estudo da estrutura social kachin*, San Pablo, EDUSP, 1995, Coleção Clássicos, N° 6 [trad. esp.: *Sistemas políticos de la Alta Birmania: estudio sobre la estructura social kachin*, Barcelona, Anagrama, 1976].
- Lopes, Juarez Rubens Brandão, *Sociedade industrial no Brasil*, San Pablo, DIFEL, 1964, Coleção Corpo e Alma do Brasil, vol. 14.
- Loyola, Maria Andréa (org.), *Pierre Bourdieu entrevistado por Maria Andréa Loyola*, Rio de Janeiro, EDUERJ, 2002, Coleção Pensamento Contemporâneo, vol. 1.
- Maravall, José Antonio, *A cultura do barroco: análise de uma estrutura histórica*, San Pablo, EDUSP, 1997, Coleção Clássicos, N° 10 [trad. esp.: *La cultura del barroco: análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel, 1975].
- Marin, Louis, *Sublime Poussin*, San Pablo, EDUSP, 2001, Coleção Clássicos, N° 21.
- Mauss, Marcel, *Ensaio de sociologia*, San Pablo, Perspectiva, 1981, Coleção Estudos, N° 47.
- Camin, Héctor Aguilar y Lorenzo Meyer, *À sombra da revolução mexicana: história mexicana contemporânea, 1910-1989*, San Pablo, EDUSP, 2000, Coleção Ensaio Latino-Americanos, vol. 5 [trad. esp.: *A la sombra de la revolución mexicana*, México, Cal y Arena, 1989].
- Miceli, Sergio, *A noite da madrinha*, San Pablo, Perspectiva, 1972, Coleção Debates, N° 66.
- , *A desilusão americana: relações acadêmicas entre Brasil e Estados Unidos*, San Pablo, Sumaré, 1990.
- (org.), *História das ciências sociais no Brasil*, San Pablo, Sumaré/FAPESP, 1995, vol. 2.
- (org.), *História das ciências sociais no Brasil*, San Pablo, Sumaré/FAPESP, 2001, vol. 1.
- (org.), *O que ler na ciência social brasileira (1970-1995)*, San Pablo, Sumaré/ANPOCS; Brasília, CAPES, 1999, 3 vols.
- (org.), *O que ler na ciência social brasileira (1970-2002)*, San Pablo, Sumaré/ANPOCS; Brasília, CAPES, 2002.
- , y Carlos Benedito Martins (orgs.), *Sociologia brasileira hoje*, San Pablo, Ateliê, 2017.
- , *Sonhos da periferia*, San Pablo, Todavía, 2018 [trad. esp.: *Sueños de la periferia: intelectualidad argentina y mecenazgo privado*, Buenos Aires, Prometeo, 2017].
- Panofsky, Dora y Erwin Panofsky, *A caixa de Pandora: as transformações de um símbolo mítico*, San Pablo, Companhia das Letras, 2009, Coleção História Social da Arte [trad. esp.: *La caja de Pandora: aspectos cambiantes de un símbolo mítico*, Barcelona, Barral, 1975].
- Peixoto Massi, Fernanda y Heloisa André Pontes, *Guia bibliográfico dos brasilianistas: obras e autores editados no Brasil (1930-1988)*, San Pablo, Sumaré/FAPESP, 1992 (con la colaboración de Maria Cecília Spina Forjaz).
- Pevsner, Nikolaus, *Academias de arte: passado e presente*, San Pablo, Companhia das Letras, 2005, Coleção História Social da Arte [trad. esp.: *Las academias de arte: pasado y presente*, Madrid, Cátedra, 1982].
- Ringer, Fritz K., *O declínio dos mandarins alemães: a comunidade acadêmica alemã, 1890-1933*, San Pablo, EDUSP, 2000, Coleção Clássicos, N° 19 [trad. esp.: *El ocaso de los mandarines alemanes: catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995].
- Rodrigues, Leôncio Martins, *Conflito industrial e sindicalismo no Brasil*, San Pablo, DIFEL, 1966, Coleção Corpo e Alma do Brasil, vol. 18.

Sarlo, Beatriz, *Paisagens imaginárias: intelectuais, artes e meios de comunicação*, San Pablo, EDUSP, 1997, Coleção Ensaio latino-americanos, Nº 2.

Schapiro, Meyer, *A arte moderna dos séculos XIX e XX: ensaios escolhidos*, San Pablo, EDUSP, 1996, Coleção Clássicos, Nº 3 [trad. esp.: *El arte moderno*, Madrid, Alianza, 1993].

Scholem, Gershom, *De Berlim a Jerusalém: recordações da juventude*, San Pablo, Perspectiva, 1991.¹²

Simpson, Amelia, *Xuxa*, San Pablo, Sumaré, 1994.

Tilly, Charles, *Coerção, capital e estados europeus: 990-1992*, San Pablo, EDUSP, 1996, Coleção Clássicos,

Nº 7 [trad. esp.: *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza, 1992].

Truzzi, Oswaldo, *De mascates a doutores: sírios e libaneses em São Paulo*, San Pablo, Sumaré, 1992, Série Imigração, vol. 2.

Warburg, Aby, *Histórias de fantasma para gente grande: escritos, esboços e conferências*, Leopoldo Waizbort (org.), San Pablo, Companhia das Letras, 2015.

Weber, Max, *Os fundamentos racionais e sociológicos da música*, San Pablo, EDUSP, 1995, Coleção Clássicos, Nº 1 [trad. esp.: *Los fundamentos racionales y sociológicos de la música*, Madrid, Tecnos, 2015].

Wind, Edgar, *A eloquência dos símbolos: estudos sobre a arte humanista*, San Pablo, EDUSP, 1997, Coleção Clássicos, Nº 8 [trad. esp.: *La elocuencia de los símbolos: estudios sobre arte humanista*, Madrid, Alianza, 1993].

¹² Perspectiva ha publicado varios títulos de este autor, que solo aparece mencionado en esta entrevista.

Entre la academia y el mercado editorial

*La edición universitaria de libros de sociología en la Argentina
tras el retorno a la democracia (1983-1995)*

Juan Martín Bonacci

UBA-CONICET

Introducción

Tras el fin de la última dictadura militar la sociología argentina comenzó un proceso de recomposición institucional e intelectual. Durante este proceso, el libro fue el principal medio de publicación. El análisis de sus condiciones de producción y circulación revela rasgos significativos de la evolución de los vínculos entre la sociología, las instituciones académicas y el mercado editorial.

En el presente artículo nos proponemos mostrar algunas de las principales características de la publicación de la sociología argentina, concentrándonos en la edición universitaria. Para ello, elaboramos una matriz de datos con las características de las obras publicadas por sociólogos entre 1983 y 1995.¹ Como se ha señalado, la publicación en ciencias sociales y humanas depende tanto de los modos de validación del trabajo de investigación de las propias disciplinas como de la acción de los editores, quienes poseen diferentes relaciones

con el campo académico y universitario, con el campo intelectual y con la edición para el gran público.²

En este artículo nos concentramos en las editoriales universitarias que más títulos de sociólogos argentinos publicaron: el Centro Editor de América Latina (CEAL), Biblos y el Grupo Editor Latinoamericano (GEL). Mostraremos cómo la edición universitaria no es homogénea: varía de acuerdo con las diferentes estrategias editoriales y los patrones académicos de publicación.

El Centro Editor de América Latina y la edición universitaria de sociología

Del conjunto de las 54 editoriales que publican libros de sociología entre 1983 y 1995, el Centro Editor de América Latina (CEAL) se destaca por la cantidad de obras editadas: 110 de los 466 títulos relevados, lo que representa un cuarto del total (gráfico 1). La producción

¹ Consideramos los libros escritos por un autor local con formación en sociología, o bien vinculado a actividades de docencia o investigación de la disciplina. Para las obras extranjeras consideramos también a autores de otras disciplinas que tuvieron una amplia recepción en los programas de los cursos de sociología, en las reseñas y en las obras de los principales sociólogos.

² Bruno Auerbach, "Publish and perish: La définition légitime des sciences sociales au prisme du débat sur la crise de l'édition SHS", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 164 (4), 2006; Bruno Auerbach, "Production universitaire et sanctions éditoriales: Les sciences sociales, l'édition et l'évaluation", *Sociétés contemporaines*, 74 (2), 2009.

del CEAL supera en más de cinco veces la del Grupo Editor Latinoamericano (GEL) y la de Biblos, las editoriales que le siguen en términos cuantitativos.³

¿Por qué el CEAL se convirtió en el principal editor de libros de sociología? ¿Cómo se distinguían las estrategias editoriales del CEAL de las de las editoriales emergentes que luego ocuparon su lugar?

Con el retorno de la democracia, el CEAL era reconocido en el espacio cultural argentino y latinoamericano y su editor, Boris Spivacow, era ya un editor consagrado. Tras dejar su marca en la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba), Spivacow continuó, con la creación del CEAL en 1966, su estrategia de democratización del acceso a textos cultos y académicos.

El proyecto de Spivacow ocupó el lugar vacante dejado por Eudeba en la edición universitaria tras la crisis institucional desatada con la intervención del gobierno de facto de 1966 y que se extendió hasta 1984.⁴ El CEAL, en tanto que editorial privada, tenía mayor autonomía respecto del control institucional de las universidades públicas,⁵ lo que le permitía amparar a quienes habían sido expulsados de las universidades y enriquecer su catálogo.⁶

Orientada a la edición masiva de libros universitarios la estrategia editorial del CEAL

cosechó cierto éxito durante las décadas de 1960 y 1970. Los libros eran organizados en colecciones temáticas, en formato de pequeños fascículos de bajo costo y distribuidos en librerías y kioscos o puestos de diarios y revistas. Ese modelo de edición universitaria se nutría de dos fuentes.

Por un lado, la representación de Spivacow del editor como un agente orientado a “formar un público”⁷ se inscribía en una genealogía de su función pedagógica consolidada en el campo editorial argentino.⁸ En efecto, también puede encontrarse –orientada a la literatura– en colecciones como la *Biblioteca La Nación*, *La Cultura Argentina* y *La Biblioteca Argentina*, que contribuyeron a organizar el mercado editorial local durante las primeras décadas del siglo xx.⁹ La particularidad del CEAL reside en que trasladó esa intención pedagógica a la edición de las humanidades y las ciencias sociales de posguerra.

Por otro lado, el modelo del CEAL se inspiraba en las innovaciones producidas por la colección *Que sais-je?*, de la *Presses Universitaires Françaises* (PUF) en Francia durante las décadas de 1940 y 1950, de cuyos títulos Spivacow compró varios derechos de traducción. La novedad de la colección de PUF residía en su orientación a un público en formación entre la escolaridad media y superior, su dimensión de bolsillo, la cantidad de páginas –menos de 200–, la estética moderna y austera y el bajo precio de los ejemplares.¹⁰

³ Si además consideramos que 101 de ellos corresponden a autores locales, queda en evidencia la centralidad del CEAL para la sociología argentina. Por ello, la crisis y el cierre de la editorial, entre 1994 y 1995, impactaron en las condiciones de publicación: los sociólogos debieron establecer o profundizar vínculos con otros emprendimientos con estrategias de edición distintas de las del CEAL.

⁴ Leandro de Sagastizábal, *50 años de libros para todos*, Buenos Aires, Eudeba, 2008.

⁵ El CEAL también sufrió la represión y la censura de los regímenes autoritarios. No obstante, su editor decidió no suspender su actividad e incluso alentó la continuidad del plan editorial en momentos críticos de la represión militar.

⁶ Gustavo Sorá, “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

⁷ Judith Gociol, *Boris Spivacow. El señor editor de América Latina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010, p. 32; Delia Maunás, *Boris Spivacow. Memorias de un sueño argentino*, Buenos Aires, Colihue, 1995, p. 105.

⁸ Gustavo Sorá, “El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10/11/12, verano de 2011/2012.

⁹ José Luis de Diego, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, FCE, 2006.

¹⁰ Valerie Tesnière, *Le Quadriège, 1860-1968*, París, Presses Universitaires de France, 2001.

A diferencia de otras editoriales vinculadas a la disciplina, el CEAL operó como una amalgama entre la producción restringida¹¹ –aquella destinada a conformar un mercado de productores para productores– y la producción ampliada¹² –aquella destinada a un público general–. Si consideramos su catálogo desde 1983, los criterios del CEAL eran más heterodoxos que los de las editoriales consolidadas. Paidós, la casa editorial vinculada a la institucionalización de la disciplina en la Argentina,¹³ solo publicaba obras de sociólogos consagrados, en general de figuras relacionadas a Gino Germani. Por su parte, el Fondo de Cultura Económica solo publicó a Torcuato Di Tella, títulos de sociólogos extranjeros y reediciones de clásicos.

A diferencia de aquellas, en el CEAL encontramos una gran presencia de títulos inéditos, referidos a temáticas y líneas de investigación variadas. Las reediciones corresponden en su mayoría a obras de autores extranjeros o a intelectuales reconocidos. Asimismo, hay cierta heterogeneidad en las características de los autores: desde académicos formados o investigadores del Conicet, que ya contaban con libros de su autoría, hasta jóvenes que publicaban por primera vez.

Sin embargo, la estrategia de edición universitaria del CEAL se vio tensionada a partir de 1984 por la estabilización de las lógicas de producción universitarias y académicas. Cuando relanzó algunas de sus colecciones tras la crisis económica y política de 1989, los textos de sociología publicados mostraron con nitidez los rasgos propios de los patrones académico-institucionales. Estos se evidencian, por un lado, en la especialización de las

temáticas o áreas de investigación y, por otro, en el crecimiento de las obras de autoría colectiva.

En efecto, si se comparan los períodos 1983-1989 y 1989-1995, mientras que en el primero la temática dominante es la sociología política (cerca del 70% del total de títulos), en el segundo su primacía decrece de modo significativo (cerca del 17%). A partir de entonces emergen nuevas temáticas, como la sociología de la religión, la sociología de la cultura y la sociología de la salud (cada una con alrededor del 10%), entre otras.

Algo similar ocurrió con la autoría de los textos: el porcentaje de textos de un solo autor pasó del 55% al 39% del total. Las diferencias en las temáticas y los tipos de autoría pueden ser explicadas por la evolución de la producción científica y académica en la sociología argentina, que promovió, por un lado, el desarrollo de la especialización disciplinar y, por otro, la organización del trabajo en equipos de investigación.

Las estrategias de las editoriales universitarias emergentes: los casos de Biblos y el Grupo Editor Latinoamericano

Los procesos de expansión e internacionalización de las ciencias sociales en la Argentina a partir de la transición democrática¹⁴ habían permitido consolidar otras estrategias de edición caracterizadas por la combinación de tres dimensiones. En primer lugar, la coedición financiada por las instituciones, por lo general orientada a publicar obras colectivas. En segundo lugar, una incipiente recuperación de la edición universitaria focalizada en la publica-

¹¹ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995.

¹² *Ibid.*

¹³ Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

¹⁴ Miguel Murmis, "Sociology, political science and anthropology: institutionalization, professionalization and internationalization in Argentina", *Social Science Information*, 44, 2-3, París, 2005, pp. 227-282.

ción de material de enseñanza. En tercer lugar, la segmentación del mercado editorial, que estructuró la conformación de nichos vinculados a determinadas especialidades.

En línea con estas tendencias, la coedición financiada de libros de humanidades y ciencias sociales constituyó uno de los principales modos de capitalización de editoriales jóvenes como Biblos, el Grupo Editorial Latinoamericano (GEL) y Tesis-Norma. Alrededor de la década de 1980, estos nuevos emprendimientos buscaron hacerse un lugar en la edición académica mediante alianzas con intelectuales que tenían acceso a financiamientos institucionales para desarrollar sus trabajos y que podían utilizarlos para solventar parte de los costos. Esta estrategia les permitía compensar la desposesión del capital simbólico de aquellos editores consolidados en el espacio académico y la ausencia del respaldo de los proyectos editoriales de grupos intelectuales de vanguardia, en general ligados a las revistas político-culturales.

En el caso de Biblos, la coedición fue relevante para la publicación de la colección *Cuadernos de la Fundación Simón Rodríguez* (FSR), creada y dirigida por Torcuato Di Tella en 1971, conformada por investigadores del Instituto homónimo (el IDT). En Biblos, la FSR publicó más de veinte libros, principalmente de sociología e historia política y económica, que encontraban su público no solo entre los especialistas sino también entre los estudiantes, conforme la inserción del propio Di Tella y de investigadores de la FSR que estaban al frente de los cursos del Ciclo Básico Común (CBC) de la UBA.¹⁵

Con la normalización universitaria ocurrida durante el gobierno de Alfonsín se creó

en la UBA el CBC, cursos de formación común que constituyen el prerrequisito de ingreso a las carreras de grado. Torcuato Di Tella obtuvo el cargo de jefe de la cátedra de Sociedad y Estado, una de las dos principales asignaturas comunes a casi todas las carreras. La masividad de la matrícula estudiantil de esos cursos conformó un mercado cautivo de libros de enseñanza.

Biblos competía en esa fracción del mercado con Eudeba. La editorial de la UBA había comenzado un lento proceso de recuperación financiera para afrontar las deficiencias que las sucesivas gestiones de los gobiernos de facto habían dejado (De Sagastizábal, 2008). El mercado creado por el CBC ofrecía un mecanismo de rentabilidad inmediato que Eudeba aprovechó a través de la publicación de una serie de obras colectivas compiladas por los titulares de cátedra.

Por ello, la cofinanciación de los costos de edición resultó para Biblos una estrategia alternativa a la publicación de material de enseñanza. Al mismo tiempo, la coedición con la FSR le permitió construir un catálogo en función de la agenda intelectual de varios investigadores vinculados al IDT, con una importante presencia de obras de autoría colectiva. Ese instituto también intervino en la publicación de sociología de otras editoriales, como el GEL y Tesis-Norma.

Sin embargo, en el GEL la coedición se produjo, durante las décadas de 1980 y 1990, a través del vínculo con otros centros privados, como el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) y el Centro de Investigaciones Europeo-Latinoamericano (EURAL). A diferencia de Biblos, tanto en el GEL como en Tesis-Norma los títulos no se organizaron en colecciones dirigidas por las instituciones que coeditaban la publicación y el porcentaje de títulos de un solo autor fue más elevado. Estas editoriales tendieron a ser, no tanto órganos de coedición de determinadas instituciones académicas, como sí medios de publicación

¹⁵ El contenido de los libros *Elementos teóricos para el análisis sociológico* (1988), de M. C. Lucchini, y *Estructuras sindicales en la Argentina* (1994), de T. S. Di Tella, integraron la bibliografía de los cursos del CBC. Posteriormente, algunos de los textos fueron reeditados por la Oficina de Publicaciones del CBC y por Eudeba.

de ciertos investigadores que disponían de fondos institucionales para financiarlas.

Otro rasgo del GEL y de Tesis-Norma fue la presencia de autores que habían obtenido una formación en sociología, aunque su actividad principal estaba ligada al asesoramiento de organismos internacionales, como Bernardo Kliksberg y Carlos Escudé, cuyos libros se orientaban a un público no especializado. Estas obras se insertaban en colecciones destinadas al campo de las relaciones internacionales. El surgimiento y la consolidación de carreras universitarias o cursos de posgrado de administración de empresas o relaciones internacionales crearon nichos de mercado novedosos captados por estas empresas editoriales. En particular, este fue el caso de Tesis-Norma, en que la publicación de unos pocos sociólogos se produjo recién en la década de 1990. A principios de aquella década, el grupo Carvajal, un conglomerado de origen colombiano, adquirió Tesis a través de la editorial Norma. Como ha sido señalado, se trató de una excepción temprana al proceso de extranjerización de la industria editorial argentina que se produjo hacia el final de la década.¹⁶ □

Bibliografía

Auerbach, B., “Publish and perish: La définition légitime des sciences sociales au prisme du débat sur la crise

¹⁶ Malena Botto, “La concentración y la polarización de la industria editorial”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas*.

de l'édition SHS”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 164 (4), 2006, pp. 75-92.

—, “Production universitaire et sanctions éditoriales: Les sciences sociales, l'édition et l'évaluation”, *Sociétés contemporaines*, 74 (2), 2009, pp. 121-145.

Blanco, A., *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Botto, Malena, “La concentración y la polarización de la industria editorial”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires/México, FCE, 2006, pp. 209-250.

Bourdieu, P., *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995.

De Diego, J. L., *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, FCE, 2006.

De Sagastizábal, L., *50 años de libros para todos*, Buenos Aires, Eudeba, 2008.

Gociol, J., *Boris Spivacow. El señor editor de América Latina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010.

Gociol, J., E. Bitesnik, J. Ríos, J. y F. Etchemaité, *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2007.

Maunás, D., *Boris Spivacow. Memorias de un sueño argentino*, Buenos Aires, Colihue, 1995.

Murmis, Miguel, “Sociology, political science and anthropology: institutionalization, professionalization and internationalization in Argentina”, *Social Science Information*, París, 44, 2-3, 2005, pp. 227-282.

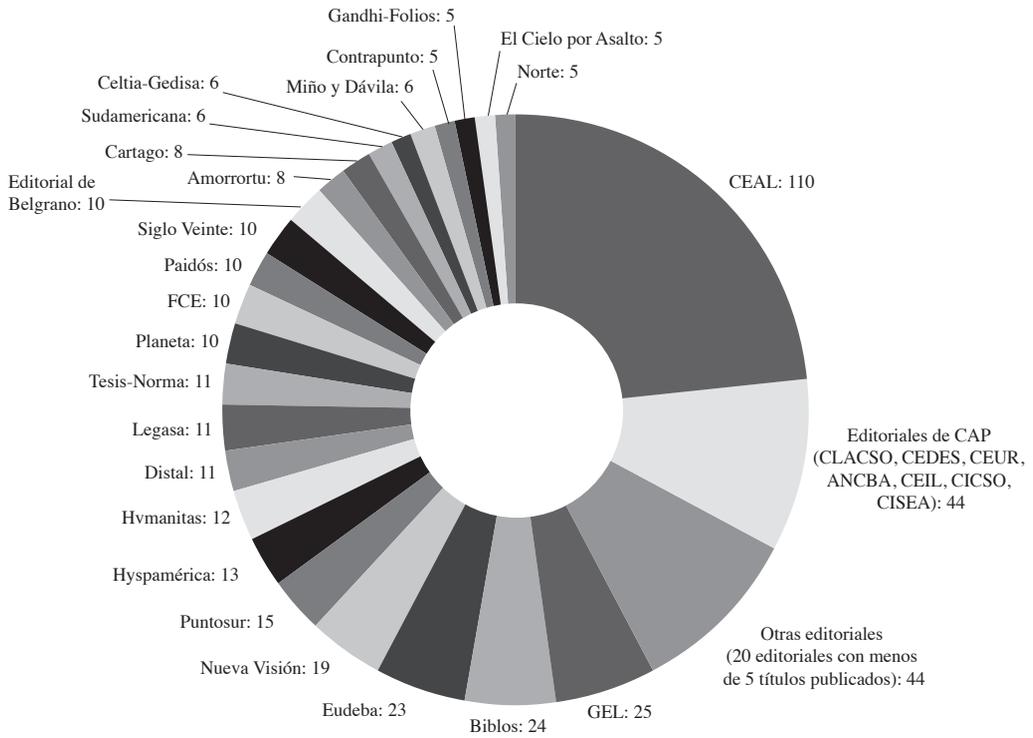
Sorá, G., “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 265-292.

—, “El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10/11/12, 2011, pp. 125-142.

Tesnière, V., *Le Quadriège, 1860-1968*, París, Presses Universitaires de France, 2001.

Anexo

Publicación de libros de sociología por editorial en la Argentina (1983-1995)



Fuente: elaboración propia.

Referencias: Editoriales CAP (Centros Académicos Privados: CLACSO, CEDES, CEUR, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, CEIL, CICSO, CISEA).

El Fondo de Cultura Económica

*y la búsqueda de un keynesianismo en América Latina, 1936-1947**

Jimena Caravaca y Ximena Espeche

CONICET-CIS-IDES** / CONICET-FFYL-UBA/ CHI-UNQ***

Es *vox-populi* que la editorial Fondo de Cultura Económica produjo, con la cuota misionarial del intelectual liberal mexicano, una de las mayores apuestas por revisar los fundamentos de la cultura mexicana posrevolucionaria y, luego, con el correr de los años y de los avances de la empresa, latinoamericana. Fundada en 1934, y casa de hecho de muchos exiliados de la Guerra Civil española que fungieron en diversos oficios, la política de la editorial también está tramada con la vida y obra de varios de sus factótums, como quien fuera uno de sus directores, Daniel Cosío Villegas (1898-1976) –economista formado en universidades extranjeras como Harvard, Wisconsin y Cornell; funcionario dedicado de la burocracia mexicana como diplomático y asesor, así como investigador en historia–. En esas revisiones, la del pensamiento económico fue una línea sostenida y financiada por quienes, a su vez, consideraban la apuesta

por el desarrollo económico del México cardenista una de las pautas más fortalecedoras de una avanzada civilizatoria que, poco tiempo después, tendría el mote de “desarrollo”. En esas aventuras, la figura y la producción de J. M. Keynes será central. En primer lugar, porque se condecía con una de las funciones que quienes inauguraron la actividad de la editorial llamaban a contribuir en la formación del estudiantado mexicano que no leía en inglés, y para lo cual la condición *sine qua non* de cualquier aprendizaje y *aggiornamiento* teóricos estaba dada por la traducción al español de obras consideradas clave. En otras palabras: la traducción de ciertas obras impone además de la confección de un catálogo la sustanciación de un canon. Y, en este caso, ese canon será el de un pensamiento y la práctica de la economía signada por la crisis de 1930, que demostraría –aun más luego de la segunda posguerra– la necesidad de pensar en las especificidades de países como México frente a la universalidad de la teoría económica clásica. En segundo lugar, porque la figura y la obra de Keynes ya para el momento de fundación del FCE, y más aun en el derrotero de su colección de Economía, tenía y adquirió la preeminencia de una voz autorizada tanto por la práctica cuanto por una teoría. Y, finalmente, porque Keynes era traducible en más de un sentido: del in-

* Este trabajo surge de una ponencia presentada en el II Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición realizado en la ciudad de Córdoba, en septiembre de 2016. Agradecemos los comentarios de Gustavo Sorá, Lidiane Soares Rodrigues, Alejandrina Falcón y del resto de los y las participantes.

** La investigación que llevó a esta publicación ha sido parcialmente financiada con fondos de los proyectos PICT 2013-2770, PICT 2016-0121 y PUE 005.

*** Proyecto PICT 2016-0121.

glés al español, del experto al lego, del economista al político.¹

El FCE como traductor

Los trabajos dedicados a estudiar a los traductores y las traducciones del FCE afirman que en sus comienzos la editorial no contó con un departamento de traducción, y que los traductores se “improvisaban” como tales: ni traductores ni, en varios casos, especialistas en las disciplinas de los libros traducidos. La traducción de los libros del FCE y de los artículos de la revista *El Trimestre Económico* –publicación creada el mismo año que el FCE, y muy cercana a sus factótums–, más bien, constituía una fuente de ingresos en general “extra” a las labores académicas o del funcionariado estatal y servía de sustento para aquellos exiliados españoles.

Las traducciones fueron la puesta en práctica por la que el FCE hizo de la necesidad virtud: si el diagnóstico era el de la falta de estudiantes formados en economía, y si la economía era necesaria especialmente en su virtud teórica – su capacidad de universalización–, y si esta además tenía en las versiones sajonas lo que el FCE consideraba sus más im-

portantes ejemplos, el hecho de la traducción del inglés al español no hacía sino *particularizar* la traslación de un idioma al otro. Es decir que en el seguimiento del catálogo dedicado a la economía, encontramos que la especial atención puesta en la traducción de comentaristas de Keynes se impone la selección –nunca lineal ni alejada del imperio de la necesidad– de aquello que permitiera pensar *desde* “América Latina” sobre la región.

En este sentido, nos interesa entender estas traducciones y comentarios como parte de un itinerario abarrotado de producción, difusión, circulación y recepción intelectuales cuyo contexto de posibilidad implicaba tanto la publicación de la *Teoría general* en 1936 en inglés cuanto las intervenciones públicas y los artículos en la prensa periódica de J. M. Keynes –una figura pública descolante al menos desde los años 20– así como de otras discusiones actuantes en el período (locales, regionales e internacionales) como es el caso, por ejemplo, de la relación entre teoría y práctica de la economía –en la que el caso de la función de la banca central en contextos de crisis es importantísima–.² Es notorio, entonces, que la primera traducción de la *Teoría general* al español fuera hecha por el FCE, a cargo de Eduardo Hornedo, en 1943.³ Hornedo –egre-

¹ Al respecto véase Patricia Wilson, “La traducción y sus discursos: apuntes sobre la historia de la traductología”, *Exlibris. Revista del departamento de Letras*, 2013 (2), pp. 82-95. Sobre el itinerario del oficio de traducir en el FCE véase Víctor Díaz Arciniega, “Oficio y beneficio: traductores y editores en el FCE”, *Revista Relaciones* 56, vol. xiv, 993, pp. 75-121. Sobre la relación entre la traducción y el crecimiento de las ciencias sociales en México véase Luis Rodolfo Morán Quiroz, “El oficio de traductor y la naturalización de las ciencias sociales en México”, *NE*, 2010, pp. 124-151. Sobre el Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI y la “unidad” de América Latina vía colecciones y editoriales, en particular bajo el liderazgo de Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal, véase Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

² Sobre procesos de recepción intelectual, véase Horacio Tarcus, “Introducción. La historia intelectual y la problemática de la recepción”, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 21-59. Sobre Keynes como figura pública, véase Tony Judt (con Timothy Snyder), *Thinking the twentieth century*, Nueva York, Penguin Press, 2012, p. 294; y John Kenneth Galbraith, “¿Cómo llegó Keynes a Estados Unidos?”, *Revista de Economía Institucional*, vol. 16, N° 30, primer semestre de 2014, pp. 299-310.

³ En 1933 *Las consecuencias económicas de la paz* era la única obra de Keynes que tenía ya una versión traducida al español, cuyo original había sido publicado en 1919, y un año después en español, por la editorial Calpe de España: la traducción de la *Teoría general* que realizó Hornedo. Esa versión fue reeditada en numerosas ocasiones en América Latina y en España. Recién en el año

sado de la Escuela de Economía de la UNAM con una tesis dedicada a “La desorientación económica en México” (1934)– era para entonces una suerte de experto en la obra de Keynes.⁴ En la publicación de 1943 presenta un doble proceso de traducción: en primer lugar de idioma, y una suerte de contextualización y adaptación de los preceptos presentados en la *Teoría general* a la realidad latinoamericana, a la que ya entonces se considera sustancialmente diferente del contexto que dio origen a la obra. Por otro lado, en la serie de artículos que Hornedo publicó sobre el inglés entre 1940 y 1943 se propuso explícitamente divulgar la obra de Keynes de manera resumida y ordenada. Hornedo funcionó como traductor/comentarista en un marco más amplio de otras traducciones que eran también apuestas de quienes se consideraban, específicamente, comentaristas de una obra evaluada como *mayor*.

2009 aparece una nueva traducción de la *Teoría general*, a cargo de Juan Carlos Moreno Brid y Rafael Marques Areas, publicada en Madrid por la Fundación Ico. Esto no impidió, claro está, seguir reeditando la versión de Hornedo, como ocurrió en numerosas ocasiones. Salvo por *Las consecuencias económicas de la paz* (publicada en 1919 y traducida al español un año después), el resto de las obras del inglés debió esperar al menos medio siglo para tener su versión en idioma español: *Essays in Persuasion*, publicada en idioma original en 1931, fue traducida en 1988. *A Tracton Monetary Reform*, de 1923, en 1992; *Essays in Biography*, de 1931, también fue traducida en 1992. Los dos volúmenes de *A Treatise on Money*, originales de 1930, no tuvieron edición en español hasta 2010. Dos obras de Keynes continúan inéditas en nuestro idioma: *A Treatise on Probability*, de 1921, y *A revision of the Treaty*, de 1922. Esta información fue sistematizada a partir del trabajo de Rocío Sánchez Lissen, “Las traducciones al castellano de los libros de Keynes”, *Estudios de Economía Aplicada*, 35, 2017, disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30153164013>> (consulta: 21 de marzo de 2018), ISSN 1133-3197.

⁴ Había publicado “La desocupación crónica, vista por Keynes” y “¿Tiene razón Keynes?”, en *El Trimestre Económico*, vol. 7, N° 25 (1), 1940, pp. 116-138, y vol. 9, N° 34 (2), pp. 241-252, respectivamente.

Keynes para armar: los comentaristas

Las relaciones entre los funcionarios de la burocracia mexicana, la editorial FCE, el Colegio de México y la Facultad de Economía de la Universidad de México con la Universidad de Harvard –que fue constituyéndose como un centro pionero difusor al tiempo que de apropiación y transformación de los preceptos keynesianos– imponen pensar que la difusión del keynesianismo fue multicentrada. La editorial FCE, uno de esos centros de difusión, se apropió de esos comentarios y los tradujo del inglés al español.

Albert Hirschman siguió de cerca el modo en que una serie de circunstancias coadyuvaron a que la palabra de Keynes se hiciera legítima dentro del circuito académico y fuese además motivo de transformaciones dentro de la academia estadounidense: la incorporación de la discusión sobre la práctica de la economía y no solo de la teoría económica.⁵ Y allí operó tanto la coyuntura cuanto el azar: la renovación (por jubilaciones y fallecimientos) de parte del plantel docente del departamento de Economía de la Universidad de Harvard; la incorporación de profesores jóvenes en medio de una coyuntura particular, la de la Segunda Guerra Mundial, precedida por la Gran Depresión y sus efectos económicos para los Estados Unidos y el mundo en general; y, luego, el triunfo bélico de ese país y su expansión internacional como líder militar, político y económico mundial. En ese contexto, publicaron los jóvenes economistas, como Alvin H. Hansen (1887-1975), denominado en ocasiones como “el Keynes Americano” –profesor de economía en Harvard, autor ampliamente leído y asesor del gobierno estadounidense–; Gottfried Haberler (1900-1995) –economista austro-estadouni-

⁵ Albert Otto Hirschman, “Cómo se difundió a Keynes desde Estados Unidos”, *Revista Economía Institucional*, vol. 16, N° 30, 2014, pp. 311-318.

dense, quien dirigió el departamento de Economía de la Universidad de Harvard–; y Seymour Edwin Harris (1897-1974) –economista, docente, autor y funcionario público que adaptó los contenidos keynesianos a la realidad de su país, y los expuso en libros y conferencias–. Cuando, además, parte de los egresados y profesores del Departamento de Economía Harvard llegaron a Washington como funcionarios o asesores, aquella versión de la teoría keynesiana leída desde la perspectiva de los Estados Unidos adquirió escala práctica nacional y luego internacional.⁶

El FCE cumplió un rol privilegiado en esa difusión regional. La editorial publicó ya en 1942 dos libros de Haberler: *Prosperidad y depresión: análisis teórico de los movimientos cíclicos*, y en 1946 *Ensayos sobre el ciclo económico*. Este último fue presentado como “medio asequible para allegarse el conocimiento general de los ciclos económicos a partir de Keynes”. Ese “a partir de Keynes” no podía ocultar la crítica que Haberler hacía a Keynes, pero no invalidaba, justamente, su carácter de quien había marcado una agenda ya imposible de ignorar. La traducción de ambas estuvo a cargo de Víctor Urquidí (1919-2004), graduado en economía por la *London School of Economics and Political Science*; integró el departamento de Estudios Económicos del Banco de México en 1941, e integró el equipo de funcionarios que asistió a la Conferencia de Bretton Woods en 1945.

Ese año la editorial volvió al ruedo con la compilación dirigida por el “profeta keynesiano” Seymour E. Harris, probablemente el mayor difusor keynesiano norteamericano: *Problemas económicos de América Latina*, que había aparecido el año anterior en Nueva York. Luego, en 1952, será el turno de la traducción de *Planeación económica: exposición y análisis*, de 1949.

El FCE también se ocupó de la traducción de comentaristas provenientes del *Circus*, el grupo selecto de investigación y discusión coordinado por Keynes en Cambridge, Inglaterra, en los primeros años de la década de 1930,⁷ y de otros economistas vinculados a la misma universidad. En 1942, será el caso, por ejemplo, de *Monopolio*, de Edward Austin G. Robinson (1897-1993), economista y colaborador cercano de Keynes, con quien trabajó y al que luego sucedió como editor en *The Economic Journal*. El catálogo del FCE incluye también una traducción de *La vida de John Maynard Keynes*, de Roy Forbes Harrod (1900-1978), economista difusor de la obra de Keynes, a quien conoció en Cambridge, aunque no formó parte de su grupo más cercano y, como Robinson, asesor del gobierno en materia económica. Solo entre 1959 y 1965 el FCE tradujo cuatro obras de quien es considerada la mujer más influyente de la historia de la disciplina económica, miembro de la “Escuela de Cambridge” y quien produjo uno de los desarrollos más importantes de la teoría keynesiana vinculada al empleo: Joan V. Robinson (1903-1983).

La confirmación de la hipótesis de Hirschman solo nos sirve para entender en qué medida el keynesianismo también se volvió funcional, o no, y de qué modo, a las formas en que miembros de las altas burocracias de los Estados Unidos, México y la Argentina, por ejemplo, previeron su lugar en el desarrollo de sus estados. La creación de la editorial mexicana fue planteada como un modo de acercar las teorías económicas y sus desarrollos *presentes* a un estudiantado en formación en el México cardenista. Así, varios de los voceros de esas transformaciones y miembros fundamentales del FCE, como Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí, Eduardo Villaseñor (1876-1978), abogado, funcionario público

⁶ Galbraith, “¿Cómo llegó?”, p. 307.

⁷ Agradecemos al Dr. Juan Odisio la referencia a los comentaristas del *Circus*.

del área de Hacienda y presidente del Banco de México entre 1940 y 1943, fundador del FCE de *El Trimestre Económico*, de la que fue codirector desde su creación y hasta 1948, y Jesús Silva Herzog (1892-1985), economista, escritor, docente y funcionario público con especial participación en la nacionalización del petróleo en México en 1938, promovieron la formulación de un catálogo dedicado a la economía y, sobre todo, a la elaboración de un pensamiento económico que tuviera a América Latina como objeto principal de sus reflexiones. Las traducciones/difusiones de la teoría keynesiana desde el FCE fueron parte de una política editorial que tenía tanto de estrategia de supervivencia, de condicionamiento coyuntural, de aprovechamiento de las redes de relaciones de funcionarios, estudiantes y académicos preexistentes y por construir, como también de la operación en la que el FCE pareció verse enmarcado como institución: la autopercepción del entrenamiento de una burocracia estatal como la de México. Y, cada vez más, el reconocimiento de que la reflexión sobre el pensamiento económico regional se volvía cada vez más prioritaria desde un enfoque liderado por lo que sería llamado mucho después el “consenso keynesiano”.

Uno de los ejemplos paradigmáticos del establecimiento de un catálogo, de una proyección de ese catálogo en el ida y vuelta de una *praxis* de gestión en diversas oficinas públicas tanto en México como en otros países de América Latina, y la apuesta por la redefinición de los marcos en los que debía ser entendida la economía de la segunda posguerra es la publicación de *Introducción a Keynes*, escrita por el economista argentino Raúl Prebisch (1901-1986), que recuperó su trabajo publicado como folleto por el Banco de Venezuela.⁸ Era ya reconocido profesionalmente

como asesor económico, como parte de la fundación de instituciones clave en los años treinta, entre las que se destaca el Banco Central de la República Argentina (BCRA) en 1935. Prebisch fue su primer gerente general hasta que fue desvinculado por cuestiones políticas durante el primer peronismo. Se mantuvo en su cargo docente en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires hasta 1948, cuando renunció también por cuestiones políticas. Desde al menos 1943 había establecido una serie de vínculos con colegas y funcionarios de la región, y en particular con Robert Triffin, de la Reserva Federal de los Estados Unidos, a quien acompañaría en varias de sus misiones de asesoría para la reforma de la Banca Central (como en Paraguay). En el lapso entre 1944 y 1946 Prebisch identifica a “América Latina” como un problema específico, con sus propias características económicas. Esto es, antes del llamado Manifiesto Latinoamericano, el informe que presentara ante la CEPAL en 1949.

Digamos que su *Introducción a Keynes* se trató de un mojón más en la organización de una suerte de *lingua franca* que también excedía el ámbito estatal nacional para ser parte de un ámbito de organismos internacionales como los creados a partir de 1945. Publicado por el FCE en 1947 y en el marco de una reciente apuesta por la regionalización de la editorial (en 1945 abriría su sede porteña), la publicación realiza una torsión fundamental: si la teoría económica interesaba en tanto y en cuanto se asumiera su jerarquía en la división internacional del conocimiento como “teórica” por sobre la “práctica” (en que los países “no desarrollados” iban a la zaga), el Keynes de Prebisch era también un teórico de los prácticos, lo que se

Latina como problema y como solución. Robert Triffin, Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí y Raúl Prebisch *antes* del Manifiesto Latinoamericano (1944-1946)”, *Desarrollo económico*, vol. 55, N° 217, pp. 411-435, enero-abril de 2016.

⁸ Sobre este tema nos hemos detenido en otro lugar. Véase Jimena Caravaca y Ximena Espeche, “América

condecía con la búsqueda de una práctica económica específica de América Latina, ya no solamente residual ni de segundo orden. □

Bibliografía

Caravaca Jimena y Ximena Espeche, “América Latina como problema y como solución. Robert Triffin, Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí y Raúl Prebisch antes del Manifiesto Latinoamericano (1944-1946)”, *Desarrollo económico*, vol. 55, N° 217, pp. 411-435, enero-abril de 2016.

Díaz Arciniega, Víctor, “Oficio y beneficio: traductores y editores en el FCE”, *Revista Relaciones* 56, vol. XIV, 1993, pp. 75-121.

Díaz Hornedo, Eduardo, “La desocupación crónica, vista por Keynes”, *El Trimestre Económico*, vol. 7, N° 25 (1), 1940, pp. 116-138.

—, “¿Tiene razón Keynes?”, en *El Trimestre Económico*, vol. 9, N° 34 (2), 1942, pp. 241-252.

Galbraith, John Kenneth, “¿Cómo llegó Keynes a Estados Unidos?”, *Revista de Economía Institucional*, vol. 16, N° 30, primer semestre de 2014.

Hirschman, Albert, “Cómo se difundió a Keynes desde Estados Unidos”, *Revista Economía Institucional*, vol. 16, N° 30, 2014, pp. 311-318.

Judt, Tony (con Timothy Snyder), *Thinking the twentieth century*, Nueva York, Penguin Press, 2012.

Morán Quiroz, Luis Rodolfo, “El oficio de traductor y la naturalización de las ciencias sociales en México”, *NE*, 2010, pp. 124-151.

Sánchez Lissen, Rocío, “Las traducciones al castellano de los libros de Keynes”, *Estudios de Economía Aplicada* [en línea] 2017, 35], disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30153164013>> (consulta: 21 de marzo de 2018).

Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Wilson, Patricia, “La traducción y sus discursos: apuntes sobre la historia de la traductología”, *Exlibris. Revista del departamento de Letras*, 2013 (2), FFYL, UBA, pp. 82-95.

“Efectos de lectura”

Problemas y propuestas para el estudio de las relaciones entre campo editorial y campo académico en las Ciencias Sociales y Humanas

Alejandro Dujovne

CIS, IDES-CONICET

En la reciente investigación que llevamos adelante con Gustavo Sorá acerca de la traducción y la edición de libros de ciencias sociales y humanas en la Argentina entre 1990 y 2011,¹ nos enfrentamos a una serie de problemas analíticos cuando intentamos dar cuenta de los usos concretos y de las valoraciones de las obras traducidas, así como de las implicaciones de la mayor o menor reputación de las distintas editoriales dentro del mundo académico. En otras palabras, la estrategia analítica adoptada y el material empírico utilizado resultaron adecuados para retratar parte de la dinámica de la edición argentina en la importación de ideas, pero se mostraron limitados para avanzar en la comprensión de las relaciones entre el campo editorial y el campo académico.

No obstante, como pudimos advertir, estos problemas iban más allá de nuestra investigación: funcionan como puntos ciegos de gran parte de los estudios sobre edición de ciencias

sociales y humanas. Y, me animaría a decir, de los estudios sobre edición en general. Podemos conocer la composición de un catálogo, los criterios de selección de títulos, e identificar las similitudes y las diferencias de un sello respecto de otros, pero resulta más difícil advertir la medida y los modos en que los libros efectivamente circulan y son utilizados en el ámbito académico. Las cifras de las tiradas y el número de reimpressiones o reediciones por un lado, y las reseñas por el otro, han sido las vías más frecuentes para acercarse a la relación entre campo editorial y campo académico. Las primeras nos hablan de las expectativas del editor o del interés real del público general acerca de una obra, y la segunda acerca del juicio y valoración de un libro por parte de un lector especializado. No obstante, pese a su innegable productividad, estas entradas no nos permiten dar cuenta de la difusión y los usos concretos de los libros en contextos específicos. Sin considerar los usos y las valoraciones efectivas corremos el riesgo de proyectar sobre las obras, autores o proyectos editoriales, los juicios y las ideas del propio investigador, y asignarles cierto impacto intelectual o académico. La pregunta es, entonces, cómo investigar estos usos y formas de valoración. En este artículo quisiera proponer, de manera sintética, algunas ideas basadas en una nueva investigación y en el

¹ Al respecto véase Gustavo Sorá y Alejandro Dujovne, “Translating Western social and human sciences in Argentina: A comparative study of translations from French, English, German, Italian and Portuguese”, en Heilbron y Sorá (eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*, Reino Unido, Palgrave Macmillan, 2018; y Alejandro Dujovne, “Campo editorial y traducción. Valor y formación de valor de la traducción en las ciencias sociales y humanas en Argentina (1990-2011)”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 56, N° 220, enero-abril de 2017.

análisis preliminar de la información que estamos relevando.

Abordar la relación entre edición y ciencias sociales, o, en nuestros términos, entre campo editorial y campo académico de las ciencias sociales y humanas, abre una serie de preguntas acerca de qué clases de materiales se leen, qué papel tienen las editoriales en la circulación, reconocimiento y usos de las obras y los autores, qué diferencias existen entre editoriales y qué implicaciones tienen esas diferencias. Y, de manera paralela, qué estrategias analíticas y qué clase de materiales empíricos deben movilizarse para responder estas preguntas.

Nuestra investigación parte de la hipótesis de que las editoriales constituyen una instancia diferenciada pero interdependiente del campo académico. Esto quiere decir, en primer lugar, que si bien la elección de los títulos que conforman los catálogos editoriales está relacionada con los intereses de investigadores y profesores universitarios, esta no se subsume a su demanda. Como demostramos en el caso de las traducciones, en la composición de un catálogo operan factores extra-intelectuales de distinta índole (económicos, comerciales, sociales, culturales, políticos, etc.) ligados a la trayectoria del sello, la estructura y dinámica del campo editorial y la coyuntura económica. En segundo lugar, implica que las editoriales pueden tener lo que denominaremos “efectos de lectura” sobre el universo académico, y que este “efecto” está directamente asociado a su capital simbólico. ¿A qué me refiero con “efectos de lectura”? En su definición mínima una editorial tiene como función introducir en el espacio público una obra, materializarla, hacerla pública. No obstante, no todas, y este es uno de los puntos centrales de nuestra indagación, tienen igual capacidad para instalar un tema, un autor o una perspectiva teórica dentro de la agenda académica. Este poder diferencial para generar efectos sobre la orientación de las

lecturas en el espacio académico responde a la posesión desigual de recursos económicos y simbólicos. Que un libro sea publicado no equivale necesariamente a que circule, sea leído, o, más difícil aun, logre integrar una discusión académica más o menos amplia. La distribución –sobre todo en un mercado como el argentino, donde la librería física continúa siendo el principal medio de circulación de libros– y la difusión son condiciones básicas para la visibilización de una obra. Pero desde nuestro punto de vista lo decisivo radicaría en algo más: la identificación de un sello en tanto que tal, su transformación en una marca reconocible, cuya credibilidad y prestigio se proyectan y dotan de valor al conjunto de su catálogo.

Siguiendo esta hipótesis, nos interesa analizar los usos de los libros, las lógicas que subyacen a dichos usos, así como la relación entre esos usos y la reputación de las editoriales a partir de la idea de efectos de lectura. Ahora bien, esto requiere reconocer, como punto de partida, que el espacio académico de las ciencias sociales y humanas argentino es un ámbito complejo y diferenciado tanto en su organización interna como en sus prácticas. Desde una perspectiva institucional, se compone de 795 carreras de grado y 1378 de posgrado, considerando todos los niveles,² distribuidas en un sistema universitario geográficamente extendido conformado por 111 universidades (66 estatales, 62 privadas y 2 extranjeras/internacionales, casi todas con carreras sociales y humanas).³ Gran parte de las universidades cuentan con recursos específicos y cargos de investigación que amplían

² Datos de 2014. Fuente: Departamento de Información Universitaria, Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación.

³ Datos del período 2015-2016. Fuente: Estadísticas Universitarias República Argentina 2015-2016, Departamento de Información Universitaria, Secretaría de Políticas Universitarias, Ministerio de Educación de la Nación, Argentina.

el rol docente, así como con instancias formales de investigación con diferentes nominaciones (centros, programas, núcleos, etc.). De igual modo existen, más o menos articulados con las universidades, un número de centros de investigación extra-universitarios (REDES, CENEP, CEDES, IDES, etc.). A la par del sistema universitario y de los centros de investigación, aunque integrado a estos de distintas maneras, la Argentina cuenta con un sistema científico nacional, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que posee una institucionalidad, un régimen de funcionamiento y recursos propios. En diciembre de 2016 el área de ciencias sociales y humanas de CONICET tenía 2245 investigadores y 2896 becarios doctorales y posdoctorales. Muchos de los investigadores son a su vez docentes universitarios, y la mayor parte tienen sus lugares de trabajo en las universidades o en los centros mencionados. Sobre esa base institucional se superpone un cuadro de agendas de investigación transversales que acercan a investigadores y los reúnen en proyectos, eventos y publicaciones periódicas. Por otra parte, los docentes e investigadores se relacionan con el material impreso de distintas maneras en virtud de las funciones desempeñadas y los objetivos buscados en cada momento, generando prácticas y valoraciones de lectura y escritura diferenciadas. La selección y usos de los libros o de las revistas académicas es a priori distinta según el individuo se encuentre en un rol docente, de investigación o de divulgación. Y podríamos agregar un cuarto rol, quizá un poco más difuso pero igualmente importante, que es el de actualización. La lectura que apunta a mantenerse informado de las novedades (que puede extenderse también a obras con más años o clásicas que resultan de interés o quedaron pendientes), y que no busca, al menos inicialmente, alimentar la propia investigación ni la bibliografía de los propios cursos.

Esta multiplicidad –que podría complejizarse aun más añadiendo otras variables, como género, edad, trayectoria profesional, etc.– nos advierte contra la pretensión de encontrar rápidamente lógicas comunes al conjunto del universo académico. Nos advierte, pero ciertamente no impide sostener las preguntas generales. En cualquier caso, se trata de considerar y analizar esa complejidad distinguiendo usos diferenciados, pero sin dejar de percibir rasgos que revelen pautas comunes o tendencias generales. Para ello resulta necesario adoptar una perspectiva global pero atenta a las diferencias, y asumir un punto de vista relacional. Solo es posible comprender los usos específicos de los libros y las valoraciones de las editoriales de, por ejemplo, el campo de la historia, a condición de su comparación con otras disciplinas como la ciencia política, la sociología, etc. ¿La historia es más, igual o menos proclive al uso de libros que al de artículos en revistas especializadas?, ¿se utilizan y valoran de modos similares las mismas editoriales, o cada ámbito tiene sus propias referencias?, ¿las editoriales a las que remiten los historiadores en sus programas son las mismas en las que publican en tanto investigadores, o en las que querrían publicar?, ¿en qué medida esto se asemeja a lo que ocurre en otras disciplinas? Es decir que los usos de los libros y las formas de valoración de las editoriales solo pueden identificarse por contraste entre distintas disciplinas, materiales impresos, libros y editoriales.

Sobre la base de estas premisas, nuestra investigación se organiza a través de tres entradas complementarias, relacionada cada una de ellas con una clase de material empírico específico. La primera, sobre la que nos detendremos brevemente en este texto, apunta a identificar el lugar de los libros y editoriales en el ámbito de la formación doctoral, y se basa en el relevamiento y análisis de las bibliografías de los seminarios de los distintos programas doctorales en ciencias sociales y

humanas dictadas en el país durante el período 2016-2018. Esto comprende desde letras hasta ciencia política, pasando por filosofía, historia, antropología, sociología, etc. Por razones analíticas y de factibilidad, en esta primera fase del trabajo dejamos fuera de la selección las distintas vertientes disciplinares de la economía y la administración, que habitualmente se cuentan como parte del área social. La segunda se centra en las lógicas y las prácticas de publicación ligadas a la investigación científica, y lo hace a partir del análisis de la publicación de los investigadores del CONICET entre 2013 y 2016. Para esta entrada contamos con una serie de extensas bases de datos que nos permitirán explorar relaciones entre preferencias y posibilidades de publicación en función del género, la edad, la trayectoria, la ciudad y la provincia en que se sitúa y su área temática de especialización. Finalmente, la tercera busca analizar el conocimiento, valoración y usos, de editoriales, colecciones y de los distintos soportes impresos de investigadores y profesores universitarios, mediante la realización de una encuesta en línea a un número representativo de individuos. Entre otras cosas, esta última entrada buscará revelarnos uno de los aspectos más opacos de la conexión entre los campos editorial y académico, pero cuyo peso es decisivo para pensar esa articulación: las prácticas concretas de acceso y distribución del material impreso, que va de las librerías hasta los medios digitales, pasando por las fotocopias.

Presentaré ahora algunos resultados del relevamiento preliminar que estamos realizando a fin de ajustar la estrategia analítica. La base de datos se construyó a partir de la sistematización de la bibliografía de cinco seminarios del doctorado en ciencia política de la Universidad del Salvador, nueve del doctorado en ciencias sociales de las Universidades Nacionales de Quilmes, y nueve del doctorado en ciencias sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento, de los años 2016 y

2017. Ello equivale a 23 cursos (16 obligatorios y 7 optativos/orientados) y 936 entradas bibliográficas. Entre las variables relevadas se encuentran la región, universidad, docente, la clase de material (artículos, capítulos de libros, libros) y la información específica de cada referencia bibliográfica (lenguas, traducciones, año de publicación, editoriales, país de edición, autores, temas, etcétera).

Si bien como resultaba esperable los materiales más utilizados son libros y artículos de revistas académicas, el análisis muestra una clara preeminencia de los primeros (79%), sea a través de obras enteras, partes o capítulos (aquí consideramos capítulos solo a las contribuciones de un autor a una obra colectiva, no así a las partes de un libro de uno o dos autores): libros (completos o partes) 58%, capítulos de libros 21%, artículos 19%, otros 2%. Los porcentajes son similares en los tres posgrados: en ciencia política los libros y capítulos representan el 84% frente al 10% de los artículos. En el Doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes la relación es 76% frente a 24%, y en el de General Sarmiento los libros comprenden el 81% en contraste con el 17% de los artículos.

Hasta tanto no avancemos en nuestro plan de relevamiento y sistematización de la información no podemos saber en qué medida estos datos resultan representativos o en qué medida predominan los sesgos que pueden portar las disciplinas y/o los programas doctorales estudiados. Es probable que al ampliar nuestra base emerjan distinciones claras o incluso oposiciones en el uso de materiales entre disciplinas. Podemos conjeturar, quizá de manera un poco lineal, que el libro tiende a ser más importante en las carreras humanísticas, como letras, en tanto que el artículo académico tiene mayor peso en áreas donde la estadística y la matemática han ganado relevancia, como la economía o incluso la ciencia política. De igual modo podría pensarse que el libro es más utilizado en seminarios de

corte más teórico, en especial en aquellos donde se estudia la obra de un autor, mientras que la revista académica ganaría consideración en seminarios sobre áreas o temas novedosos, en los que hay una producción muy dinámica. Quizá podamos encontrar otras distinciones al contrastar programas doctorales y universidades con perfiles muy distintos.

No obstante los matices y la complejidad que aparezcan al incorporar más información, la diferencia que verificamos en los datos citados es tan amplia que nos permite sostener a priori que al menos en el ámbito de la formación académica el libro preserva una función clave que las revistas académicas no han logrado alcanzar. Lo cual muestra la utilidad que una investigación de esta clase puede aportar en la reiterada discusión acerca de las formas de valoración de los distintos soportes en los criterios y procesos de evaluación científica.

Un aspecto que el análisis de la producción editorial local impide visualizar es la circulación de materiales extranjeros. El estudio de los catálogos locales muestra en qué áreas la producción editorial argentina es fuerte, innovadora o tiene mayor tradición, pero no nos permite ver qué segmentos de la discusión y de la formación intelectual están siendo menos cubiertos por ella y sí por otros polos editoriales. En este sentido, el análisis de las traducciones, la lengua de edición y el lugar de publicación de las obras relevadas nos aproxima a la función del libro como vehículo de circulación internacional de las ideas. Qué se traduce, desde qué países y lenguas se traduce y qué editoriales publican esas obras indica la mayor o menor centralidad de ciertos polos intelectuales en los debates intelectuales y en la investigación local, la mayor o menor preferencia de un área temática, disciplina o universidad por cierto polo y no por otro, y qué papel juegan las editoriales en tanto que mediadores que seleccionan traducciones y las ponen en circulación. La lengua de edición tiene un sentido analítico similar a las traduc-

ciones, excepto que cuando no se trata de una obra en castellano su circulación en papel es más restringida, recurriéndose más aun que en otros casos a copias digitales o fotocopias. Pero el análisis de la lengua también marca en parte el grado de competencia idiomática que se espera o se cree que tienen los estudiantes de doctorado. Si tomamos los libros (dejando momentáneamente de lado las obras de tres o más autores por razones de clasificación estadística), el castellano domina con 86,5% de las referencias, le sigue de lejos el inglés con 11,1%, y tras este el francés (1,5%), italiano (0,6%) y portugués (0,4%).

Finalmente, el lugar de edición de los libros permite objetivar la dinámica concreta del espacio editorial hispanoamericano. Sabemos por los datos de producción y por la estructuración del mercado que España, México y la Argentina conforman los principales polos editoriales de la geografía de lengua castellana, y que de los tres países España es desde hace muchas décadas, y cada vez con mayor fuerza, el actor dominante. Lo que no sabemos es si ese dominio se refleja en igual medida en todos los géneros, y en todos los países. Sin desestimar las trabas a la circulación ligadas al funcionamiento del mercado y a factores económicos y arancelarios, el estudio de la bibliografía ofrece una entrada para indagar los modos en que esa estructura editorial hispanoamericana se refracta en marcos específicos como lo son las distintas áreas de conocimiento o los diferentes programas doctorales. De nuestro relevamiento se desprende que 48% de los libros en castellano fueron publicados en la Argentina, 32% en España, 12% en México, 2% en Colombia y 6% en otros países. El análisis por disciplinas, temas y autores que realizaremos en próximos trabajos sobre bases más amplias nos permitirá identificar las áreas de especialización editorial de cada país, tal como sabemos sucede con la edición de obras de psicoanálisis en la Argentina.

En nuestro relevamiento de libros identificamos 166 sellos en castellano (algunos de ellos, pocos, no son sellos sino coediciones). De estos, los primeros diez comprenden el 43% del total de las referencias de libros en esta lengua: Fondo de Cultura Económica (México-Argentina) 14%, Siglo XXI (México-Argentina) 5%, Alianza (México) 4%, Amorrortu (Argentina) 4%, Paidós (España-Argentina) 4%, Taurus (España-Argentina-México) 3%, Akal (España) 3%, Crítica (España) 3%, Península (España) 2% y Gedisa (España-Argentina) 2%. En esta composición observamos nuevamente, pero ahora desde la óptica de las editoriales, la importancia de la estructura tripartita España, México y Argentina en la organización del repertorio editorial de ciencias sociales y humanas en lengua castellana.

La recurrencia en la elección de ciertas editoriales nos da la pauta de su importancia y utilidad en el diseño de los cursos doctorales. Ahora bien, ¿una mayor presencia de una editorial en los cursos de doctorado se corresponde de manera necesaria con mayores niveles de reconocimiento y reputación? Si bien la ampliación de la información nos ofrecerá la posibilidad de obtener un cuadro más comprensivo y al mismo tiempo una percepción más singularizada de la relación entre disciplinas o doctorados y la mayor o menor apelación a ciertas editoriales, los usos son solo una pata de la indagación. La otra es la indagación de las valoraciones y prácticas de profesores e investigadores en torno a los libros y las editoriales. Este cruce entre usos y representa-

ciones nos permitirá establecer qué sellos tienen mayor influencia en las lecturas del mundo académico. Así como a preguntarnos acerca de las condiciones que conducen a un sello a acumular mayor capital simbólico: ¿La gran teoría y los grandes problemas son más importantes para la construcción de reputación?, ¿o es más relevante la inversión en un nicho específico?, ¿hay temas o disciplinas que “cotizan” más que otros?, ¿qué valor tienen las traducciones?, ¿qué confiere mayor reputación: la edición de clásicos o de autores contemporáneos consagrados?, ¿qué variables no intelectuales operan en la formación de un nombre reconocible: la prensa, el diseño, la distribución, el precio? Estamos convencidos de que responder estas y otras preguntas nos permitirá alcanzar una mayor comprensión de los principios y los factores que operan en la producción, circulación y valoración de autores e ideas. Y, por lo tanto, de la relación entre edición de ciencias sociales y humanas y campo académico. □

Referencias bibliográficas

Sorá, Gustavo y Alejandro Dujovne, “Translating Western social and human sciences in Argentina: A comparative study of translations from French, English, German, Italian and Portuguese”, en Heilbron y Sorá (eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*, Reino Unido, Palgrave Macmillan, 2018.

Dujovne, Alejandro, “Campo editorial y traducción. Valor y formación de valor de la traducción en las ciencias sociales y humanas en Argentina (1990-2011)”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 56, N° 220, enero-abril de 2017.

El “editor-intelectual” en los 60/70. Reflexiones en torno al caso Aricó

Diego García

Universidad Nacional de Córdoba

“Pero no podemos definir nuestras tareas por nuestras capacidades, porque llegamos a conocer éstas al desempeñar aquellas.”

Leo Strauss

1 En abril de 1978, José Sazbón retomaba el contacto con José Aricó luego de dos años sin noticias debido al golpe de Estado que los había obligado a dejar la Argentina. En la carta –que lleva el membrete de la Universidad de Zulia de la ciudad de Maracaibo, Venezuela, destino de su exilio– se apresura a ponerlo al tanto de sus tareas (“estoy dando cursos de Metodología de las Ciencias Sociales y de Teoría Política”) y de los proyectos que lo mantienen ocupado para de inmediato preguntarle por su situación: “quisiera saber en general cómo están las cosas allá, y en particular cómo funciona la Siglo XXI fusionada (o como se llame) después del Gran Traslado”.

En realidad, el interés particular domina la única carilla de la carta: consultas sobre títulos, traducciones y libros en proceso, pedido de catálogos y novedades: “Una consulta: el P.yP.¹ sobre Mariátegui que hace tiempo tie-

nen en preparación, ¿en qué estado está? ¿Es posible mandar algo para su inclusión en el volumen?”. Y de inmediato: “Otra consulta: ¿Ya salió Vercelli? ¿Y Buci-Glucksmann? En caso afirmativo, hazme el favor de enviarme ejemplares”. Dos líneas después: “Mandame catálogos actualizados, tanto sobre la colección como de la editorial. Cuéntame de los proyectos editoriales de mediano y largo plazo” –y, desplazando imperceptiblemente el foco– “¿Cuál es tu actividad editorial y *extraeditorial*? ¿Seguís trabajando en el PyP *ilimitadamente postergado*?”.

Consciente de sus palabras –especialmente considerando el largo desencuentro provocado por la crisis argentina– Sazbón escribe en el último párrafo: “En fin, una vez más esta comunicación resulta deformada por tendencias librescas. Pero eso es sólo la apariencia. Espero que sepas atravesar la corteza para llegar al *nocciolo* afectivo, después de tanta separación y resignación”.²

Ya recuperada la comunicación y tras la respuesta de Aricó, dominada también por “las tendencias librescas”, un poco en broma

¹ Referencia a los Cuadernos de Pasado y Presente (en adelante CPyP), colección de literatura marxista que José Aricó dirigió entre 1968 y 1984, tras publicar 98 títulos bajo diversos sellos editoriales (Ediciones Pasado

y Presente, Signos, Siglo XXI-Argentina, Siglo XXI-México) en diferentes ciudades (Córdoba, Buenos Aires, México DF).

² Carta de J. Sazbón a J. Aricó, Venezuela, 20/4/1978, Fondo José Sazbón, cEDINCI. El destacado me pertenece.

y un poco en serio Sazbón le escribe: “Veo que para la historia tu figura será indiscernible de la de Siglo XXI”.

2 ¿Qué motivaba el pronóstico de Sazbón, que unía el nombre de Aricó al de la editorial fundada hacía poco más de una década por Arnaldo Orfila Reynal?³

La respuesta de Aricó, fechada un par de meses después de recibida la carta de Sazbón (junio de 1978), había estado, como señalamos, también dominada por las “tendencias librescas”. Veamos de qué modo. Mecnografiada en una hoja de Siglo XXI Editores, la única carilla está ocupada por noticias e información editorial: las colecciones en las que está trabajando, sus tareas en la empresa, los títulos ya publicados y en preparación, proyectos, etc. Ni siquiera dedica el último párrafo a saludos personales, y por eso agrega a mano sobre el margen izquierdo de la carta y

en dirección vertical: “Saludos a todos los amigos y a tu familia. Todos por aquí bien (incluso mi gente que está muy bien). Abrazos y saludos. P. [Pancho]”.

¿Qué tareas cumple en la empresa?: “Personalmente –dice Aricó– además de meter la cuchara en todos los problemas de Siglo XXI: desde la edición de los libros a la forma en la que se los acomoda en los depósitos, trabajo más en las series ‘Biblioteca del Pensamiento Socialista’, ‘América Nuestra’ y los Cuadernos”; y luego de describir pormenorizadamente los títulos en preparación para cada una de las series escribe, como al pasar (del mismo modo en el que le había preguntado Sazbón), desplazando el tema de conversación a lo *extraeditorial*: “[...] trataré de terminar la primera parte de mi mamotreto (formación del socialismo latinoamericano) este año”.⁴

Estas palabras son las que generan la reacción de Sazbón a la vuelta de la carta, de tono hiperbólico aunque de precisa información:

Veo que tu figura será indiscernible de la de Siglo XXI: “Pancho Aricó quien en esa época estaba literalmente tras cada una de las fases de la existencia del libro: lo imaginaba, lo producía inicialmente como ‘concreto mental’, lo escribía o reescribía, lo prologaba, lo imprimía, lo corregía, lo editaba, lo empaquetaba, lo acomodaba en el depósito [dato de tu carta], lo distribuía y a veces acompañaba al lector hasta la casa para indicarle por sobre el hombro las erratas supervivientes o una ardua cuestión de interpretación filológica o política.”

³ Aricó había formado parte del núcleo que participó en la apertura de Siglo XXI-Argentina a principios de los '70 proveniente de la experiencia de Signos: una pequeña editorial de vida breve que unió a conocidos de la etapa de la publicación de la revista cordobesa *Pasado y presente* (Héctor Schmucler, Santiago Funes, J. Aricó, J. Tula) con jóvenes historiadores porteños (J. C. Garavaglia, Enrique Tándeter, Alberto Díaz). Orfila Reynal, interesado en la expansión de la cobertura hispanoamericana del proyecto editorial que había lanzado al poco tiempo de ser desplazado del Fondo de Cultura Económica, encontró en ellos los socios apropiados para esa empresa. Sociedad surcada por tensiones y conflictos, pero conveniente –por diversos motivos– para ambas partes: mientras Orfila daba un paso hacia su objetivo de expansión a su vez lograba incorporar a su proyecto un activo grupo promotor de novedades editoriales; los ex integrantes de Signos obtenían el prestigio de un editor (a esa altura ya legendario) y de una editorial que había nacido bajo el signo de la insurrección en tiempos revolucionarios, por otro lado, salvaban un fondo y un proyecto editorial que –a pesar de mostrar una gran capacidad de selección de títulos de ciencias sociales, literatura y política– estaba en peligro por las dificultades económicas y financieras. Cf. D. García, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10-11-12, 2011, y G. Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017 (en especial pp. 223-249, pero todo el libro es importante).

⁴ Carta de J. Aricó a J. Sazbón, México, 24/6/1978, Fondo José Sazbón, CEDINCI. Sobre el “mamotreto” véase H. Crespo, “El marxismo latinoamericano de Aricó. La búsqueda de la autonomía de lo político en la falla de Marx”, en J. Aricó, *Marx y América Latina*, Buenos Aires, FCE, 2010, pp. 9-48.

Para acto seguido agregar, “Bien, muy bien. Pero ojo con la postergación de tu rumiado trabajo arqueológico del socialismo en Latinoamérica. Me resultó inquietante la sustitución del n° 50 de los PyP. Confío en que, una que otra vez, *el escritor se sobreponga al editor*”.⁵

Lo que a lo largo del intercambio se presentaba como un deslizamiento natural, un pasaje suave y sin obstáculos de una actividad (la editorial) a otra (la intelectual), acaba por revelarse como una oposición hecha de dos alternativas en tensión.

3 Aricó no acompañaba al lector hasta la casa para indicarle las erratas o asistirlo en la lectura de un pasaje difícil, pero cumplía más o menos con las demás tareas antes descritas y también con otras, como traducir o escribir solapas y contratapas (que, en definitiva, son un modo de guiar al lector). “Estaba tras cada una de las fases de la existencia del libro”, como señala Sazbón.

Pero ese tipo de ocupaciones no era excepcional entre los que se habían iniciado en el trabajo editorial a lo largo de los '60: en general jóvenes (y no tan jóvenes) marcados por la militancia en el heterogéneo espacio de la nueva izquierda y la experiencia de la universidad posperonista, entre ellos el interlocutor de Aricó. ¿Es posible –siguiendo el rastro de estas figuras y otras cercanas– señalar la emergencia de un tipo de editor: el “editor-intelectual”?⁶ ¿Un tipo de editor que intenta –en ocasiones con éxito y en otras no tanto– armonizar de manera virtuosa al “escritor” y al hacedor de libros? ¿O vincular un proyecto

intelectual más o menos definido y la producción impresa? Este perfil de editor privilegia en general el polo “cultural” de la práctica editorial: desde la selección de títulos a la composición de libros a partir de textos dispersos, la traducción informada e interesada (más que profesional), la escritura de paratextos (introducciones, presentaciones, prólogos, notas de editor, solapas, contratapas... e incluso la reseña del libro preparado) y carece de medios o de interés para afrontar satisfactoriamente el polo “económico”. Por ese motivo, probablemente, destacan como directores activos de colecciones que terminan muchas veces por identificarse con su nombre, en el marco de un sello editorial que asume las tareas administrativas y económicas.⁷ El desarrollo de esta tipología –para sopesar sus posibles ganancias y límites analíticos– supone avanzar sobre un trabajo de distinción doble: por un lado frente a los editores *tout court* (Orfila Reynal, B. Spivacow, etc.) y por otro con intelectuales cuya trayectoria está surcada, aunque sea por un momento, por la práctica editorial (y no como asesores o miembros de un consejo editorial sino involucrados en las tareas propiamente editoriales, como el caso de aquellos que son expulsados por motivos políticos de su “ámbito natural”: la cátedra).

El reclutamiento de este sector depende de una serie de condiciones que aquí solo podemos mencionar: la diversificación del espacio editorial promovida por su orientación creciente hacia el mercado interno desde los '50, consolidada a su vez por la paulatina preferencia por autores nacionales,⁸ la ampliación del

⁵ Carta J. Sazbón a J. Aricó, Venezuela, 1/12/1978; Fondo José Sazbón, cedinci. El destacado me pertenece.

⁶ Estamos concentrando la mirada, como queda claro, en la edición de ciencias sociales (sin considerar, por ejemplo, la edición de literatura que podría agregarse más adelante). Entre otras figuras, además de las referidas, podemos remitir a Oscar del Barco, Eliseo Verón, Héctor Schmucler, Enrique Tándeter, J. C. Garavaglia, entre muchas más.

⁷ Una figura de este tipo asume –como sugerimos a continuación– tareas y funciones de un momento determinado del desarrollo técnico, profesional y económico de la industria editorial. A. Novello recupera y expande esta tipología en su Tesis de Licenciatura en Antropología titulada “Lévi-Strauss en Argentina: un estudio sobre sus primeros itinerarios de recepción”, FFyH, UNC, 2017.

⁸ A. Prieto, *Sociología del público argentino*, Buenos

público lector y de los sectores más dinámicos de la modernización cultural hacen posibles múltiples apuestas editoriales de dimensiones pequeñas o medianas, que intentan aprovechar los nichos que los sellos establecidos no cubren aunque en ocasiones promuevan.⁹ Con todo, el panorama es incomprensible sin la centralidad que la política gana en esos años.

Por último, hay que destacar entre estas figuras un marcado perfil autodidacta, derivado, muy probablemente, de su compartida participación en la cultura comunista desde su temprana juventud. Una cultura hecha de la confianza en la palabra impresa, de libros y lecturas muy amplias.¹⁰

4 Si bien Aricó participó en variados emprendimientos editoriales, su nombre quedó pegado a la colección de los Cuadernos de Pasado y Presente, que comenzó a publicar en Córdoba en 1968 y, tras casi 100 libros bajo diferentes editoriales, abandonó en México en 1983.¹¹ Los CPyP remitían al proyecto de renovación del marxismo que Aricó había formulado a principios de los '60, antes de ser expul-

sado del Partido Comunista Argentino. Dos eran las estrategias privilegiadas para ese programa (que, en un principio, era simultáneamente un intento de revitalización política del PCA): la puesta en diálogo y discusión del marxismo con lo “más adelantado de la ciencia burguesa” (en especial las ciencias sociales contemporáneas) y la difusión de escritos vinculados a la tradición marxista, inaccesibles hasta ese momento. Los CPyP se identificaron especialmente con esta segunda operación, lo que no significa que la primera estuviese ausente. Si la edición y la promoción de las ciencias sociales tienen más nitidez en los emprendimientos editoriales paralelos, que pueden identificarse con el perfil “más profesional” de Aricó como editor (sea en Eudecor, Signos o Siglo XXI), esa dimensión es también perceptible en los CPyP, entre otras cosas, porque el marxismo se ha convertido en esos años también en un discurso con sede académica; sea por la presencia de marxistas en la universidad, sea por el reconocimiento del marxismo por científicos sociales no marxistas. Los CPyP, así, promovieron ese proceso a la vez que encontraron en ese marco una posibilidad de concreción. Considerado todo desde las ciencias sociales, es posible afirmar que el impacto del marxismo no está notado disciplinariamente, pero tampoco es homogéneo.¹²

Luego de la expulsión del PCA, el programa renovador del marxismo que anima la colección aparece como un retorno a las fuentes

Aires, Leviatán, 1956; J. L. de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2010*, Buenos Aires, FCE, 2014.

⁹ Entre esas editoriales podemos nombrar Jorge Álvarez, Galerna, Tiempo Contemporáneo, Carlos Pérez, Signos, Ed. de la Flor, Calden o Nueva Visión.

¹⁰ Pueden verse, entre otras, dos perspectivas diferentes que abordan la íntima relación entre izquierda y cultura impresa: R. Debray, “El socialismo y la imprenta: un ciclo vital”, *New Left Review*, N° 46, septiembre-octubre de 2013; M. Angenot “La conversión al socialismo”, en *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Editorial UNC, 2010, pp. 129-150. Recientemente F. Devoto recordó esa dimensión en el perfil de J. C. Chiaramonte, “Unas palabras sobre JC Chiaramonte”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 45, 2016, pp. 160-163.

¹¹ R. Burgos anexa al final de *Los gramscianos argentinos* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2004) una lista completa de los libros publicados en la CPyP; véase además H. Crespo, “En torno a los Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983”, en C. Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a J. C. Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, pp. 169-196.

¹² En este punto el impacto del marxismo sobre el desarrollo de las ciencias sociales es comparable al del estructuralismo (cf. Novello, “Lévi-Strauss”), aunque su atracción descansa en motivos claramente diferentes. Ese impacto transdisciplinar, sin embargo, debe ser singularizado en las ciencias sociales específicas (sociología, historia, filosofía, crítica literaria, etc.) considerando los efectos particulares de acuerdo a las reglas y condiciones institucionales que conforman sus diferencias. En este punto resulta provechosa la aproximación que propone L. Rodrigues Soares en “Leitores e leituras académicas de Karl Marx (São Paulo, 1958-1964)”, *Intelligere: Revista de História Intelectual*, vol. 2, N° 1 (2), 2016.

que implicaba –no siempre de manera abierta– un llamado al orden y una denuncia del escolasticismo del marxismo oficial. Si la motivación política general se presenta con claridad, a la vez –como intenta mostrar H. Crespo– también es posible encontrar marcas de la política más coyuntural. ¿Agota, sin embargo, la ideología y la política –sea en términos amplios o coyunturales– la práctica editorial?

5 En la advertencia introductoria a un volumen de principios de los '70, que compilaba variados ensayos y escritos que ofrecían claves de interpretación y lectura de *El capital* de Marx, Aricó glosaba a Rosa Luxemburgo: “la obra de Marx sobrepasa las exigencias directas de la lucha de las clases proletarias”. Y continuaba: “tanto en el análisis de la sociedad capitalista como en sus métodos de investigación histórica nos legó un arsenal teórico que no puede ser absorbido sino parcialmente por el movimiento revolucionario”.¹³ ¿Es posible identificar en esas palabras también el modo en el que la producción y la “obra” editorial de Aricó se articulaba –o buscaba articularse– con las exigencias de la política?

La colección de los CPyP, como señalamos, implicaba un retorno a las fuentes. Animaba ese retorno (como otros previos) la convicción de que, al entablar un vínculo directo con la autoridad de los textos marginados, menores o no corrompidos por la manipulación del marxismo oficial, era posible rechazar ese discurso vacío y restablecer la relación con la realidad.¹⁴ Se anuda así no solo la motivación política con la práctica editorial, sino también un acercamiento “arqueológico” al pasado, como dice Sazbón. Aricó siempre se disculpaba por lo que llamaba “aproximación

filológica”.¹⁵ La tensión entre el “escritor” y el “editor” arriba indicada se ve desplazada aquí por la incomodidad entre la perspectiva “filológica” y las motivaciones políticas.

Desde la perspectiva de la historiografía, sin embargo, podemos observar otras cosas. ¿No era esa vinculación política pero no instrumental entre pasado y presente lo que hacía posible la empresa historiográfica? Por otro lado, la prolongada práctica editorial había entrenado la mirada analítica de Aricó, abriendo la posibilidad de identificar las condiciones sociales y materiales de circulación de las ideas –para decirlo con nuestras palabras más que con las suyas–, considerar a los intermediarios y los agentes involucrados en ese proceso y, en definitiva, percibir las marcas del roce con la vida política y social que portan las ideas. Esos insumos y herramientas hicieron posible una historiografía atenta a la diversidad de contextos de la dinámica intelectual; enfatizando entre ellos los espacios de recepción. La historiografía de Aricó, desplegada en los '80 y verosímil desarrollo de aquel “mamotreto” (difusión del marxismo en América Latina), se reconoce en la historia de las ideas –una tendencia muy transitada en las aproximaciones al pasado de la izquierda argentina–.¹⁶ Su *nocciolo*, sin em-

¹³ “Advertencia”, en Dobb, Pietranera, Poulantzas *et al.*, *Estudios sobre El capital*, vol. 1, Buenos Aires, Signos, 1970, pp. vii y viii.

¹⁴ Un movimiento semejante se puede rastrear, por ejemplo, en los escritos tempranos de R. Mondolfo.

¹⁵ Entre muchos ejemplos posibles, se puede ver la “Advertencia a la primera edición”, en Aricó, *Marx y América Latina*, p. 76; o la “Advertencia” en VVAA, *Consejos obreros y democracia socialista*, Cuadernos de Pasado y presente, N° 33, Buenos Aires, 1972, p. vi.

¹⁶ X. Espeche, “Los límites de la ausencia. Un ensayo sobre historia de las ideas: José Aricó, Leopoldo Zea y Carlos Real de Azúa”, *Orbis Tertius*, vol. xxii, N° 25, junio 2017. Sin dudas el proyecto historiográfico de Aricó se vincula con aquellas empresas colectivas que a lo largo de los '70 promovieron en Europa aproximaciones a la historia del marxismo y del socialismo (J. Droz; E. J. Hobsbawm), en las que, por otro lado, participó. Aquí intentamos subrayar el itinerario singular y sinuoso que lo condujo hacia la historiografía y marcó su proyecto, más que las condiciones políticas más amplias y compartidas, sin duda con su propio peso en el proceso. H. Tarcus recupera y desarrolla la propuesta de Aricó para pensar la historia de la recepción de las ideas en *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

bargo, reside en los “usos” y en la recepción de las ideas socialistas. Un módulo historiográfico que combina aspectos de la práctica editorial y de la política, y que ubica progresivamente al marxismo en otro lugar (es decir, lo convierte en otra cosa): el de objeto de rememoración y de investigación historiográfica. □

Bibliografía

Aricó, José, “Advertencia”, en Dobb, Pietranera, Poulantzas, *et al.*, *Estudios sobre El capital, vol. I*, Buenos Aires, Signos, 1970.

—, “Advertencia”, en VVAA, *Consejos obreros y democracia socialista*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 33, 1972.

Crespo, Horacio, “En torno a los Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983”, en C. Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a J. C. Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

—, “El marxismo latinoamericano de Aricó. La búsqueda de la autonomía de lo político en la *falla* de

Marx”, en J. Aricó, *Marx y América Latina*, Buenos Aires, FCE, 2010.

Devoto, Fernando, “Unas palabras sobre J. C. Chiaramonte”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 45, 2016.

Espeche, Ximena, “Los límites de la ausencia. Un ensayo sobre historia de las ideas: José Aricó, Leopoldo Zea y Carlos Real de Azúa”, en *Orbis Tertius*, vol. XXII, N° 25, 2017.

García, Diego, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10-11-12, 2011.

De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2010*, Buenos Aires, FCE, 2014.

Novello, Andrea, “Lévi-Strauss en Argentina: un estudio sobre sus primeros itinerarios de recepción”, tesis de Licenciatura en Antropología, FFyH, UNC, 2017.

Prieto, Adolfo, *Sociología del público argentino*, Buenos Aires, Leviatán, 1956.

Rodrigues Soares, Lidiane, “Leitores e leituras acadêmicas de Karl Marx (São Paulo, 1958-1964)”, en *Intelligere: Revista de História Intelectual*, vol. 2, N° 1 (2), 2016.

Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Sociología científica y Guerra Fría cultural

Los proyectos editoriales del ILARI en la Argentina y el Uruguay

Karina Jannello

CEDINCI/UNLP

En 1962, el director del Departamento Latinoamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), Louis Mercier Vega, recibía un informe que calificaba al sociólogo Torcuato S. Di Tella como un hombre capaz, pero “servidor incondicional del castrismo”.¹ El comentario no habría pasado de anécdota si años más tarde el ILARI no hubiera intentado aproximarse estrechamente al Instituto Di Tella (IDT) y emular sus políticas culturales, amparado en la legitimidad que le ofrecía compartir una misma fuente de financiamiento: las Fundaciones Ford y Rockefeller.

Dos años después, la dirección del CLC preguntaba a la sede argentina si existía alguna posibilidad de colaboración con “this great foundation”, refiriéndose al IDT. La respuesta fue que aunque “no siempre se obtuvieron trabajos de calidad”, en su dirección trabajaba un equipo muy amplio que colaboraba también con el CLC.² Efectivamente, entre los nombres compartidos estaban nada menos que los del sociólogo ítalo-argentino Gino Germani, el sociólogo uruguayo Aldo Solari y el crítico de arte Damián Bayón. Los dos primeros participaron en encuentros organizados por el CLC y

Solari organizó en Montevideo el “Seminario sobre élites y desarrollo en América Latina” junto al sociólogo estadounidense Seymour Lipset. En el caso de Bayón, discípulo del crítico Jorge Romero Brest, fue un colaborador frecuente de *Cuadernos*, órgano del CLC.

En 1966, continuando al DL-CLC se crea el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI) y el interés por estos intelectuales se hace más evidente. Un conjunto de nombres que participaron en la *Revista Latinoamericana de Sociología* o llevaban sus investigaciones en el marco del IDT colaboraron con el ILARI o su revista de ciencias sociales, *Aportes* (1966-1972), como es el caso de Juan F. Marsal, Florestan Fernandes, José Luis de Imaz, José Nun o Marcos Kaplan, en tanto que Germani y Solari formarían parte del Consejo Asesor del ILARI junto a Orlando Fals Borda.

Estos cruces y redes se activan en años en que la figura del intelectual sufre complejas mutaciones. La emergencia del sociólogo profesional significó en el ámbito público una devaluación relativa del escritor, hasta entonces epónimo del intelectual.³ En este contexto, la organización atlantista que a comienzos de

¹ “Seminario de Buenos Aires”, en Chicago Univ., IACF, S. VI, B. 557, F. 9.

² H. D. Rodríguez a J. Hunt (2/06/1964), en Chicago Univ., IACF, S. II, B. 79, F. 10.

³ Véase A. Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

la Guerra Fría había puesto a los pensadores liberales más prestigiosos en lucha contra los “totalitarismos de izquierda o de derecha”, particularmente comunismos y nacionalismos, acompañará la modernización. Esto significó desentenderse de las antiguas asociaciones “en defensa de la libertad de la cultura” –cuya creación fue promovida en los ’50– para impulsar un gran centro de investigación social. Atado a los avatares políticos del CLC,⁴ el ILARI, pensado a imagen del IDT, tendrá vida breve (1966-1972) pero fructífera: se propone, en una extensa red de científicos sociales, intelectuales y escritores, fortalecer un consenso de centroizquierda, liberal democrático, distante de los populismos, las izquierdas armadas y los gobiernos militares.

Si en los ’50 el CLC había agrupado a intelectuales *universalistas*, ahora se centrará en el intelectual *específico*, para decirlo en los términos foucaultianos, “un científico, un investigador que interviene en la *polis* no en nombre de grandes valores que lo trascienden, sino utilizando su saber”.⁵

Opacada por la revelación del financiamiento del CLC, la labor de modernización cultural del ILARI ha sido desestimada, como si el entramado articulado en esta red hubiera sido una suerte de reflejo condicionado del vil pago al contado del imperialismo. Ciertamente se dispuso de recursos, pero las cifras desembolsadas, antes que abonar la idea de “compra” de los intelectuales para su “conversión”, manifiestan una estrategia política de ofrecer medios y espacios de sociabilidad y producción a quienes ya tenían una historia previa de disputa con el comunismo y el nacionalismo. La “utilización” de estas figuras por parte de la CIA no debe ser desatendida, pero tampoco ab-

solutizada, en la medida en que estos intelectuales, aun sospechando o conociendo el origen de los fondos, los aceptaron en tanto les facilitó llevar a cabo sus propios proyectos.⁶

Políticas editoriales

El CLC se instaló en Latinoamérica en 1953. Aunque convocó un amplio abanico de posiciones y a pesar del despliegue de recursos, para los ’60 sus asociaciones se hallaban anquilosadas y funcionaban descoordinadas, respondiendo a los vaivenes de la política interna de cada país. Es entonces cuando Louis Mercier-Vega toma la dirección del DL-CLC y apelando a la legitimidad que las Ciencias Sociales van conquistando en el mundo de la cultura, buscará agjornarlo.

En América Latina se dio un proceso de institucionalización y adopción de un patrón internacional en las ciencias sociales que incentivó la creación de institutos y formación profesional.⁷ En la Argentina se lanzaron iniciativas como el Centro de Investigaciones Comparadas (CIC) del IDT,⁸ dirigido por Germani, la *RLS* y una profusa edición de trabajos.⁹

Con aspiraciones más ambiciosas, Mercier-Vega se empeñó desde 1961 en integrar las asociaciones latinoamericanas al flujo de la modernización cultural. El mismo año de creación

⁶ G. Gil, en *Las sombras del Camelot. Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina en los ’60* (Mar del Plata, EUDEM, 2011), señala que muchos de los científicos sociales relativizaron las fuentes del financiamiento privilegiando la necesidad de recursos de los institutos y argumentando que los intelectuales críticos podían servir de la generosidad de la filantropía y “dosificar” a la vez la información que entregaban “al imperio”.

⁷ La Argentina jugó un papel indiscutible con la renovación encarada por Germani a partir del ’55 y la recepción de las teorías sociológicas de Robert Merton y Talcott Parsons. Véase A. Blanco, *Razón y modernidad*.

⁸ Financiado por las fundaciones Ford y Rockefeller.

⁹ A. Germani, *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004.

⁴ A un año del escándalo del Plan Camelot, el *New York Times* denunció que el CLC había sido financiado por la CIA.

⁵ E. Traverso, *¿Qué fue de los intelectuales?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

del CIC, el DL-CLC propició en Asunción la inauguración del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, desde donde se lanzó la primera de varias publicaciones editadas bajo su paraguas, la *Revista Paraguaya de Sociología*.¹⁰

En la Argentina y en el Uruguay, Mercier Vega convocó a grupos de jóvenes investigadores dirigidos por profesionales que abordaron problemas sociales. En abril de 1965, apareció en Montevideo *Temas. Revista de cultura*, que contempló el ensayo “con incursiones hacia lo político y lo social”; y en 1966, en un contexto de retracción de la universidad pública que recordaba los años del Colegio Libre de Estudios Superiores, el flamante ILARI lanzaba las que serían sus iniciativas revistas más reconocidas y difundidas: *Aportes. Revista trimestral de ciencias sociales* (1966-1972) y la polémica *Mundo Nuevo* (1966-1971).¹¹

Asimismo, primero el DL-CLC y luego el ILARI promoverán la “tercerización” de publicaciones, proponiendo títulos a diferentes editoriales. El acuerdo incluye la compra de cierto número de ejemplares para garantizar cubrir costos directos,¹² en tanto que el resto de la tirada es comercializado en los circuitos habituales. Los ejemplares adquiridos serán distribuidos en las distintas sedes del CLC, responsables de su difusión.

La Argentina y el Uruguay fueron sin duda las oficinas más activas en los ‘60. En Buenos Aires, los jóvenes socialistas Horacio Rodríguez y Oscar Serrat, y el filósofo Héctor A. Murena, secretario de redacción de la legendaria revista *Sur*, toman en 1964 la administración de la sede porteña.¹³ Y luego de algunos años de inactividad, se reabría en la otra orilla del Plata el Centro Uruguayo de Promoción Cultural (CUPC), de la mano del exiliado anarquista español, dueño de editorial Alfa, Benito Milla.

El nuevo programa de ediciones supuso un trabajo intenso para revertir la imagen anacrónica que proyectaban las sedes latinoamericanas de centros de “propaganda antisoviética”.¹⁴ Comprometida con los programas desarrollistas, la propuesta buscó conquistar una competitividad que posicionara los trabajos del ILARI como una “producción de mejor nivel que la de otros organismos”.¹⁵ Consistió sobre todo en editar resultados de investigaciones realizadas por los grupos de trabajo, presentaciones de mesas de debate y seminarios, y en dar a conocer investigaciones de instituciones promotoras del desarrollismo.¹⁶ Se convocó a jóvenes universitarios a formar parte de grupos dirigidos por figuras como las de Gino Germani en la Argentina, Jorge Ahumada en Chile o Aldo Solari en el Uruguay. Primaba la idea de que los programas de investigación debían ser establecidos por “un

¹⁰ El CPES fue fundado por el sociólogo D. Rivarola. Su revista reproducía investigaciones auspiciadas por el ILARI. *RPS*, N° 1, septiembre-diciembre de 1964, p. 6.

¹¹ Si bien *Mundo Nuevo*, orientada al universo de los escritores, la literatura y la nueva crítica, fue la revista más renombrada por la difusión del *Boom* literario, *Aportes* llevó adelante, entre 1966 y 1972, un programa igualmente exitoso en las ciencias sociales. En sus páginas abundaron firmas de renombre como las de G. Germani, H. Jaguaribe, A. Ciria, F. Alegría, M. Kaplan, J. Nun, J. L. de Imaz, A. Solari, G. A. Soares, F. Bourricaud, L. Millones, M. Margulis, J. C. Agulla, C. Masó, I. Horowitz, R. Paris, F. Fernandes, O. Fals Borda, A. Salazar Bondy, L. Mármora, F. H. Cardoso, J. F. Marsal, R. Bastide, J. C. Tedesco y A. Borón, entre otros.

¹² El acuerdo de referencia era de US\$ 300, aunque se manejaron cifras mayores con editoriales renombradas como *Sur* o *Paidós*.

¹³ En 1968, en algunas publicaciones aparecería solo H. Murena como responsable, y a partir de 1969 se incorpora como responsable de Ciencias Sociales el pedagogo J. C. Tedesco, quien editó a su vez bajo el paraguas del ILARI la reconocida *Revista de Ciencias de la Educación*.

¹⁴ L. Mercier Vega a J. A. Solari (23/09/1963), Chicago Univ., IACF, S. VI, B. 557, F. 10.

¹⁵ L. Mercier Vega a H. D. Rodríguez (18/01/1965), Chicago Univ., IACF, S. VI, B. 558, F. 3.

¹⁶ Por cuestiones de extensión me dedicaré en estas páginas solo a la producción sociológica, aunque las actividades del ILARI, al igual que el IDT, incluyeron galerías de arte, bibliotecas, seminarios y grupos de investigación en áreas como literatura, crítica, artes plásticas, cine y teatro.

sociólogo para que tengan valor y se desarrollen de forma equilibrada”.¹⁷

Ediciones porteñas

Para 1962 ya se habían constituido en la Argentina tres grupos de trabajo¹⁸ que arrojaron resultados a partir de 1964. También se hicieron presentaciones en el ciclo de debate “Martes informales”, que replicaba las reuniones iniciadas por la revista *Preuves* en París.

El ILARI fomentó además la circulación de visitas internacionales e interregionales¹⁹ y planificó un programa de seminarios denominado “Comunidad Abierta”, en un primer momento coordinado por el sociólogo estadounidense Daniel Bell.²⁰ El programa contó con el asesoramiento regional de B. Milla, se desarrolló alrededor de algunos ejes temáticos como “imperialismo”, “modernización”, “cooperación intelectual” o “comunismo y coexistencia pacífica”²¹ y tuvo su máxima expresión en el seminario organizado por Solari y Lipset en Montevideo en 1965, citado anteriormente.²²

El proyecto editorial fue intenso, se pautaron publicaciones con diferentes editoriales;

algunas continuaban de la década anterior, como Sur o Líbera, y otras eran nuevas como Paidós y Jorge Álvarez. Esta última, conocida como editorial de la nueva izquierda,²³ había celebrado un acuerdo con las revistas británicas del CLC –*Encounter* y *Soviet Survey*– para traducir una serie de artículos en pequeños *readers* temáticos.²⁴ Además, editó para la sede argentina el volumen *100 años de marxismo y clase obrera* (1965), resultado de dos conferencias que Michel Collinet ofreció en Buenos Aires.

Si bien el ILARI intentó establecer vínculos con Eudeba, no tuvo respuesta. En cambio, consiguió acuerdos con Paidós, con la que editó entre otros *Elites y desarrollo en América Latina* (1967) –resultante del seminario de Montevideo–, *Las Fuerzas Armadas hablan* (1968), de Jorge Ochoa Eguilior y Virgilio R. Beltrán,²⁵ y *Migración y marginalidad en la Argentina*, de Mario Margulis.²⁶ Los dos primeros aparecieron en la colección que dirigen G. Germani y E. Buttelman, “Psicología Social y Sociología”.²⁷

Editoriales menos renombradas como la Cooperadora de Derecho y Ciencias Sociales o Viracocha publicaron títulos que fueron durante años bibliografía obligatoria en las cátedras de la Facultad de Derecho (UBA), como *Los partidos políticos, Estructura y vigencia en la Argentina* (1963) o *La naturaleza del peronismo* (1967), de C. Fayt, con intervenciones

¹⁷ L. Mercier Vega a J. Grunfeld (21/11/1962), Chicago Univ., IACF, S. VI, B. 557, F. 9.

¹⁸ Sobre reforma universitaria, peronismo en Rosario y crisis de las editoriales argentinas.

¹⁹ Por ejemplo, los historiadores Brian Crozier y Max Belfoff, el historiador del sindicalismo Michel Collinet, el aprista Víctor R. Haya de la Torre y el poeta Pierre Emmanuel. En tanto que Murena, Solari, Germani o Rodríguez Bustamante, entre otros, realizaron giras por América Latina.

²⁰ Este programa sería reemplazado años más tarde por el Programa Continental de Estudios Sociales, dirigido D. Rivarola desde el CPES.

²¹ B. Milla a L. Mercier Vega (26/4/1964 y 9/5/1964), Chicago Univ., IACF, S. VI, B. 566, F. 7.

²² Programado desde 1962, el seminario tuvo al sociólogo chileno J. Ahumada como presidente honorífico. Se realizó entre el 6 y el 11 de junio de 1965 y resultó muy polémico debido al escándalo del Plan Camelot, que estallaba por esos días en Santiago de Chile.

²³ Editores de los economistas marxistas de la *Monthly Review* y de autores como D. Viñas, O. Massotta, E. Verón y E. Galeano.

²⁴ L. Mercier Vega a H. A. Murena (15/09/1964), J. Álvarez a L. Mercier Vega (4/10/1966) y L. Mercier Vega a H. Rodríguez (12/10/1966), Chicago Univ, S. VI, B. 558, F. 1 y 4.

²⁵ Monte Ávila editó una continuación de este trabajo en 1970 con el título *El papel político y social de las Fuerzas Armadas en América Latina*.

²⁶ Los avances de investigación fueron publicados en *Aportes*, N° 3 y 15.

²⁷ También editaron *Las guerrillas en América Latina* (1969), de Luis Mercier Vega.

de M. Kaplan, A. Ciria y A. Ferrer. Asimismo, se publicó en Troquel *La edición de libros en Argentina* (1964) una de las primeras investigaciones, a cargo de R. Bottaro, con presentación de Murena. Y un sello pequeño, Panneidille, editó *Educación y sociedad en Argentina (1880/1900)*, de J. C. Tedesco (1970),²⁸ y *El político armado: dinámica del proceso político argentino (1960/1971)*, de C. Fayt (1971).

Sin duda la editorial con la que más se editó fue Líbera, propiedad del socialista Luis Pan. Resultado de diferentes encuentros realizados en el CALC o de investigaciones cuyos avances fueron dados a conocer primero en *Aportes*, publicó entre otros autores a H. Giberti, A. Solari, G. Germani, J. C. Agulla, G. Andujar, N. Rodríguez Bustamante, E. Butelman, G. Klimovsky o el pedagogo G. Weinberg, J. Babini, G. Romero Brest, S. Bagú y L. Mármora.²⁹ También se continuó el vínculo con la editorial Sur con la que el ILARI pautó la Colección Tercer Mundo, iniciada en 1964 con el volumen *África ambigua*, de G. Balandier. Los títulos, en todos los casos traducciones, fueron seleccionados conjuntamente por Mercier Vega y Murena.³⁰

²⁸ Reeditado luego por CEAL (1982) y por Solar (1986 y 1993).

²⁹ Me he referido a las ediciones de Líbera en "Políticas culturales del socialismo argentino bajo la Guerra fría: Las redes editoriales socialistas y el Congreso por la Libertad de la Cultura", en *Papeles de Trabajo*, año 7, N° 12, 2° semestre de 2013, pp. 212-247.

³⁰ Se editaron en 1964: R. Guillain, *600 millones de chinos*; M. Berger, *El mundo árabe actual*; 1965: H. Van Chi, *Vietnam Norte: del colonialismo al comunismo*; 1966: E. Balazs, *Civilización china y burocracia*; 1967: L. Mercier Vega, *Mecanismos de poder en América Latina* y F. Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo* (ambos traducidos por R. Bixio); 1968: W. G. Beasley, *Historia moderna del Japón*.

A partir de agosto de 1966, a pesar de que se mantuvo el sello Sur, el fondo editorial fue absorbido por Sudamericana, que continuó editando la colección. H. Murena a L. Mercier Vega (30/08/1966), Chicago Univ., IACF, S. vi, B. 558, F. 4.

La otra orilla del Plata

Aunque en el Uruguay el proceso de expansión fue más lento, a mediados de 1963 contaba con dos grupos de trabajo: uno dirigido por Solari sobre tercerismo y otro a cargo del anarquista Roberto Cotelo sobre medicina social. De estos esfuerzos resultó el libro *El tercerismo en el Uruguay* (Alfa, 1965), objeto de un prolongado debate.³¹

En 1964 B. Milla, distribuidor de las revistas del CLC desde los '50, acepta dirigir la sede uruguaya, lo que significa una solución para las ediciones, que a partir de este momento se canalizarán por Alfa. El comienzo es intenso. La inauguración del CUPC en junio de 1965 acompaña la apertura del Seminario de Formación de Élités. En abril/mayo lanza *Temas* y a mediados de año recibe al escritor y activista francés David Rousset.³² Y aunque el Seminario está a cargo de Solari, el CUPC se dispone a recibir a los invitados y prepara, aprovechando la llegada de Lipset, la edición en español de *Estudiantes universitarios y política en el Tercer Mundo* (1965) en la colección "Mundo Actual" de Alfa. También proyecta un programa propio de sociología bajo la dirección del Dionisio Garmendia para investigar "la evolución del Uruguay moderno".³³

Además, Milla trabaja fluidamente con E. Rodríguez Monegal, que poco después dirigirá *Mundo Nuevo* (MN) y que ahora se suma a las actividades del CUPC.³⁴ Para el espacio

³¹ Cf. *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo: Una teoría de sus supuestos*, vol. III, introducción de R. Cotelo, Montevideo, Cámara de Representantes, 1997.

³² Sobreviviente del campo de Buchenwald, fue uno de los primeros en denunciar los campos de trabajo soviéticos.

³³ "Informe al Secretariado Latinoamericano con motivo de la reunión informativa de Lima, 29/11/1965", Chicago Univ., IACF, S. vi, B. 566, F. 8.

³⁴ El ciclo de mesas con que arranca el CUPC genera polémica. Una de ellas, "Las condiciones del diálogo" (13/08/1965), reúne a C. Real de Azúa, C. Martínez Mo-

literario, Alfa editará poesía, narrativa y crítica. Entre otros, el libro de Rodríguez Monegal, *Literatura Uruguaya del medio siglo y 36 años de poesía uruguaya*, de A. Paternain.³⁵

El año 1966 no dio tregua al ILARI, que en el momento de presentar sus revistas debe asumir responsabilidades por las acusaciones del *New York Times*. El CUPC sobre todo tendrá que pilotear el ojo de la tormenta de la Guerra Fría cultural latinoamericana por una animosidad previa entre el flamante director de MN, Rodríguez Monegal, y el crítico A. Rama, que replicó las denuncias en el semanario *Marcha*.³⁶

Pese a todo, *Aportes* y MN desplegaron su programa. Además de las habituales mesas de debate y las exhibiciones de arte, Milla propuso al ILARI crear la colección “Documentos” con “materiales obtenidos a través de investigaciones técnicas [...] preocupad[a]s en la problemática actual de América Latina y en sus posibilidades de transformación y desarrollo económico, político y social”.³⁷ Documentos (1966) daba curso a las aspiraciones iniciales del ILARI de editar estudios de organismos como la CEPAL, FLACSO o DESAL. Asimismo, se editó el Premio Ensayo Alfa, *Ideologías y cambios sociales*,³⁸ de J. Barreiro,³⁹ y

reno, H. Conteris, E. Rodríguez Monegal y el mismo Milla.
³⁵ Luego reeditado por Capítulo (CEAL).

³⁶ *Aportes* no se vio tan afectada como *MN*, que nació con el estigma del debate que se generó entre R. Fernández Retamar y E. Rodríguez Monegal. Cf. Idalia Morejón Arnaiz, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*, México, Educación y cultura, 2010.

³⁷ “Proyecto Editorial”, en B. Milla a L. Mercier Vega (25/06/1966), Chicago Univ., IACF, S. VI, B. 566, F. 9.

³⁸ Reeditado en 1971 en la colección “Cárcel mayor” y en los ’80 por la Fundación de Cultura Universitaria (1985).

³⁹ Filósofo y cientista político, Barreiro se había formado en París con Maurice Duverger y se había enfocado en una lectura humanista del pensamiento de Marx. En 1968 Milla le edita en Monte Ávila *La sociedad justa*. A pesar del anticomunismo que manifestaba de un modo contenido el ILARI, la propuesta de un enfoque amplio y científico hizo que se incorporara el estudio del marxismo herético. En esta misma línea, en Chile se organizaron algunos encuentros con M. Segall y grupos de es-

El desarrollo social del Uruguay en la posguerra, de A. Solari.

A fines de 1967, B. Milla migraba a Caracas con el proyecto de Monte Ávila y en su reemplazo toma la coordinación del CUPC el escritor, crítico y ensayista Fernando Aínsa. A partir de esta época no se registran ediciones en Montevideo. Pero Milla sigue vinculado al ILARI y edita en Caracas algunos títulos junto a una colección de *dossiers* de *Aportes* bajo la supervisión de Mercier Vega.⁴⁰

Breves conclusiones

Aunque el ILARI nació bajo el estigma de su financiación, los intelectuales que lo lideraron buscaron no quedar atrapados en la lógica efímera e instrumental de la propaganda. Tratando de sortear etiquetas ideológicas instalaron un espacio de producción sustantivo —que pudo competir con espacios como el IDT— comprometido con el proceso de afirmación de la nueva sociología científica. Vinculados a editoriales renombradas que formaron parte del universo de las izquierdas editaron, además de una revista de investigación regional, obras hoy clásicas que fueron referencia en la formación de las nuevas generaciones. Lejos de apuntar a un elenco conservador, el ILARI convocó nombres dentro de un amplio abanico ideológico, que como hemos visto incluía a las vertientes anticastristas de la iz-

tudio con lecturas de K. Korsch y el joven Lukács. En la Argentina, Rodríguez le sugirió a Mercier Vega que editaran, con motivo del 150 aniversario del nacimiento de Marx, un volumen de R. Mondolfo que finalmente salió en Líbera en 1968: *Bolchevismo y capitalismo de estado (Estudios sobre la revolución rusa)*.

⁴⁰ Entre otros títulos aparecen en 1968: J. Barreiro, *La sociedad justa*; A. Ciria, *América Latina: contribuciones al estudio de su crisis*; 1969: M. Kaplan, *Estado en el desarrollo y en la integración de América Latina*; 1970: R. Beltrán, *El papel político y social de las Fuerzas Armadas en América Latina* y L. Mercier Vega, *Anarquismo ayer y hoy*.

quierda. Si el “centro” ideológico –Germani, Solari– estaba flanqueado por “derecha” por algunas figuras como De Imaz, es significativo el contrapeso de jóvenes izquierdistas como B. Balbé, J. Nun, M. Kaplan, M. Margulis, A. Borón o J. C. Tedesco.⁴¹ □

Referencias bibliográficas

Blanco, A., *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

⁴¹ Otro grupo de nombres ha quedado excluido aquí por cuestiones de extensión; a modo de ejemplo podemos mencionar que también participaron en el ILARI M. Vargas Llosa, O. Massota, F. Urondo y E. Cozarinsky, entre otros.

Cancelli, E., “O ILARI e a Guerra Cultural: a construção de agendas intelectuais na América Latina”, en *Art Cultura*, vol. 17, N° 30, enero-junio de 2015, pp. 199-212.

Germani, A., *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004.

Gil, G., *Las sombras del Camelot. Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina en los '60*, Mar del Plata, EUEM, 2011.

King, J., *El Di Tella*, Buenos Aires, Arte Gaglianone, 1985.

Marsal, J., “La crisis de la sociología latinoamericana”, en *Sistema*, N° 9, 1975, pp. 87-102.

Rubinich, L., “La modernización cultural y la irrupción de la sociología”, en D. James (dir.), *Nueva historia argentina: violencia, proscripción y autoritarismo 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 245-279.

Terán, O., *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.

Traverso, E., *¿Qué fue de los intelectuales?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

Jorge Zahar y la edición de ciencias sociales en el Brasil (1957-1984)

Leonardo Nóbrega da Silva

IESP-UERJ, Brasil

Entre las décadas de 1960 y 1970, las ciencias sociales en el Brasil y en otros países de América Latina transitaron un período de expansión y se consolidaron como referencia fundamental en los debates políticos e intelectuales. Diversas investigaciones examinaron las condiciones institucionales de este proceso, como la creación de carreras universitarias e institutos de investigación, pero pocos se han ocupado de las condiciones materiales de inscripción y circulación de las ideas producidas por los científicos sociales.¹ Este trabajo tiene por objeto presentar la actuación de Zahar Editores, una de las principales iniciativas editoriales del escenario intelectual brasileño entre 1957 y 1984, de modo de comprender el proceso de consolidación de las ciencias sociales como un género editorial.

Zahar Editores fue una de las más importantes editoriales brasileñas en la segunda mitad del siglo xx. Fundada en 1956 por Jorge

Zahar, junto a sus hermanos Ernesto y Lucien, la editorial construyó su catálogo con el foco puesto primordialmente en las ciencias sociales. Desde su inicio, invirtió en la traducción de autores extranjeros con textos clásicos, libros de iniciación, recopilaciones y monografías. Posteriormente, y de manera paralela a las traducciones, se sumó la publicación de autores brasileños, la mayoría de ellos institucionalmente ligados a las universidades y a los programas de posgrado, en expansión en aquel período.

En este contexto, y de manera distinta a lo que suele enfatizarse en los estudios dedicados al desarrollo institucional, más allá de ser una disciplina universitaria las ciencias sociales deben ser entendidas, siguiendo el planteo de Gustavo Sorá,² como un género editorial. Ello implica pensar que las ciencias sociales publicadas en el formato libro no son un mero reflejo de su universo académico, sino más bien una condición de posibilidad de ese universo. De esta manera, se debe intentar observar el conjunto de prácticas culturales y saberes especializados que van más allá de la

¹ Entre las referencias fundamentales a la comprensión del proceso de institucionalización de las ciencias sociales en el Brasil está el libro *História das Ciências Sociais no Brasil*, organizado por Sergio Miceli y publicado en dos volúmenes, en 1989 y 1995. En el primer volumen de esta obra está el artículo "Retratos do Brasil: editores, editoras e 'Coleções Brasileira' nas décadas de 30, 40 e 50", de Heloísa Pontes, uno de los pocos esfuerzos realizados hasta hoy para comprender la configuración de las ciencias sociales a partir de su interacción con el mercado editorial.

² Gustavo Sorá, "Editores y editoriales de Ciencias Sociales: un capital específico", en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos: La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

actividad universitaria, y que sin embargo son fundamentales para la configuración de las disciplinas y de su compromiso público.

Cada vez más presentes en colecciones editoriales diversas, las ciencias sociales pasaron a ocupar, a mediados de la década de 1950 e inicio de los años 1960, un lugar central en el mercado editorial y en el imaginario social brasileños. Sin embargo, su emergencia remite a una configuración anterior, cuya centralidad se daba en las colecciones brasileñas.³ Los géneros textuales primordiales de estas colecciones eran la literatura, el estudio historiográfico y el ensayo de interpretación nacional. Las ciencias sociales, con sus textos monográficos y sus preocupaciones metodológicas, pasaron a ocupar un espacio creciente en dichas colecciones a partir de los años 1940, lo que vendría a desdoblarse, en la década siguiente, en la creación de colecciones especializadas, como es el caso de la “Biblioteca de Ciências Sociais” de la Zahar Editores.

Tal configuración supone: 1) un conjunto de productores especializados formados en las recién inauguradas facultades de ciencias sociales; 2) editores con condiciones materiales que permitieran las inversiones necesarias, proceso que se inicia en el Brasil en los años 1930 y gana nuevo aliento a mediados de los años 1950; y 3) un público lector suficientemente amplio y con capacidad de compra que hiciera posibles tales publicaciones. Si se considera el desarrollo del catálogo de Zahar Editores –estimulado por una coyuntura favo-

rable al desarrollo de bienes culturales–, y la centralidad alcanzada por las ciencias sociales en el período –animada por, entre otras razones, un contexto particular demarcado por la idea de progreso social–, es posible construir la hipótesis de que Zahar Editores representa un caso ejemplar en el proceso de diferenciación y emergencia de las ciencias sociales como género editorial en el Brasil.

Esbozo biográfico de Jorge Zahar: proceso de socialización de un editor de ciencias sociales⁴

Hijo de padre libanés y madre francesa, Jorge Zahar nació en 1920, en los alrededores de la ciudad de Campos dos Goytacazes, estado de Río de Janeiro, casi seis años más tarde que el primogénito de la familia, Ernesto. Después de algunas mudanzas, el traslado definitivo de la familia hacia la entonces capital federal en 1936 –ya en compañía de los hermanos más chicos, Lucien y Margot, y sin el padre, que se había quedado en Vitória, Espírito Santo–, marcaría el inicio de una trayectoria árida, pero exitosa. Jorge trabajó como distribuidor de panfletos, vendedor de maní tostado y disfraces de carnaval en los trenes de la periferia de la ciudad, y realizó muchas otras actividades de comercio informal. En 1940, a los 20 años, por invitación de su hermano mayor, fue a trabajar a un negocio de importación y distribución de libros técnicos. La empresa de Antonio Herrera, inmigrante anarquista de

³ Las “colecciones brasileñas” son una formulación genérica que designa las colecciones editoriales que surgieron a partir de los años 1930 en el Brasil con el propósito de publicar libros que tuvieran como tema la identidad nacional. Colecciones como “Brasiliana” (1931), de la Companhia Editora Nacional, “Documentos Brasileiros” (1936), de la Livraria José Olympio Editora, y “Biblioteca Histórica Brasileira”, de la Livraria Martins Editoras, se encuadran en esta categoría y fueron determinantes para la difusión de un nuevo conjunto de ideas sobre el país.

⁴ Los siguientes trabajos sirvieron como base para la recopilación de datos biográficos de Jorge Zahar y su familia: Fabiano Azevedo, “A Zahar Editores e seu Projeto Editorial (1957-1970)”, en *Livro* – v. 6, 2016; Lawrence Hallewell, *O livro no Brasil: sua história*, San Pablo, EDUSP, 2005; Paulo Roberto Pires, *A marca do Z: a vida e os tempos do editor Jorge Zahar*, Río de Janeiro, Zahar, 2017; Jorge Zahar en entrevista de Jerusa Pires, *Jorge Zahar - Editando o editor*, vol. 5, San Pablo, Com-Arte/EDUSP, 2001.

origen español y suegro de Ernesto, se ubicaba en la calle Rodrigo Silva, en el centro de la ciudad.

Era un momento de agitación de la vida cultural en el centro de la capital federal, en diversas librerías y cafés se juntaban miembros de la élite e intelectuales. De acuerdo con el relato de Jorge Zahar, no había, en ese momento, “un servicio regular de importación de libros extranjeros para las librerías”,⁵ actividad que tomó a su cargo la empresa en la cual ingresara. Los grandes mercados proveedores de libros eran Inglaterra y la Argentina. Durante seis años, Jorge trabajó como empleado de la empresa, hasta que en 1946 Herrera decidió jubilarse. Los hermanos Zahar, ya junto a Lucien, se pusieron al frente del negocio, que fue rebautizado como Livraria Ler (Livraria Editoras Reunidas) y en 1951 pasó a ocupar un espacio más amplio en una nueva dirección, la calle México 31,⁶ cercana a la Facultad Nacional de Filosofía (FNFi) de la Universidad de Brasil.

La institucionalización universitaria de la sociología en el Brasil se dio con la fundación de la Escuela Libre de Sociología y Política de San Pablo (1933), de la Universidad de San Pablo (1934) y de la Universidad del Distrito Federal (1935) en Río de Janeiro. La Universidad del Distrito Federal, sin embargo, sería cerrada en 1937, y parte de su plantel docente y estudiantil fue absorbido posteriormente por la Universidad de Brasil (1939). Poco más de diez años después de creada, la FNFi se había consolidado como referencia para las ciencias sociales y humanas en un momento de expansión universitaria, y la librería Ler, por su cercanía y por el tipo de libros que comercializaba, comenzó a atraer a profesores y jóvenes estudiantes ávidos de novedades edi-

toriales. Por lo tanto, los hermanos Zahar comienzan su contacto con el público lector como librereros, intermediando sus demandas y las ofertas en el mercado editorial. Este contacto iba a ser fundamental para la creación de Zahar Editores en diciembre de 1956 –año en que el presidente Juscelino Kubitschek toma posesión del cargo, con el impulso de las políticas de modernización e industrialización—. En el centro de la política editorial de la empresa recién creada estaba la edición de libros de ciencias sociales dirigidos, sobre todo, a los alumnos de grado.

El slogan “La cultura al servicio del progreso social”, que comenzó a figurar en las tapas de los libros, sintetizaba no solo una declaración de principios, sino también el sentimiento de toda una generación, que, impulsada por el pensamiento progresista en boga, encontraría en las publicaciones de la editorial un apoyo a la lucha contra el gobierno autoritario instaurado por el golpe de 1964. Asumiendo un tono más cuidadoso –aunque no resignado– que su amigo Ênio Silveira, dueño de la editorial *Civilização Brasileira*, Jorge Zahar puso a disposición del público obras que señalaron la línea de los intensos debates políticos y fueron fundamentales para una formación universitaria consistente. De esta manera, los editores deben ser considerados como un eslabón fundamental en la red de interacciones de la cual forman parte otros intelectuales, como los estudiantes, los profesores, los militantes políticos, los librereros y los periodistas. Estos intelectuales elaboran sus representaciones de la realidad y sus propuestas de identidad a partir de las líneas generales de pensamiento que encuentran en los libros un medio privilegiado de difusión.⁷

⁵ J. Zahar, entrevista, p. 31.

⁶ En 1954 se abrió una sucursal de la librería Ler en San Pablo, en plaza de la República 71.

⁷ Nos referimos aquí a los intelectuales como a un conjunto de individuos que, a pesar de su heterogeneidad, comparten una sensibilidad común y en este sentido realizan acciones más o menos coordinadas. Cf. José Maurício Domingues, “A América. Intelectuais, interpreta-

De este modo, las ciencias sociales pasaron a ocupar un lugar de central importancia, gravitando en los debates públicos y convirtiéndose en referencia insoslayable.⁸

Si en la primera mitad del siglo xx los libros dedicados a la comprensión de cuestiones relacionadas con la identidad nacional, como los que integraban las colecciones brasileñas, tuvieron un papel hegemónico en las discusiones intelectuales y en la producción editorial –junto con los manuales con fines pedagógicos–, es sobre todo a partir de los años 1950 que aparecen colecciones especializadas en ciencias sociales, momento en el cual este género pasa a diferenciarse de la literatura, la historiografía y el ensayo de interpretación nacional. A partir de allí, las colecciones brasileñas ceden espacio a publicaciones más especializadas, y surgen las primeras iniciativas editoriales específicas de ciencias sociales, respondiendo a una demanda colectiva “profundamente involucrada en las iniciativas que resultaban no solo de su atención a los problemas del presente, sino, principalmente, del futuro”.⁹

De acuerdo con algunos análisis sobre la historia de las ciencias sociales en el Brasil,¹⁰ es posible establecer que hubo un período de fundación e institucionalización (1930-1964), un período de expansión y diversificación (1964-1985) y un período de especialización

e internacionalización (1985-). Zahar Editores surge en 1957, y por lo tanto en el ímpetu del proceso de fundación e institucionalización de las ciencias sociales en el Brasil, cuando se consolidan las primeras carreras universitarias y una agenda progresista y modernizadora en el pensamiento nacional. Sin embargo, su actuación se vuelve más intensa en el período posterior, de expansión y diversificación, que tiene como marco fundamental el régimen autoritario inaugurado con el golpe de 1964. Responsable del cercenamiento del debate público, este régimen, sin embargo, promovió la expansión de la estructura universitaria en el país, lo que, de manera aparentemente paradójica, contribuyó al desarrollo de una sensibilidad de izquierda.¹¹ Es en este contexto que las ciencias sociales establecen nuevos parámetros de análisis de la realidad social y nuevas agendas de investigación, imponiéndose como elemento insoslayable en el debate público.

Formación del catálogo: de las traducciones a la producción nacional

El primer libro publicado por Zahar Editores, en 1957, fue el *Manual de Sociologia*, de Jay Rumney y Joseph Mayer, ambos profesores de sociología en la Rutgers University, Estados Unidos. La traducción quedó a cargo de Octavio Alves Velho –padre de Otávio Guilherme Velho y Gilberto Velho, antropólogos y colaboradores de la editorial–, y contó con una introducción de Djacir Menezes, profesor de la Facultad Nacional de Filosofía. Veintidós años después, en 1979, el libro llegaría a su novena edición, lo que demuestra su éxito de ventas.

ções e identidades”, en J. M. Domingues, *Do Ocidente à Modernidade: intelectuais e mudança social*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.

⁸ Fernando Perlatto Bom Jardim, “Sociologia Pública: imaginação sociológica brasileira e problemas públicos”, tesis de doctorado, Río de Janeiro, IESP/UERJ, 2013.

⁹ Glauca Villas Bôas, *A Vocaçao das Ciências Sociais no Brasil: um estudo da sua produção em livros no acervo da Biblioteca Nacional 1945-1966*, Río de Janeiro, Fundação Biblioteca Nacional, 2007, p. 208.

¹⁰ Cf. Helgio Trindade, “Ciências Sociais no Brasil em perspectiva: fundação, consolidação e expansão”, 2ª ed., Porto Alegre, UFRGS, 2007; Luis Jackson y Alejandro Blanco, *Sociologia no Espelho: ensaístas, cientistas sociais e críticos literários no Brasil e na Argentina (1930-1970)*, San Pablo, Editora 24, 2014.

¹¹ Cf. Roberto Schwarz, “Cultura e política, 1964-1969”, en *O pai de família e outros estudos*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978.

Gran parte de los primeros libros publicados por Zahar Editores pertenecían a la colección “Biblioteca de Ciências Sociais”, que luego sumaría textos clásicos de autores extranjeros que se volverían referencia para los jóvenes estudiantes brasileños. Entre ellos, vale subrayar *A Ideologia Alemã* (1965) y *O Capital* (1967), de Karl Marx; *Ensaio de Sociologia* (1967), de Max Weber; *Diagnóstico de nosso tempo* (1961) e *Ideologia e Utopia* (1968), de Karl Mannheim, y tantos otros títulos de autores de la talla de Erich Fromm, Marcuse, Lipset, Schumpeter, Althusser, C. Wright Mills, además de obras de los organizadores de la revista socialista estadounidense *Monthly Review*, Leo Huberman, Paul Baran y Paul Sweezy.

Otra apuesta de la editorial fue publicar recopilaciones de artículos de autores renombrados, organizadas por jóvenes intelectuales brasileños, dentro de la colección que sería bautizada como “Textos Básicos de Ciências Sociais”. Coordinada por Otávio Guilherme Velho, Moacir Palmeira y Antonio Bertelli, entonces estudiantes de sociología, la colección fue inaugurada en 1966 con la publicación de *Estrutura de Classe e Estratificação Social*, obra organizada por los coordinadores de la colección y que alcanzó nueve reediciones, con textos de Lukács, Weber, Sorokin, Gurvitch, Kingsley Davis, Moore y Stavenhagen.

La publicación de autores nacionales, que en los diez primeros años de la editorial tuvieron una presencia bastante escasa, ganó aliento a partir de la segunda mitad de los años 1960. En 1967 fue publicado el libro *Teoria do desenvolvimento*, de Luís Aguiar da Costa Pinto y Waldemiro Bazzanela. Poco después (1969) se edita *Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, de Florestan Fernandes, que sería acompañado, en 1970, por *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, libro seminal de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto. Muchos otros auto-

res nacionales pasaron a formar parte del catálogo de la editorial, algunos de ellos agrupados en la colección “Antropologia Social”, inaugurada en 1974 y coordinada por Gilberto Velho, que ya había organizado los cuatro volúmenes de *Sociologia da Arte* y publicado su *Utopia Urbana* (1973).

Entre los autores con mayor número de obras publicadas por Zahar Editores, Erich Fromm es, sin lugar a dudas, el más destacado, con un total de 17 títulos. Entre ellos, *O Medo à Liberdade* (1960) y *Análise do Homem* (1960) alcanzaron 14 y 12 reediciones, respectivamente. También C. Wright Mill tiene una presencia relevante, con un total de cinco obras publicadas por la editorial. Leo Huberman también merece relieve, por las 20 reediciones de *História da Riqueza do Homem*, que es el principal éxito de ventas de la historia de Zahar, con más de 300 mil ejemplares vendidos. Entre los brasileños, el autor con mayor número de títulos publicados es Florestan Fernandes, con cinco obras, acompañado por los hermanos Otávio y Gilberto Velho, con tres obras individuales cada uno.¹²

Zahar Editores estableció, de este modo, un catálogo bastante elocuente en el área de ciencias sociales y humanas, fundamental para la formación de alumnos, la divulgación de investigaciones y la difusión de reflexiones que establecieron un amplio diálogo con los debates públicos que tuvieron lugar en la sociedad brasileña de aquel entonces.

Consideraciones finales

Este análisis introductorio de la trayectoria de Zahar Editores contiene elementos para establecer una comprensión provisoria del proceso de emergencia de las ciencias sociales

¹² Datos extraídos del último catálogo publicado por Zahar Editores, de 1984.

como género editorial en el Brasil. El desarrollo del mercado editorial brasileño a partir de los años 1930, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales en las universidades y el alejamiento de las cuestiones de identidad nacional y del ensayo como género textual, son factores que, reunidos, estimularon el creciente interés del público por las discusiones oriundas de estas disciplinas, estableciendo una diferenciación respecto a las colecciones brasileñas anteriormente en boga. Dicho proceso ganó acogida editorial en iniciativas como la de Zahar Editores, que no solo permitió la lectura de textos hasta entonces no accesibles para los estudiantes brasileños, sino que también creó colecciones y recopilaciones que formaron a generaciones de científicos sociales en el país, contribuyendo de manera decisiva a la configuración de este campo de conocimiento. □

Bibliografía

- Azevedo, Fabiano C., "A Zahar Editores e seu Projeto Editorial (1957-1970)", *Livro – Revista do Núcleo de Estudos do Livro e da Edição*, 2016, vol. 6.
- Bom Jarim, Fernando Perlatto, *Sociologia Pública: imaginação sociológica brasileira e problemas públicos*, tesis de doctorado, Río de Janeiro, IESP/UERJ, 2013.
- Domingues, José Maurício, "A América. Intelectuais, interpretações e identidades", en *Do Ocidente à Modernidade: intelectuais e mudança social*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.
- Hallewell, Laurence, *O livro no Brasil*, San Pablo, EDUSP, 2005.
- Jackson, Luis Carlos y Alejandro Blanco, *Sociologia no Espelho: ensaístas, cientistas sociais e críticos literários no Brasil e na Argentina (1930-1970)*, San Pablo, Editora 24, 2014.
- Pires, Paulo Roberto, *A Marca do Z: A vida e os tempos do editor Jorge Zahar*, Río de Janeiro, Zahar, 2017.
- Pontes, Heloisa, "Retratos do Brasil: editores, editoras e 'Coleções Brasileira' nas décadas de 30, 40 e 50", en Sergio Miceli (org.), *História das ciências sociais no Brasil*, San Pablo, Vértice/IDESP, 1989, vol. 1.
- Schwarz, Roberto, "Cultura e política, 1964-1969", en *O Pai de Família e Outros Estudos*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978.
- Sorá, Gustavo, "Editores y editoriales de Ciencias Sociales: un capital específico", en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos: La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Trindade, Helgio, *Ciências Sociais no Brasil em perspectiva: fundação, consolidação e expansão*, 2ª ed., Porto Alegre, UFRGS, 2007.
- Villas Bôas, Gláucia, *A Vocação das Ciências Sociais no Brasil: um estudo da sua produção em livros no acervo da Biblioteca Nacional 1945-1966*, Río de Janeiro, Fundação Biblioteca Nacional, 2007.
- Zahar, Jorge, Pires, Jerusa, *Jorge Zahar - Editando o editor*, San Pablo, Com-Arte/EDUSP, 2001, vol. 5.

*Las colecciones y los científicos sociales en el Brasil**

Miguel S. Palmeira

USP, Brasil

En el conjunto de factores que presidieron el proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales en el Brasil –que incluye la expansión de la enseñanza de nivel superior, la acción deliberada del Estado en el fomento a la investigación y el aporte financiero de fundaciones extranjeras con vistas a la profesionalización de la producción de conocimiento sobre la “sociedad”–, llama la atención el rol que tuvieron las revistas académicas. En la experiencia europea, durante el siglo XIX y una parte considerable del siglo XX, tanto la institucionalización de diferentes Ciencias Humanas como la construcción de programas intelectuales en el campo científico se realizaron por medio de la creación de periódicos académicos. En el Brasil, en cambio, hasta los años 1970 las revistas de ciencias sociales tuvieron ora un cariz poco profesionalizado, ora una existencia relativamente corta.

Sin embargo, una producción en serie de conocimiento sobre el mundo social en el Brasil entre los años 1930 y 1970 se dio a través de *colecciones* de libros, es decir, de emprendimientos editoriales de publicación de secuencias de libros clasificados temática-

mente como pertinentes a las “ciencias sociales”. De la Companhia Editora Nacional, con su “Biblioteca Pedagógica Brasileira” (BPB, lanzada en 1931), hasta Ática, que abrigó “Grandes Cientistas Sociais” a partir de 1978, pasando por editoriales como Pioneira, Zahar, Perspectiva, entre muchas otras, gran parte de las publicaciones brasileñas de científicos sociales en el período considerado se inscribió en *colecciones*. Fue por medio de ellas que comenzó a difundirse sistemáticamente en el mundo intelectual brasileño, antes y después de su configuración como “campo”, la literatura nacional e internacional de las disciplinas científico-sociales. De hecho, las colecciones, porque implican la producción de un repertorio de lecturas “obligatorias” y distinguen a una capa social de portadores legítimos del conocimiento (los directores de colección), han representado una dimensión importante de la institucionalización de las Ciencias Sociales en el Brasil.¹

Cabe observar, aunque sea desde este acercamiento inicial, los sentidos que se han atribuido a estos emprendimientos. Mi interés

* Agradezco a Lidiane Rodrigues y a José Muniz Jr. por el estímulo a la publicación de este trabajo. A Lidiane, en particular, le agradezco la lectura atenta de la primera versión. Los errores son, como suele ocurrir, responsabilidad del autor.

¹ No hay espacio para desarrollar este tópico, pero cabe subrayar que había una enorme fluidez de clasificaciones editoriales de lo que fuera “ciencias sociales”, las cuales no correspondían a la tríada universitaria Sociología-Antropología-Ciencia Política.

está volcado en aquellas publicaciones que buscaron dar a conocer y reconocer toda una provisión de conocimiento acumulado en el exterior, particularmente en aquellos países socialmente considerados centrales y ejemplares para la producción brasileña en ciencias sociales. Me detengo en algunas colecciones particularmente significativas, porque fueron concebidas con el propósito manifiesto de *intervención* en el mundo editorial y académico, y manejadas por profesionales autorizados. Si bien la dirección de una colección es una forma de afianzar simbólicamente tanto el material publicado como a los recopiladores de ese material, este aval no se da siempre en los mismos términos: ellos varían mientras cambian tanto los libros como los agentes involucrados en su producción —es decir, en la medida en que se metamorfosea el universo intelectual—.

Tal vez el ejemplo más antiguo de *colección* destinada a conjugar la literatura nacional e internacional de “ciencias sociales” sea el de la ya mencionada “Biblioteca Pedagógica Brasileira” (BPB), cuya dirección fue delegada por la Companhia Editora Nacional a Fernando de Azevedo (1894-1974), en ese entonces ya renombrado por su actuación en los debates educativos entablados en el Brasil desde la década de 1920.² La colección abarcaba un amplio abanico de libros reunidos en cinco series específicas: Literatura Infantil, Libros Texto, Actualidades Pedagógicas, Iniciación Científica y Brasiliana. El trabajo de Azevedo se concentró en las últimas tres, precisamente las que reflejan el cariz innovador de la BPB. En ellas, Azevedo acercó al público

libros de “Sociología” acompañados de libros de Psicoanálisis, Psicología, Historia y Economía, todos publicados bajo su supervisión hasta 1946. Licenciado en Derecho (itinerario usual en el paisaje intelectual de su generación), Azevedo encarnaba no la figura de un experto en ciencias sociales, sino la de una suerte de mediador pedagógico entre una editorial que se pretendía agencia educativa de la nación y un público en formación.³

Entre los años 1940 y 1960 emergería un lenguaje más próximo al del experto. Sus rastos iniciales se encuentran en el primer curso de lo que hoy llamaríamos “ciencias sociales”, en la Escola Livre de Sociologia e Política (ELSP), fundada en 1933. En 1939, la institución recibiría en su claustro a Donald Pierson (1900-1995), estadounidense que recientemente había obtenido su doctorado por la Universidad de Chicago y figura clave en la formación de la primera generación de profesionales brasileños de las ciencias sociales. Uno de los aspectos más importantes de su actuación en el Brasil, según testimonio de Pierson a Mariza Corrêa, fue la organización de la “Biblioteca de Ciências Sociais”, colección publicada por Martins Editora.⁴ De los 12 volúmenes editados por Pierson, dos (considerados, en realidad, como un único libro) son reveladores del modo en que se iban estableciendo las ciencias sociales en el Brasil: dos recopilaciones de textos de autores diversos, seleccionados por Pierson y traducidos por alumnos de la ELSP, que trataban temas de “ecología humana” y “organización social”, y que habían circulado en versiones mimeografiadas, a la manera de *cuaderno*. La iniciativa se justificaba por la “falta, en portugués, de materiales de lectura y estudio en el campo de las

² El catálogo de 1939 de la editorial daba relieve al organizador de la colección y lo presentaba como *eminente educador*. Cf. Maria Rita de Almeida Toledo, “A Companhia Editora Nacional e a política de editar coleções: entre a formação do leitor e o mercado de livro”, en A. Bragança y M. Abreu (orgs.), *Impresso no Brasil: dois séculos de livros e livreiros*, San Pablo, UNESP, 2010.

³ *Ibid.*, p. 154.

⁴ Mariza Corrêa, *História da Antropologia no Brasil: 1930-1960*, San Pablo, Vértice; Campinas (SP), Ed. Unicamp, 1987, pp. 41, 52-54.

ciencias sociales”.⁵ Los dos tomos de sus *Leituras* anuncian un propósito de ruptura con la tradición ensayística de las ciencias sociales brasileñas: se trata de la primera edición en portugués de artículos o capítulos de libros de autores de la Escuela de Chicago. Ya no se está, por lo tanto, en el ámbito de la “misión cívica” de la Companhia Editora Nacional:⁶ en lugar de una pedagogía de la nación, hay ahora una pedagogía de la investigación, conducida y potencialmente consumida por los futuros profesionales de la Antropología y la Sociología. Aquí, la colección no es solo efecto, sino también un vector de profesionalización: ella busca establecer, bajo la autoridad de Pierson y con la contribución de estudiantes universitarios, un modelo de proeza intelectual asociado al dominio de temas específicos, empíricamente tratados (de ahí la edición de textos relacionados con el “estudio de la comunidad”, la ciudad, la criminalidad, etcétera).

Este lenguaje orientado a la profesionalización se prolongaría hacia otras iniciativas de colección en los años 1950 y 1960. Hay una apuesta de las editoriales brasileñas a la creciente clientela que frecuentaba o había egresado de la Universidad. Luego, la Companhia Editora Nacional lanza en los años 1950, bajo la dirección de Florestan Fernandes (1920-1995), una nueva colección titulada “Biblioteca Universitária” (BU), con una serie específicamente dedicada a las “ciencias sociales”. Su propósito era “atender las exigencias de aquellos que se inician en los estu-

dios de sociología, economía política, antropología, psicología, etc.”.⁷ Titular exigente de la cátedra de Sociología I de la Universidad de San Pablo desde 1954, en el inicio de los años 1960 Florestan confió a dos de sus asistentes (Fernando Henrique Cardoso y Octavio Ianni) una tarea semejante a aquella que asumió Pierson en la década de 1940: la organización de una recopilación de traducciones de textos introductorios a las ciencias sociales.⁸ Había, sin embargo, una diferencia de concepción fundamental: los organizadores de la obra (Cardoso y Ianni) había sido puestos bajo la tutela de un senior (Florestan) vinculado a la comunidad nacional de científicos sociales.⁹ No se trataba de algo aislado.

Con ánimo de comparar, tomemos la “Biblioteca Pioneira de Ciências Sociais”, de la Livraria Pioneira Editora, también ella iniciada a fines de los años 1950 y comienzos de 1960, responsable de la edición de autores como Mannheim, Veblen y Myrdal.¹⁰ Estaba

⁵ “[F]alta, em português, de materiais de leitura e estudo no campo das ciências sociais”. Introducción al vol. I de *Leituras de Sociologia e Antropologia Social*, San Pablo, Martins Editora, 1948 (las cursivas son mías). El volumen II se editaría en 1949. La colección como un todo fue publicada entre 1943 y 1949. Salvo por los “cuadernos”, ella estuvo compuesta por traducciones de libros de autores estadounidenses, para lo cual contó con recursos de la Fundación Rockefeller.

⁶ Toledo, “A Companhia”.

⁷ “[A]tender às exigências daqueles que se inician nos estudos de sociologia, economia política, antropologia, psicologia, etc.” Solapa de *Homem e Sociedade. Leituras básicas de sociologia geral*, F. H. Cardoso y O. Ianni (orgs.), 1961.

⁸ Florestan había sido, él mismo, alumno de maestría de la ELSP (bajo la dirección de Herbert Baldus), de modo que no se puede entender su iniciativa como si estuviera desvinculada de la de Pierson años antes.

⁹ Heloisa Pontes, “Brasil com Z: a produção estrangeira sobre o país, editada aqui, sob a forma de livro, entre 1930 e 1988”, en S. Miceli (org.), *História das Ciências Sociais no Brasil*, San Pablo, Ed. Sumaré, 1995, vol. 2, p. 461. Pontes fue quien observó en estos términos el carácter anacrónico que vendrían a asumir los tutores extranjeros a medida que las ciencias sociales se institucionalizaban en el Brasil.

¹⁰ Tal como se lee en la solapa de *Sociologia Sistemática*, de Karl Mannheim, la “Biblioteca Pioneira” traía una “selección mejorada de obras nacionales y extranjeras que representaban una contribución positiva para la enseñanza, la investigación y la labor propiamente científica, *al alcance de* profesores, alumnos, expertos y estudiosos de la materia” [“seleção aprimorada de obras nacionais e estrangeiras que representam uma contribuição positiva para o ensino, a pesquisa e o labor propriamente científico, *ao alcance de* professores, alunos, especialistas e estudiosos da matéria” (las cursivas son mías)].

precedida por un “Consejo Director” integrado por Ruy Coelho, Octavio Ianni y Luiz Pereira, tres jóvenes profesores de la USP (el mayor, Ianni, había nacido en 1926; el más joven, Luiz Pereira, en 1933); sugería un “Consejo Orientador” compuesto por cuarenta y un “profesores eméritos de todo el país”, al cual se someterían los expertos responsables de los “sectores” de la *colección* (uno de los cuales era la Sociología). El trabajo de edición de textos extranjeros considerados básicos y accesibles (es decir, “al alcance” de todos los “estudiosos de la materia”) terminaba estableciendo los nombres de aquellos que ambicionaban la producción de un conocimiento legítimo sobre el mundo social y por disponerlos a unos en relación con los otros también en función de la capacidad de cada uno de seleccionar y establecer las obras extranjeras de excelencia en el campo de las ciencias sociales brasileñas.

La apuesta más osada de edición brasileña de científicos sociales extranjeros fue, posiblemente, la de Zahar Editores.¹¹ Sensible al hecho de que el perfil generalista del intelectual brasileño estaba en acelerado proceso de transición hacia el perfil de especialista, Jorge Zahar fundó una editorial dedicada, fundamentalmente, a verter al portugués títulos recientes o, en algunos casos, clásicos de las ciencias humanas. Su primer libro, editado en 1957, fue un *Manual de Sociologia* (de Jay Rumney y Joseph Maier), publicado en el ámbito de una “Biblioteca de Ciências Sociais” (dentro de la cual se incluirían también títulos de Malinowski, Wright Mills, J. Schumpeter, etc.). Una vez establecida la colección fundadora (acompañada de otras colecciones de libros de

autores extranjeros),¹² a partir de 1964 el editor Jorge Zahar reclutaría, jóvenes recién egresados de la Universidad, sin posición académica estable, para dirigir la colección “Textos Básicos de Ciências Sociais”: Antonio Bertelli (1938-), Moacir Palmeira (1942-) y Otávio Velho (1941-).¹³ Si bien los textos eran recopilaciones de autores diversos, como en el caso de las iniciativas ya mencionadas, eran seleccionados en función de temas específicos (estratificación social, sociología del arte, fenómeno urbano, sociología del conocimiento, etc.), y no como introducciones generales al oficio. Los directores, que trataban directamente con Jorge Zahar, no estaban sometidos a la tutela de ningún decano de la Universidad (tal había sido el rol desempeñado por Azevedo, Pierson y Florestan en los ejemplos anteriormente mencionados). Así, la colección tuvo un carácter innovador no solo porque expresaba una diferenciación de las ramas de producción de conocimiento en ciencias sociales, sino también porque atribuyó un poder de decisión editorial muy particular a los jóvenes responsables. Provistos de esta autoridad, los directores de colección y los diversos organizadores de los volúmenes proponían la selección de textos y las composiciones entre ellos, y se permitían, por medio de estos materiales, evidenciar y explorar modelos y conceptos que les complacieran.¹⁴ Sin abandonar la vocación pedagógica de todas las otras colecciones, “Textos Básicos” se presentaba como parte de una innovación en el escenario de las ciencias sociales

¹¹ Véase, para lo que sigue, Fabiano Cataldo de Azevedo, “A Zahar Editores e seu projeto editorial (1957-1970)”, *Livro*, N° 6, 2016; y principalmente Paulo Roberto Pires, *A marca do Z: a vida e os tempos do editor Jorge Zahar*, Río de Janeiro, Zahar, 2017.

¹² Ya en sus primeros años de actividad, la editorial estableció colecciones como “Biblioteca de Cultura Histórica”, “Biblioteca de Cultura Científica”, “Manuais de Economia Cambridge” y “Psyche”.

¹³ El primero de ellos siguió en la profesión de editor, mientras que en las décadas siguientes los otros dos se sumaron al plantel docente del Programa de Posgrado de Antropología Social del Museo Nacional.

¹⁴ Sérgio Miceli, “Jorge Zahar, editor pioneiro”, en J. Pires (org.), *Jorge Zahar* (col. Editando o editor, vol. 5), San Pablo, Edusp/Com-Arte, 2001.

brasileñas: “Esta colección tiene justamente el propósito de contribuir a que este estado de cosas tenga fin, integrándose en el esfuerzo renovador de la *nueva* Universidad brasileña, esfuerzo en que están involucradas las generaciones más jóvenes de profesores y alumnos”.¹⁵ El intento por dotar a la colección de una fresca generacional es otro hecho importante. Los directores de colección (con la excepción de Bertelli) y una parte de los organizadores de los libros (por ejemplo, además de los directores, Wanderley Guilherme dos Santos, Gilberto Velho, Amaury de Souza, entre otros) integrarían la generación post-1968 de las ciencias sociales brasileñas, que después de temporadas en el exterior vendría a formar los planteles de docentes-investigadores de los programas de posgrados fundados en los años 1970 y que buscarían definirse profesionalmente menos como repetidores que como creadores intelectuales de pleno derecho. Zahar proveería, por lo tanto, una plataforma de actualización del discurso de ruptura con el “amateurismo” (una suerte de justificación de la actividad intelectual que, con carices distintos, ya se había manifestado con Pierson y Florestan Fernandes).¹⁶

El epílogo del tipo de colección que hemos analizado hasta aquí aparece con la “Grandes Cientistas Sociais”, de Ática.¹⁷ Entre 1978 y

1990, esta editorial publicó, bajo la coordinación de Florestan Fernandes, 60 títulos, la mayoría de autores extranjeros. Los volúmenes eran recopilaciones de textos de cada uno de los “grandes científicos” elegidos, actantes en siete “disciplinas fundamentales” (Sociología, Política, Economía, Historia, Antropología, Psicología y Geografía). Un editor especialmente designado para el volumen seleccionaba los pasajes del texto, los editaba (borrando extractos para hacerlos más acotados) y preparaba una “introducción crítica y biobibliográfica”. La colección recuperaba la vocación pedagógica común a todas las anteriores, con la misma consecuencia de producir un recorte de los sentidos de los textos editados, pero lo hacía en un escenario institucional profundamente modificado, lo que le daba otro significado. Ahora los científicos sociales dedicados a la investigación no solo actuaban en los programas de posgrado establecidos desde 1970, como era el caso, en el año anterior al lanzamiento de la colección, de la creación de una asociación profesional propia, la ANPOCS (de cuya concepción Florestan Fernandes, separado de la Universidad por la dictadura militar hacía una década, no había participado). De hecho, como advirtió Lidiane Rodrigues, con el campo de las ciencias sociales dominado por el polo de la investigación una colección de cariz didáctico como “Grandes Cientistas Sociais” ya no representaba, para sus productores, una etapa tan importante de acumulación de capital científico y del llegar a ser “científico social”.¹⁸ Si, por un lado, la colección de Zahar apuntaba a la superación de la “vieja” Universidad y el anuncio de la “nueva”, la colección de Ática, por otro lado, parecía afir-

¹⁵ “Esta coleção tem justamente o propósito de ajudar a que esse estado de coisas tenha fim, integrando-se no esforço renovador da *nova* Universidade brasileira, esforço em que estão especialmente empenhadas as gerações mais jovens de professores e alunos.” Extraído del volumen 12, *Dialética e ciências sociais*, organizado por Wanderley Guilherme dos Santos en 1967 (cursivas del original).

¹⁶ Respecto a la “generación post-68”, véase Fábio Keinert, “Cientistas sociais entre ciência e política (1968-1985)”, tesis de doctorado, Universidad de San Pablo, 2011.

¹⁷ Las observaciones al respecto se basan en los datos y las interpretaciones de Lidiane Rodrigues, “Centralidade de um cosmopolitismo periférico: a ‘Coleção Grandes Cientistas Sociais’ no espaço das ciências sociais brasileiras (1978-1990)”, en prensa. Véase también Daniel R. Aurélio, “Ciências Sociais e mercado editorial: a coleção ‘Grandes Cientistas Sociais’ no contexto

da expansão do ensino superior do Brasil após a Reforma de 1968”, *Ponto-e-vírgula*, 12, 2013.

¹⁸ Rodrigues, “Centralidade”; sobre la creación de la Anpocs, véase Keinert, “Cientistas sociais”.

mar nuevos vínculos con una tradición de ciencias sociales definidas en sentido amplio.

Este apunte de investigación evidentemente no permite conclusiones definitivas. Señala, sin embargo, que las colecciones, cuando desglasa los materiales que editan de sus condiciones originales de producciones, actúan tal como si fueran manifiestos renovadores o restauradores del universo social e intelectual en el cual reinscriben los textos.¹⁹ El punto de partida común a todas ellas es la constatación de una suerte de “ausencia” en el mundo intelectual brasileño, de una autoridad científica caracterizada, en principio, por ser *externa* a este mundo. La densificación de la vida intelectual, que la conduce a la constitución de un “campo” propiamente dicho, se hizo acompañar de la constitución de un sistema de ausencias por suplirse con el influjo de ideas de “afuera”. En tiempos de profesionalización, las colecciones han contribuido para reelaborar tanto los términos de una relación desigual (una importación bibliográfica definida por la jerarquía entre los universos nacionales de origen de las ideas y aquel –brasileño– de su recepción), como los términos bajo los cuales se reaccionó a la desigualdad de esta relación. □

¹⁹ Pierre Bourdieu, “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées”, en G. Sapiro (org.), *L'espace intellectuel en Europe*, París, La Découverte, Hors collection Sciences Humaines, 2009.

Bibliografía

Aurélio, Daniel, “Ciências Sociais e mercado editorial: a coleção ‘Grandes Cientistas Sociais’ no contexto da expansão do ensino superior do Brasil após a Reforma de 1968”, *Ponto-e-vírgula*, 12, 2013.

Bourdieu, Pierre, “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées”, en G. Sapiro (org.), *L'espace intellectuel en Europe*, París, La Découverte, Hors collection Sciences Humaines, 2009.

Cataldo, Fabiano, “A Zahar Editores e seu projeto editorial (1957-1970)”, *Livro*, N° 6, 2016.

Corrêa, Mariza, *História da Antropologia no Brasil: 1930-1960*, San Pablo, Vértice; Campinas (SP), Ed. Unicamp, 1987.

Keinert, Fábio, “Cientistas sociais entre ciência e política (1968-1985)”, tesis de doctorado, Universidad de San Pablo, 2011.

Miceli, Sergio, “Jorge Zahar, editor pioneiro”, en J. Pires (org.), *Jorge Zahar* (col. Editando o editor, vol. 5), San Pablo, Edusp/Com-Arte, 2001.

Pires, Paulo Roberto, *A marca do Z: a vida e os tempos do editor Jorge Zahar*, Río de Janeiro, Zahar, 2017.

Pontes, Heloisa, “Brasil com Z: a produção estrangeira sobre o país, editada aqui, sob a forma de livro, entre 1930 e 1988”, en S. Miceli (org.), *História das Ciências Sociais no Brasil*, vol. 2, San Pablo, Ed. Sumaré, 1995.

Rodrigues, Lidiane, “Centralidade de um cosmopolitismo periférico: a ‘Coleção Grandes Cientistas Sociais’ no espaço das ciências sociais brasileiras (1978-1990)”, *Sociedade e Estado*, UNB, vol. 33, N° 2, mayo-agosto de 2018 (en prensa).

Toledo, Maria Rita de Almeida, “A Companhia Editora Nacional e a política de editar coleções: entre a formação do leitor e o mercado de livro”, en A. Bragança e M. Abreu (orgs.), *Impresso no Brasil: dois séculos de livros e livreiros*, San Pablo, UNESP, 2010.

En los márgenes de Orfila. José Sazbón y el estructuralismo en Nueva Visión

Gustavo Sorá y Andrea Novello

IDACOR-CONICET-Universidad Nacional de Córdoba

“Ricardo Piglia [...] lo recordaba como ‘el maestro secreto de toda una generación’.”

Horacio Tarcus, “José Sazbón, el último de los humanistas ardientes”
Página/12, “Radar”,
7 de diciembre de 2008

“En los primeros años de Anagrama, mis enemigos eran el General Franco y Arnaldo Orfila”

Jordi Herralde, Barcelona,
8 de febrero de 2018,
comunicación personal

Punto de vista

En la Argentina, Alejandro Blanco fue el primer investigador que abordó las correlaciones entre actividad editorial e institucionalización de las ciencias sociales.¹ A partir de las premisas de Lewis Coser, uno de los primeros sociólogos, junto a Robert Escarpit, en echar luz sobre el tema, Blanco subrayó el lugar de la

edición en la implantación de una “cultura científica”.² También consideró las tesis de Pierre Bourdieu sobre la coacción de la edición en la diferenciación del campo intelectual,³ relación que en América Latina fue pioneramente explorada por Sergio Miceli.⁴ Sin desconocer tal genealogía, la consolidación de la sociología de la edición puede ser balizada con “Une révolution conservatrice dans l’édition”, monografía de Pierre Bourdieu publicada en 1998.⁵ En sinergia con la historia del libro, legitimada algunos años antes por autores como Roger Chartier, Robert Darnton y Jean-Yves Mollier, tal desarrollo disciplinar permitió pensar la edición según sus fuerzas específicas en la regulación de los juegos culturales, como algo más que una

¹ Alejandro Blanco, “Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina”, Buenos Aires, tesis de maestría en Sociología de la Cultura, Universidad Nacional de San Martín, 2002; A. Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires Siglo XXI, 2006.

² Lewis Coser, *Men of ideas. A sociologist's point of view*, Nueva York, The Free Press, 1965, y Robert Escarpit, *La révolution du livre*, París, Unesco, 1965.

³ Pierre Bourdieu, “Champ intellectuel et projet créateur”, *Les Temps Modernes*, N° 246 (“Problèmes du structuralisme”), 1966, pp. 865-906.

⁴ Sergio Miceli, *Intelectuales e clase dirigente no Brasil*, San Pablo, Difel, 1979.

⁵ Pierre Bourdieu, “Une révolution conservatrice dans l’édition”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* N° 126-127, 1998, pp. 3-27. Dado el perfil colectivo de la obra de Bourdieu, para comprender esa apuesta es importante observar el conjunto de trabajos que acompañaron aquel texto en los dos números (126-127 y 130) que *Actes* le dedicó a la edición.

práctica auxiliar al arte de pensar y de escribir.⁶ Como ámbito de especialización relativamente reciente, en la dialéctica entre avances empíricos y teóricos es incesante el hallazgo de temas y la imaginación de interrogantes, de significativos capítulos de historia cultural aún vacantes en el espectro de conocimientos disponibles. Es el caso de la editorial Nueva Visión (NV) y su lugar en la recepción del estructuralismo, paradigma de incontestable poder simbólico desde los años 1960.⁷ En ese cruce emerge la figura de José Sazbón (Buenos Aires, 1937-2008). Su obra de mediación y la impronta de NV en las apropiaciones del estructuralismo en lengua castellana solo pueden ser interpretadas a la luz de las relaciones de fuerza que entrelazan la tra-

ducción de ciencias sociales en la Argentina con los polos mexicano y español.

Nueva Visión y la labor editorial de José Sazbón

Hacia mediados de la década del sesenta la constelación de ideas estructuralistas comenzó a ocupar un importante lugar en el campo intelectual, en la enseñanza de ciencias sociales y en la edición. Su circulación estuvo asociada a ciertas figuras que mediaron y posibilitaron su transmisión. Al comienzo en esferas restringidas de los campos académico e intelectual: en grupos de estudio y a través de la lectura de originales en lenguas extranjeras; en traducciones caseras, fichas de cátedra y artículos editados en revistas. Luego a través de la traducción y la edición de las obras faro del estructuralismo, movimiento intelectual dominado por autores franceses como Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, Jacques Lacan, Roland Barthes o Louis Althusser.⁸ Entre estas iniciativas, además de considerar sellos axiales como Eudeba o Paidós, más vinculados al mundo académico, o bien emprendimientos editoriales asociados con la “nueva izquierda intelectual”, como Signos, Jorge Álvarez, Tiempo Contemporáneo o Galerna, el caso de la editorial Nueva Visión, y en ella la labor de José Sazbón, resulta clave para comprender las dinámicas articulaciones entre el campo editorial y el campo intelectual del período.

La fundación de este sello derivó de la revista homónima *-NV nueva visión-*, incisiva en la expresión intelectual de las vanguardias

⁶ Sobre la consolidación de los estudios sobre el libro y la edición en la Argentina, véase Gustavo Sorá y Paula Molina Ordóñez, “Book and publishing studies in Argentina: specialization and internationalization”, *Lingua Franca. The History of the Book in Translation*, N° 4, 2018 (en prensa). Entre diversos trabajos que dedicamos a la edición de ciencias sociales en Iberoamérica, véanse G. Sorá, “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 265-292, y G. Sorá, “Des éclats du Siècle. Unité et désintégration dans l’édition hispano-américaine en sciences sociales”, en Gisèle Sapiro (dir.), *Les Contradictions de la globalisation éditoriale*, París, Nouveau Monde, 2009, pp. 93-116.

⁷ Solo muy recientemente la recepción del estructuralismo fue estudiada en profundidad. Véase, por ejemplo, Andrea Novello, “Lévi-Strauss en Argentina: un estudio sobre sus primeros itinerarios de recepción”, tesis de licenciatura en Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, 2017, donde la edición es una esfera particularmente trabajada. Desde la historia intelectual hay trabajos dedicados a la recepción de Louis Althusser (Marcelo Starcenbaun, “El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de Pasado y Presente”, *Izquierdas*, N° 11, 2011) y de Michel Foucault (Mariana Canavese, *Los usos de Foucault en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014). Sin embargo estas aproximaciones no han tomado a la edición con el peso específico que exigiría una comprensión acabada de las razones por las cuales en nuestra historia cultural circulan y se apropian las obras de los autores faro de este movimiento intelectual.

⁸ En este trabajo no aludimos al estructuralismo a partir de algún *a priori* epistemológico. Nos interesa observar cómo la edición se apropió del estructuralismo como forma de clasificación expresiva en colecciones heterogéneas desde un punto de vista intelectual aunque coherentes en diferentes estados de los mercados de bienes simbólicos en Iberoamérica.

artísticas de la Buenos Aires de los años cincuenta. Creada en 1951 y publicada hasta 1957, la revista *NV* modeló debates sobre arquitectura, pintura, escultura, diseño industrial y gráfico.⁹ Del círculo de sociabilidad articulado por la revista, en 1955 se desprendió el plan de la editorial Nueva Visión, propuesto por Jorge Grisetti. En un primer período el catálogo se perfiló con obras asociadas a la renovación de la arquitectura y las artes.¹⁰ Sin embargo, series como “Ideas de nuestro tiempo” o “Interciencia” fueron más heterogéneas y entre 1957 y 1960 publicaron traducciones de autores de ciencias sociales y humanidades, como *Sociedad y conocimiento*, de Vere Gordon Childe, *Antropología social*, de Edward Evans-Prichard, *Elogio de la filosofía. El lenguaje indirecto y las voces del silencio*, de Maurice Merleau-Ponty o *El Concepto de clases sociales. De Marx a nuestros días*, de Georges Gurvitch. El predominio del arte en el catálogo aún era nítido a mediados de los años sesenta. Entre otros emprendimientos conspicuos, Nueva Visión publicó la obra completa de Bertolt Brecht en 15 tomos. Pero hacia fines de esa década, las ciencias sociales y las humanidades ganaron espacio en colecciones como “Cuadernos de Investigación” o “Fichas”, que incluyeron títulos como *La imagen histórica de la sociedad de clases*, de Alain Touraine, *Ideología y aparatos ideológicos de estado*, de Louis Althusser, *Internacionalización de las relaciones capitalistas y el estado-nación*, de Nicos Poulantzas, *Reflexiones sobre niños, juguetes, libros infantiles, jóvenes y educación*, de Walter Benjamin; o bien títulos de sociólogos e historiadores locales como *Estructuras sindicales*,

volumen colectivo organizado por Torcuato Di Tella, *Los intelectuales políticos*, volumen compilado por Juan Francisco Marsal, *La protesta obrera. Participación de bases y sindicato*, de Elizabeth Jelin, entre otros.

Es en este contexto que, hacia 1968, tuvo lugar la incorporación de José Sazbón a la editorial, en donde desplegó la colección El Pensamiento Estructuralista. Proyecto señero en la dinamización de los debates sobre este paradigma en lengua castellana, entre 1969 y 1970 editó doce títulos (véase Tabla 1).

Con esta serie Sazbón buscaba ordenar y calibrar la profusa bibliografía internacional que por entonces ya había estimulado el estructuralismo desde diversas vertientes disciplinares. El propósito, común entre casi todos los editores “culturales”, era alcanzar a un amplio lectorado, no necesariamente formado o familiarizado con los diversos programas que estimulaba la moda estructuralista.¹¹ En la colección, el único libro traducido fue *The Structural Study of Myth and Totemism*, volumen colectivo organizado por Edmund Leach y publicado por la editorial Tavistock (Londres, 1967). El resto de los volúmenes eran composiciones temáticas del propio Sazbón, sobre la base de la traducción de artículos de revistas.¹² En algunos casos el director de la colección redactó capítulos y prefacios así

⁹ Federico Deambrosis, *Nuevas Visiones*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2011.

¹⁰ Entre las primeras colecciones de libros, dirigidas por colaboradores de la revista homónima, encontramos series como “Música contemporánea”, “Arte y Estética” o “Arquitectura contemporánea”.

¹¹ En el Fondo José Sazbón que organizó el cedinci, hallamos un documento en el que el director de la colección explicitó algunas ideas de su proyecto: “el creciente interés que un amplio público siente hacia el pensamiento estructuralista y a su vasta aplicación en el campo de las ciencias humanas no ha encontrado, en los países de habla hispana, las iniciativas editoriales adecuadas a esa expectativa”. La colección pretendía llenar ese vacío, “agrupando distintos trabajos en base a su afinidad dentro de cada una de las sub-áreas en que se divide la producción de inspiración estructuralista”.

¹² Entre ellas se destacan *Esprit*, *Annales*, *La Pensée*, *L'Homme*, *L'Année Sociologique*, *Communications*, *La Nouvelle Critique*, *Revue Internationale de Philosophie*, *Studi di Sociologia*, *Aut-Aut*, *Word*, *American Anthropologist*, *Yale French Studies*, *New Left Review*, *Anthropologica* y *Dialogue*.

Tabla 1. Títulos de la colección “El Pensamiento Estructuralista”, Editorial Nueva Visión

Tomó	Título	Autores	Año de Edición	Aparición de los textos originales en	Año de Edición Original	Ciudad de Edición Original
1	<i>Introducción al Estructuralismo</i>	Georges Lantéri-Laura; Claude Lévi-Strauss; Renaud Santerre; José Szabón; Tzvetan Todorov; Jean Pouillon	1969	<i>Anthropologica; Annales; Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée; L'Homme</i>	1960; 1965; 1966; 1967	París; Ottawa
2	<i>Estructuralismo y Estética</i>	Gillo Dorfles; Sheldon Nodelman; Pierre Francastel; Gisèle Brelet; Christian Metz; Jean Mitry; Jacques-André Bizet; Cesare Brandi	1969	<i>Revue Internationale de Philosophie; Yale French Studies; La Linguistique; Revue d'Esthétique; La Pensée</i>	1965; 1966; 1967; 1968	París; Bruselas; New Haven
3	<i>Estructuralismo y antropología</i>	Eugene Fleischmann; Edmund Leach; Jean-Francois Lyotard; Harold Scheffler; Carlos Tullio-Altan	1969	<i>Yale French Studies; Studi di Sociologia; Annales; New Left Review; Archives Européennes de Sociologie</i>	1965; 1966	New Haven; Milán; París; Londres
4	<i>Estructuralismo y lingüística</i>	André Georges Haudricourt; Georges Granai; A.J. Greimas; André Martinet; Noel Mouloud; Francois Rastier; Paul Ricouer; Nicolas Ruwet	1969	<i>Revue Philosophique de la France et de l'Étranger; L'Année Sociologique; Esprit; Cahiers Internationaux de Sociologie; Revue Internationale des Sciences Sociales; L'Homme</i>	1955; 1959; 1963; 1966; 1967	París
5	<i>Estructuralismo y filosofía</i>	Andrea Bonomi; André Glucksmann; Henri Lefebvre; Noel Mouloud; Enzo Paci; Michel Serres	1969	<i>Revue Philosophique de la France et de l'Étranger; Revue Internationale de Philosophie; Aut-Aut; Information sur les Sciences Sociales - Social Sciences Information; L'Homme et la Société</i>	1965; 1966; 1967	París; Bruselas; Milán
6	<i>Estructuralismo e historia</i>	Gilles Granger; Paul de Gaudemar; Evon Z. Vogt; Marc Gaboriau; Henri Lefebvre; José Szabón	1969	<i>Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée; Esprit; American Anthropologist; Cahiers Internationaux de Sociologie</i>	1959; 1960; 1963	París; Filadelfia
7	<i>Estructuralismo y sociología</i>	Filippo Barbano; Roland Barthes; Pierre Bourdieu; Olivier Burgelin; Joffre Dumazedier; Dell Hymes	1969	<i>Information sur les Sciences Sociales - Social Sciences Information; Social Research; Revue Française de Sociologie; Archives Européennes de Sociologie; Communications, Studi di Sociologia</i>	1962; 1964; 1965; 1966; 1967	París; Nueva York; Milán
8	<i>Estructuralismo y psicoanálisis</i>	André Green; Claude Lagadec; Louis Althusser; Claudia Melli; Maurice Corvez; André Green; Luce Baudoux	1970	<i>Critique; Dialogue; La Nouvelle Critique; Lingua e Stile; Revue Philosophique de Louvain</i>	1963; 1965; 1967; 1968	París; Montreal; Bolonia; Lovaina
9	<i>Estructuralismo y literatura</i>	Roland Barthes; Mikel Dufrenne; Gérard Genette; Wojciech Gorny; Karel Horalek; Roman Jakobson; Claude Lévi-Strauss; J.M. Lotman; Abraham Moles; Tzvetan Todorov; Boris A. Uspenski	1970	<i>L'Homme; Information sur les Sciences Sociales - Social Sciences Information; Linguistics; Poetics; Word; Revue d'Esthétique</i>	1961; 1962; 1964; 1967; 1968	París; La Haya; Nueva York
10	<i>Estructuralismo y epistemología</i>	Claude Lévi-Strauss; Noël Mouloud; Gilles G. Granger; Guiseppe Mantovani; Michel Serres	1970	<i>Bulletin International des Sciences Sociales; Revue Internationale de Philosophie; Revue de Métaphysique et de Morale; Rivista de Filosofia Neoscolastica; Bulletin de la Société Française de Philosophie</i>	1955; 1965; 1966; 1967	París; Bruselas; Milán
11	<i>Estructuralismo, mito y totemismo</i>	Edmund Leach (compilador)	1970	Traducción de <i>The Structural Study of Myth and Totemism</i> . Tavistock Publications	1967	Londres
12	<i>Estructuralismo y psicología</i>	José A. Castorina; Claude Flament; Roger-Philippe Girod; Pierre Gréco; Albert Morf; Roger Mucchielli; Jean Piaget	1970	<i>Études d'Épistémologie Génétique; Psychologie Française; Cahiers Internationaux de Sociologie; L'Année Psychologique</i>	1950; 1957; 1958; 1965	París

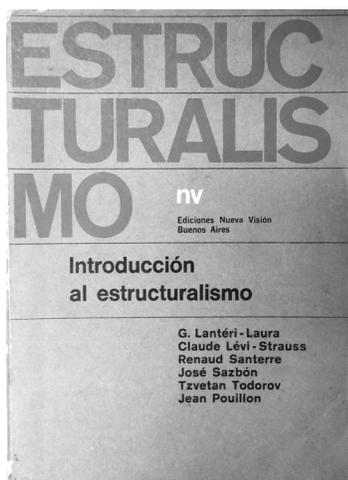


Ilustración 1. Portada del tomo I, Introducción al Estructuralismo

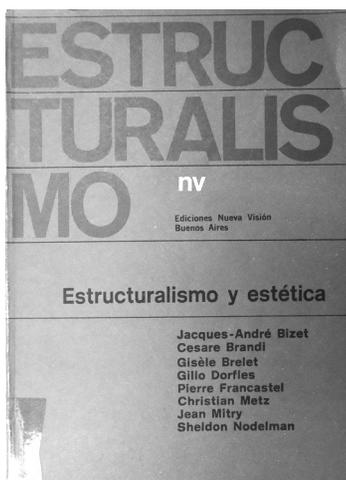


Ilustración 2. Portada del tomo II, Estructuralismo y Estética

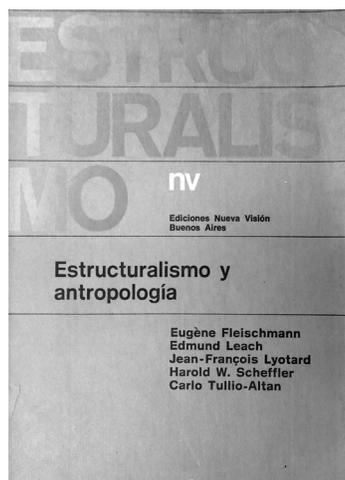


Ilustración 3. Portada del tomo III, Estructuralismo y Antropología

como auspició de traductor en una buena proporción del material.

Graduado como profesor de Filosofía en la Universidad Nacional de La Plata en 1965, la incipiente carrera académica de José Szabón lo encontraría los años subsiguientes con becas para investigación otorgadas por la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, al tiempo que se desempeñaba como profesor auxiliar de la cátedra Sociología General, perteneciente al Departamento de Filosofía de la universidad platense. Las inquietudes que el programa estructuralista despertaba en su proyecto intelectual pueden ser rastreadas en artículos de su autoría publicados por revistas académicas¹³ e intelectuales.¹⁴ Pero es hacia 1968 que Szabón se inicia en la labor editorial, co-

laborando como compilador y traductor; primero de pequeños sellos, como Quintaria o Nova, antes de incorporarse al proyecto de Nueva Visión, del cual participaría activamente como traductor y director de colecciones hasta 1976.

Es recién en 1970 que Szabón obtiene una beca del CONICET para proseguir sus estudios de doctorado en la École Normale Supérieure y en la École Pratique des Hautes Études de París, bajo la dirección de Jacques Derrida y Manuel Castells. Su trabajo para la editorial continuó incluso durante su estadía en Francia, entre 1972 y 1974, desde donde enviaba proyectos de libros y traducciones. A su regreso a la Argentina, preparó *Mito e Historia en Antropología Estructural*, interpretación de la obra de Lévi-Strauss, publicada por Nueva Visión en la serie “Fichas”. En este marco, Szabón dirigió la colección “Teoría e investigación en las ciencias del hombre”, que se publicó entre 1971 y 1976. En ella estuvo a cargo de la preparación y compilación de títulos como *Presencia de Max Weber* (1971) y *Presencia de Rousseau* (1972). La colección también incluyó títulos como *El materialismo*

¹³ Por ejemplo, J. Szabón, “El estructuralismo, hoy”, *Revista de la Universidad*, N° 20-21, UNLP, 1966-1967; y J. Szabón, “El nuevo humanismo de la antropología estructural”, *Revista de la Universidad*, N° 22, UNLP, 1970.

¹⁴ Por ejemplo, J. Szabón, “El método de Sartre”, *Literatura y Sociedad*, N° 1, 1965, y J. Szabón, “Qué es el estructuralismo” y “Estructuralismo e Historia”, *Los Libros*, N° 2, 1969.

histórico y la filosofía de Benedetto Croce y Los intelectuales y la organización de la cultura, de Antonio Gramsci; *Sociología de la creación literaria*, volumen colectivo que incluyó textos de Lucien Goldmann, Umberto Eco, George Lukács, Jacques Leenhardt; *Lingüística y comunicación*, que incluyó trabajos de Algirdas J. Greimas, Nicolas Ruwet, Thomas Sebeok y otros; o *Sexo y represión en la sociedad primitiva*, de Bronislaw Malinowski; libros cuya traducción en muchos de los casos estuvo a cargo del mismo Szabón.

En los márgenes de Orfila o apuntes conclusivos para una perspectiva de campo

¿Cuáles son las causas que impulsan a un profesional de las ciencias sociales o a un intelectual a invertir energías en el medio editorial? ¿Cómo incide la edición en la innovación académica y cultural? ¿Qué problemas heurísticos plantea la competición entre los diferentes mercados de una misma lengua?

Los datos disponibles y la impuesta brevedad de este estudio no permiten un completo desarrollo de esta clase de problemas sociológicos. La “ficha” de este caso apunta un panorama rico y dinámico sobre la ecología cultural que hacia fines de los años sesenta e inicios de los setenta hacía de Buenos Aires un polo de vanguardismo intelectual y editorial a escala iberoamericana. Disponemos de estudios complementarios para avanzar con algunas interpretaciones, “por contraste estructural”. El estructuralismo, no hay dudas, tuvo un centro de dispersión: gravitó sobre la obra de Claude Lévi-Strauss. Eliseo Verón¹⁵ permitió

que en un primer momento Eudeba compitiera con el Fondo de Cultura Económica en la edición de los libros de este autor.¹⁶ Pero las obras faro, tanto de Lévi-Strauss como de la mayoría de los representantes del estructuralismo, continuaron siendo editadas en México por aquella editorial y, a partir de 1966, por Siglo XXI. Un análisis detallado de los catálogos de esta segunda editorial permitió constatar su primacía en la edición de obras de Foucault, Barthes, Althusser, Poulantzas, más tarde de Bourdieu, Todorov, etc. Ello se debía al enorme prestigio de que gozaba Arnaldo Orfila Reynal, el director gerente de ambas editoriales mexicanas, entre académicos, intelectuales y por sobre todo los dirigentes de las editoriales francesas por las que salían los títulos de aquellos autores. La audacia intelectual, la extensa red transnacional de colaboradores y de aliados de Orfila, así como su enorme competencia como administrador de empresas, hacía que las editoriales francesas siempre lo eligieran para proponerle las “primeras opciones de edición”. Por aquellos años, en la Argentina existían muchas más editoriales que en México y en términos relativos el mercado cultural era mucho más extenso y diversificado que en el país mesoamericano. Pero el poder sin parangón de Orfila obligaba a que en las otras plazas se refinaran experimentos para la búsqueda de novedades

pervisó la traducción de *Tristes Trópicos*, también publicada por Eudeba en 1970. En la editorial Tiempo Contemporáneo dirigió importantes colecciones como “Análisis y Perspectivas” y “Comunicaciones”. Esta última era la versión local de la revista *Communications*, que Verón editó mediante un convenio exclusivo que gestionó con Éditions du Seuil. Cf. Mariano Zarowsky, “Entre la renovación de las ciencias sociales y la intervención intelectual: Eliseo Verón editor en Tiempo Contemporáneo (1969-1974)”, *Palimpsesto*, vol. VIII, N° 11, enero-junio de 2017.

¹⁶ Antes de las ediciones de Eudeba, de Claude Lévi-Strauss el FCE había editado *El pensamiento Salvaje* (1964) y *El Totemismo en la actualidad* (1965). Luego editó los dos primeros volúmenes de *Mitológicas*, en 1968 y 1972.

¹⁵ La trayectoria y los proyectos desplegados por Eliseo Verón conformaron un capítulo significativo de la historia cultural que aquí abordamos. Verón motorizó, por ejemplo, la traducción de *Antropología Estructural*, obra clave para el reconocimiento internacional de Claude Lévi-Strauss, que Eudeba publicó en 1968; y su-

intersticiales o alternativas para participar en el debate y la promoción de los paradigmas en boga, a través de otra clase de ediciones.¹⁷ La colección sobre estructuralismo que produjo José Szabón a fines de los años sesenta es clara en este sentido. El único título traducido, como vimos, remite a una edición sobre estructuralismo antropológico preparada en Gran Bretaña por Edmund Leach. El resto de los volúmenes conforma un laboratorio de sistemático rastreo, selección y traducción de debates en los que aparece una enorme variedad de autores, disciplinas, temáticas y fuentes originarias de edición. Ello evidencia la vitalidad del medio intelectual argentino, en el cual los ecos del estructuralismo reverberaron “por acción directa”, a través de académicos-editores que convivieron en París con algunos de los autores consagrados de aquel paradigma. Pero al mismo tiempo es un síntoma elocuente de cómo la traducción de ciencias sociales en la Argentina observa una originalidad condicionada por su oposición a sellos mexicanos y españoles más poderosos, por los cuales generalmente se han editado y se editan las obras más conspicuas de los debates en ese campo disciplinar. Otra fue la suerte

del psicoanálisis, disciplina para la que la Argentina devino, de la mano de intelectuales-editores como Oscar Masotta,¹⁸ un polo mundial. En México, Siglo XXI solo publicó los *Écrits* de Lacan, su libro fundamental. Pero todos los pliegues en los que se podría rastrear la implantación de la cultura “psi” en castellano apuntan a un progresivo dominio de sellos argentinos en la promoción de la misma hasta el presente.¹⁹

No pasamos por alto el hecho de que en el período en que Szabón desplegó su colección por Nueva Visión, en la Argentina, como en otros países de Iberoamérica, se vivía un oscuro período dictatorial y de violencia política. De manera análoga a experiencias desplegadas por académicos cesanteados en un período democrático como el peronismo, como Gregorio Weinberg en Lautaro y Hachette, o José Luis Romero en Argos, es en tiempos en que la universidad les “cierra las puertas” a determinados grupos de agentes que se observa la reconversión de energías de proyectos creadores de la academia hacia el tablero de la edición.

A diferencia de aquellos dos casos de los años cincuenta, al iniciar su colección Szabón no era un académico consagrado. No estuvo

¹⁷ Ello también fue así en la gestación del catálogo de la filial argentina de Siglo XXI, cuya producción editorial se inició en 1971. En esta filial, por ejemplo, José Aricó desplegaba la Biblioteca del Pensamiento Socialista, y Héctor Schmucler, también director de *Los Libros* y formado en Francia con Roland Barthes, realizaba un frenético trabajo de lectura y procura de novedades para diferenciar el catálogo porteño (Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017). En la presentación de este libro en Barcelona (8/2/2018), Jordi Herralde, fundador de Anagrama (1969), agregó un testimonio que remata esta observación. En aquellos años, “mis principales enemigos fueron el General Franco y Orfila”. Ante la imposibilidad de arrebatar el privilegio de que gozaba el editor platense, durante años Anagrama proyectó colecciones análogas a las de Nueva Visión, como Cuadernos, compilaciones o apuestas en disciplinas marginales como la antropología social británica, principal caja de resonancia del estructuralismo levi-straussiano fuera de Francia.

¹⁸ No podemos dejar de apuntar el rol que desempeñó Oscar Masotta en la diferenciación del campo psicoanalítico argentino. En Nueva Visión, Masotta dirigió la colección “Lenguaje y comunicación”, que incluyó, por ejemplo, textos de Jaques Lacan como *Las formaciones del inconsciente* y *El deseo y su interpretación*. Junto a otro grupo de intelectuales, en 1971 Masotta creó la serie editorial “Cuadernos Sigmund Freud”, vinculada primero a las actividades del Grupo Lacaniano de Buenos Aires y luego a la Escuela Freudiana de Buenos Aires, medios que rápidamente se convirtieron en referencia obligada de la relectura lacaniana de Freud.

¹⁹ Gustavo Sorá y Alejandro Dujovne, “Translation of Western social and human sciences in Argentina. A comparative study of translations from French, English, German, Italian and Portuguese”, en Johan Heilbron, Gustavo Sorá y Thibaud Boncourt (eds.), *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*, Basingstoke, Palgrave-MacMillan, 2018.

Primacía editorial de Siglo XXI de México



Ilustración 4. Portada de la primera edición de *Mitológicas III*, por Siglo XXI de México, 1970

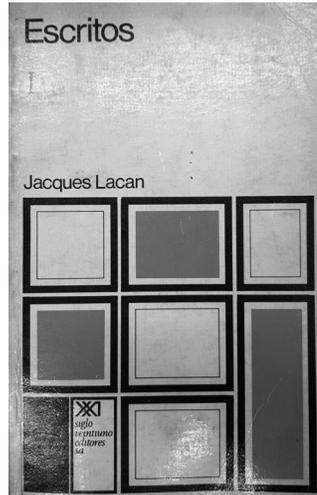


Ilustración 5. Portada de la primera edición de *Escritos*, por Siglo XXI de México, 1971

Competición marginal o intersticial desde Barcelona y Buenos Aires

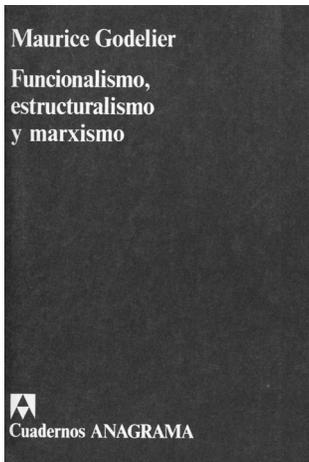


Ilustración 6. Portada de *Funcionalismo, estructuralismo y marxismo*, de Maurice Godelier, editado en la colección Cuadernos de Anagrama, Barcelona, 1972



Ilustración 7. Portada de *Mito e historia en la antropología estructural*, de José Sazbón, editado en la colección Fichas de Nueva Visión, 1975

ausente del sistema universitario, pero como reciente egresado y asistente de cátedra, su posición aún era marginal. El caso manifiesta de qué manera su paulatino reconocimiento estuvo asociado a la construcción de un innovador filón editorial, en paralelo al proyecto de problemas de investigación propios en los que fue combinando una moda de aquellos años: estructuralismo y marxismo. El hecho de que su migración formativa a París se hubiera dado *a posteriori* de la colección, también evidencia esa deriva en la trayectoria. Entre muchas inferencias que podríamos desdoblarse de estos hechos, creemos que es necesario que se analice en detalle los grados con que la edición forma un índice específico de consagración académica-intelectual, en distintos lugares y tiempos. No hay dudas de que para Sazbón, como antaño para Gregorio Weinberg y otros, la edición fue un conducto decisivo de sus proyectos intelectuales. Como enuncia el epígrafe de Piglia, el costo es que dicha actividad no suele ser apreciada y reconocida como la función autoral.

Para una completa reconstrucción de las condiciones (posibilidades y limitaciones) bajo las cuales ciertos académicos o escritores consiguen canalizar sus energías creadoras en el medio editorial, es fundamental reconstruir el sistema de relaciones internas en cada sello y las relaciones de campo que determinan las posiciones y los márgenes de maniobra de cada empresa productora de bienes simbólicos. Ello es imprescindible para la progresiva respuesta a interrogantes como los planteados al abrir estas conclusiones. Si lo hacemos aquí y no en la introducción es con la intención de estilizar un modelo explicativo que lleve a pensar las variaciones (nacionales, disciplinares) que observan las relaciones entre edición y ciencias sociales en diferentes tiempos y lugares. □

Bibliografía

Blanco, Alejandro, “Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina”, tesis de maestría en Sociología de la Cultura, Universidad Nacional de San Martín, 2002.

—, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Bourdieu, Pierre, “Champ intellectuel et projet créateur”, *Les Temps Modernes*, N° 246 (“Problèmes du structuralisme”), 1966.

—, “Une révolution conservatrice dans l’édition”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 126-127, 1998.

Canavese, Mariana, *Los usos de Foucault en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

Coser, Lewis, *Men of ideas. A sociologist’s point of view*, Nueva York, The Free Press, 1965.

Deambrosis, Federico, *Nuevas Visiones*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2011.

Escarpit, Robert, *La révolution du livre*, París, Unesco, 1965.

Miceli, Sergio, *Intelectuales e clase dirigente no Brasil*, San Pablo, Difel, 1979.

Novello, Andrea, “Lévi-Strauss en Argentina: un estudio sobre sus primeros itinerarios de recepción”, tesis de licenciatura en Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, 2017.

Sazbón, José, “El método de Sartre”, en *Literatura y Sociedad*, N° 1, 1965.

—, “El estructuralismo, hoy”, en *Revista de la Universidad* (Universidad Nacional de La Plata), N° 20-21, 1966-1967.

—, “Qué es el estructuralismo” y “Estructuralismo e Historia”, en *Los Libros*, N° 2, 1969.

—, “El nuevo humanismo de la antropología estructural”, en *Revista de la Universidad* (Universidad Nacional de La Plata), N° 22, 1970.

Sorá, Gustavo, “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

—, “Des éclats du Siècle. Unité et désintégration dans l’édition hispano-américaine en sciences sociales”, en Gisèle Sapiro (dir.), *Les Contradictions de la globalisation éditoriale*, París, Nouveau Monde, 2009.

—, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Sorá Gustavo y Alejandro Dujovne, “Translation of Western social and human sciences in Argentina. A comparative study of translations from French, English, German, Italian and Portuguese”, en Johan Heilbron, Gustavo Sorá y Thibaud Boncourt (eds.), *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*, Basingstoke, Palgrave-MacMillan, 2018.

Sorá, Gustavo y Paula Molina Ordóñez, “Book and publishing studies in Argentina: specialization and internationalization”, *Lingua Franca. The History of the Book in Translation*, N° 4, 2018 (en prensa).

Starckenbaun, Marcelo, “El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de Pasado y Presente”, en *Izquierdas*, N° 11, 2011.

Zarowsky, Mariano, “Entre la renovación de las ciencias sociales y la intervención intelectual: Eliseo Verón editor en Tiempo Contemporáneo (1969-1974)”, en *Palimpsesto*, vol. VIII, N° 11, 2017.

La edición como sismógrafo

Los Cuadernos del Instituto de Sociología y la circulación de los referentes teóricos de la sociología argentina (1940-1965)

Alexandra Dias Ferraz Tedesco

UNICAMP/CNPq, Brasil

En 1952, antes de participar en la organización de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, Gino Germani publicó en el *Boletín* del Instituto de Sociología el texto “Una década de discusiones metodológicas”. Se trata de un diagnóstico acerca de la situación de la disciplina en la Argentina elaborado a partir de la comparación con el caso norteamericano. Germani sostiene que en la tradición latina adoptada en el país no se enfrenta el problema de la verificación, ya que lo que se acuerda en llamar “sociología”, en esa lectura, ni siquiera llega a plantearse tal cuestión. Dicha situación sería reflejo de una adhesión tácita: la filiación a cierta tradición que, aceptando la división entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, ubica a la sociología entre las segundas, y así la priva del contacto con métodos experimentales. En sus propios términos, ello reflejaría “la dificultad de llegar a una problemática de este tipo [verificación] para aquellos que se mueven dentro de la tradición alemana”.¹

En este artículo se plantea la hipótesis de que, más allá de la muy debatida crítica a la tradición alemana y de la vinculación de Ger-

mani con las tesis de la sociología norteamericana, la reivindicación de la actitud intelectual y de la figura profesional del sociólogo estadounidense, que se advierte a partir de las traducciones y ediciones que Germani propone, es en sí misma una toma de posición práctica en la escena intelectual argentina.² Además de dirigir la colección Biblioteca de Psicología Social y Sociología de la editorial Paidós, Germani se desempeñó a partir de 1957 como mediador de la publicación oficial del Instituto de Sociología, los *Cuadernos de Sociología*, a la que este artículo se dedica. Desde una perspectiva comparativa con su congénere anterior (el *Boletín del Instituto de Sociología*), el análisis de esta publicación pretende brindar elementos para la composición de una cartografía de la circulación de los referentes teóricos de la sociología alemana y la estadounidense en la Argentina. Sugiero que por medio de este procedimiento es posible visualizar las estrategias de publicación que dieron cabida a la inserción de nuevos referentes en el universo sociológico argentino y, comparativamente, analizar el paralelismo entre la

¹ Gino Germani, “Una década de discusiones metodológicas”, en *La sociedad en cuestión*, Antología comentada, Buenos Aires, CLACSO, 2010, p. 328.

² Sobre la reivindicación de las prácticas de traducción como objetos de investigación, véase Johan Heilbron y Gisèle Sapiro, “La traduction littéraire, un objet sociologique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 144, septiembre de 2002.

ubicación de Germani en una posición central en el campo de la sociología argentina y la ubicación de la sociología norteamericana en una posición correlativa en el espectro mundial de la disciplina, una tendencia que había comenzado en la década de 1940 y que se acentuaría en la siguiente.³ Este estudio se apoya en el planteo de que el editor y, en este caso, el traductor son responsables de la existencia pública del texto,⁴ y es por ello que se debe considerar la posición estructural de la actividad editorial de Germani así como la correlativa importación de prestigio que se efectuó a partir de las actividades de traducción y divulgación.⁵

Vinculados ambos al Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires,⁶ los *Boletines del Instituto de Sociología* y los *Cuadernos del Instituto de Sociología* corresponden, analíticamente, a dos etapas de la sociología argentina. En el caso de los *Boletines*, se trata de un período anterior a la institucionalización de la carrera de Sociología, cuando las cátedras dedicadas a temas sociales eran dictadas por diletantes.⁷ Con la dirección del historiador Ricardo Levene a partir de 1942, el *Boletín* pretendía fomentar, como se dice en el acta de fundación, “la intensificación de los estudios sociales en el dominio de la ciencia pura, siguiendo las corrientes del pensamiento sociológico contemporáneo y la investigación

de la realidad social argentina y americana, en el campo de la ciencia aplicada”.⁸ El *Boletín* funcionaba como un vehículo de divulgación de los trabajos del Instituto, publicando investigaciones en marcha y actuando como punto de comunicación entre el Instituto de la Universidad de Buenos Aires y sus pares continentales. Ese primer conjunto de publicaciones, por lo tanto, corresponde en su mayoría a la gestión de Ricardo Levene y abarca desde 1942 hasta 1947. Tras una interrupción y ya en la gestión de Alfredo Poviña,⁹ se publicaron en el formato del *Boletín* las actas del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)¹⁰ de 1951. En 1957, se retoma la publicación, que es rebautizada con el nombre de *Cuadernos de Sociología* y que funcionaría, en los años siguientes, como órgano oficial del Instituto y de la carrera de Sociología, bajo la dirección de Gino Germani.

El papel de Germani en la formación de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires está bastante documentado.¹¹ Junto con José L. Romero, interventor designado para la normalización de la autonomía universitaria, Germani comenzó a organizar lo que sería en 1957 la primera carrera de Sociología. El interés estudiantil junto al empeño del rector y el entusiasmo de Germani contri-

³ Sobre ese tema, se puede consultar, por ejemplo, Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrotu, 1979.

⁴ Pierre Bourdieu, “Une révolution conservatrice dans l’édition”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 126-127, marzo de 1999.

⁵ Bourdieu, “Une révolution”, y Heilbron y Sapiro, “La traduction littéraire”.

⁶ Ambas fuentes se pueden consultar en los archivos de la Biblioteca Augusto Raúl Cortázar, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y fueron analizados entre marzo y julio de 2016.

⁷ Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

⁸ Ricardo Levene, “El Instituto Internacional de Sociología en América”, *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 4, 1945, p. 5.

⁹ Poviña fue otro actor importante de este proceso; ha sido objeto de un minucioso estudio de Diego Ezequiel Pereyra, que se puede consultar en “Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinian sociology”, tesis de doctorado, Universidad Sussex at Brighton, 2005.

¹⁰ A partir de la fundación de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) en 1950 en Zurich, los representantes de la Argentina en dicha ocasión, Poviña y Tercera del Franco, planifican el congreso que se llevaría a cabo en 1951 en Buenos Aires, cuyo tema fue “Los problemas fundamentales de la sociología latinoamericana”.

¹¹ Cf. los trabajos de Blanco, *Razón y modernidad*, Pereyra, “Dilemmas” y de Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

buyeron a que la iniciativa estuviese en la delantera del proceso de reorganización universitaria que tuvo lugar tras el fin del gobierno peronista. Más aun, es importante tener en cuenta que en el caso de las carreras más antiguas y, por lo tanto, con mayor prestigio en el campo universitario, como las de Historia y Filosofía, su capacidad de renovación se veía limitada a causa de la reincorporación de los profesores que habían sido expulsados de las cátedras en la década anterior. Considerando, entonces, la relevancia de ese marco institucional en la consolidación de la Sociología como carrera universitaria, analizo a continuación algunos datos acerca de la composición de los *Boletines* y de los *Cuadernos* que permitirán observar ciertos matices en los procesos de edición, traducción y circulación de los referentes inaugurales de lo que sería conocido como el proyecto de la “sociología científica”.

En la gestión de Levene, en la que Germani se ocupaba del área de los análisis cuantitativos, se publicaron seis números, de modo ininterrumpido entre 1942 y 1945, y posteriormente en 1947, además de un número especial, en 1952, bajo la dirección de Poviña, que consistía en un compendio de las actas del Congreso mencionado. A pesar de la discontinuidad, las dos publicaciones pueden ser consideradas institucionalmente contiguas, lo que se pone en evidencia, por ejemplo, en la publicación de Gino Germani con Ruth Sautu,¹² en la que se dice que los *Cuadernos* pretenden continuar el *Boletín* del Instituto de Sociología. En las gestiones de Levene/Poviña, los autores que dictaban materias de sociología y/o estaban identificados como sociólogos formados representaban el 44,3% (35 de un total de 79); con Germani, el número pasa a 83,3%. En el caso de Germani, de las veinticuatro pu-

blicaciones analizadas veinte son de sociólogos de oficio. Considerando que la inexistencia de carreras de Sociología en la Argentina influye en ese número, sugiero que es posible plantear preguntas de otra naturaleza con respecto a ese material con el propósito de estimar los cambios editoriales destacados, en particular los que inciden en el número de autores traducidos y, principalmente, en el origen de esas traducciones en términos de consagración internacional.

En la gestión Levene/Poviña hay una traducción del inglés y dos artículos que no están en español y que son comunicaciones del Congreso de la ALAS, uno en portugués y otro en italiano. Con Germani, diez de los veinticuatro artículos son traducciones del inglés de textos de autores como Parsons y Lippit; algunos de ellos, inclusive, traducidos especialmente para su publicación en los *Cuadernos*. Además, la mayor parte de los textos de no argentinos publicados en la gestión de Germani presenta dos características: con la excepción de C. B. Joynt, todos los autores habían pasado en algún momento por universidades norteamericanas (el propio Lévi-Strauss figura en una coautoría con Radcliffe Brown, de la Universidad de Chicago y de Oxford), y gran parte de los que no son estadounidenses, como Zilsel, se habían exiliado en los Estados Unidos o se habían insertado en las universidades norteamericanas durante la Segunda Guerra y el nazismo. Otra característica es que en los artículos de autores extranjeros predominan las traducciones y no las colaboraciones inéditas, como, por ejemplo, el texto de Parsons y J. Sprott que inaugura los *Cuadernos*: “La teoría de la acción social”.

En cuanto al enfoque temático, en la gestión de Levene/Poviña, de las 79 publicaciones, 19 están dedicadas a la sociología argentina y a temas argentinos, como revisiones historiográficas o análisis urbanos de la capital, 34 a la sociología latinoamericana, en particular a problemas metodológicos y de institucionalización continental, 6 se refieren al pensamiento

¹² G. Germani y R. Sautu, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, Investigaciones y Trabajos del Instituto de Sociología de la UBA, 1965.

europeo (Francia, Alemania e Italia) y solo 3 de ellas mencionan la sociología norteamericana. Además, hay 17 artículos agrupados como *sociología formal*. En la gestión de Germani, de 24 artículos, hay 21 dedicados a la sociología teórica, 1 sobre sociología argentina, 1 sobre sociología norteamericana y 1 referido a la sociología europea: “Prehistoria de la sociología del conocimiento: Bacon y Dilthey” (escrito por I. Horowitz). Aún en la gestión de Levene, una de las prioridades de Germani, la constancia de trabajos de orientación empírica, adquiere mayor relieve incluso en sus elecciones editoriales: antes de Germani, de 79 estudios, 5 eran deliberadamente empíricos (6,32%) y, de ellos, 2 del propio Germani. En la gestión de Germani, los declaradamente empíricos son 6 de un total de 24.

La actualización teórica que se observa en los *Cuadernos* indica que, más que un cambio en la orientación de las tesis, la mayor renovación se da en el plano institucional: mayor número de sociólogos profesionales, mayor cantidad de traducciones del inglés y mayor flujo de los nombres dominantes en el circuito internacional de la disciplina. Esa lectura permite que el proyecto llevado a cabo por Germani no se agote en una trasposición de los referentes norteamericanos hacia la Argentina (como eventualmente señalaron sus críticos), ni tampoco en una iniciativa únicamente modernizadora en el sentido institucional (visión que no podría sostenerse dada la heterogeneidad de la actividad de Germani como un todo y no solo en los *Cuadernos*).¹³ Por el contrario, su trabajo editorial se muestra como el sismógrafo de un cambio de referencias más amplio que una mera revisión de las tesis: las elecciones editoriales y los trabajos de traducción que diferencian las dos etapas de la pu-

blicación confluyen en la afirmación de Mannheim de que nunca se defienden solo tesis, sino siempre, de modo paralelo, un mundo donde las tesis estén en casa.¹⁴

Más aun, considero que el cambio del perfil de la publicación, así como las distintas estrategias de traducción que lo sostienen, señalan justamente un cambio en la posición del campo que responde a la trayectoria institucional de Germani: de marginal en la gestión de Levene a dominante en el contexto de la organización de la carrera a partir de 1957. Considerando las implicaciones institucionales de su proyecto, por lo tanto, las elecciones editoriales de Germani parecen indicar menos una adhesión irrestricta a la sociología norteamericana que el propósito de proyectar el punto de vista sociológico en el centro de una universidad que se actualiza dentro de los criterios de los principales patrones de investigación internacionales.

El cambio en la composición de las referencias del origen de los autores traducidos funciona, en virtud de la promoción editorial de autores consagrados en el polo dominante (la sociología norteamericana), como una eficiente transmisión de prestigio de carácter legitimador,¹⁵ lo que resulta fundamental para que la sociología pueda proyectarse, en relación con la historia y la filosofía, como un discurso autorizado. Así, la traducción de obras pertenecientes a la tradición de la sociología norteamericana opera, paralelamente, como autoconsagración y, en términos analíticos, como sismógrafo¹⁶ de la reconfigura-

¹³ Germani trabajó en la colección Biblioteca de Psicología Social y Sociología de la editorial Paidós durante las décadas de 1940 y 1950, donde se tradujeron obras de autores tan heterogéneos como Malinowski, Adorno y Fromm.

¹⁴ K. Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la Sociología del Conocimiento*, trad. de Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

¹⁵ Gisèle Sapiro, “Le champ est-il national? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l’histoire globale”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2013/5, N° 200, pp. 70-85.

¹⁶ Véase Daniel Milo, “La bourse mondiale de la traduction: un baromètre culturel?”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, año 39, N° 1, 1984, pp. 92-115.

ción del campo intelectual argentino, al tiempo que da cuenta de la renovación del espacio de posibilidades¹⁷ de la sociología. Se trata de tres procesos correlativos: la proyección de la sociología norteamericana a nivel internacional –a la par que el inglés se convertía, paulatinamente, en la lengua hegemónica, de modo que traducir del inglés significaba vincularse con un idioma en vías de consagración–,¹⁸ la proyección de la sociología como disciplina fundamental de la organización de la universidad argentina después del peronismo y, por último, la proyección de Germani hacia la posición dominante en la sociología argentina. Considerando la relación fiduciaria entre esos niveles, las elecciones editoriales adquieren un significado específico y revelan una importante interfaz internacional del proyecto de Germani, a partir de la cual se afianza su lugar prominente en el plano nacional, incluso en un nivel extraterritorial, en virtud de la filiación a la poderosa “sociología norteamericana”. □

Referencias bibliográficas

- Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Bollo, H. G., “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1940-1947”, *Revista Investigaciones y Ensayos*, N° 48, enero-diciembre de 1998, pp. 299-320.
- Bourdieu, Pierre, “Une révolution conservatrice dans l’édition”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 126-127, marzo de 1999.
- Buchbinder, Pablo, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.
- Germani, G., *La sociedad en cuestión*, antología comentada, Buenos Aires, CLACSO, 2010.
- Germani, G. y R. Sautu, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, Investigaciones y Trabajos del Instituto de Sociología de la UBA, 1965.
- Gouldner, Alvin, *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- Heilbron Johan y Gisèle Sapiro, “La traduction littéraire, un objet sociologique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 144, septiembre de 2002.
- Levene, R., “El Instituto Internacional de Sociología en América”, *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 4, 1945, pp. 5-8.
- Mannheim, K., *Ideología y utopía. Introducción a la Sociología del Conocimiento*, trad. de Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Pereyra, Diego, *Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinian sociology*, tesis de doctorado, Universidad de Sussex at Brighton, 2005.
- Sapiro, Gisèle, “Translation and the field of publishing. A commentary on Pierre Bourdieu’s ‘A conservative revolution in publishing’”, *Translation Studies*, vol. 1, N° 2, 2008, pp. 154-166.
- , “Le champ est-il national? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l’histoire globale”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2013/5, N° 200, pp. 70-85.

Fuentes primarias

- Boletín del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1942-1952)*, Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, Biblioteca Augusto Raúl Cortazar.
- Cuadernos del Instituto de Sociología* (tomos X, XI, XII Y XIII), Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, Biblioteca Augusto Raúl Cortazar.

¹⁷ Gisèle Sapiro, “Translation and the field of publishing. A commentary on Pierre Bourdieu’s ‘A conservative revolution in publishing’”, *Translation Studies*, N° 2, 2008, vol. 1, pp. 154-166.

¹⁸ Sobre el ascenso del idioma inglés como marca del prestigio del campo intelectual en términos internacionales, se puede consultar Gisèle Sapiro (dir.), “Introduction”, en *Sciences humaines en traduction. Le livre français aux Etats-Unis, au Royaume-Uni et en Argentine*, París, 2014, Institut Français, pp. 1-13.

Comunicación y cultura en el Centro Editor de América Latina: entre la renovación epistémica y la intervención intelectual*

Mariano Zarowsky

UBA/CONICET

Asociado a la emergencia de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina encontramos un conjunto de iniciativas editoriales que, hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta, funcionó como vehículo del proceso de modernización cultural, renovación epistémica y radicalización política del período. Se destacan –solo en lo referente a la edición de libros– las colecciones “Signos” y “Comunicaciones” dirigidas por Eliseo Verón en la editorial Tiempo Contemporáneo; la colección “Comunicación de masa”, animada informalmente por Héctor Schmucler en Siglo XXI Editores de Argentina, y algunas zonas del Centro Editor de América Latina (CEAL) donde dirigieron colecciones y/o colaboraron regularmente, entre otros, Aníbal Ford, Beatriz Sarlo, Eduardo Romano, Jaime Rest y Jorge Rivera.¹

En este trabajo presentaremos una breve cartografía de las ediciones del CEAL vinculadas con este campo de saberes y discursos especializados. Sostendremos que allí se publicaron un conjunto de títulos y colecciones que contribuyeron a sentar los fundamentos de una problemática novedosa, a darle legitimidad académica y visibilidad político-cultural.

Boris Spivacow fundó el CEAL en 1966, luego de renunciar a la gerencia de la editorial de la Universidad de Buenos Aires en rechazo a la intervención universitaria que dispuso el gobierno militar de Juan Carlos Onganía. Como se ha señalado,² el CEAL retomó las grandes líneas del proyecto que había motorizado EUDEBA: la producción de libros baratos para un público universitario a la vez que masivo y la apuesta por su “modernización” a través de su introducción en las disciplinas y perspectivas más avanzadas de la época. Con una nueva impronta, dado su carácter comercial, el CEAL desplegó durante décadas un ca-

* Este artículo presenta algunos avances de una investigación en curso radicada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integran el grupo de trabajo, además del autor, Adrián Pulleiro, Ariel Idez, Daniela Marugo y Natalia Pistarini.

¹ Sobre el estudio de la edición como prisma para la historia intelectual de las ciencias sociales, véase Alejandro Blanco, *Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006. Para una cartografía de las ediciones en ciencias sociales en el período véase Gustavo Sorá, “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La*

constitución del conocimiento social en la Argentina, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 265-292.

² Entre otros trabajos véanse Mónica Bueno y Miguel A. Taroncher (coords.), *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; Judith Gociol, *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2007.

pítulo emblemático de la cultura argentina que se inscribe en la larga tradición de las izquierdas ilustradas, que hicieron del impreso un vehículo de democratización cultural.

Apenas iniciada la empresa, y a cargo de la Enciclopedia Literaria (una colección monográfica de libros de bolsillo) Aníbal Ford le propuso a Jaime Rest reeditar “Alcances literarios de una dicotomía cultural contemporánea”, un ensayo que este había publicado en 1965 en la revista de la Universidad Nacional de la Plata. El libro fue rebautizado como *Literatura y cultura de masas* (1967). En el cambio de título y en la conjunción de elementos que este pone en relación se puede leer una estrategia de colocación en el mercado editorial tanto como la puesta en valor de un fenómeno y una perspectiva: Rest discutía las concepciones que entendían lo masivo como vehículo de degradación del hecho estético y ensayaba un acercamiento histórico-social a las transformaciones que implicaba la expansión de los medios técnicos de producción cultural. En una colección dirigida a un público masivo se operaba, así, una torsión inaugural al otorgarle a la cultura de masas una legitimidad de la que carecía en el ámbito de la crítica literaria y en los círculos de la élite intelectual tradicional, liberal o de izquierda.

Poco después, en la misma colección, Ford publicó *El folletín y la novela popular* (1968), de Jorge Rivera. Allí se consideraba la literatura vinculada con los sectores populares y los géneros masivos como testimonio de una genuina experiencia cultural y se ponía en práctica una historia social de los medios de comunicación que, como parte de una historia más amplia de la cultura, incorporaba el estudio de las prácticas de lectura popular, sus lógicas y contextos.

La edición casi simultánea de ambos libros en una colección sobre “literatura clásica” nos sitúa ante un desplazamiento epistémico en el campo de la crítica que funcionó como condición de posibilidad para la ampliación de su

objeto y la emergencia de un espacio autónomo de estudios sobre comunicación y cultura de masas. En esta línea se pueden leer los trabajos en el CEAL de Ford, Rivera y Eduardo Romano, quienes, bajo el paraguas editor de Rest, conformaron una red de colaboraciones cruzadas. En la serie Capítulo Universal (una historia de la literatura mundial) se publicaron bajo la supervisión de Rest entre 1968 y 1972: *El folletín y la novela popular* (N° 138); *La narrativa policial* (N° 139), ambos de Rivera; *La canción popular* (N° 141), de Rivera y Ford; *Literatura, crónica y periodismo* (N° 142) de Ford; *Literatura y mito* (N° 155) de Ford y Romano; *De la historieta a la fotovelocidad* (N° 143), de Romano y Rivera; *Literatura y folklore* (N° 156), de Romano con Graciela Dragoski. Algunos de los ensayos fueron reunidos por Rivera en 1972 en el volumen *Las literaturas marginales*.³

La selección temática expuesta indica, como dijimos, el “ingreso a la literatura argentina” de formas y tópicos hasta entonces degradados o ignorados por la crítica. En términos teórico-metodológicos, la puesta en cuestión de la dicotomía entre “alta” y “baja” cultura permitía poner de manifiesto cruces y préstamos recíprocos entre sus expresiones. En esta revalorización de las prácticas culturales de los sectores populares se puede leer, asimismo, una tentativa de intervención en los debates político-culturales del período.⁴

³ En la segunda versión de *Capítulo. Historia de la literatura argentina* (dirigida por Susana Zanetti desde 1979) Rivera amplió sus estudios sobre los vínculos entre literatura e industria cultural. Publicó: *El folletín. Eduardo Gutiérrez* (N° 32, 1980) (una versión de su trabajo de 1967); *El escritor y la industria cultural. El camino hacia la profesionalización (1810-1900)* (N° 36, 1980); *La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos* (I y II, N° 56 y 57, 1980) y, recuperando su propia iniciativa de 1972 (pero ahora con oportunas comillas), *Literaturas “marginales”* (N° 109, 1980).

⁴ Sobre la trayectoria de Ford, Romano y Rest, con énfasis en sus estudios sobre cultura popular y sus activida-

MPodemos encontrar en el inmenso catálogo del CEAL otra vertiente teórica y analítica en esta materia. También bajo la supervisión de Rest, Beatriz Sarlo confeccionó para Capítulo Universal el fascículo sobre *El formalismo ruso* (1971) y en la Biblioteca Básica Universal la *Antología del formalismo ruso*, la selección de fuentes que lo acompañaba. Bajo la misma modalidad (ensayo de divulgación más antología de textos) Sarlo preparó *El estructuralismo y la nueva crítica* (1971) y *Ensayos estructuralistas* (1971).

En estas publicaciones se condensan una serie de operaciones relevantes. En términos teóricos, Sarlo ensayaba una síntesis conceptual: subrayaba el quiebre que había fundado el formalismo a inicios del siglo XX –en ruptura con la crítica de vertiente sociologista o psicologista– y, siguiendo a Juri Tinianov, llamaba a relacionar la “serie de la literatura” –que había puesto de relieve el formalismo en su especificidad– con la “serie de lo histórico-social”. En relación con la crítica estructuralista, Sarlo destacaba su interrogación sobre el estatuto de la cultura en la era de su masificación y su orientación expandida hacia el análisis de la producción social de la significación.

Desde un punto de vista cultural estos volúmenes contribuían a amplificar los alcances de una serie de trabajos que habían circulado en el medio local en ediciones dirigidas a un público restringido. Nos referimos a los textos tomados de la colección sobre estructuralismo que dirigía José Sazbón en Nueva Visión, o de la compilación de Tzvetan Todorov, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, que, bajo dirección de Héctor Schmucler, había sido traducida para ediciones Signos en

1970.⁵ En el mismo sentido puede leerse la reseña que en *El estructuralismo y la nueva crítica* Sarlo dedicaba a la revista *Communications* (en especial a su número 8: *L'analyse structurale du recit*, de 1966), que había tenido una edición parcial el mismo año en la colección “Comunicaciones” que dirigía Eliseo Verón en *Tiempo Contemporáneo*.⁶

Los pequeños volúmenes de divulgación preparados por Sarlo en el CEAL funcionaban, así, como una suerte de *caja de resonancia* de un movimiento más amplio de recepción de ideas y de experimentación teórica que tramitaba una zona de la vanguardia local de las ciencias sociales con fuertes conexiones internacionales y una fuerte participación (es el caso de Sazbón, Schmucler y Verón) en actividades de mediación cultural a través de la traducción y la edición de libros.

En esta línea podemos leer también algunos de los títulos de la Biblioteca Total, una colección de “alta divulgación” que hacia 1976 Sarlo ideó y dirigió junto a Carlos Altamirano. Entre otros: *Saussure y los fundamentos de la lingüística* (1976), con selección y estudio preliminar de José Sazbón; *El análisis estructural* (1977), con selección y prólogo de Silvia Niccolini (seudónimo de Sarlo) y el *Léxico de lingüística y semiología* (1978), preparado por Nicolás Rosa. Con sus varias reediciones estos trabajos se convirtieron en una pieza clave de la circulación y la divulgación de la semiología y el estructuralismo en el país y –ya en los años ochenta– de su pro-

⁵ Sobre ediciones Signos véase Diego García, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, *Políticas de la memoria*, N° 11-12, 2011.

⁶ Sobre *Tiempo Contemporáneo* véase Emiliano Álvarez, “Una editorial de la Nueva Izquierda. *Tiempo Contemporáneo*”, *Políticas de la memoria*, N° 13, verano de 2012-2013. Sobre la colección “Comunicaciones” me permito citar a Mariano Zarowsky, “Entre la renovación de las ciencias sociales y la intervención intelectual: Eliseo Verón editor en *Tiempo Contemporáneo* (1969-1974)”, *Palimpsesto*, vol. VIII, N° 11, enero-junio de 2017.

des en el CEAL, véase Pablo Alabarces, “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”, *Revista Argentina de Comunicación*, año 1, N° 1, 2006.

yección en la cultura universitaria. Aunque en una clave sociológica diferente, también se destaca la publicación en la Biblioteca Total de *La comunicación de masas* (1977), una antología con notas, introducción y selección de textos de Heriberto Muraro.

Es interesante notar que en paralelo Sarlo y Altamirano publicaron en el CEAL un conjunto de ensayos de su autoría que son considerados seminales en la reelaboración conceptual que, hacia fines de los años setenta y principios de los ochenta, acercó los enfoques de la crítica literaria a una nueva vertiente de la sociología de la cultura. Me refiero a *Literatura y sociedad* (1977, en La Biblioteca Total), *Conceptos de Sociología literaria* (1980, La Nueva Biblioteca) y a *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (1983, Nuevas propuestas, en Capítulo. Historia de la literatura argentina). La introducción y selección de textos para *El mundo de Roland Barthes* que preparó Sarlo en La Nueva Biblioteca (N° 42, 1981) puede leerse a caballo entre ambas vertientes teórico-epistemológicas.

La simultaneidad y la heterogeneidad de la serie descrita en este apartado revelan la no linealidad de los procesos de mutación epistémica del período. Más puntualmente, los contornos amplios de esa *formación cultural emergente* que, comandada por Sarlo y Altamirano, tuvo a la revista *Punto de vista* como centro de irradiación, pero también –en tanto laboratorio de pruebas, espacio de profesionalización y legitimación intelectual– a las ediciones del CEAL como pivote.

IV Se destaca finalmente la colección “Transformaciones. Enciclopedia de los grandes cambios de nuestro tiempo”. Dirigida por Hugo Rapoport, Transformaciones publicó 110 entregas semanales entre 1971 y 1973. Mezcla de fascículo temático y revista periódica, ejemplifica el proceso de mutación y modernización editorial del período. Su diseño y diagramación se asociaron directa-

mente a su modalidad de distribución y venta de la colección: sus tapas incluían imágenes a color, con intervenciones de estilo pop, que apuntaban a destacar los fascículos en los kioscos. Desde sus contenidos, las entregas de Transformaciones se dedicaron al análisis de fenómenos históricos, políticos y culturales. Más permeada por la coyuntura, se destacó en relación con otras colecciones del CEAL por su tono de “tribuna política”. Esta impronta se anudaba con una dimensión epistémica, propia del espíritu divulgador de la editorial: la interrogación sobre los mecanismos de dominación cultural fue uno de sus motivos centrales.

En efecto, el fascículo inaugural de Transformaciones fue *El poder de los medios de comunicación de masas* (N° 1, 1971), de Heriberto Muraro. El éxito del trabajo, que vendió miles de ejemplares, contribuyó a instalar la colección en un mercado de publicaciones y a marcar uno de sus tópicos. En la serie encontramos: *La publicidad en el mundo actual* (Rodolfo Fogwill, Oscar Steimberg, N° 8, 1971); *El periodismo y la opinión pública* (Norberto Vilar, N° 33, 1972); *La historieta. Poderes y límites* (Oscar Steimberg, N° 41, 1972); *Propaganda política y opinión pública* (Eduardo Rivero, N° 52, 1972); *Teleteatro, radioteatro y telenovela. El género rosa* (Daniel Samoilovich, N° 55, 1972); *El imperialismo cultural* (Fernando Brumana, N° 60, 1972); *Televisión y sociedad* (Daniel Luaces, N° 61, 1972); *Cultura y dependencia en América Latina* (Eduardo Romano, N° 76, 1972); *Vanguardias artísticas y cultura popular* (Néstor García Canclini, N° 90, 1973); *Sistemas de comunicación. Intercambios y dependencia* (Luis Caledane, N° 107, 1973). Algunos de estos autores se posicionaron en los años siguientes como referentes de los estudios en comunicación y cultura en el país.

El perfil de Transformaciones pone de relieve una de las modalidades con las que se entrelazó en el período un conjunto de discurs-

sos especializados con la búsqueda de una eficacia de tipo político-cultural.

VPodemos concluir que las ediciones del CEAL constituyen un momento destacado del proceso de emergencia, visibilización y legitimación de una zona de saberes y discursos especializados en torno a la comunicación y la cultura en el país. El CEAL ofreció un ámbito de trabajo y profesionalización para sus promotores que funcionó a su vez como laboratorio de ideas y formación: en su mayoría de formación literaria, estos jóvenes supieron poner a disposición de un público ampliado una biblioteca de nuevo tipo, un repertorio de temas, autores y herramientas conceptuales que operó como banco de pruebas y caja de resonancia de los desplazamientos epistémicos que se tramitaban en espacios institucionales (o en sus bordes) y en publicaciones especializadas, nacionales o extranjeras. La extensión del auditorio alcanzado ofrecía una oportunidad para entrelazar esta inflexión cognitiva con la aspiración de intervenir en los dilemas político-culturales de la hora.

Reconstruir las distintas vertientes y trayectorias vinculadas a los saberes sobre los medios, la comunicación y la cultura nos permite, en suma, iluminar así la existencia de una modalidad particular de intervención intelectual: aquella que hizo de una actividad editorial mediada por un mercado en ebullición un modo de participación en los asuntos públicos a través de la experimentación y la puesta a punto

de un saber especializado. Trazar una genealogía de los estudios en comunicación y cultura a través del prisma que ofrece la cartografía del CEAL y las trayectorias profesionales que cobijó habilita a situar la historia disciplinar en una trama más amplia, como capítulo de la historia cultural argentina reciente. □

Bibliografía

- Alabarces, Pablo, "Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina", en *Revista Argentina de Comunicación*, año 1, N° 1, 2006.
- Álvarez, Emiliano, "Una editorial de la Nueva Izquierda. Tiempo Contemporáneo", *Políticas de la memoria*, N° 13, verano de 2012-2013.
- Blanco, Alejandro, *Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Bueno, Mónica y Miguel A. Taroncher (coords.), *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- García, Diego, "Signos. Notas sobre un momento editorial", *Políticas de la memoria*, N° 11-12, 2011.
- Gociol, Judith, *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2007.
- Sorá, Gustavo, "Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico", en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Zarowsky, Mariano, "Entre la renovación de las ciencias sociales y la intervención intelectual: Eliseo Verón editor en Tiempo Contemporáneo (1969-1974)", *Palimpsesto*, vol. VIII, N° 11, enero de 2017.

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 22 / 2018

Ernst Müller y Falko Schmieder,
Begriffsgeschichte und historische Semantik - Ein kritisches Kompendium,
Berlín, Suhrkamp, 2016, 1027 páginas

Ernst Müller y Falko Schmieder, investigadores del *Zentrum für Literatur-und Kulturforschung* de Berlín, reunieron el trabajo de investigación de una década en un compendio crítico que revisa las principales contribuciones y reconstruye los debates que jalónaron el desarrollo de las ciencias sociales, la historia, la epistemología, la lingüística y las ciencias de la cultura desde el punto de vista de la historia conceptual. Los autores se lanzan a la creación de un corpus teórico no dado *a priori*, ofreciendo una cartografía amplificada de las influencias y resonancias de la historia conceptual y la semántica en múltiples ámbitos.

Begriffsgeschichte und historische Semantik - Ein kritisches Kompendium es un libro de enorme erudición y sumamente instructivo, que logra caracterizar con rigurosidad los derroteros de la historia conceptual. Esta obra se inscribe en la tradición de la historia conceptual inaugurada por los *Geschichtliche Grundbegriffe* y constituye un trabajo pionero que desarrolla de manera reflexiva y ejemplar los dos ejes metódicos que se plantea: por un lado, la historización de conceptos, métodos y objetos en las ciencias naturales y en las humanidades y, por otro lado, una perspectiva transdisciplinaria, que se presenta como una alternativa a

construcciones teóricas de pretensiones universales. El recorrido también contempla sus desarrollos a nivel institucional, las más grandes polémicas entre sus representantes y los contextos políticos en que las ideas en cuestión se forjaron, apoyándose en el aparato teórico koselleckiano, presente en todo el volumen.

En el primer capítulo Müller y Schmieder marcan un amplio itinerario casi exclusivamente alemán, que nos lleva desde el Iluminismo hasta Wittgenstein. Las primeras dilucidaciones sobre los conceptos logran vincularse con el enlace entre filosofía e historia, cuando se detienen en Hegel. Frente a confusiones en la asociación del pensamiento de este con la historia conceptual, se dedican a delimitar las grandes diferencias entre ellos. Asimismo, los autores otorgan cierta relevancia al desarrollo de la tradición materialista, donde identifican un uso de los conceptos como indicadores. El juego de ida y vuelta entre los paradigmas de pensamiento tiene lugar también cuando se alude al antihegelianismo, justo antes de detenerse en Nietzsche –quien, por cierto, es protagonista de dos apartados en este capítulo–. A pesar de que el pensador intempestivo no haya desarrollado una historia conceptual, la centralidad de su trabajo cobra fuerza aquí en materia de verdad y de su historia efectiva. Luego de dar

tratamiento a algunos diccionarios filosóficos, los autores reconstruyen los aportes de la *Problemggeschichte*, de Lovejoy, y sus *unit-ideas*, llegando a la línea filosófica de la historia conceptual a través de Joachim Ritter. Aquí destinan un espacio al sistema científico del nacionalsocialismo, poniendo de manifiesto las influencias posteriores y anteriores al nazismo. Luego de ello, se ofrece un extenso repaso por la obra de dos grandes escritores, Gadamer y Blumenberg. Ambos tienen la particularidad de habitar en simultáneo dos sistemas teóricos de gran cercanía con la historia conceptual, si bien no dejaron de suscitar polémicas con ella, a saber, la hermenéutica y la metaforología. Del primero se destaca su protagonismo en las instituciones propias de la historia conceptual y su ponderación de la historicidad y los prejuicios. Del segundo, en cambio, se señalan sus dos aspectos: por un lado, las reflexiones en torno a las metáforas y por otro en relación con el concepto de secularización, debido al cual entró en fuertes polémicas con otros intelectuales. De Wittgenstein, una de sus intervenciones más interesantes acaso sea aquella según la cual las funciones de las palabras pueden variar en los diferentes juegos del lenguaje. Para terminar el capítulo, los autores

se preguntan la historia de quién cuenta la historia conceptual filosófica recuperando la crítica que a ella le hace Winfried Schröde.

Si quisiésemos trazar un mapa del segundo capítulo, no podríamos obviar el hecho de que sus contornos, dedicados a los desarrollos institucionales de la historia conceptual, contienen un rico fondo que despliega su línea historiográfica: empieza con la *politische Ideengeschichte* en Alemania y termina mostrando, por un lado, las perspectivas de la semántica histórica en la investigación de la historia contemporánea, y, por otro, la internacionalización de la historia conceptual. Como representante más importante de la historia de las ideas políticas, mencionan a Meinecke, quien impulsó un movimiento de democratización del historicismo y fue testigo de las tantas transformaciones políticas que vivió el país y que marcaron el rumbo de sus investigaciones. La batería de autores que participan del capítulo, y que estrictamente no forman parte de la historia conceptual, van desde portavoces de la Escuela de los *Annales*, pasando por quienes delinean los debates actuales de la teoría política y social, pero, a su vez, se resisten a un encasillamiento disciplinar: Weber, Schmitt, Foucault y Gramsci. Dentro de la vertiente historiográfica, quien sin lugar a duda tiene el mayor protagonismo es Koselleck. A lo largo de casi sesenta páginas, los autores ofrecen una puntillosa caracterización de conceptos centrales, como *Sattelzeit*, temporalización, horizonte de expectativas y

espacio de experiencia, y la contemporaneidad de lo no contemporáneo, entre otros. Todos ellos son revisitados una y otra vez, desde su génesis hasta nuestros días, por intelectuales que marcan el nuevo rumbo de la historia conceptual en Alemania. A nivel internacional, se presenta un recorrido por las diseminaciones más conocidas, como las europeas, pero también menos difundidas, como las latinoamericanas y las asiáticas.

Dentro de las ciencias de la comunicación y del lenguaje, la lingüística se encuentra con la historia conceptual desde lugares más y menos explorados. La diferenciación entre palabra y concepto forma parte de las discusiones más conocidas que recupera el tercer capítulo. A pesar de muchos intereses en común, en general los lingüistas tuvieron desencuentros metodológicos con historiadores y filósofos y sus desarrollos no siempre coincidieron en términos cronológicos. Las ciencias del lenguaje entablaron en paralelo una relación cercana con las ciencias naturales. Después de repasar la semántica histórica tradicional del siglo XIX y la onomasiología, como alternativa al movimiento de la neogramática, los autores recorren en el tercer capítulo las diversas investigaciones en torno a las palabras y las cosas. La enorme influencia de Saussure puso el acento en la historicidad de la lengua; entre las categorías que a partir de su obra se elaboran, son la de diacronía/sincronía, signifiante/significado y arbitrariedad las que más relevancia tienen para la historia conceptual. Sin

embargo, los autores señalan cómo esta última muestra sus contradicciones con la teoría de la arbitrariedad del signo. La investigación del contenido lingüístico, el estructuralismo diacrónico, la lingüística cognitiva y la teoría del discurso lingüístico son algunas de las otras perspectivas en las que el capítulo se sumerge. Dándole un cierre con los aportes de los norteamericanos Eleanor Rosch y George Lakoff, Müller y Schmieder logran presentar articulaciones entre la semántica de prototipos y las ciencias cognitivas con la historia conceptual.

El capítulo cuarto está dedicado a la historia de la ciencia y del conocimiento y su objetivo es mostrar de qué manera los cambios científicos conducen no solo a una revisión inmanente de los conceptos heredados sino que también ponen en marcha una reflexión sobre el vínculo entre las teorías y la sociedad, la política y la cultura. El punto de partida elegido por los autores para dar cuenta de las transformaciones en el ámbito de la producción científica y epistemológica es la crisis de los fundamentos de la física teórica a comienzos del siglo XX. El capítulo continúa con una presentación de la epistemología histórica de Gaston Bachelard, la distinción entre teoría tradicional y teoría crítica de Max Horkheimer, la idea de estilos de pensamiento en la ciencia de Ludwig Fleck y sus reflexiones sobre la comunicación y la transferencia de conceptos entre las ciencias y entre la ciencia y la sociedad, los conceptos de paradigma y revolución científicos en la epistemología de Thomas Kuhn. Los aportes de Georges

Canguilhem y el método genealógico de Michel Foucault son tratados como formas de descentramiento historiográfico: de la ciencia, de la historia y del concepto, mientras que la propuesta de Hans-Jörg Rheinberger de una historia de los objetos epistémicos como pares híbridos de objetos y conceptos es interpretada como una actualización de los enfoques de Bachelard y Canguilhem. Finalmente, los autores indagan en la cuestión del giro práctico –*Practical Turn*– en la filosofía de la ciencia, en la influencia de Reinhart Koselleck y en la relevancia de la cuestión de la metáfora en la historia de la ciencia.

El capítulo quinto reconstruye distintos aspectos de la historia cultural, la *Kulturwissenschaft* alemana y los estudios culturales. Comienza con el surgimiento y desarrollo de la “Primera ciencia de la cultura alemana” en la década de 1920, en el contexto de la crisis general de las ciencias naturales y humanas y de los fundamentos sociales, políticos y económicos tras la Primera Guerra Mundial y como parte de un discurso sobre la crisis que se extendía a la ciencia, la política y la sociedad. Müller y Schmieder explican la radicalización, polarización y politización del pensamiento y el clima de la época desde el horizonte del nacionalsocialismo y como respuesta a una experiencia de la crisis que producía dos tipos de reacciones: por un lado, la necesidad de historizar y diluir conceptos cosificados; por otro lado, aferrarse de manera más o menos decisionista o violenta a constantes ahistóricas. Las

polarizaciones entre Freud y Jung, Benjamin y Heidegger, Mannheim y Curtius o Kracauer y Buber son presentadas desde esta perspectiva. Para los autores es en este momento de transformación de las ciencias del espíritu en dirección a una historia cultural cuando la historicidad de los conceptos se transforma en un auténtico problema. El capítulo tematiza los aportes del psicoanálisis de Sigmund Freud para el estudio de la cultura y presenta los enfoques de la historia del arte y las imágenes (Warburg, Wind), la semiótica de la imagen de Siegfried Kracauer y la teoría de la imagen dialéctica de Benjamin. Luego, la atención se desplaza hacia el *cultural turn*. Los trabajos de Williams, el análisis foucaultiano del discurso, la semántica icónica (Reinhard, Lüsebrink) e histórica (Konersmann, Blumenberg, Kittsteiner), así como el estudio de las emociones, obtienen apartados propios. Hacia el final se discuten el rol de los medios y la influencia de la creciente digitalización de la ciencia y la literatura sobre la investigación en historia conceptual, así como el problema de la interdisciplinaria.

El último capítulo contiene una presentación y un comentario detallado de las instituciones, revistas y lexicones más importantes dedicados a la historia conceptual, así como un resumen de diferentes proyectos editoriales de historia conceptual en el ámbito alemán. *Begriffsgeschichte und historische Semantik* es una muestra de la vitalidad de la historia conceptual alemana y una obra de referencia

includible no solo para historiadores o filósofos, sino también para interesados en la comunicación política y científica. En su reconstrucción del contexto de la teoría y la práctica de la historia conceptual Müller y Schmieder reflexionan al mismo tiempo sobre la génesis y la validez de los métodos histórico-semánticos. Un elemento particularmente interesante de este compendio es que incluye una genealogía y el análisis de las fuentes ocultas de la historia conceptual de las ciencias humanas, especialmente de sus fuentes judías, tales como K. Mannheim, L. Fleck, H. Arendt, R. Koebner, entre otros. Una novedad de este trabajo es la inclusión del análisis de áreas de las ciencias sociales que amplían el rango de alcance de la historia conceptual tradicional y tienen en cuenta las dinámicas socio-políticas del presente, así como los usos actuales de conceptos tales como evaluación, rating, flexibilidad, innovación, etc., con lo que abre una perspectiva de trabajo todavía inexplorada. En definitiva, se trata de un texto que, logrando registrar distintas manifestaciones de la historia conceptual, destierra la posibilidad de una definición unilateral y cerrada de la misma. Amerita, sin dudas, una traducción que le permita ingresar a los debates del mundo iberoamericano y anglosajón.

Lucila Svampa
UBA-IIGG/CONICET

Mariela Vargas
Universidad Nacional
de Salta-ICSOH

Guillermo Zermeño Padilla,
Historias conceptuales,
México, El Colegio de México, 2017, 401 páginas

¡Maldita e impostergable modernidad, que todo desabrigas!, exclamaba Charles Baudelaire en *Los paraísos artificiales* (1860), ¿A qué se refería con modernidad? Quizá la respuesta más sencilla sería referirla a algo “familiarmente extraño, enigmáticamente obvio”, citando a Giacomo Marramao. La única certeza que podemos postular es que se trata de una experiencia temporal, una forma de percibir-nos en el acaecer histórico. Y esta experiencia se articula en lenguajes políticos, a partir de los cuales la historia conceptual busca en los discursos la huella lingüística de su contexto de enunciación. Es en esta tradición historiográfica donde se sitúa *Historias conceptuales*, de Guillermo Zermeño.

Con el objetivo de descifrar el engarzamiento entre la historia, la modernidad y la opinión pública, Zermeño recurre en su análisis semántico al nivel de la diacronía o uso discursivo en la larga duración más que al de la sincronía, es decir, a las situaciones concretas del habla. La idea rectora del libro reside en que tanto el idioma por sí mismo como los giros que acontecen en la resemantización de los conceptos dentro de sus contextos sociales de uso revelan las transformaciones

culturales de una época, entendiéndolo que “lo político y lo social, más los lenguajes puros, son los detonadores de la necesidad de buscar nuevas fórmulas lingüísticas para describir las nuevas situaciones” (p. 113).

Esta labor arranca en 1808, el año cero de la constelación política hispanoamericana. La historia se acelera, la relación pasado-futuro se disloca, el presente estalla en pedazos y se frecuente el uso de la metáfora de orfandad debido al resquebrajamiento del imperio español. La autocoronación de Napoleón el 2 de diciembre de 1804 en Notre Dame es el episodio con que Zermeño simboliza la ruptura de los regímenes de historicidad: el pasado deja de informar a un presente ubicuo, difuso, “debido a que las tradiciones establecidas como modelos que autorizan el hacer y el deber hacer han sido desactivadas” (p. 103).

Los procesos emancipatorios de los reinos americanos, como prefiere denominar a las independencias Roberto Breña en *El primer liberalismo español*, desencadenan una forma caótica de vivir el tiempo, marcada por la proliferación de los litigios fronterizos, las disputas semánticas para definir a la ciudadanía y una pérdida de unidad que se traduce en el vaciamiento de *lo americano*, ahora provisto de

sustancia desde “lo propio” de cada nación a costa de enzarzarse en luchas fratricidas para suprimir todo signo de alteridad.

Otra consecuencia de la ruptura del régimen discursivo tradicional debido a la transformación de las provincias imperiales en entidades nacionales independientes fue la emergencia de una progresión semántica, la que, irónicamente, podemos definir como nostálgica pero moderna. Después de la “guerra de conquista”, como califica Mariano Otero la intervención expansionista desplegada por James Polk, se utilizó la voz *Hispanoamérica* con el objeto de diferenciar de la América del Norte protestante a los hijos mestizos de la España católica, que ahora reivindicarían el rumbo que Madrid había desviado, y el futuro glorioso que el Nuevo Mundo estaba destinado a conquistar.

Recurriendo a fuentes periódicas como la prensa, libros y escritos de pensadores indicativos, diccionarios como el de Covarrubias de 1611, el de Nebrija de 1764 o las distintas ediciones del publicado por la Real Academia desde 1726, el de Zermeño es un ejercicio de historización del momento de quiebre de los viejos esquemas conceptuales. Es una operación para historiar el largo instante

en que el vocabulario acostumbrado se vació de contenido por no describir ya las situaciones extralingüísticas, como consecuencia de la irrupción en la conciencia de un mundo que se *revolucionaba* y la emergencia de la experiencia temporal *moderna*. Esta experiencia se caracterizaba por el desencanto con el pasado y, contradictoriamente, su simultánea resacralización en términos de tesoro de experiencias pedagógicas, de panteón de fundadores, altar de héroes laicos y repositorio de proezas memorables donde se actualiza el espíritu nacional. Podríamos decir que la modernidad trajo consigo un dispositivo de musealización, discurso iconográfico urgente para unificar versiones y ratificar la estatura mítica de los vencedores.

En una lectura transversal, se entrevé el catálogo de mitos fundacionales que alimentan el ideario nacionalista mexicano. Sea el panteón de próceres que, tras el ajuste conceptual con el pasado diferenciando la primera revolución de Hidalgo de la segunda encabezada por Iturbide, excluía a este del repositorio sagrado decretado por el Supremo Gobierno de México de julio de 1823 (p. 181). Sea la lexicación del *liberalismo* como sinónimo de *civilización* efectuada por Guadalupe Victoria al cerrar las sesiones del Congreso Constituyente el 31 de enero de 1824, anatematizando por derivación a los monarquistas y borbónicos como enemigos de la nación (p. 204). Dialogando con nuestro autor podríamos traer a colación que en este horizonte el género

novelesco tiene su mayor difusión como medio privilegiado para hacer comprensible la existencia vivida en esos tiempos y como instrumento con el cual la nación toma plena posesión de sí misma, según recuerda Monsiváis en *Las herencias ocultas*.

El estallido conceptual que interesa a Zermeño fue aparejado también a la formación histórica de un espacio público, espera de opinión que dio forma al nuevo proceso de asimilación social a partir de criterios de distinción, ya no por sangre o derecho divino, sino basados en el gusto y la educación. La esfera pública se convirtió pronto en el lugar privilegiado desde el cual la modernidad produce apoteóticamente “tradiciones” mediante sistemas técnicos de comunicación. En este punto, que ocupa el primer capítulo de su libro, Zermeño desglosa la tesis de los modelos de modernidad política de Habermas y recuerda su réplica para el horizonte hispanoamericano por la escuela de François-Xavier Guerra, Annick Lempérière y Antonio Annino. Si bien Zermeño señala que en la década de los ochenta estos historiadores tuvieron un programa similar al de Cosío Villegas en su *Historia moderna de México* (1957), no hace referencia al estudio más agudo y emblemático, aunque poco consultado, de Edmundo O’Gorman, *México, el trauma de su historia* (1977), en cuyas páginas dio cuenta de las contradicciones de la modernidad mexicana por sus anclajes en la tradición.

El segundo capítulo está dedicado a la transformación del concepto de *revolución*, referido a la traslación de cuerpos celestes o a revueltas políticas, a una ruptura, a la instauración de un orden social. Este último sentido es más cercano en la prensa mexicana al elemento civilizador de Washington que a la experiencia de Robespierre y Marat. Obviando los impactos de 1789 que el propio Koselleck ya había percibido, se sostiene que la primavera de 1848 fue una revolución por sus fuertes cargas conceptuales al explicitar nuevas dualidades sintagmáticas, como *burguesía/ clase obrera* o *democracia/ movilización popular*, introducidas en México por Arriaga en 1856, celebradas como acometidas por Iglesias al triunfo de la revolución social de 1867 y consumadas por la “gloriosa revolución reformista” realizada por Juárez, según el testimonio de Zárate en el funeral del Benemérito en 1872.

Olvida Zermeño que la transición desde el uso del concepto de *revolución* con sentido astronómico al uso plenamente moderno fue mediada por un estadio semántico que en no poco esclarece su utilización en las décadas anteriores a 1911: y es que en los episodios históricos previamente aludidos era utilizado para definir aquellos movimientos que tenían como cometido reinstaurar un estado de cosas previo, revivificar un orden que había sido violentado: Grito de Dolores de 1810, Plan de Casa Mata de 1823, Plan de Ayutla reformado en Acapulco en 1854, Plan de

Tuxtepec de 1876 e incluso el Plan de San Luis de 1910, todos estos acontecimientos se inscriben en dicha lógica. El propio autor lo admite implícitamente cuando escribe que desde 1828 los revolucionarios se situaban fuera de la ley con el cometido de restaurarla, en el sentido suareciano. En consecuencia, acaeció su pronta devaluación semiótica, como se aprecia en las amargas lamentaciones de Carlos María de Bustamante y Sánchez de Tagle debido a que “las revoluciones (fiebre maligna de toda sociedad) se han vuelto entre nosotros intermitentes y periódicas” (p. 182).

En este estrato conceptual tiene razón Furet cuando advierte que la revolución no es una transición, es un origen y un fantasma de origen, por lo cual nos conmina a distanciarnos de las creencias de los propios actores en el significado del acontecimiento. En nuestra opinión, no fue sino hasta los planes de Tacubaya, de Emilio Vázquez Gómez, y de Ayala, de Emiliano Zapata, en 1911, y de Ciudad Juárez, pronunciado por Pascual Orozco el año siguiente, que el concepto se desdobló en un camino *ad innovatio*, en una franca ruptura con la forma de ser de las cosas. Si la constitución de 1857 buscó poner en orden el país actualizando (en el sentido de Bergson) el texto de 1824, el constituyente de 1917, aun cuando partiera del puerto anterior según el proyecto del Plan de Guadalupe, izó velas en otro rumbo: fundar una nueva nación, inventar su propia tradición y crear un nuevo lenguaje político apto para el,

así pretendido, naciente pacto social.

En el noveno capítulo, Zermeño analiza el uso histórico del término *mestizaje* procediendo según el método de Foucault, que le permite establecer “la dispersión [en una] estrategia, en un mecanismo descriptivo y general de las prácticas discursivas que son el soporte material del saber”.¹ En 1925 Vasconcelos convertía el mestizaje en problema filosófico, a manera de sustancia metafísica para su raza cósmica, imbuida del espíritu moderno. Esto fue posible por la semantización del *mestizo* en Andrés Molina Enríquez (1909) como tipo ideal de la mexicanidad. Pero este, a su vez, retomó los estudios de Vicente Riva Palacio, hacedor de la historia oficial del liberalismo triunfante, de Justo Sierra, arquitecto del proyecto educativo porfiriano, y de Francisco Pimentel, teórico de la economía política que, entre 1864 y 1866, fundió el concepto de *americanismo* denotado por José María Morelos y por Simón Bolívar en la tónica de la fusión de los mundos hispano e indígena.

Arquetipo de estas contradicciones constituyentes de la modernidad hispanoamericana puede encontrarse en el capítulo 10, sobre el tránsito que el concepto de *cacique* experimentó como consecuencia de la consolidación del régimen liberal y la victoria de Jesús González Ortega sobre las tropas de Miramón en 1867. El “cacique” pasó de referir a la autoridad tradicional que hacía

las veces de intermediario cultural a cambio de privilegios, a ser un déspota propio del estado salvaje, fuera de toda legalidad, que influía sobre las voluntades en el umbral electoral y disponía a capricho de los cargos de autoridad: “el verdadero cacique es diputado provincial perpetuo; no quiere serlo de las Cortes por preferir no abandonar el convento” (*Diccionario*, de Juan Rico y Amat de 1855, p. 305). Lo interesante es que en un régimen democrático los juegos de poder hicieron que el cacique no viera mermada su legitimidad al revestirse ahora como representante de los intereses populares contra el poder central, a la usanza de Manuel Lozada en el norte, Juan Álvarez en el sur o Santa Anna en la franja costera.

Zermeño también se ocupa de los debates en torno al rumbo que México debería tomar en sus instituciones de gobierno. Una vez independizada la nación, Fernández de Lizardi y Teresa de Mier coincidían en la necesidad de enseñar a ser libres, proeza por la cual, según Zavala y Mora, debía trabajarse sobre el espíritu y la reforma de las leyes. El problema emergió al definir los límites de este voluntarismo político, que dividió a los liberales en radicales, como Gómez Farías y después Ocampo, y moderados (Otero o

¹ Fernando Betancourt Martínez, *Historia y lenguaje. El dispositivo analítico de Michel Foucault*, México, UNAM/INAH, 2006, p. 63.

Comonfort). Fue en 1854 que el concepto de libertad ingresó a un nuevo espacio comunicativo con la hegemonía liberal y las leyes de Reforma: la libertad, indefinido progreso a la civilización, recuperando la fórmula de Zaragoza en su *Historia del Congreso*, encontró su más acabada clarificación semántica con la

obra de Gabino Barreda y su referente extralingüístico en el orden social porfiriano.

A vueltas con la cultura moderna² bien podría ser el subtítulo de esta obra, que pretende obtener una comprensión más compleja de los problemas de la formación del lenguaje político y la experiencia del tiempo inaugurados en el siglo XIX que

aquejan al presente de la historiografía.

Octavio Spíndola Zago
Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla

² Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, México, El Colegio de México, 2010.

Olivier Christin,
Vox Populi. Una historia del voto antes del sufragio universal,
Buenos Aires, SB, 2017, 234 páginas

Desde el prólogo, el libro se yergue como una reacción a la asociación entre democracia moderna y clásica, a la confusión entre deliberar, votar y decidir, a la confiscación liberal de la Historia del voto, a la invención de una genealogía fabulosa que hace de Inglaterra (menos de Estados Unidos y de Francia) la descendiente de la Atenas de Pericles, a la confusión entre el régimen representativo y la república que sugiere que la democracia directa no es república. Uno de los méritos de este trabajo es acometer esta labor con sutileza, inteligencia y erudición.

Vox Populi no ofrece una historia de las formas del voto durante el período del voto censitario; tampoco la historia de cómo se llegó a la universalización del sufragio. Poniendo a prueba la interpretación clásica, resultado de una mezcla de “anacronismo tranquilo y de etnocentrismo feliz”, el autor propone una arqueología de las prácticas electivas en Occidente antes del gobierno representativo.

Al impugnar el “anacronismo tranquilo” y el “etnocentrismo feliz”, el autor también rompe con los relatos teleológicos y con ello se inscribe en una forma de comprender la historia política. Al reconstruir minuciosa y prolijamente las prácticas, las reglas y los procedimientos de distintas formas de “elegir”,

revela hasta qué punto las historias teleológicas habían desconocido a las sociedades en la que esos procedimientos tenían lugar.

Si bien el libro, como ya se ha dicho, no se interesa en una historia del sufragio nos enseña mucho sobre las elecciones. De hecho, nos conduce a un mundo fascinante: el de las prácticas electivas en Europa occidental entre los siglos XVI y XVIII. Para ello, reconstruye las variadas formas en las que se proveyó de autoridades a una serie de instituciones a través del voto en un período particular. Por sus páginas desfilan cofradías, hermandades, universidades, municipalidades, la Iglesia.

Despojado del etnocentrismo aludido, Christin nos ofrece una verdadera historia: no se inscribe en un proceso del cual anticipa sus implicaciones, no presume que las consecuencias se verán en los siglos siguientes: reposa en el tiempo; reconstruye y problematiza una serie de procedimientos que se forjaron para resolver un interrogante y con los instrumentos disponibles.

El primer capítulo examina las transformaciones producidas en el gobierno de las ciudades entre la Edad Media y el mundo moderno. La historiografía tradicional presentaba las elecciones como confiscadas por la rivalidad entre notables y por los oficiales y los representantes del rey. Según

esa historiografía, el debilitamiento del régimen comunal, la desaparición de las prácticas democráticas y la transferencia del poder hacia las élites sociales surgieron de la acción del proceso de centralización estatal y la consolidación del poder monárquico. El proceso, sin embargo, muestra una serie de regularidades institucionales y la perdurabilidad de la retórica republicana, la vitalidad de formas de elección disputadas e, incluso, la progresión de la regla mayoritaria.

El segundo capítulo se concentra en la expansión de las “sociedades electivas”, como las asociaciones, las fraternidades, las corporaciones, las universidades y las academias y muestra cómo, en esas diversas asociaciones, la progresión de la decisión mayoritaria está relacionada con la autonomía creciente de grupos colegiados. Ese surgimiento, cuya eclosión se consolida en el siglo XII, obligó a los juristas a distinguir un cuerpo de una reunión fortuita de persona y, por lo tanto, cuándo un cuerpo podía ser considerado como una persona jurídica. Pero, aun más, argumenta Christin, fue preciso comprender el vínculo entre el cuerpo, así creado, y los miembros individuales que lo componían de modo de resolver el problema de cómo podría ser gobernado. Este punto, obviamente, remite a la

cuestión de la progresión de la decisión mayoritaria en el seno de esas instituciones. Dos condiciones contribuyeron a afirmarlo: por un lado, la contracción y la estabilización de los colegios electorales a través de mecanismos como la instauración del quórum; por otro lado, el estatus jurídico que esos grupos adquirieron a través del concepto de “persona jurídica”, o “persona ficta”, de modo que la colectividad ya no pudiera ser más pensada como una suma de individuos sino como una *universitates*. Así, el gobierno de los cuerpos y su conversión en una entidad cuyas decisiones pudieran ser expresión de la totalidad aunque no expresaran la unanimidad, se inscribe en el progreso de la aceptación de la idea de la decisión mayoritaria.

El capítulo tercero recurre a la compulsa de diccionarios con la finalidad de comprender cuáles fueron las categorías interpretativas de que disponían los actores y, sobre todo, cuáles eran los “recursos lexicales” con los que se podían pensar los procedimientos electorales. El capítulo se inscribe en una historia conceptual, preocupado por desentrañar las formas del lenguaje político. En esos diccionarios, Christin observa el lugar del derecho canónico, que “constituyó la matriz de los procedimientos electorales modernos” (p. 135) y, sobre todo, las formas particulares en las que se pensaba la elección, según fueran debidas a la “inspiración”, cuando se elige por un simple consentimiento, al compromiso, cuando se elige por el juicio de dos o tres personas, o a la inquisición, *scrutinium*, cuando se elige a uno o dos para recolectar

secretamente los sufragios que se publican.

De este modo, Christin subraya el rol esencial de la iglesia medieval como uno de los teatros de conflictos teóricos y de prácticas en torno de la producción y la legitimación de la decisión colectiva y, sobre todo, de la necesidad de obtener el consentimiento de aquellos sobre quienes se ejerce la autoridad. El mundo eclesiástico se agitó durante mucho tiempo en torno de la cuestión de cómo decidir en ausencia de la unanimidad. Así, no solo los Papas fueron beneficiarios de los procesos electorales sino que la acumulación de formas electivas dio lugar a un notable trabajo de codificación jurídica y, sobre todo, teológica; aun más, el dogma, la interpretación de la Palabra revelada también fue sometida al voto en numerosas asambleas y concilios. La búsqueda de la Verdad también empezó a incluir una forma vinculada con el número de votos.

El capítulo cuarto está dedicado a examinar la amplitud de las diferencias que separaron a las instituciones forjadas en el Antiguo Régimen, como los Estados Generales, de aquellas que surgieron en el proceso que condujo a una revisión completa de las formas de la representación y que se expandieron en la creación de las nuevas asambleas modernas. Christin muestra hasta qué punto el conjunto de revoluciones del siglo XVIII introdujeron una ruptura radical en el mismo momento en que los Estados Generales se convirtieron en Asamblea

nacional. Para ello, discute cómo la disposición de las personas reflejaba la imagen de la sociedad: a una sociedad jerarquizada correspondía una representación desigual y determinada por el lugar jurídico de las personas. A la inversa, las salas en las que se reúnen los representantes en la Asamblea Nacional ordenadas, al mismo tiempo, para expresar física y simbólicamente su situación de igualdad. Los arquitectos modificaron la disposición de las salas con la finalidad de “reproducir” la situación de igualdad que acompañaba la nueva imagen de lo social; los representantes fueron puestos en situación de igualdad y estaban bajo la mirada del orador que encarnaba al pueblo. El contraste no podía ser más completo. A la izquierda del rey la nobleza, y el clero a la derecha, el tercer estado lejos pero frente al rey, cada uno de los Estados reproducía la “situación social” que le pertenecía y que reproducía su estatus y rango. Los representantes expresaban la diferencia social y la disposición que los reunía estaba diseñada para confortarlos en esa diferencia.

Pero si los diferentes capítulos exploran una panoplia de temas conexos y diversos, el libro concluye con una meditación que ya no reposa sobre la historia sino sobre la reflexión política contemporánea. Christin retoma los análisis recientes respecto de los costos y los peligros de la decisión mayoritaria para observar que esa impugnación se construye en nombre de la imperiosa necesidad de preservar derechos de la

minoría, para delimitar espacios en los cuales aplicar legítimamente la regla de la mayoría.

Al examinar las prácticas electivas previas al surgimiento de los principios modernos de gobierno representativo, el libro permite comprender que ninguna forma política puede ser permanente; que su atribuida perennidad no puede ser sostenida. Por lo tanto, no solo retrata una historia; reflexiona y avanza sobre las dificultades que se observan en los disfuncionamientos de las instituciones cuya historia se retrata con la finalidad de avanzar en el análisis de su posible discusión; o sea, resituarlas en la historia que las

recubre y que, quizá, les está dando una señal de alarma o un toque de retirada.

Así, la historia de cómo se impuso la regla de la mayoría no puede verse como una expansión continua en la que, ahora, agregaremos nuevas categorías de ciudadanos, luego de haber incorporado a los pobres, a las mujeres y a los extranjeros. La política del mundo contemporáneo no requiere de nuevas incorporaciones; por el contrario, exige reflexionar acerca de los límites y los espacios de aplicación de la regla mayoritaria. Parte del interés del libro, entonces, es que retoma una vieja intuición de algunos autores que, en su

momento, hicieron la crítica a la regla de la mayoría: no es posible regular la vida democrática solo aplicando la regla de la mayoría; dicho de otro modo, es factible que existan espacios sociales en los cuales la legitimidad, por otro lado incontestable, de la regla de la mayoría deba combinarse con otras formas. Así, el libro, reconstruyendo una historia, preanuncia una discusión política que concierne a una mejor comprensión del funcionamiento de la democracia.

Darío Roldán
UTDT/CONICET

Richard Hibbitt (ed.),
Other capitals of the Nineteenth Century. An alternative mapping of Literary and Cultural Space,
Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2017, 281 páginas

La mayor potencialidad de los textos que Walter Benjamin reunió en torno al título “París, Capital del siglo XIX” se ha demostrado menos en la confirmación empírica de aquella provocativa hipótesis sobre la centralidad de París como ícono de la modernidad, que en la habilitación de exploraciones múltiples sobre las variables cartografías culturales territorialmente situadas y en las tensiones entre ciudades por concentrar los atributos dominantes de la vida moderna. En esta línea de indagación, a través de una relectura de Raymond Williams, pero también apoyándose en David Frisby y Edward Said, Richard Hibbitt reunió una docena de ensayos que se proponen repensar la geografía de la producción literaria mediante el estudio del lugar, la función y la proyección de un conjunto de ciudades en el cambiante mapa de las referencias regionales e internacionales del siglo XIX. El esfuerzo específico de los trabajos compilados por Hibbitt radica en ofrecer una mirada relacional sobre los procesos de consagración de algunas ciudades como “capitales”, desplazando la mirada desde los centros tradicionalmente dominantes en un espacio nacional o imperial hacia otras urbes intermedias, a veces ciudades provinciales cuyo estatuto simbólico representa

un tipo particular de distinción respecto del canon metropolitano; a veces ciudades “coloniales” cuya dinámica cultural creció a la sombra de la gran capital, pese a su distancia territorial de los mercados de consagración.

El libro compilado por Hibbitt participa del “giro espacial” (*spatialturn*, según Edward Soja) en las ciencias sociales y humanas, vigente al menos desde fines del siglo XX, y que reconoce en Fernand Braudel y Carl Schorske algunos de sus principales referentes. Así es que la exploración cartográfica de los ensayos del volumen dialoga tanto con las matrices interpretativas que toman la relación “centro-periferia” de las investigaciones de Immanuel Wallerstein, como con las reflexiones de Benedict Anderson sobre la constitución de los nacionalismos en tanto “comunidades imaginadas”. En la muy interesante introducción al libro, Hibbitt ofrece un recorrido por el conjunto de investigaciones afines a esta sensibilidad espacial en el análisis de la producción literaria y su conexión con las diversas culturas urbanas. En este sentido, la recuperación de la noción de “semi-periferia” resultaría decisiva para dar cuenta de realidades culturales territorial y socialmente más complejas: la condición “semi-periférica” de Copenhagen, San

Petersburgo o Turín resulta relativa respecto de ciertos centros, aunque medular en proporción a sus “hinterlands” culturales.

De este modo, los trabajos reunidos expresan una notable preocupación por amplificar las indagaciones sobre la dinámica del campo literario en horizontes *más allá de París* (tal el nombre de la primera parte del libro). El resultado de esta perspectiva es una enriquecida mirada sobre la República Mundial de las Letras, en buena medida en la línea que Casanova exploró casi veinte años antes. Solo que en este caso Hibbitt profundiza el desarrollo de las “otras capitales culturales”, aquellas menos visitadas por el proyecto de Christophe Charle y Daniel Roche, parcialmente atendidas en el exhaustivo mapa del espacio cultural transnacional de Anna Boschetti, o menos representativas en el sistema literario mundial estudiado por Franco Moretti. El diálogo de los diferentes capítulos del libro con el “geocriticismo” de Bertrand Westphal resulta en exploraciones interesantes y sugerentes. El concepto de “nodo”, en tanto punto de contacto entre géneros literarios, tradiciones intelectuales o instituciones, orienta el diseño del mapa cultural del siglo XIX, dando cuenta del lugar de la nación en la regulación de ese mercado de

bienes simbólicos, aunque enfatizando explícitamente el accionar de los agentes concretamente involucrados en los flujos de textos, obras musicales o concepciones arquitectónicas. Así, el libro invita a explorar modos particulares de construcción de “espacialidades”, el lugar de algunas ciudades en dichos procesos y la participación de diferentes agentes (escritores, editores, críticos o artistas) en la configuración de los mapas culturales. El capítulo final del libro, de autoría de Hibbitt, presenta la novela simbolista como “capital transnacional”, forma literaria que, de algún modo, serviría como centro aglutinante, desmarcado nacionalmente, para la expresión de imaginarios urbanos de la modernidad.

Si en la primera parte del libro los ensayos se ocupan de alejarse del “meridiano de Greenwich literario” parisino para abordar las modulaciones efectivas de la vida literaria en espacios “intra-nacionales” o examinando la coyuntura de centros como Bruselas, Constantinopla o Melbourne, la segunda sección del libro avanza sobre los estudios de casos que sugieren hipótesis para repensar el lugar central de París, desde Marsella o Munich. El capítulo de Josephine Donovan examina la literatura usualmente clasificada como “localista” (*local-colour literature*) a partir de la consideración de las regiones como “naciones culturales”, es decir, territorios con un grado de autonomía variable respecto del centro hegemónico, donde se organizan formas identitarias meta-nacionales ocasionalmente fuertes, y que construyeron una

vasta red transnacional de relaciones entre los productores literarios. Muchas veces desestimada, esta literatura regionalista ilumina rincones, en su circulación y apropiación, en el interior de los espacios nacionales, devolviendo una imagen enriquecida de las relaciones culturales. Esa tensión entre localismo y cosmopolitismo es transitada por Lynn Wilkinson en su ensayo sobre Germaine de Staël y Georg Brandes. Allí, la autora sostiene que la persecución y el exilio fueron motores para la conformación de espacios transnacionales de intercambio cultural en regiones “periféricas” como Suiza o Dinamarca. Tanto para la Baronesa como para el crítico danés que añoraba una renovación cultural escandinava, la libertad política en otras latitudes permitió el desarrollo intelectual que no encontraban en sus lugares de origen.

Dos ensayos son destinados a analizar el sitio Bruselas en el mapa literario transnacional. Como sostiene Theo D’haen, la capital belga fue, a lo largo del siglo XIX, menos una “versión menor” de París y más un centro de notable dinamismo cultural, polo de atracción para exiliados políticos, artistas y escritores que encontraron en esa ciudad en rápida expansión las condiciones de posibilidad para su desenvolvimiento. En buena medida la bifacialidad lingüística y la situación geopolítica belga, tensionada entre los Países Bajos, Francia y Alemania, permitieron el crecimiento de expresiones culturales cosmopolitas, rebeldes a los moldes nacionalistas e impulsadas por una burguesía industrial en

franca progresión. En este sentido, el capítulo de Laurcen Brogniez, Tatiana Debroux y Judith le Maire, ofrece importantes claves para comprender ese vertiginoso ascenso de Bruselas como un centro cultural. Investida de su estatus de capital del novísimo Estado belga a partir de 1830, luego metrópolis imperial a fines del siglo, Bruselas configuró una animada escena literaria, atractiva para los experimentos de vanguardia estética y albergue privilegiado de escritores y músicos desplazados de otros centros culturales más jerarquizados.

Como contrapunto respecto del caso belga, el libro de Hibbitt sugiere a Constantinopla y Melbourne como variantes de capitales culturales alternativas en el siglo XIX. Hande Tekdemir presenta a la capital del Imperio Otomano en su ambivalente condición de ciudad entre continentes, como un notable ejemplo donde antes que la imagen orientalizada de urbe caótica, los relatos de viajeros occidentales “descubren” la modernidad de la ciudad y su impronta de centro de un universo religioso y político casi desconocido. En este caso, Tekdemir analiza cómo la construcción de la ciudad dependió de las “representaciones textuales” producidas en Occidente a la vez que de la propia transformación de la relación entre Constantinopla y los demás centros urbanos islámicos. Otro caso de tránsito a la modernidad lo ofrece la ciudad australiana que estudia Timothy Chandler, donde su condición de “capital colonial” en fervorosa expansión

poblacional y económica desde 1850 atrajo la atención de intelectuales británicos que pronto la imaginaron como la futura Londres.

La segunda parte del libro procura, a través de cinco ensayos, visitar el lugar de París como capital cultural, no apenas con una propuesta pesimista sino complejizando el modo en que la condición hegemónica de la capital francesa fue aceptada o disputada. Anna Lushenkova Foscolo revisa la recepción francesa de la novela de Krestovsky sobre los bajos fondos de San Petersburgo, para mostrar el recorrido del género entre París y la ciudad rusa. De este modo, muestra cómo el modelo de la obra de Eugène Sue ofreció claves de lectura desde la crítica de la realidad social. Sin embargo, y de modo original, la autora exhibe la desigual transferencia en la traducción del libro de Krestovsky al francés, el cual publicado en la prensa parisina sin el reconocimiento del autor apeló a la exageración de los estereotipos rusos en vistas del perfil literario que los editores parisinos solicitaban para la literatura de masas.

Esa centralidad parisina es asimismo reconsiderada a partir de sus relaciones con otros centros urbanos como Marsella,

Bayreuth y Munich. Michael G. Kelly, en su ensayo sobre la temprana novela de Émile Zola *Les mystères de Marseille* (1867), exhibe el modo en que la ciudad es presentada como una capital cultural alternativa a la dominante París en tanto importante puerto del Mediterráneo. Antiguo emporion griego, Marsella representa la noción de “capital local” del sur francés vinculada con la tradición cultural italiana. Kelly argumenta que la “novela provinciana” de Zola permite pensar un mapa literario francés plural en vías de transformación hacia la concentración de recursos simbólicos en la capital política. En ese proceso, mientras que París fue reconocida como el gran centro indiscutible de la vida cultural francesa, dos ciudades alemanas cuestionaron, de modos disímiles, su capitalidad europea. Nicholas Vazonyi propone una estimulante lectura del rol de Bayreuth como “anti-capital” de la ópera europea. El Festival organizado por Richard Wagner buscó construir un ámbito alejado de las sedes tradicionales de la música y el espectáculo. Ante problemas financieros para continuar su obra, Wagner encontró en el patronazgo de los miembros de la alta burguesía regional y en

la distanciada ubicación de Bayreuth la combinación para propulsar una capital cultural alternativa. Finalmente, Margit Dirschel expone la génesis y el desarrollo de la “Schwabinger Bohème” muniquesa como expresión particular de una centralidad cultural estimulada por el faro parisino en contraposición a las tradicionales urbes germano parlantes, Berlín y Viena. Dirschel indica cómo el aparente provincianismo literario de buena parte de los intelectuales de la bohemia de Munich logra articular una extensa trama de contactos entre escritores y críticos más allá de las fronteras imperiales.

El libro compila una serie de capítulos sugerentes en sus proposiciones. Aunque de dispar resolución argumentativa, la propuesta conceptual del libro de Hibbitt resulta atractiva, especialmente en vistas de complejizar las coordenadas de una geografía cultural de escalas no siempre sólidamente atendidas. En síntesis, un estímulo interesante para pensar las “otras capitales culturales” en el interior de los espacios nacionales en América Latina.

Ezequiel Grisendi

PHAC-IDACOR-UNC/CONICET

Claudio Ingerflom,
El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo,
Prohistoria, Rosario, 2017, 248 páginas

El reciente aniversario de la revolución de 1917 alentó la aparición de nuevos y estimulantes estudios acerca de los hechos de Octubre y de la experiencia soviética. En este panorama, el libro *El revolucionario profesional* del historiador argentino Claudio Ingerflom no es una excepción. El trabajo ofrece un análisis original y riguroso del concepto del revolucionario bolchevique tal y como quedó plasmado en las páginas del célebre *¿Qué hacer?*, de 1902. Pero, además, el estudio propone una mirada sobre la historia revolucionaria rusa que, a diferencia de gran parte de la literatura existente, aspira a reconstruir la red de conceptos producida en el contexto político de la Rusia zarista, desentrañando el lenguaje y las aporías conceptuales de sus propios actores.

La investigación se propone como objetivo reconstruir el pensamiento político de Vladimir Ilich Uliánov, intentando ir más allá de su lenguaje marxista hasta desentrañar una inserción conceptual más profunda: la que conecta el pensamiento del líder revolucionario con las reflexiones de autores populistas como Aleksander Herzen y Nikolai Chernyshevski, preocupados en el siglo XIX por pensar las condiciones de posibilidad de una revolución democrática y socialista en la Rusia de los

zares. El trabajo de Ingerflom abre así nuevas perspectivas de indagación sobre las fuentes intelectuales de la Revolución de Octubre, permitiendo comprender mejor la lógica y las contradicciones de los lenguajes políticos que primaron durante el período tumultuoso que atravesó la Rusia imperial entre la revolución de 1905 y la llegada al poder de los bolcheviques en 1917.

Para comprender el pensamiento de Lenin, sostiene Ingerflom, es preciso comenzar a partir de las especificidades de la Rusia de los zares y sumergirse en la estructura conceptual misma de su sistema político. Según el autor, si la experiencia política de las democracias occidentales descansa sobre una lógica de representación inmanente según la cual los individuos se constituyen en un pueblo y legitiman la acción de un soberano, la autocracia rusa se levantaba en cambio sobre una lógica despótica y patrimonialista, legitimada sobre principios religiosos y ajena a cualquier forma de conciencia contractualista entre gobernados y gobernantes. Es hacia dentro de esta estructura conceptual que cobra sentido el pensamiento revolucionario ruso, cuyo dilema fundamental residirá ante todo en la necesidad de desarrollar una estrategia capaz de establecer

formas de solidaridad horizontal entre individuos que se encontraban aislados y sometidos a la voluntad del soberano. Y el pensamiento de Lenin, sostiene el autor del estudio, debe interpretarse en el marco de esta misma lógica, como un programa destinado a romper la verticalidad de la dominación despótica para hacer de los rusos un pueblo en un sentido político moderno.

El trabajo de Ingerflom reconstruye el sentido de esta ambición democrática en el pensamiento de Lenin y rastrea en sus escritos las huellas de la tradición populista rusa. El autor repone aquí la influencia que el legado intelectual del populismo tuvo sobre el joven Lenin, posando gran parte de su atención sobre el efecto que la lectura del primer *¿Qué hacer?*, la novela clásica de Nikolai Chernyshevski, tuvo sobre Vladimir Uliánov tras la ejecución de su hermano Aleksander. No obstante, Ingerflom no lee el clásico de Chernyshevski reproduciendo las interpretaciones tradicionales y centradas en la figura de Rajmetov, el revolucionario profesional de la novela que inspiró a generaciones de militantes rusos durante el último siglo y medio. En cambio, el autor subraya que la conexión del leninismo con el pensamiento populista residía no solo en este imaginario clásico de sacrificio

y eficacia revolucionaria, sino también en una visión antropológica más amplia, tan presente en las líneas de Chernyshevski como en los escritos de Lenin, que veía la necesidad de terminar con el orden social autocrático, marcado por el servilismo y la arbitrariedad del poder, como una condición *sine qua non* de la revolución.

Además de iluminar los rasgos democráticos y modernos en el pensamiento político de Lenin, así como de examinar en detalle la antropología que anima sus reflexiones, el trabajo señala que los escritos de Ulianov descansaban sobre una singular concepción de la historia que en gran medida también se insertaba en la tradición del populismo. Ingerflom subraya que uno de los elementos que enlazaba el pensamiento de Lenin con la tradición populista, y que finalmente permitiría al líder revolucionario abrir un espacio para pensar lo político en clave moderna a pesar de las tendencias deterministas de la tradición marxista, era precisamente la idea, cara a los populistas, de que la historia no tiene un camino trazado a priori. Aquí el autor realiza una lectura de los escritos de Lenin en clave periférica que devela una cierta influencia del pensamiento poscolonial: es que si Lenin fue capaz de pensar la política en clave moderna, sostiene, fue al menos en cierta medida gracias a que, pese a que su concepción del socialismo abrevara en fuentes europeas, pudo reconocer que una estrategia revolucionaria exitosa tenía que arraigar también en las especificidades

de un contexto autocrático ruso en el cual era imposible la formación de solidaridades horizontales entre los individuos y la constitución de clases sociales en un sentido moderno. Parte de la virtud de Lenin residió entonces en entender que el horizonte del socialismo estaba atado en Rusia a la necesidad de transformar el despotismo en democracia, y que este proceso debía ser motorizado por un partido político revolucionario que articulara las reivindicaciones anti-autocráticas de todos los sectores de la población.

Pese a todo, el estudio señala no solo las potencialidades democráticas del pensamiento de Lenin, sino también sus severas limitaciones. La operación conceptual de Ulianov, que puede ser entendida como una reactualización marxista del pensamiento populista, también estaba plagada de contradicciones: como pone de manifiesto el autor de la investigación, aunque Lenin reconociera la necesidad de instituir un pueblo activo y abriera así un espacio para pensar la política en clave moderna, en última instancia su pensamiento inspirado por el socialismo científico no podía conceder autonomía a aquellas clases sociales que pretendía ayudar a constituir a través de su acción revolucionaria. Esta incapacidad de admitir a las clases como actores autónomos, que Ingerflom interpreta como los residuos de un vicio autocrático en las reflexiones de Lenin, marcaría profundamente el derrotero de la revolución de octubre y de la

experiencia soviética a lo largo del siglo xx.

En conjunto, el libro *El revolucionario profesional* comporta una serie de virtudes que es preciso subrayar. En primer lugar, la investigación reposa sobre un abanico rico y diverso de fuentes que van desde la producción literaria rusa del siglo xix hasta los escritos políticos y los documentos personales de Vladimir Lenin, a la vez que propone una mirada singular y sugestiva de la antesala intelectual de la Revolución de Octubre, lo que la convierte en un valioso aporte para la historiografía del pensamiento político ruso. En segundo lugar, el estudio comporta además un valor no solamente historiográfico, sino también filosófico, pues nos invita a repensar a través del prisma del pensamiento leninista algunos de los dilemas más acuciantes de la política moderna. Por un lado, el texto invita a considerar algunos de los problemas centrales que se plantean a todo proyecto de transformación que tiene lugar en los márgenes del mundo occidental, y que se derivan del difícil maridaje que existe entre teorías surgidas del centro y realidades sociales periféricas: la operación intelectual del pensamiento leninista, con sus intentos de pensar el socialismo científico en las condiciones históricas específicas de Rusia, produce resonancias que en gran medida interpelan a los estudiosos del pensamiento de izquierda argentino y latinoamericano. Por otro lado, la ambición leninista de instituir un pueblo allí donde el poder autocrático pretendía impedirlo despierta también preguntas que

invitan a una reflexión filosófica más general acerca del contexto político global actual, marcado en gran medida por la persistente crisis de representación, el agotamiento de los canales tradicionales de la participación política y la masificación de formas de vida crecientemente individualizadas que, a la vez que mundializan los consumos, vuelven difícil la

formación de solidaridades horizontales universalistas.

En resumidas cuentas, uno de los valores del trabajo de Ingerflom reside en gran medida en su capacidad de despertar una reflexión que ciertamente trasciende los límites de la historia rusa, a la vez que sobrepasa también las fronteras disciplinares de la historia política e intelectual.

Se trata de un trabajo riguroso, estimulante y original, capaz de interpelar al lector en clave histórica y filosófica acerca de los problemas políticos del pasado y del presente.

Agustin Cosovschi
CETOBAC / Humboldt
Universität zu Berlin

Christian Ingrao,
Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las ss,
Barcelona, Acontilado, 2017 (trad. del francés de José Ramón Monreal), 624 páginas

En su detallado e imprescindible informe sobre el juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén, Hannah Arendt formuló la controvertida sentencia de que el teniente coronel de las ss nazis –acusado de haber cometido delitos contra el pueblo judío, crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra– “sencillamente, no supo jamás lo que hacía”.¹ Arendt, al sostener que el mal radical había sido puesto en práctica por hombres ordinarios, cuya irreflexividad y falta de imaginación los había predispuesto a cometer los crímenes más atroces, desafiaba así a quienes querían hacer de Eichmann un monstruo inhumano. Eichmann resultaba así tan solo un burócrata, que había cumplido órdenes con una diligencia extraordinaria, con el fin de obtener progreso personal. Si bien el escrito de la filósofa alemana se centraba en el desarrollo y los fundamentos del juicio, esta acotación acerca de la personalidad de Eichmann resultó revulsiva para sus lectores, pues proponía una respuesta al interrogante acerca de qué tipo de hombres habían sido capaces de poner en práctica, sin vacilaciones, un genocidio de tal magnitud.

Podría decirse que en *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las ss*, Christian Ingrao se propone responder un interrogante similar al que daba respuesta la

idea arendtiana de la banalidad del mal, pero haciendo hincapié, esta vez, en el sistema cultural que hizo posible a los cuadros intelectuales de las ss. Tal como lo declara en el prólogo, Ingrao se propone “ver el nazismo como un sistema de creencias que se traduce en prácticas y discursos específicos [...] recorridos por unas emociones que eran distintas de las percibidas por las ciencias políticas y la sociología” (p. 11). De este modo, para Ingrao, el aspecto afectivo se vuelve una de las principales claves de interpretación del “sistema de creencias nazi” de los intelectuales de las ss. Así, el autor divide su trabajo –fruto de su tesis de doctorado defendida en la Universidad de Amiens en 2001– en tres partes, las cuales siguen un orden cronológico.

La primera parte de este extenso trabajo monográfico trata de los años de juventud y formación de los ochenta licenciados, economistas, juristas, lingüistas, filósofos, historiadores y geógrafos que forman el grupo de nazis objeto de estudio de Ingrao. Se trata, cabe aclarar, de hombres que estrictamente participaron como agentes de las ss (en especial del Servicio de Seguridad, el SD) en el intento nazi de exterminio de los judíos de la Europa del Este y no de intelectuales afiliados al Partido Nazi en general, ni

siquiera de los cuadros más prominentes de las ss, como Eichmann. Es decir, fueron a su vez, y principalmente, responsables de los comandos móviles de ejecución que llevaron a cabo el asesinato en masa de judíos en el Este a partir de 1941. Este objeto de estudio, que parecería acotarse a un grupo específico de intelectuales, termina siendo de todas maneras muy vasto ya que el autor se detiene en aspectos particulares de las biografías de estos hombres, lo cual hace difícil la identificación de cada uno de ellos al lector no experto. De todas maneras, aparecen ya en este primer capítulo definiciones importantes, como la representación de la Gran Guerra que, a través de la prensa, las imágenes y la escuela, moldeó la mentalidad de estos hombres en su infancia. Según Ingrao, “La Gran Guerra era vista así como una lucha defensiva en la que estaba en juego la suerte de una Alemania enfrentada con un enemigo [...] que se distinguía por la inhumanidad de sus métodos de luchas” (p. 23). Para el autor, la representación de un “mundo de enemigos” hostil a Alemania, surgida de la derrota en 1918, perdurará en el modo de sentir de estos

¹ Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2003, p. 171.

hombres hasta el final de sus días y jugará un papel importante en la justificación de los crímenes genocidas que llevarían a cabo en su adultez. Ingrao también se detiene en el paso de estos intelectuales por la militancia universitaria, en la que afianzaron su discurso nacionalista y populista, es decir, su militancia *völkisch*, de matriz racista y anti-semita. Finalmente, en el último capítulo de esta parte, el autor describe la “nazificación del saber” por parte de estos hombres, que comenzarán pronto a combinar sus labores académicas con su militancia comprometida en el SD.

En la segunda parte de *Creer y destruir* (“La entrada al nazismo: un compromiso”), Ingrao se detiene en la consolidación de la teoría que motiva el actuar nazi: el determinismo racial nordicista, formulado por Hans F. K. Günther. Si bien el artífice intelectual del determinismo racial nazi no está incluido en la nómina de hombres analizados por Ingrao, se reconoce que con el triunfo de las posiciones Günther entre 1929 y 1930, “los tres componentes del imaginario biológico de las ss se han fusionado: determinismo racial, nordicismo y antisemitismo de formulación erudita” (p. 119). A lo largo de lo que resta del libro, el autor recurrirá habitualmente al determinismo racial nordicista y a la idea del “mundo de enemigos” para explicar las razones que motivaron a estos intelectuales a adoptar y abrazar la actitud ofensiva y criminal contra sus supuestos enemigos. En resumidas cuentas, la idea de la superioridad étnica de los

elementos nórdicos en la poblacion alemana y la representacion de un enemigo bárbaro y hostil que incluía a los judíos, a los comunistas y a otras comunidades “enemigas”, justificaban –en las representaciones mentales de estos intelectuales– su accionar asesino. Luego de detallar minuciosamente los diversos modos y tiempos en que estos hombres ingresaron al Servicio de Seguridad del Partido Nazi, Ingrao se detiene en las funciones que cumplieron como funcionarios, cuyos vectores principales eran la lucha contra el enemigo y el control y evaluación del “espacio vital alemán”, que los nazis pretendieron expandir, en un primer momento, con su política de ocupación de Austria, los Sudetes y Checoslovaquia. Los intelectuales de las ss, quienes se vieron involucrados en estas campañas, habrían pasado de representarse un mundo de enemigos a pergeñar la idea del nazismo como “la providencia milenarista” (p. 248).

En la tercera parte de esta monografía (“Nazismo y violencia: el paroxismo de 1939-1945”), que ocupa más de la mitad de libro y que constituye tal vez su parte más significativa, se analiza la campaña contra el Este y su ocupación (*Osteinsatz*) dirigida por los grupos de operaciones (*Einsatzgruppen*) bajo el mando de las ss. Aquí Ingrao se aparta del seguimiento detallado de la trayectoria de los intelectuales en cuestión para abocarse a describir, con precisión, minuciosidad y destreza archivística, la máquina de guerra nazi en el frente del Este. Señala, además,

que los intelectuales se habían tenido que adaptar a un “sistema normativo coercitivo que [...] esperaba de ellos que unieran la práctica al discurso” (p. 248). De esta manera, a lo largo de este tercer capítulo –y aquí se encuentra una de las debilidades de este estudio– el lector pierde de vista por completo la especificidad intelectual de estos hombres, que son más bien tenidos en cuenta en tanto ejecutores y facilitadores del genocidio que desde las altas esferas del Tercer Reich se promueve. En otras palabras, su labor se vuelve burocrática. Para evitar caer en esta debilidad, Ingrao sugiere repetidas veces que la formación intelectual de estos hombres, su ferviente compromiso con el “sistema de creencias nazi”, servirá para incentivar en sus subordinados el desafío que suponía el asesinato en masa de hombres, mujeres y niños. Para ilustrar esta tarea, en el capítulo 9 Ingrao ensaya largas descripciones de los métodos implementados en cada grupo para las matanzas masivas, complementándolas con extensas citas de archivos, que incluyen correspondencia entre los soldados y sus familias, partes enviados por los grupos de operaciones y alegatos expresados en el juicio al que años más tarde fueron llevados algunos de estos intelectuales. El horror de los crímenes cometidos por estos grupos es presentado por Ingrao con singular ascetismo, quien se centra en los modos de ordenamiento y planificación que se implementaron para mitigar la repugnancia experimentada por los soldados ante el trabajo de matar. Los

intelectuales –sostiene el autor– desempeñaron “un papel decisivo en la organización y la codificación de las prácticas de violencia, concibiendo y desarrollando las técnicas de exterminio, de gestión del carácter transgresor de la violencia y de legitimación de la acción genocida” (p. 433). Sin embargo, podría pensarse que no se requería un entendimiento demasiado complejo intelectualmente para poder tener éxito en estas tareas. Quizás, el solo hecho de haber transitado por la universidad los convertía en intelectuales, definición que no se explicita en el texto.

Finalmente, Ingraio evalúa las reacciones de aquellos miembros de este grupo que sobrevivieron a la derrota alemana en 1945, reacciones que van desde la continuación de su militancia a través de guerrillas clandestinas, hasta el retrainamiento o fuga al extranjero. En el último capítulo, tal vez el más interesante del libro, Ingraio se detiene en los juicios a los que fueron sometidos estos hombres, en su mayoría juzgados ante el Tribunal Internacional Militar en los

Estados Unidos entre 1947 y 1948. Reproduce aquí el alegato de Otto Ohlendorf, quien había organizado una estrategia de defensa coordinada con otros acusados que, sin embargo, no cosechó éxitos dado que fue finalmente sentenciado a la pena capital. El alegato revela en toda su complejidad una fundamentación intelectual –por supuesto errónea y perversa– del sistema de creencias nazi. Sin embargo, aunque se citen extensas partes de este discurso, Ingraio no se detiene particularmente en su análisis.

En síntesis, *Creer y destruir* sorprende más por su pericia archivística y por sostener correctamente las tesis de las cuales parte que por su descripción histórica o por sus desarrollos teóricos. Nos encontramos ante el trabajo de un indudable experto en el tema y ante una sistematización admirable de los archivos disponibles acerca del modo de accionar de los grupos de operaciones de las SS en el Este. Sin embargo, por momentos parece que el material archivístico, más que estar en función del argumento central, toma el lugar de mayor

relevancia. En muchas ocasiones, el autor acude a la repetición invariable de las escuetas tesis que formula en los primeros capítulos para hacer tan solo acotaciones sobre las citas. El contexto histórico más general es muchas veces abordado con demasiada brevedad, mientras que las posibles resistencias, oposiciones o contradicciones del mentado “sistema de creencias nazis” no son exploradas. No queda claro si se trata de un grupo de hombres que tuvo una influencia intelectual decisiva en el genocidio o si tan solo fueron unos muy eficientes burócratas del régimen. Para el lector especializado, que esté interesado en el material de archivo, sin dudas este libro le resultará fundamental. Sin embargo, un público académico general no encontrará en *Creer y destruir* respuesta a muchos de los interrogantes que aún están a la orden del día respecto de la banalidad del mal encarnada por estos gestores del genocidio.

Sofía Mercader
University of Warwick

Shlomo Sand,
¿El fin del intelectual francés? De Zola a Houellebecq,
Madrid, Akal, “Cuestiones de Antagonismo”, 2017, 242 páginas

Tras la reconciliación de los historiadores franceses con la historia reciente, con la cultura y la práctica políticas y un individuo provisto de agencia, la historia de los intelectuales emergió de la indiferencia en que había caído y se fue convirtiendo en un objeto de investigación autónomo cada vez más estudiado. Así pues, desde hace unos treinta años, la recurrencia de ensayos históricos en Francia sobre los –y, sobre todo, sus– intelectuales, ha sido y continúa siendo sumamente profusa. Situado en los límites de aquella tradición, el historiador israelí de origen austríaco Shlomo Sand –formado en París con una tesis sobre Jean Jaurès y actualmente profesor emérito de la Universidad de Tel Aviv– acaba de añadir a ese acervo una de las últimas piezas con un trabajo cuya versión original francesa data de 2016. Sin embargo, con *¿El fin del intelectual francés?* nos encontramos, no con una, sino con tres obras de diferente naturaleza y originadas por reacciones de tres clases: el desengaño del militante, la precisión del historiador y la insurgencia del ensayista.

La “primera obra” –que incluye las cincuenta páginas iniciales con el Prefacio y la Introducción– es de carácter esencialmente autobiográfico y remite a los desengaños intelectuales de un autor que nunca ha abandonado sus

ideales políticos. Y honrando tal continuidad, Sand no tiene piedad: buena parte de los intelectuales que ha elegido mencionar pierden su halo de inmunidad y se desploman, uno tras otro, como piezas de un dominó que, en realidad, nunca pareció haber conservado su equilibrio. Allí, por ejemplo, asume la decepción que le provocó descubrir que los héroes de su juventud, en particular Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, no habían sido los valientes ciudadanos que enfrentaron con pública entereza la Ocupación alemana, sino unos “parisienses comunes y corrientes que se interesaban más por arreglárselas lo mejor posible y publicar sus obras que por militar en la Resistencia”. Sin, desde luego, acusarlos de colaboracionistas, el hecho de que, por ejemplo, ambos hayan abandonado a su suerte a Blanca Lamblin, una de sus compañeras judías de triadas sexuales, o que Beauvoir haya presentado en 1940 un certificado de “arianidad” para continuar ejerciendo como maestra, hicieron que Sand experimentara una honda perturbación. Lo mismo cabría decir del film documental *Shoah* (1985), del realizador francés Claude Lanzmann, que Sand deplora tras pretender convertirse en el compendio visual de la destrucción de los judíos, mientras omitía cualquier conexión entre Francia y el exterminio,

silenciando las miles de víctimas que partieron de París rumbo a los campos de concentración y escindiendo la “solución final” de cualquier vínculo con la indiferencia de la “alta cultura” ante tamaña catástrofe. Y dejemos que el lector descubra por sí mismo lo que depara para Albert Camus. Con todo, sería un error confundir este estilo con los prejuicios morales a que nos tiene habituados Michel Onfray en sus lecturas psicologizantes de divulgación filosófica. En Sand no hay ni un ejercicio de fiscalización ni tampoco una estridencia de alborotador, sino un historiador de oficio que opta por un tipo de ensayo insurrecto, pero asentado sobre una cuidadosa investigación en aras no solo de hundir antiguas vulgatas, sino de trazar una nueva epistemología que sea capaz de abordar fenómenos históricos que permanecen cautivos de las distorsiones del sentido común o de los intereses que los han situado en un lugar casi inerte y sacralizado que nadie discute o se atreve a discutir. Pero lo hace con rigor y sin prejuicios morales. Y este objetivo es muy visible en una de sus grandes obras, *El siglo xx en pantalla* (2004) que, sin ánimo de ensombrecer a Marc Ferro, debemos reconocer como uno de los trabajos más agudos que se han escrito sobre las relaciones entre el cine y la historia.

En la “segunda obra” –compuesta por los primeros cinco capítulos–, Sand abandona la reflexión conceptual y toma las riendas del trabajo histórico propiamente dicho al recuperar cinco episodios de la historia de los intelectuales con los cuales busca desentrañar la representación que estos construyen de sí a través de algunos de sus ensayos. Sin embargo, lejos nos encontramos, por tomar solo algunos ejemplos familiares traducidos al castellano, del registro panorámico de Pascal Ory y Jean-François Sirinelli (1986), de la crónica prosopográfica de Michel Winock (1997) o del balance historiográfico de François Dosse (2003). No estamos ante ninguna pieza admirativa ni descriptiva, sino ante un trabajo de corte bourdesiano que recuerda más la línea de, por ejemplo, Gisèle Sapiro, pero, desde luego, en clave histórica. En principio, analiza el caso Dreyfus (o los casos, según el autor) señalando una nueva periodización para interpretarlo, *affaire* que, no obstante, sigue funcionando como un punto de partida tradicional para pensar una historia de los intelectuales. Luego, ofrece una serie de retratos en espejo con ánimo comparativo entre Voltaire y Rousseau, Comte y Tocqueville, Julien Benda y Paul Nizan, Sartre y Raymond Aron para culminar con la figura en soledad de Pierre Bourdieu. El tercer capítulo pasa revista a algunos intelectuales marxistas como Karl Kautsky, George Sorel (recuperando buena parte de lo dicho en su primera obra publicada, *L'Illusion du politique*. Georges Sorel et le

débat intellectuel 1900, de 1984), Paul Lafargue y, desde luego, Antonio Gramsci. El cuarto capítulo es una reflexión sobre los intelectuales que simpatizaron con el fascismo, y con el quinto recupera el término “intelectual específico” de Foucault y rastrea la vertiginosa desintegración de esa figura en manos de los medios de comunicación y las trifulcas en un espacio público dominado por el culto a la imagen. El objetivo de Sand no es otro que contrastar aquellas representaciones y estrategias de visibilidad que los intelectuales edifican en torno de su figura pública con los supuestos vínculos indivisos que existirían entre la exposición de ese rol, la crítica del sistema y la ética política. Cabe recordar que este registro crítico ya fue empleado por el autor en dos de sus últimas obras donde, de un modo brillante y contundente, también se propuso derribar mitos, *La invención del pueblo de Israel* (2011) y *La invención de la Tierra de Israel* (2013), dos trabajos que tuvieron una fuerte repercusión pública (y particularmente feroz) en una parte de la comunidad israelí de historiadores.

Con la “tercera obra” (los últimos dos capítulos), estamos ante la insurgencia de un ensayista que se propone subrayar y denunciar el perfil intolerante de los intelectuales neoconservadores, autores de grandes éxitos editoriales que, por detrás de un ropaje de izquierda, han invadido el espacio público francés. Según Sand, estos “intelectuales”, en nombre de un engañoso espíritu de transgresión, han construido su legitimidad, no a partir de

sus obras, sino sobre la base del anuncio televisivo que de ellas hacían antes de su lanzamiento, de sus puntuales apariciones mediáticas y, sobre todo, del nuevo blanco que los ha mancomunado en una cruzada compartida: la islamofobia. Y allí Sand critica sin un ápice de compasión, en primer lugar, al “seudonihilista” Michel Houellebecq de la novela *Sumisión* (2015), donde relata la transformación de una Francia que, en pocos años, se convierte en musulmana. Luego, retoma la técnica de los retratos en espejo para Éric Zammour y Alain Finkielkraut, quienes encuentran un nuevo espíritu barresiano cuando proclaman las amenazas del “despertar musulmán” y la vorágine “antirrepublicana” que estarían azotando a una Francia “endeble”. Finalmente, tras lamentar los atentados contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* de enero de 2015, desvela la trama del humor étnico selectivo y la injusta estigmatización de todo lo que concierne a la cultura árabe. Recordemos que Shlomo Sand fue una de las pocas voces en disenter con el consenso público que había provocado aquella tragedia con un artículo titulado “*Je ne suis pas Charlie*”, publicado seis días después de los atentados.

Pese a las particularidades de esta obra dentro del espectro antes mencionado, cabe señalar, no obstante, que de ningún modo navega en soledad. En realidad, pertenece a un contexto francés muy específico e inmediato donde confluyen *Le Discours “néo-réactionnaire”* (2015), dirigido por Pascal Durand y Sarah

Sindaco, *Ce paysquiaime les idées. Histoire d'une passion française* (2015), del historiador británico Sudhir Hazareesingh (publicada simultáneamente en inglés y en francés) y *Pour un suicide des intellectuels* (2016), de Manuel Cervera-Marzal. En todo caso, si es verdad que un fenómeno social se convierte en objeto de

investigación histórica cuando se encuentra en crisis o ya ha desaparecido, se diría que, con esta objetivación sin concesiones del intelectual, estaríamos ante un punto límite: o bien se trata del último acto de su extinción, o bien asistimos al umbral de su implacable transformación. De hecho, tal es la pregunta que

Shlomo Sand se hace al titular su obra *¿El fin del intelectual francés?* sin que arroje para ella, afortunadamente, ninguna incauta predicción de historiador.

Andrés Freijomil

UNGS

Juan Pablo Scarfi,

The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks, Nueva York, Oxford University Press, 2017, 281 páginas

Anatole France, jurista francés con un marcado gusto aforístico, decía que “la ley, en su majestuosa igualdad, prohíbe tanto a los ricos como a los pobres dormir bajo los puentes, mendigar en las calles y robar el pan”. El dicho resume una crítica común del derecho liberal, que presenta la igualdad jurídica como un hecho superficial que esconde un instrumento de los poderosos sobre los débiles. La misma interrogación surge en el campo del derecho internacional, que puede ser cuestionado como un instrumento de los países poderosos para mantener su hegemonía, o más bien como un conjunto de leyes neutras que los países más débiles pueden utilizar para afirmar su independencia y sus derechos. Estas preguntas han sido centrales en el nuevo auge de estudios sobre la historia y la práctica del derecho internacional, lo que se ha denominado un “giro histórico” en el derecho internacional. Juristas como Antony Angie, Arnulf Becker Lorca, Martti Koskienniemi, Liliana Obregón y Anne Orford interrogaron los vínculos estrechos entre la constitución de los imperios europeos y el desarrollo del derecho internacional desde la conquista ibérica de América. Aunque no desprovisto de roces entre juristas e historiadores, este campo de investigación indica cómo el derecho internacional se ha convertido

en un objeto de interés de la historia intelectual.

En el mismo giro histórico se inscribe el libro de Juan Pablo Scarfi que analiza la constitución de redes jurídicas americanas en el contexto del panamericanismo entre 1898 y 1943. Este período coincide con el auge del poder estadounidense, en el continente y en el mundo, y con dos guerras mundiales que suscitaban interrogaciones sobre la organización internacional y sobre como mantener la paz mundial. Scarfi subraya la implicación central de juristas latinoamericanos en la elaboración de ideas y doctrinas, y analiza la codificación del derecho internacional a través de la ratificación de tratados y la creación de instituciones panamericanas.

¿Cómo pensar la participación de juristas latinoamericanos en la formulación, codificación y aplicación del derecho internacional en América? ¿Como una cooptación por el poder estadounidense, un espacio de resistencia y autonomía intelectual o algo más ambiguo? Una de las contribuciones más importantes de este libro, desde el punto de vista metodológico, consiste en demostrar cómo pensadores e intelectuales latinoamericanos contribuyeron al orden jurídico interamericano. Un orden, sin embargo, caracterizado por la

dominación de los Estados Unidos y la consolidación de su imperio liberal e informal (a veces, incluso, formal). La obra reconstruye así el papel de intelectuales “periféricos” en la constitución de un campo de estudios “céntrico”, sin jamás perder de vista las jerarquías reales que formaron estas relaciones.

Scarfi utiliza los archivos institucionales de la Fundación Carnegie (*Carnegie Endowment for International Peace*, CEIP) y los papeles privados de juristas como Luis Drago, Charles Evans Hughes, James Brown Scott y Elihu Root, además de fuentes impresas provenientes del campo del derecho internacional. La correspondencia internacional de los juristas es también una fuente central que le permite reconstruir las redes transnacionales entre juristas americanos, que no siempre tuvieron afiliaciones institucionales.

Además del “giro histórico” del derecho internacional ya mencionado, el libro interviene en otros campos respaldado por una bibliografía variada. Tiene un enfoque decididamente anclado en la historia global y transnacional, como queda reflejado en los archivos, las fuentes y la correspondencia procedentes de varios países americanos. Scarfi argumenta que el libro es fundamentalmente el estudio de las redes transnacionales de

juristas, que formaron un campo (recurriendo a Bourdieu) transnacional en torno a una serie de creencias comunes, como el principio de la igualdad soberana –aunque incluye también la enmienda Platt como principio legítimo–, la excepcionalidad continental, la prohibición de la guerra y la conquista territorial.

El libro destaca el marco global de análisis, ya que se trata del auge de los Estados Unidos como potencia americana y después mundial. Se trata de una perspectiva menos convincente: Scarfi no ofrece una interpretación general del poder estadounidense en su análisis del campo jurídico. ¿El imperio estadounidense funciona mejor como imperio liberal informal o a través de sus incursiones en el colonialismo formal? Pero el autor sí es convincente en la nueva historia diplomática, demostrando la importancia de las contribuciones de la historia social y transnacional en la comprensión del orden interamericano. Es, en este sentido, una contribución a la historia social de los intelectuales, que rescata e ilumina los recorridos intelectuales de varios juristas importantes, algunos de los cuales habían sido relativamente olvidados en la historiografía, como es el caso del chileno Alejandro Álvarez.

El subtítulo del libro se refiere a la historia “escondida” del derecho internacional, una frase que podría prestarse a la confusión. Busca ir más allá de la historia de las ideas, o de una historia institucional del Instituto Americano de Derecho Internacional (IADI) o

biográfica de sus miembros; busca encontrar las “creencias escondidas” de los juristas recurriendo a la historia social: la formación de redes transnacionales, las alianzas entre sus miembros y con una atención particular al financiamiento y la organización institucional de las redes jurídicas transnacionales por la la CEIP.

The Hidden History of International Law in the Americas es también la historia de una idea: la de un derecho internacional propiamente latinoamericano. El autor demuestra que la idea tuvo sus orígenes en pensadores latinoamericanos como Juan Bautista Alberdi (1844), Vicente G. Quesada (1882) y Amancio Alcorta (1883), antes de ser promovida por Álvarez a principios del siglo xx. Pero fue también adoptada por juristas estadounidenses, como Scott, en el marco de la creación del IADI, donde entablaron amistades cercanas con varios juristas latinoamericanos, notablemente Álvarez, y que contó con algunos de los juristas más conocidos de la época como Drago, Ruy Barbosa y Antonio Sánchez de Bustamente, entre otros.

La idea de un derecho internacional latinoamericano se institucionalizó en el seno del IADI como una idea de la expansión de los ideales políticos y jurídicos estadounidenses en América, asociada al Pan-Americanismo y la expansión de los Estados Unidos. El libro de Scarfi es también la historia del IADI, o mejor dicho de un proyecto intelectual colectivo donde se buscó elevar el modelo jurídico

y político estadounidense, considerado “excepcional”, como estándar de civilización para América Latina. De manera provocadora, el autor sugiere que esta excepcionalidad estadounidense sería una idea latinoamericana.

Los debates sobre la definición de la Doctrina Monroe son particularmente esclarecedores: Scarfi demuestra cómo permaneció una misma idea de la legitimidad de la Doctrina y del liderazgo estadounidense en los debates en torno a las definiciones ofrecidas por Drago y Roosevelt, a pesar de diferencias importantes en cuanto a la legitimidad de las intervenciones estadounidenses en América Central y el Caribe. Interpreta, de manera convincente, la doctrina Drago como una expresión latinoamericana de un principio estadounidense de larga data, expresado en términos multilaterales, y el corolario Roosevelt como un rechazo de la doctrina Drago y una afirmación unilateral del poder de los Estados Unidos.

La idea del nivel de civilización era clave en el derecho internacional. Mientras que juristas como Álvarez creían que los países latinoamericanos lo habían alcanzado, sus colegas estadounidenses tenían más dudas. Pero la idea de una misión civilizadora impregnó el pensamiento de todos sus miembros aunque con un significado diferente. El derecho internacional americano era en este sentido un “ideal hemisférico contestado”, producto del encuentro de estos hombres, que dejó un cierto espacio para

disidencias. No era una imposición de los Estados Unidos, sino el producto del trabajo del IADI, una red con una participación latinoamericana importante pero bajo clara hegemonía estadounidense, donde los ideales pan-americanos (resolución pacífica de los conflictos, republicanismo, democracia) se debatieron y se codificaron.

Institucionalizado en torno a Álvarez y Scott en los años 1910, con el tiempo el IADI se alejó de su misión científica original, y se convirtió en una organización casi pública, asesora jurídica de las instituciones panamericanas y un instrumento del proyecto hegemónico panamericano. En los encuentros en la Habana (1928) y en Montevideo (1933) se cuestionó el papel del instituto y el imperialismo de los Estados Unidos, dentro y fuera de estas redes.

Aunque el argumento acerca del juego ambiguo entre hegemonía estadounidense y el papel autónomo de los actores latinoamericanos es convincente e importante, el libro deja abiertas algunas

preguntas. Por ejemplo, ¿cuál es la visión del autor acerca de la existencia o no de un “derecho internacional latinoamericano”? Esta categoría, cuya pertinencia a partir de los actores analizados está demostrada, ¿tiene alguna vigencia como categoría analítica actual? Por otro lado, es llamativa la ausencia del problema del republicanismo como referente americano en el análisis de la “excepcionalidad” continental en el pensamiento panamericano. Finalmente, aunque esta obra es una contribución importante a una reconsideración historiográfica de Álvarez, queda pendiente un balance de su pensamiento. Scarfi lo describe como una figura casi trágica, que pensó crear un espacio autónomo dentro del panamericanismo para la promoción del derecho internacional latinoamericano y terminó siendo marginado de él. Pero considerado globalmente, el enfoque en la hegemonía estadounidense puede esconder otros aspectos del derecho internacional que escapan de dicha hegemonía, como las contribuciones latinoamericanas en cuestiones

territoriales o derechos humanos.

Scarfi ha escrito una obra importante sobre la historia del derecho internacional y de las relaciones interamericanas que ayuda a reflexionar sobre el presente de estas relaciones y el lugar de los Estados Unidos en el mundo. Las tensiones entre unilateralismo y multilateralismo, o entre no-intervencionismo y normatividad democrática, analizadas en el libro en el contexto del panamericanismo, resurgen en la actualidad con las intervenciones estadounidenses en Medio Oriente. Por otro lado, la situación de las relaciones interamericanas en la Posguerra Fría es un tema que aún falta debatir en profundidad. En síntesis, el libro de Scarfi ofrece elementos importantes para comprender el papel del derecho internacional en la hegemonía liberal de los Estados Unidos.

Edward Blumenthal
Université Sorbonne
Nouvelle-Paris 3

Hilda Sabato,
*Republics of the New World: The Revolutionary Political Experiment
in Nineteenth-Century Latin America*,
Princeton (NJ), Princeton University Press, 2018, 240 páginas

Pocas personas están capacitadas para escribir una visión global de los procesos de construcción de las repúblicas latinoamericanas del siglo XIX; menos aun para ofrecer, además, una interpretación distinta de las tradicionales sobre dichos procesos.

Republics of the New World confirma lo que muchos pensábamos: Hilda Sabato se cuenta en ese pequeño y selecto grupo de personas. Especialista en historia de *lo político* (antes de que Pierre Rosanvallon describiera ese término en su célebre discurso *Pour une histoire conceptuelle du politique*), Sabato había desarrollado sus investigaciones centrada, principalmente, en el caso argentino decimonónico. En esos trabajos ya había mostrado disposición por buscar en la historia bien documentada y rigurosa respuestas a preguntas fundamentales de la filosofía política. El mismo interés está presente en sus trabajos de historia general argentina, y también en *Republics of the New World*.

El libro tiene cinco capítulos, el último de los cuales es un ensayo que integra los aspectos abordados en los primeros cuatro. La introducción y el epílogo, una recapitulación sobre la importancia del experimento republicano en América Latina, completan la obra. Con muy

escasas notas a pie de página y una narración ágil y llena de ejemplos, está dirigido a un público que no necesariamente es especialista en la historia política del siglo XIX, aunque sus aportaciones serán sin duda útiles también para quienes desarrollan investigaciones en ese tema.

Hay que empezar por aclarar que el libro no se inscribe de manera precisa en la historiografía que desde hace un par de décadas estudia el republicanismo en Hispanoamérica, en el sentido de una tradición política como la analizada en su momento por John Pocock. Por tal razón, la autora no realiza una arqueología del republicanismo ni busca los antecedentes del pensamiento republicano. Las doctrinas neoescolásticas son mencionadas de forma explícita apenas en un par de ocasiones (pp. 27-28), lo mismo que las enseñanzas del jusnaturalismo, importantes no por su desarrollo intelectual sino por las herramientas que pudieron haber proporcionado a los actores políticos de la primera mitad del siglo XIX. La intención de la autora es explicar el establecimiento del orden republicano en Hispanoamérica no como la puesta en práctica de una tradición intelectual sino como resultado de un proceso histórico que dio inicio en 1808, con la fractura de la

legitimidad dinástica en la monarquía española, y el establecimiento, quince años más tarde, de gobiernos independientes que enfrentaban problemas semejantes: cómo hacerse obedecer, cómo sobrevivir a los cuestionamientos de los adversarios, además de los más cotidianos sobre las políticas públicas que debían llevar a cabo. Esta necesidad condujo a la formación de gobiernos representativos. Por supuesto, el objeto a representar nunca quedó del todo claro (los pueblos, el pueblo, la nación), pero la representación política se convirtió en un principio que no podía ser discutido, a diferencia de Europa, donde todavía algunos grupos políticos podían propugnar instituciones que no se asumieran como representantes de la sociedad.

Buena parte de la historiografía del siglo XX consideró que las primeras décadas de vida independiente de las repúblicas hispanoamericanas fueron un fracaso. La inestabilidad política y el caudillismo abonaron esta visión. Además, se suponía (y algunos autores lo siguen manteniendo) que las instituciones republicanas eran exógenas y, por lo tanto, propiciaron una reacción premoderna en las sociedades corporativas forjadas en trescientos años de dominio

español. Hilda Sabato propone en este libro que, en realidad, elementos que han sido interpretados como una anomalía latinoamericana (desde los motines urbanos hasta los continuos pronunciamientos) fueron resultado del nuevo orden establecido y no una reacción al mismo. Sin insistir demasiado, la autora señala que muchas de esas características tan criticadas en Hispanoamérica estuvieron presentes en otros países, como en los Estados Unidos (donde la violencia política también jugó un papel importante en sus primeros años como república y, en especial, durante la sangrienta guerra civil de la década de 1860), España o Francia. La aparición de partidos y facciones, la irrupción de la movilización social, la posibilidad de confrontar a cualquier gobierno fueron resultado del nuevo orden, y no un legado colonial que se negaba a desaparecer.

Para articular el orden republicano se recurrió a tres elementos: las elecciones periódicas, las milicias cívicas y la opinión pública. Es verdad que estas nuevas prácticas se articularon a partir de las condiciones de desigualdad presentes en las sociedades hispanoamericanas de la época. No podía ser de otra forma. En las elecciones nunca faltaron dirigentes que encauzaran el voto, mientras que los notables y los poderosos locales dirigían las milicias. Ahora bien, algunas de las diferencias jerárquicas no respondían a un orden social heredado sino, precisamente, a las nuevas condiciones políticas. Por supuesto, quienes habían sido

los dirigentes de la sociedad colonial tenían más posibilidades de mantenerse al frente de las nuevas instituciones de gobierno, pero no faltaron campesinos indígenas o trabajadores afrodescendientes que por distintos motivos pudieron encabezar los procesos electorales o las milicias, fenómeno que se puede apreciar desde Buenos Aires hasta México. No bastaba contar con conexiones, educación o riqueza para ser un líder en las repúblicas hispanoamericanas (p. 173). Estos nuevos actores ocuparon un lugar entre “los pocos” (en el sentido de David Hume) gracias a su capacidad para negociar con “los muchos”, algo que pudieron hacer solo en el marco de las nuevas instituciones.

Incluso uno de los aspectos más criticados de la vida política hispanoamericana del siglo XIX (p. 120) es explicado por Sabato como una característica del orden republicano. Los pronunciamientos, asonadas y rebeliones, como bien hace notar, rara vez fueron protagonizados por los ejércitos regulares. En la mayoría de los casos, los actores centrales de estos movimientos fueron las milicias cívicas o las guardias nacionales. Muchos de aquellos coroneles que tomaron las armas en contra de algún gobierno local o nacional eran —o empezaron siendo— comandantes de milicias, ciudadanos en armas. Resulta muy encomiable el apartado dedicado a las milicias cívicas y sin duda es uno de los más originales de la obra. Tal vez se trate del único capítulo en el

que pesa más la experiencia del cono sur que la de otras regiones, como México. Por fortuna, cada vez hay más trabajos en torno al funcionamiento de esos grupos armados en Hispanoamérica, en especial en la primera mitad del siglo XIX. Sabato aprovecha esos trabajos pero propone además una interpretación que vincula a las milicias con el orden republicano. El derecho de los ciudadanos a tomar las armas y resistir al mal gobierno es el aspecto más visible de dicha relación, pero no el único. La participación de las milicias en desfiles y en otras actividades cívicas contribuyó también a la formación de ritos republicanos. La organización “desde abajo” en las milicias también fue importante. El principio republicano de combatir el mal gobierno se materializó por la vía de los pronunciamientos, realizados habitualmente en nombre de la nación o del pueblo. Por supuesto, si dichos pronunciamientos triunfaban, la “revolución” (nombre habitual para esa clase de “trastornos políticos”) no era suficiente para dar legitimidad a quienes habían triunfado. Era necesario forjar una opinión pública favorable y, por supuesto, convocar a elecciones (p. 118).

Muy acertada me parece la decisión de Sabato de no hurgar en los sentidos del concepto de “opinión pública” en Hispanoamérica sino en observar cómo esta “propició el desarrollo y articulación de una serie de instituciones y prácticas que jugaron una parte destacada en las repúblicas del siglo XIX” (p. 133). Las asociaciones (algunas antiguas, pero resignificadas por el nuevo

contexto) tuvieron un papel importante: clubes políticos, logias masónicas, gremios, asociaciones de ayuda mutua, sociedades patrióticas, contribuyeron a la construcción de esa opinión pública republicana, a través de rituales como los desfiles (en los que no era extraño ver a los milicianos) o la música, aunque los medios impresos tuvieron primacía. La prensa y las asociaciones afirmaban hablar en nombre de la opinión pública, unánime, aunque en la mayoría de los casos fueran expresión precisamente de grupos, acusados de facciosos (pp. 149-161).

El capítulo quinto de *Republics of the New World* no es tanto una recapitulación de los anteriores, sino un ensayo muy bien logrado acerca de cómo interactuaron en los gobiernos representativos los sistemas electorales, las milicias y la opinión pública. Es sin duda la mejor parte del libro. Aunque la autora mantiene la diferencia entre “los pocos y los muchos”, señala que dada la importancia de establecer gobiernos en diferentes niveles (locales, provinciales, nacionales) y la

oportunidad que las elecciones y las milicias otorgaban para forjar nuevas dirigencias, hubo una mayor interacción entre los unos y los otros a lo largo de esas décadas. Los pocos no eran tan pocos (p. 176). Y los muchos –contra lo que sostiene una historiografía tradicional– tampoco fueron meros títeres manejados por los dirigentes políticos. Los grupos subalternos tenían sus propias demandas y sabían cómo negociarlas.

El experimento republicano en Hispanoamérica fue exitoso, pero no se piense por esto que la autora dibuja un panorama idílico, como hace años hiciera Alicia Hernández Chávez (*La tradición republicana del buen gobierno*) para el caso mexicano. El orden republicano no fue democrático en los sentidos actuales del término, ni igualitario. De hecho, la sola existencia del sistema representativo favorecía la diferenciación, como afirma Sabato apoyada en Bernard Manin. Tampoco es que los políticos, los “pocos”, tuvieran como objetivo el afianzamiento de políticas participativas. Como bien señala la autora, en distintos momentos hubo

restricciones a la organización de milicias o a la base electoral. Al final, esas medidas no fueron tan dramáticas como las hubieran querido sus promotores ni tuvieron una larga duración: la competencia política condujo al restablecimiento de un sufragio masculino casi universal (o, en todo caso, sin restricciones censitarias) y al levantamiento de nuevas milicias, en especial en las conflictivas décadas de 1850 y 1860.

En el siglo XIX el continente americano fue mayoritariamente republicano. Hubo proyectos monárquicos, pero su fracaso también es indicador de que había un orden político diferente al que había permitido la supervivencia de las monarquías en Europa. En este sentido, más que representar una excepción en el desarrollo político moderno, Hispanoamérica resultó ser paradigmática de aquella modernidad.

Alfredo Ávila
IIH-UNAM

Ori Preuss,

Transnational South America: Experiences, Ideas, and Identities, 1860s-1900s,

Londres y Nueva York, Routledge, 2016, 176 páginas

Ori Preuss se desempeña actualmente como *Senior Lecturer* de Historia Latinoamericana en el Departamento de Historia de la Universidad de Tel Aviv. Este libro, publicado en 2016, amplía objetivos e introduce nuevos argumentos y materiales a su primera obra, *Bridging the Island: Brazilians' Views of Spanish America and Themselves, 1865-1912* (Iberoamericana, 2011), donde examinaba la invención y reinención de la identidad nacional brasileña en el contexto latinoamericano. En *Transnational South American*, el autor analiza las circulaciones, conexiones y redes que denomina “transnacionales”, generadas entre letrados (diplomáticos, políticos, juristas, escritores y periodistas) principalmente entre las dos ciudades capitales hegemónicas del Atlántico sur: Río de Janeiro y Buenos Aires, y en menor medida Montevideo, junto con otras de la región. El libro pretende demostrar, mediante una *histoire croisée*, la construcción en espejo de las dos nacionalidades (argentina y brasileña) y, a la vez, la de un espacio y una identidad supranacional, Sudamérica y/o América Latina, a partir de aquellas experiencias transnacionales que se intensifican en el último tercio del siglo XIX gracias a la modernización tecnológica del

transporte y las comunicaciones. Enseguida recordamos la primera frase de la ya clásica obra de Anne-Marie Thiesse: “*Rien de plus international que la formation des identités nationales*”.¹ Preuss podría afirmar, entonces, que no hay nada más transnacional que las construcciones nacionales y regionales.

Preuss inscribe su investigación en el cruce entre la historia cultural, de los intelectuales y la historia diplomática, en combinación con los aportes de las teorías de la traducción y la crítica literaria. Si bien el enfoque transnacional se remonta en historiografía a mediados de los años 1990 e impacta en el campo hacia mediados del 2000,² todavía resulta una opción novedosa para el estudio de fenómenos del siglo XIX en esta parte del subcontinente. Desde hace varios años, son cada vez más numerosos los trabajos sobre viajes intelectuales sudamericanos, redes continentales y circulación de textos impresos (libros, prensa periódica, revistas) en Latinoamérica en momentos muy distintos, desde fines del período colonial al siglo XX. Ori Preuss se sitúa en esta corriente estudiando el momento en que los gobiernos oligárquicos en la Argentina, el Brasil y demás países latinoamericanos insertan sus economías en el mercado

mundial como productores de materias primas y, a la vez, se aceleran las transformaciones sociales y culturales bajo la retórica del “orden y progreso” y “paz y administración”. Su propuesta se ve enriquecida, por un lado, porque hace dialogar aquellas circulaciones propias del mundo letrado con los avatares de la diplomacia. En este sentido, la obra también puede ser considerada un rico abordaje cultural de la historia de las relaciones internacionales.

Por otro lado, el autor introduce como actor protagónico al Brasil con el fin de demoler el mito del aislamiento, un mito alimentado más por la división de los estudios latinoamericanos –que no suelen incluir a este país en las relaciones y comparaciones con sus vecinos hispanoamericanos– que por la propia experiencia histórica, más allá de la “frontera” lingüística a la que se alude comúnmente. Incluso los pocos autores que indagaron en las relaciones diplomáticas y

¹ Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIII-XX siècle*, Paris, Éditions du Seuil, 2002, p. 11 [trad. esp.: *La creación de las identidades nacionales. Europa siglos XIX y XX*, Santiago de Compostela, Ezaro, 2010].

² Por ejemplo, Akira Iriye, “Transnational history”, *Contemporary European History*, 13, 2, 2004; Patricia Clavin, “Defining transnationalism”, *Contemporary European History*, 14, 4, 2005.

culturales entre el Brasil y sus vecinos hispanoamericanos han subestimado estos intercambios.³ Asimismo, su agenda se aleja de la tradición que prioriza el estudio de los viajes y las miradas de los intelectuales latinoamericanos con respecto a los Estados Unidos y a Europa. Las circulaciones entre letrados brasileños y argentinos se realizan en un marco de relativa igualdad, sin “zonas de contacto” asimétricas signadas por la relación colonial o bajo los ojos imperiales.⁴ Preuss sostiene que, aun cuando el modelo de modernidad proviene de París, Londres y Nueva York, el espacio que se construye en esta parte del Atlántico comienza a ser percibido por los brasileños como una modernidad alternativa, producto de la adaptación de modelos del Norte a la realidad local. Finalmente, la “religación” entre letrados brasileños y argentinos, siguiendo el clásico concepto de Ángel Rama y Susana Zanetti, es abordada creativamente por el autor desde un conjunto de prácticas pocas veces asociadas entre sí en las investigaciones sobre redes intelectuales: los viajes individuales y las visitas oficiales, los encuentros intelectuales y los banquetes diplomáticos, el papel de la traducción en la prensa y su vínculo con las relaciones internacionales.

El libro está estructurado con una introducción en la cual la densidad teórica y metodológica está supeditada a sus objetivos claramente expuestos; cuatro capítulos organizados en función de los fenómenos transnacionales estudiados, cada

uno con criterio cronológico con el fin de detectar cambios en las representaciones y en las relaciones entre los vecinos, y una breve conclusión que restituye sus aportes. En la bibliografía se consignan las fuentes documentales y las publicaciones periódicas consultadas. Esto da una idea del elenco de personajes en los que se ha centrado el autor. Además del archivo de Cancillería de Río de Janeiro (Archivo Histórico de Itamaraty), Preuss consultó los archivos personales de Estanislao Zeballos, Ruy Barbosa, Joaquim Nabuco, el Barão do Rio Branco, Oliveira Lima y Vicente Quesada (en el Instituto Iberoamericano de Berlín). La mayoría de las numerosas publicaciones periódicas examinadas provienen de Río de Janeiro y de Buenos Aires, y en menor medida de Montevideo, Asunción, Nueva York y Lisboa.

El primer capítulo indaga en el papel de la traducción en la religación intelectual y la construcción de las relaciones internacionales entre la Argentina y el Brasil, intentando vincular los aportes de la teoría de la traducción con la historia cultural y diplomática. Encuentra una constante tensión entre proximidad y distancia, nacionalismo y regionalismo en los intercambios lingüísticos entre hispanohablantes y lusohablantes en varios momentos clave. Aunque analiza el lugar de la traducción entre los unitarios exiliados y los publicistas pagados por el régimen rosista, y luego la proximidad potenciada por la batalla de Caseros, el corpus de textos publicados (traducidos o

sin traducir) en la prensa de ambas capitales aumenta considerablemente durante la Guerra de la Triple Alianza y particularmente a partir de la década de 1870, conforme avanzan en el Brasil los movimientos abolicionista y republicano. Esa guerra constituye para el autor un punto de inflexión en la historia del conocimiento de ambos vecinos, y, en oposición dialéctica, de las representaciones de uno mismo. Si en *Traducir el Brasil*,⁵ Gustavo Sorá enfatizaba para el período la construcción de la otredad en coherencia con la competencia por la hegemonía entre los dos países, Preuss, sin negar este aspecto, hace hincapié en el acercamiento cognitivo y afectivo que genera la traducción y su papel en la producción de nuevas identidades macro-regionales.

El segundo capítulo examina los viajes personales de letrados brasileños a Buenos Aires y de argentinos a Río de Janeiro, ya sea por motivos periodísticos, diplomáticos, congresos científicos, negocios o simple curiosidad. Los brasileños coinciden en el asombro y admiración ante una modernidad original en el Río de la Plata, a la vez que confirman su atraso respecto de la capital argentina. El racismo biológico imperante a fines del siglo XIX es un factor

³ Leslie Bethell, “Brazil and ‘Latin America’”, *Journal of Latin American Studies*, 42, 3, 2010.

⁴ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

⁵ Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.

primordial en ese cambio de percepción. La inmigración aluvional europea hacia el Río de la Plata ha sido más contundente que en el Brasil, donde los abolicionistas creían que el blanqueamiento, como sinónimo de progreso, llegaría lentamente a raíz del mestizaje, además de la apuesta común a la inmigración del Viejo Continente. Aunque no desaparecen los estereotipos negativos de los letrados brasileños con respecto a las repúblicas hispanoamericanas, percibidas como políticamente inestables bajo el violento capricho de caudillos, a partir de la Guerra de la Triple Alianza emerge un sentimiento de admiración por la moderna y “blanca” sociedad de Buenos Aires. Joaquim Nabuco llegará a afirmar que “ya no es necesario ir a París”.

El tercer capítulo desarrolla una aproximación cultural a la historia diplomática y analiza la conexión de tres prácticas transnacionales: la diplomacia, las visitas internacionales y la prensa periódica. A diferencia del capítulo anterior, esta sección está centrada en las visitas oficiales y semioficiales. Esos encuentros actualizaron un determinado discurso público sobre las relaciones internacionales y, a la vez, afirmaron identidades nacionales y regionales en un espacio cada vez más interconectado por el telégrafo (desde 1875) y el transporte marítimo. El autor reconstruye las redes político-intelectuales latinoamericanas del intelectual, jurista, político y diplomático Estanislao Zeballos (en la literatura recordado más por su nacionalismo xenófobo), los proyectos regionales del

ministro de relaciones exteriores el Barón de Rio Branco, el político y jurista Ruy Barbosa y el diplomático y presidente Roque Sáenz Peña. Proliferaron a fines de siglo los congresos internacionales que ponían en relación a hombres de Estado, científicos, médicos, juristas y demás expertos en áreas de conocimiento en proceso de institucionalización. En estos marcos fue constante la oscilación entre proyectos y sentimientos de rivalidad y solidaridad. Las visitas presidenciales de Campos Salles, Julio A. Roca, y luego Roque Sáenz Peña, como candidato y presidente, constituyeron momentos de significación densa tanto en la historia de la proximidad bilateral como en la producción de identidades supranacionales debido a sus repercusiones en el mundo político, la prensa y la opinión pública.

Por último, el cuarto capítulo indaga en el concepto de “América Latina” e introduce a los letrados (políticos y escritores) brasileños en la discusión sobre la identidad nacional y continental acelerada por la guerra hispano-norteamericana de 1898. Además del conocido *arielismo* de los escritores modernistas, Preuss recupera otras apropiaciones del “latinoamericanismo” en el discurso de juristas, políticos y diplomáticos como Ruy Barbosa o Estanislao Zeballos, comúnmente ignorados en esta discusión. Por eso intitula este capítulo “Calibanistic Ariels”, puesto que este latinoamericanismo oscilaba entre el estereotipo de continente débil (o enfermo) y también espiritual ante el

Calibán del norte, y un sentido “calibanístico” local según el cual el espacio sudamericano se imponía ante el mundo como región moderna, no exento de pretensiones hegemónicas.

La originalidad del planteo, la audacia de sus hipótesis y el elogiado manejo de un conjunto heterogéneo de fuentes (prensa, revistas especializadas, memorias, correspondencia personal, documentos diplomáticos) instala esta investigación como referente ineludible para los especialistas en el campo de las relaciones internacionales y la historia de la cultura latinoamericana de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Nos permitimos, para concluir, dos reflexiones finales que no van en desmedro de la obra, sino que se desprenden constructivamente de sus interesantes propuestas.

El libro analiza en detalle la constante invención y reinención de identidades nacionales –en momentos en que reinan los nacionalismos beligerantes en el mundo– intrínsecamente articuladas con la producción de nuevas identidades regionales o macro-regionales (Sudamérica, Latinoamérica). Las experiencias transnacionales crearon un espacio sin precedentes por la densidad de la interconexión, pero también, posiblemente, hayan contribuido más a afianzar las nacionalidades modernas antes que a fortalecer nuevas identidades supranacionales; la nación era la unidad mínima de soberanía para imaginar cualquier proyecto viable de integración regional. Cabe preguntarnos, entonces, sobre el alcance de esas nuevas

identidades regionales en la “conciencia criolla” de los protagonistas letrados de *fin de siècle*.

La segunda reflexión tiene que ver con la necesidad de incluir en la *histoire croisée* la circulación de letrados y prensa de Montevideo y, especialmente, de Santiago de Chile, con similar empeño al dedicado al eje Río de Janeiro-

Buenos Aires. Ello podría aportar más elementos al análisis de la producción del espacio/identidad “Sudamericano” en relación con la percepción nacional de sí mismo y de los demás. El eje Santiago-Buenos Aires posee una historia igualmente rica en sus aristas de competencia y solidaridad. En las cumbres presidenciales de

los Centenarios chileno y argentino de 1910, durante la inauguración del ferrocarril trasandino, varios periódicos de las dos capitales parafraseaban a Luis XIV: “ya no hay Andes”.

Pablo Ortemberg
CEHP-EPYG-UNSAM/CONICET

Patrick Iber,

Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America,
Cambridge (MA) y Londres, Harvard University Press, 2015, 327 páginas

La Guerra Fría cultural, afirma Patrick Iber en este libro, necesita ser entendida siguiendo sus propios términos: es mucho más que la historia de las instituciones culturales de un Estado (soviético y/o estadounidense, y sus aliados) y sus objetivos. La pregunta, entonces, es definir cuáles son esos términos. El trabajo, fruto de una investigación doctoral, merece ser incluido en el campo de estudios sobre la Guerra Fría que se ha dedicado a revisar ciertos consensos historiográficos y problematizarlos, en el que América Latina como objeto y perspectiva de análisis ha sido central. Así, el libro organiza un universo que tensiona las fronteras nacionales y los bloques occidental-oriental, capitalista y comunista, y revisa los alcances de “América Latina” como objeto y territorio. Pero tensión no significa anular los conflictos, ni desestimar las denuncias que, como sucedió entre 1966 y 1968, demostraron el financiamiento por parte de la CIA del Congreso por la Libertad de la Cultura (un organismo promotor de cultura y de ciertos valores asociados a la democracia liberal liderada por los Estados Unidos). O, también, la estrecha relación del PCUS con el Comité por la Paz. Iber revisa los núcleos de intelectuales afines o directamente afiliados a las izquierdas comunista y no

comunista y su participación en dichas organizaciones, ampliando entonces el enfrentamiento entre bloques hacia los enfrentamientos dentro de las diferentes fracciones de la izquierda latinoamericana (como parte siempre de un marco de divisiones, enfrentamientos y comuniones de rango global).

Si, en efecto, la Guerra Fría se libró con palabras más que con armas –según el comentario de un oficial de la Central de Inteligencia estadounidense al que Iber cita– esas palabras se tradujeron en prácticas concretas en instituciones, redes intelectuales y *lobbyistas* de diferente tenor, en pos de una lucha por la hegemonía. El trabajo de Iber repone en varios planos una pregunta por esta categoría y su teorización, en particular en los escritos de Antonio Gramsci –tal como apuntó Gerardo Muñoz en un comentario sobre el libro–. Y por ello, Iber además define al “ironic gramscianism” (gramscismo irónico) como “la búsqueda de la hegemonía cultural a través de una combinación de coerción y consentimiento, incorporando muchas problemáticas”.¹

El trabajo de Iber revisa de qué modo la Guerra Fría cultural, en particular en América Latina, debe ser pensada también como parte de los “los éxitos y los fracasos –mayormente lo segundo– en la búsqueda del camino hacia un

socialismo humano ayudaron a definir y establecer los límites del significado que la propia democracia tendría durante la Guerra Fría” (p. 7).² Así, retoma además el planteo que Greg Grandin hiciera sobre el lugar de la democracia en la dinámica revolución-contrarrevolución, en el que este autor había cuestionado una forma de periodización de la Guerra Fría, extendiéndola por el contrario como parte de una dinámica que abarca desde la Revolución Mexicana en adelante (al menos hasta 1992 con la caída del bloque soviético).³

En este libro, la duplicidad y la tensión son trama en la mayoría de las lecturas y análisis de fuentes, así como en la argumentación general y particular de cada capítulo. En otras palabras: el libro enlaza

¹ “[...] the pursuit of cultural hegemony through a combination of coercion and consent, incorporating many agendas”, Gerardo Muñoz, “Ironic gramscianism: on Patrick’s Iber *Neither peace nor Freedom: the Cultural Cold War in Latin America*”, *Infrapolitical deconstruction*, 23 de febrero de 2016. Disponible en <<https://infrapolitica.com/2016/02/23/ironic-gramscianism-on-patrick-ibers-neither-peace-nor-freedom-the-cultural-cold-war-in-latin-america-gerardo-munoz/>>.

² “[...] successes and failures –mostly the later– in trying to find a path toward a humane socialism helped define and set the limits of the meaning democracy itself would have during the Cold War.”

³ Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

de un modo excepcional los diversos conflictos tramados en torno de los sentidos y las prácticas relativos al establecimiento de la “paz” y la “libertad” entre 1936 y el fin de la Guerra Fría, porque allí encuentra justamente una de las principales formulaciones relativas a la posibilidad del establecimiento de qué tipo de democracias se dirimían en América Latina.

Si hay contradicciones, están analizadas casi en un seguimiento cuerpo a cuerpo, tal como afirma en el final del primer capítulo: “paz” y “libertad” fueron al mismo tiempo “nobles ideas and cheapstate propaganda” (p. 48). O como titula el segundo capítulo: “Making Peace with Repression, Making Repression with Peace”, desplegando allí los modos en que el Comité por la Paz funcionó como una herramienta más o menos accesoria de la represión en el bloque soviético y como justificativo de su combate y represión desde los gobiernos que, liderados por los Estados Unidos, asumieron que democracia era igual al rechazo –y persecución y combate– del comunismo. O en el tercer capítulo revisa hasta qué punto la “libertad” propugnada por el Congreso por la Libertad de la Cultura jugó y de qué modo a partir, contra y desde las limitaciones impuestas por los intereses geopolíticos del Departamento de Estado de los Estados Unidos: con ironía Iber titula dicho capítulo “Imperialismo de la Libertad”. O en el estudio del anticomunismo en Cuba refiere las tensiones entre la injerencia del Estado revolucionario una vez que la revolución se define

como marxista-leninista y en determinados períodos sigue de cerca los lineamientos soviéticos y la *libertad* de expresión, de disenso y de un laboratorio del socialismo de América Latina que ya no parecía posible cuando al mismo tiempo muestra hasta qué punto quienes apoyaban el Congreso por la Libertad de la Cultura habían colaborado con esa misma revolución, especialmente desde la postulación de un humanismo universalista y deudor de la divisoria entre dictadura y democracia de la Segunda Guerra y la posguerra.

Iber propone un análisis en el que redefine uno de los principales consensos historiográficos en torno de la Guerra Fría Cultural, entre los que encontramos el trabajo de Frances Stonor Saunders, en el que el propio término “Guerra Fría Cultural” es a la par señero y central.⁴ En el seguimiento de diversas trayectorias intelectuales de América Latina y su forma de participación en el Congreso por la Libertad de la Cultura y Comité por la Paz realiza un estudio pormenorizado de las capacidades de acción y reacción de los y las intelectuales latinoamericanos en una trama también más amplia que la de un partido de ajedrez en la que jugaron de peones o, para usar la metáfora que Iber elige, que cuestiona la imagen de “puppetson a string” (“*marionetas*”, p. 7). Como afirma muy temprano en su texto, se vuelve necesario entender de qué manera la Guerra Fría cultural fue una parte integral de la historia de las izquierdas en el siglo xx. Sus protagonistas

incluyen agencias de espionaje y sus espías, artistas, académicos/as, sindicalistas y políticos/as que intentaron usar el conflicto en el sentido en que estaba cruzado por agendas múltiples con intereses a veces diferenciados, otros confluyentes y otros directamente contradictorios entre sí. El ejemplo de Casa de las Américas, la institución creada como modo de gestionar la cultura de la revolución en Cuba, es parte del trabajo de Iber por desacoplar los bloques (oriental y occidental) entendiendo el peso específico que en América Latina tuvo la Revolución Cubana y, en particular, el estado revolucionario de la isla (dentro y fuera de ella). Así, Cuba y su diplomacia cultural deberían ser puestas dentro del esquema analítico de la Guerra Fría, con intereses concretos.

Iber logra demostrar –con un amplísimo panorama de fuentes diversas– cómo los márgenes de acción de los y las intelectuales latinoamericanos fueron mucho más que márgenes posibilitados por una suerte de extensión tentacular de estados considerados (según la perspectiva de análisis pro comunista-capitalista) imperiales. Así, además, permite revisar la dinámica imperialismo-antiimperialismo siguiendo de cerca la colisión de agendas o su confluencia como lo fueron los casos mexicano (antes y después de 1968) y/o cubano (antes y

⁴ Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría Cultural*, Madrid, Debate, 2001.

después de 1959 o 1962). Por ejemplo, el primer capítulo dedicado a la trama de exilios en México y su relación con la propia historia del país permite atender a su ciudad capital, el Distrito Federal, e incorporarlo a una dinámica global en la que, notoriamente, esa guerra definió su escenario.

La pregunta que me gustaría plantear aquí es de qué modo esta trama tensionada entre las

contradicciones y las apuestas por la “libertad” y/o la “paz”, entre la coerción y el consenso, definida como “gramscismo irónico”, incorpora y cómo las implicaciones del uso de la fuerza en las contrarrevoluciones y en los alineamientos y acciones de las derechas, que relativizarían el mismo peso de las contradicciones y las alianzas fallidas de las izquierdas

comunistas y no comunistas en el campo cultural.

Como se habrá advertido ya, el libro publicado en inglés aún no tiene traducción al castellano. Es de desear que pronto pueda contarse con su versión en español.

Ximena Espeche
UBA/CHI-UNQ/CONICET

Christopher Domínguez Michael,
La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863,
Ciudad de México, El Colegio de México, 2016, 653 páginas

La innovación retrógrada es la primera entrega de un ensayo sobre la literatura mexicana del siglo XIX que Domínguez Michael separa en dos períodos: 1805-1863 y 1863-1913, momentos que el autor concibe como la antesala y la consolidación de la “literatura nacional” mexicana (p. 9).

Hablamos de “antesala” ya que desde el comienzo de su ensayo el autor nos presenta un claro problema: ¿Cómo hablar de una literatura en vías de constituirse, huérfana de padres como Voltaire, Víctor Hugo, Rousseau, Chateaubriand? La ausencia o distancia por momentos irreconciliables entre los padres fundadores europeos y los letrados o escritores hispanoamericanos deviene en una escritura infanto-juvenil monstruosa que tambalea, por momentos balbucea con lenguajes incomprensibles para el pueblo, alejados de la realidad político-social novohispana (como la escritura arcádica del *Diario de México*). O que escapa de las garras institucionales, literatura exiliada, desterrada, carcelaria o mítica-evangélica (como los casos de Servando Teresa de Mier, José María Heredia, José Joaquín Fernández de Lizardi y Carlos María de Bustamante). El desafío de Domínguez Michael es el de reconstruir las primeras huellas de la literatura mexicana desde este foco monstruoso o aniñado desde donde lo miraban del otro lado

del océano: “[N]o me parecía apropiado iniciar una historia de la literatura mexicana sin hablar de cómo veía la crítica internacional, desde el privilegiado mirador de un gran crítico europeo como Menéndez Pelayo, a esa parte nuclear de la literatura que es su poesía” (p. 73).

La vacancia o ausencia de modelos fundacionales de literatura habilitan un recorrido por una diversa galería de autores, todos ellos “amputados” de la gloria literaria por algún aspecto, sea socio-político o cultural (y fue Heredia el epítome de ese malestar al ser un exiliado cubano que encuentra en México las raíces político-culturales para construir una literatura moderna pero que, sin embargo, contempla y añora el pasado con nostalgia a través de los lentes de un extranjero, a través de la distancia retórica de un cubano aceptado a medias por la cultura mexicana). En otras palabras, a lo largo de todo el interesante y minucioso recorrido que plantea sobre los orígenes de la literatura mexicana, Domínguez Michael nos demuestra cómo los ejercicios letrados (la traducción, la edición, las tertulias y comunicaciones epistolares, y, sobre todo, las polémicas literarias) contribuyeron a la formación de un ejercicio de igual peso que la propia producción literaria: la formación de la

crítica literaria en el México todavía colonial. Es justamente en ese espacio de ausencia de propuestas modernas de literatura, escindidas del mundo europeo o de la ya vetusta vida colonial, que Domínguez Michael rescata las propuestas de los escritores mexicanos, innovadoras en relación al distanciamiento crítico de la mirada sobre la patria que presentan. En todas ellas (sea *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, el supuesto *Jicoténcal*, de José María de Heredia, las *Memorias* de Servando Teresa de Mier, el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, de Bustamante) el pasado se resignifica y se transforma en una lente utópica o hiperbólica para ver y pensar el futuro. En estas obras los escritores americanos recurren a una narrativa que toma las riendas de los hechos sucedidos, los acerca a la cotidianidad del lector local para mostrarle anécdotas y rincones desconocidos de los circuitos de poder en un proceso de desnudamiento o desgarramiento de la vida en México y sus lazos con una Europa demasiado distante e inaprensible. El desgarramiento es por partida doble ya que el autor nos muestra los procedimientos de apropiación de la enunciación que realizaron los americanos desde distintos discursos (no solo desde la poética, como los

árcades del *Diario de México*, sino desde la narrativa nostálgica de Heredia o la reformulación histórica como Bustamante o Mier y, sobre todo, desde la estratégica filiación literaria como lo hicieron escritores de la talla de Manuel Payno, Guillermo Prieto o Ignacio Ramírez “El Nigromante”). Esta recuperación desde las filas de la escritura ficcional o imaginativa dialoga con una escisión mayor con la cual Domínguez Michael lucha a lo largo de todo el ensayo: el cambio de paradigma de lectura de los lectores contemporáneos en relación a aquellos lectores de comienzos y mediados del siglo XIX mexicano. Es constante en este ensayo la lectura de las obras desde el lamento melancólico por el olvido que han sufrido y las lecturas erradas que han tenido. Este sentimiento de pérdida irremediable es plasmado en el ensayo en el capítulo dedicado a la escritura neoclásica de los árcades mexicanos: “[E]l resto de los lectores, hace más de un siglo privados de la cultura griega y latina como el sustento de la educación, encontramos fastidiosa una literatura que nos obliga a recurrir a los diccionarios mitológicos cuando en 1805 era popular, tan popular que el *Diario de México* la tenía como su principal oferta de ilustración y entretenimiento” (p. 90). El lamento, como se ve, está acompañado, en el ensayista-vocero de los lectores modernos, del fastidio por una escritura densa que actúa como puente y pasaje a un contexto político-social y cultural en el que la literatura era circular (entre pares o conocedores,

como en la Arcadia mexicana) o digresiva, localista, imbricada con problemáticas particulares (como fue la escritura de Fernández de Lizardi o de Bustamante).

Dos citas enmarcan y catalizan el proceso de lectura crítica de Domínguez Michael: la confesión de Villemain de su *Curso de literatura francesa* de 1840, epígrafe de las conclusiones de este ensayo, y las apreciaciones de Sainte-Beuve en sus *Retratos literarios*, de 1844. Consideramos estos epígrafes como miradores desde los cuales Domínguez Michael configura la distancia enunciativa desde la cual rescata momentos de la vida de los autores seleccionados y conforma un recorrido desde las ruinas del pasado cultural mexicano. De Sainte Beuve destaca las “suertes de aministías” en los asuntos literarios y el placer del espíritu del campo de lucha que rescata a los heridos y maltratados en el ataque. Este epígrafe, situado al inicio del ensayo, dialoga con la introducción de este primer tomo de Domínguez Michael en el que recrea la interesante rencilla que se produjo en los primeros años del siglo XX entre la Academia Mexicana y el famoso crítico literario Marcelino Meléndez Pelayo sobre las riquezas de la literatura mexicana. En sus obras *Antología de poetas hispanoamericanos* (1892-1895) y su ampliación en *Historia de la poesía hispanoamericana*, de 1911, el crítico español construye un panteón parcial de los escritores hispanoamericanos al proponerse analizar obras de autores fallecidos evitando

analizar o siquiera mencionar las influencias fundamentales del Modernismo latinoamericano. Esta síntesis congelada y caprichosa de la literatura habilitó la “exquisita cortesía” de la Academia Mexicana, que produjo y le envió al crítico su propia *Antología de los poetas mexicanos* (1894) para que el crítico pudiera verla, “como versión alternativa y complementaria a la de Menéndez Pelayo” (p. 57). Este esfuerzo de la Academia Mexicana fue desestimado por el crítico español quien, sobre la carencia americana, sostuvo en el preámbulo de su *Historia de la poesía hispanoamericana* de 1911 que es la “Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos” (citado en p. 58). Frente al esfuerzo desmedido de los académicos mexicanos, Meléndez Pelayo les responde con la autoridad cruel de la madre Historia. Es este juego de cortesías rechazadas o burladas que Domínguez Michael reformulará en el intento bien logrado de rescatar una galería de autores y de influencias europeas mejoradas y transformadas en México. El camino metodológico para ello será el uso de la categoría de “innovación retrógrada”, que el autor no define de manera explícita en su ensayo pero que despliega y actualiza en cada uno de sus capítulos. Esta categoría de análisis le permite evidenciar los procedimientos de mitificación y reconstrucción literaria que plantean los distintos escritores en México sobre el pasado con vistas a configurar un futuro promisorio. La literatura es para escritores como Navarrete, Heredia y los amigos Pesado y Carpio un

universo mágico para rescatar a México y plantearlo como la tierra elegida. Propuesta crítica de lectura sintetizada en la maqueta de Jerusalén que Pesado y Carpio construyen en un escritorio de la casa de Pesado y que contemplan con fervor, también evidenciado en la mirada de Payno sobre la momia perdida de Mier comprada por una compañía de circo, o en la elección de Heredia sobre una Grecia en ruinas para repensar la vida americana. El ensayo de Domínguez Michael reproduce como cajas chinas esta mirada innovadora que rescata un pasado distante para recrearlo de forma mítica e hiperbólica en la literatura.

El epígrafe de Villemain enmarca las conclusiones del ensayo. El escritor francés plantea en 1840 la búsqueda incansable del “espíritu nuevo, que al retornar sistemáticamente hacia el espíritu antiguo, se convierte en una suerte de innovación retrógrada que sigue a los desórdenes civiles” (citado en p. 585). Esta búsqueda sistemática hacia un espíritu inexistente o lejano le permite a Domínguez Michael reconstruir el pasado literario desde una reconfiguración de las coordenadas críticas de la historia de la literatura mexicana teniendo en cuenta dos momentos: por un lado, el período que va de 1805 a 1827 de escritores “ingenuos y sentimentales” (sentimientos tomados como posiciones de enunciación artificial y distante de la realidad, ya sea por la mirada idealista de las obras o por la imposibilidad de aplicar las propuestas a una realidad que maltrata a sus autores); por

otro lado, una segunda parte que va de 1828 a 1863 de escritores sumidos en una “guerra perpetua”. El segundo momento le sirve al autor para plantear el fin del uso de los escritores de la innovación retrógrada (es Heredia el último escritor que utiliza este procedimiento de escritura) para dar paso a la era romántica y a las dificultades que tuvo para plasmarse en su lucha constante con la política y las crisis presidenciales y las invasiones extranjeras (la guerra de 1847 contra los Estados Unidos es extensamente analizada).

De las intervenciones creativas y los reordenamientos de Domínguez Michael sobre la escritura de comienzos y mediados del siglo XIX mexicano destacamos dos diálogos interesantes con el investigador Elías Palti que el autor propone, ambos como ampliación y actualización y traslado de lo sostenido por Palti en el ámbito histórico hacia el ámbito literario. En el primer caso, retoma la caracterización que hizo Palti en el año 2005 sobre la “era de Lizardi (1808-1823)”, pensando al escritor novohispano como eje central de un período signado por criterios estéticos ligados a criterios ético-morales en los que la opinión pública se regía por una verdad homogénea y el escritor denunciaba y restablecía el orden momentáneamente perdido.¹ Para Domínguez Michael el letrado que engloba y representa el período señalado es Carlos María de Bustamante al actuar como facilitador de nuevas empresas e incursiones de la literatura en el mundo cultural-político:

Al amparo de Bustamante y no pocas veces en contra de su versátil voluntad, se hace casi de todo: desde el primer periódico de la capital [...] hasta la unión ideológica entre criollos y peninsulares contra la invasión francesa en 1808 [...] es también nuestro primer intelectual revolucionario que se une con plena conciencia redentorista de sacrificio, a una rebelión que se juzga legítima por popular, arriesgando su vida por ella [...] Menos como legislador (que lo fue), contribuye a la fundación de la nueva república con una biblioteca, su obra entera. Fue el inventor, casi en solitario, del nacionalismo mexicano (pp. 249-250).

El otro diálogo que establece con Palti se relaciona con la recuperación de la narrativa de Orozco y Berra y el planteo del historiador sobre la imposibilidad de la novela *La guerra de los 30 años*, de Orozco y Berra, y el *El pistol del diablo*, de Manuel Payno, como muestras de la “imposibilidad histórica de México” (en tanto evasiones o alejamientos de la historia). Domínguez Michael retoma esta lectura de Palti² para reforzar la dificultad de lectura de las novelas románticas mexicanas y para plantear

¹ Elías Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 67-84.

² Elías Palti, “La guerra de los treinta años de Fernando Orozco y la visión lúdico-poética de la historia”, *Latin American Literary Review*, xxv, n° 49, 1997, pp. 69-90.

nuevas formas de aproximación y acercamiento a ellas.

Ensayo provocador que desarma el archivo de lecturas consolidadas de la producción literaria de las primeras décadas del siglo XIX, esta obra de Domínguez Michael ayuda a los lectores contemporáneos a

descubrir y mirar de cerca las redes o tejidos que se armaron detrás de las figuras de autor y de las obras fundacionales de la literatura mexicana. Sobre todo, este ensayo nos permite replantear los vínculos letrados y de poder entre aquellos escritores que buscaron en el pasado nuevos

caminos para leer el presente e imaginar un futuro desde la riqueza del discurso literario.

Mariana Rosetti
Facultad de Filosofía
y Letras-ILH/CONICET

Heloisa Pontes,

Intérpretes de la metrópoli. Historia social y relaciones de género en el teatro y en el campo intelectual en San Pablo, 1940-1968,

(trad. Gustavo Zappa), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2016, 295 páginas

El libro de la antropóloga y doctora en sociología Heloisa Pontes, publicado originalmente por la Editora da Universidade de São Paulo (EDUSP) en 2010, aborda el período 1940-1968, momento particularmente rico e intenso en la historia cultural e intelectual del Brasil. En tal período se desarrolló un nuevo sistema cultural que encontró sus bases en los procesos económicos y sociales que siguieron a la crisis de 1929 y al golpe militar de 1930, como el retraimiento económico de la élite cafetalera tradicional, el estímulo a la industrialización, el crecimiento de las ciudades y de la economía urbana y el avance de los sectores medios. En el plano específicamente artístico y cultural, los modernismos surgidos en los años 1920 y 1930 encontraron en las dos décadas siguientes su momento de expansión y consolidación, cristalizando en una producción amplia localizada en nuevos espacios e instituciones culturales y protagonizada por actores igualmente nuevos. Como advierte la obra a propósito de las propuestas teatrales, dentro del período se registran dos etapas diferentes, una de consolidación del teatro moderno, un teatro artístico y de repertorio distanciado de las tradiciones precedentes, hasta fines de los años 1950, y otra posterior, caracterizada por una escena fuertemente politizada y

por la emergencia de proyectos que podemos caracterizar como neovanguardistas. Pensamos, en tal sentido, en la formación de grupos cuyo prestigio trascendió el medio brasileño, como el Teatro Arena entre 1953 y 1972 y el aún activo Teatro Oficina, formado en 1958. Sin embargo, en su dinámica general, el período amerita ser analizado de manera unitaria ya que los cambios de dirección de los años 1960 no pueden ser pensados sin considerar los procesos previos de modernización cultural. Además, la elección de un período de casi tres décadas permite seguir las trayectorias de protagonistas, ideas y ámbitos en sus transformaciones a lo largo del tiempo, a partir de la propia dinámica del campo articulada con los cambios en el contexto político y social.

La obra aborda este singular período desde una perspectiva que cruza las transformaciones culturales registradas en las grandes ciudades con la historia social y las relaciones de género, focalizando en dos campos de estudio: el campo intelectual y el teatral. Su centro es San Pablo, aunque la vida cultural paulista es analizada en estrecha relación pero también en contraste con la de Río de Janeiro, en un momento en que la entonces capital federal perdía su lugar

dominante en la cultura y la cosmopolita ciudad del sur, en vertiginoso crecimiento, se convertía en nueva metrópoli cultural. El vínculo entre ciudad y cultura emparenta este libro con empresas clásicas como la de Carl Schorske en *Viena fin de siglo* (1979), la de Thomas Bender en *New York Intellect* (1987) o la de T. J. Clark en *The Painting of Modern Life* (1985). Cuenta también con el marco general proporcionado por el trabajo previo de Maria Arminda do Nascimento Arruda, *Metrópole e Cultura. São Paulo no meio século xx* (2001), hecho que permite a Pontes focalizar y profundizar en ciertos objetos de estudio tanto como aplicar perspectivas de análisis particulares.

Elige, entonces, abordar el campo intelectual, constituido alrededor de la Universidad de San Pablo, fundada en 1934, en particular de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, y el proceso de renovación teatral que consolidó el teatro moderno en la década de 1940. Esta yuxtaposición de dos objetos de estudio, en rigor, registra una trama. En efecto, los dos ámbitos de producción cultural se encuentran vinculados no solo de una manera genérica por su contemporaneidad. Se relacionan a través de figuras y propuestas precisas que informan sobre la confluencia de ambos ámbitos. Un asunto

relevante, en tal sentido, es la inauguración de una crítica teatral en espacios dedicados a la crítica literaria y cultural. La revista *Clima*, promovida por jóvenes universitarios (1941-1944), y la participación de figuras provenientes del campo intelectual y del teatro en la Escuela de Arte Dramático, creada en 1948 por el actor y director Alfredo Mesquita, resultan reveladores de estas convergencias. La Escuela fue una respuesta académica al proceso de renovación teatral iniciado a principios de la década que registró hitos como la formación del Grupo Universitario de Teatro en 1943 (promovido y dirigido por el también crítico e historiador del teatro Décio de Almeida Prado) o del Teatro Brasileiro de Comédia (TBC) en 1948, símbolo de la escena paulista del período, entre otros reconocidos grupos amateurs y profesionales. La Universidad, entonces, fue sede de algunos de estos nuevos grupos amateurs, aportó a sus promotores, y también proporcionó buena parte del público al proceso de renovación. Finalmente, transfirió su prestigio al nuevo teatro, proporcionando a la escena renovada una legitimidad cultural de la cual carecía anteriormente y que beneficiaría a sus protagonistas, contribuyendo en gran medida al éxito resonante obtenido por las compañías y las actrices participantes.

Para dar cuenta de su pertenencia a una misma trama cultural, el análisis presta especial atención a los cruces o convergencias entre historias que, examinadas en la dimensión diacrónica, siguen

derroteros claramente diferentes. Aunque informa amplia y detalladamente sobre tal trama, el verdadero objeto de estudio de la obra no es la trama en sí, sino la “urdimbre sociológica que la sostuvo” y que “hilvanó sincrónicamente las experiencias distintas del teatro y el trabajo intelectual”. El prisma de la historia social de la cultura y de las relaciones de género es la herramienta que posibilita registrar “las marcas de la experiencia social y su traducción en formas simbólicas específicas”.

La experiencia social es rastreada a través de las biografías y las trayectorias de protagonistas del período. A partir de ellas, la obra indaga en aspectos sociales y culturales tales como origen social, educación, mecanismos de acceso al campo de actuación y lugares ocupados en él, incluyendo los cambios a lo largo del tiempo. Incorpora además el plano simbólico, prestando particular atención a la construcción de figuras de autores y artistas, representaciones sociales acerca de ellos, visualidad de cuerpos y condensación de valores en imágenes. Finalmente, considera también sentimientos interpersonales: pasiones, celos, rivalidades profesionales y personales y elecciones vitales. El análisis de estas “vidas”, entonces, resulta una compleja articulación de aspectos objetivos y subjetivos, públicos y privados, profesionales y personales, en la cual la subjetividad de las figuras, las elecciones estéticas y el éxito o el fracaso artísticos son entendidos a la luz de la experiencia social de los protagonistas.

Presentadas a través de una narración vibrante, sensible y profusamente informada, las trayectorias dan cuenta de especificidades y dinámicas propias de cada uno de los campos analizados, de los procesos sociales y culturales que animaban los grandes cambios del período y de las inflexiones que las diferencias de género asumían en cada campo. Instrumentos de la sociología y de la antropología se alternan meditadamente para construir una aproximación compleja y vívida a los sujetos analizados, empática y a la vez analítica. La atención prestada al detalle identificado como revelador, la incorporación de imágenes analizadas de manera aguda en tanto fuentes, la consideración de las voces de los protagonistas a través de distintos documentos, son algunos de los registros que sostienen una narración rica, densa y texturada. Aunque el análisis se propone problematizar centralmente las figuras femeninas, las masculinas son también extensamente indagadas; los vínculos y contrastes entre géneros constituyen temas intensamente explorados a lo largo de todo el libro, aunque, como se verá posteriormente, configuran el foco del capítulo VI, “Parejas amorosas y de trabajo”.

La comparación es una operación a la que la obra apela de manera reiterada con un sentido analítico, aplicándola a distintos objetos y persiguiendo diferentes objetivos. Los contrastes, que resultan en todos los casos altamente informativos, no se limitan a los aspectos más previsibles de las diferencias de género, sino

que abordan otros registros, como por ejemplo los distintos vínculos entre intelectuales y artistas y ciudades. Así opera el contrapunto entre Río y San Pablo, aunque también la New York de los años 1930 y 1940 es integrada a la operación comparativa desarrollada en el capítulo I (“Ciudades e intelectuales: los ‘neoyorquinos’ de *Partisan Review* y los ‘paulistas’ de *Clima*”, sobre el cual volveremos más adelante).

También resulta informativo el contraste entre las distintas relaciones de género que operan en los dos campos analizados: por un lado, el campo intelectual, dominado por hombres, y por otro lado el del teatro, que privilegiaba la figura femenina. En este aspecto, la comparación entre campos, uno más refractario, otro más receptivo, indica la forma en que las convenciones específicas de cada uno de ellos mediatizaba las diferencias de género operantes en la sociedad. En tal plano se delinea una de las tesis centrales del libro: mientras que las intelectuales “sufrieron, con mayor o menor intensidad los contratiempos (de insertarse en un campo marcadamente masculino) e hicieron valer el capital cultural conquistado por medio de una escolarización elevada o de relaciones sociales arraigadas en la actividad cultural”, las actrices, en general, de origen popular y menor nivel educativo, “se hicieron conocidas y afirmaron su autoridad en un dominio menos culto y escolarizado, y mucho más abierto a la presencia femenina”. Este contrapunto es un original aporte a los estudios de género,

ya que impide “volver esencial” el “aspecto anémico de la ‘condición femenina’”, mostrando que sus marcadores deben ser comprendidos “*en relación y en la relación* con otras dimensiones igualmente relevantes [...] de la [...] estructura y dinámica específica de los campos de producción cultural”.

En el caso del contraste entre extranjeros y locales en ambos campos, la indagación resulta particularmente iluminadora. La presencia de intelectuales y artistas extranjeros fue una condición fundamental de la renovación del campo intelectual y del teatro a principios de los años 1940. Nos referimos a figuras como Claude Lévi-Strauss y Roger Bastide, entre otros miembros de la Misión francesa, en un caso; y a directores como el francés Louis Jouvet o el polaco Zbigniew Ziembinski, en otro (tema explorado en el capítulo III, “Louis Jouvet y Henriette Morineau: franceses en la renovación de la escena teatral brasileña”). A partir de ellos, el desarrollo de los campos permitió la emergencia de figuras locales que introdujeron nuevas inflexiones en su producción. Pensemos, por ejemplo, en Florestan Fernandes en la sociología, y en Nelson Rodrigues o en Jorge Amado como autores teatrales.

Finalmente, como instrumento de la argumentación general, la comparación es el vínculo que articula la presentación de trayectorias, mostrando diversidad y recurrencias, contribuyendo a precisar el sentido de lectura de las trayectorias y lo que se puede

leer en ellas en tanto experiencia social.

El libro, acompañado por un lúcido prefacio de Antonio Arnoni Prado, se desarrolla a través de una introducción, seis capítulos y una conclusión. Los dos primeros capítulos se refieren al campo intelectual, mientras que los cuatro siguientes exploran el campo teatral; es en esta sección donde se concentran los análisis más iluminadores y sensibles al mismo tiempo que reposa en ella la mayor originalidad de la obra. El primer capítulo se ocupa del vínculo entre ciudades e intelectuales, comparando los “neoyorkinos” de *Partisan Review* (1934 en adelante) y los “paulistas” de la revista *Clima* (1941-1944). El segundo estudia cuestiones de género y sociabilidad, deteniéndose en la trayectoria de tres mujeres destacadas en el campo de la crítica cultural, en un campo intelectual dominado por figuras masculinas: Lúcia Miguel Pereira, Patrícia Galvão y Gilda da Mello e Sousa. El tercero estudia la contribución francesa a la renovación teatral paulista, a través de las figuras del director Louis Jouvet y de la actriz Henriette Morineau. El cuarto se interna en el proceso de renovación teatral, tomando como centro a la primera actriz del TBC y símbolo del teatro paulista, Cacilda Becker, y al crítico y director Décio de Almeida Prado, destacado pionero en ambos campos. Resalta en tanto “cuerpo iluminado” la figura de Cacilda, en un campo donde, siguiendo expresiones de otra protagonista del momento, “las mujeres gobernaban”. El quinto capítulo se ocupa del proceso de construcción social de los

artistas, prestando particular atención a las implicaciones de la elección del “nombre” artístico asociado a la búsqueda de “renombre”, operaciones entendidas como vía privilegiada de acceso a este aspecto que articula personas y personalidades artísticas. Finalmente, el sexto, capítulo particularmente destacado, aborda la cuestión de las relaciones de pareja, analizando seis casos de relaciones amorosas y laborales –frecuentemente combinaciones de ambas–, mostrando la forma en que el renombre conquistado por las mujeres en el teatro, pese a tratarse de un campo abierto a la presencia femenina, no puede disociarse de tales vínculos.

Intérpretes de la metrópoli.

El título del libro juega con los distintos sentidos de la expresión. “Las intelectuales y actrices que entraron en escena en el período” fueron ejecutantes de los nuevos impulsos urbanos y sus traductoras al campo de la producción cultural, pero los mismos roles cupieron a “los compañeros que ellas tuvieron a lo largo de sus trayectorias”: mujeres y hombres de distintas maneras excepcionales que vivieron y animaron en múltiples dimensiones una metrópoli en expansión. La ciudad no se encuentra tematizada por la obra en tanto artefacto material, sino que se hace presente como espacio histórico, contenedor y

articulador de “una nueva sociabilidad intelectual y artística, nuevos lenguajes, nuevas oportunidades de carreras y nuevas maneras de hacerse un nombre, bajo la perspectiva de la vida cultural y la escena teatral local”. La San Pablo en vertiginosa transformación palpita vivamente en este revelador análisis de las nuevas experiencias de su vida cultural e intelectual entre los años 1940 y 1968, que ha elegido de manera singularmente productiva el acicate analítico de las relaciones de género.

Anahi Ballent
UNQ/CONICET

Alejandro Eujanian,

El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861,

Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 308 páginas

El pasado en el péndulo de la política es al mismo tiempo un libro de historia intelectual, historia de la historiografía e historia política. Así lo pretende su autor. Si elegimos comenzar el escrito con este enunciado no es porque nos preocupen especialmente las clasificaciones; por el contrario, el trabajo ofrece un cuadro de situación en el que cada una de esas aristas aparece constitutivamente implicada en las otras dos, sin demasiadas aclaraciones. Precisamente allí reside parte de su mérito; un objeto de estudio construido de modo tal que logra reponer la complejidad de un universo histórico atravesado por las múltiples mediaciones y los conflictos característicos de una sociedad y una época en la que todo parecía inestable o estaba por verse: las alianzas políticas, el entramado de ideas que las acompañarían –casi nunca de manera lineal–, la construcción de una historia que diera cuenta de un pasado breve, pero recargado. El Buenos Aires pos Caseros. Alejandro Eujanian se adentra allí con un objetivo claro: rastrear las disputas por el pasado que marcaron el proceso de formación de la élite dirigente porteña durante la década de 1850. Para ello, elige analizar buena parte de los debates legislativos que tuvieron lugar en la Sala de Representantes, sin desconocer otras fuentes: crónicas, la

prensa, biografías, textos políticos, literarios y judiciales.

Subrayamos el momento formativo del colectivo cuya demarcación el libro ayuda a delinear. Se dirá, la formación de las élites dirigentes para el Río de la Plata es fechable mucho tiempo atrás –y para ello seguimos contando con la vigencia aún no disputada de *Revolución y Guerra*–. Sucede que el paso del rosismo, como en tantos otros planos de la vida rioplatense, ni siquiera dejó incólume dicha base originaria. En efecto, fueron tales los reacomodamientos que suscitó el triunfo urquicista en Caseros que no resulta desatinado pensar la coyuntura 1852-1861 como la de una sustantiva reconfiguración. Su motor no habremos de encontrarlo esta vez en alguna alteración de las condiciones materiales, ellas sí relativa y progresivamente afianzadas en un territorio que marcha con paso firme hacia la definitiva inserción en el sistema capitalista y que sigue teniendo a la “ambivalente alianza” entre clase terrateniente y poder político como protagonista principal. La peculiaridad del momento posterior a Caseros añadió nuevos motivos a los conflictos que históricamente se habían alojado en el seno de la élite porteña: la necesidad de un posicionamiento en el presente que no podía pensarse ajeno al modo en que se

elaboraría y representaría un pasado *apenas pasado*. Su desenlace, veremos, resultó ser de vital importancia. En efecto, hipotetiza el autor, fue durante los conflictivos años de la secesión cuando tuvo lugar la elaboración de una narrativa histórica que combinó, originalmente, dosis de localismo porteño con remisiones nacionales.

El minucioso trabajo de archivo sobre el que reposa el libro logra transmitir con gran nitidez las características de una disputa cuyo escenario tuvo la forma de un laboratorio, dotado de pocas certezas que pudieran vaticinar algún resultado concreto. Vinculado con esto, desde el comienzo el autor juega con una cuestión que hace las veces de alerta de lectura y cuyas implicaciones de método pueden/deben ser trasladadas a más de una exploración que se pretenda histórica: el final de esta historia nos es conocido; para encontrarlo basta situar la mirada en el momento en el que fueron escritos los grandes relatos sobre la nación, durante una etapa de “disciplinamiento del discurso histórico” y con Bartolomé Mitre a la cabeza –más adelante veremos que incluso este protagonismo requiere una revisión–. La historiografía al respecto es profusa; libros como *Historia de la historiografía argentina*, de Fernando Devoto y Nora

Pagano, y *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, de Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian representan dos de sus más reconocidas y sistematizadas elaboraciones. Pero *El pasado en el péndulo de la política* nos remite a un momento anterior, poco explorado a través del prisma que aquí interesa. Es justamente esa condición preliminar la que se aprovecha en todo aquello que tiene de no-necesariedad respecto de lo que va a venir. Los relatos producidos en esta etapa son reinstalados, desprovistos de los significados que se les atribuyeron posteriormente, cuando un Estado nacional en formación imponía demandas de construcción identitarias de diferente naturaleza.

Un segundo elemento le aporta especificidad a la periodización elegida y subraya la voluntad de revisión del trabajo: además de un relato sobre la historia nacional, el momento carece de las distinciones que años más tarde marcarían la separación del campo propiamente historiográfico, como contenedor de un cuerpo socio-profesional específico. La historia, entonces, era un terreno abierto a todo aquel que quisiera explorarlo, especialmente si el explorador podía mostrar credenciales de “haber estado allí”. ¿Significa esto que deban modificarse los márgenes generalmente aceptados para hablar de la historiografía argentina, sin que este movimiento termine por confundirla con una historia de la cultura? La pregunta recorre, de manera implícita, las tres partes que componen el libro que aquí reseñamos.

La primera, conformada por tres capítulos, reconstruye la coyuntura que rodeó a la revolución del 11 de septiembre de 1852. Mejor dicho, como indica uno de los subtítulos, reconstruye “la construcción del acontecimiento”. Corridos de la escena tanto Rosas como Urquiza, Buenos Aires se convirtió en escenario de una convivencia siempre provisoria entre grupos preocupados por garantizar cierta unanimidad, aunque los elementos a priori disponibles para la construcción de algún consenso fueran escasos o precarios, por no decir inexistentes: ex proscriptos y ex rosistas. Así las cosas, el recurso al pasado se presentó como una vía auspiciosa para fundar una legitimidad que ya no podía pensarse como derivada del “color de los chalecos”, aunque en verdad estos siempre habían sido desafiados por otros múltiples vínculos capaces de organizar a una sociedad compleja.

Ahora bien, ¿sobre qué fundamentos hacer reposar la historia de la *causa porteña*, cuando hacía apenas meses algunos de quienes hoy pretendían fundarla se encontraban jurando fidelidad al Rosas reelecto, al tiempo que otros ofrecían ayuda a un Urquiza devenido conquistador luego de las célebres jornadas de junio? La necesidad de lidiar tanto con los recuerdos de este pasado reciente que involucraba de manera directa a muchos, como con las historias heredadas del período rosista, produjo alternativas diversas que convivieron, no siempre de manera armoniosa, durante toda la década. El olvido, aclamado por muchos, se mostró

insuficiente o incapaz para hacer del 11 de septiembre un acontecimiento de corte efectivamente radical. Si de nombres se trata, a lo largo de estos capítulos encontramos que la dirigencia puesta a convivir en un clima de desconfianza mutua engrosaba un listado amplio: desde Nicolás Anchorena, sistemático ocupador de bancas en la Sala de Representantes de Rosas, un Vélez Sarsfield vinculado a las tertulias organizadas por Manuelita, José Mármol, cambiante relator desde el diario *El progreso*, o Sarmiento, retratando desde Río de Janeiro el clima de confusión que siguió a Caseros, al tiempo que daba los primeros pasos en la disputa por la apropiación simbólica del triunfo frente a “la tiranía”.

En torno al levantamiento de 1852 gravitan entonces los mayores esfuerzos por forjar una causa porteña que, opuesta a Urquiza, no lo esté de las provincias cuyo liderazgo Buenos Aires disputaba. Si al principio los discursos circulantes justificaban la revolución en términos más bien políticos y contingentes, referidos por tanto a contornos provinciales, el transcurso de los días permitió una inscripción temporal que llegó a hundir sus raíces en la Revolución de Mayo, que aparecía nuevamente inconclusa, como antes lo había sido para la generación del '37. Los motivos específicamente nacionales que se derivaron de esta línea de continuidad imaginaria aportaron, además de un nuevo manto de legitimidad, argumentos para sostener en los hechos la “fusión práctica” entre las

fracciones de la política porteña que Mitre impulsaba, sellada en el famoso acto del Coliseo. Eujanian reitera su llamado de atención destinado a prevenir interpretaciones teleológicas o anacrónicas: no se pretenda encontrar aquí el germen de la posición que Mitre desarrollará en años siguientes. El problema de la nación se instala, así, como aquello que fue, acaso especialmente durante el siglo XIX: el de un vínculo, siempre inestable, entre un significante y un significado que estuvo lejos de remitir siempre al mismo orden de cosas. Veremos que es preciso esperar la llegada de otro contexto político e historiográfico para ver, con toda su potencia organizadora, la idea identitaria de la nación. Por ahora, Buenos Aires recuperaba para sí el rol de guía del resto de las provincias en el camino de “la libertad y organización nacional”, mediante la construcción de una memoria para la identidad porteña que echó mano a su vez a un conjunto variado de elementos simbólicos, dentro de los cuales el libro destaca el lugar sacrificial reservado para las guardias nacionales. La repatriación de los restos de Rivadavia, unos años más tarde, se encargará del resto.

La segunda parte del libro lleva por título “Recordar, olvidar, encubrir: políticas del pasado en los juicios a la ‘tiranía’”. De que la década de 1850 constituyó una etapa particularmente activa en el proceso de construcción de identidades colectivas dan cuenta los debates desarrollados en la Sala de Representantes que tuvieron por objeto el cercano pasado rosista, cuyo

contenido este bloque analiza. Si la lectura de los tres primeros capítulos albergó en el lector alguna ilusión de consenso efectivamente logrado, esa imagen se desploma cuando el autor restituye los conflictos suscitados en la Sala en ocasión de tres piezas judiciales de fundamental importancia: los juicios a los acusados de pertenecer a la Mazorca, el proceso a Antonio Reyes –edecán de Rosas y autoridad en Santos Lugares entre 1840 y 1842– y el enjuiciamiento al propio Juan Manuel de Rosas. Un asunto sobre el que se presupone un acuerdo tácito –la necesidad de una condena pública al régimen rosista– resultó concitar las más variadas controversias. La legislatura porteña se convirtió, entonces, en el espacio privilegiado para la negociación de argumentaciones y representaciones históricas que, a medida que demostraron ser efectivas, comenzaron a sedimentar, hasta dar lugar a algunos de los tópicos más formalizados en torno de los cuales giraron en el mediano plazo las discusiones acerca de la figura y el gobierno de Rosas. Una vez más, el texto obliga a una reflexión sobre los contextos a partir de los cuales los discursos cobran sentido, sobre todo si consideramos el peso que un momento posterior, aquel signado por la consolidación de algunas de las vertientes del revisionismo histórico argentino, podría ejercer sobre una mirada desprevenida del tema que nos convoca.

En términos generales, los capítulos que siguen están atravesados por un conflicto de

representaciones que halla en el plano del lenguaje su primera manifestación, aunque las implicaciones derivadas de su resolución fueran bien concretas. ¿De qué manera resolver la superposición de dos criterios constitutivamente disímiles: el jurídico y el estrictamente político? ¿Daba lo mismo hablar de tiranía, despotismo o dictadura? ¿Confiscación de bienes o reparación para las víctimas? ¿Juicio político o tribunales ordinarios? ¿Uso o abuso de las facultades extraordinarias? El compromiso al que se aspiraba no podía ser indiferente a la definición que se hiciera del régimen rosista a instancias de los juicios. Dice Eujanian: para la política de fusión, el derecho debía subordinarse a un acuerdo político. En efecto, aquello que estaba en juego en este tipo de decisiones era nada más y nada menos que la responsabilidad que le correspondería a la sociedad porteña en la ocurrencia de los delitos que se empezaban a juzgar. Y el panorama se torna aun más complejo cuando descubrimos que los argumentos jurídicos no detentaban el monopolio de imponer una versión del pasado reciente. La cultura porteña procuró sus propias representaciones y estas se entrecruzaron con aquellos, adelantando, en algunos casos, cristalizando, en otros, las cuestiones que se debatían en los juicios. La circulación de la postergada publicación de *Amalia*, de José Mármol, y la reedición de *La novia hereje*, de Vicente Fidel López, o *Los misterios del Plata*, de Juana Manso, constituyen ejemplos claros del poder de transmisión

que poseyeron determinados artefactos literarios, vehículos de narraciones pretendidamente verosímiles que aún no encontraban su manifestación específicamente historiográfica.

Sin la minuciosa reconstrucción que el autor ofrece de las distintas vicisitudes que culminaron en la promulgación de la Ley de Enjuiciamiento de Juan Manuel de Rosas, en 1857, el cuadro final perdería gran parte de su riqueza. Por un lado, porque el acuerdo sobre la condena que merecía el rosismo no implicó un consenso acerca de cómo debía gestionarse aquel pasado; por otro lado, dado que el texto resultante de la culminación del juicio es poco representativo del trasfondo que lo concibió. Aquella publicación inauguró una representación casi caricaturesca que quedaría impuesta en la memoria de muchos a fuerza de repetición: el de Rosas había sido un régimen de terror sin matices, ejercido pura y exclusivamente por el ex gobernador de Buenos Aires ante una sociedad paralizada por el miedo. Volver la mirada sobre los debates que precedieron dicha cristalización permite restituir complejidad al asunto. Otras formulaciones eran también pensables o decibles, y de hecho fueron pronunciadas en el recinto de la Sala de Representantes. Son especialmente interesantes aquellas intervenciones que reconocen la necesidad de encontrar algún rodeo para sortear el problema, para nada menor, de que Rosas había gobernado al amparo de la legalidad. Pero las necesidades políticas de la hora no podían aguardar la resolución de este tipo de dilemas. La función del

juicio era concluir con la tiranía –antes que abrir su interpretación– y legitimar con argumentos concluyentes la revolución que había separado a Buenos Aires de un conjunto de provincias que por entonces estaban llevando a cabo la tan anhelada organización constitucional del país. Solo un recuerdo encubridor podía cumplir con esas exigencias. No obstante este carácter de declarada urgencia, no fue ajena a estos sectores la intención, explícita en sus pronunciamientos, de legar a las generaciones futuras una interpretación que no podía quedar librada al fallo de la historia.

Llegamos, finalmente, a la tercera sección del libro. Se trata de un bloque que conserva cierta autonomía respecto de los otros dos, pese a estar indefectiblemente vinculado a la preocupación que motoriza la escritura del conjunto. Eujanian ofrece allí un recorrido detallado del devenir de un problema clave para la historia política y de la imaginación del siglo XIX argentino: el de la construcción de alguna idea de nación, pero más específicamente las tesis relativas a su preexistencia. Precisamente, las páginas finales dan cuenta de esa condición plural, muchas veces desatendida, contenida en la ya clásica fórmula. Si a lo largo de los debates analizados esta funcionó a modo de argumento legitimador de posiciones diversas, no lo hizo remitiendo siempre a idénticos principios, ni siquiera cuando su portavoz fue la misma persona. El esfuerzo contextualista del autor permite advertir entonces cuáles fueron los contextos

políticos, intelectuales, incluso editoriales, que tornaron inteligibles algunas de las representaciones que salieron públicamente a flote cada vez que el principio de nacionalidad era invocado en los conflictos por el destino de las provincias del Río de la Plata. El rechazo del acuerdo de San Nicolás y la sanción de la Constitución de Buenos Aires en 1854 representan los acontecimientos más inmediatos en torno de los cuales se gestaron las primeras interpretaciones referidas a los antecedentes históricos que impulsaban el reparto de las atribuciones relativas a las provincias y la nación en un sentido u otro. Vicente Fidel López, primero, Bartolomé Mitre, después, esbozaron durante la década de 1850 versiones alternativas, aunque emparentadas en un punto: ninguna reposaba en el sustrato identitario que varios años más tarde permitiría trazar la genealogía del Estado recientemente conformado.

Eujanian se detiene entonces a cotejar las distintas ediciones de la *Historia de Belgrano* escrita por Mitre. Antes que una motivación exegética, lo mueve un interés por develar la relación existente entre las variaciones que presenta la edición de 1876-1877 respecto de las anteriores y el contexto más amplio con el que ellas dialogan. Dicho en otros términos, ¿por qué la tesis de una preexistencia de tipo pactista da lugar, veinte años más tarde, a otra basada en los elementos identitarios, tanto más remotos, que darían sentido a un sentimiento nacional? Hipótesis que no podían sino estar inhibidas durante el momento de la secesión se habilitaron cuando el proceso de

organización e institucionalización estatal encabezado por Mitre encuentra su definitiva realización. Apuntalaron, desde entonces, un paradigma interpretativo que marcará buena parte de las discusiones historiográficas del siglo XX, así como cierto sentido común histórico que, si aceptamos que existe, es en gran medida tributario de aquel conjunto de imágenes matriciales.

Intentaron estas páginas dar cuenta de los principales

núcleos de un libro que en verdad los excede. Para finalizar, volvemos sobre el enunciado con el que iniciamos este breve recorrido, deseando que su alcance haya podido dilucidarse a través de los elementos seleccionados a lo largo del escrito. Historia política, historia de la historiografía, historia intelectual. *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861* es una

muestra clara de la potencia contenida en el cruce de esas tres perspectivas. Uno de los principales conflictos políticos que atravesó el siglo XIX argentino, aprehendido a partir de una pregunta por aquellas disputas simbólicas que lo hicieron posible, sin pretender que el ejercicio restituya orden a ningún malentendido.

Camila Tagle
UNC

Graciela Batticuore,
Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina,
Buenos Aires, Ampersand, 2017, 174 páginas

La Historia de la lectura en el mundo occidental es un volumen colectivo dirigido por Roger Chartier y Guglielmo Cavallo editado originalmente por Laterza en 1995. Se podría decir que fue y sigue siendo una obra que tiene el raro privilegio de los libros que fundan una disciplina. Desde ese mojón inicial, la nueva disciplina, la historia de la lectura, se ha diversificado y enriquecido con significativos aportes. Un ejemplo muy claro de esa diversificación se advierte en el capítulo de ese libro correspondiente al siglo XIX, escrito por el británico Martyn Lyons. Desde su título, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños obreros”, se abrió un repertorio de posibilidades investigativas respecto de los nuevos sujetos sociales que se iban sumando, de un modo creciente, al consumo de libros. La historia de la lectura encontró allí un objeto de interés científico de alcance interdisciplinario: historiadores, sociólogos, bibliotecarios, antropólogos y quienes provienen de los estudios literarios se abocaron a ese objeto, el que –según lo había advertido tempranamente Robert Darnton– resultaba esquivo, arduo de abordar e, incluso, algo misterioso. Así, las disciplinas optaron por acudir a diversas fuentes: mientras que los historiadores, por ejemplo, recurrían a archivos, a datos provenientes

de censos, a testamentos y registros de sucesiones, a inventarios de bibliotecas, a repositorios de imprentas y librerías, los “literatos” parecían privilegiar las fuentes literarias: novelas, obras de teatro, ensayos, diarios, biografías, epistolarios, memorias. De este segundo grupo, y en nuestro país, algunos libros notables fueron abonando el camino en los primeros años del siglo: *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (Barcelona, Alfaguara, 2001), de Nora Catelli; *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (Rosario, Beatriz Viterbo, 2002), de Susana Zanetti; *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (Buenos Aires, Edhasa, 2005), de Graciela Batticuore; *El último lector* (Barcelona, Anagrama, 2005), de Ricardo Piglia; *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)* (La Plata, Al Margen, 2009), de Fabio Esposito; *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina* (Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, UBA, 2012), de Alejandro Parada.

Lo dicho se justifica porque el libro que aquí reseñamos –incorporado a la estuenda

colección *Scripta manent*, de la editorial Ampersand, especializada precisamente en historia del libro y la edición– está inserto y dialoga con esta joven tradición. Sin embargo, aunque la propia Batticuore forma parte de ella, elige no explicitarlo, como si buscara que su libro no estuviera sujeto a las reglas formales de la investigación académica ni al peso de tal o cual tradición disciplinaria, sino a las preguntas más elementales con que el investigador debe interrogar a su objeto, y en esa labor hermenéutica toma el lugar de un lector movilizado por la curiosidad científica. Desde esta mirada inquisidora, la autora recorre sus fuentes, en primer lugar literarias, y luego artísticas y cinematográficas; y allí se multiplican las imágenes de lectoras: mujeres narradas, descriptas, representadas, retratadas, filmadas, en situación de lectura. Al libro, entonces, lo moviliza una certidumbre: “las lectoras siguen dando que hablar”, y para demostrarlo basta evocar la ya legendaria foto de Eve Arnold en la que se ve a Marilyn Monroe leyendo el *Ulises*, “la imagen de la chica más sexi del mundo leyendo a solas la novela más compleja del siglo XX”. Los tres capítulos que componen el libro –“La lectora de periódicos”, “La lectora de cartas” y “La lectora de novelas”– se definen como “puertas de entrada”, ya que

resultan el enlace y vínculo con otras posibles figuraciones, como la lectora de poesía, la lectora religiosa o la lectora de libros científicos.

El comienzo del capítulo I da testimonio de la estrategia referida: la autora no recurre a describir el contexto de la lectura como hábito cultural hacia mediados del siglo XIX, ni elige caracterizar las prácticas artísticas o literarias del período, sino que se sitúa *in medias res*, como si el discurso formara parte de una lección sobre pintura: “Imaginemos que estamos ante un cuadro costumbrista [...] que tiene por asunto principal el motivo de la lectura en voz alta, compartida, en un ambiente familiar donde predominan las mujeres”. De este modo, se suceden lúcidos análisis de retratos de mujeres con cartas o pequeños libros en dozavo en la mano, o al alcance de la mano. Por aquellos años no abunda la representación de lectoras de periódicos, y en muchos casos quien lee es un varón, que opera como mediador privilegiado entre la esfera pública y las mujeres que bordan, cocinan o sirven. Sin embargo, ya en los periódicos de principios de siglo aparecen voces de lectoras –en las que quizá se oculten escritores varones travestidos– que dan cuenta incluso del paso de la lectura a una escritura participativa y opinante. Una vez más, la investigadora interroga a la fuente y la pone en duda: “¿existen, fuera del papel, estas lectoras reunidas en sociedad que envían cartas al periódico...?” (p. 39). La pregunta habilita algunas minibiografías que Batticuore conoce muy bien: Mariquita Sánchez, Encarnación Ezcurra,

las *lectoras patriotas*, e incluso la lectora *gaucha*, a la que se aproxima mediante una deliciosa exhumación de un rústico poema de una tal “Pancha” aparecido en las páginas de un semanario popular. Acaso las lectoras de periódicos representadas en novelas resulten algo más familiares para los estudiosos de la literatura argentina: doña Marcelina, la regenta del prostíbulo en *Amalia*; la vulgar y grotesca Medea, de *La gran aldea*, esa ferviente defensora de la educación a través de los periódicos; la calculadora y ambiciosa Margarita, que aparece en *La bolsa*, un personaje novedoso a quien se caracteriza como *la lectora de la página bursátil*. Pero también el rastreo de fuentes alcanza a los periódicos anarcofeministas, como *La voz de la mujer*, al que la investigadora recurre en busca de una *lectora proletaria*, antagonista de la mujer burguesa.

El capítulo II se ocupa, como dijimos, de la lectora de cartas. Incorporadas en la literatura en lo que conocemos como género epistolar, las cartas –y en especial las cartas de amor– suelen reproducir una serie de tópicos. La sagaz *mujer lectora* que es Graciela Batticuore visita cuatro intercambios epistolares: el de Guadalupe Cuenca con Mariano Moreno; el de Tomás Guido con Pilar Spano; el de Vicente Fidel López con Carmen Lozano; el de Carmen Belgrano con Juan Thompson. Y en la riqueza de los textos que van y vienen hay mujeres lectoras de cartas, pero también mujeres que escriben sin saber si su marido vive; varones que

escriben desde el exilio a mujeres que parecen ser indiferentes; mujeres que offician de secretarías políticas de sus maridos ausentes, desencuentros, celos, pasiones que depositan sentidos incluso en los pliegues de la materialidad de lo escrito. En otro momento, el libro se desplaza hacia el análisis de retratos de mujeres que leen, en un recorrido que va desde representaciones ya clásicas del siglo XVII –como las de Rembrandt y Vermeer– hasta el minucioso análisis de dos versiones del retrato de Manuelita Rosas a cargo de Prilidiano Pueyrredón. Una vez más, se multiplican las preguntas de la autora que, desde el lugar de la curiosidad científica, quiere saberlo todo: “¿Qué leen esas lectoras? ¿De dónde llegan las cartas?”, y más adelante, “¿Hacia dónde las lleva la lectura? ¿Cuál es la relación entre lectura y escritura? ¿Cuál es el vínculo entre la lectura, la vida, el amor, la política?” (pp. 92-93). De allí al final del capítulo se sucede una serie de estudios de casos, algunos de ellos memorables, como el fragmento de las memorias de Mansilla en el que la madre enseña a los niños las primeras letras mediante la lectura de cartas familiares, una suerte de afirmación de la estirpe patricia; o como la imagen de la loca que lee una carta en la novela de Eduarda Mansilla, en la que parece invertir las valoraciones de la mayoría de las representaciones hostiles al rosismo. Algunos retratos de fines de siglo nos indican que esas imágenes de mujeres leyendo van mutando sus figuraciones; así lo afirma la

autora a partir de dos certidumbres: que “la lectora de cartas aparece más resueltamente asociada a la subjetividad personal, amorosa, pasional, que comprometida en política”; y que “la lectora de cartas sigue resultando inquietante, pero es ya una presencia real, y se multiplica” (p. 122).

Los argumentos del capítulo III se disponen, en apariencia, de un modo más disperso, pero se van recuperando progresivamente en un conjunto coherente. Podríamos aislar, dentro de ese conjunto, tres núcleos. Por un lado, las lecturas amorosas compartidas, las célebres escenas en que los amantes se encuentran en los poemas líricos que leen juntos, como Werther y Lotte ante los cantos de Ossian y, tras ese modelo, Amalia y Eduardo Belgrano ante los poemas de Byron, y de allí a Camila O’Gorman leyendo a un pretendiente un texto de Echeverría que habla del exilio en la película de María Luisa Bemberg. Las lectoras en las novelas encuentran precisamente en las lecturas literarias el estímulo y aprendizaje hacia la pasión amorosa, lecturas erotizadas durante las que, como se afirma en la novela de Goethe, “el mundo dejó de existir para ellos”. De este núcleo se deriva el segundo: la peligrosidad de las lecturas de novelas, consideradas nocivas, corruptoras, en una larga tradición que nace en aquellas novelas del Renacimiento que *encantan, maravillan, embelesan*, y por tanto distorsionan la percepción de la realidad; hasta las duras advertencias de los varones de

la élite, los sermones de los religiosos, la condena de los controladores de la moral pública. Las imágenes de las mujeres que equivocan su camino, ceden a las seducciones efímeras y destruyen el hogar se multiplican, de manera que no son pocas las novelas que se postulan como antídoto, que procuran enseñar el sendero virtuoso y las ventajas de una adecuada educación que redunde en una buena conducta. Entre las representaciones de la lectura pecaminosa sobresale el cuadro de un pintor belga, Antoine Wiertz, de mediados del siglo XIX, en el que se ve a una mujer desnuda, acostada, leyendo, mientras una figura demoníaca se asoma por la parte inferior del cuadro para alimentar esa fiebre con nuevos libros. Y el tercer núcleo que me interesa destacar también enlaza con los anteriores: me refiero a los debates sobre el naturalismo y sus consecuencias perniciosas, en un arco que incluye a Sarmiento y una notable defensa de la escuela de Émile Zola por sus efectos, digamos, catárticos; hasta Emilia Pardo Bazán que en los inicios del siglo XX pone freno a las críticas abogando por una discusión que tenga como eje el valor estético, más allá de los contenidos que se representen y la moral en que se fundamenten.

Finalmente, voy a señalar algunas virtudes del libro. La primera tiene que ver con la relación que establece entre su argumentación y las categorías teóricas. En la p. 72 leemos: “Todas estas son variantes de la escritura en primera persona –lo que hoy denominamos

‘escrituras del yo’–”; en la página 147 leemos: “Los autores escogidos para practicar lo que hoy día conocemos bajo la denominación de ‘lectura intensiva’ son cuatro”; en las páginas 155-156 leemos: “[...] no se trató tan sólo de una preferencia estético-literaria en favor del romanticismo que había practicado durante años, sino de lo que reconoceríamos hoy como una ‘política de género’”. En los tres casos, advertimos la misma precaución en el uso de las categorías del “hoy” para aplicarlas al siglo XIX; no creo que la prudencia esconda desconfianza hacia esas categorías, sino cierta reticencia a sumarse acríticamente al imperio de las fórmulas de moda como una coartada que eluda el rigor de las preguntas necesarias dirigidas a ese objeto; las categorías teóricas pretenden problematizar y enriquecer, pero a menudo simplifican o, peor, banalizan.

En segundo lugar, se ha dicho de Robert Darnton que es un historiador sin notas al pie; se alude, de este modo, a un discurso historiográfico que pretende superar la barrera de lectores especializados y dirigirse a un público ampliado, que pueda y quiera –ese hipotético público– demostrar interés por la historia de nuestra cultura. Algo similar se podría decir de la escritura de Batticuore, y de la relación que esa escritura establece con sus fuentes, como si estuviera muy segura de su archivo, como si nos dijera, hay acá documentos, cuadros, cartas, imágenes en distintos formatos que revelan un esforzado y tenaz trabajo de investigación; no tengo por qué hacer

ostentación de mis hallazgos, no exhibo, no necesito exhibir su pertinencia ni su eficacia; prefiero situarme, más y mejor, en la curiosidad del lego que en la suficiencia del académico.

En tercer lugar, quiero remitirme a algunas precisiones que el sociólogo Pierre Bourdieu ha expuesto en *Homo academicus*. Al analizar estas zonas grises donde se escenifican pujas disciplinarias, Bourdieu tiene páginas admirables que registran la tensión entre prosas de pretensión científica –y las normas que deben respetar para producir el “efecto ciencia”– y prosas que privilegian la construcción de estilo. Dicho de un modo más llano: un consolidado lugar común identifica, por un lado, a los sociólogos y a los historiadores con textos rigurosos, que cuentan con el tranquilizador respaldo de una jerga poblada de tecnicismos, pero a menudo

mal escritos y casi siempre tediosos al momento de leerlos; y por otro lado, a los humanistas, que confían en la eficacia de su prosa, pero que en esa misma confianza suelen desnudar sus pies de barro, su falta de rigor, su derrape hacia el mero ensayo de opinión. Y es precisamente en ese cruce donde se pone de manifiesto la tercera virtud de este libro, en el atinado equilibrio entre escritura y rigor científico; una prosa hospitalaria que en ningún momento flaquea en la precisión ni se engolosina de narcisismo.

La cuarta virtud se pone de manifiesto en un breve comentario del prólogo: “Acaso este volumen sea también un modo de explorar aspectos cruciales de la cultura argentina a través del pasado y de las relaciones de género, así como también un modo de volver al siglo XIX para entender un poco más el XXI,

y un modo de visualizar los lazos que articulan palabras e imágenes, antes y ahora” (p. 16). Una lección que este libro escenifica y que muchos aprendimos hace tiempo: ante tantos debates vacíos sobre el estado actual de la lectura, ante tantos artículos mediocres (en los que se entrevista a dos librerías, a dos maestras y a cuatro adolescentes), volver al pasado para entender el presente es tomar conciencia de que muchos procesos son de tiempo largo, y que las razones que pueden explicar un presente que a menudo nos sume en la perplejidad hay que buscarlas en las certidumbres de la historia y en la densidad de una reflexión seria, documentada, sobre nuestro legado cultural.

José Luis de Diego
IDICHS-UNLP/CONICET

Javier Planas,

Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina,

Buenos Aires, Ampersand, 2017, 318 páginas

Es sabido que la historia de la lectura ha sido una de las empresas más productivas de la denominada nueva historia cultural. Los trabajos de Robert Darnton y de Roger Chartier, para citar a dos de los autores más reconocidos en la materia, abrieron toda una agenda de problemas para los historiadores que se interesaban por el libro y por las prácticas asociadas a su uso. En contraposición a la historia de la escritura y la del libro a secas, esta nueva forma de abordar la lectura se propuso enlazar el análisis de los textos y su recepción con sus contextos materiales. Producto de este enfoque, los historiadores comenzaron a interrogarse sobre las prácticas concretas de la lectura y los lectores, sobre los soportes materiales y la circulación de lo impreso. En la Argentina son numerosas y diversas las investigaciones que en los últimos años se han nutrido de esa agenda de investigación. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares* se inscribe en ese esfuerzo y demuestra una vez más la fecundidad de esta forma de afrontar la historia de la lectura. Concretamente, Javier Planas se concentra en el estudio de uno de los espacios que signaron la historia de la circulación de los escritos en el país: las bibliotecas populares,

espacio que hasta ahora había merecido algunos estudios dispersos y acotados. La investigación de Planas tiene como objetivo retratar la temprana historia de esa institución y observar cómo esta se entronca con procesos sociales y políticos más amplios.

El estudio se ciñe a un momento particular: la década de 1870 y los primeros años de 1880. Delimita así un arco temporal que aun si puede parecer breve es de gran densidad: se inicia con la promulgación de la ley 419 de protección de las bibliotecas populares y culmina en los años que siguen a su derogación en 1876. Esto le permite al autor observar el efecto de la sanción de la ley (que estipulaba entre otras cosas la creación de una comisión estatal para apuntalar a las bibliotecas populares y la asignación de subsidios) y su posterior abolición. En la introducción, Planas advierte que no existe una definición predeterminada sobre qué es una biblioteca popular, en tanto estas fueron y son el fruto de diversas intervenciones y acciones. En su constitución se conjugan tanto las ideas como las prácticas de quienes las movilizan, sostienen y resignifican, tanto desde el Estado como desde la sociedad civil. Esta visión sobre la naturaleza de la biblioteca popular como una institución

proteica funciona como enfoque para el resto del libro, donde el autor combina una y otra vez el análisis de los discursos sobre las bibliotecas, las operaciones de lectores y actores interesados y las numerosas vicisitudes de orden práctico asociadas al almacenamiento y préstamo de libros en instituciones comunitarias.

Dividido en ocho capítulos, que van y vuelven de lo general a lo particular, el libro ofrece un panorama amplio y profundo de todos esos aspectos, que en la mirada del autor hacen a la naturaleza de las bibliotecas populares y al proyecto estatal que intentó, en la década de 1870, afirmarlas. En el primer capítulo, Planas analiza la ley que creó la Comisión de Bibliotecas Populares, cuyo fin era apoyar esas instituciones financiera e intelectualmente, y se interroga por el rol de Sarmiento en dicho proyecto. En estas páginas muestra que la ley tuvo un efecto inmediato, generando la apertura de más de un centenar de bibliotecas diseminadas por todo el país. El autor destaca que la creación de esa Comisión se inspiraba en las ideas de Sarmiento, quien concebía las bibliotecas populares en los marcos generales del dispositivo público de educación. Concretamente, la Comisión observaba a las bibliotecas

como continuadoras del proceso formativo iniciado en la escuela y su fundamento se arraigaba tanto en los procesos de construcción y consolidación del Estado, como en los de la expansión de la sociedad civil. En los cuatro capítulos siguientes (del segundo al quinto), el autor se detiene en las bibliotecas mismas y en la forma en que el proyecto estatal fue traducido en el nivel micro de cada una de ellas. A través de una minuciosa lectura del *Boletín de la Comisión* y de documentos producidos por las propias bibliotecas, entre los que cabe destacar la original lectura que hace de los reglamentos, Planas indaga sobre quiénes fueron los encargados de fundarlas y qué recorridos caracterizaron su emergencia. Observa en este sentido que ni las élites locales monopolizaron el proyecto, ni la organización de estas instituciones fue un producto directo de la voluntad estatal. El autor señala que el proyecto bibliotecario estatal se apoyó en la densa trama de asociaciones que ya formaba parte del paisaje social de la época. El tercer capítulo se detiene específicamente en el préstamo domiciliario. Según el autor, esta práctica fue promovida por la Comisión y constituyó “la innovación bibliotecológica más radical que implementaron estas instituciones respecto de la aún incipiente tradición bibliotecaria nacional” (p. 100). La misma materializaba la voluntad de un acceso más democrático al libro, facilitando su difusión. Planas advierte en reiteradas ocasiones que si bien la ley 419 de fomento de las bibliotecas fue un proyecto estatal que buscaba diseminar

ciertas conductas y prácticas, no procuró dirigir la lectura. La Comisión dejaba a las bibliotecas populares armar sus catálogos y seleccionar las obras que pondrían a disposición del público. Según Planas, los encargos hechos por las bibliotecas en esos años revelan la supremacía de la novela entre las preferencias, lo que para el autor “permite constatar que las bibliotecas populares no fomentaron exclusivamente un tipo de lectura dirigista y formativo como único plan” (p. 166).

En 1876 se eliminó la Comisión de Bibliotecas Populares y se suspendieron los fondos que el Estado nacional entregaba. En el capítulo sexto Planas estudia detenidamente ese contexto. Se interroga por las razones que llevaron a la interrupción de esa política y sopesa el impacto del fin de las subvenciones en las asociaciones. Muchas son las instituciones que entran en decadencia y cierran luego de 1876. La investigación se detiene en los discursos que se refieren al fracaso de esa política bibliotecaria: para 1895 quedan entre 15 o 20 establecimientos de aquellos que se habían fundado en 1870. A pesar de este panorama poco alentador, el libro se distancia de las versiones más apocalípticas y propone que la ley y la Comisión aportaron sentidos culturales asociados a una política de la lectura cuyos efectos se prolongaron en el tiempo. En las dos últimas secciones la investigación se centra en los lectores y se pregunta por el lugar social y por el público de las bibliotecas populares a partir de la década de 1880. En estas páginas, en

un movimiento que genera ciertas dudas, el autor se aleja de las fuentes que estructuran el resto del libro –sobre todo del *Boletín de la Comisión de Bibliotecas Populares*– y apela a otros materiales, como textos literarios. Al compás de este giro, y en diálogo con la bibliografía específica, el autor adelanta varias hipótesis. Sostiene que las bibliotecas populares no formaron parte del circuito de lectura que emerge en la década de 1880 fruto de los procesos de alfabetización. El nuevo público lector –afirma Planas– “no se identificó con el circuito espacial y hasta litúrgico del libro sino con la cultura propiciada por aquellos impresos de modesta factura mediante los cuales circularon los periódicos, la novela de folletín y los cancioneros”, los que “tuvieron modalidades de difusión diferentes a las habituales librerías, gabinetes y bibliotecas” (p. 241). El corolario de esa hipótesis es que en ese escenario las bibliotecas populares se convirtieron –por la acción de quienes las sostuvieron– en el “objeto de un nuevo esquema de significaciones que las concibió y fomentó como un selecto recinto de lecturas para encauzar el gusto y los juicios de sus lectores” (p. 245). En el capítulo octavo Planas se interroga específicamente por las lectoras femeninas. Allí afirma que estas participaron del movimiento de bibliotecas populares aunque su presencia estuvo delimitada tanto por las ideas de la época, que acotaba el rol público de la mujer, como por los discursos sobre la lectura que advertían sobre los efectos adversos de una lectura sin control.

Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares constituye sin lugar a dudas un aporte fundamental para entender los inicios del movimiento de bibliotecas populares en la Argentina. Uno de los aciertos y aspectos a destacar de la investigación es la minuciosa reconstrucción del quehacer y la realidad cotidiana de las bibliotecas junto con el análisis de su andamiaje jurídico e intelectual. Los argumentos y las descripciones del autor están sostenidos por una exhaustiva investigación. Tal vez sea esta misma virtud la que explique el efecto disonante que generan los dos últimos capítulos. El tipo de fuentes que allí se utilizan, y el tipo de lectura que allí se propone, abre interrogantes que no son saldados por el autor. Por ejemplo, uno se pregunta si el autor no podría haber realizado –como sí hace en los primeros capítulos– análisis micros para poder estudiar el origen social de los miembros de las bibliotecas populares en esos años, en lugar de asumir, apoyándose en bibliografía secundaria, el distanciamiento de los nuevos lectores con esos recintos. Además, Planas vincula los desplazamientos hacia concepciones más

restrictivas del rol de la biblioteca popular con el auge del normalismo. La asociación entre normalismo y lectura merece un análisis más detenido que el que se ofrece. Es preciso aclarar entre otras cosas qué es aquello que se entiende como tradición normalista: la mención de un puñado de normalistas importantes no resulta suficiente. La hipótesis obliga asimismo a un estudio detallado de las posturas de estos normalistas sobre la lectura, al menos como paso previo a establecer que la “biblioteca popular como filtro de lectura no fue una idea aislada”, sino que se trató de un “sentimiento de época” que el normalismo nutrió (p. 247). Preguntas de la misma índole despierta el capítulo octavo. Una parte importante de la sección sobre las lectoras femeninas se basa en textos literarios. Si bien es sabido que la literatura es una fuente para abordar a las lectoras mujeres, el cambio debería ser explicado. ¿Por qué a la hora de recuperar la experiencia de las lectoras el autor se concentra mayormente en las representaciones sobre la lectura femenina y muy poco sobre las lectoras reales?

Más allá de estas objeciones e interrogantes sobre las páginas finales de esta

investigación, no cabe duda de que *Libros, lectores y sociabilidades de lectura* ofrece un recorrido interesante y valioso sobre los primeros años de una institución de la que conocíamos muy poco. Constituye una referencia obligada para los interesados en estudiar la lectura, el libro y su circulación a fines del siglo XIX. Por otro lado, además de su valor intrínseco, esta exploración puede ser concebida como la base para nuevas pesquisas que permitan conocer toda la historia de una institución tan ubicua de la vida intelectual y cultural de la Argentina. Ella también admitirá un cruce, que auguramos fructífero, con las investigaciones que en los últimos años se han dedicado a abordar la vida cultural e intelectual a escala nacional. Las bibliotecas populares fueron uno de los espacios por donde discurrió la vida cultural de pueblos y ciudades del interior del país. La investigación de Planas permite enmarcar el accionar de instituciones individuales y figuras locales en coordenadas más amplias.

Flavia Fiorucci
CHI-UNQ/CONICET

Verónica Tell,

El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX,
Buenos Aires, UNSAM Edita, 2017, 332 páginas

El trabajo de Verónica Tell marca un hito fundamental en los estudios sobre historia de la fotografía en la Argentina y no sería atrevido decir en relación con las experiencias culturales, políticas y económicas. A pesar del gran atractivo que las fotos ejercen en nuestra cultura, hasta ahora eran escasas las investigaciones que dieran un lugar preciso a las prácticas fotográficas entre los discursos y las experiencias político-intelectuales, presentando una mirada de conjunto, como lo hace la autora en este libro. Los historiadores que han olvidado las esferas de observación y representación de las imágenes obliteran un campo que fue relevante en la conformación de la Argentina moderna. En la vereda opuesta algunos estudios de la fotografía magnifican un área que es necesario comprender no tanto como excepción sino justamente por haber conformado prácticas entrelazadas con los discursos, los significados y las representaciones de la época.¹ En cambio, uno de los méritos del trabajo de Tell se encuentra en ubicar la producción y la circulación de la fotografía junto a los ámbitos sociales y políticos.

Comprender los usos y las representaciones de la fotografía en un sentido amplio social y político está en la base del trabajo de Tell, cuestión que ha saldado con calidad magistral en este libro. Philippe

Dubois ha trazado ciertas líneas historiográficas sobre los estudios de la fotografía que es pertinente considerar aquí para comprender el lugar que ocupa la investigación de *El lado visible*.² Este autor señala que Roland Barthes dio inicio a las teorías sobre la fotografía considerando la lectura de diversos artefactos, como la arquitectura, los films y las fotos en tanto signos y textos, lo que abrió un amplio espectro de trabajos, mientras que algunas investigaciones se proponían comprender la ontología de la fotografía y pusieron de relieve su especificidad en relación a otros tipos de imágenes.³ Con el posestructuralismo surgieron otras ideas para reconsiderar la imagen como modelo antitextual y el reconocimiento de un pensamiento específico visual. En estas líneas críticas, señala Dubois, se produjo un renacimiento de los historiadores en detrimento de la teoría semiológica. Esta perspectiva, en la que se inscribe el trabajo de Tell, en vez de preguntarse qué es la fotografía se interesa más por comprender qué puede hacer y cuáles son los usos de la foto de tipo privado, criminal, científico, entre otras posibilidades. En el marco de las preguntas por los usos históricos y teóricos de la fotografía surge el objetivo de la autora en el libro: restituir el lugar que ocupó la imagen en la

construcción de historias. Y en este marco surge el objetivo de su investigación, que se propone restituir el lugar que ocupó en la construcción de historias. La investigación de Tell representa un trabajo de historia cultural e incluso intelectual, al tender un puente entre los hechos, los lugares y los personajes representados en las fotografías, y las elecciones y recortes, las posiciones de los fotógrafos, los marcos institucionales de producción y los espacios de circulación y consumo (p. 285).

Con bastante frecuencia se continúa insistiendo en que en el siglo XIX tanto los fotógrafos como el público apreciaban las fotografías por su alto valor de objetividad y representación fidedigna de la realidad. Como contrapartida de esa visión, se postula que recién con la aparición de las vanguardias artísticas, en las primeras décadas del siglo XX, se asumió la construcción subjetiva. A diferencia de esas ideas, Tell

¹ Una excepción a las visiones más específicas de historia de la fotografía son los trabajos de Luis Príamo, que Tell conoce y aborda. Uno de los libros más interesantes de este autor, desde una perspectiva que ofrece novedades históricas analizando las fotografías, es su *Vistas de la Provincia de Santa Fe 1888-1892. Fotografías de Ernesto H. Schlie*, Santa Fe, Argentina, Diario *El Litoral*, 2000.

² Philippe Dubois, *El acto fotográfico y otros ensayos*, Buenos Aires, La Marca, 2015.

³ *Ibid.*, p. 17.

fundamenta, de manera precisa, cómo las marcas de autor que los fotógrafos hicieron con cierta evidencia son una muestra inequívoca de la subjetividad. Analiza las sombras del fotógrafo y el sello con el nombre de su estudio en las imágenes de la campaña militar. También estudia textos, caricaturas y otros elementos que dan cuenta de la visión construida. Tell evidencia que el conocimiento del montaje subjetivo de un punto de vista autoral era un rasgo habitual en las disputas en las que participaron los fotógrafos y los que veían, utilizaban y consumían fotografías, tanto en el siglo XIX como en el XX. La autora hace visible la construcción de la verosimilitud, de un relato visual, político, que muestra y oculta las visiones de progreso y modernidad de este período.

En líneas generales, el libro está organizado en torno a las tramas que unen las representaciones con las prácticas y estructura cada uno de los seis capítulos en relación con problemas específicos que dan cuenta de las inscripciones institucionales, las contiendas político-intelectuales y los circuitos de circulación que pasan de ámbitos más específicos a su masificación. El primer capítulo se centra en las imágenes de dos conjuntos de trabajos fotográficos que formaron parte de la campaña militar y científica que se realizó como parte de la expansión territorial hacia el sur de la Argentina alrededor de 1880. Los álbumes de los fotógrafos Antonio Pozzo, Carlos Encina y Edgardo Moreno circularon bajo un formato que tenía una

reproducción menos extensa que la del mundo editorial. Sin embargo, conformaron relatos oficiales muy citados del proceso de expansión de la frontera de la sociedad criolla sobre la indígena. Tell muestra cómo las fotografías entramaron un modo de representación moderno generando visiones que aún perduran de la conquista del desierto. Las fotografías no fueron anexos o complementos de la expansión militar, sino que produjeron significados precisos acerca de los modos en que esta se produjo y tuvo éxito, junto con la exploración de carácter científico, topográfico y cartográfico. Y paralelamente a la participación de la Iglesia, que bautizó en forma masiva a los indígenas.

La inclusión de la fotografía y de los fotógrafos en las disputas políticas del último cuarto del siglo XIX es uno de los logros del libro que se analizan en el capítulo dos. En el marco de una historia más conocida sobre la caricatura política y el rol de la opinión pública en las discusiones partidarias, la autora rescata un *portrait cabinet*, uno de los pocos montajes fotográficos ilustrados de la época, y un conjunto de imágenes en las que el fotógrafo Antonio Pozzo, partidario de Adolfo Alsina, se ve involucrado como autor, intérprete y personaje principal de las caricaturas. De este modo, Tell muestra el reconocimiento generalizado de la construcción fotográfica, en el marco de las disputas políticas en Buenos Aires que fragmentaban al partido autonomista en 1877.

En el capítulo tres, la autora se propone comprender los

modos en que se conformaron los relatos visuales sobre la modernización y el progreso. Trabaja centralmente con material de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados mostrando cómo las fotos son un buen testimonio de la imagen que sus productores o gestores tenían de la realidad circundante (p. 139). En este sentido, las fotografías no son registros del pasado sino representaciones sociales y culturales del pasado. Fabio Wasserman sostiene que la historia intelectual pone el foco en las condiciones de producción, circulación y recepción de producciones intelectuales.⁴ Pero generalmente esta historia se centra en discursos escritos. Recuperando esa mirada sobre la historia intelectual, Tell incluye en su trabajo documentos visuales junto a los textuales, lo que da densidad al análisis de sus fuentes.

Tell abre el capítulo cuarto con una foto sobresaliente de Samuel Boote (“Clase funcionando. 2º grado de una escuela de varones”) que le permite iniciar el análisis de las Exposiciones Nacionales e Industriales, entre 1871 y 1898. La autora estudia los cambios en las distintas exposiciones durante estas décadas y su rol en la construcción y difusión de imágenes de productividad regional, nacional y continental, en consonancia con la relación entre la Argentina y el mundo,

⁴ Fabio Wasserman, “Intelectuales, sociedad y política en los siglos XVIII y XIX: la historia intelectual en el espejo de Halperin Donghi”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª serie, número especial, año 2018, p. 60.

basada en la idea de modernidad y progreso.

En el capítulo cinco, la autora explora el paso de la reproducción fotográfica a la impresión fotomecánica, que dio lugar a nuevas formas de consumo visual masivo, y propone un recorrido (que puede advertirse a lo largo de todo el libro) sobre las diferencias que producen los dispositivos materiales, los usos de la tecnología y el impacto sobre la circulación de las imágenes.

Verónica Tell muestra las particularidades del retrato fotográfico a lo largo de tres décadas, entre 1870 y 1900, en Buenos Aires: de la negativa de los conductores de carros a ser retratados –porque ese tipo de identificación era la utilizada

por la policía con los delincuentes–, a la dicotomía que surge con la masificación de la fotografía entre aquellos que señalaban que cualquiera podía ser retratado sin que se hubiera consultado su voluntad. Otro tema que la autora aborda en su libro es el de la relación entre fotografía y tiempo: por momentos su análisis logra densidad; en otros se presenta incipiente. Es de esperar que se continúe esta línea de investigación que se muestra prometedora y original.⁵

El libro de Verónica Tell revela muchos lados visibles: desde el contenido, la materialidad y el formato fotográfico, a los puntos de vista, las representaciones y los significados que dieron vida a

la fotografía, las prácticas que la instrumentalizaron, así como los discursos, relatos e imaginarios que apuntaron a expresar las diversas facetas de una nación que buscaba y se proponía un camino de progreso y modernización.

Inés Yujnovsky

UNSAM

⁵ Dos trabajos que marcan propuestas novedosas sobre la relación entre imagen y tiempo son Mary Ann Doane, *The emergence of Cinematic Time. Modernity Contingency. The Archive*, Cambridge, Harvard University Press, 2002 y David Oubiña, *Una juguetería filosófica. Cine, cronofotografía y arte digital*, Buenos Aires, Manantial, 2009.

Guillermo Korn,

Hijos del Pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha,
Buenos Aires, Las Cuarenta, 2017, 325 páginas

El libro de Guillermo Korn puede ser emplazado en una dinámica historiográfica apta para describir lo ocurrido en los estudios sobre el primer peronismo durante las últimas décadas. Para caracterizarlo de una manera esquemática, y por eso fácilmente comprensible, se trata del paso de la inexistencia a la visibilidad como objeto historiográfico. Del mismo modo que sucedió con la historia del Partido Peronista, del sindicalismo obrero, de la política industrial, de la cultura popular, lo que era representado como una *no historia* en lo tocante a la vida intelectual –pues si había algo a estudiar solo podía ser admitido en el espacio del antiperonismo– ha dado paso a una visión según la cual la Argentina del período 1945-1955 estuvo lejos de subsumirse en la preeminencia de Juan y Eva Perón, en el Estado o en la propaganda. O lo que es lo mismo, que esa historia sustraída a la historicidad para el tema intelectual había sido inapropiadamente reducida al abandono peronista de asuntos juzgados secundarios a católicos tomistas, nacionalistas *inscitus* o más en general a insípidas *flores de ceibo*. En verdad esa idea pertenecía a una persuasión más amplia, por fortuna en crisis. El relato sobre el autoritarismo de un consenso pasivo impuesto sobre una población inerte se ha tornado inverosímil en cualquiera de los

ámbitos antes mencionados. La credibilidad de la narrativa de una excepcionalidad peronista se acerca hoy demasiado –más que a las matizadas tesis de Gino Germani en 1956– a escritos de batalla como *La mujer del látigo*, de Mary Main.

Alguna vez deberíamos preguntarnos si durante largas décadas no se ha impuesto al primer peronismo una noción deshistorizada de su reducción a una idea simple, una sobreideologización que hizo del mismo una maquinaria consolidada hacia 1949, ya apresada en el andarivel que lo condujo hasta 1955. Las investigaciones recientes sugieren que en el ámbito de la cultura sucedió también lo verificado en la economía y la política de la “Argentina peronista”, a saber, que la situación de posguerra estaba plagada de incertidumbres, que el movimiento peronista era un compuesto inestable de múltiples fuerzas y orientaciones, que la palabra de Perón –indudablemente decisiva– era interpretada de distintas maneras por actores distintos y a menudo en competencia, que los conocimientos aplicados a los sueños de planificación y peronización eran muy escasos, que en la enseñanza primaria se hacían muchas cosas con los manuales en los que no todo se subyugaba en “Evita me ama”, etc., etcétera.

La visibilización de la historicidad del tema peronista y la vida intelectual tiene un importante precedente en el libro de Flavia Fiorucci *Intelectuales y peronismo* (2011). La perspectiva de Korn se desplaza de la aproximación estructural de la sociología de la cultura que es premisa de la aplicación del término “campo intelectual”. Su “método”, según lo denomina Korn, consiste en reconocer trayectorias biográficas que permitan generar “zonas de afinidad o diferencia”, cuyo entramado construye sin embargo un tema.

El libro está compuesto por capítulos dedicados a cinco escritores que se acercaron de maneras distintas al peronismo: Luis Horacio Velázquez, Elías Castelnuovo, José Gabriel, Jorge Newton y César Tiempo. Se trata de autores ausentes en los cánones intelectuales en competencia en la historiografía de la cultura (en pocas palabras, *Sur*, la genealogía del *contornismo*, la retícula de *Imago Mundi*), aunque deberíamos preguntarnos si esa marginalidad no plantea un falso problema. Esto es, si la presunción de un centro y sus periferias o subsuelos no habla más de la imaginación de quien analiza que de la realidad menos unívoca de la Argentina de la inmediata segunda posguerra.

Los cinco escritores siguen un itinerario similar, desde los

años treinta cercanos al boedismo y al mundo de *Claridad*, a la opción republicana a propósito de la Guerra Civil Española. Con cronologías heteróclitas en su acercamiento, hacia 1951 todos circulan de algún modo –y ese modo situacional es lo que Korn intenta explorar en cada caso– en la red de afinidades con el peronismo. La expropiación del diario *La Prensa* y la aparición de su suplemento cultural en ese año es sin dudas un hilo conductor en los entrecruzamientos de caminos.

El subtítulo del libro (“intelectuales peronistas”) no es enteramente fiel a la imagen de conjunto provista, pues Korn muestra que la noción de identidad es inadecuada para retratar los recorridos de los escritores de izquierda desde los años treinta y primeros cuarenta para quienes el peronismo constituye una apuesta cultural y política. El proyecto de Perón despierta simpatías compartidas por los intelectuales estudiados, pero lo hace con actitudes y compromisos múltiples. Velázquez y Newton son los más orgánicos a la sociedad política peronista, sea desde espacios institucionales en el Estado o en el Partido Peronista. En cambio, Castelnuovo, Gabriel y Tiempo son escritores que optan por apoyar al peronismo sin asumir siempre, o del mismo modo, una identificación definitiva. Lo que Korn expone convincentemente es que hubo una *relación* viable entre intelectuales de izquierda y un peronismo siempre complejo. El que hubiera una relación involucra que ambos términos

del vínculo son activos, despliegan tácticas, negocian límites y posibilidades, cambian.

Para el autor, 1945 o 1951 están lejos de ser el comienzo de su historia. Korn es un arqueólogo que recoge numerosos indicios de los decenios previos al peronismo y los teje en secuencias sorprendentes. Sobre todo de Velázquez y Newton sabíamos poco y mal antes del libro de Korn, por lo que sus referencias serán una cantera de ulteriores monografías. Al evadir la “sociología de la cultura”, es también un archivista y un bibliotecario. Cada capítulo contiene informaciones de diversa naturaleza sobre autores no canonizados, donde se traman conexiones entre revistas, asociaciones, acontecimientos, de los que no son ajenos lemas de la revolución anticapitalista y del antiimperialismo, de la redención popular y de una cultura denunciante. Las maneras en que cada uno de los cinco escritores se situó respecto de las posibilidades abiertas por el peronismo y, sobre todo, por las fracturas generadas en su emergencia, fueron diferentes. Korn afirma que de conjunto, sin perder sus singularidades, intentaron “encontrar y producir motivos de izquierda en el peronismo”. La reconstrucción de los antecedentes a 1945 o 1951 procura contextos en los cuales esos proyectos, sin ser concreciones de una evolución inexorable, devienen comprensibles. El peronismo preserva su carácter doble de acontecimiento y de aspirante a régimen, pero no es destino. Tal vez la reconstrucción deviniera

más compleja si se incorporaran las fronteras que el peronismo –como es esperable de toda voluntad política– trazó a los “motivos de izquierda” (como lo hizo con los “motivos” forjistas y católicos, entre otros) en el escenario de un país indeleblemente transformado con su acaecimiento.

El libro de Korn está henchido de nombres y proyectos, publicaciones y asociaciones, lo que genera una narración abierta, polémica y dinámica. ¿Produce así un retrato de época en lo atinente al vínculo entre escritores de izquierda y peronismo? Creo que no lo hace plenamente y en buena medida es la opción del libro. Korn se acerca al enfoque de Horacio González en *Restos pampeanos* (1999), una construcción de retazos y senderos atizada por una pregunta sobre la cultura nacional. Sin embargo Korn añade a la aproximación gonzaliana un detallismo de orfebre en que las inspiraciones dialécticas del maestro adquieren –creo yo– una riqueza mayor. Como si en el plano de las prácticas las conexiones intelectuales fueran solo un ingrediente dentro de una matriz más barroca, la reconstrucción intersecta ideas, libros, revistas, acciones y decisiones, en un caleidoscopio irreductible a una historia intelectual si restringe a esta a interacciones textuales. Korn reconoce los procedimientos y los sentidos intelectuales producidos por los escritores analizados. Por eso interpreta sus ensayos y novelas. Al hacerlo procede como si la noción de un quehacer intelectual fuera inestable, modificable, como si no estuviera consolidada en esas

clasificaciones que un uso desaprensivo de Bourdieu ha naturalizado y tornado impensables. Tal vez Simmel fuera una compañía filosófica más apta para iluminar lo que Korn denomina su método. En todo caso, para empezar a observar la otra cara de la moneda, siempre se paga un precio por las decisiones metodológicas y por la sensibilidad del autor hacia los detalles.

Los cinco escritores estudiados no podrían, en esa tesitura, agotar el tema del lugar del peronismo en una historia de la cultura en el país austral. ¿Cuántos casos consolidarían una imagen de conjunto alternativa a la que Korn opone su tesis? Esta no es una objeción. Pues lejos de constituir un déficit, *Hijos del Pueblo* cuestiona la persuasión de que se pueda proveer una idea del asunto sencilla y *prêt-à-porter*. De allí que si Korn expone algo diferente a una historia de la cultura o de los escritores del período, tampoco avance hacia un más acotado universo de la intelectualidad de izquierda. Su objeto evade las identidades presuntamente compactas e impermeables para elaborar el entre lugar suscitado por la novedad del peronismo en escritores familiarizados con significantes tales como clase obrera, pueblo y revolución social. Desde ese punto de vista son desencaminadas las interrogaciones de si eran “realmente” de izquierda o dejaron de serlo, si se hicieron “verdaderamente” peronistas o si especulaban con una consagración alternativa, etc. Es cierto que el entramado global del libro (en el que los cinco nombres se entrecruzan con

varias docenas de itinerarios) no coagula en la síntesis narrativa de una multiplicidad fáctica. Esa representación de conjunto permanece implícita o, a veces, emerge en la lectura, como en la *mimesis III* ricoeuriana. ¿Basta con ceder esa tarea al público lector? Ese es el precio a pagar: la asimetría de un combate interpretativo que pugna contrarretros simplificadores del lazo peronismo/intelectuales pero se abstiene de afirmar una contraimagen general.

Korn parece dispuesto a asumir los costos de su decisión porque se trata de una tesis: hilvanar itinerarios, motivos, temas o aspectos describe mejor la trama cultural que las síntesis molares. Porque la relación entre intelectuales y política es de heterogeneidad, de apuesta e incertidumbre. Los intelectuales habitan en “zonas grises”, sostiene el autor, sin que por eso sean espectros impotentes en un juego unilateralmente definido por la razón política.

Una lectura posible de *Hijos del Pueblo* es la que, con el kirchnerismo, ha repuesto la pregunta sobre intelectuales de izquierda y peronismo. Más allá del espacio Carta Abierta pero ciertamente con su concurso, en su tiempo kirchnerista el peronismo en una modalidad de centro-izquierda constituyó la primera ocasión en que la dirigencia transitoriamente principal del movimiento nacido en 1945 ofreció un lugar a la intelectualidad. El kirchnerismo reaccionó así a la propia emergencia entre las y los intelectuales –primero a propósito del reinicio de los juicios a perpetradores de la represión dictatorial, luego en

el contexto del “conflicto del campo” en 2008– de un nuevo entusiasmo por la reconexión entre sus quehaceres específicos y una política juzgada progresista. Al respecto se plantearon temas clásicos referidos a la función crítica, de la autonomía, entre otras. Las posturas ante tales asuntos no podían ser, claro está, unánimes.

El libro de Guillermo Korn es valioso en varios planos. En principio ya no puede decirse sin más que si hubo intelectuales “peronistas” estos fueron solo nacionalistas o católicos sociales. Un paciente trabajo de recolección de fuentes suscita una lectura atenta, expectante ante el descubrimiento de textos usualmente “bajos” en la notabilidad tradicional, pero de gran interés por las conexiones con su concurso puestas de relieve. La pasión interpretativa se oculta mal en las declaraciones deconstructivas y las prevenciones empíricas. Que al autor apetezca mostrarse cauto no significa que su texto se someta dócilmente a sus deseos. Subsiste en *Hijos del Pueblo* el bosquejo de una teoría de la cultura. Incluso si los recorridos perseguidos por Korn prosperan lejos de una incidencia en la “reforma intelectual y moral” suscitada por el peronismo en la cultura popular, participan de ella. En efecto, el libro de Korn puede ser leído también como una historia de los escritores –como quisieron Febvre con su Rabelais y Ginzburg con su molinero friulano– situados entre la “alta cultura” y la cultura popular.

Korn no avanza decididamente en ese sentido.

Su objeto son esos cinco “intelectuales”. El que lo fueran es en sí misma una tesis. Quizás no lo fueran con el albedrío de oponerse abiertamente a la razón política, aunque en consideraciones de esta naturaleza no podemos dejar de sospechar que las mismas obedecen a una concepción unilateral de las faenas intelectuales. ¿Por qué desde Voltaire a Saïd la compostura intelectual debe enfrentar al poder, mantenerse a una higiénica distancia del Estado o de un líder político? ¿Prestar concurso a un proyecto

político es necesariamente lesivo para el quehacer intelectual? ¿Por qué le estaría vedado ser, en cambio, su nutriente y desafío? La sabiduría historiadora aconsejaría más bien esforzarse por restituir qué hicieron los escritores con sus destrezas específicas en circunstancias atenazadas por decisiones y opciones jamás del todo clausuradas. Acaso asumir los desgarramientos de comprometerse en un proyecto con voluntades encontradas y la vocación de interactuar con los agenciamientos populares fuera

lo más “intelectual” que los intelectuales pudieran hacer en una realidad indómita.

Finalmente, el volumen de Korn es también en sí mismo una protesta contra la violencia de las canonizaciones, de las invisibilizaciones propias de las visibilidades jerarquizantes, la vindicación de que un documento de cultura no es siempre y en todo momento un documento de barbarie.

Omar Acha
UBA/CIF/CONICET

Hugo Vezzetti,

Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, 288 páginas

“Y en cuanto se amplía la visión hacia el pasado, lo que se encuentra es que en el comienzo estaba la psiquiatría”, anota Hugo Vezzetti avanzada la obertura de *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría* (p. 14). Con algo de ironía la frase apunta, paradójicamente, a un origen que se desplaza. Es que la investigación del autor de *Freud en Buenos Aires* (1989) y *Aventuras de Freud en el país de los argentinos* (1996), dirigida inicialmente a estudiar la relación del psicoanálisis con la izquierda intelectual en el tránsito de los años sesenta hacia los setenta, supo reorientarse hacia un momento precedente y un espacio diferente aunque conectado: allí donde entre fines de los años cuarenta e inicios de los años sesenta se vincularon psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista.

Este rodeo respecto de la pretensión inicial no solo informa sobre los avatares de una pesquisa que vuelve sobre sus pasos; explicita más bien una mirada genealógica que desconfía de los mitos fundantes y de los fantasmas de autoengendramiento con los que se suelen narrar las historias disciplinares. Los trabajos sobre las relaciones entre psicoanálisis e izquierda intelectual (con algunas excepciones, señala Vezzetti, como el estudio reciente de

Luciano García sobre la psiquiatría comunista en la Argentina),¹ habían fijado una escena y una época, *los sesenta*, centrándose en el momento de la eclosión de un dispositivo *psi* en la universidad, en la producción intelectual y en la cultura de los medios (p. 14). Estas visiones contribuyeron a oscurecer aquello que recibía del pasado esta formación. Y en el comienzo –dijimos– estaba la psiquiatría; y en estrecha relación con ella, sostiene Vezzetti, la cultura comunista.

La noción de *formación discursiva* es utilizada por el autor sin ataduras; le permite establecer una delimitación temporal, o, mejor, dar cuenta de una serie de transformaciones en el orden de lo pensable y lo decible. Vezzetti divisa en los años de la posguerra la emergencia de una formación *psi* que se reconoce en el mundo ideológico de la izquierda, pero que “a la vez integra ciertas nociones propias del discurso psiquiátrico y psicoanalítico” (p. 12). Se trata de una formación compleja de discursos, proyectos, iniciativas y apropiaciones, que involucra una trama de saberes establecidos en una dimensión pública, que comprende también prácticas de asistencia y formación. “Psiquiatría y sociedad” enuncia, así, una configuración disciplinar que es también intelectual, cultural y política (p. 13).

En el período focalizado y en la búsqueda de intersecciones entre discursos, prácticas y espacios sociales heterogéneos se cifran, así, los aportes que realiza Vezzetti a los estudios de los saberes y discursos *psi* en la Argentina, pero también a la historia de la cultura de las izquierdas, en especial de la cultura comunista. Este cruce coloca la historia disciplinar en relación con un campo cultural más amplio, a la vez que permite proyectar sus avatares como un capítulo de la historia cultural argentina reciente, cuya comprensión se enriquece así desde la mirada de una historia disciplinar que desborda sus límites. De este modo, el autor pone en tela de juicio una idea demasiado compacta de la autonomía de un campo, a la vez que cuestiona una visión un tanto homogénea de las posiciones y de las luchas políticas: la batalla de ideas de la Guerra Fría supo jugarse también en un terreno de discursos y saberes especializados.

La impronta foucaultiana se combina en el trabajo de Vezzetti con los aportes de la historia intelectual y la sociología cultural. La noción de *tradición*, como fuerza material y huella del pasado en

¹ Luciano García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

el presente, le permite, por ejemplo, dar cuenta de aquello que de José Ingenieros y Aníbal Ponce perdura en la trayectoria de Gregorio Bermann, como amalgama de la figura del médico-científico y de la del intelectual-escriptor. En otro orden, el enfoque transnacional de la historia se revela productivo para el estudio de una cultura comunista que contaba con varios polos nacionales de irradiación: Moscú, pero también París. La crítica que Bermann arroja al psicoanálisis en 1949 en las páginas de *Nueva Gaceta*, una revista de la constelación comunista dirigida por Héctor P. Agosti, solo puede comprenderse en el marco de una contextualización múltiple. Se trataba de una réplica local, o, mejor, de una apropiación, de la crítica que los psiquiatras comunistas franceses dirigían al psicoanálisis en las páginas de *La Nouvelle Critique*, en el contexto de las batallas que libraba el comunismo francés frente a los primeros escarceos de la Guerra Fría cultural. Pero mientras que en la escena francesa el psicoanálisis competía con el marxismo como saber universal del hombre y la sociedad, pero también como doctrina útil para el reclutamiento de ciertas capas medias intelectuales inconformistas, la recepción local del acontecimiento francés prácticamente no tenía destinatarios entre los especialistas. Con su intervención, Bermann, conjetura Vezzetti, reforzaba su fidelidad al partido, en momentos en que el PCA promovía un “giro dogmático” en el terreno estético y en su relación con los intelectuales.

Menos que establecer un juicio sobre el contenido y la verdad de los argumentos esgrimidos en la querrela contra el psicoanálisis (aunque no deja de poner en evidencia la debilidad de sus fundamentos) Vezzetti apunta a comprender sus condiciones de posibilidad. De allí el largo “interludio” que dedica en el capítulo 2 de su libro a analizar los antecedentes y las intervenciones del III Congreso Internacional de Salud Mental realizado en Londres en 1948. Allí se observa, luego de la experiencia de la guerra, la consolidación de un nuevo paradigma en materia de salud mental, esto es, un desplazamiento de una concepción *higienista* (que suponía una idea de la enfermedad como trastorno hereditario y una práctica de la psiquiatría basada en el asilo) hacia una concepción social y vincular del trastorno mental. El paradigma emergente de la *salud mental* orientaba a la disciplina a una acción social reformadora, concebida como un programa de profilaxis en todas las áreas de la vida social, bajo una novedosa noción de “ciudadanía mundial” edificada sobre una idea de salud psíquica. El ataque de los psiquiatras comunistas franceses contra el psicoanálisis se comprende mejor como reacción al Congreso, cuyos ecos apenas llegaban a este lado del Atlántico. Los procesos de *recepción* son pensados así como *usos*, y como movimientos complejos, de más de una dirección, que vinculan contextos y sentidos diferenciados. La glosa de las intervenciones de la reunión de

Londres que realiza Vezzetti (tal vez demasiado extensa para los marcos del libro y de la problemática abordada), bien podría reorganizarse en función de una investigación autónoma futura.

El capítulo III dedicado a la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría* (fundada por Bermann en 1951 en Córdoba y animada por psiquiatras ligados al partido, aun cuando no fuera una publicación oficial), y el capítulo IV sobre la trayectoria de José Bleger y la querrela desatada en el seno del PCA por su libro *Psicoanálisis y dialéctica materialista* (1958), ponen de relieve otro de los tópicos analizados en el libro. Tanto Bermann como Bleger fueron para el autor personajes duales, figuras cuya trayectoria se desplegó a caballo entre una actitud modernizadora, esto es, informada por un espíritu de apertura, la búsqueda de la actualización teórica del marxismo y –en su cruce– de los saberes *psi*, y la fidelidad a un partido que, a la vez que impulsaba estas apuestas, hacía gala de una cerrada ortodoxia y de una firme resistencia a perder la dirección de los asuntos intelectuales. Vezzetti comparte así con *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, de Adriana Petra (o mejor: su libro se lee de otro modo luego de la publicación del segundo),² una mirada sobre la complejidad del espacio comunista que pone en cuestión una visión demasiado monolítica de la institución

² Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

partidaria y de su relación con los intelectuales. No obstante, en Vezzetti pareciera que la faceta modernizadora de figuras como Bermann y Bleger se desplegaba *a pesar* de los obstáculos y límites que imponía la dirección del partido (Bleger, escribe, “se separaba de los rasgos de estilo, el ataque panfletario y la sumisión a la línea, característicos de las prácticas intelectuales del PCA”, p. 193) y menos como el efecto del impulso modernizador que, en un movimiento paradójico de promoción y disuasión, vehiculizaban las políticas culturales del comunismo, tal como analiza Petra. La Segunda Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas (1958) apenas es mencionada por Vezzetti como un ejemplo de la posición cerrada y dogmática del PCA (p. 220), pasando por alto que en *Cuadernos de cultura* (en su número 40, de 1959) se publicaron, junto a las intervenciones en dicha reunión de Leonardo Paso, historiador “oficial” del partido, las del entonces joven historiador José Carlos Chiamonte, quien discutía algunas de las líneas historiográficas del PCA,³ y del también joven crítico literario Héctor Schmucler, quien solicitaba allí atención a la nueva generación de intelectuales que despuntaba entonces en la ciudad de Córdoba, y pedía “otorgarle toda la importancia” y

“auténtico valor” a las disciplinas a las que ese grupo se dedicaba.⁴

Para Vezzetti, hacia fines de los años cincuenta las posiciones del PCA iban “a contramano de los nuevos tiempos” (p. 217); esto es, del proceso de modernización que encontró en la universidad un ámbito privilegiado para el despliegue de nuevos sujetos, discursos y saberes. Esta transformación morfológica del mundo universitario y del campo cultural promovía la formación de una nueva *sensibilidad* en las jóvenes generaciones intelectuales que chocaba con las posiciones del PCA en materia científica y cultural. En línea con el trabajo de Petra, Vezzetti sostiene que es este proceso, más que los asuntos de orden inmediatamente político (la Revolución Cubana, el peronismo, la ruptura chino-soviética, etc.), lo que explica la erosión de la autoridad cultural del PCA y la pérdida de su legitimidad intelectual. Así, en el capítulo v, “Finale”, presenta y analiza las intervenciones del Plenario de psiquiatras comunistas que –con presencia del propio Rodolfo Ghioldi– se organizó en 1964. Vezzetti contrapone las posiciones sectarias allí presentadas con el movimiento de relegitimación del psicoanálisis que plasmaba ese mismo año Louis Althusser (“Freud y Lacan”, 1964) en las

páginas de *La Nouvelle Critique*, que clausuraba así la escena de 1949. El prestigio alcanzado por Althusser en la academia francesa le daba un marco de legitimidad y legibilidad a su intervención en el interior del PCF.

A modo de epílogo, el cierre del ciclo y la emergencia de una nueva formación discursiva en la que se desplegarán relaciones de nuevo tipo entre psicoanálisis y nueva izquierda es leída por Vezzetti en una clave de interpretación que sigue las líneas trazadas por Oscar Terán en su trabajo sobre los años sesenta:⁵ la existencia de un núcleo modernizador centrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; la idea de que “los sesenta” se agotan hacia 1966-1969; y, finalmente, una interpretación política del desenlace: entonces “nacía el ‘setentismo’ y el ciclo de asociación entre violencia y revolución que desembocaría en la tragedia y la masacre”.

Mariano Zarowsky
IIGG-UBA/CONICET

³ *Ibid.* p. 298.

⁴ Héctor Schmucler, “El problema cultural en Córdoba y la tarea de los comunistas”, *Cuadernos de Cultura*, N° 40, mayo de 1959, p. 113.

⁵ Véase Omar Acha, *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, Buenos Aires, Prometeo, 2017, p. 231.

Adriana Petra,

Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra,

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017, 441 páginas

Con el comienzo del nuevo siglo, los estudios del comunismo tanto global como local han experimentado un fuerte impulso, entre otras razones, por la paulatina apertura de archivos y repositorios. En ese marco, *Intelectuales y cultura comunista* es un libro especialmente esperado tanto por el limitado desarrollo de los estudios sobre las relaciones entre los intelectuales y la cultura comunista, como por la trayectoria de la autora en el tema y sus publicaciones conocidas, en las cuales ya nos había presentado una perspectiva de análisis refrescante e innovadora sobre el comunismo argentino.

Corolario de años de trabajo en los que se incluye su tesis doctoral presentada en la Universidad Nacional de La Plata en 2013 y dirigida por Mariano Plotkin, la obra de Adriana Petra logra combinar de forma equilibrada una investigación sobre temas insuficientemente abordados por la historiografía local, cimentada en un profuso trabajo de archivo, con una consistencia explicativa a la hora de narrar las relaciones entre los intelectuales y el comunismo en la Argentina durante el período comprendido entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la década de 1960, lo

que hace de la obra un ejemplo de rigurosidad.

Como explica la autora, para la tradición marxista la cuestión de los intelectuales ha sido objeto de grandes controversias, centradas fundamentalmente en el papel y las funciones que los mismos debían ocupar dentro del proyecto revolucionario. El libro se propone analizar los vínculos establecidos entre los intelectuales y el Partido Comunista de la Argentina (PCA), el modo en que estos produjeron discursos sociales, intervinieron en la vida pública y participaron en instituciones, publicaciones y redes de sociabilidad; y el lugar que el partido les otorgó, de acuerdo a cada contexto histórico particular.

Al plantearse el problema ya clásico de la definición del intelectual, Petra se distancia del criterio caracterizado por François Dosse como “sustancialista o socioprofesional” mediante el cual el propio partido definía a los intelectuales como un grupo social caracterizado por realizar trabajos intelectuales, definición un tanto amplia que podría incluir hasta a médicos y abogados; por el contrario, adopta un criterio político-cultural mediante el cual se piensa a los intelectuales como aquel grupo integrado por personas que, portadoras de un capital cultural específico, “intervienen en el debate

público a través de sus obras, escritos o toma de posición”. Dentro del amplio abanico de intelectuales, la autora posa su mirada en la figura del escritor intelectual, y eso se debe, en primer lugar, a la atención prestada por el comunismo a la literatura y a la palabra impresa en general, depositarias a lo largo de la historia de grandes esperanzas de cambio social; en segundo lugar, porque los escritores fueron mayoría dentro del campo intelectual comunista; y en último lugar, porque fueron ellos los que lograron evidenciar con mayor claridad las tensiones existentes entre la voluntad de intervención en la escena pública y las limitaciones político-partidarias.

El libro de Petra respeta una organización a la vez cronológica y temática: el capítulo I se centra en el período comprendido entre el advenimiento de la Revolución Rusa (más concretamente 1918, con la fundación del PCA) y los primeros años de la década de 1940. Esta sección, si se quiere de carácter introductorio, busca describir las diversas formas en las que los intelectuales se sintieron atraídos por la experiencia soviética y la idea del comunismo. A una primera etapa basada en una constricción política y cultural resultado de posturas ultra sectarias que defendían la necesidad de la constitución de

un arte estrictamente revolucionario, siguió una segunda etapa, la antifascista, caracterizada por la necesidad imperiosa de construir una alternativa política más amplia. Esto se tradujo en el ámbito intelectual en la transformación de la figura del intelectual ya no como un mero defensor de la nueva cultura revolucionaria sino como el protector de los valores occidentales.

Avanzando con el período inmediato a la Segunda Guerra Mundial, la autora analiza en el capítulo II el proceso de “profesionalización” del espacio intelectual comunista. Teniendo como telón de fondo las políticas culturales estalinistas relacionadas con la famosa doctrina Zhdánov, basada en un disciplinamiento implacable del mundo cultural, el PCA aplicó una serie de medidas tendientes, por un lado, a impulsar la política editorial multiplicando el número de publicaciones vigentes; por otro lado, a conformar una literatura y un arte propio del partido en consonancia con el denominado “realismo socialista”, basado en una suerte de homogeneidad ideológica; finalmente, a configurar un nuevo modelo de intelectual militante cuyo fin último era poner todo su conocimiento al servicio del partido distanciándose del modelo de intelectual comprometido. La aplicación en el mundo literario del zhdanovismo trajo aparejada la reprobación de escritores como Roberto Arlt y Ricardo Güiraldes por su supuesta impronta “burguesa”. Así, el espacio comunista comenzó a ser testigo de una serie de discrepancias sobre la función

política del intelectual escritor, representadas de manera emblemática en la polémica generada en agosto de 1948 entre Cayetano Cordova Iturburu y Rodolfo Ghioldi. Con la finalización de ese debate, se impuso de forma casi definitiva el fin de la autonomía cultural, lo que según la autora no se tradujo de ningún modo en el fin de las tensiones.

Contrariamente a lo que presuponen las visiones canónicas respecto del mundo comunista, la relación entre la cuestión nacional y la internacional fue mucho más compleja que un mero seguidismo automático del modelo soviético; en muchas ocasiones el elemento local fue determinante en la participación o ausencia de los intelectuales en el proyecto revolucionario. El capítulo III aborda la forma en la cual los intelectuales comunistas reinterpretaron en el ámbito local la cuestión del antiimperialismo, en el contexto de la Guerra Fría y de la emergencia de un fenómeno de masas como el peronismo. Petra nos presenta las repercusiones que tuvo en el espacio cultural el acercamiento al peronismo encabezado a fines de 1952 por Juan José Real, dirigente de primera línea del partido, en el marco de un redescubrimiento de la cultura nacional y en el intento de plantear una lucha común contra el imperialismo. El principal conflicto evidenciado fue el quiebre del bloque intelectual liberal y antiperonista, del cual los comunistas formaban parte hasta ese entonces, posicionando a estos últimos como traidores.

En los comienzos de la Guerra Fría, la URSS mantuvo la

creencia de que los Estados Unidos tenían una vocación claramente expansionista y agresiva, que comprometía la integridad del mundo soviético. Para contrarrestar semejante caracterización, Moscú, por medio de la *Cominform*, estableció como eje central de su propaganda política la necesidad de luchar por la paz. En el capítulo IV Petra describe cómo el pacifismo enarbolado por el comunismo internacional se manifestó en la conformación de alternativas latinoamericanas al *Movimiento Por la Paz*, organización que logró aglutinar a un número significativo de intelectuales a favor de la paz ante las amenazas del “nuevo fascismo” norteamericano, entre las que se destacó el *Consejo Argentino por la Paz*. A través del estudio del recorrido realizado por Ernesto Giudice, María Rosa Oliver y Alfredo Varela, tres destacadas figuras del ámbito cultural comunista, se aborda la forma por la que la defensa de la paz se tradujo en un tipo de compromiso intelectual específico que invocó de manera eficaz esquemas argumentativos tradicionales y modernos, combinando de esa forma la defensa de la URSS en su papel de garante de la paz mundial con una alegación encendidamente nacionalista y antiimperialista.

El dramático episodio húngaro de 1956, que puso en evidencia los límites de la supuesta modernización encarada por Nikita Jrushchov y el proceso de desestalinización, provocó a nivel mundial la reacción de muchos intelectuales comunistas que, conmovidos por el alto grado de violencia

ejercido contra los propios comunistas, optaron por abandonar sus partidos. Aquellos intelectuales que se mantuvieron dentro de las estructuras partidarias vieron mermar sensiblemente su credibilidad y debieron repensar distintas estrategias para ganar el espacio perdido frente a los nuevos desafíos, que paulatinamente derivaron en el surgimiento de una nueva izquierda. Pero en el ámbito local, como afirma Petra en el capítulo V, esos sucesos no fueron tan decisivos como lo fue la relectura del fenómeno peronista a partir de 1955. En ese contexto se analiza la figura de Héctor P. Agosti y sus intervenciones en el debate público. Con un prestigio adquirido luego de tres décadas de militancia, Agosti intentó guiar una renovación considerada por él mismo como imperativa del espacio cultural y de la figura del intelectual dentro del partido. Utilizando el modelo gramsciano como referencia, pudo congregarse a una nueva generación de jóvenes destacados entre los que figuraban Juan Carlos Portantiero y José María Aricó.

Los últimos años de la década de 1950 y los primeros de la década de 1960 estuvieron signados por un proceso de radicalización política asociado a las nuevas generaciones que, animadas por la experiencia

cubana, la ruptura chino-soviética y el éxito de algunos movimientos de liberación nacional, desafiaron las ortodoxias partidarias en busca de proyectos más revolucionarios. EL PCA no fue ajeno a esta tendencia inconformista que se tradujo rápidamente en una serie de rupturas de relevancia. En el último capítulo Petra estudia el impacto que tuvo la experiencia de la izquierda comunista italiana en el escenario local: aun siendo difícil de delimitar, esta corriente fue pensada por sectores juveniles como modelo a seguir en el proceso de modernización del espacio cultural, generando un nuevo orden de problemas tanto estéticos como políticos canalizados a través de la aparición de nuevas publicaciones, entre las que se destaca la revista *Pasado y Presente*. La figura de José María Aricó y su lectura original de Gramsci sirven como ejemplos de las rupturas que se originaron por aquellos años, que dieron comienzo al declive del comunismo en el mundo intelectual.

El libro que se reseña, resultado evidente de años de investigación, se caracteriza por la combinación de la erudición y el compromiso con la rigurosidad metodológica. Tres son sus méritos más salientes: en primer lugar, contribuye al conocimiento de

un aspecto muy importante pero poco explorado de la historia del PCA y de los intelectuales argentinos, el relacionado con el mundo intelectual comunista. En segundo lugar, rompe con las visiones maniqueas que simplifican el pasado histórico y conciben el mundo comunista y al PCA como una organización monolítica y jerárquica signada por un seguidismo incondicional al mundo soviético, para pensarla como una asociación que contó en su interior con un nivel significativo de tensiones, que incluyeron relecturas de la doctrina comunista, muchas de las cuales estuvieron influidas por el factor local y por otros aportes internacionales, como la cultura comunista italiana. Por último, desarrolla con gran profundidad la evolución de las relaciones entre los intelectuales y el partido, logrando complejizar la figura del intelectual comunista, tradicionalmente pensado como perteneciente a un grupo homogéneo. Lejos de serlo, este grupo estuvo atravesado por múltiples tensiones y espacios de pertenencia, y resolvió de maneras diversas su seguimiento al partido.

Mercedes Saborido
Facultad de Ciencias
Sociales-UBA

Martín Ribadero,

Tiempo de profetas: ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962),

Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017, 328 páginas

En 1956, el intelectual nacionalista Mario Amadeo detectaba en su exitoso *Ayer, hoy, mañana* el potencial de eso que llamaba “izquierda marxista y revolucionaria”. Amadeo sostenía que se trataba de un verdadero peligro, inquieto por “la posibilidad de un gran alzamiento de masas bajo el signo conjugado de la doctrina marxista y de la revolución mundial de color”. Agudo analista, Amadeo divisaba en esas poco pobladas sectas de un segmento de izquierda el germen de un fenómeno original y riesgoso.

Martín Ribadero nos propone en *Tiempo de profetas* un recorrido por los orígenes de la izquierda nacional, a través de un trabajo que combina, en forma muy eficiente, la biografía individual y colectiva y la historia más “pura” de las ideas con la más “terrenal” de los intelectuales. Esa historia podría resumirse en un nombre: Jorge Abelardo Ramos. Su esfinge está asociada a una especie de herejía de la izquierda trotskista, aquel segmento que elaboró una crítica furibunda a la tradición liberal, y que a su vez reconsideró el papel del peronismo a la luz del peso del imperialismo en América Latina. Sin embargo, el trabajo aspira a ir mucho más allá de la descripción del “genio” personal, ubicando a la figura de Ramos en los debates

intelectuales y políticos de todo un segmento de la izquierda argentina. Ribadero ha concentrado su estudio en los orígenes de esta familia –un tanto olvidada– de la izquierda argentina, desde sus primeros pasos en la década de 1940 hasta su explosión cultural y política a principios de los años sesenta del siglo pasado.

La obra se ha organizado en cinco capítulos. En el primero Ribadero analiza el funcionamiento y los debates de las “sectas” trotskistas en los años cuarenta frente a dos problemas, la “cuestión nacional” y el bonapartismo. El autor ubica a Ramos en círculos transitados por figuras como Luis Alberto Murray, Alfredo Terzaga y Jorge Enea Spilimbergo, aunque ninguno de ellos logró el reconocimiento que obtendría Ramos. Su grupo se configuró en 1945 en torno a dos revistas, *Octubre* y *Frente Obrero*. En ellas Trotsky y su palabra eran objeto de disputas interpretativas y apropiaciones legitimantes. Los enunciados políticos de estos años se convirtieron en pilares que poco cambiaron a lo largo del tiempo, destacándose en este grupo una fuerte regularidad discursiva. La “cuestión nacional” devino en la pieza central de este sector del marxismo argentino. Para eso Ramos recuperaba una distinción formulada por Trotsky respecto de la tarea de

los partidos en los países “desarrollados” y “atrasados”. En estos últimos, los partidos burgueses podían cumplir, como en el caso del gobierno de Lázaro Cárdenas, una tarea de liquidación de las herencias feudales a través de una revolución agraria. Respecto del bonapartismo, también siguiendo a Trotsky, Ramos lo identificaba como el producto de la crisis y la debilidad de la burguesía, de los conflictos inter-burgueses, que intentaba remediar con un liderazgo fuerte y autoritario. Este era el caso de la Argentina en 1946, con una burguesía que no podía cumplir su papel, incapaz, débil, timorata. Una idea en torno a la cual la izquierda construyó su propia imagen en los países periféricos. Por su parte, sostenía Ramos, la clase obrera debía convertirse en “el caudillo de todas las clases oprimidas y opresoras”, utilizando una imagen provocativa para la izquierda liberal. Claro que la benigna interpretación del peronismo como un bonapartismo no era homogénea en todo el trotskismo. Ribadero señala las diferencias entre el grupo de Nahuel Moreno (que creía que era un bonapartismo regresivo) y el de Ramos, que consideraba que se trataba de un “semibonapartismo” de carácter progresivo.

El segundo capítulo está dedicado al análisis de *América*

latina: un país, el célebre trabajo de Ramos de 1949. Se trata de un texto surgido en una coyuntura de reflujo de los grupos trotskistas, de ruptura de alianzas, y en la que Ramos se inclina, durante un tiempo, exclusivamente a la tarea intelectual. Retomando la caracterización de Altamirano, Ribadero señala que el libro se inserta en una “literatura de ideas” y no en el típico “ensayismo”. Debido a su escaso manejo de fuentes y a su falta de sistematicidad, se integra bien a la imaginación histórica y sociológica más que al campo historiográfico. Se trataba, sin embargo, de un producto idiosincrático del marxismo de los años cuarenta, alejado de las universidades y más cerca del mundo de la militancia, los partidos y la bohemia. Lo singular del libro no sería tanto su originalidad (otros habían tematizado ya el tema del imperialismo) sino lo ecléctico de su factura, el bricolage y la mezcla de tópicos y narrativas como el nacionalismo popular y el imperialismo. En su interior está presente el ensayo, el panfleto, el texto histórico y la crítica literaria, enfocados desde una matriz interpretativa marxista. Más allá de su contenido se distingue por su retórica, la original “forma de decir” el marxismo de Ramos. Ribadero analiza la recepción del libro a través de la crítica, mostrando cómo el nacionalismo de derecha lo celebró. Manuel Gálvez felicitó a Ramos y lo llenó de elogios. José María Rosa lo ensalzó en una reseña de la revista del Instituto Juan Manuel de Rosas. Por el contrario, un marxista como Eduardo Astesano, del grupo de

Rodolfo Puiggrós, rechazaba la idea de que existiera una “nación latinoamericana” y defendía por contraste los nacionalismos locales, generadores de verdaderos proyectos de liberación. La idea de un latinoamericanismo le parecía “de gabinete”.

En el tercer capítulo se analiza el catálogo de la editorial Indoamérica, que funcionó entre 1949 y 1955 dirigida por el grupo de Ramos (Enrique Rivera, Hugo Sylvester, Carlos Etkin, Adolfo Perelman, Jorge Enea Spilimbergo). En este período, en el que Ramos decide convertirse en un escritor profesional, escribe un libro por encargo (una biografía de Alem) y se inserta en los medios de prensa peronistas. Estos le ofrecían, como a César Tiempo, un ámbito propicio para llevar adelante su profesionalización como escritor político. Indoamericana le permitirá forjar una carrera como editor y como propiciador cultural. Su objetivo era intervenir en el debate político de la izquierda, y competir exitosamente contra la hegemonía que ejercía el Partido Comunista y sus editoriales en el campo cultural. En ese marco, Indoamérica publica *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954) del propio Ramos. Allí atacaba a la élite de la revista *Sur* con un argumento, a esa altura, tradicional: los escritores estaban alejados de la vida nacional como representantes de un sector de la burguesía argentina. A través de ellos el imperialismo ejercía un papel de colonizador pedagógico, con el fin de impedir la emergencia de una conciencia nacional. Por el contrario, una literatura

nacional debería exhibir la realidad de los sectores populares, el gaucho y el lenguaje popular. Ramos se autopostulaba como representante de esa nueva élite político-cultural, que podría representar a un movimiento social en la senda trazada por la tradición marxista. Posando su mirada sobre el catálogo de Indoamérica, Ribadero señala un conjunto de temas dominantes: el radicalismo, los cruces entre arte y revolución, la cultura judía y el problema de la integración nacional, así como la crítica al estalinismo. Por un lado, la presencia de Manuel Ugarte o de los apristas denota la onda expansiva del peronismo en la izquierda; por otro lado, los autores editados eran figuras que coincidían en haber subordinado su vocación literaria a la política. La lucha política y cultural estaba en el centro del ideario de Indoamérica y de la trayectoria de Ramos.

En el cuarto capítulo se analiza la posición del grupo de Ramos frente a la rápida transformación de la izquierda luego de la caída del peronismo. Es esta una época de incorporación al grupo de Ramos de sectores juveniles universitarios de clase media, entre los que se contaban Ernesto Laclau, Adriana Puiggrós y los artistas del grupo Espartaco, en el que militaba Ricardo Carpani. Y es el momento en el que la Revolución Cubana vino a afianzar el antiliberalismo y el antiburguesismo dentro de la cultura de izquierdas. Si bien Ramos y su grupo la apoyaron, cuando la lucha armada se convirtió en un postulado metodológico y se produjo la

crisis de los misiles, tomaron distancia. Criticaron la posición del Ché, por considerarla doblemente errada. Por un lado, por pretender que el caso cubano fuera un modelo para copiar en toda América Latina, sin respetar las “especificidades nacionales”. Por otro lado, rechazando su llamado a explotar las “condiciones subjetivas” (dado que las objetivas ya estarían dadas) a través del foquismo. Ribadero sostiene, en ese sentido, que el objetivo era el de socavar la autoridad simbólica, el prestigio y la receptividad de una figura como la del Ché.

En el quinto y último capítulo Ribadero analiza las intervenciones culturales del grupo, poniendo como límite cronológico la formación del PSIN (Partido Socialista de la Izquierda Nacional) en 1962, momento en el que considera que Ramos decide entrar de lleno en la actividad política. En 1957 había publicado su más exitoso libro: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*. Se trató de un verdadero suceso de ventas y sus ingresos le permitieron al grupo montar una nueva editorial (Coyoacán) y una librería. Sobre el contenido del libro, Ribadero señala que mantenía una mirada dicotómica de la historia, y si bien mencionaba a las masas, estas no aparecían realmente, sino representadas a través de las élites políticas: los caudillos del interior o las grandes figuras como Julio Roca, Hipólito Yrigoyen o el general Perón. Dado que no se trataba de un texto innovador respecto de las ideas que ya había expuesto Ramos, Ribadero explica su

éxito por el contexto político y editorial, por tratarse de un trabajo que reivindicaba al peronismo desde la izquierda, y no necesariamente por los atributos de su autor.

La editorial Coyoacán fue creada con un objetivo similar al de Indoamérica: funcionar como una herramienta de intervención político-cultural que permitiera disputarle la hegemonía al Partido Comunista. Ribadero escruta su catálogo, observando que intentaba dotar a los jóvenes de herramientas del marxismo, relevantes para interpretar el papel del imperialismo en América Latina. Esa mezcla de ideas provenientes del nacionalismo, el marxismo, el populismo y el antiimperialismo revela la crisis que atravesaba la izquierda que había confeccionado su identidad acoplada a la tradición liberal. En la parte final del capítulo, Ribadero reseña la polémica entre Ramos y Ernesto Sabato. La misma condición de posibilidad del debate se presenta como síntoma de la relevancia que estaba adquiriendo el grupo de Ramos en la izquierda, y como indicador del deseo de Sabato de participar en ese extraño espacio del nacionalismo marxista.

Tiempo de profetas es un libro original, sus preguntas pertinentes y es, sobre todo, un libro necesario. Indispensable si se pretenden comprender los clivajes del debate político de los años sesenta y setenta en la Argentina. Y en ese sentido, el trabajo de Ribadero expone tanto las polémicas ideológicas como las estrategias político-culturales del grupo en cuestión. Por un lado, las

conflictivas relaciones entre la izquierda, la tradición liberal y el peronismo. Por otro lado, el tramado de editoriales, publicaciones, redes interpersonales, aspiraciones, deseos y fracasos de un segmento del marxismo argentino. Ribadero ha identificado que para Ramos y los suyos, la cultura era el campo de batalla donde se libraba la guerra contra “el imperialismo y sus aliados”. Si efectivamente la colonización era un proceso de dominación ideológica, tanto o más que un proceso material, era entendible que buena parte de su producción se alimentara del análisis de la literatura, de la crítica a las “élites cipayas”, de la denuncia de las falsedades, y del papel contrarrevolucionario de la izquierda liberal.

La noción de profecía nos transporta a la frontera compartida entre las prácticas políticas y las religiosas. El profeta y la *profecía* se oponen al sacerdote y a la rutinización del carisma. Si Ramos y su grupo fueron la profecía, la izquierda liberal, y en especial el Partido Comunista, fueron los representantes de una iglesia avejentada. Pero lo que intenta decirnos Ribadero desde el título es que, más allá de las calidades individuales de los miembros del grupo, es el tiempo el que define a los profetas. Su voz se hizo audible, y su estatura se acrecentó, en un marco deseoso de escuchar una palabra en la que la forma no era, de ninguna manera, un atributo secundario.

José Zanca
CEHP-UDESA/CONICET

Ezequiel Adamovsky y Esteban Buch,

La marchita, el escudo y el bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner,

Buenos Aires, Planeta, 2016, 368 páginas

Mediante una indagación acerca de los orígenes y los usos de tres símbolos peronistas considerados los más perdurables, el tríptico de Ezequiel Adamovsky y Esteban Buch propone a sus lectores una historia cultural del peronismo y de la Argentina, desde los primeros gobiernos de Juan Perón hasta la actualidad, vista a través de tales emblemas. Con dos partes firmadas por Adamovsky (la primera, “El escudo peronista”, y la tercera, “El bombo peronista”), y otra a cargo de Buch (la cual, ubicada en segundo lugar y titulada “La marcha peronista”, casi equipara a las dos anteriores en extensión), el libro se instala cómodamente en un área de los estudios sobre el peronismo, la dedicada a los rituales y los símbolos políticos, que poco se ha renovado desde el discutible pero ineludible *Mañana es San Perón...*, de Mariano Plotkin.¹

Justamente, además de dar cuenta de la dimensión propagandística de estos artefactos culturales, *La marchita, el escudo y el bombo...* busca iluminar las luchas por la definición del sentido del peronismo protagonizadas por sus partidarios y militantes, rastreables en la generación de nuevos emblemas o en la resignificación de aquellos irradiados por el centro del

poder peronista. Los autores, por lo demás, se interesan en explorar terrenos poco transitados por la historiografía argentina, como la “historia sensorial” –aquella que prioriza el enfoque de los sentidos para el conocimiento del pasado–, y los “estudios del sonido”.

La primera pregunta que entonces cabría hacer es qué de nuevo aprendemos de la historia del peronismo y de la Argentina en el siglo XX gracias al conocimiento de los avatares de estos tres emblemas, y a la perspectiva con que se elige mirarlos. La respuesta no es unívoca. Si el color y el sonido se revelan como los principales “vectores de significación” distribuidos a lo largo del libro, una problemática común distingue a las dos partes a cargo de Adamovsky: me refiero a la preocupación por las pujas en torno al perfil étnico de la nación o, dicho de otro modo, a la pregunta por la “etnogénesis” argentina y el peso de las divisiones fundadas en el color de la piel, en la configuración de las identidades de clase y las identidades políticas contemporáneas. Parecen ser, por tanto, las hipótesis originales del autor, en igual medida, por lo menos, que los objetos a los que hace hablar a partir de ellas (revelando qué se deja ver y oír, respectivamente, en el escudo y el bombo peronistas), las que logran decirnos algo diferente

acerca de la trama general de esta historia que, en sus trazos fundamentales, es bastante conocida.

Dicho esto, la apuesta de la obra por historizar el peronismo y el antiperonismo en el largo plazo, integrándolos como fragmentos a una historia política y cultural de la Argentina desde su conformación moderna hasta la actualidad, merece destacarse. Si los dos últimos capítulos alcanzan mejor una densidad histórica convincente para las etapas más recientes de esta historia, la generosidad de la perspectiva temporal con que se estudian los tres emblemas peronistas revela sus frutos para atravesar las fronteras cronológicas convencionales de la historia social y política, remontándose hasta comienzos del siglo XX e, incluso, hasta el siglo XIX.

En la primera parte, el análisis del lenguaje visual del escudo peronista y de su recepción y usos más allá del sentido original u “oficial” de su producción refleja, en el cotejo con otras imágenes como el escudo nacional, que la innovación de las manos entrelazadas en diagonal “recordaba a quien lo miraba

¹ Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)* [1993], Caseros, EDUNTREF, 2007.

que existía una asimetría entre la clase alta y la baja, precisamente lo que el escudo nacional invisibilizaba [...]. Tan pronto pareciera que [los ricos] no estaban a la altura de ese imperativo moral [el de la solidaridad], el recuerdo de la asimetría –plantea Adamovsky– podía operar de manera inversa, alentando visiones más antagonistas” (p. 37).

Siguiendo este hilo argumental, el hallazgo y la pesquisa acerca de algunas versiones “bicolor” del escudo peronista, encontradas en un puñado de registros visuales de los primeros años cincuenta, aporta el motivo clave de esta parte del libro, ocasión a la vez del despliegue de la hipótesis de Adamovsky acerca de la cuestión étnica en la Argentina. En el intento de develar el misterio del origen de esta variante “bicromática” o “matizada” del escudo, “en la que los brazos entrelazados tienen tonalidades de piel diferentes (el de abajo más oscuro que el de arriba)” (p. 37), el texto se adentra a través de documentos de variado tipo en un sugestivo viaje hacia los estratos ocultos de la burocracia cultural del peronismo, un ámbito poco explorado aún con sistematicidad en la historiografía. Es así que escultores, escenógrafos, dibujantes y asistentes de la Dirección de Festejos y Ornamentaciones de la ex Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires –desde donde se fabricaban los escenarios y accesorios como los escudos de gran tamaño que adornaban los actos públicos del peronismo, y donde presuntamente se habría gestado la variante bicolor atendida por Adamovsky–, son

dispuestos en el texto, junto a ilustradores y escritores de folletos de la Secretaría de Prensa y Difusión, a la manera de pequeñas clavos en las que el autor anuda su conjetura acerca de la “inflexión ‘de raza’” presente en las diferencias de clase en la Argentina.

“El lenguaje visual reponía aquello que el lenguaje verbal tenía dificultades para expresar de manera abierta –argumenta–. El pueblo peronista era todo, pero lo encarnaban especialmente los criollos, que a su vez eran prioritariamente los provincianos de tez amarronada. [...]. La introducción del matiz entraba así en un juego semántico con el escudo nacional que perturbaba todavía más el ideal del ciudadano abstracto” (p. 55).

El capítulo a cargo de Buch en torno a los orígenes plebeyos, la codificación estatal y las posteriores reapropiaciones de la marcha *Los muchachos peronistas* se estructura narrativamente a partir de una hipótesis interpretativa: la convergencia de la música y el canto populares procedentes de las comparsas, los bailes de carnaval y las hinchadas de los clubes de fútbol de los barrios del sur de la ciudad de Buenos Aires de los años treinta, con la música culta expresada en el arreglo coral y la grabación en estudios, con Hugo del Carril como solista, un coro y una orquesta profesional en la musicalización, de la versión que resultó canónica de la marcha peronista, estrenada públicamente en el acto del 17 de octubre de 1949.

A raíz de esta interpretación de la historia de la marcha peronista “como una cadena de colaboraciones involuntarias entre diversas personas [...] [y] entre diversas instituciones, el Estado, el partido, una discográfica, un sindicato, un club deportivo, una comparsa, y también entre diversos medios técnicos, la radio, el cine, el disco, el altavoz, la partitura, el diario, el canto, el grito...” (p. 86), la composición del texto de Buch se divide en una primera parte, “De 1949 hacia atrás”, y una segunda, “De 1949 hacia adelante”.

En cuanto a la primera, se destaca entre los elementos de contenido la reconstrucción de una trama más amplia de marchas-canción y cantos políticos de las décadas del treinta y cuarenta, que permiten situar a *Los muchachos peronistas* en un marco de época. Así también, resulta eficaz la aclaración del contexto de “inquietud y movilización” que, motivado por la denuncia del supuesto complot de Cipriano Reyes y otros dirigentes díscolos para atentar contra la vida de Juan y Eva Perón, alumbraba el lanzamiento por parte del entonces secretario de Educación del gobierno nacional, Oscar Ivanissevich, de su propia versión de la marcha *Los gráficos peronistas*. No es sino este el marco preciso que liga el origen de la marcha peronista a un “momento decisivo en el proceso de concentración del poder, que la propaganda traducirá en el famoso culto de la personalidad de Perón y Evita” (p. 107). Las estrofas alusivas al supuesto complot quedarán suprimidas, junto a

otras, en la grabación de Hugo del Carril un año posterior, subraya Buch.

En un plano formal, el efecto de sentido que aporta en la primera parte del capítulo el hacer avanzar el relato “hacia atrás”, es decir, en dirección inversa a la que hubiera seguido un orden expositivo convencional (de lo más antiguo a lo más reciente), avanzando hacia un pasado inalcanzable donde los actores disputan entre sí un papel protagónico o exclusivo en la gestación de la música y la letra de la “marchita” en sucesivas versiones; tal efecto de sentido, el de una conjetura que se hunde irremediabilmente en un tiempo del cual quedan pocos documentos confiables, resulta ensordinado, contradicho hasta cierto punto, cuando el autor, sorpresivamente, introduce al final y en bastardilla una breve narración en orden cronológico gracias a la cual se permite, no sin cierta condescendencia y con un ethos reñido con la práctica historiográfica usual, consumir el “deseo de ponerlos a todos de acuerdo”, ya que –en sus propias palabras– “el que compuso esa música seguro fue una persona humilde” (pp. 148-150).

El análisis de la historia de la “marchita” desarrollado en la segunda parte del capítulo (después de 1949) despliega la variedad de sus usos y apropiaciones, desde el borramiento de las fronteras entre Partido y Estado en los últimos años del segundo gobierno peronista, pasando por el canto de la marcha como forma de resistencia luego de 1955, su utilización como banda sonora y como símbolo

disputado por los distintos sectores en que se dividió el peronismo en las décadas del '60 y '70, hasta las acciones judiciales de las que fue objeto especialmente a partir de la transición democrática, para excluir “el peronismo de otros”. Por último, el recorrido de la inflexión seguida desde su eclipsamiento en los años noventa hasta su resurrección bajo el segundo gobierno de Cristina Kirchner ilumina bien el trabajo y las luchas simbólicas que tienden a mantener viva la tradición partidaria.

Last but not least, el estudio sobre el “bombo peronista” que cierra el tríptico de Adamovsky y Buch resulta, por su objeto y por su tratamiento, el más sugerente históricamente. El capítulo se interroga sobre la posibilidad de contar una historia que gire en torno al sonido, en este caso el del bombo, y acerca de su significado para quienes se vieron afectados por él. Para unos, su retumbar habría significado el sentido de lo ominoso, al evocar temores y ansiedades, recurrentes desde el siglo XIX en adelante, ante alguna forma de democracia plebeya que pusiera en peligro el lugar de las élites en la República y la sociedad argentinas. Para otros, el sonido del bombo habría sido instrumento de convocatoria y eco del “latir del corazón”, promesa de afecto y redención colectivos, asociado a los sentidos de la fiesta y el carnaval, capaces estos de hacer superar, cuanto menos transitoriamente, las desigualdades y las diferencias de los heterogéneos miembros de la comunidad popular.

¿Pero qué fuentes permiten interpretar, en sus múltiples significados posibles, el sonido del repique del bombo?

Si de un lado un conjunto de documentos escritos dan suficiente muestra de la conexión que el antiperonismo estableció con ansiedades sociales y étnicas previas, en las que las vibraciones del bombo y los tambores remitían a los cambombes de los afroamericanos bajo el rosismo, del otro lado son sobre todo registros etnográficos contemporáneos, a falta de documentos de época, testimonios de bombistas de sindicatos y de murgas actuales y de antaño, especialmente de las barriadas obreras de Berisso y Ensenada –sin poder dejar de notar la impronta de la filosofía rousseauiana en el autor– los que permiten inferir el significado que pudo haber tenido el bombo cuando hizo su aparición en la vida multitudinaria del peronismo de fines de los años cuarenta. Luego de 1955, nuevos sentidos se yuxtapusieron a los anteriores, haciendo del bombo un símbolo de lucha, un modo de irritar a los adversarios, de administrar la palabra y acallarla, un símbolo estético, una forma, en suma, de afirmar la presencia popular y lo no-blanco en el entramado de generaciones argentinas.

Como anticipé, un hilo rojo conecta la atención a las murgas de los trabajadores de la carne del Gran La Plata; el seguimiento y la mirada antropológica de la figura de Carlos Tula, “Bombo mayor del peronismo”; el análisis de las idas y vueltas a las que asiste el bombo a lo largo de

los sucesivos intentos de “desplebeyizar”, renovar o modernizar el estilo del peronismo luego del retorno de la democracia en 1983; y la contraposición con el sonido y el sentido de las

cacerolas, tras el 2001. Ese hilo es la pregunta acuciante que se hace Adamovsky y nos deja picando, por no decir retumbando, aunque no la formule así: ¿podremos, alguna vez, vivir juntos en la

diferencia, “en este rincón del planeta”?

Laura Ehrlich
CHI-UNQ/CONICET

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 22 / 2018

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

La sección es organizada por Martín Bergel, Gabriel Entin y Ricardo Martínez Mazzola.

Ángela Lorena Fuster
y Matías Sirczuk (eds.),
Hannah Arendt,
Buenos Aires, Katz/Eudeba,
2017, 135 páginas

La colección “El arte de leer” aborda el modo en que importantes autores contemporáneos leyeron a autores clásicos. El primer tomo está dedicado a una pensadora contemporánea, aunque ya devenida en clásica: Hannah Arendt. En la breve introducción los editores subrayan una de las características de su pensamiento, su orientación a la comprensión del presente, y señalan que si ese rasgo no impugna el proyecto mismo del libro es por el hecho de que fue esa preocupación por el presente, y en particular por la cuestión del totalitarismo, la que llevó a la autora a confrontarse con la tradición del pensamiento político occidental.

El libro recoge el diálogo con dos figuras clave de esa tradición, a las que la autora se enfrenta. Martine Leibovici sostiene que Arendt lee a Rousseau como un pre-romántico, un yo vuelto a los sentimientos que, desesperado por la expresión de un yo auténtico que no puede salir de su aislamiento, brinda un lenguaje en que expresar la rebelión contra la sociedad. Simona Forti argumenta que la lectura de Karl Marx constituye –tanto por la valoración del trabajo como la clave de la historia humana, como por la asociación, algo sesgada, entre el concepto de trabajo y necesidad– un punto de partida contra el que se dibuja la propia

propuesta de una autora que no logra escapar de las antinomias entre cuerpo y espíritu, naturaleza y libertad.

Pero el libro aborda también las lecturas de dos figuras clave que Arendt diferencia dentro de la tradición filosófica. Un Sócrates al que distingue de la lectura platónica por la búsqueda de una verdad que no se contrapone a la *doxa* sino que surge del perfeccionamiento de las *doxai* en una conversación en común, conversación que incluye el diálogo que se da entre el yo y el mí mismo, imprescindible para el pensamiento. En segundo lugar, un Kant que al asignar a la cuestión de “qué debo hacer” gran importancia, da dignidad filosófica a la acción y coloca la historia como el ámbito en el que se plantean las perplejidades que surgen de la libertad en los asuntos humanos.

Finalmente, debe recordarse que mientras Arendt rechaza la tradición de la filosofía política, rescata a “escritores políticos” como Maquiavelo, Montesquieu o Tocqueville, capaces de pensar la cosa pública sin asignarle un fin que la excede. Es el segundo, y de su contraposición entre los oasis de libertad y el desierto del que nace el despotismo, quien hace ver a Arendt que la libertad no nace de una experiencia individual, como sería la de la voluntad, sino de la existencia de espacios colectivos en los que los hombres pueden actuar juntos sin imponerse unos a otros.

Ricardo Martínez Mazzola

Dhan Zunino Singh, Guillermo
Giucci y Paola Jirón (eds.),
*Términos clave para los
estudios de movilidad en
América Latina*,
Buenos Aires, Biblos, 2018,
251 páginas

En este libro, las movilidades constituyen a la vez un enfoque y un objeto de estudio: prácticas sociales con sentido, “experiencias que son representadas y producen cultura, así como expresan y producen relaciones sociales y de poder”, como afirman los editores en la “Introducción”. Y para cumplir con esa condición doble y tensa, la elección de un trabajo a la vez acotado y amplio respecto de “términos clave” es central. Y esto es así porque asume y revisa la importancia que tuvo el “giro de las movilidades” en las ciencias sociales como fundante de una redefinición y reedición de viejos problemas, y al mismo tiempo la enunciación de otros para el análisis de las sociedades y de las culturas. Para hacerlo, inscribe el análisis dentro de una tradición de las ciencias sociales y de las humanidades que es la de las “palabras clave”: aquellos términos que se han vuelto fundamentales en las discusiones sobre la cultura, y cuyos significados, además, nunca se resuelven “hasta que realmente [el término en cuestión] desaparece del uso común o su paradigma académico entra en declive”, como afirma Noel Salazar en el prefacio. Así, el libro define un campo de estudios sobre las movilidades en su “Introducción” y lo recorta –para pensar posibles

ampliaciones– en una serie de términos entre los que están los ya conocidos “Viaje” y “Circulación”, y otros menos frecuentados o de carácter más experimental como “Aeromovilidad”, “Inmovilidad” y “Ritmo”. En cualquier caso, el libro se propone como un compendio de términos clave y una serie abierta de problemas que redefine objetos y enfoques de las ciencias sociales bajo un nuevo paradigma como el de las movilidades.

Ximena Espeche

Daniel Bellingradt, Paul Nelles y Jeroen Salman (eds.), *Books in motion in early modern Europe. Beyond production, circulation and consumption*, Londres/Nueva York, Palgrave/Macmillan, 2017, 305 páginas

Elizabeth Eisenstein, Donald F. MacKenzie o Robert Darnton son algunas de las referencias ineludibles en los estudios de la historia de la edición en el universo académico angloparlante. A partir de sus pesquisas y de los trabajos de Roger Chartier o Jean-Yves Mollier, el área de investigación dedicada a la cultura impresa se expandió y consolidó en los últimos treinta años mediante la sofisticación de los problemas planteados y la exploración de nuevas canteras de información. Los capítulos reunidos en *Books in motion in Early Modern Europe* permiten recorrer una historia del libro en la temprana modernidad europea a partir de la reconsideración de la sociabilidad como dimensión social en la conformación de colectivos más o menos orgánicos, de la ponderación de la composición material de los objetos impresos y de las interrelaciones sociales que supone su producción, y de la atención a las coordenadas espaciales que describen la circulación y el consumo de libros.

En el texto introductorio, Bellingradt y Salman ofrecen un exhaustivo panorama sobre el estado de la disciplina de estudios sobre la edición de libros. Su tono programático se construye en diálogo con la noción de “circuito de comunicación” de Darnton, a

partir de la cual sugieren una aproximación más dinámica y menos centrada en los espacios nacionales, atenta a las prácticas sociales de manufactura del libro, a las estrategias de su comercialización y a los modos de apropiación física e intelectual de los mismos. La primera parte del libro integra trabajos sobre la producción y venta de libros entre los siglos xv y xviii en diferentes espacios, como Verdún o Castilla durante la Contrarreforma o entre tres centros de consumo como Zurich, Frankfurt y Venecia, además de un interesante ensayo sobre la industria del papel en Amsterdam.

Andreas Golob y Joop Koopmans demuestran la estrecha relación entre el mundo de las imprentas de libros y el desarrollo de los primeros periódicos impresos en la Europa Central de los Habsburgo y en los Países Bajos analizando las estrategias de distribución de estos bienes y el accionar de agentes que concentraban funciones de editor, impresor y librero. Asimismo, la importancia en la reconstrucción de los mercados de libros lleva a Shanti Graheli o Geoffrey Roper a seguir los rastros de bienes impresos entre centros de producción (Italia o las ciudades alemanas y flamencas del siglo xvi) y espacios de consumo como las librerías francesas o las urbes otomanas. A modo de balance, Joad Raymond insiste sobre la necesidad de amplificar la escala de la historia del libro en términos de una historia global que atienda a las conexiones entre procesos desarrollados en diferentes latitudes.

Ezequiel Grisendi

James R. Akerman (ed.),
Decolonizing the map. Cartography from colony to nation,
Chicago, University of Chicago Press, 2017, 409 páginas

Decolonizing the Map presenta un variado conjunto de ensayos dedicados a reflexionar sobre los usos imperiales de la cartografía en la dominación y administración de espacios en la periferia del sistema mundial. En el libro se presentan siete casos en que la tensión entre la producción de representaciones cartográficas y los procesos de descolonización es analizada mediante la investigación de los saberes metropolitanos elaborados por diversos agentes estatales sobre los territorios bajo control imperial, las identidades colectivas que contribuyeron a modelar y los diferentes rumbos políticos y culturales de resolución de ese lazo colonial, cubriendo un amplio arco temporal y una variedad de contextos geográficos. Así, el libro permite una conexión entre los procesos de descolonización de la segunda mitad del siglo xx y aquellos conflictos independentistas de la centuria anterior.

El libro aborda tres casos latinoamericanos en que la producción de mapas contribuyó a configurar modos de identidad contrarios a la dominación imperial. Magalí Carrera analiza “la hibridación cartográfica” del Virreinato de Nueva España de fines del siglo xviii para probar la tensión entre las políticas de división territorial y administrativa borbónica y los “mapas locales” que surgen en cada región. Lina

Del Castillo explora la circulación internacional de los mapas de Colombia en tanto república independiente en el primer tercio del siglo xix y el esfuerzo de los revolucionarios por mostrar ante las potencias europeas la realidad territorial de la nación moderna.

Finalmente, Jordana Dym acomete el singular derrotero de Guatemala en la conformación de un mapa nacional flanqueado por la inestabilidad política, sus problemáticas relaciones con México y Belice y la dinámica promovida desde el *marketing* turístico.

Respecto de las prácticas cartográficas europeas y su impacto en la clasificación de los territorios colonizados en África y Asia, Jamie McGowan recupera la historia cartográfica de Ghana a partir de la figura de un burócrata nativo formado en Inglaterra que devino un hacedor de los mapas de la antigua Costa de Oro, mientras que Karen Culcasi presenta los atlas nacionales egipcios en la estructuración del espacio nacional atravesado por el pasado otomano, las apetencias imperiales y la realidad del pan-arabismo. Finalmente, Sumathi Ramaswamy aborda la división de la India Colonial en los nuevos estados independientes y los conflictos entre la imposición imperial y las resistencias pakistaníes e indias, mientras que Thomas Bassett indaga sobre la territorialización de las comunidades nativas en Sudáfrica a partir de la continuidad de las políticas racistas de dominación interna y de la cartografía del turismo.

Ezequiel Grisendi

Nicolas Terrien,
“Des patriotes sans patrie”. Histoire des corsaires insurgés de l’Amérique espagnole (1810-1825),
Rennes, Les Perséides, 2015, 381 páginas

Especializado en las guerras marítimas en el Atlántico entre fines del siglo xviii y principios del xix, Nicolas Terrien complejiza con su libro la historia de las revoluciones de independencia en el Atlántico ibérico, mostrando la necesidad de complementar la mirada sobre la revolución y la guerra en el continente americano con lo que sucede en el mar, un espacio de soberanías fluidas e inciertas, piratas y corsarios cosmopolitas y una armada española decadente y desquiciada (de 280 navíos en 1788 pasó a 22 en 1825), en un Atlántico cuyas dinámicas desbordaban el derecho tradicional de gentes, dando forma al derecho internacional contemporáneo.

Recuperando una limitada y poco renovada historiografía sobre el curso insurgente en Hispanoamérica, Terrien recorre en los seis capítulos del libro la era de las revoluciones atlánticas (1770-1830) y, para analizar el curso insurgente, se concentra en 1814-1820, el período de restauración monárquica y reorganización de la guerra revolucionaria. Diferenciado de los piratas por su condición jurídica, el curso revela las dificultades de la soberanía en la revolución: las patentes de corso representaban marcas de soberanía que habilitaban a particulares a hacer la guerra contra el comercio enemigo (de España o

Portugal, en el caso de Iberoamérica) y a relacionarse con las naciones neutrales (Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia).

Terrien amplía el mapa de las revoluciones hispanoamericanas explorando el Caribe como una parte esencial de un “sistema atlántico”, caracterizado por la guerra, el comercio (de capitales, bienes y esclavos) y la piratería en rutas desde los Estados Unidos al Río de la Plata. También relaciona el Atlántico con las rutas del Pacífico, donde los corsarios actuaron como escuadras nacionales en las guerras de independencia.

El curso en las revoluciones iberoamericanas, explica Terrien, tuvo como antecedentes a los corsarios de Victor Hugues en Guadalupe, de Jean-Jacques Dessalines en Haití (a partir de la guerra contra franceses y españoles desde 1804), y de la guerra de 1812 entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Como forma de guerra irregular, el curso cumplió el rol de la marina de los revolucionarios pero con sus dinámicas propias: por su capacidad de repliegue y multiplicación desarticuló el comercio español, desquiciando la armada española; capturó botines que aprovisionaban puertos insurgentes; transmitió información y los símbolos de la revolución, actuando como agente diplomático. Esta obra, cuya traducción al español se vuelve imperiosa, permite adentrarse en dimensiones poco exploradas por la historiografía de las primeras repúblicas hispanoamericanas.

Gabriel Entin

Richard J. Evans,
La lucha por el poder. Europa, 1815-1914,
Barcelona, Crítica (“Serie Mayor”), 2017, 1006 páginas

Todo parece indicar que nos encontramos ante una obra que, posiblemente, consiga lo que ninguna otra historia del siglo XIX había logrado hasta el momento: suceder, si no reemplazar, la célebre trilogía de Eric Hobsbawm. De hecho, *La lucha por el poder* de Sir Richard J. Evans –quien escribió, entre otras obras, un encendido alegato del oficio en 1997 titulado *In Defense of History* y aquella monumental historia del III Reich en tres volúmenes, publicada entre 2003 y 2008– no solo está dedicada al marxista inglés, sino que, además, el prólogo está firmado en la misma fecha (mayo de 2016) en que el autor ofreció la *Hobsbawm Memorial Lecture* en la Universidad de Londres y que encontrará su culminación con la aparición de su próximo trabajo, una biografía intelectual titulada *Eric Hobsbawm. A Life in History*, prevista para principios de 2019 y basada en archivos personales de acceso privado. En todo caso, *La lucha por el poder* no es un simple manual al uso, sino un profundo entramado en ocho extensos capítulos donde las dimensiones de lo social, lo económico, lo político y lo cultural se entrelazan con total naturalidad siguiendo el decurso estrictamente cronológico de los hechos históricos. Se trata de una notable hazaña cuya *entente cordiale* entre la crónica más tradicional y la pausa hermenéutica permite revisar

un siglo XIX (1815-1914) que, por cierto, se adentra en el XX, pero ya no es “largo”: una periodización con la que interrumpe su homenaje y se distancia, explícitamente, de las tres “eras” del maestro. Esta fluidez, no obstante, representará todo un reto para quien pretenda indagar la obra a partir de una lectura eventual o de rápida consulta puesto que, además y como antídoto frente a cualquier prisa, el lacónico índice general (siguiendo la versión inglesa) omite todos los acápites y dificulta la identificación del contenido. En todo caso, los lectores más pacientes se verán ampliamente recompensados con una brillante exploración de los principales acontecimientos del siglo revisados a la luz de novísimas interpretaciones que parecen dejar caduca toda obra precedente sobre el período. Finalmente, recordemos que este trabajo forma parte de la notable colección “Penguin History of Europe”, de cuyos siete volúmenes ya publicados en inglés el lector de habla castellana ya cuenta, por lo pronto, con tres más: *El legado de Roma. Una historia de Europa de 400 a 1000* de Chris Wickham (2009), *La destrucción de la Cristiandad. Europa, 1517-1648* de Mark Greengrass (2014) y *Descenso a los infiernos: Europa 1914-1949* de Ian Kershaw (2015).

Andrés Freijomil

Oscar Terán,
Discutir Mariátegui,
Buenos Aires, Hilo Rojo, 2017,
312 páginas

Esta ficha no da cuenta de un libro enteramente nuevo sino de la reedición de un clásico, *Discutir Mariátegui*, acompañado por otros textos en los que Oscar Terán aborda la figura del marxista peruano. En la biografía político-intelectual publicada a mediados de los '80 el argentino subrayaba la importancia de abordar "La Edad de Piedra", los primeros años de la vida intelectual de Mariátegui, en los que –señalaba, dejando ver los interrogantes kantianos que subyacían a su lectura Foucault– se había constituido el suelo categorial sobre el cual el peruano organizaría las experiencias posteriores. Otro señalamiento clave en una periodización que cumplía un papel fundamental en la propuesta del argentino, era el de la cisura entre los primeros escritos publicados por Mariátegui a su vuelta de Europa, centrados en temas internacionales, y los que comienza a dar a conocer a partir de 1925, en los que "el problema de la nación" –problema que, con gran perspicacia, Terán distingue de la "cuestión nacional" tal como la había tematizado el marxismo– ocupaba el lugar central.

Como señala Martín Bergel en el iluminador ensayo introductorio que abre la reedición, *Discutir Mariátegui* pertenece a una de las "estaciones" de la frecuentación del peruano por el filósofo argentino: aquella en la que

este "permanecía adherido a una hermenéutica de la especificidad continental". Si en el libro publicado en 1985 –y también en el artículo "Latinoamérica: naciones y marxismos", publicado en 1980 en la revista peruana *Socialismo y participación* e incluido también en la edición de Hilo Rojo– esta preocupación por la "cuestión de la nación" ocupa el primer plano, ella es luego postergada por la valoración de la voluntad de modernidad de Mariátegui. La reedición presenta esta lectura con un escrito de los años '90 en el que Terán ve al peruano como un "modernista extremo", un "modernista revolucionario" que adhiere a una "vida peligrosa", que el filósofo contraponen a su tiempo posmoderno en que los hombres se recluyen en una privacidad empobrecida. El libro se cierra con un artículo póstumo en el que Terán coloca *Amauta*, y no unas apuestas políticas que reputa como fallidas, como el punto en que la complejidad de los impulsos de Mariátegui alcanza mayor despliegue. En la revista, a la vez indoamericana y vanguardista, hay lugar para el intelectual que Mariátegui imaginó encarnar, uno que no pudo hacerse orgánico ni del APRA ni de la Tercera Internacional, pero también para el artista puro que no renunciaba del todo a ser.

Ricardo Martínez Mazzola

Alvaro Campuzano,
La modernidad imaginada. Arte y literatura en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1911-1930),
Madrid, Iberoamericana, 2017,
329 páginas

Alvaro Campuzano ha compuesto uno de los mejores libros sobre la trayectoria de José Carlos Mariátegui que se haya escrito desde la eclosión de la generación mariateguista de 1980 (fecha en la que tuvo lugar el Congreso de Sinaloa, en México, que reunió para discutir la obra del peruano, a medio siglo de su muerte, a un conjunto que incluía a José María Aricó, Oscar Terán, Alberto Flores Galindo, Antonio Melis, Robert Paris, Carlos Franco, José Szabón y Ricardo Melgar Bao, entre otros). Su objeto es una zona de la producción de Mariátegui habitualmente relegada: la consagrada a temas estéticos. Campuzano recorre así con elegancia y precisión conceptual la pluralidad de planos de una escritura que se despliega en textos breves y fulgurantes moldeados al calor de los ritmos de la prensa periódica. Y si elige acertadamente la figura del "mosaico" para referir a esos materiales heterogéneos, ubica a todos ellos en relación a una "fuerza gravitatoria" que los contiene: la de la crítica de la modernidad capitalista y, en su reverso, la de la imaginación de una modernidad alternativa. Contra la mayoría de las interpretaciones, el autor detecta esas disposiciones no solamente en el socialismo de madurez del intelectual peruano, sino también en su etapa de juventud, desdeñada por el

propio Mariátegui. La primera parte del libro ofrece así una fina reconstrucción de esa fase inicial de su itinerario –prolongando los esfuerzos por aquilatarla de Flores Galindo, Terán y, más recientemente, Mónica Bernabé–, para desgranar de ella los pliegues de una “prosa impresionista” tardomodernista en los que el autor detecta una pulsión crítica de la modernización urbana limeña. La segunda orbita en torno a los ensayos reunidos póstumamente en el libro *El alma matinal* –que Mariátegui alcanzó en vida solamente a bosquejar–, haciendo foco en expresiones artísticas emergentes como el cine de Chaplin, el teatro experimental del italiano Bragaglia, y sobre todo las figuraciones de las vanguardias, muy especialmente las del surrealismo. Así, si de esas estribaciones siempre atentas al movimiento de lo nuevo puede destilarse un proyecto, para Campuzano es el de escudriñar las manifestaciones estéticas y las prácticas artísticas contemporáneas que permitan imaginar otros modos de ser modernos.

Martín Bergel

Gustavo Sorá,
Editar desde la izquierda. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2017,
296 páginas

Un libro muy esperado el de Gustavo Sorá. Pocos son los investigadores que han evidenciado similar atención y amplitud analítica en el estudio de las complejas relaciones que plantean el mundo del libro, la edición y las ideas, bajo una perspectiva que articula espacios locales, nacionales y transnacionales para comprender la historia política y cultural de la región. Estas preocupaciones teóricas, metodológicas y aun político-culturales Sorá las había manifestado en libros anteriores. En esta ocasión, la particularidad de *Editar desde la izquierda* respecto a esa literatura puede observarse en los objetos de análisis elegidos (dos reconocidos agentes culturales como son las editoriales Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI editores), en el tipo de escala analizada (el espacio cultural iberoamericano) y en la tradición estudiada, en parte asociada al mundo de las izquierdas.

El libro propone un estudio de la vida editorial iberoamericana desde el segundo cuarto del siglo XX hasta principios del XXI. La elección tanto del FCE como de Siglo XXI se asienta en la capacidad que ambos demostraron en proseguir y en parte concretar dos aspectos centrales en la historia editorial de la región: por un lado, haber

alentado un proceso de integración político-cultural a nivel transnacional; por otro lado, lograr una autonomía relativa tanto en materia editorial como de modelo empresarial frente a poderes estatales, centros culturales dominantes y condicionamientos vinculados a la fragmentada realidad económica y cultural iberoamericana del período.

La premisa de estudiar esta dinámica político-cultural halla sustento en el aporte histórico que revela en sí misma, pero sobre todo en la posibilidad de captar con precisión y de manera comprensiva los obstáculos que atravesó y todavía atraviesa la actividad editorial iberoamericana en las actuales condiciones de globalización, concentración editorial y cambios tecnológicos. Estos son los aspectos que condicionan quizás hoy más que en el pasado, y en determinados países más que en otros, a todo proyecto político-cultural de similares características que intente cuestionar o al menos morigerar las tendencias hegemónicas que este escenario conlleva en términos de producción, circulación y consumo de temas, autores, géneros e ideas.

Martín Ribadero

Gabriela Rodríguez Rial (ed.), *República y republicanismos. Conceptos, tradiciones y prácticas en pugna*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, 335 páginas

La propuesta del libro editado por Gabriela Rodríguez Rial, que reúne los trabajos de veinte politólogos y filósofos de la Argentina y México, consiste en aventurarse a pensar la república y el republicanismo como claves de lectura de la filosofía política antigua y moderna, y de la historia política en Hispanoamérica en los siglos XIX y XX, a partir de las experiencias argentina y mexicana de revoluciones, independencias, consolidación de los Estados-nación y formas políticas de autoritarismo y democracia.

Divididos en dos partes (“La República en la teoría política. De los autores al concepto” y “La República en Argentina y México. De la insurgencia del siglo XIX al neoliberal siglo XXI”), los autores de los catorce capítulos abordan a una diversidad de pensadores antiguos y modernos. Entre ellos, Platón, Jenofonte, Cicerón, Marsilio de Padua, Guillermo de Ockham, Maquiavelo, Spinoza, Hobbes, Rousseau, Madison, Jefferson, Hamilton, Constant, Mariano Moreno, Goyeneche, Abascal, Pezuela, Alberdi, Sarmiento, Durkheim y Gramsci. Para el análisis de estos actores, se utiliza en varios capítulos el enfoque contextualista de las ideas políticas identificado con los autores de la llamada Escuela de Cambridge (Pocock, Skinner, Viroli, Pettit) y, en particular, la categoría de

“momento maquiaveliano” y “tradicción republicana” desarrolladas por J. G. A. Pocock.

La república y el republicanismo funcionan como disparadores de los diferentes temas, espacios y períodos estudiados por los autores en un libro que se presenta como un “seminario de discusión” (p. 23). Los ensayos de combinación entre teoría política e historia son necesarios para intervenir en el debate republicano contemporáneo en distintos contextos. Pueden también revelarse limitados para analizar los conceptos de república y republicanismo (y sus diferencias). Desde una perspectiva de historia conceptual, teoría e historia, representaciones y prácticas, se vuelven inescindibles en la medida en que toda experiencia histórica requiere ser significada para constituirse como tal. Establecer una “dimensión republicana de rango doctrinaria” y “otra de corte histórica” (p. 248) obturaría la comprensión de los usos de estos conceptos.

El libro de Rodríguez Rial permite aproximarse al estudio de la república desde la filosofía política, interpelando dinámicas de la historia contemporánea de Hispanoamérica. El ejercicio comparativo entre la Argentina y México impulsado por la editora abre nuevas perspectivas para inscribir la república como problema común y proteico de las nuevas naciones hispanoamericanas a lo largo de los siglos XIX y XX.

Gabriel Entin

Carlos Illades, *El marxismo en México: una historia intelectual*, México, Taurus, 2018, 374 páginas

A seis años de *La inteligencia rebelde* (Océano, 2012), Carlos Illades publica *El marxismo en México: una historia intelectual*. El libro puede leerse como una continuación del anterior. El primero rastreaba el debate público nacional en diversas revistas de izquierda durante el último tercio del siglo XX. En su obra más reciente, el historiador mexicano construye un mapa de asuntos, problemas, autores y teorías producidas a lo largo de cinco generaciones de intelectuales marxistas. La primera generación emerge al calor de la Tercera Internacional y de la Revolución Mexicana (experiencia que será especial objeto de análisis), y apela a la Revolución Rusa como horizonte emancipatorio. Se destacan aquí figuras como Vicente Lombardo Toledano y Wenceslao Roces, exiliado español reconocido por su trabajo de traducción (por caso, de *El Capital* de Karl Marx para el Fondo de Cultura Económica). La segunda generación tiene como figuras clave a Adolfo Sánchez Vázquez, Eli de Gortari y José Revueltas, intelectuales que se distanciaron o rompieron con el estalinismo y que tuvieron como nuevo faro la Revolución Cubana. Hacia los años sesenta, la tercera generación da “un salto” a las Ciencias Sociales. El pensamiento marxista se construye al calor de la renovación de la sociología científica en América Latina, y

en México adquiere la singularidad de una sociología histórica crítica de la mano de Pablo Gonzáles Casanova. El análisis no se reduce aquí a la sociología, sino que teje puentes con la antropología y con la ciencia política, mostrando cómo se fueron constituyendo problemas en torno al capitalismo y al régimen político en México. En un clima signado por el auge del movimiento estudiantil a nivel mundial y por la rebelión juvenil en México, se reconstruye un marxismo más pluralista, vinculado a la irrupción de la nueva izquierda (cuarta generación). Se focaliza aquí en autores como Ruy Mauro Marini, Arnaldo Córdova y Carlos Pereyra, entre otros. Luego, la obra presenta dos capítulos analíticos: el sexto, que ilustra la renovación teórica producida a la luz de la recepción del pensamiento gramsciano y althusseriano; y el séptimo, que se centra en las producciones teóricas y en las apuestas políticas que circularon en revistas intelectuales de diversas adscripciones marxistas. Hacia el final (capítulos 8 y 9), se reconstruyen los itinerarios de la quinta generación, la crisis del marxismo y el reposicionamiento del pensamiento crítico luego de la derrota del comunismo.

Sin lugar a duda se trata de una obra de consulta para el estudio del pensamiento marxista en México y en América Latina. En lo metodológico, el libro se destaca por la articulación de dimensiones materiales y simbólicas y por su versatilidad analítica.

Ana Lucía Magrini

Susan R. Hallstead y Regina A. Root (comps.), *Pasado de moda. Expresiones culturales y consumo en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017, 291 páginas

Pasado de moda es el primer título de la colección “Estudios de Moda”, dirigida por Marcelo Marino para Ampersand, editorial especializada en historia de la cultura escrita y en estudios de cultura visual. La sede del proyecto es en sí misma un objeto de diseño interdisciplinario: en el marco de una lujosa residencia proyectada por Alejandro Christophersen, Casa Cavia vincula arquitectura, libros, gastronomía y arte floral en un espacio de consumo cultural que se declara abiertamente hedonista.

Desde el campo relativamente novedoso de los *Fashion Studies*, especialmente para los lectores de habla hispana, la compilación recorre en sentido cronológico la historia argentina desde el período colonial hasta la contemporaneidad, ofreciendo diferentes vías de entrada a la historia de la moda. Algunos textos hacen foco en la materialidad de los objetos, los espacios y los hábitos de consumo, analizando las nuevas prácticas sociales que estos contribuyeron a delinear (Socolow, Schávelson, Zorzi e Igaréta, Guy).

Ingresando a través de la literatura, otro conjunto de trabajos explora las narrativas de moda para estudiar los vínculos con temas de la política nacional, la difusión de modelos ideales de ciudadanía

y la construcción de identidades sexuales, étnicas y de clase operando en la esfera pública (Hallstead, Berg y Lehman).

Una serie de artículos vincula los procesos de construcción de la apariencia a la representación de cuerpos atravesados por discursos políticos (Munilla Lacasa y Marino, Milanesio, André). Esta lectura de la indumentaria implica además considerar los contextos de exhibición de esos cuerpos, que a veces se muestran en los ámbitos más íntimos del espacio privado pero que mayormente se despliegan en el espacio público de la ciudad.

La indumentaria es también definida como un acto de comunicación, una forma de producir una *performance* pública. La moda ejercida como acto disruptivo, como operación estética de la vanguardia, funcionó como estrategia para difundir lo nuevo en el campo intelectual y cultural, inscribiendo al caso local en un diálogo transnacional (López Seoane, King). Finalmente, la historia de la moda argentina es recuperada con fines operativos, como cantera inagotable de la cual debe nutrirse el diseño contemporáneo (Novik y Root, Root).

A pesar de la calidad dispar de algunos trabajos, la obra como conjunto logra demostrar de modo contundente la relevancia de estudiar la moda como un problema de historia cultural complejo y multifacético.

Cecilia Durán

Ana Clarisa Agüero,
Local/Nacional. Una historia cultural de Córdoba en el contacto con Buenos Aires (1880-1918),
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017, 387 páginas

En cinco capítulos este libro despliega una historia en clave cultural de Córdoba de 1880 a 1918. El período abarcado se centra en los años en que esta ciudad pierde protagonismo y se afianza en contrapartida la hegemonía de Buenos Aires. Para dar cuenta de ese complejo ciclo, la autora discurre sobre temas y planos diversos que se van superponiendo y van mostrando cómo el lugar de Córdoba en el espacio nacional se trama en relación con Buenos Aires. En los dos primeros capítulos el libro hace una revisión de las representaciones urbanas cordobesas realizadas por diferentes figuras intelectuales, tanto locales como nacionales. El análisis de esas representaciones está unido en la mirada de la investigadora por un proceso que tiñe todos los otros: la pérdida de importancia de la ciudad de Córdoba frente a la cristalización de Buenos Aires como “capital total”. La autora encapsula un momento dominado en Córdoba por la conciencia de haber perdido un lugar y donde la metrópolis (Buenos Aires), aunque todavía en proceso de consolidación, claramente ya detenta un lugar “superior”. En los capítulos tercero y cuarto el libro se desplaza hacia objetos que podríamos llamar más tangibles, las editoriales y los museos. Agüero muestra aquí

cómo esos mundos también se urdieron en el contacto con la metrópolis. En el capítulo quinto la autora discurre sobre la historiografía y los historiadores. Allí observa que la necesidad de reposicionar a Córdoba, de enfrentar las imágenes denigratorias, derivaron en una tarea de recuperación de la etapa colonial que convergió en la creación de una original empresa historiográfica.

Sostenido en una minuciosa y elaborada investigación el libro realiza un aporte fundamental al conocimiento de la historia cultural de Córdoba. Ofrece además una hoja de ruta para aquellos historiadores que encaren empresas similares. Agüero lleva a la práctica una premisa que había establecido con Diego García en un texto anterior: las historias culturales deben ser relacionales, dejando además de lado nociones prefijadas de centro-periferia. Ambas dimensiones no son estables en este libro, sino que se construyen en relación mutua. No hay en el trabajo regiones cerradas, centros fijos o circulaciones unidireccionales. Por esto mismo el texto permite observar cómo en este proceso de declinación de Córdoba se construye Buenos Aires como metrópolis y se conforma un país monocéntrico.

Flavia Fiorucci

Horacio López,
Las editoriales rojas. De La Internacional a Cartago,
Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2018, 200 páginas

En *Las editoriales rojas. De La Internacional a Cartago*, Horacio López, militante e historiador comunista, incursiona en el sistema editorial del Partido Comunista de la Argentina entre 1918 y 1983, años marcados por la censura y la persecución. En las seis décadas del estudio, se ocupa de exhibir catálogos, testimonios y memorias de antiguos militantes, la mayoría de ellos desconocidos hasta el momento.

La obra se inicia considerando el período que abarca desde la escisión del Partido Socialista en 1918 hasta el golpe de 1930. En esta etapa, las ediciones fundamentales del partido fueron el periódico *La Internacional* y la serie de documentos enviados por la Comintern. Luego, en 1939, con la fundación de Problemas comienza a consolidarse el sistema editorial comunista. Esta empresa precedió a las principales editoriales orgánicas como Anteo y, más tarde, Cartago, además de las dirigidas por militantes o figuras afines, como Futuro y Lautaro.

A medida que el estudio avanza cronológicamente, se observa cómo la organización editorial del PCA se expandía. Por ejemplo, con Codilibro, una distribuidora creada en 1955 que agrupaba diferentes empresas para facilitar su difusión y que influyó en el desarrollo cultural de otros partidos comunistas

latinoamericanos. Esto también es evidente en la labor durante la última dictadura militar en el país. A partir de un informe del año 1984, López muestra cómo lograron publicarse 540 títulos y se distribuyeron más de cuatro millones de ejemplares. Con el regreso de la democracia continuaron su labor Anteo y Cartago, participando de eventos centrales como la Feria del Libro.

Además de este recorrido histórico, marcado más por eventos políticos que por el desarrollo de la historia del libro y la edición, el autor se detiene en algunas figuras centrales para el despliegue de las ediciones comunistas pero que hasta el momento, exceptuando los casos de Hector P. Agosti y Carlos Dujovne, habían quedado opacadas. Este es uno de los ejes más fructíferos del libro de López, que invita a ser profundizado.

En definitiva, además de ser un aporte historiográfico sobre el comunismo y exponer documentos más que relevantes para la historia del campo editorial argentino, este libro intenta construir una memoria sobre aquellos militantes que han quedado olvidados en la historia cultural de las izquierdas.

Natalia Ávila

Valeria Manzano,
La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad de Perón a Videla, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017, 447 páginas

Valeria Manzano se interroga por los cambios sociales, culturales y políticos que experimenta la juventud argentina entre los años '50 y '70. En su mirada "juventud" no remite solamente a un grupo definido por la edad ni a un conjunto de movimientos que comparten la pertenencia generacional, sino, sobre todo, a un significativo clave que encarnó las ansiedades y las tensiones con que la Argentina experimentó el proceso de modernización cultural iniciado en la posguerra.

Aunque en los años peronistas –que sentaron algunas de las condiciones para la consolidación de la juventud como actor, como la ampliación de la matrícula secundaria y universitaria– su visibilidad fue menor y tardía, después de 1955 los jóvenes ganaron el centro de la escena. Lo hicieron de varias formas: a través de la movilización política estudiantil, que pasaba del reformismo universitario a la apuesta revolucionaria; como miembros de una cultura juvenil que a través de la música y la moda construía a la vez marcas de pertenencia generacional y de distinción social; como mujeres que con su carrera educativa, su lugar en el mercado de trabajo o la interacción en nuevas formas de esparcimiento cuestionaron el lugar a ellas asignado por la familia patriarcal. El cuestionamiento por parte de

los varones, señala la autora, fue más tardío y se dio en la segunda mitad de los años sesenta a partir del rock y una contracultura que ponían entre paréntesis su rol de trabajadores-sostén del hogar. Manzano subraya las relaciones tensas que esta contracultura mantenía con la otra ala del movimiento contestatario juvenil, la formada por la juventud politizada que, rechazando indignada un discurso de modernización que velaba las lacras de una Argentina tercermundista, ponía el cuerpo –un cuerpo masculinizado forjado bajo el ideal del combatiente revolucionario– para una transformación que imaginaba inminente.

A lo largo del recorrido, la autora combina la minuciosa reconstrucción de las prácticas juveniles con la atención a las fuertes reacciones que estas despertaban. Deja ver que, lejos de darse en una "sociedad deseosa de cambio", las transformaciones suscitaron resistencias y una fuerte demanda de orden. El recorrido concluye en los '70, momento en que, apoyado en esa demanda, el gobierno peronista y luego, y con más brutalidad, el militar, llevaron adelante un esfuerzo por "restaurar la autoridad". Como concluye Manzano al final de un libro imprescindible para entender a la sociedad y la cultura del siglo XX, pero también del XXI, "juventud" había dejado de significar "cambio" para simbolizar "caos".

Ricardo Martínez Mazzola

Laura Graciela Rodríguez,
*Universidad, peronismo y
dictadura 1973-1983*,
Buenos Aires, Prometeo, 2015,
213 páginas

El libro de Laura Graciela Rodríguez realiza una minuciosa crónica de lo que sucedió en las universidades en el período que va de 1973 hasta el regreso de la democracia en 1983. El texto ofrece un paneo general de lo ocurrido tanto en las universidades nacionales como en las privadas, evitando expresamente detenerse solo en el caso de la UBA. *Universidad, peronismo y dictadura* está dividido en seis capítulos que abordan la temática cronológicamente. Para relatar lo sucedido Rodríguez se concentra en reconstruir tanto las medidas, políticas y regulaciones que afectaron a las universidades como ciertos aspectos de la cotidianeidad de los claustros en esos años. Al mismo tiempo, se detiene en análisis de las trayectorias y las distintas posiciones de quienes estuvieron al frente de la política universitaria en el período. Traza así las biografías y las posturas de rectores y ministros de educación y estudia las relaciones que se dieron entre ellos. También incorpora al análisis aquello que sucede con los estudiantes.

En los dos primeros capítulos Rodríguez se enfoca en lo ocurrido antes del golpe de Estado de 1976, durante las gestiones de los ministros Jorge Taiana (1973-1974), Oscar Ivanissevich (1974-1975) y Pedro J. Arrighi (1975-1976). La autora muestra que en ese período la universidad quedó subsumida dentro del conflicto

político que se vivía en el país, y fue también caja de resonancia de los conflictos internos del PJ. Por esto mismo la trayectoria de los rectores fue muy inestable. Para la autora, el ingreso de Ivanissevich significó un giro en el ánimo represivo y de vigilancia dado que dicho ministro se propuso “terminar con la influencia del marxismo en la universidad”. Es de subrayar que el libro permite ver cómo las universidades privadas no fueron ajenas al clima de violencia e inestabilidad. Los capítulos restantes se dedican a la realidad universitaria durante el proceso militar. La reconstrucción devuelve una imagen de gran fluctuación y de cambios frecuentes que no llegan a concretarse. En este sentido, Rodríguez brinda un panorama exhaustivo de los intentos de reforma que se ensayaron en esos años, y las controversias y conflictos que estos suscitaban en el interior del gobierno y de los sectores que lo apoyaban. También permite observar que los rectores y los ministros del proceso no siempre actuaron en sintonía.

Flavia Fiorucci

Juan Pedro Blois,
*Medio siglo de sociología en la
Argentina. Ciencia, profesión y
política (1957-2007)*,
Buenos Aires, EUDEBA, 2018,
335 páginas

A diferencia de las habituales historias de la sociología, focalizadas o bien en el examen de un período determinado, o bien en el análisis de la trayectoria intelectual de las figuras ejemplares, la historia de Pedro Blois procuró colocar la observación del fenómeno bajo un ángulo colectivo –el lugar ocupado por las figuras “pioneras” es reemplazado por la comunidad de los practicantes– y en una perspectiva de largo plazo. De esta manera, el autor consiguió integrar en una espléndida narrativa las distintas aproximaciones monográficas que habían caracterizado hasta ahora el estudio de la disciplina, y al mismo tiempo descubrir continuidades allí donde los análisis centrados en un período determinado solían ver rupturas, y a la inversa.

Mirada desde esta perspectiva, *Medio siglo de sociología en la Argentina* es la historia de una profesión intelectual, pero también de una ocupación, es decir, de un espacio institucionalizado de relaciones sociales que presupone la existencia de un grupo con grados variables de homogeneidad y heterogeneidad, y cuyos agentes, investidos de determinadas competencias en función tanto de su origen social como de sus trayectorias escolares y de desempeño profesional, procuran ajustar el marco institucional heredado a

sus propias competencias y destrezas. En ese sentido, las distintas orientaciones (“sociología científica”, “sociología católica”, “sociología marxista”, “cátedras nacionales”, etc.) que se disputaron los instrumentos de reproducción de la disciplina y la representación legítima de la práctica sociológica, no fueron sino la expresión de los diferentes clivajes que dividieron a la comunidad de los sociólogos durante esos cincuenta años de historia.

Este *Medio siglo de sociología en la Argentina* trae también importantes *insights* comparados que contribuyen a esclarecer lo que es *específico* de la experiencia argentina. Los aspectos de esa comparación incluyen la relación de la sociología con las tradiciones preexistentes de pensamiento social en comparación con lo ocurrido en el Brasil, el modo en que las dictaduras de las décadas de 1960 y 1970 afectaron desigualmente a las ciencias sociales en ambos países, así como las relaciones de los sociólogos argentinos y brasileños con las tradiciones intelectuales metropolitanas, entre otros. Apoyada en una diversa gama de fuentes documentales y en un sólido esquema analítico, esta nueva historia de la sociología ofrece al lector la posibilidad de una evaluación crítica y renovada de esa experiencia.

Alejandro Blanco

Omar Acha, *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, Buenos Aires, Prometeo, 2018, 193 páginas

En *Cambiar de ideas* Omar Acha se propone interrogar la obra de Oscar Terán desde una perspectiva que, subraya, se halla alejada de la “gestualidad ochentista”. La declaración adelanta la doble colocación que otorga a Terán: por un lado, una figura que comparte recorridos y movimientos con otros miembros de la nueva izquierda de los sesenta que en los ’80 deviene “socialdemócrata”; por otro lado, un filósofo que interrogó con un rigor particular, no exento de un halo trágico, las heredades y responsabilidades que nacían de ese recorrido generacional.

El libro se organiza en cuatro “tentativas”. La primera busca dar cuenta de los marxismos que el filósofo habría abrazado en los ’60 y ’70, los que no pueden reducirse al humanismo marxista pasto del voluntarismo que el propio Terán rememoraría años más tarde. La segunda interroga el tránsito, recorrido en los años del exilio mexicano, que lleva del reconocimiento de la crisis del marxismo a la asunción explícita de un posmarxismo que, destaca Acha, no implica el rechazo total del pensamiento del alemán, sino su incorporación como un saber particular, una más de una heteróclita “caja de herramientas”. En tercer lugar, el autor señala el papel que en ese abandono de la totalidad marxista cumple la recepción

de Michel Foucault, a la vez que destaca las particularidades de una lectura que convivía con elementos althusserianos y aun gramscianos. El recorrido se cierra con el abordaje de la producción de Terán a su regreso a la Argentina, una obra centrada en la interrogación acerca de los obstáculos que una particular “ideología argentina”, elitista y autoritaria, habría opuesto a un proceso de modernización cultural y social al que un “historiador socialista” como Terán seguía, con todos sus matices, adhiriendo.

En los epílogos, Acha afirma que su lectura propuso una relación de extrañamiento con el filósofo, en la que buscó interrogarse por lo que él y su generación no pudieron ver: la crisis del relato progresista que también cuestionaba el proyecto socialdemócrata y la posibilidad de una “izquierda moral”. Su búsqueda, concluye, no se orientó solo a interpretar a Terán sino a posibilitar una nueva lectura del pasado, la que solo podrán emprender nuevas generaciones capaces de dejar atrás un tiempo de derrota y marchar hacia nuevos combates.

Ricardo Martínez Mazzola

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 22 / 2018

Jorge Dotti (1947-2018)

La sorpresiva noticia del fallecimiento de Jorge Eugenio Dotti el 22 de marzo pasado en Santiago de Chile, donde había asistido a dictar un curso a la Universidad Diego Portales, deja a la filosofía en nuestro idioma sin un representante excepcional. Nacido en Buenos Aires en 1947, Dotti se graduó en la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en Roma en 1975 con un trabajo sobre Hegel bajo la dirección de Lucio Coletti, uno de los pensadores más originales del marxismo occidental que en los años 1990 dio un giro hacia la epistemología de Karl Popper y la política berlusconiana en su país. De regreso a la Argentina, Dotti comenzó su carrera docente en la UBA, donde llegaría a ser profesor plenario y, mucho más importante, el reconocido y querido mentor de generaciones de discípulos.

Poco después del retorno de la democracia se hizo cargo de la flamante cátedra de Filosofía Política en la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que mantuvo hasta su reciente jubilación. Aunque su conocimiento de la filosofía de Immanuel Kant era inmenso, profesó en política una clara inclinación hacia los problemas que había planteado Thomas Hobbes. Siempre se interesó por unas preguntas fundamentales: ¿Cómo es posible una vida en común? ¿Cómo se justifica la autoridad? Su enseñanza giró en torno a la resolución de estos interrogantes tal como la imaginaron los grandes teóricos de la modernidad; además de Hobbes, fundamentalmente John Locke, Jean-Jacques Rousseau, G. W. F. Hegel y, secundariamente, Karl Marx, cuya obra admiraba a la distancia. Para Dotti la filosofía política debía preservarse de las coyunturas y del contenido social que otros eran incapaces de separar de las reflexiones sobre el tema.

Su primer libro fue una magnífica presentación del pensamiento de Rousseau para una edición popular. Lo siguió la versión en castellano de su trabajo sobre la filosofía del derecho hegeliana, un asunto de constante presencia entre sus preocupaciones. Al final de su vida estaba elaborando otro libro sobre Hegel que era, y sigue siendo, esperado con ansiedad por quienes tanto aprendieron de este sutil intérprete. Dotti tuvo una actitud cambiante acerca de ese filósofo. Al comienzo de su trayectoria docente, y sin duda influido por las lecciones de Coletti, consideraba que la dialéctica era una superstición. Años más tarde, y determinado por su encuentro con el pensamiento del discutido jurista Carl Schmitt, que marcaría la última época de su vida, revalorizó a Hegel y su peculiar lógica. Estimó en ella algo que en verdad nunca había repudiado, una sustancia real que permitía pensar las paradojas de la política desde un punto de vista mucho más privilegiado que el que ofrecían los formalismos ordinarios. En esa primera época, seguía apegado a una visión para la cual la política era el resultado de un pacto racional. Su especialidad era el *contractualismo*. Todos sus filósofos proponían distintos tipos de contrato social, alguna fórmula que estableciera la sumisión política a una soberanía a cambio de seguridades para la vida y la propiedad. Eso significaba que la sociedad se basaba en un acuerdo de conveniencia entre sus integrantes cuyo resultado consistía en designar un poder legítimo que los gobernara dentro de un marco legal. El contrato implicaba, por supuesto, una ficción incluso para sus promotores. Pero era una manera de justificar que alguien mande y que exista la sociedad, puesto que un punto de vista individualista necesita explicarse las razones de su

asociación con otros y los motivos de sus obligaciones frente a un Estado. Abandonó esta visión cuando adhirió a lo que se denomina “teología política”.

Los intereses de Dotti también giraban en torno a los problemas de la historia intelectual y el sentido de la trayectoria transatlántica de los grandes cuerpos teóricos europeos. Con ese impulso escribió sobre la recepción de Kant en nuestra lengua y un monumental trabajo sobre Schmitt en la Argentina, país donde no había logrado nunca un impacto relevante. A pesar de ello, la investigación asombra no solo por su minucioso detalle sino por los efectos que logra relevar. El libro es un relato de las vicisitudes mentales de una zona intermitente, intelectual y política, cuya gravitación en la evolución argentina resulta indiscutible. Que un hermeneuta tan refinado como Dotti se haya consagrado a las excursiones teóricas de unos abogados vernáculos habla no solo de su famosa ironía sino de su cabal comprensión del verdadero venero conceptual que anima a la nación. A falta de un libro personal sobre Schmitt, un autor sobre el cual Dotti se erigió como autoridad internacional, *Carl Schmitt en Argentina* (2000) debe ser valorado también como su lectura definitiva, mezclada con los avatares domésticos del decisionismo.

Dotti deploraba las constantes malinterpretaciones del término. Decisionismo no es un dicitario que se aplica al capricho de un aspirante a déspota, sino la salvaguarda de un orden constitucional. La filosofía política no se ocupa de las rutinas de los días soleados, sino de la respuesta ante los terremotos. La crisis es el gran momento para la especulación. ¿Cómo se reacciona ante una guerra civil? ¿Cómo se enfrenta una revolución? Schmitt creía, tanto como Karl Marx y Max Weber, que la política era lucha y que el sistema legal no podía defenderse de manera autosuficiente como confiaban positivistas en la línea de Hans Kelsen, cómicamente predominante en

una Argentina jurídica expuesta de manera regular a golpes de Estado. El clímax de la crisis es la ocasión para la intervención providencial de un individuo investido de facultades para ello: el milagro personal que interrumpe la legalidad para resguardarla. Esto es la autoridad y la teología política, un paralelismo entre teología (ya secularizada) y política. El poder tiene siempre un origen superior y trascendente. Hay algo de fundamentalmente antimoderno en esta visión, pero Dotti estimaba que la modernidad no sería capaz de superar su crisis endémica si se resistía a adoptarla. La deriva moderna desembocaría en el caos y la violencia total, jamás en el espacio de plena libertad que prometía.

Los dilemas argentinos ya habían sido tratados en otro de sus libros, *Las vetas del texto*, donde explora una parábola que va de Alberdi a Juan B. Justo. Resulta interesante contrastar la primera edición de 1990 con la segunda de 2011. De ese ejercicio surge la evidencia de un giro político notorio. Dotti buscaba en el siglo XX respaldo para una improbable tradición socialdemócrata argentina. En el siglo siguiente, solo creía en una réplica conservadora al desorden global. Y se había vuelto incluso mucho más claro para él que dicha respuesta resultaría no menos incierta que aquella con la que se había ilusionado antes. Es evidente que la propuesta de Dotti no tuvo, y quizá no tenga, alternativa práctica alguna. Se resistía a actuar socialmente fuera de su papel de filósofo y docente. En esa actitud se encuentra su grandeza, tan peculiar, y su patente frontera.

En esta apariencia convencional se escondía un demócrata radical. Su único límite para aceptar a un estudiante eran las muestras de su compromiso y entusiasmo. Si puedo referir una anécdota, rechazó mi proyecto de tesis sobre la crítica de Hegel al Iluminismo porque yo no sabía alemán. Cuando conseguí balbucearlo, aceptó una propuesta delirante sobre un general de la época del idealismo,

Clausewitz, que defendió como un punto de honor personal ante las variadas inercias del sistema académico.

El núcleo de sus obsesiones fue el Estado, la primera máquina moderna. El liberalismo lo disolvía en la sociedad civil y el mercado; el decisionismo lo custodiaba. Estado significa en primer lugar autoridad más allá del patrimonio y las demandas privadas. La fuente última de dicha autoridad no es inmanente —el voto popular— sino trascendente, Dios. Esta explicación es figurada, pero no extemporánea. Aceptamos algo por encima de nosotros porque hay algo que está por encima de nosotros que no somos *todos* nosotros como nos dice la democracia liberal. Schmitt, en resumen, propugnaba un Estado fuerte en una economía sana. Algo distante del neoliberalismo dominante. ¿Cuán lejos? ¿Qué es una “economía sana”? Dotti no terminó de aclararlo puesto que, entretanto, su fuente se había vuelto algo anacrónica en este punto. Aunque resulta indudable que la adhesión a Schmitt entrañaba un repudio al naufragio de la política (él hubiera precisado: *lo político*) en la tormenta propiciada por las finanzas y la tecnología combinadas. El Es-

tado, diferenciado de la economía, no debía tutelarla ni desentenderse de ella. Su función no era la producción, sino conjurar crisis.

En los últimos años de su vida le gustaba presentarse como un conservador a la vieja usanza. Solo en parte era una broma borgiana. Le parecía lo más vanguardista. Es fácil de rechazar, difícil de rebatir. Con Jorge Dotti concluye una tradición magnífica y polémica. La última dictadura militar estuvo en el centro de su biografía, como en el de tantas otras personas de su generación. Su enseñanza promovía la autonomía. Asombraba la disciplinada generosidad con que compartía claves para descifrar esos textos que agrupamos bajo el género muerto llamado “filosofía”. Su aprensiva persona pública acaso alcanzó también su escritura. El amor que demostró por la libertad intelectual, por la vigencia del pasado y por el trabajo artesano bien hecho —en eso era tan italiano— serán siempre una orientación vital para quienes tuvimos la fortuna de conocer a este hombre afectuoso dueño de una enorme cultura, tan divertido y tan riguroso.

José Fernández Vega
UBA/CONICET

Georg G. Iggers (1926-2017)

“La historiografía es un tipo de estudio que integra fragmentos de unos cuantos libros importantes que nunca fueron leídos en otro que tampoco leerá nadie.” Con este veredicto lapidario, el historiador norteamericano Carl Becker expresaba en 1938 lo que, para entonces, era un lugar común: la historia de la historiografía –en tanto *history of historical writing*– no solo se veía como un florilegio acumulativo de vidas y obras destinado a un simple manual de consulta, sino que cualquier indagación en el derrotero intelectual de un historiador se consideraba un “pasatiempo dominical” o una tarea de abierta indiscreción e, inclusive, de mal gusto. Ahora bien, si hubo alguien que intentó erradicar ese prejuicio ha sido, sin duda, Georg G. Iggers, quien falleció el 26 de noviembre de 2017 en Amherst, Nueva York, a los 90 años y cuyo nombre se incorpora, junto al de Eduard Fueter, Herbert Butterfield, George P. Gooch, Arnaldo Momigliano, Charles-Olivier Carbonell y Hayden White (entre pocos más), al panteón de los historiadores profesionales que más han hecho por convertir la historia de la historiografía en un campo específico y autónomo dentro de la disciplina, aunque, cabe confesar, esa batalla de ningún modo ha concluido.

Recordemos que, en 1967, G. R. Elton, en *The Practice of History* (uno de los clásicos más influyentes sobre el oficio de historiador), aún entendía que “esta moda de discutir sobre historiadores más que sobre historia contribuye a destruir cualquier criterio [...]. Los buenos historiadores no son, en principio, hombres de ideas”. Si bien esta percepción correspondía a una zona particular de la comunidad inglesa de historiadores y coincidía con la visibilidad que estaba adquiriendo la profesionalización de la historia de la histo-

riografía –ya efectiva en los años 1970–, lo cierto es que bien podría extenderse a nuestro tiempo puesto que, aún hoy, continúa siendo una práctica científica un tanto periférica y subsidiaria que muy pocos profesionales se atreven a privilegiar de manera exclusiva e ininterrumpida desde el inicio y hasta el final de sus carreras: o bien se aseguran, en algún momento del camino, la escolta de un objeto propiamente “histórico” inmune a una sospechosa ausencia en los archivos, o bien la garantizan –tal como, de algún modo, había ocurrido con el primer Iggers–, bajo el decoro metodológico de una historia intelectual o una historia política que habilite, legitime y torne respetable un objeto que, todavía en varias tradiciones académicas, no cuenta con las credenciales suficientes para desandar el camino por sí solo o, peor aun, es erróneamente identificado con un desvío “teórico”. Esta última cuestión, como se sabe, remite a un tipo de reflexividad sobre el oficio que la corporación de los historiadores ha abominado desde siempre y cuyos orígenes se remontarían a la concepción empírica de la práctica en el mismo Ranke. Pues bien, he aquí, precisamente, donde se cifra una de las grandes contribuciones de Georg Iggers. En un artículo muy temprano, “The Image of Ranke in American and German Historical Thought”, publicado en *History and Theory* en 1962 que se tradujo rápidamente a varias lenguas (aunque nunca al castellano) y que aún hoy sigue siendo un texto imprescindible para comprender la historiografía moderna, demuestra que la figura del historiador prusiano no fue la de un simple cruzado antihegeliano o el defensor de una objetividad pura, sino un idealista muy consciente de las condiciones teóricas que subyacían tras sus grandes obras históricas y

cuya continuidad puede rastrearse desde los manuscritos sobre Lutero de 1816-1817 hasta sus lecciones inaugurales de los años 1860. Y a esta recuperación que más tarde también hará suya Anthony Grafton, Iggers agregará todo un *map of misreading* o, para ser exactos, de *mistranslation*: aquel célebre dictamen de Ranke que tanta influencia tuvo en Occidente, según el cual los hechos históricos deben reconstruirse “*wie es eigentlich gewesen*”, es decir, “tal como realmente han ocurrido”, se trataría de un error muy poco inocente de la traducción inglesa puesto que, en aquel contexto decimonónico, el sentido de *eigentlich* correspondía a *esencialmente* y no a *realmente*. Cabe lamentar, no obstante, que aquella versión errónea aún continúe utilizándose, persistencia con la que podría medirse el estado en que se encuentra la historia de la historiografía en las regiones que aún la utilizan. En todo caso, con esta rectificación adverbial, Iggers demolía de una vez y para siempre la perdurable inercia de aquel Ranke “realista” y lo inscribía en una tradición que, desde Vico y Herder, consideraba la historia como el reino del espíritu y las ideas, aunque no en el sentido hegeliano, sino como parte de las intenciones y los pensamientos de individuos e instituciones concretas. En suma, “no es la objetividad [*factuality*], sino el énfasis en lo esencial lo que hace que una explicación sea histórica”, señalaba Iggers en *The Theory and Practice of History*, una antología de textos teóricos rankeanos cuyo título parecía desafiar al de Elton, publicada por primera vez en 1973 junto a Konrad von Moltke y que se ha convertido en una referencia obligada en lengua inglesa hasta el día de hoy. Pero la importancia de la figura y la obra de Iggers no se detiene en esa rehabilitación –que, vale aclararlo, nada tuvo de apologética–, sino que se interna en una diversidad de pliegues que trasciende la propia historiografía.

Georg Gerson Iggers (originalmente Igersheimer) nació en Hamburgo el 7 de diciembre

de 1926 en el seno de una familia judía de clase media. Tras una infancia sin grandes sobresaltos, el joven Georg se convertirá en un adolescente rebelde que encontrará en la práctica ortodoxa del judaísmo, el movimiento *Mizrachi* y el contacto con el *Jugendbewegung* judío, una profesión de fe que utilizará para subvertir la autoridad de sus padres, quienes preferían disimular sus orígenes para no provocar el antisemitismo. Sin embargo, apenas percibieron el peligro que representaba el nazismo, comenzaron a preparar la emigración y en 1938 –pocas semanas antes de la fatídica noche de los Cristales Rotos–, partieron rumbo a los Estados Unidos, primero a Nueva York y luego a Richmond, Virginia, en cuya universidad y en solo dos años Georg obtuvo su *Bachelor of Arts* (1944) en lingüística comparada (francés y español), carrera que completó en la *University of Chicago*, donde había decidido continuar sus estudios de *graduate*. En el verano de 1945, finalizó su *Master of Arts* en germanística y luego pasó otro año en la *New School for Social Research* de Nueva York que, según ha señalado, fue “el más valioso” de su época como estudiante. Allí, asistió a los seminarios del sociólogo alemán Albert Salomon, quien lo instó a investigar la “escuela” sansimoniana. Para ese entonces, su viraje de la lingüística a la historia de las ideas ya era, prácticamente, un hecho.

En el otoño de 1946, regresó a Chicago y conoció a su compañera de toda la vida, Wilma Abeles, una refugiada checa y prestigiosa germanista con quien se casará en 1948, tendrá tres hijos entre 1951 y 1956, y compartirá no solo diversos intereses intelectuales (entre ellos, la traducción de varios textos rankeanos y la escritura a dos voces, en 2002, de un relato autobiográfico traducido al castellano bajo el título *Dos caras de la historia. Memoria vital de tiempos agitados*), sino también un fuerte compromiso político en defensa de los derechos civiles, los movimientos estu-

diantiles y la integración racial, una militancia que, de aquí en más y con los riesgos que suponía en aquel momento introducir la variable ideológica en la práctica científica, será inherente a sus investigaciones históricas e historiográficas. Precisamente, en 1950, Georg y Wilma se habían trasladado a Little Rock, Arkansas, contratados por el *Philander Smith College*, fundado en 1877 y destinado a los estudiantes negros. Allí, a través de una carta de lectores que envió al *Arkansas Gazette*, Georg logró que la gran biblioteca del *College* resultase accesible para los negros, hito por el cual recibió la invitación a participar de la junta directiva local de la *National Association for the Advancement of Colored People* (NAACP) y de la fraternidad negra *Phi Beta Sigma*, convirtiéndose así en el primer miembro blanco de ambas organizaciones. En este contexto, realizó diversas investigaciones de corte sociológico sobre las desigualdades en los colegios públicos de Arkansas que contribuyeron a que la Corte Suprema derogara en 1954 la doctrina *separate-but-equal*, aquella que justificaba la segregación racial desde 1896, un primer paso fundamental que abrió las discusiones en el ámbito judicial y legislativo para las décadas siguientes. En 1957 y tras mucho pensarlo, Georg y Wilma aceptaron el ofrecimiento de dos puestos docentes en la *Dillard University* de Nueva Orleans, una universidad también destinada a estudiantes negros, pero de clase media y con una formación académica un tanto superior a la del *Philander Smith College*. Un año después, Iggers ya publicaba sus dos primeras obras: la traducción al inglés de la *Doctrine de Saint-Simon. Exposition. Première année, 1828-1829* y su tesis de doctorado *The Cult of Authority. The Political Philosophy of the Saint-Simonians. A Chapter of the Intellectual History of Totalitarianism*. Al situar el pensamiento de los sansimonianos en ruptura con la herencia de los *philosophes* del siglo XVIII y apartarlos de cualquier prefiguración utópica protosocialista, Iggers

recuperó las claves de un movimiento que aún permanecía cautivo de las premisas de la *Histoire du Saint-simonisme* de Sébastien Charléty (1931). Con todo, si bien su trabajo fue saludado como instructivo, también recibió críticas severas debido a que convertía de manera anacrónica a figuras eminentes del movimiento como Enfantin y Bazard en “totalitarios tempranos”. Este juicio –que se había adelantado dos años a *Mesianismo político*, de Jacob Talmon– será revisado por Iggers tras la consulta en París del *Fonds Enfantin* en la *Bibliothèque de l’Arsenal* en 1960 y lo llevará, diez años después, a reconocer ciertas conclusiones “hipertrofiadas” y a quitar el último tramo del subtítulo en la segunda edición de la obra. Precisamente, aquel viaje de un año a Europa que emprendió con toda su familia –gracias al financiamiento de la *American Philosophical Society* y la Fundación Guggenheim, pero también a que Wilma se encargaría de cuidar a sus tres hijos y suspendería toda actividad profesional–, significó un primer contacto con historiadores y filósofos como Fernand Braudel, Herbert Butterfield, Karl Popper, Isaiah Berlin, Pieter Geyl y Geoffrey Barraclough, entre otros. Pero su estancia académica perseguía un objetivo esencial: preparar un trabajo que versaría sobre la decadencia del pensamiento progresista en los siglos XIX y XX. Tal era el proyecto que se convertiría en su obra maestra.

A su regreso a los Estados Unidos, Georg y Wilma se reintegraron en la *Dillard University* y luego enseñaron durante dos años en la *Roosevelt University* de Chicago. Este largo derrotero por diversas universidades norteamericanas llegaría a su fin en 1965: tras una oferta que incluía un salario más elevado, una dedicación de solo seis horas semanales a la docencia y tiempo suficiente para dirigir investigaciones, Iggers asumió la cátedra “Historia intelectual europea” en la *University of Buffalo* (hoy *State University of New York at Buffalo*) y Wilma otro cargo en el *Canisius College*

donde ambos residieron hasta su jubilación a fines de los años 1990. Durante los años 1960, ninguno cejó en la militancia política. Ambos mantuvieron una abierta resistencia frente a la guerra de Vietnam, organizaron grupos pacifistas con otros profesores y apoyaron públicamente a los estudiantes objetores de conciencia que se negaban al reclutamiento. Esta lucha contra la opresión no solo implicaba una forma de intervenir y mejorar el mundo, sino que formaba parte inextricable de su modo de comprender la historia de las ideas y, en este sentido, la obra que Georg comenzó a esbozar en su estancia europea se convirtió en un modelo de investigación que rompió con los métodos habituales de la historia de la historiografía. Así pues, en 1968, Iggers publica *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, una de las grandes obras de historiografía del siglo xx y que lo consagró definitivamente entre sus pares. El trabajo fue concebido, según el propio Iggers señala en su autobiografía, como “un análisis crítico de las premisas teóricas fundamentales de la corriente principal de la historiografía alemana”, es decir, el historicismo, y se inscribe en un contexto de crisis de la *Ideengeschichte* signada por dos premisas: la postulación de los individuos (públicos) y las ideas como gestores del curso de la historia y una insistente preocupación por los orígenes intelectuales del nacionalsocialismo. Precisamente, si bien el trabajo de Iggers aún comparte una zona de ese interés (junto con las obras de Fritz K. Ringer (1969) y Robert A. Pois (1972) sobre los “mandarines alemanes” y la figura de Friedrich Meinecke respectivamente), lo cierto es que incorpora nuevas variables de historia social y, en particular, una hipótesis especialmente polémica: la ideología ultranacionalista e imperialista del historicismo alemán “dejaba libre un camino que, aunque no determinó el ascenso de los nazis, sí contribuyó a hacerlo aceptable para muchos alemanes cultivados”.

Así pues, el marco en que Iggers inscribió ese análisis ha sido, siguiendo la línea de su trabajo sobre los sansimonianos, lo que podríamos llamar una *historia política de las ideas*, es decir, un nudo político inserto en el decurso mismo de una historia de la historiografía entendida como historia intelectual: por cierto, el único recurso posible que, por entonces, le permitía sacar del oprobio a un saber todavía muy resistido. Con todo, *The German Conception of History* marca, de algún modo, un punto de inflexión que cierra una etapa de descrédito hacia la historiografía y abre el período de su profesionalización, el cual, no obstante, sigue buscando su rumbo.

Las obras que Iggers publicó a partir de los años 1970 estarán signadas por una especificidad donde la historia intelectual o política ya no actuarán como garantes de un saber menor, sino como escenarios ineludibles de una ciencia en movimiento y, en este sentido, ha sido esencial el rol instrumental que tuvo en la creación de la *International Commission for the History and Theory of Historiography* tras el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Bucarest en 1980 y la fundación de la revista *Storia della storiografia* dos años después junto a Guido Abbattista y Edoardo Tortarolo. Un trabajo que inauguró este nuevo estilo ha sido *New Directions in European Historiography* (1975), una obra que representa su primera incursión específica en una historia de la historiografía sin tutelajes y para la cual la perspectiva metodológica y teórica acompaña el análisis de diferentes corrientes e historiadores. Asimismo, editará solo o junto a otros historiadores varias obras colectivas: *International Handbook of Historical Studies* (1979), *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945* (1985), *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline* (1990) y *Marxist Historiography in Transformation. New Orientations in East German History* (1991). Esta

última, en particular, prolongaba los puentes que venía tendiendo desde 1966 entre las dos Alemanias, un diálogo inédito y muy fructífero que inició con historiadores como Hans-Ulrich Wehler, Jürgen Kocka, Walter Markov y Hartmut Zwahr. Iggers consideraba que, pese a la coacción de un Estado autoritario, los historiadores de la RDA habían hecho un uso muy productivo de las fuentes y del marxismo, sobre todo, en lo referido al estudio de las clases sociales, la etnología histórica y la historia económica, un juicio que, en el contexto de la Guerra Fría, representaba todo un desafío. Lo mismo cabe decir de la única de sus obras de historiografía que se ha traducido al castellano y que cuenta con dos versiones diferentes: la primera, publicada en Barcelona por Labor en 1995 con el título *La ciencia histórica en el siglo xx. Las tendencias actuales* (luego reimpressa por Idea Books hasta 2001) y la segunda y definitiva, *La historiografía del siglo xx. De la objetividad científica al desafío posmoderno*, por el Fondo de Cultura Económica de Chile en 2012 con una excelente traducción y edición de Iván Jaksic. La obra retoma la estructura de *New Directions*, pero junto con una periodización que se extendía veinte años más, incorporaba un posicionamiento, tal vez uno de

los más equilibrados que se han escrito, en torno de la llamada historiografía posmoderna, cuyo reto, reconoce, tuvo un impacto significativo en la cautela con que ahora los historiadores asumen la autoridad de la ciencia, la insuficiencia de las fuentes, la necesidad de un relato no exento de imaginación histórica y el rol inescindible de la subjetividad en la investigación, nada de lo cual, sin embargo, vulnera la continuidad de la práctica y los conceptos que definen la disciplina. Aun en el siglo XXI, Iggers seguirá investigando al proyectar los lineamientos de la historia global en el ámbito de la historia de la historiografía, en particular, en China. Las últimas dos obras que publicó como editor, ambas con el historiador chino Q. Edward Wang, *Turning Points in Historiography. A Cross Cultural Perspective* (2002) y *A Global History of Modern Historiography* (2008) marcan un nuevo rumbo que no asegura, pero sí augura lo que, a principios del siglo XX, Carl Becker nunca hubiera imaginado: que las historias de la historiografía sean leídas. Y, sin duda, la contribución de Georg Iggers perdurará como el acicate de tal conversión.

Andrés G. Freijomil
UNGS

Hayden White (1928-2018)

La carga ética de la figuración histórica

El 5 de marzo falleció el teórico y filósofo de la historia Hayden White. Había nacido el 12 de julio de 1928 en Martin, Tennessee, ciudad en la que pasó su niñez alternando con Detroit, donde su padre trabajaba para la industria automotriz. Poco antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial se alistó en la Marina. Al finalizar la guerra, asistió a la Wayne State University (B. A. en 1951) de la que nunca dejó de recordar a su maestro William J. Bossebrook. Obtuvo su maestría y doctorado en la Universidad de Michigan (1952 y 1956, respectivamente). Durante este período, gracias a una beca Fulbright (1953-54, 1954-55), pasó dos años en Roma estudiando la reforma eclesiástica en la Edad Media. A lo largo de su vida enseñó en diversas universidades y fue honrado con diversos premios, becas y doctorados honoris causa en el mundo.

Ya en su juventud, Hayden White manifestó su compromiso político con las luchas por los derechos civiles. Durante su paso como profesor de historia en la UCLA, demandó al jefe de policía de Los Ángeles por su práctica de infiltrar policías encubiertos entre los estudiantes para espiar a las organizaciones estudiantiles. White argumentó que esa práctica violaba los derechos de expresión, libertad de reunión y privacidad. El caso llegó a la Corte Suprema de California, que falló a su favor en 1975. En el momento de su fallecimiento, era profesor emérito en el Departamento de Historia de la Conciencia en la Universidad de Santa Cruz, California, y de Literatura Comparada en la Universidad de Stanford.

El profesor White ha sido identificado como el héroe de una narrativa folk de la dis-

ciplina promoviendo la igualación de historia y ficción. Poco parece importar a ese ejército de historiadores e historiadoras que se ofenden por la presunta degradación whiteana de la historia, que en las primeras páginas de su obra magna, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, nuestro homenajeado se proponga estudiar las obras de cuatro grandes historiadores y cuatro grandes filósofos de la historia como “formas de realismo”.¹ Tamaño esfuerzo obliga a lidiar no solo con el registro documental (algo que nadie negaría), sino también con otras consideraciones alternativas y no necesariamente complementarias de las mismas cuestiones y con un público. Ahora bien, lo que otorga una siempre renovada vigencia a sus obras es que nos muestran que una representación realista del pasado es no solo difícil de alcanzar, sino inherentemente disputable. Pues lo que está en juego en todas nuestras disputas por la representación de la realidad es la misma idea de “una representación de la realidad”.

“Realidad”, “hechos”, “facticidad”, “evidencias”, es decir, todo aquello que presuponemos independiente de nuestras teorizaciones, ese “suelo rocoso” que evitaría la manipulación o la distorsión del pasado, resulta notablemente egoísta en el dictado de cómo quiere ser representado. Cualquier apelación a los “hechos” o a la “realidad”, aunque más no sea en forma regulativa –norma inalcanzable pero norma al fin– demanda un gran esfuerzo de articulación

¹ Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in the Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973 [trad. esp.: *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992].

discursiva. Apelar a la facticidad o a la evidencia involucra producir el discurso que valida esa apelación. Al final, lo único públicamente accesible son las propias articulaciones que reclaman estar justificadas en los hechos.

Puedo arriesgar a partir de mi humilde participación en estos veinte años en diversos foros sobre la obra de White, así como también evaluando su recepción por parte de mis estudiantes en las clases de filosofía de la historia, que nadie discreparía (junto con White) con la tesis de la no independencia de lo fáctico en relación con lo teórico, la cual no solo no es un descubrimiento suyo, sino una razón frecuentemente aducida en las clásicas discusiones sobre si la historia es o no una ciencia o si puede serlo. Lo que parece no perdonarse es haber emprendido una indagación profunda en todas aquellas fuentes a las que quienes escriben historia recurren para proporcionarnos representaciones realistas del pasado. Es decir, si bien podemos considerar que las obras históricas nos proporcionan diferentes perspectivas sobre el pasado, en rigor de verdad sus articulaciones discursivas hacen algo más: transmiten o privilegian alguna noción de realidad y alguna noción de cómo debe representarse adecuadamente. Haciendo gala de una aguda combinación de erudición y actualidad, White explora diversas teorías del discurso —clásicas y contemporáneas, filosóficas o literarias— con el objeto de identificar diversas modalidades de representación realista. Su deseo al escribir *Metahistoria* era ofrecer un estudio de las derivas de la representación realista de la realidad histórica a la manera en que Erich Auerbach lo había hecho en *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental* (1946) o E. H. Gombrich en *Arte e ilusión* (1960). Con este propósito es que se apropia del estudio de Northrop Frye, *Anatomía de la crítica* (1957), por su iluminadora clasificación, descripción e ilustración de las modalidades de tramar (narrar) que la cultura ofrece. Podemos constatar además que trage-

dias, romances, comedias o sátiras manifiestan afinidades con ciertas maneras de explicar los fenómenos (ideográficas, mecanicistas, organicistas, contextualistas), así como también favorecen ciertos compromisos ideológicos (anarquista, conservador, radical, liberal). Esta variedad de estrategias de composición de tramas, de explicación y de compromiso ideológico constituyen genuinas fuentes para la producción de representaciones realistas del pasado. Su naturaleza de “recurso” reside en el hecho de haber sido ya utilizados y estar disponibles para cualquiera, por lo cual resultarán reconocibles para la presunta audiencia.

No hay recetas para combinar eficazmente las estrategias promovidas. No solo no se dan en forma pura, sino que las afinidades no siempre son obedecidas. White enfatiza mucho este punto en el análisis concreto de los casos con la finalidad precisamente de ilustrar el esfuerzo de alcanzar alguna forma de realismo.² ¿Hay algún modo razonable de mostrar que ciertas formas de representación realista son más adecuadas que otras para dar cuenta de los *facta*?

Cualquiera que se interese en humanidades se habrá familiarizado con el hecho de que los términos del habla cotidiana (no ausentes en las teorizaciones sociales) cargan con una no del todo eliminable vaguedad y ambigüedad. Más aun, las pautas con las que clasificamos y denominamos a las personas componen un importante elemento normativo y evaluativo. Por todo ello, la distinción entre lo puramente descriptivo y lo evaluativo en un enunciado de hecho dependerá de contextos específicos y no hay garantía de resolverlo de manera regulada. Lo novedoso y a la vez provocativo del maestro White reside en llamar la atención sobre la naturaleza

² Si bien la descripción whiteana pareciera estar reconstruyendo los pasos de la investigación histórica, estamos ante una lectura metahistórica de una obra ya terminada.

tropológica de la conexión entre descripción e interpretación en un término u oración, conexión que además no es moralmente inocua. La teoría de los tropos permite rastrear modelos, protocolos o tipos ideales de representar (estrictamente figurar) el pasado. Identificando estos protocolos seremos guiados a su vez a identificar qué tipos de preguntas y qué tipos de respuestas se habilitan o promueven entre alternativas por el pasado en disputa. La diferencia última y tal vez no reconciliable entre consideraciones históricas en competencia será en última instancia práctica o estética. Práctica porque la confrontación con la cuestión acerca de lo que deberíamos hacer no se puede derivar de lo que es o ha sido. Estética porque la estructuración discursiva no es lógica sino figurativa (tropológica) y las consecuencias derivadas de las figuraciones no son de carácter lógico o determinista sino figurales. De lo que me hago responsable es de la figura adoptada para dar una consideración aceptable de mi descripción y mi valoración.

La lista autoral y las obras a las que White ha aplicado su instrumental metahistórico es profusa. A la bien conocida nómina de la Europa del siglo XIX, se agregan en su *Tropics of Discourse* los estudios sobre Piaget, Freud, E. P. Thompson, Vico y Foucault para mostrar cómo cada uno identifica cuatro modalidades de conciencia (o inconciencia, como en “El trabajo del soñar” de Freud), cosmovisión o pensamiento histórico, utilizando (sin explicitarlo) los cuatro tropos maestros.³ Recordemos además las profundas lecturas de Jameson, Ricoeur (en *El contenido de la forma*, 1987) y Koselleck,⁴ a quienes White ha apreciado mucho.

³ Hayden White, *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978.

⁴ Hayden White, “Review Koselleck, *Future Past: On the Semantics of Historical Times*”, en *The American*

Desde los ‘90 White se ha interesado cada vez más por cuestiones relativas a la “representabilidad del Holocausto”. Es en este contexto que introduce la noción de “evento modernista” para referir a los eventos límites del siglo XX, no para sumarse a la tesis de irrepresentabilidad, sino como exigencia permanente de escribir sobre ellos sin eliminar la duda y la incomodidad con experiencias traumáticas que la escritura pueda haber dejado afuera. Un estilo afín a la voz media del griego, una escritura intransitiva, daría expresión (en términos morales) de los límites (no la imposibilidad) de la representación.⁵ Bajo esta lupa ha dedicado varios estudios a la obra de Primo Levi y más recientemente a la de Saul Friedländer.

La indagación whiteana en torno a la naturaleza poética y ética de la historiografía remite no solo al hecho de que la historia nunca se separará de su contexto histórico concreto –lo cual compele a focalizarnos en los protocolos culturales compartidos de producción– sino a que precisamente por ello los historiadores deberían asumir un rol cultural protagónico. Llamamiento que no fue tenido en cuenta pues su trabajo se redujo a la mera igualación entre historia y literatura. Una cierta ironía “histórica” sucedió con el último trabajo de White, *El pasado práctico*.⁶ Allí retoma una distinción del filósofo Oakeshot entre el pasado histórico, el cual existe en los libros de historia y es competencia de la academia, y el pasado práctico, nociones de pasado que el común de la gente lleva consigo en la vida diaria. El

Historical Review, vol. 92, Nº 5, 1987. Hayden White, Foreword to Koselleck, *The Practical of Conceptual History: Time History, Spacing Concepts*, California, Stanford University Press, 2002.

⁵ Hayden White, *Figural Realism, Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1999.

⁶ Hayden White, *The Practical Past*, Evanston, Northwestern University Press, 2014.

pasado de la memoria reprimida, del sueño y del deseo, así como de la resolución de problemas, de las estrategias y de las tácticas para la vida, tanto personal como comunitaria. Ese pasado práctico de la convulsionada vida en el siglo xx es majestuosamente trabajado en esa clase de literatura que alternativamente se denomina metaficción o paraficción histórica o literatura modernista (Virginia Woolf, Toni Morrison, W. G. Sebald, Philip Roth). La reacción de la comunidad historiográfica disciplinar no se hizo esperar, ahora sí, reclamando un lugar protagónico para lidiar con el pasado práctico.

Las nociones de “realismo figural” o “causalidad figural” (inspiradas en la obra de Auerbach) son las que considero filosóficamente más productivas. En cierto modo son las nociones donde White tematiza con mayor profundidad la relación entre el presente y el pasado históricos. Es una consideración de la interpretación histórica en tanto articulación no determinista, no teleológica, no esencialista, ya sea para conectar dos eventos distanciados en el tiempo, dos interpretaciones de la realidad distanciadas en el tiempo o adversarias teóricamente, o la relación entre quien escribe la historia y su tiempo (contexto o experiencia). Se hacen siempre desde un punto de vista, desde una posición retrospectiva que se apropia de una agenda ajena no realizada aún, pero que lega cuestiones a asumir. La díada figura-cumplimiento es de una productividad inacabada para dar cuenta de la dimensión moral y estética de la interpretación. Todas nuestras interpretaciones son promesas de dar cumplimiento a las figuras (cuestiones) no cumplidas por quienes nos han precedido, por quienes rivalizan con nosotros o por nuestro tiempo. Prometemos representar realísticamente la realidad y a su vez, y con suerte, ese legado siempre incumplido será apropiado en el futuro por quienes nos sucedan.

El cambio de siglo ha dado lugar a una renovada recepción de White. La literatura se-

cundaría alrededor de su obra ha devenido más profunda y cuidadosa. Estudios sobre las fuentes retóricas de figuración realista del pasado ya no son percibidos como amenaza a la historiografía sino como un potencial empoderador del trabajo histórico y su rol cultural y educativo.

Me arriesgo a afirmar que hoy nadie cuestionaría la erudición, la originalidad y la audacia intelectual de este gran filósofo de la historia. Pero para sus colegas, discípulos y discípulas, la ausencia de Hayden significa la pérdida de un gran lector, no solo porque sus nociones de tropología, realismo figural, narrativización, pasado práctico, etc., nos pertrechan con claves de lectura de la historia, ni tampoco por el hecho de que sus obras son bibliotecas vivientes invitándonos a leer las obras clásicas bajo nuevas lentes, sino sobre todo porque las lecturas whiteanas son de una inmensa generosidad. Sus tropologizaciones no buscan desacreditar o deslegitimar a quienes escribieron acerca del pasado, sino más bien iluminar las múltiples, ricas y no siempre dóciles herramientas que hicieron posible la escritura sobre un pasado disputado.⁷

Verónica Tozzi

UBA-UNTREF/CONICET

⁷ Dos libros reúnen en castellano artículos de nuestro autor: Hayden White (ed. de V. Tozzi). *Ficción Histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo, 2011. Hayden White (ed. de V. Tozzi), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003. Hay cinco libros sobre la obra de White que resultan muy iluminadores: Frank Ankersmit, Hans Kellner y Ewa Domanska (eds.), *Re-Figuring Hayden White*, Stanford, Stanford University Press, 2009; Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (comps.), *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, Sáenz Peña, EDUNTREF, 2011; Paul Herman, *Hayden White*, Londres, Polity Press, 2011; Robert Doran (ed.), *Philosophy of History after Hayden White*, Londres, Bloomsbury, 2013; Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (comps.), *Hayden White, 40 años de Metahistoria, del pasado histórico al pasado práctico*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de Prismas –exclusivamente en términos de su pertinencia temática y formal–; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios.
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las normas para las notas al pie y la bibliografía pueden verse en detalle en www.scielo.org (buscar revista *Prismas*, “Instrucciones a los autores”).

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.